Jesús Torbado Manuel Leguineche

LOS TOPOS



Los libros de historia dicen que la Guerra Civil española concluyó en 1939. Pero, tras el último parte de guerra, muchos combatientes, cargos públicos y simpatizantes del legítimo gobierno republicano se vieron obligados a huir de la represión franquista y esconderse como topos. A final es de los años sesenta, tras el decreto de amnistía concedido por el dictador, los topos salieron, como hongos después de la lluvia, del agujero donde habían vivido escondidos, todavía con el temor a las represalias. En ocho años de investigación, los autores de Los Topos siguieron pistas, recibieron portazos, amenazas de muerte, etc. Todo para conseguir los estremecedores testimonios de quienes fueron perseguidos por un enemigo invisible que los enterró en vida. Sus testimonios hablan de la experiencia de su cautiverio, pero también hablan de los otros desaparecidos que no pudieron contar su propia historia, y del gran sacrificio colectivo que marcó sus vidas y las de sus familiares.

OceanofPDF.com



Jesús Torbado & Manuel Leguineche

Los Topos

ePub r1.0

jasopa1963 18.11.14

OceanofPDF.com

Título original: *Los Topos*
Jesús Torbado & Manuel Leguineche, 1977

Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.2



OceanofPDF.com

EL TERROR FRANQUISTA, LOS FUGADOS, LOS OCULTOS Y UNA VENGANZA INTERMINABLE

(Prólogo-introducción para españoles de menos de 40 años).

> *Algún día, con un cambio de régimen, el mundo se enterará abiertamente de los crímenes que hoy sólo pueden ser deducidos por evidencias fragmentadas y pobremente documentadas.*
>
> Gabriel Jackson, 1965.

El día 18 de julio de 1936 los españoles comenzaron a degollarse mutuamente. Los cronistas históricos hablaron y hablarían más tarde de golpe de estado, rebelión militar, alzamiento, cruzada, guerra civil, ensayo general de la guerra mundial, asalto de la derecha al gobierno democrático… Los protagonistas de este libro y bajo su propia responsabilidad hablan fundamentalmente de horrores.

Como cualquier español de los nacidos después de la victoria franquista, nosotros mismos teníamos de la guerra un concepto en el mejor de los casos científico —y eso, gracias a historiadores extranjeros—, aséptico e incluso teñido de un cierto pintoresquismo que aproximaba esta última guerra a la mantenida contra las tropas de Napoleón o a la que lanzó a Viriato contra las legiones romanas y al Cid contra los musulmanes… Este tipo de cultura, muy diferente incluso a la de quienes tienen diez años más que nosotros y fueron forzosamente embriagados con la retórica fascista y victoriosa, contribuyó a retrotraer la realidad a unos límites tan lejanos que, a la larga, resultó muy positiva. (A propósito, es de creer que el advenimiento de la democracia en España y sus posibilidades de asentamiento se deben justamente a esta concepción de la guerra que tenemos el setenta por ciento de la población española; por supuesto, estamos hablando de gentes en absoluto inmersas en los resultados de aquella lucha, aunque nuestros padres tomaron parte activa en ella).

Pues bien, después de recopiladas centenares de horas de conversación con algunos de los más espectaculares e insólitos protagonistas de esta guerra, cobra ésta una imagen nueva, inesperada y atroz. Deslindemos por un momento las realidades sociopolíticas del suceso y limitemos la óptica a los hechos que ocurrieron a las personas aisladas, a la historia concreta y específica de los individuos y a su relación vecinal. Se nos borran los héroes, se diluyen las estrategias de los generales, las grandes ideas de los políticos, desaparecen incluso las motivaciones patrióticas, religiosas, económicas… y queda tan sólo un hediondo charco de sangre en el que chapotean hombres, mujeres y niños atrapados por un *amok* como pocas veces la historia de los hombres ha conocido. Como se verá en los capítulos siguientes, sólo parcialmente tiene razón Jackson cuando escribe: «Hombres como éste (el general rebelde Solchaga), y no los mozalbetes falangistas y requetés, eran los responsables de las grandes matanzas que se desarrollaban tras las líneas nacionalistas». La muerte paseó sus dominios con una frialdad, una crueldad y una perfección como sólo podrían encontrarse en los cuentos medievales o en las sangrientas conquistas de finales del Renacimiento. Se mataba con cualquier disculpa o sin disculpa de ningún tipo, se mataba a cualquiera y se mataba de la manera más atroz.

Ésta es la realidad que hoy permanece, tan violenta como inexplicable, de los tres años que Franco inauguró viajando desde Canarias a Marruecos; tres años que sólo terminaron el 20 de noviembre de 1975, cuando el gran culpable, el primer culpable de todo este espanto era enterrado con todos los honores imaginables —incluso el del llanto de muchos españoles— en el Valle de los Caídos, junto a los huesos de apenas setenta mil de los que murieron, casi todos en «su bando». Escribimos la palabra entre comillas porque buena parte de los combatientes —como se demuestra en muchos de los relatos que siguen— ni siquiera sabían en qué bando estaban luchando y, desde luego, por qué luchaban. Muchos de los muertos no supieron jamás por qué morían.

Fijémonos un momento en estos muertos antes de permitirles el retomo al silencio eterno. El historiador americano Gabriel Jackson, que parece el mejor informado en este terreno, calcula que durante la guerra civil murieron cien mil personas en el campo de batalla. La cifra parece ridícula

teniendo en cuenta lo larga que fue la lucha y el número de muertos de la retaguardia: cincuenta mil por enfermedades y desnutrición, diez mil por bombardeos sobre población civil, veinte mil por represalias políticas en zona republicana y *doscientos mil* por represalias nacionalistas, Únicamente la cifra de las represalias republicanas parece demasiado baja después de un somero estudio de campo. Pero a estos casi cuatrocientos mil muertos hay que añadir la escalofriante cifra de otros *doscientos mil* que fueron ejecutados de mil diversos modos por los vencedores *después de su victoria*.

Detengámonos ahora en los mecanismos del terror desde dos ángulos distintos. Al mismo Jackson (*La República española y la guerra civil*, Ed. Grijalbo, México, 1967) pertenecen estos párrafos: «En un pueblo de Aragón los trabajadores se quedaron en sus casas durante el fin de semana del 18-19 de julio. Luego, oyendo que había caído el cuartel de la Montaña, organizaron una manifestación, armados de escopetas. “Nosotros” volvimos las ametralladoras hacia ellos. En aquel momento no resultaron muchos muertos, desde luego, pero huyeron a la Casa del Pueblo y allí la *limpia* fue fácil. El pueblo estuvo tranquilo todo el resto de la guerra. En una ciudad de Andalucía, “los rojos” pensaron ingenuamente que una huelga general acabaría con el alzamiento. El oficial que se apoderó de la ciudad describió cómo sus hombres, que sólo eran un “puñado”, ametrallaron a las oleadas de obreros que avanzaban. Más de uno me explicó que fusilaban a todo el que vestía con mono o que tenía una señal morada en el hombro. Al fin y al cabo el ejército tenía prisa, y no disponía de tiempo ni de hombres que desperdiciar en la retaguardia. En el tono de estas descripciones no había nada excitado, pagado de sí mismo o defensivo. Esos oficiales trataban el asunto como si fuera cosa de exterminar sabandijas. Una de las impresiones más fuertes que me llevaron finalmente a aceptar cifras tan altas para las represalias nacionalistas fue el hecho de que estos oficiales evidentemente no tenían a sus enemigos por seres humanos. No estaban matando hombres; estaban haciendo limpieza de ratas».

El otro testimonio, recogido por nosotros en el curso de la investigación de hombres ocultos, ejemplifica con precisión suprema lo que fue el terror de la guerra —el terror impuesto por unos y por otros, especialmente por

unos, evidentemente— y la inagotable venganza de los vencedores, una verdadera orgía sangrienta, sobre seres no sólo indefensos, sino muchas veces absolutamente inocentes. Teodomira Gallardo, militante comunista, de unos setenta años de edad, vive hoy con su segundo marido en el barrio obrero madrileño del Gran San Blas. Un retrato del «Che» Guervara y otro de Dolores Ibárruri, La Pasionaria, presiden la salita de su modesta casa. Éste es su relato:

Mi marido Valerio Fernández era alcalde de Zarza de Tajo, en la provincia de Cuenca, y trabajaba de camarero en el casino de Santa Cruz de la Zarza, situado a unos cinco kilómetros, ya en la provincia de Toledo. Él era comunista, pero en Zarza no había organización del partido. Tenía unos treinta años cuando fue a la guerra. Él hizo toda la campaña con los Carabineros y llegó a obtener el grado de teniente. Cuando terminó, regresó al pueblo, y nada más llegar, viene un amigo a casa y le dice:

—¿No sabes lo que han hecho con Eduvigildo?

Eduvigildo era el alcalde de Santa Cruz de la Zarza, y amigo suyo.

—Pues no lo sé.

—Pues le han detenido los falangistas y le han partido los huesos a golpes, los brazos y las piernas. Así que mejor que escapes de aquí.

—Pero si yo no he hecho nada. ¿Qué he hecho yo? —dijo Valerio.

—Tampoco Eduvigildo había hecho nada y mira lo que pasa.

En Zarza de Tajo habían pasado cosas, como en todas partes, pero él no tenía culpa porque estaba fuera. Un día, al principio de la guerra, llegó un camión y un turismo lleno de gente de Madrid. Eran anarquistas del Ateneo de Vallecas, de la CNT, y los dirigía un tal Antonio Ariño, El catalán. Ya habían estado por muchos pueblos de Madrid, de Toledo y de Cuenca matando gente. Yo estaba en el lavadero y los vi llegar. Ariño se bajó del coche y gritó:

—¡Venga, rodear el pueblo! ¡Que no escape uno!

Me vio lavando y me dice:

—Usté, a casa.

Un viejo que se llamaba Francisquete echa a correr al ver a todos aquellos hombres armados y ellos empiezan a disparar y a correr detrás de él como si estuvieran cazando un conejo. Por fin le alcanzan y consiguieron matarlo sin salir del término municipal.

Bueno. Los del Ateneo rodearon el pueblo y empezaron a matar a la gente. Mataban a los ricos, que no eran muy ricos, porque los ricos de verdad ya se habían ido y no había ricos de verdad allí, pero miraban y si les parecían ricos los mataban. Aquel día mataron a diecisiete. Y era un pueblo pequeño y hombres ya no quedaban muchos, porque se habían ido a la guerra.

Eso fue todo lo que había pasado, por eso cuando me hablan a mí ahora de la CNT... Pero estuvimos discutiendo Valerio y yo y por fin decidió irse. El día 30 de marzo de madrugada se fue del pueblo y yo me quedé con los dos niños.

Por la tarde de ese mismo día salen a la calle unos cuarenta o cincuenta, de Zarza y de Santa Cruz. Venía entre ellos el cura don Pedro García Cuenca y una sobrina suya que se llama Nati, de unos veintitrés años. Ella venía del brazo del cura. Cantaban y llamaban a las casas. Llegan a mi casa y me dice Nati:

—¡Levanta el brazo, Teo!

Yo le dije:

—Yo no te he obligado a ti a levantar el puño.

Y no levanté el brazo como los falangistas. Pero registraron la casa porque un antiguo camarada de mi marido, un comunista, les había dicho que Valerio había traído armas y las tenía escondidas. Era un traidor. Yo le dije:

—Tú que eres comunista y muy amigo de él sabrás dónde las puso. Él siempre decía que las mujeres tenemos el pico muy largo y no me ha querido contar nada.

Registraron todo, no encontraron las armas y a mí me echaron a la calle como estaba, con una niña de meses en los brazos y el chico, que tenía unos cuatro años. Ni coger la ropa ni comida. ¡A la calle!

Me fui a casa de mi suegra. Esa misma tarde habían detenido a mi suegro.

Al día siguiente me fui a Santa Cruz a ver a un hermano de Valerio que tenía la cantina de la estación y, mirando por una ventana, veo allí a mi marido.

—¡Vete de aquí, que te están buscando! —le digo.

—Pero si yo no he hecho nada, mujer.

—Mira lo que le ha pasado a Eduvigildo y esto ha pasado ayer en Zarza. Toda la rabia que tienen la vas a pagar tú.

—Pues yo no me voy si tú no te vienes conmigo.

Había pasado la noche en el monte, detrás de la estación.

Como no pude convencerle, volví a Zarza, dejé a los niños uno en cada casa, cogí ropa limpia para Valerio y volví a salir. En las afueras del pueblo estaba Facundo haciendo guardia con un fusil:

—Dónde vas tú, Teo.

—Voy a Santa Cruz de la Zarza.

—Pero si acabas de venir de allí…

—Es que tengo que llevarle ropa a mi suegro, que lo tienen preso.

Conque me dejó pasar. En la cantina me encontré con Valerio y nos fuimos al monte. Tardamos tres días en llegar a Aranjuez, y eso que está cerca, porque dábamos muchas vueltas por el monte. Allí nos metimos en la casa de una hermana de mi marido, una habitación que tenía en el patio y estaba con leña. Pusimos una cama y nos encerramos allí. Estuvimos seis meses. En esos seis meses Valerio falsificó un salvoconducto copiando el escudo de una caja de

cerillas y luego poniendo la firma del nuevo alcalde de Zarza, Victorio Belinchón, que era el que había estado antes de que lo pusieran a él con el Frente Popular. Este Belinchón era el cacique del pueblo. Tenía una tienda de comestibles y todos los obreros le iban debiendo dinero durante el invierno y así los hacía trabajar gratis en el verano.

Estando allí encerrados, una noche oímos gritar a Las Cuelvas, una mujer y dos hijas. Las Cuelvas las llamaban, no sé su nombre. La madre tenía un hijo escondido y no quería decir dónde estaba y los militares la subieron al camión, la pegaron una buena paliza en la calle y ella iba gritando lo que pasaba por todo el pueblo, mientras se la llevaban. Gritaba a los soldados: «¿Créeis que vuestra madre os va a denunciar si estáis huidos? ¿Es que no tenéis corazón?» Pero las fusilaron a la salida del pueblo a las tres, aquella misma noche.

Mi cuñada Daniela, que tenía el marido en la cárcel, se puso mala y aquello se complicó. No podía pedir ayuda porque nos descubrirían, así que salí yo y me dediqué a cuidarla, a ella y a Valerio. Pero un día estaba planchando y llegan tres que decían que eran de Abastos, pero que eran policías. Dijeron que si tenía yo cartilla de racionamiento. Yo les dije que no era de Aranjuez y que en mi pueblo, en Zarza, nadie la tenía, y que estaba allí cuidando a mi cuñada. Ellos se fueron sospechando algo.

Ya estábamos en peligro. Valerio hizo por la noche una caja con un cristal por encima y le puso una correa, como las que llevan los quincalleros colgadas del hombro. A la siguiente noche nos fuimos. Estuvimos

varios días por el campo, comiendo las aceitunas secas que había en el suelo. Yo estaba en estado y me cansaba mucho. En un pueblo que se llama Rielves vimos a unos hojalateros, unos lañadores, y pensamos que podíamos hacer como ellos, porque era fácil y nadie los vigilaba. Fuimos a Barcience, una aldea, y yo dije a los vecinos que éramos lañadores y nos habían robado la herramienta. Me dieron algunas cosillas para hacer el trabajo y empezamos a trabajar con eso, porque mi marido era muy mañoso. Yo voceaba por los pueblos, a eso no se atrevía él.

En Huecas, cerca de Fuensalida, nos ve una mujer y dice:

—Ustedes no son hojalateros, ni tienen cara de eso.

Había ido al tejar donde estábamos escondidos a decirnos esto. Su marido también estaba peso y los fascistas le habían matado a una hermana. Al marido lo fusilaron después.

Esta mujer se llamaba Crescencia, no se me olvidará, y ya nos contamos nuestras cosas y ella nos dijo que nos quedáramos en su casa, por lo menos hasta que naciera la niña. Ya dejamos de hacer vida de gitanos y empezamos a vivir tranquilos en el pueblo. El 25 de marzo de 1940 nació la niña.

No tenía todavía un mes cuando llega un día, de noche, el alguacil y le dice a mi marido:

—Oye, Valerio, que te llama el Tío Jacinto.

El alcalde. Era raro que le llamara a esas horas, aunque se conocían y le había ayudado, porque era un hombre bastante burro. Yo sospeché lo que pasaba, se lo quise decir a él al darle la pelliza, pero no pude. Él no pensó nada, pero cuando se fue, corrí detrás de él.

Eran tres policías de la Brigada de Investigación Criminal que estaban en el Ayuntamiento. Los periódicos habían publicado la foto como que nos buscaban y nos habían encontrado. Por una rendija de la puerta vi cómo empezaban a pegarle y cómo le esposaban.

Nos llevaron a los dos a la cárcel, él a la de Santa Rita, en Carabanchel, y a mí a la de Ventas. El día 21 de diciembre de 1944 nos juzgaron por rebelión militar y nos acusaron de haber matado al cura don Pedro. Antes no valía eso de estar detenido setenta y dos horas: más de cuatro años estuvimos nosotros sin juicio. En ese tiempo a él le habían sacado cinco veces de la cárcel para darle palizas que le mataban.

Nos condenaron a muerte y a él lo fusilaron el día 14 de marzo de 1945. El cura que decían que habíamos matado nosotros durante la guerra murió dos años después, en el 47. Lo encontraron muerto sentado en el water de un bar de Madrid, no sé lo que le habría pasado.

Yo en la cárcel de Ventas lo pasé mal. Hay un libro publicado en Francia de una que salió con vida y todo lo que cuenta es cierto. Yo estaba con mis dos niñas —al chico lo metieron en un colegio— y tuve suerte que sólo pasaron allí el sarampión y la varicela. Pero morían

muchos niños pequeños del hambre y de los malos tratos. Las funcionarias los cogían y los tiraban amontonados en los retretes y las madres teníamos que hacer guardia para que no se comieran las ratas los cuerpecillos. La vida en aquella cárcel fue muy mala.

Salí el 3 de abril de 1947, pero luego he estado detenida muchas veces por ser comunista, la última en 1970. En el año 48 me tuvieron un mes en la brigadilla de la estación de Atocha y en nueve días me dieron veintisiete palizas, a tres diarias. Los guardias me llevaban donde estaban las porras, los vergajos, y me hacían elegir a ver con cuál quería que me pegasen. También me obligaban a hacer el gato: dar vueltas agachada alrededor de la mesa mientras todos me iban arreando. Tengo varias costillas desviadas, tengo la columna mal y las muñecas torcidas de entonces.

Cómo sería que uno de los policías, un tal Nieto, un día que llegó mi hermana a verme, me dejó salir y me dijo:

—Póngase de acuerdo con su hermana, porque, si no, la van a matar a palos aquí dentro.

Porque ella declaraba una cosa y yo otra y no nos entendíamos. Ella decía la verdad y yo la mentira.

También lo he pasado bastante mal en la Puerta del Sol. Una noche se presentó un policía en la puerta del calabozo con todas las partes fuera. Yo cogí un zapato y le dije:

—Se va usted de aquí ahora mismo o le reviento los cojones con este zapato.

A una amiga nuestra, Pilar, que vive cerca de aquí, le pasaron encima nueve tíos seguidos, uno detrás de otro, la misma noche. Nueve policías uno detrás de otro. La pobre está pirada y otra que se llamaba Gregoria y que tenía un cuerpo precioso, que no quería desnudarse, la ataron del techo, le quemaron un brazo, la desnudaron y la violaron también. Y otra amiga salió embarazada de allí...

Yo he estado varias veces en la Dirección General de Seguridad, en los calabozos de la Puerta del Sol. Eso es lo peor del mundo. La última vez que entré allí fue en 1970, que detuvieron a un hijo por una manifestación a favor de la amnistía y yo llegué a protestar y dije que me metieran presa a mí también y me metieron, claro.

Hasta aquí el relato de Teodomira Gallardo. Docenas de historias como ésta fueron recogidas para la redacción de este libro y si transcribimos la anterior es por tratarse de la única mujer-topo de que tenemos noticias y porque ofrece un abanico bastante completo de los horrores de la guerra y de la posguerra.

Aparece ya en este relato la figura del «huido». Junto a los seiscientos mil muertos y a los quinientos mil que lograron escapar por las fronteras, miles y miles de españoles vivieron algún tiempo huidos por el miedo ante lo que estaba ocurriendo. Todavía en el año 69, treinta después del fin de la guerra, aparecía en Málaga uno de estos vagabundos políticos, Ángel Pomeda Varela, que había pasado todo ese tiempo vendiendo corbatas por la costa andaluza con papeles falsos. En el miedo difieren básicamente las historias aquí relatadas de la del soldado japonés Hiroo Onoda, que pasó treinta años en la isla filipina de Lubang esperando «el fin» de la guerra mundial, y las hazañas de dos ciudadanos soviéticos que vivieron una aventura semejante.

Este miedo queda perfectamente claro y debidamente justificado, aunque la salida de algunos de los topos fuera recibida por cierta Prensa con

el alborozo de un espectáculo ridículo. «Tonto de a pie» calificaba el periodista Lucio del Alamo, presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, a uno de estos hombres, Eulogio de Vega. «Juan y Manuel Hidalgo han demostrado una tonta resistencia de treinta años para jugar al escondite», decía el periódico falangista *Arriba* en su primera página del 3 de enero de 1967…

Por las historias que a continuación se relatan podrá el lector dilucidar si el miedo que estos españoles han sentido y que los ha obligado a encierros tan prolongados era lógico. Un ejemplo anecdótico, entre miles, de ese pavor que comenzó a hervir en los tuétanos de los españoles al final de la guerra es el narrado por un filatélico; nos contaba cómo su madre, a los pocos días de la victoria franquista, rompió varias hojas de la doble serie de sellos del Correo Submarino, emitida por el gobierno republicano en 1938, y arrojó los pedazos a la taza del w. c. Esta doble serie, muy valiosa ya entonces, se cotiza hoy a cincuenta mil pesetas. Pero era republicana…

¿Por qué no salieron antes todos estos hombres? Poseemos algunas informaciones que explican lo que ocurría a quienes se entregaban o a los que eran capturados. Aunque sería revelador, es ciertamente imposible evaluar los muertos en sus escondites o el destino de los que fueron detenidos en ellos. En Felanitx, Mallorca, un hombre con apodo de torero y conocido por *l'amo en Joan,* escondido en un pozo, fue delatado por las monjas de la Caridad de un convento vecino que se sorprendieron al ver ropas de hombre tendidas a secar y avisaron a los falangistas. Lo capturaron éstos y a los dos días apareció en la capital de la isla el cadáver del topo con un clavo de un palmo de largo clavado en la frente y una cuartilla escrita: «Para que tires tachuelas en la carretera». Este hombre, de unos cuarenta años, había arrojado tachuelas en la carretera poco antes de que pasara un automóvil con falangistas que pretendían dar un mitin en Felanitx, antes del 18 de julio. Reventaron los neumáticos y el mitin se suspendió. *L'amo en Joan* pagó con su vida este hecho, que era más una gamberrada que un atentado político.

En Membrilla, Ciudad Real, se presentaron dos huidos al médico Vicente Ruiz Bellón para que los curara, porque se encontraban enfermos. Eran hombres de La Solana, un pueblo vecino, que llevaban meses en el

campo. El médico los atendió y durante algunos días los recibió en su consultorio, donde les inyectaba la medicina oportuna. Pero, una vez que los otros se confiaron y abandonaron su propia vigilancia, avisó a los guardias civiles, que finalmente se apostaron en una habitación vecina. Un día que los enfermos volvieron, un hijo pequeño del médico llamado Ángel avisó a los policías. Entraron éstos abriendo fuego y los dos huidos murieron en la camilla del consultorio, con los traseros descubiertos. Al poco tiempo los guardias avisaron a algunas viudas cuyos maridos habían sido fusilados de parecida manera para que limpiaran la sangre del consultorio del doctor. Hoy ese médico tiene una calle dedicada en el pueblo. Su hijo Ángel es policía y el nombre de otro de sus hijos, José Ruiz Merino, ha sido divulgado por la Prensa como responsable de la afirmación de que el agua de Solares no estaba contaminada…

Otro médico de este mismo pueblo, Pedro Menchén, contemplaba desde la puerta del casino cómo uno grupo de anarquistas era exhibido en la plaza del pueblo, atados con sogas después de ser traídos de un campo de concentración, mientras la gente pedía que los matasen. El médico, entusiasmado por el momento que vivía, pegó con un bastón a uno de aquellos hombres —enfermo y debilitado por los malos tratos— y le rompió la cabeza. Los espectadores vieron cómo la sangre bañaba su demacrado rostro. El agredido se llamaba Francisco Arias, alias Barbas. El médico agresor tiene también una calle dedicada en Membrilla, ilustre pueblo manchego del que ya hablara Lope de Vega.

En un bar de Valladolid, envejecida por los años y el humo, nos enseñaron una fotografía de veinticinco hombres. «¿La ven ustedes? De esos veinticinco, veintitrés fueron fusilados en la Cascajera de San Isidro»…

¿Cuántos miles de sucesos como éstos podrían relatarse? ¿Cuántos miles de protagonistas podrían ofrecernos hoy una versión dolorosa y terrible de la más reciente historia de España?

Porque en este libro tan sólo se recogen unas pocas de las historias de los hombres ocultos. En principio, nos limitamos a las *superestrellas*, a los que permanecieron más tiempo, a los que tornaron de la oscuridad después de treinta o más años de ocultamiento. Esta elección fue de alguna manera

sentimental. Cuando en 1969 comenzamos este trabajo, ninguno de nosotros dos estaba cerca de los treinta años, en tanto aquellos hombres llevaban seis lustros «vivos de cuerpo presente». La publicación del libro fue imposible entonces y con el paso de los años hemos cedido a la tentación de incluir a protagonistas con una experiencia de reclusión más breve, aunque no menos intensa.

Desde luego, esta antología podría seguirse de varios tomos más y los topos componer una auténtica enciclopedia. Es muy rara la ciudad, la villa, el pueblo, la aldea española en que, al menos durante algunas semanas, no permaneciera oculto alguno de sus habitantes. Y tanto de derechas como de izquierdas, tanto *fascista* como *rojo*. Los primeros volvieron a la luz en el año 39, con la victoria. De los otros, de cuantos lograron sobrevivir de los otros, la mayor parte se reintegró a la vida —y casi siempre con un intermedio de cárcel— en 1945, como consecuencia del primer indulto —muy limitado— de Franco.

El general había sido muy generoso en perdonar los crímenes de los suyos, por horrendos que fueran. Necesitó, sin embargo, treinta años para conceder a los que lucharon en el bando enemigo una prescripción de delitos. Porque los *perdones* anteriores fueron muchas veces trampas mortales. Sería terrible calcular cuántos españoles fueron fusilados por haberse presentado a las autoridades confiando en alguno de los indultos generales anteriores al del 69. Bien claro lo expresan todos los topos.

Tales indultos fueron emitidos en las siguientes fechas: 9 de octubre de 1945 (Décimo aniversario de la Exaltación del Caudillo a la Jefatura del Estado); 17 de julio de 1947 (Ratificación de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado); 9 de diciembre de 1949 (Año Santo); 1.º de mayo de 1952 (Congreso Eucarístico de Barcelona); 25 de julio de 1954 (Año Jacobeo y Mariano); 31 de octubre de 1958 (Coronación del papa Juan XXIII); 11 de octubre de 1961 (XXV aniversario de la Exaltación de S. E. a la Jefatura del Estado); 24 de junio de 1963 (Coronación de Pablo VI); 1.º de abril de 1964 (XXV Años de Paz Española); 25 de julio de 1965 (Año Jubilar Compostelano); 10 de noviembre de 1966 primer indulto de responsabilidades políticas, pero muy matizado. Y por fin, el Decreto Ley de 31 de marzo de 1969 por el que se declaran prescritos todos los delitos

cometidos con anterioridad al 1.º de abril de 1939. El texto, que se presenta con una larga introducción en la que se observa aún la rígida mano del soberbio vencedor, apenas ocupa media página 4704 del Boletín Oficial del Estado del 1.º de abril de 1969. Así comienza la «disposición general» que firma Francisco Franco: «La convivencia pacífica de los españoles durante los últimos treinta años ha consolidado la legitimidad de nuestro Movimiento, que ha sabido dar a nuestra generación seis lustros de paz, de desarrollo y de libertad jurídica…» No debe extrañar que al leer tales falsedades algunos topos, incluso entonces, se negaran a subir a superficie.

En cuanto a los criterios de nuestra selección y de la extensión que a cada protagonista se concede —teniendo en cuenta que no se ha omitido ninguno de los grandes ocultos y que sólo diez de ellos totalizan un encierro superior a los trescientos años—, obedecieron siempre a razones de interés general y de diversidad respecto a sus compañeros. En la mayor parte de los casos hemos preferido sacrificar la galanura del estilo literario a la veracidad del relato en primera persona, apenas sometido a algún proceso de limpieza gramatical. No hemos querido utilizar historias contadas por terceras personas, a pesar de su previsible interés. En este sentido, hemos dejado de recoger las aventuras de docenas de topos de los que poseíamos referencias muy directas, topos como Bernardo Santamaría, de Alcira, que al parecer murió loco en la cárcel, hacia 1972, después de ser capturado por la guardia civil; topos como otro refugiado ocho años en Caspe, dentro de un baúl; como Jesús Montero, secretario político del Comité Provincial del Partido Comunista de La Coruña, que permaneció unos veinte años emparedado en la alacena de la cocina de una antigua novia suya, en Sada, La Coruña, muy cerca del pazo de Meirás en que veraneaba el dictador Franco y en una zona, por consiguiente, muy batida por la Guardia Civil. Una vez intentó abandonar su refugio, salió al exterior, dio unos pasos y, presa del miedo, volvió a esconderse. Hacia el año 1960 fue rescatado por miembros clandestinos de su partido y conducido a un hospital de Praga para recuperarse; allí lo Conoció el escritor Jesús Izcaray, que había sido enviado con el propósito de que escribiese un libro sobre su vida. Izcaray confiesa que le dio tanta repugnancia el miedo de aquel hombre, que se negó a escribir sobre él. Montero pudo haberse puesto en contacto con los

guerrilleros gallegos e incluso Izcaray nos cuenta que él mismo entró y salió de Galicia clandestinamente en 1945… En fin, podríamos ofrecer informaciones de topos como los del Cabo de Peñas, los de las Montañas de León, las docenas de los Montes de Toledo…, cientos de hombres escondidos que esperaban escapar a la incontenible venganza.

Pero no podían todos ellos figurar en este libro; ya es mucho el espacio que necesitan los campeones en esta dramática competición. En lo que se refiere al calificativo de *topo* brotó muy tempranamente en las confesiones de uno de ellos, don Saturnino de Lucas, que utilizó la vida de este animal para calificar su existencia. Luego, varios más incidieron en la misma metáfora. No es, pues, un término peyorativo. En fin, tampoco hemos querido interpretar, juzgar o manipular sus vidas. Los relatos aparecen como ellos los han hecho, a veces después de largos meses de insistencia por nuestra parte y, naturalmente, entresacados de muchas horas de conversación. Si algún sentido tiene revelar a estas alturas tal cúmulo de horrores es, como nuestros mismos protagonistas nos han declarado muchas veces, el de convencer a cuantos los lean de que un pueblo no puede entregarse nunca más a la espectacular locura que los españoles abrazaron el 18 de julio de 1936, seis y siete años antes de que los autores de este libro naciesen.

OceanofPDF.com

1. VIVOS DE CUERPOPRESENTE

Juan y Manuel Hidalgo España (Benaque, Málaga).
28 años escondidos

... Fue el 3 de febrero de 1937 cuando comenzó seriamente el ataque de Málaga. Tres batallones a las órdenes del duque de Sevilla abandonaron el sector de Ronda y tropezaron con una resistencia encarnizada. Los Camisas Negras se pusieron en marcha la noche del 4. En Málaga este avance provocó inmediatamente un movimiento de pánico, debido por una parte a la sorpresa que causó la aparición de los carros italianos y por otra al temor a ver la ciudad cortada del resto de la República. (El general) Villalba no supo inspirar a sus hombres el ardor combativo necesario y, por lo demás, su temperamento de oficial clásico no le impulsaba a confiar en que una población civil luchase hasta la muerte, como había ocurrido en Madrid. En estas condiciones y una vez roto el frente el día cuatro por el duque de Sevilla (príncipe de la familia Borbón) y el día 5 por los italianos, la progresión nacionalista continuó con una cadencia regular. El 6 los italianos alcanzaron los altos de Ventas de Zafarraya, que dominaban la

carretera de Almería. Málaga fue bombardeada durante todo el día. Villalba, entonces, dio la orden de evacuación general, pues consideraba que el fin estaba cercano; mas los nacionalistas no cortaron la carretera de retirada para no afrontar los encarnizados combates a los que da inevitablemente lugar el cerco de una ciudad. Todo aquel día y el siguiente el mando republicano, los jefes políticos y sindicalistas y todos aquéllos que, en general, temían las consecuencias de la ocupación nacionalista, se esforzaron por escapar por la costa. Los más afortunados consiguieron huir en coche; los otros, a pie. El Canarias, el Baleares y el Velasco bombardearon la ciudad, mientras que el acorazado alemán Graf Spee navegaba no lejos de allí. Por la tarde del día 7 de febrero llegaron los italianos a las afueras de Málaga. Al día siguiente, al mismo tiempo que los españoles del duque de Sevilla, entraron en la ciudad en ruinas en la que reinaba la desolación. Sufrió ésta seguidamente la represión más feroz que jamás había existido desde la caída de Badajoz. De los miles de simpatizantes republicanos que se habían quedado, cierto número fue abatido; el resto, encarcelado. Un testigo ha dado la cifra de cuatro mil muertos en la semana que siguió a la toma de la ciudad; pero, como de costumbre, hay que considerarla excesiva. De todos modos no es menos cierto que un primer número de personas fue ejecutado en la playa sin haber sido juzgado y que un segundo grupo también lo fue después de haber sido rápidamente escuchado por un consejo de guerra recientemente instalado(...) [1].

Los carros nacionalistas, con apoyo de la aviación, dieron caza a la población que huía por la carretera de

Almería; dejando a las mujeres proseguir la marcha a fin de que fueran a agravar las dificultades de avituallamiento de la zona republicana, abatieron a los hombres, con frecuencia ante los ojos de su familia. Muchos de los que pudieron escapar cayeron de agotamiento e inanición. Así terminó la poco gloriosa batalla de Málaga. (Hugh Thomas, La guerra civil española, cap. 44. Primera edición inglesa, 1967).

Habla Manuel:

Nosotros oíamos los cañonazos, los disparos. Estábamos ahí en Colmenar y se oían muy bien. Entonces el presidente fue a Málaga a ver qué pasaba, porque se decía que el gobernador pedía personal para resistir. Pero cuando fue ya era tarde. Volvió el 8 de febrero por la tarde y dijo que se había dado la orden de evacuar todo esto, todos los pueblos. Y como había que obedecer… Nosotros estábamos en la Sociedad y lo que hacían todos había que hacerlo. Porque fíjese si Málaga no se hubiera perdido de verdad. Lo señalaban a uno por no haber obedecido y lo podían matar si querían. Yo digo perdido, pero es ganado, vamos. Yo lo hablo así: perdido.

Ése era el miedo que había. Si no, hubiera dicho uno: Bueno, pues que se vaya el que quiera, que yo no tengo que irme a ninguna parte. ¿Y si luego esto no se pierde y se meten con uno y pierde uno hasta el pescuezo?

Nosotros no sabíamos lo que estaba pasando. Nos enteramos más tarde que había que decir «Arriba España». No sabíamos nada, no sabíamos quién estaba luchando ni por qué, nada. Estábamos en el campo. Conocíamos lo que se decía Bueno, conocíamos lo de Queipo de Llano, que era lo que se hablaba por la radio[2]. Decían que ése era el que había y creíamos nosotros que era el que iba dirigiendo todo esto. Y luego no fue así.

Había llovido mucho los días anteriores. El día 8 no llovió, acaso unas chispillas. Cuando tomaban Málaga hacía un día bueno, con sol. Pero los días antes había llovido mucho y los ríos estaban crecidos.

Yo tenía 27 años y mi hermano Juan tenía 31. Llegó el Presidente con dos motoristas y nos reunimos todos aquí, en la plaza de Benaque. Nos dijeron que Málaga había caído con los nacionales y que había que irse para Almería. Era el presidente de la Sociedad de Trabajadores, de la U.G.T., el que había ido dos o tres días antes y ahora ordenaba que nos fuéramos. El gobernador decía que había que evacuar todos los pueblos. Que todos para allá. Y así se hizo. Para Almería, para allá. Y así se hizo. Las mujeres también se fueron. Por miedo. Como ya estaba cortado el paso, había que irse para allá.

Salimos en ese mismo momento. Nos fuimos vestidos como estábamos, en ese mismo momento. Empezamos todos a andar por el campo, por esta sierra. Y cuando llegamos a Iznate nos dijeron que habían cortado la carretera de abajo, por Torre del Mar. Ya no se puede pasar. Entonces las mujeres y los niños se quedaron para volver a Benaque y nosotros seguimos para Almería, tirando para la sierra, para arriba, buscando para arriba. Iban muchos, muchos. Unos llevaban burros, otros iban a pie, de todo. Algunos llevaban algo de su casa, una manta, pero poco. Dinero no, porque no había ninguno. No había dinero ni comida, no podían llevarlo. Muchos llevaban a sus niños pequeñillos; nosotros no porque no teníamos.

Ya cuando pasamos Vélez tiraban la aviación y los barcos. Tiraban desde el mar a la sierra, por donde íbamos todos. Y los aviones pasaban muy bajo y nos iban disparando mientras corríamos. Tiraban continuamente y había que esconderse y seguir para allá, siempre para allá. No se pueden numerar los que íbamos. Por todas partes, derramados por todo el campo, todo lleno. Aquello era un diluvio de gente. Porque además de la provincia de Málaga, venían de allá, de Sevilla, los que habían escapado de Estepona, de Marbella, de todas las sierras del otro lado. Cada uno tiraba por su lado, todos desorganizados, nadie lo dirigía. No había más que ir a Almería, que eso eran las órdenes. Venían también milicianos. Los heridos se habían quedado atrás, aquello sólo podían resistirlo los sanos. Los heridos se habían quedado por los frentes de Antequera.

A nosotros no nos dieron. Vimos a uno muerto en una casilla. Primero vimos a otro, a un centinela que había en un puente en Vélez Benaudalla. Allí estaba muerto y el puente caído. Lo habían matado y allí estaba. Luego

vimos al otro, en una casilla en mitad de la sierra, antes de llegar a Albondón, en una sierra muy grande que allí hay, la Contraviesa la llaman. Estaba el hombre muerto, también, caído de lado.

Íbamos corriendo todo lo que podíamos. Iba usted por ahí y de pronto le tocaban las campanas. Vaya, ya van ellos por allí, ya han entrado. Iban por la carretera a medida que iban tomando los pueblos y nosotros teníamos que subir otra vez a las lomas. No podíamos bajar a las playas por eso. Empezábamos a bajar, oíamos las campanas y otra vez para arriba. ¡Hale, vamos para adelante! Las esperanzas eran llegar al otro frente, porque éste lo habían roto. Pero cuando llegamos lo encontramos todo abandonado, todo tirado, con muertos por todas partes.

Nosotros comíamos de lo que pillábamos, que nada llevábamos. No había nada, estaba todo agotado y encontrábamos alguna aceitunilla, alguna hierba. Éramos muchos miles, muchos miles, y no había comida para nadie. Muchos miles de hombres, de mujeres y de niños. Y bestias y cabras y perros y todo… En los pueblos no había nada, no podían vender nada. Estaban vacíos, sin gente, todos se habían ido. A algunos los mataban para robarles un poco de pan que llevaban. Agua sí había, se podía beber en cualquier parte porque había llovido mucho los días anteriores y estaba todo lleno de charcos y de barro.

El viaje duró desde el día ocho que salimos de Benaque hasta que llegamos a Adra… Se puede hacer memoria por las noches que descansamos. No podíamos dormir porque seguían disparando. Descansábamos un poco en una cueva, en las rocas, junto a los árboles. La primera noche paramos ahí abajo. La segunda fue aquella noche que caímos en el río, paramos junto a un río: dos. La tercera fue en un cortijo: tres. Y la otra llegamos a Adra. Cuatro. A los cuatro días llegamos.

Lo del río fue muy malo. Los que llevaban niños chicos iban por abajo, por la carretera. Llegaban las bombas y habían derribado el puente del río de Motril, que venía muy crecido. Iban con los chiquillos cogidos de la mano y la corriente del agua se los llevaba. Hubo muchísimos niños que se ahogaron ahí, en el paso. Y también personas mayores. Nosotros lo buscamos más alto, por la sierra, que tenía menos agua. Por la murtera es por donde iba más personal y era donde más tiraban y donde más morían.

Algunos carros que iban y algunas bestias, como habían cortado el puente, no pudieron pasar y se quedaron allí. Para pasar había que tirarse al río.

Adra era el primer pueblo del frente republicano. También estaba evacuada, personal no había casi ninguno. Todos se habían ido. Estaban las fuerzas, muchas brigadas. Allí nos dieron de comer y nos dieron algo de ropa, porque veníamos llenos de barro y de agua y muertos de hambre y nos enrolamos en la Sexta Brigada Mixta de Infantería, voluntarios. El que quería seguir, pues seguía, pero nosotros nos enrolamos para estar más cerca de casa, porque decían que iban a tomar otra vez Málaga.

Pero nos dio fiebre por el viaje y el frío y la humedad, porque no habíamos comido casi nada y habíamos tenido que cruzar los ríos nadando como podíamos para no quedar encerrados. Nos dio calentura y nos apuntamos a reconocimiento. Entonces nos dijeron que nos fuéramos a Almería. Y nos fuimos. En Adra estuvimos dos días. Nos borraron de la Brigada y nos fuimos. Enfermos. Allí, al rato de salir de Adra, se paró un camión y nos llevó hasta Almería.

Y la caravana, hecha un cortejo imponente, proseguía su marcha bordeando el mar. Desde Vélez descendía otra comitiva compuesta de campesinos de Competa, de gentes del propio Vélez, con sus tristes ajuares, con sus borricos. Con ellos se mezclaban las tropas en retirada, mientras algunas unidades quedaban en vanguardia ofreciendo la postrera resistencia de un frente en trance de desaparecer. Dos batallones comunistas cubrían el catastrófico repliegue. Algunos anarquistas aislados se batían con desesperación. Pero Vélez-Málaga caería también el día 7. La caravana, crecida como una marea, seguía su marcha tercamente, obsesionadamente, bajo el sol y el fuego artillero y aéreo. Unos iban quedando en la cuneta. Otros, los más viejos, por el agotamiento. Las pasadas de la aviación dispersaban a una multitud aterrorizada que, en busca de salvación, mordía el polvo de la tierra. Otros se lanzaban alocadamente al agua. A algunos se los tragaba el mar porque, llenos de pavor, se adentraban hasta perder pie, sin saber nadar. Los vehículos deteriorados quedaban arrumbados al borde de la carretera para dejar paso a los que seguían intactos. Y así, cada vez era mayor el número de los que continuaban haciendo camino al andar,

frustrado su intento de colgarse desesperadamente de otros vehículos sobrecargados, repletos.

(…) A lo largo de los días 8, 9 y 10, con sus correspondientes noches, la masa de fugitivos prosiguió su dantesca caminata. Por los caminos vecinales que desembocan en la carretera principal nuevas gentes provenientes de los villorrios serranos aparecían aumentando el tamaño de aquella enorme aglomeración humana. En Nerja, en Torrox, en Almuñécar, en Salobreña, más fugitivos se incorporaban al contagio de una psicosis que impelía a huir, a huir. En aquel apocalíptico panorama todas las tragedias tenían su humana encarnación como resultante del fuego y del agotamiento. Quién marchaba con el cadáver del hijo en brazos; quién se quedaba junto a su muerto al borde del camino; quién se quitaba la vida incapaz de sobrevivir a la desesperación de los suyos. Hubo mujer que parió como una bestia, sobre unos rastrojos. Sobre Motril desembocó toda una humanidad exhausta, famélica, destrozada, con los pies en sangre, con sus muertos y sus heridos. Atrás quedaron nadie supo cuántas víctimas; unos, de las bombas, otros, de la extenuación. Pero la muchedumbre siguió con el enemigo a los talones y las siluetas de los barcos amenazando desde la raya del horizonte. (…) Los fugitivos se extendieron por todo Levante, por Almería —casi duplicó su población—, por Cartagena, Murcia, Alicante. (…) En Bandera Roja, periódico alicantino, se leía: «… padres, hijos, hermanos de estas mismas caras pálidas, resecas, mohosas, caras largas de hambre y sufrimientos que en desfiles interminables llegan a nuestro Alicante, a la tierra de sus hermanos de ideal. Hemos de partir nuestra vivienda y nuestro pan, todo en fin, con estos necesitados hermanos…»

(…) Para otros, el infortunio sufrido sería motivo para clamar por un orden, una organización que evitara tales desastres… Las voces empezaron a alzarse pidiendo mandos y disciplinas. (Rafael Abella, La vida cotidiana durante la guerra civil, II, cap. 14. Planeta, Barcelona, 1975).

Habla Juan:

Habíamos andado un trecho y estábamos cansados. A todos los que se habían apuntado a reconocimiento, que eran muchos, los mandaron salir de

Adra. Nos sentamos en la carretera y en esto pasó un camión, le mandamos parar y nos montó hasta Almería. Al bajarnos vemos que un paisano nos dice: «Chss, chss…» Era un paisano de Benaque, Antonio Losada. Era guardia de asalto y estaba allí, en el Gobierno Civil. Nos dice:

—Esperar un momento, que ya mismo me van a relevar y yo iré con ustedes adonde están los otros paisanos.

Los otros de Benaque que también habían evacuado. Así que nos quedamos allí un ratillo y en eso empieza a desfilar una brigada, ¿cómo se llamaba?, una brigada de la C.N.T. Había abandonado los frentes y se había venido a Almería con las ametralladoras montadas y, en fin, en plan de haber allí una cosa mala. Total: que no venía el relevo del muchacho éste y le mandan ir al Gobierno Civil, porque iba a tomarlo la brigada aquélla. Nos fuimos con él y vimos las ametralladoras rodeándolo todo. Entonces él nos dijo:

—Ir por ahí, que es donde están los paisanos nuestros.

Nos fuimos y estuvimos reunidos con ellos unos pocos de días. A los pocos de días, como era tantísimo el personal que había allí, no había suministros para todos. Así que nos dijeron:

—Todos los que se quieran ir para adelante, que se vayan. A Alicante. Que les hagan un salvoconducto.

Así nos lo hicieron y salimos para Alicante en tren.

Conque llegamos a Alicante y estamos en las mismas. Pero entre esos paisanos iba uno que tenía familia en Alicante. Le dijimos:

—Vamos antes a enrolarnos y después vemos a tu familia.

Fuimos preguntando, preguntando dónde estaba la oficina y la encontramos. Sí, aquí está. Nos apuntamos y dicen los compañeros:

—Ya cayeron. Ya de aquí ustedes no salen.

—¿Cómo que no salimos? —dijimos nosotros.

Nos metieron en la plaza de toros y allí nos quedamos. Tanto es así que aquel muchacho que tenía familia, una hermana, no pudo salir de allí para ir a verla. Por la noche nos metieron en un tren y nos llevaron a Alcázar de San Juan. El tren ya no pasaba de allí, estaba dominado. Había que seguir en coche. A la otra noche cogimos un coche y nos metieron en Madrid.

Fuimos a Ventas. Por cierto llovía mucho. Nos resguardamos en el Metro. Eso sería el día 25.

Luego nos llevan por la mañana al cuartel de Padilla y nos dan el uniforme y el fusil. Después nos tienen dos o tres días en un cuartel de El Pardo para entrenarnos y ya nos meten en Puerta de Hierro. Estuvimos en los ataques que hubo en el cerro Garabitas, por donde está ahora la Feria esa Internacional del Campo, en las trincheras. Estábamos siempre juntos y nos echaron de enlaces de la comandancia, para llevar los partes a las compañías corriendo por las trincheras.

El martes, creo que fue el nueve de abril, hubo un ataque y el batallón quedó destruido. Quedamos muy pocos. Murieron casi todos. De noche sacaban a los muertos en camiones. Como estaba dominada la salida, dejaban a los muertos apilados; sólo sacaban a los vivos que tenían cura. Por la noche nosotros ayudábamos a cargar los camiones. Camiones bien hartos, bien llenos de cadáveres, para darles sepultura en Madrid.

Yo no era muy buen soldado; hacía lo mismo que hago aquí; trabajar lo que podía, ir adonde me mandaban. Aquellos días del cerro de Garabitas fueron muy malos, fueron los peores. Me acuerdo cuando me mandaron a la trinchera a llevar el primer parte… Éramos de confianza, obedecíamos y como cayeron heridos dos enlaces nos escogieron a nosotros. No era muy valiente: hacía lo que mandaban. Que a media noche había que ir a tal compañía, a tal sitio: pues íbamos. Si llovía y si nevaba. Era una obligación que había que cumplirla.

Los combates eran muy duros, muy malos. No tienen palabras para poderlo explicar. El jefe de la brigada era Perea y el comandante, Barranco y el capitán, Melchor. Perea era general de división. Allí entramos el 26 de febrero, pero el combate fuerte fue el nueve de abril a la madrugada. Combates había siempre, pero el grande fue aquél.

Las trincheras estaban a muy poca distancia, como unos Cincuenta metros o menos. Nosotros hablábamos de un lado a otro. Con nosotros había uno que tenía buena sombra: era tocador. Y al otro lado había otro que cantaba bien. De modo que se ponían y decía el cantaor:

—Mira, arrímate bien a las cuerdas, que si no vamos a salir a tiros.

Y ¡pum! Un trabucazo. Y el otro:

—¡Que cantes mejor, que salimos de aquí a tiros!

Y ¡pum!, otra vez a disparar. ¡Je, je!

Lo llamábamos «Valencia» porque era de allí. Tenía la guitarra en la trinchera y la tocaba allí. Y siempre decía:

—Mira, canta bien, que vamos a salir a tiros al remate.

Y disparaba. Pero disparaba al aire, porque se trataba de amistad. Claro que luego por la mañana se disparaba de veras.

También a veces compartíamos el camino para pasamos un cigarro. Nosotros teníamos el papel de fumar y ellos no tenían: ellos tenían el tabaco. Como Alcoy era nuestro y había muchas fábricas de papel, pues temamos papel. Pero tabaco no. Claro, como luego hablaban: «tú de dónde eres, tú de dónde no eres», pues muchos se pasaban y a lo último los jefes prohibieron eso. Antes, alguna vez, lo castigaban con una prevención. Esto se hacía de día. Uno iba para allá y el otro venía. Charlaban un rato y luego se despedían. Uno decía: «¡Arriba España!» Y el otro: «¡Salud, camarada!» Cada uno se volvía a su sitio y después, claro, a tiro limpio. Unas veces porque lo ordenaban los jefes y otras por su cuenta, otros que estaban allí. Empezaban a disparar. También se pedía permiso.

—¿Podemos ir un ratito a hablar con los otros?

Y los jefes nos dejaban. Íbamos soldados y siempre iba un cabo. Pero los demás estaban a la trinca, por si acaso.

También desde las trincheras nos insultábamos, nos llamábamos de todo. Nosotros fascistas y ellos nos llamaban rojillos. De los jefes no se hablaba nada. Ya más tarde ponían el altavoz para hablar mal de los jefes que teníamos y para decir que nos pasáramos, pero entonces no. Allí sólo se hablaba y se cantaba. Cantábamos verdiales juntos, coplas.

Aquel día del nueve de abril había que salirse todos de la trinchera. Ellos estaban por encima y nos pillaban por debajo y nos barrían. El campo estaba lleno de gente unos dando gritos, el otro partido por la mitad, el otro muerto… Nosotros teníamos que correr con los partes y uno caía por aquí y otro por allí. Era como una lluvia de muertos y de balas. A eso del mediodía ya no quedaba nadie. Se habían muerto casi todos. Por la tarde los jefes decidieron que se dejara de tirar para coger los cadáveres. Que cada uno cogiera los suyos. Como los muertos estaban en el centro, se notaba mucho

el mal olor, tanto ellos como nosotros. De modo que hubo que tomar esa tregua.

Nosotros íbamos siempre juntos, sin fusil, corriendo por entre los muertos y entre los camilleros. Los cañonazos levantaban todo el campo y los árboles. También los cañones nuestros. Como estaban tan cerca, todos parecían lo mismo, todos disparaban a la vez.

De Madrid no podíamos ver nada. Nos decían que aquello no parecía Madrid, pero no fuimos a fiestas ni a bares. Yo fui más tarde al cine, cuando me hirieron. Entonces no había visto nunca el cine en ninguna parte.

Como nos habían matado a casi todos, luego nos sacaron de allí. Estuvimos descansando unos pocos días en El Pardo y luego nos llevaron a Tórtola de Henares, en Guadalajara, con gente nueva en el batallón. Eso era ya por mayo. De allí nos llevaron a Hita, en el frente. Nosotros dos seguíamos de enlaces, primero con el mismo comandante y después con otro nuevo. Unas veces luchábamos y otras nos llevaban a descansar. También estuvimos en Gajanejos, en Trijueque, en Usanos… En eso fue cuando yo caí herido. Bombardeaban mucho y cómo íbamos corriendo, explotó un obús cerca de mí y me llevó tres dedos y me dejó todo el brazo lleno de agujeros y de sangre. A mí me llevaron al hospital de Guadalajara y dieron sepultura a estos dedos y Manuel y yo nos separamos.

Estuve unos pocos de días y me llevaron al tribunal médico de Madrid. De allí nos mandaron a todos a Castellón, donde estaba la Brigada. Pero a mí me cambiaron y me pusieron en la 28 Brigada, porque ya estaba inútil para las armas. Así que me tienen en el arroz, trabajando en el arroz en Callosa del Segura y después de un poco de tiempo, como faltaba gente, renuevan el cuadro de inutilidad y me entregan un fusil. Y yo me digo:

—Bueno, ¿y esto para qué lo quiero?

Y dicen:

—Toma, ¡para pegar tiros!

Me voy para abajo, donde estaba el comandante. Yo me presento y él dice:

—¡Mira lo que me mandan aquí! Los granujas, los enchufados, se quedan allí. Los buenos. Y nos mandan aquí a estos hombres. ¡Hale, váyase usted a la cocina!

En la cocina me tuvieron una pila de tiempo. Allí no hacía nada más que comer. Estaba muy bien. Si quería ayudar, ayudaba, pero sin obligación ninguna. Con la Brigada fui a muchos sitios hasta que, un día, me vio el comandante otra vez. Ya no se acordaba que yo estaba allí. Pidió la lista al teniente ayudante y le mandó que me dieran ropa, el uniforme, y me pusieron en el puesto de mando de la brigada, que estaba más atrás. Me tienen allí otro poco de tiempo y me ponen en el puesto de mando de la división, todavía más atrás. Allí sólo hacía guardias, guardias en la carretera, para controlar a los que pasaban, guardias sin importancia: pedir las consignas…

Después nos mandan a Domeño, un pueblo de Valencia, a descansar, porque habían renovado la división. Allí fue donde me pilló el final de la guerra. Por la tarde, cuando nos dan el rancho, nos mandan ir a la oficina para que cada uno de nosotros, de los mutilados, volviéramos al puesto en que estábamos antes. En el puesto de mando entregamos el capote y la ropa y nos dicen:

—Hale, os vais al batallón, adonde os pertenece.

Yo le digo a uno de la oficina:

—¿Y qué pasa, hombre?

—Pues mira, que la guerra se ha terminado.

Yo bajo a otro pueblo y me encuentro con el sargento de la cocina, que era donde yo estaba apuntado. Y el sargento me dice:

—¿Qué hay? ¿Qué se dice por ahí arriba?

—Pues yo no sé nada —le digo yo—. Allí dicen esto: que se acabó la guerra.

Entonces él me dice:

—Mira, mi primo, que es el comandante, salió ayer. Y yo, nada más que llegue la noche, me marcho también, desaparezco. A ver si puedo ver a mis hijos.

Y yo digo:

—Pues cuando tú te vas, que eres sargento… Eso hago yo.

De modo que en plena noche, cogí y me volé. Pero no era yo solo. Cada uno por su lado, todos escapaban de allí, todos por el campo de noche, como animales perdidos. Arranqué a andar de Domeño y llegué a Benaque

con dieciséis días y dieciséis noches sin parar y sin dormir y sin comer… A todos los que se quedaron allí o se presentaron, los mandaban a su casa con vigilancia. Lo primero era detenerlos y a muchos los mataban.

Habla Manuel:

Cuando Juan cayó herido, nos separamos. A mí de Guadalajara me llevaron a Teruel, que había allí un poco de fregao. Pero ya se venían retirando, porque las fuerzas empujaban y habían cortado por el Ebro. En esa retirada yo me quedé solo en el campo de los fascistas, me perdí. Yo seguía de enlace y estaba corriendo. Cuando me quiero percatar, los camiones se habían ido y me quedo solo. Estuve tres días y tres noches andando hasta llegar a los nuestros. De día me amatojaba en un cerrillo, veía cómo buscaban con los caballos, cómo espiaban el terreno y pasaban a la vera mía, y yo escondido en los matojos, quieto. Ya de noche echaba a correr y como aquello no estaba organizado, no había trincheras ni nada, pude pasar al lado de acá. Como había faltado tres días, me dieron por muerto. Pusieron otro enlace y, cuando aparecí, me quedé en la compañía como uno más, en la trinchera. Era mejor ser enlace, a mí me gustaba, aunque también tenía mucho peligro. Hay que andar corriendo atrás y adelante y si a uno lo cogen prisionero, tiene que comerse el papel, meterlo en la boca y mascarlo para que los otros no se enteren.

Nos pasaron para el otro lado del río y de noche volvieron a pasarnos para acá porque iban a volar el puente y nos quedamos en la sierra de Vinaroz.

Allí nos estuvimos tres días. Estaba todo tranquilo, no se sentía ni un tiro. Estaban preparándose. Hasta el día 15 de abril de 1938. Aquel día se formó allí el desastre. En cuatro quilómetros había mil piezas de artillería y otras tantas en el otro lado. Estaba todo en calma. Entonces, un barco que había en la mar tiró un cañonazo y se encendió todo, de una parte y de otra. Nosotros estábamos en la sierra, aplastados, y por todas partes caía metralla, barría la tierra, volaban los peñascos, había un polvo que no se podía ver nada ni a nadie. Además de la artillería, estaba la aviación por encima. Un avión tiró una bomba y cayó en el parapeto donde yo estaba.

Unas piedras muy grandes que tenía delante me cayeron encima. La metralla me destrozó toda la cabeza, la oreja, toda la cara; una piedra me partió la clavícula y el brazo se me cayó, me quedó como caído. Yo me quedé muerto, sin hablar, sin saber nada.

Y resulta que aquellos paisanos de Almería, los que habíamos encontrado al llegar de Adra, eran camilleros y pasan por allí corriendo en retirada y me ven y dicen:

—¡Pero si está aquí Manuel! Vamos a cogerlo en la camilla.

En la camilla, por la sierra, me llevaron como seis quilómetros, porque allí no había nadie. Tiraban los cañones y a mí me dejaban en el suelo y ellos se aplastaban un poco hasta que pasaba el fregao. Luego cogían y salían corriendo. Así llegaron a otra carretera y el comandante mandó que me metieran en su coche hasta llegar adonde las ambulancias.

Me desperté a los tres días en el hospital, creyendo que aún estaba en la sierra. ¿Qué pasa? ¿Es que yo estoy herido? No me dolía nada. Me tiro de la cama, me voy a un espejo y me veo todo lleno de sangre, los pelos con pelotas de sangre seca, la cara llena de heridas…

Estuve allí muchos días y luego me llevaron a Alicante, al hospital Base B de Alicante. De un hospital me llevaron a otro, me mudaron unas pocas veces y, al salir, me pusieron en el Acantonamiento número 11. Primero me llevaron a Callosa de Segura y a otro pueblo que hay por allí, también un pueblo muy católico, el de los puentes, unos puentes muy grandes… ¡Alcoy, eso eso! De allí me sacaron al arroz, cuando Juan estaba haciendo lo mismo en Alberique y en Sueca.

Allí se trabajaba despacio, no mucho. Estábamos de uniforme y nos pagaban aparte de la soldada. Diez pesetas diarias. No lo gastábamos y yo ahorré unas mil pesetas. Que no sirvieron para nada, porque luego había dinero de otro color y aquél no valía.

Aquello de la guerra se veía que no iba bien, que variaba. Aquello no iba como al principio. A nosotros nos parecía que llevábamos razón, como nos decían. Nos decían que luchábamos por defender los sueldos, por defender el trabajo. No comíamos mal. Nos daban lentejas, que era lo que más había; garbanzos, también algo de carne y alguna vez coñac, cuando hacía mucho frío en las trincheras, por la madrugada, y había que luchar…

Eso de la guerra es como un río: se mete uno y está el agua fría, pero una vez que se mete ya no estorba nada, ya se pierde el miedo. Al cuarto de hora ya no impresiona nada, ni los muertos ni nada. Y cuando está cayendo agua, lo más fácil es que se moje uno, así que dices que te pueden matar en cualquier momento y ya está. Vas resguardándote, vas a tu avío, pero… La guerra era una cosa muy dura. Todos decían que luchábamos por la independencia, ellos y nosotros, por llamarse independiente. Así lo decían por los altavoces. Y ellos luchaban por lo mismo… Ya a última hora, cuando uno se estaba dando cuenta, por lo que veía parecía que no iba aquello todo muy bien. Se notaba por los mismos jefes. Decían que luchaban por la igualdad, porque todos fuéramos iguales, y venía el suministro, por ejemplo, y lo mejor era para los jefes y lo más malo, para los soldados. Eso no era la igualdad. Yo decía: Aquí hay diferencias. Y así era todo. Entrábamos en lucha y el que podía se echaba atrás. Todo el que tenía una miajilla de mando se echaba atrás y echaban delante a los soldados. Y eran los que menos comían.

Cuando estábamos en el arroz, revisaron los cuadros de inutilidad. A Juan lo mandaron a los frentes y a mí, a mí a servicios auxiliares, al Segundo Grupo, como le llaman. Me llevan de un sitio a otro, de un sitio a otro, y ya por fin me pusieron en retaguardia, en un puesto de observación en una torre para que cuando venía la aviación avisase al centro. Me destinaron a Motilla del Palancar, en Cuenca, y sólo tenía que avisar por teléfono desde la torre si venía un avión, o dos, o tres; contarlos y decir el rumbo que llevaban.

Yo un día veo muchos coches por allí y pregunto:

—¿Qué pasa que hay tanto coche por aquí?

Y me dicen:

—Nada, nada, usted no se preocupe. Usted quieto ahí en la torre.

—Es que yo también me quiero ir —le dije yo.

—Bueno, pues usted haga lo que quiera. La guerra se ha terminado.

Entonces yo bajé de la torre, rompí todos los papeles que llevaba, busqué ropa de paisano y me marché de allí, como todos hacían. Cada uno por su lado, por donde quería, no había control. Yo eché a andar, eché a andar y resulté aquí en Benaque el día 4 de mayo. Desde finales del mes de

marzo. Lo pasé muy mal, muy mal. Sin comida, sin dinero, sin papeles, sin mantas, andando y andando. Tenía que atravesar ríos de noche. No podía ir por las carreteras ni cruzar por los pueblos porque estaban los controles. Miraba al sol de mediodía y decía: Por allí tengo que ir. Me venía orientando por el campo, mirando el sol… Si veía un camino bueno decía: Esto va a un pueblo, esto hay que desviarlo. Cogía algo de comida en las huertas, coles, cebollas y yerba. Yerbas que no eran amargas, yerbas conocidas. Pero había poco y de carne nada. No encontré ni una gallina, ni un perro, ni un ratón… A veces el agua era más precisa que la comida. Yo no llevaba cantimplora y a veces el agua que encontraba era salobre y pasaba tres días sin probar el agua. Dormía un poco entre las yerbas, cuando podía, muerto de miedo.

No podía presentarse uno porque lo cogían y lo metían en la trena. Se temía que lo mataran a uno. De estos camilleros que me cogieron a mí, uno está vivo, está ahora en Alicante, y al otro lo mataron. Había sido vicepresidente de la Sociedad, aquí en Benaque, y lo fusilaron. Al presidente también lo fusilaron en Málaga en los primeros días. Ése no supo escapar. Aquello era un terror espantoso. No se atrevía uno más que a andar de noche, sin ver a nadie, andar, andar…

Habla Ana Gutiérrez:

Nosotras, mi cuñada y yo, pasamos todo el tiempo trabajando. Somos primas las dos. Yo soy Ana Gutiérrez Cisneros y ella es Ana Cisneros Gutiérrez, al revés. Yo soy señora de Juan Hidalgo España. Nosotras no hablábamos con nadie, siempre trabajando, siempre solas. Y sin saber qué les había pasado. Yo vivía sola con mi madre. A mi padre, que tenía setenta y dos años y estaba enfermo, lo habían llevado a la cárcel. Allí estuvo cuatro años. Luego murió en casa, el pobre. En el pueblo habían entrado los de falange y pusieron también a un alcalde de ellos. Nosotras teníamos miedo. Sí, nosotras teníamos miedo. Nos trataban mal porque éramos contrarias a ellos. No nos cortaron el pelo, eso no, esa suerte tuvimos. Estábamos en lista, porque a otras se lo hicieron. Si nos echan la mano, no nos escapamos, desde luego. El día que había manifestaciones, venían a

casa, nos agarraban y nos llevaban, mayormente por las malas. Salíamos a cantar el «Cara al sol» a palo limpio, a palo limpio… Hay mucho repertorio de eso, ¿sabe usted?, mucho repertorio, mucho. Pero eso no queremos nosotros tocarlo. Luego lo ponen en cualquier sitio y…

Comida no había nada, muy poco. Para los niños trajeron azúcar y leche.

Ellos nos mandaron dos letras por la Cruz Roja, desde Valencia. Sólo decían: «Juan y Manuel, bien». Y ya está. Eso sólo. No se podía poner más. Ya no se supo más hasta que llegaron. La noticia era que ellos habían muerto en el camino.

Habla Juan:

Yo fui el primero en llegar, porque había salido antes o porque corrí más. A finales de abril. No me acuerdo del día justo. El viaje fue malo, muy malo. Yo normalmente caminaba de noche para que no me vieran, pero una vez, al despertarme, me puse a andar para atrás porque había perdido la orientación. Tuve que desandar el camino de media noche de viaje. Entonces dormía siempre con los pies hacia adelante, hacia donde iba; y por si me mudaba de postura en el sueño, ponía una piedra apuntando a Benaque.

De carne sólo comí algunas ranas que cacé y puse a asar en una hoguera. Lo que más comía eran yerbas cocidas en una lata de conservas que llevaba y también crudas, conocidas.

A casa llegué de noche, de la parte de la madrugada. Allí, pegado a la casa, hay un pocito que es de donde se surte el pueblo de agua. Estuve junto esperando la hora en que no hubiera gente por las calles. Luego me fui y pegué suave a la puerta. Yo no sabía lo que había pasado aquí.

Ésta empezó a hablar bajito con su madre, dentro:

—No abras, que son los gitanos que andan por ahí.

Aquel día había habido gitanos por aquí y ellas pensaban que estaban pegando a la puerta y que se iban a llevar gallinas o algo. Ella estaba sola con su madre; no quería abrir. Ya, cuando vi que tenían que esperar, me acerco a la puerta y digo muy bajito:

—¡Eh!, ¿pero no me conoces? ¡Que soy tu marido!

Todo esto por la puerta del patio.

Total: que al final me abrió. Y, entonces, pues claro… Allí lo primero que había que hacer era estar con la vista atenta, estar al cuidado por si alguien me había visto entrar. La idea mía era verla y darme el bote. Comer antes un poco y desaparecer, marcharte por ahí, por Moriles, por donde encajaras. No quedarme aquí. Pero ella:

—No, no, no te vayas.

Y luego me contó lo que le había pasado a mi padre y al suegro de Manuel. Nada más terminar la guerra, se suicidaron los dos. Se pusieron uno delante del otro con la escopeta debajo de la barbilla y un cordel atado desde el gatillo al dedo gordo del pie. Dispararon al mismo tiempo y así murieron. No habían podido resistir la desgracia de perder la guerra y de ver cómo me habían quitado la casa, las tierras, todo lo que teníamos.

Ella no quería estar sola y pensar que también podía morir yo. Y, claro, como no me había visto nadie, pues ahí seguimos y seguimos, hasta que…, hasta ahora. Aquella noche no dormí nada: había que estar haciendo guardia. Y como ellas me decían que no me fuese, que esperara a ver, a ver, a ver, y venga a pasar días… Nadie se había enterado, nadie fue a preguntar.

Habla Manuel:

Mi hermano llegó seis días antes que yo. Y como él de mí no sabía nada, le decía a su mujer:

—Dile a mi cuñada que he venido, para yo verla.

Ella no sabía cómo decírselo, porque creía que no sabía nada de mí, que yo estaba muerto. Le daba una alegría, pero iba a pensar ¿y el otro, qué ha sido de él, por qué no han venido juntos? De modo que ella se retenía y Juan todos los días preguntándole si no se lo había dicho aún. Así hasta que un día ella subió a decirle a mi señora que su marido había venido. Pero aquella misma noche había llegado yo. De modo que entra ella y dice:

—Mira, que tengo que decirte una cosa.

—¿Qué me tienes que decir?

Claro, estaba sonriente. No estaba nerviosa ni nada. Y la cuñada mirando a todas partes no fuera a venir alguien, hablando bajito:

—Pues tengo que decirte que mi marido está en casa.

—Pues mi marido también vino —dijo mi mujer.

Ella también tardó mucho en abrir. Detrás de la casa hay una zanja, entre la pizarra y la pared. Yo me colé por la zanja y me llegué a una ventanilla que allí hay. Yo pegaba y ella escuchaba, pero nada. Entonces pegué más fuerte. Yo vi que se removía dentro, pero no sabía quién estaba en la casa, quién podía estar, de modo que yo tampoco quería hablar. Ella vino y se pegó a la ventana sin encender la luz ni nada. No se fiaba de hablar tampoco. Yo la escuchaba respirar muy cerca. Y ya por fin:

—¿No me conoces?

Ella no decía sí ni no. No quería contestar. A las tres veces que yo dije eso me conoció.

—Pues abre la puerta —digo yo—. No me enciendas la luz.

Me eché a rastras, di la vuelta a la casa y entré por la puerta. Llorábamos de la emoción y de la alegría. Y luego a mirar si me había visto alguien… En ese momento no sabía uno lo que hacer. Era una cosa, no sabía uno por dónde iba a ser la marcha, si lo habían visto correr por el llano… Pusimos una silla por lo alto de la puerta para ver, para ver si se oía ladrar algún perro. No se oía nada, estaba todo en calma. Y al otro día lo mismo y al otro igual. Y ya me digo:

—Bueno, ¿pero esto cómo va a ser? Yo me tengo que ir a trabajar por ahí. Aquí, ¿cómo vamos a estar?

Y ella dice:

—¿Tú qué te vas a ir de aquí? Yo trabajo, yo hago todo lo que haya que hacer y tú te estás aquí. Te pueden ver, te pueden denunciar. Yo haré lo que pueda…

Por eso me quedé yo aquí en Benaque.

A una treintena de quilómetros de la capital, Benaque se tiende blanco y semivacío en la cresta pedregosa de una montaña. Casi inaccesible en automóvil, la aldea constituye el final de un complicado

camino que tan pronto se hunde en ramblas desérticas en verano, flanqueadas de cañas, furiosos ríos en época de deshielo, como asciende vertical por los riscos y serpentea luego sobre la cumbre de la montaña: una masa de pedruscos ásperos e informes que ocasionalmente se desprenden hacia uno u otro lado y bajan rebotando entre las chumberas, los algarrobos y los olivos perdidos entre la maraña de los arbustos del monte. De vez en cuando brilla muy abajo el Mediterráneo azul, muy lejos, detrás de un hondo valle tapizado del verdor de los granados y de las pequeñas huertas. En distintas laderas, como pegados a la roca, pequeños caseríos encalados a los que parece imposible acceder por parte alguna. Las montañas se retuercen, se multiplican de modo inverosímil antes de hundirse a unos quilómetros del mar, frente a la barrera de altos edificios turísticos levantados en la costa.

Resulta difícil identificar los caseríos y aldeas diseminados por la zona. Se unen por estrechos caminos pedregosos, cortados en invierno por las avenidas, descarnados en verano. Tan sólo unas carreteras en mal estado y de trazado enloquecedor vinculan entre sí a las poblaciones más importantes de la serranía: Benagalbón, Totalan, Macharaviaya, Iznate, Moclinejo, Benamocarra, Almáchar... Entre sí o únicamente a los pueblos más grandes como Olías, Rincón de la Victoria, Vélez-Málaga y Torre del Mar, ya en la costa.

Benaque, únicamente conocido en los diccionarios geográficos como lugar de nacimiento del poeta modernista Salvador Rueda, tiene unas treinta casas,

todas blancas y la mayor parte de ellas muy pobres, bien asentadas en la roca y a ambos lados de una calle estrecha y curva, pero asfaltada y limpia. La casa de Manuel Hidalgo está situada más allá del final de esa calle, en el extremo norte del pueblo. Un senderillo que se retuerce entre grandes rocas y arbustos resecos la une al resto de los edificios, ligados entre sí en planos irregulares y confusos.

Su hermano Juan, que ha pasado parte de sus casi treinta años de encierro en otra casa cercana, vive ahora más cerca del mar, en un valle ancho y desierto. El lugar se llama «Las Monjas» próximo a la ermita de Benajarafe. Su casa está sola en pleno campo. Un techo de cañas amarillas, quemadas por el sol, cae por delante formando una modesta pérgola adornada de geranios por entre los que picotean las gallinas. Una pareja de cerdos hoza junto a los algarrobos, a pocos metros. Las paredes de la vivienda están pintadas de blanco por fuera y de verde por dentro. Algunos retratos viejos, antiguas fotografías de toreros ilustres y un ramillete de flores secas constituyen los lujos más destacados. No hay luz eléctrica ni agua corriente. Juan, vestido con una camisa de rayas azules y unos pantalones de pana, lleva esparadrapos ennegrecidos sujetando las patillas de sus gafas. Los cristales están sucios y como enturbiados por una neblina. Las mujeres, tanto su esposa Ana como su cuñada Ana y su hija, visten completamente de negro. Él cubre su escaso pelo blanco con un sombrero también negro, muy usado y con manchas de grasa. Tiene 66 años, pero parece próximo a los ochenta. Manuel se mueve con más agilidad, habla con más garbo. Cinco años menor, parece buen conocedor de los usos sociales y de

las sutilezas de la delicada conversación. Más jovial y comunicativo, trae una botella de anís seco pero flojo («aguardiente»), reparte cigarrillos. Su pronunciación malagueña no es tan cerrada como la de Juan y, desde luego, mucho más comprensible que la de las mujeres.

En Benaque vive aún como en un destierro interior. Se ocupa de trabajar y apenas se relaciona con los escasos vecinos de la aldea. Algunos domingos baja andando, en compañía de su mujer, hasta la casa de Juan: una tirada de tres horas por campo abierto. Después, al anochecer, vuelven a subir por el mismo camino. La humilde tienda de comestibles levantada a costa de grandes esfuerzos por su mujer le permite ir subsistiendo modestamente. Con parecida modestia vive Juan de lo que producen sus tierras del valle. Están hechos a esa vida, a ese paisaje, a ese mundo. Pocas cosas existen ya fuera de él.

Habla Manuel:

Nosotros somos de Almáchar, nacidos allí, a unos cinco quilómetros de Benaque, una legua. Se viene por un caminillo por la loma. Es un pueblo más grande que éste. Tendrá ahora sobre dos mil habitantes. Entonces era más pequeño, claro. Había una copla que decía

Son ochocientos vecinos
los que contiene el padrón,
ochocientos aspirantes
se encuentran para el bastón.
Si de política hablamos
políticos todos son:
cada uno está en su casa
con la misma aspiración.

Por eso vamos a poblar
de almendros la juris(dic)ción
pa’quel que dese una vara
darle por lo menos dos.

Eso se cantaba cuando éramos chicos, lo cantaba una comparsa de carnaval que salió. Y era porque allí todos querían ser el alcalde y se decía eso de darle dos varas, pero en las costillas. Querían ser alcalde por el dinero y por la preferencia. El alcalde es el que ordena.

Nuestro padre se dedicaba al campo, lo mismo que nosotros. A la viña, a la oliva. Era obrero, trabajaba para otros. En el pueblo había algunos ricos, algunos pocos, no muchos. Y no muy ricos. Aquí, las riquezas son pequeñitas. Mi padre cobraba dos cincuenta por día y la comida. Luego, cuando entró el Movimiento, se ganaba un duro, pero sin comida. Con la comida, tres pesetas. Éramos seis hermanos y no había más que sus brazos, así que trabajamos desde pequeñitos, desde los siete años. Había escuela, pero era sólo para aquél que tenía dinero. Había un maestro que de noche daba lección y se iba algunas veces después del trabajo, a temporadillas. A leer aprendimos de mayores, en los descansos. Había uno que sabía y nos enseñaba: «Pues mira, esto es la A, esto es la B.» Y un poquito los números y escribir, pero muy poquito, siempre poco. Éste era Luis Reyes, uno de los más ricos que hay ahora en el pueblo. Pero entonces era pobre, trabajaba con nosotros. Tiene un hijo que se llama Paquito y es abogado. Ése estaba cavando conmigo, pero luego empezó a traficar, a la industria, puso una tienda… Era un hombre muy bueno.

A los ocho años ya estábamos sarmentando en las viñas y ganábamos veinticinco céntimos que nos daban, una cincuenta a la semana. Comíamos ensaladilla, aceitunas picadas en un plato con aceite y naranjas y bacalao. Ésa era la comida que daba el amo a mediodía. Luego, por la noche, la olla. Nosotros estábamos para eso, para llevar la olla al campo. En la olla había garbanzos, arroz, coles, tocino… Carne no, eso estaba prohibido. Huevos tampoco.

Allí en Almáchar había muchas fiestas. Nos divertíamos con los verdiales. Había una trupe que tocaba la guitarra muy bien. Juan era muy

bailador, muy fiestero, y la señora también. Cantaba muy bien los verdiales con la guitarra y el violín. Él no tocaba, cantaba; tocaba sólo los palillos. Sabemos muchas coplas. Son tantas… Hay que rebuscar, porque yo me pongo nervioso recordando aquello. Las coplas hablaban de todo lo que había allí, de todo.

Yo voy a decirles una copla de ahora, una que hice yo cuando estaba escondido. Esto fue cuando dieron ésa amnistía, porque decíamos: «Bueno, ¿adonde nos presentamos?» Yo dije que sería el gobernador, que era la primera autoridad. Yo no conocía a nadie, no sabía nada, después de tantos años ahí. Entonces hice este verso:

Excelentísimo señor gobernador
don Ramón Castilla Pérez,
atiéndame por favor
como este caso requiere.
Me encuentro sin libertad
desde el año treinta y seis;
con nadie tengo amistad,
cumplo y acato la ley.
Ante la ley me arrodillo
que cumple su autoridad,
por decreto del Caudillo
concédame libertad.
Me perdone su excelencia
si en algo no he obrado bien,
tenga conmigo clemencia:
soy español cien por cien.
Cuando terminó la guerra,
debí haberme presentado,
pero todo el mundo yerra
y soy un equivocado.
Sólo pensé una cosa
aquel fin del mes de marzo:
a mi madre y a mi esposa

estrecharlas en mis brazos
La Providencia Divina
iluminó mi camino:
como un Dios claveteado de espinas
llegué vivo a mi destino.
Entré en casa el cuatro de mayo
en el año treinta y nueve,
si en mi memoria no hay fallo
de semana era jueves
Como acusado en la audiencia
sin defensor ni testigo
me leyeron la sentencia
y he cumplido mi castigo.
He pagado mi promesa
como un cristiano valiente;
inclinando la cabeza le saludo atentamente:
éste que su mano besa
Manuel Hidalgo España.

Yo nunca he sido poeta, no, señor. Esto lo fui inventando poco a poco, sin escribirlo. Lo iba repitiendo, repitiendo, hasta que lo aprendía, sin apuntarlo. Cada día se me venían unas palabras y así fue saliendo todo.

Yo de joven no era tan fiestero y tan bailón como mi hermano Juan. Él no se perdía ninguna fiesta, ninguna comparsa. Se iba a todos los pueblos. Los dos nos vinimos a vivir a Benaque cuando nos casamos. Él se casó en el año 30, el 26 de mayo, y yo el año 33, el 22 de noviembre.

Habla Juan:

La boda se celebró como todas las bodas de los que vivíamos a jornal. Con la familia reunida. Nos fuimos a casar a Macharaviaya. Arreglamos la boda con dos litros de aguardiente y unas pocas de galletas. Un par de litros para todos, porque no había dinero para más. Hicimos la comida en la casa de ella, aquí, en Benaque. Hubo buena comida y una poquita de fiesta

después, con bailes y cantes. Unos verdiales. En ese tiempo no se estaba por los viajes. Eso de la luna de miel vino después.

Ya venía mucho a Benaque por lo de la fiesta. Como yo era muy fiestero y el padre de ella también, pues yo venía siempre por aquí por la sierra; conocí a esta familia, a ella le gustó el baile y a mí también. De modo que resultó que nos ennoviamos, fuimos novios dos años y medio, y por ahí vino el principio de venirme yo a Benaque.

Nada más casarme me vine a casa de su padre, como era costumbre de entonces, a trabajar. Y como ya éramos familia, Manuel venía a verme a Benaque y así conoció también a su señora, que es prima hermana de la mía. Y se entendieron, se casaron y él se vino también a la casa de su suegro…

Primero trabajamos a jornal, pero luego después yo tomé tierras a cuenta, a renta, y ya así nos fue hasta que hicimos unos cuartillos y compramos un pedacito, causa de toda la historia nuestra. Porque cuando la guerra hubo que dejarlo, irnos y nos lo quitaron. Ya cuando por fin nos lo dieron, hace poco, lo vendimos y compramos este terreno de aquí abajo. Aquellas tierras eran de viñas, de moscatel; se secaban las uvas y se hacían pasas, las pasas de Málaga Y también aceitunas. El terreno es malo, todo de secano. No resulta: mucho trabajo y poca producción.

Benaque tenía entonces unos treinta vecinos y casi todos eran familia. Eran todos reunidos de Almáchar, de Macharavilla… Aquí se venía porque había más tierras y era más barato. Se fueron casando unos con otros, unos con otros y hoy son todos parientes.

Allí pegando a nosotros vivía don Salvador Rueda, el poeta. Era muy buena persona, un hombre muy sencillo. Yo lo conocía mucho, pero Manuel no; él no lo conoció. Le gustaba hablar un rato con los obreros. Él era rico, era Caballero cubierto delante del Rey y Poeta de la Raza. No estaba siempre aquí, porque tenía una casa más buena en Málaga. Teníamos una parranda que le gustaba a él mucho, una copla de verdiales que dice así:

Como Rey de los poetas
y en La Habana coronado
hemos llegado a su puerta

a saludar con agrado
con esta bonita orquesta…

Le gustaba mucho. El hombre se levantaba y nos daba un duro para aguardiente, para convidar a los fiesteros. Don Salvador murió en 1933. Lo enterraron en Málaga. La sobrina vendió muchos libros, pero él no nos dio ninguno. Entonces nosotros no leíamos. Tampoco leíamos periódicos. No nos enterábamos de nada.

Ricos había algunos, pero pocos. Antonio Ruiz y los hermanos, que eran los únicos que había. Pero no muy ricos. En el pueblo nos llevábamos todos muy bien, como familia, como buenos vecinos… Luego ya en la guerra… Antes hubo sus elecciones y fue donde empezó a diferenciarse la cosa.

Aquí había de todo, más de la U.G.T. También falangistas, muy pocos: eran de Macharaviaya. Aquí el pueblo era de la U.G.T. y el pueblecito de abajo de los falangistas. Los dos pueblos estaban divididos. Los que venían a hablarnos aquí eran de la U.G.T., de la parte de izquierdas; los falangistas no. El alcalde era republicano.

De política empezaron a hablar muy tarde, allá en el 36. Antes nada. Nosotros no éramos políticos, no sabíamos nada de eso. Trabajar, trabajar; eso es lo que nos habían enseñado de chicos y eso era lo que sabíamos. Y lo que sabemos, que otra cosa no.

Habla Manuel:

Mi mujer y yo tuvimos una hija, que nació en el año 1935, el día 10 de enero. La hija de Juan nació en el 42, cuando ya estaba escondido. La niña murió de la dentadura; le entraron unas calenturas muy fuertes y no las pudo resistir. La llevamos al médico, que estaba en Benamocarra y se nos murió en el camino, cuando la traíamos de vuelta, en un burro. Ella iba subida y nosotros por delante. El médico le puso una inyección de suero, a ver si le daba vida; pero ya viniendo de vuelta se murió en el campo, encima del borrico. Tenía siete meses. Ahora podría tener ya treinta y cinco años.

Queríamos mucho a nuestros padres. Nos enseñaron a trabajar la tierra y a ser buenos cristianos. Íbamos a misa cuando se podía. Almáchar es el pueblo más religioso que hay en la provincia de Málaga; hay mucha religión allí. Nosotros teníamos un abuelo que para eso era… Y toda la familia. Para comer había que echar la bendición y quitarse el sombrero.

Y al terminar lo mismo: darle gracias a Dios de la comida. En Semana Santa había que ayunar todos. Estábamos sin comer hasta que llegaba el mediodía, sin desayunar ni nada. El desayuno era un poquillo de café y pan con aceite. Pero el café pocas veces. En Benaque tenemos una iglesia, de la Virgen del Rosario, pero no hay cura. Viene todos los domingos.

Yo fui al servicio en el reemplazo de 1930. Estuve en San Roque. Juan estuvo en Badajoz, en el año 26. A mí me cogió la República sirviendo. A mi hermano también lo llevaron al Rincón de Melilla, como expedicionario. Ya había pasado la guerra de África, pero temían que volviera otra vez y lo llevaron.

Habla Juan:

Nos enterábamos un poquillo de lo que pasaba por algunos que entendían algo más y hablaban. Se escuchaba esto y lo otro, pero, claro, no estaba uno bien penetrado de esas cosas. Es que uno, como no se ha criado con eso, no le tiene interés. Uno al trabajo, a su casa. Ni la política ni nada de eso. Que no falte el trabajo. Como había que trabajar fuera, para otros, se estaba obligado a apuntarse a la UGT. Era para ayudar al obrero, para compartir el trabajo, porque había poco entonces y había que repartirlo.

En los mítines no se hablaba de matar a los curas ni nada de eso. Decían que el socialismo era bueno, que había que estar unidos para defender el jornal y el trabajo, el derecho del obrero. Nada más que eso. Sólo venían de la UGT de Málaga y de otros pueblos de la playa, gente que sabía, para ponemos un poco al corriente, porque no sabíamos nada.

En los primeros meses de la guerra hacíamos la vida normal, trabajando. Muchos se reunían en el Centro para enterarse de lo que pasaba. Decían que era cosa de poco tiempo. Manuel iba más. Yo particularmente seguía en mi trabajo, porque yo no estaba a jornal. No estaba ni asociado siquiera. Yo

tenía mis tierrecillas y no me apuntaba a nada. No tengo que ir ni a un lado ni a otro. Ustedes me dejáis a mí quieto en mi trabajo y cuando yo les haga falta pues me llamáis y si hay que echar una suscripción, yo ayudo. A mí dejarme en mi trabajo. Eso decía yo.

Algunos jóvenes habían ido a la guerra, muy pocos. Habían ido con los republicanos, llamados por el gobierno. Después, más tarde, nos fuimos nosotros también porque no podíamos ir a ninguna parte. ¿Adónde íbamos a ir?

Juan y Manuel prefieren contar una y mil veces sus hazañas guerreras, los peligros, las heridas, las correrías como enlaces de batallón, la deficiente comida, la vida de las trincheras, las canciones compartidas con el enemigo, los constantes cambios de frente. Recuerdan nombres de compañeros, de jefes; recuerdan fechas, pueblos. Su pequeña historia de soldados anónimos, empujados sin aparente razón al campo de batalla, podría ser paradigma de las historias de millares de hombres en uno y otro lado, ahogados por los vendavales de la lucha y absorbidos por los torbellinos de la propaganda. No sólo no pudieron entender las causas de su terrible condena, sino que, con el tiempo, llegaron a asumir aquel horror del cautiverio. Es tan largo el «repertorio de desdichas» que una y otra vez lo rozan sin atreverse a entrar directamente en él. Como todos los otros, como docenas de otros cuyos ejemplos resultaron menos diáfanos, se niegan hablar de los años de encierro; de tal modo que los reducen a una sensación, a un largo sueño que parece haber durado muy poco tiempo. Una y otra vez azota sus labios el estremecimiento del recuerdo. Juan mueve la delgada cabeza de pájaro cegato, se ajusta las quebradas varillas de las gafas, sonríe entre dientes, escancia el flojo aguardiente

anisado que ha punteado los momentos más gratos de su vida, consume un cigarrillo sin apartarlo un instante de los labios, mira de soslayo a las mujeres que lo rodean y escuchan mientras habla... De vez en cuando pregunta: «¿Para qué vamos a hablar de eso? Pasó y ya está, total...» Y las mujeres asienten, aunque en ocasiones intentan romper los muros de miedo y relatar toda la negrura de aquellos años. Aunque lo desean ardientemente, aunque temen revelarlo porque no sería absurdo que se repitiera, no abren la boca para expulsar el fruto amargo de sus vidas. Afirman con la cabeza y se callan. Luego empiezan a hablar y callan. Temen aún y no les faltan razones para el miedo. Muchos de los hombres que las azotaron sin piedad, que las empujaron y apalearon, que tas torturaron a diario están todavía vivos, todavía pueden volver y quizás nadie podría impedírselo. «Estoy muy castigá... Me se mueve la sangre...», dice Ana Gutiérrez. Los maridos fueron siempre respetuosos con la ley y con cuantos podían manejar esa ley. Fuera del trabajo, sólo conocen otra palabra: Obediencia. ¿No es faltar a la debida obediencia resumir siquiera todos esos años de ocultamiento, de erizado espanto, de sombras amenazadoras? Tampoco dan importancia excesiva a sus peripecias bélicas. Si, cuando terminó la guerra, cada uno se fue a su casa, ¿qué tiene de raro que cruzaran ellos media España andando y sin comida tras de la querencia de una esposa, de un hogar, de una tierra miserable pero querida? Y si no había comida, ¿qué tiene de raro que no comieran? Y si estuvieron en una guerra, ¿no era lógico que los hirieran y a medio curar los devolvieran a los frentes? Y si eran perdedores, ¿acaso no era justo que huyeran para evitar ser atrapados, encarcelados y fusilados? ¿Acaso

no era también justo que se escondieran para evitar la persecución y que esta implacable persecución se prolongara durante casi treinta años? ¿Iban por ventura ellos a pedir medallas del honor, pagas de excombatientes, compensaciones a sus menudos heroísmos contidianos? Es mejor olvidarlo todo. Es mejor olvidar los pormenores del viaje hasta Adra, el fragor de los ataques, la miseria de las trincheras, la represión y la venganza sobre sus mujeres y sobre ellos mismos, la humillación sin medida de no poder trabajar a la luz del día y de contemplar impotentes el odio más bestial sobre la inocencia más pura…

Habla Manuel:

Ella se empeñó en que yo me quedara y dijo que trabajaría para los dos. Lo primero que hizo, en los primeros tiempos, fue coger aceitunas, como obrera. También hacía pleitas de palma, para fabricar sombreros. En el pueblo no había pan, sólo las raciones que daban. Entonces yo dije: ¿Y si amasáramos? ¿Y si hiciéramos pan? Quizá se vendería, decía yo. Probamos con un poco de pan y se experimenta a ver si se vende. Primero ella fue y trajo unas pequeñas canastas de pan y las fue vendiendo. Después dispusimos que ella fuera por la harina, amasar aquí para ganar más. Allí en la casa había un hornillo pequeño, de modo que empezamos a amasar, amasar, amasar; yo me fui enseñando con ella, porque antes siempre se amasaba para la casa.

Hacíamos hogazas grandes y chicas, redondas, con harina blanca. En otros tiempos que vinieron después, más malos, amasábamos también pan negro, pan de cebada, unos de una cosa y otros de otra. El de trigo era más caro. La gente venía a comprar los panes a la misma casa y yo estaba escondido allí mismo. Más de veinte años estuvimos haciendo esto, años y años. Como el gasto era poco, porque no había niños, los dos solos, podíamos llevar bien el negocio. Yo amasaba dentro y ella lo vendía. Ella tenía que enfrentarse también con el arriero, con el de la harina.

Amasábamos los dos de madrugada y si se vendía todo, pues ella hacía otro amasijo a mitad de la mañana. Le ayudaba un poquillo su madre.

El amasijo diario era de dos arrobas, veintitrés kilos, pero cuando no había ración se hacían dos o tres cochuras. Luego ya sacamos la matrícula y vendíamos también la ración que daban, el aceite, el azúcar. Pusimos una pequeña tienda de comestibles que todavía está, muy chiquita. Se daba de fiado por semanas y cuando cobraban los maridos venían a pagarnos. Así nos íbamos apañando.

Lo de los arrieros fue más tarde, unos años después. Al principio, mi mujer bajaba por la harina y la traía ella a cuestas. Muchas veces dos arrobas y muchas veces un canasto de mandados también, a la espalda. Venía desde Almáchar, que está a una legua grande de aquí, y cuesta arriba. Eso era lo que más pena me daba a mí. Y cuando se tardaba… En los días cortos del invierno, cuando salía de aquí ya habían dado las doce, mientras se amasaba y se vendía el pan. Y llegaba la noche, las diez de la noche, y ella no aparecía. Y yo decía: ¿Se habrá rodado por ahí, le habrán dado una paliza, la habrán robado, se habrá caído, le habrá pasado algo? Cuando iba a Vélez o a Málaga, que está más lejos, salía temprano, pero también llegaba muy tarde. Iba allí a comprar aceite y otras cosas de contrabando. Todo era de contrabando, de estraperlo que le decían.

Luego compré un burro malucho, un borriquillo que llamábamos «Blanquillo» para traer la harina. Nos costó ocho billetes y medio, ochocientas cincuenta pesetas. Primeramente estaba muy malucho, pero le dimos bien de comer y ya se puso fuertecillo y ella podía traer más. Con el burro ya teníamos más manejillo y más trajín. Y se traía la harina y las otras cosas de muchos sitios, de Almáchar, de Vélez, de Benamalgosa… Según faltaba la ración se vendía. Lo que más, cuarenta panes a ocho pesetas, o siete y media, siete y un real la hogaza de quilo y medio, redonda, con tres cortes, pero sin sellos, porque no era autorizado.

Una vez ella casi se ahoga, con burro y todo. Había ido a Vélez y cuando llegó al río, no se dio cuenta que tenía tanta agua. Estaba subida en el burro y el agua ya le llegaba al aparejo y encartó la suerte que iban dos hombres con dos bestias y la vieron allí. Entonces dijeron: «Señora, este hombre irá delante y yo detrás; usted se pone en el medio de los dos y así

vamos a pasar». El borrico que iba delante, que era una bestia buena, ya que iba por la mitad del río, ¡paaam!, se hundió y se cayó el hombre al agua y ya nadando pudo salir. Y ella iba detrás con el «Blanquillo» creía que se iba a caer también, pero no se cayó, no. El Blanquillo se defendió bien.

Habla la suegra de Manuel:

Nosotros no lo hemos pasado muy mal. Juan lo pasó peor. En lo que cabe, lo hemos pasado bien. Manuel no salía ni a cenar, ni a almorzar, ni nada. Nosotras estábamos en la cocina y él estaba escondido en la habitación más quitadita del medio, donde nadie podía verle. Cuando ella se iba a buscar harina y nos quedábamos solos, yo empeñaba con todos los santos. Dios mío, en lugar de estar él malo, que esté yo; en lugar de pasarle a él algo, que me pase a mí. Porque yo me decía: Si a mí me pasa algo, me pueden llevar al médico, ¿verdad? Pero este pobre hombre no puede ir… Ay, Dios mío, Dios quiera que nunca lo vea nadie, pero si alguna vez hay una tentación de que lo vea alguien, que esté aquí su mujer, aquí también, porque luego van a decir: La suegra estaba deseando que lo vieran. Vaya si pasaba yo cuidado. Tú no sabes las mandas y las peticiones a los santos para que no le pasara nada. Mandas al Santo Cristo, a la Virgen del Rosario, al Sagrado Corazón, a San Onofre, a todos los que había, a todos… Yo tengo ya ochenta años y no puedo ir a misa, pero cuántas veces se lo pedí. Los yernos no son hijos, pero son igual que los hijos, porque el cariño es el mismo. Y no hay más remedio que avanzarse con la cruz y poner el tirón en la punta y a mí me parecía que no la iba a poder poner. Se trata de muchos años, ¿sabe usted?

Habla Manuel:

Mientras estuve aquí, nunca vi a mi hermano, ni una vez. Él estaba escondido en su casa, a unos veinte metros, pero no nos vimos nunca, jamás. Si teníamos que decirnos algo, mandábamos a las mujeres. Mira, pasa esto y lo otro, pero nada más. Yo estuve todo el tiempo en una habitación. No me dio el sol nunca. Bueno, al final tomé un poco el sol por una ventanita de arriba, que tiene unos cristales. Yo me ponía por dentro.

Frío no he pasado, porque aquí no hace mucho frío. A no ser el viento de arriba, del Norte, el terral, que viene revolcado en la nieve de esa sierra y llega muy frío aquí. Pero no haciendo viento, aquí no hace frío. Como esto está de espaldas al Norte, y desde que apunta el sol le está dando a esta casa y la caldea, no hacía frío.

Calor sí, en los meses de verano mucho calor. Yo me quitaba la camisa y ya está. A esperar mientras ella se iba a buscar la vida.

Nunca tuve tentación de salir. Cuando llegaran los treinta años tenía pensado salir, pero antes no. La pena más grande que se ha echado en España son treinta años. Yo decía: la pena de treinta años ya le he cumplido.

El horno está en la calle. Yo amasaba el pan en mi habitación todos los días, pero sin salir y ella lo horneaba. Su madre la ayudaba a llevarlo en la tabla hasta el horno. Cuando no estaba, pues lo llevaba ella sola a poquito a poco. Yo tenía la promesa hecha de que hasta que no llegaran los treinta años no salía. No salía ni a comer. Algunas veces, por la noche, ella se iba a comer conmigo a la habitación. Hablábamos siempre muy bajito, muy bajito. Ya cuando salí, me fatigaba mucho hablar, se me había perdido el metal de voz, estaba como mudo.

Desde la habitación oía hablar a la gente, los ladridos de los perros, el toque de las campanas, en cuanto que asomaba un coche por la loma. La guardia civil no vino nunca a buscarme. Todos los vecinos del pueblo se portaron muy bien con nosotros. Todo el mundo nos compraba. Ella estaba muy bien vista en el pueblo y la compraban mucho. Les daba lástima. Si venía un panadero de fuera, nunca le compraban a él.

A veces veía subir a los guardias civiles, que venían a por mi hermano. Entonces corría y se lo decía a ella o a mi suegra. Y ellas salían a la calle y gritaban: «¡Prima, prima!», y se pasaban la mano por la cara, que quería decir que venían los guardias. Lo de pasarse la mano salió porque los llamábamos «los atravesaos» y por eso atravesábamos la mano en la cara.

Como la habitación era muy larga, hice un tabique con cañas altas. Y al otro lado había una pajareta, unas tablas junto al techo. Si había mucho peligro, pues me subía allí. Pero casi siempre estaba en la habitación. Allí no pasaba nadie. Cuando hacía falta, me escondía en la pajareta, que se cerraba con una tabla. El camino de los guardias pasa por delante de la casa

y yo no sabía si un día iban a entrar aquí. Así que lo tenía todo preparado para esconderme ahí arriba.

Y me escondí algunas veces. Una vez porque pegaron a la puerta de noche. Eran el maestro de escuela de Borge y el cura de Almáchar, que venían de Málaga. Se les hizo tarde y les habían dado un farol en Motrilejo, que ahí está todavía el farol.

Se perdieron por esos caminos, porque ya era oscuro, y en vez de coger la loma de Almáchar cogieron la de Benaque. Vieron la luz del pueblo y, como venían por arriba, dieron con esta casa, que es la primera. Dicen: «¡Amigos, amigos!» Y aquí no había nadie, porque mi señora había salido a buscar una arroba de harina. No estaba más que mi suegra. Y dice:

—Oye, están llamando. Y no parece gente de aquí, parece gente extraña.

Yo le digo:

—Abra usted la puerta y que entren, que no se queden ahí.

Y ella que se encuentra con el señor cura de su pueblo, de Almáchar, porque ella también es de allí.

—Mire, que venimos perdidos —dicen ellos.

Ella dice:

—Bueno, pues entren. —Y luego—: ¿Cómo se van a ir de aquí a estas horas? Ustedes se quedan y yo mañana les enseño el camino.

Yo lo que hice fue subirme arriba, temiendo que venían por lo del estraperlo y ya cuando se acostaron, después de estar un rato charlando, vino ella a decirme quiénes eran. Entonces yo bajé de la pajareta y me quedé en la habitación. Sabía que gente mala no era por la conversación. Se habían caído por el camino porque llovía y estaba oscuro. Tenían heridas en las manos y en las piernas, venían arañados, y mi suegra le dice:

—Usted, señor cura, se merece un palacio, pero esto es una cueva.

Y él respondió:

—Pues siempre que venga por aquí me quedo en esta cueva.

Pero no tuvimos visitas en todos esos años. Yo no lo pasaba muy mal, no me aburría. Leía novelillas, periódicos cuando me los traían de Málaga, inventaba versos. Me entretenía. A lo último nos compramos una radio, pero ya antes me enteraba por lo que decía el personal que venía a comprar:

que si han tirado una bomba muy grande en el Japón y han muerto setenta mil personas, que si esto, que si lo otro… A mí lo único que me hubiera gustado era estar en el campo y trabajar, no quedarme allí encerrado. Ahí hay una tabernilla y no me gusta ir. Cuando hace, digo: «Mira, echamos una botellilla de esto», y nos la bebemos aquí. Antes me pasaba igual. No me gusta a mí estar por ahí siempre ni venir tarde. Nada más en mi casa.

Todo lo que hice yo en estos años lo puse en una copla que se llama «Crónica de un muerto vivo». Dice así:

Desde el fin de la Cruzada
estoy viviendo en secreto.
Jesús y la Inmaculada
sirvieron de parapeto.
Familiares y conocidos
han rezado por mi alma;
pertenezco a los caídos
ellos en paz y yo en calma.
Luché al lado de los rojos
con disciplina y lealtad,
tenía vendados los ojos
y perdí mi libertad.
Perdí nombre y apellido
y para más cierto y fijo
mi esposa perdió el marido,
mi madre perdió a su hijo.
Perdió España un habitante,
su tierra un trabajador,
las plantas un fertilizante
del riego de mi sudor.
Mi capital perdió un ciudadano,
mi municipio un vecino,
mi religión a un cristiano,
perdió el rumbo mi destino.
Mi hogar perdió el timón,

el de mis padres la alegría,
mi nave la dirección,
mi tren saltó de la vía.
Matados en el mismo día,
perdí a mi suegro y mi padre,
después a mi hermana María
y por último a mi madre.
Basta de vivir difunto,
no quiero un entierro sin campanas,
sin misas, llantos ni lutos,
sin ataúd ni sotanas.
Quiero mi libertad,
mi definitivo indulto.

Habla Ana Cisneros:

Algunas veces, en el invierno, por Pascuas, se hacía una comida, así, de primera, que no era corriente, y yo decía: «Mira, estamos en invierno y es oscuro, mira, ¿por qué no sales y cenas con nosotras?» Pero no. Él cenaba solo adentro y nosotras afuera, en la cocina. Y fíjese, en Navidad… Nunca quiso salir, nunca quiso pasar esa puerta de cañas. Estuvo todos los años ahí metido, él solo, trabajando por las madrugadas en el amasijo y luego ahí no pudiendo hacer nada, aburrido, con miedo de que alguien lo viera o supiera que estaba allí. Eso sí, mire usted, yo no tengo boca para decir la suerte que hemos tenido. Porque lo que les pasó a Juan y a mi cuñada… Pobrecilla.

Habla Juan:

Yo no lo puedo contar todo, no me atrevo. Se mete uno en sitios, hay cosas que…, a lo mejor ofenden. Aquí el problema estuvo cuando nació la niña, en el año cuarenta y dos.

Aquello fue lo peor de todo. Ya estaba hecha una obra de la casa para esconderme, todo preparado, y nadie había venido a buscarme. Sólo estaba

el hombre de la escopeta en la ventana, que me esperaba cada noche, pero nadie entró en la casa a buscarme.

Ella tuvo que decir que había perdido su honra para salvarme la vida a mí. No quiero contarlo, porque como ya se mete uno en la conversación, se llega a un sitio que se le va… Y lo primero que habría que ofender, ¿verdad?, pues es a la Guardia Civil, que yo no quisiera porque se han portado después muy bien con nosotros, cuando salimos. Pero, en aquella ocasión, empujados por otras personas, que era una enemistad lo que había ahí por las tierras ésas que yo había comprado, le molestaron mucho a mi mujer. Y, claro, yo no quiero ofender a esas personas porque después se han portado muy bien conmigo… Y antes de la guerra, también. Sólo hubo esa cosa que…

Ellos tenían las tierras desde que yo me marché a Adra, nos las quitaron. Nos requisaron también la casa y lo que había dentro de ella: un borrico, los aperos, las herramientas, quince o veinte cajas de pasas, todo. Y ahora tenían miedo de que yo apareciera y se las reclamara. Ese señor tenía miedo de que, como había hecho tanto mal sin haberle yo hecho mal a él, yo volviera, y entonces tenía que acusarme a la Guardia Civil para que me buscara y a ver si me podían matar. Y como no me pudieron coger a mí, pues la cogieron a ella y la hartaron de palos, cosa que estuvo malamente. No la sacaron de Benaque, fue allí, en su misma casa, para que ella dijera donde yo estaba. Ella estaba con la niña, que tenía ya cuatro años. Eso fue en el 47 y ya nos habían dado las tierras.

Tardaron tanto en devolvernos lo que nos habían incautado porque a este señor lo habían puesto de alcalde, era un falange. Estaba de alcalde y tenía mis tierras y mi casa. A otros les devolvían lo que les habían quitado en la guerra, pero no a mí. Un amigo nuestro que iba a llevar las solicitudes, le dijo a ésta:

—Si le hicieras un ladito en la almohada a ese señor, te lo devolvería todo…

Porque se lo había dicho el otro, ¿comprenden? Le había dicho que no firmaba, que firmaría cualquier mal para nosotros, pero bien ninguno. Era un hombre malo para todos, para todo el pueblo. Metía la mano en todo y cuando fue alcalde, como si todo el pueblo fuera suyo. Cuando le daba la

gana prohibía recoger higos chumbos, que era lo único que mucha gente tenía para comer, los higos del municipio, que son de todos. Él ponía la veda y, luego, un día por la mañana la levantaba y salía a las chumberas con toda la familia y con muchos criados con cubos y palos. En una mañana recogían todos los higos para echárselos a los cerdos. Y la gente de aquí, con hambre: que se murieron muchos, muchos de hambre. Nosotros resistimos con unas tierrillas que tenía mi suegro, pero muy malamente.

También este señor salía a los caminos a buscar a la gente del pueblo que iba a buscar harina para venderla de estraperlo. Se la quitaba y si ellos discutían, se ponía un gorro de requeté que tenía, cogía la escopeta y decía que los iba a matar y se iban llorando. Así se quedaba con toda la harina y salía a la puerta de su casa con una canasta de pan que había cocido en su horno y se ponía a comer el pan riéndose de todos; comía y comía mientras pasaban por delante de él las madres y los niños muertos de hambre y él se reía con el gorro puesto y la escopeta. Así era este hombre que quería matarme y como era alcalde mandaba a la Guardia Civil que me buscara.

Pero en el 47 lo quitaron de alcalde y ya nos devolvieron las tierras. Él no había querido firmar, pero el nuevo alcalde, don Jacinto Ríos, dijo a mi mujer nada más verla:

—Haga la reclamación, me la trae y yo la firmo.

Y la firmó.

Pero como ése sabía lo que iba a pasar, había quitado la viña y había sembrado las tierras de garbanzos, para echarlas a perder. Y luego quería que pagáramos el trabajo hecho, los abonos, los jornales y algo le pagamos aunque estropeó la viña, una viña bien cuidada, muy hermosa.

La Guardia Civil vino después, mucho después, a mi casa, diariamente, porque él tenía interés en que mi señora dijera dónde yo estaba. Mientras ella se callaba, más veces venían, y más, y más, y venga negocio… Porque esas tierras las había querido ese señor y yo las compré. Yo fui al individuo y le dije que se las vendiera, pero él me contestó:

—No, él ya no las quiere, quédate tú con ellas.

Y a la fuerza me quedé yo con ellas, que yo no las quería. Yo compré la finca por cinco mil pesetas. Estaban las tierras muy baratas. Y de ahí atrás venía toda la historia. Los guardias venían de Benamazar… Casi todos los

días, muchos años. Venían a la habitación, me buscaban y no daban conmigo. Miraban debajo de los cuadros, por todos los sitios, y yo estaba allí dentro… Yo me pongo nervioso… Eso es para pasarlo…

No podía dormir. Yo tenía un enemigo allí pegando que estaba vigilando toda la noche a ver si yo venía y yo ya estaba allí. Él vivía en la casa del poeta, en la grande, y yo estaba en la de enfrente. Tanto es así, estaba tan cerca ese individuo, allí puesto con la escopeta y la pistola, en su balcón, con la luz apagada, y yo lo sabía, con perdón de ustedes, porque estaba todo el tiempo ventoseando. Yo toda la noche en vela, oyendo. Y así me tiré mucho tiempo. Años. Mientras que él no se iba a Málaga, estaba allí esperándome… Eran tres hermanos y los otros vigilaban de día. Vamos, decían que se quedaban siempre con las ropas puestas por cogerme a mí.

En parte porque yo había comprado las tierras y en parte porque me las habían devuelto, ese hombre quería matarme. Todo el día y toda la noche vigilando desde el balcón la puerta de mi casa, por si yo entraba. Ni pensaron que yo estaba ya dentro. Sólo esperaban a verme entrar, pegar un tiro y se acabó. Pero no fue así.

Pero un día ocurrió un caso. Este hombre, a la madrugada, tuvo que irse a la feria de Vélez a vender ganado. Yo le oía comentar desde mi casa. Deja la pistola encima de la mesa, envuelta en un pañuelo, cargada y preparada para la próxima ocasión. Y entonces, un rato después, va un hijo suyo a coger el pañuelo para limpiarse, se cae la pistola al suelo, rebota, se dispara y mata al niño. Acude toda la gente y se arma mucho ruido de lloros y lo demás. El niño era una alhaja, tenía doce o trece años. Él llevó su castigo con la muerte del hijo. Yo escuché los gritos que estaban dando, allí enfrente de mi casa.

Se llevaron el niño a Málaga y querían darle sepultura sin dar cuenta, porque como era una pistola que no la tenían declarada, no lo querían decir. Y lo llevaron al cementerio, y el cura dijo:

—Hombre, yo tengo una carrera muy bonita y no la voy a perder por esto. De modo que hay que dar cuenta.

Así que fueron al juez y el juez los mandó ir a Vélez, porque él no quería firmar. En Vélez ya lo arreglaron todo, lo hicieron todo a favor suyo y no le pasó nada. Él era un falangista muy grande. Y pusieron que el

accidente fue por una pistola que se había encontrado el niño no sé dónde… Lo pusieron todo a su favor. El niño estaba ya muerto y qué más daba, pero el tiro estaba preparado para mí.

A este individuo quisieron matarlo cuando la guerra, porque ya era malo de antes, muy malo, y me opuse porque dije:

—Esta muerte me la voy a cargar yo. Dejarlo quieto.

En Benaque no mataron a nadie. Luego, cuando entraron ellos, sí, pero a ése le salvé yo la vida, porque todos lo conocían bien y querían eliminarlo. Fue por no cargarme yo esa muerte en la conciencia, que teníamos la enemistad por las tierras.

Pues la desgracia del niño no les hizo parar. Siguieron vigilando todas las noches. Y una noche creyeron que yo había llegado. Fue porque una hermana de mi mujer había comprado una cabra y como no tenía sitio para dejarla en su casa, la trajo de noche a la nuestra. La cabra no quería entrar y tuvo que salir ésta a ayudar a mi cuñada; iba con una linterna y las dos empujaban al animal y hacían ruido.

Ellos que ven las sombras y se creen que soy yo que entro en casa por fin. Pero yo estaba paseando tan tranquilo en la cocina, esperando a ver cómo era la cabra. Y lo primero que hacen es avisar a la Guardia Civil. Casi a la madrugada ya veo yo por una ventanita que un hombre mira a mi casa de una manera rara, venga a mirar, venga a mirar.

—Pues qué querrá éste —digo yo.

Y luego veo que aparece un guardia y se empareja con él. El guardia estaba fuera de mi vista. Los dos empiezan a andar hacia la casa con más guardias y con los tres hermanos. Yo voy corriendo al dormitorio, despierto a ésta y digo:

—Eh, que ya vienen. Díselo a tu padre y a tu madre. Ya van a pegar en la puerta.

Y luego me voy corriendo a subir al escondite que tenía preparado en el cuarto de al lado. Allí me pongo a esperar a ver qué pasa y ellos que no pegan a la puerta.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —digo yo.

Yo creo que ellos tenían miedo, que ellos decían:

—Si pegamos a la puerta, sale Juan y nos mata a todos ahí mismo antes de hablar una palabra. Así que hay que matarlo antes.

Ésta también se ponía nerviosa y viene al escondite.

—Juan, que éstos no llaman. ¿Qué pasa?

—Tú abre la puerta y cuando estén calmados voy yo y me entrego.

—¡Qué, entregarte! Tú te quedas escondido dónde estás y me dejas a mí. Ya veré cómo hago yo.

—Bueno —digo yo—, pero nada de decir de quién es la niña. Le dices que es tuya, pero no de tu marido. Que no sabes de quién resultó, porque como has ido con muchos. Sin decir ningún nombre, para que no vayan a preguntar.

Yo podía haber salido entonces y matarlos, porque tenía una escopeta de un tío de ella, que la dejaba en casa cuando era veda de la caza. Pero me quedé quieto en el agujero. Y ella abre la puerta despacio para ver y… ¡pum! Le ponen dos escopetas, una a cada lado.

—¿Cuántos hombres hay en la casa? —pregunta uno.

—Mi padre.

La agarran por un brazo y la empujan dentro de la casa.

—A ver el cuarto de la cortinilla.

—¿Qué cuarto? —dice ésta.

—El de la cortinilla, que lo conocemos bien.

Se habían informado de cómo era la casa por dentro. Ella los lleva a ese cuarto y luego a otro y a otro. No encontraron nada. Viendo el panorama, la meten en una habitación y empiezan a pegarla detrás del cuello con el puño cerrado, golpes fuertes en la nuca. ¿Saben cómo duele eso? Así mucho rato.

—¿Dónde está tu marido? ¿Dónde está tu marido?

—No lo sé, no lo sé. No ha vuelto de la guerra.

—¿Y de quién es esta niña?

—Esta niña es mía.

—¿Y de quién más?

—Pues eso no lo sé, que yo he estado con muchos… Porque me dejaron con la ropa puesta y mi marido se perdió en la guerra y yo he tenido que buscarme la vida. No sé de quién es la niña.

Y ya los guardias se cansan y dice el jefe, el teniente:

—Ahora al padre.

Lo meten en la habitación y empiezan a pegarle también. Tenía sólo un diente y se lo partieron de un puñetazo.

—Ahora la madre —dice el guardia.

Eran ya muy viejecillos los dos.

Pues también a ella le dieron la paliza y luego registraron la casa de arriba abajo, golpearon las paredes, tiraron abajo los cuadros y los armarios… Pero la suerte está por encima de los perseguimientos y no me vieron. Más tarde me contaron que este señor había preparado una fiesta para los guardias y para todos los hermanos. Eran siete los que entraron en la casa. Habían matado ya un cordero y tenían el vino preparado, el cordero asado, toda la mesa puesta para celebrar una juerga cuando me hubieran matado. Eso fue el 17 de junio de 1947.

Después de aquel día no paraba de venir la pareja, unas veces por un lado, otras por otro. Mi suegra y la prima de mi mujer y la suegra de Manuel se pasaban la mano por la cara para avisarme, desde el patio o desde la otra casa. Ya sabía yo que había peligro y me quitaba del medio. En el patio siempre había alguien y en el sitio donde estaba yo, en la habitación, había una ventana y miraba también. Cuando entraban por el otro lado no podía verlos, me hacían la seña y ya sabía yo que había peligro. También me hacían el canto de la perdiz.

Hasta aquel día no había pasado nada, nunca habían venido porque creían que yo no estaba. Y yo había tenido tiempo de ir haciendo la pared poco a poco. Ésta me ayudaba, me traía una piedra cuando no la veía nadie. Empecé antes de nacer la chiquilla, cuando mi señora resultó de sazón. Entonces yo dije: «Pues hay que tener cuidado ahora».

Cogí una criba, le pegué un cartón por la parte de atrás, un cartón blanqueado, del mismo color de la pared. La clavé en la pared, delante de un agujero un poco más chico que había hecho y delante puse una cama de hierro desarmado. Entonces, usted mira y a través de los agujeros usted ve la pared, que no es la pared, sino el cartón. Y detrás del cartón estaba el agujero donde me escondía. Ellos pegaban con la culata de los fusiles, pegaban en todas partes para ver si estaba hueco. Levantaban todos los cuadros y miraban debajo pero como la criba se veía bien… Se cansaron a

pegar, a levantar cuadros, a mirar el suelo. Pero los boquetes de la criba no los tocaron. Estaba un poco alta, cerca del techo. Y tampoco la movieron nunca. Tenía un clavo en lo alto, yo la movía para meterme y luego ella sola se ponía en su sitio y tapaba el agujero.

Tardé unos pocos días pensando y pensando. Antes tuve que levantar una pared grande a la vera de la otra, pegada a la otra, para tener sitio donde meterme. Quitando un poquillo a esta pared y otro poquillo a la otra, quedaba un sitio para meterme. Un sitio muy estrecho, sólo para estar un momento acurrucado allí. Yo cuando me daban la señal, corría, me subía a la cama y me metía dentro…

Los tres hermanos murieron ya y yo todavía estoy vivo, con tanta gana que me tenían. Pero la Providencia… Él llevó su castigo con la muerte del hijo.

Yo no podía dormir, sólo un poco por el día. Roncaba, tenía el defecto de roncar y como estaba la pareja en la habitación, pues ya estaba todo terminado. Él sabía que yo estaba vivo por la niña, no se creía que mi señora había dado un mal paso. Decía que se parecía mucho a mí y por eso estaba esperándome, esperándome para ver si llegaba. Y por eso mandaba que la pareja viniera todos los días a visitarnos. Pero no hubo manera de dar conmigo.

Yo les oía entrar dando porrazos. A ésta la cogían del brazo, la pistola arrimada al pecho, dando vueltas con ella. Para pegarla la sacaban fuera, a otra habitación. Le daban en todo el cuerpo y con las culatas en las plantas de los pies y en el pecho. Yo me di cuenta cuando ella llegó, cuando ya ellos se fueron, y empezó a caerse sin sentido. Y yo digo: «¿Qué te pasa?» Y al verlo ya me volví loco. Ya perdí la vista y me volví loco, porque es que ver aquello que la habían hecho…

Fueron muchas veces, muchas veces. Y una vez me cogieron sin darme tiempo para subir a la criba y me quedé allí acurrucado en la habitación, con la puerta entornada, el hombre dio una vuelta por allí y no me vio. Era un guardia civil. Pero a mí me han tirado por todos los sitios: los policías, los guardias, hasta gente de otros pueblos. Pero la suerte está por encima de toda persecución. Era mucho interés el que tenían conmigo, y todo por la

tierra, por ahí venía todo. La finca tiene seis obradas, dos hectáreas de buena viña, pero él la puso como para perderla mientras la tuvo.

Cuando no había peligro yo estaba en mi habitación, pero también pasaba alguna vez a la otra. Dormíamos los tres en la misma cama y antes de que fuera de día salía yo a la calle y me estaba paseando un rato. Y ésa fue la suerte, porque el primer día que vinieron a buscarme llegaron de madrugada y yo los vi llegar.

Las complicaciones empezaron al año y medio de estar escondido. Ésta se quedó embarazada. Ya llevábamos siete años de matrimonio y no había ocurrido nada, pero tuvo que suceder entonces. Lo primero que hizo ella fue encamarse. Ella dijo que estaba mala, que estaba mala del pecho. Venían las visitas y ella se quejaba del pecho. Luego, de noche, se levantaba. Cuando llegó el tiempo se fue a Málaga. Allí nació la niña el 24 de abril de 1942. Le puso un ama de leche y la dejó allí. Pero eso no era plan y nosotros no podíamos con esos gastos. Aquí se dijo que había estado en casa de unos parientes y que a ese pariente se le había muerto la mujer y le había dejado una hija pequeña. Entonces yo le escribí a mi señora, figurando que era el pariente, diciendo si quería quedarse con la chica. Ella enseñó la carta:

—Mira, la pobrecilla, que se ha muerto, y me dice esto, que si me quedo con la niña.

—Pues sí, tráetela tú, que no tienes hermanos, ni marido, ni nadie.

Le aconsejaban que se la cogiera.

Se fueron las dos y se la trajeron. Pero fue pasando el tiempo y la chiquilla se iba pareciendo más a mí y ya sonaban conversaciones que la chiquilla era suya y mía. Entonces hubo que prepararle un padre a la chiquilla. Así que se fue en busca de un primo que yo tenía en Málaga y vino él hecho como que era el padre de la chiquilla y que venía a verla. Todo vestido de luto con mi traje de boda, que le llevó mi otro hermano, Antonio, porque se había dicho que había muerto la mujer. Hizo el paripé muy bien, besó a la chiquilla llorando y ya el personal que no tragaba muy bien decía:

—¿No ves? ¿Pues no decían que era hija de Juan? Pues ya ves cómo ha venido su padre. Pues era verdad lo que ella decía.

Total: que él estuvo allí más o menos tiempo, y él sin saber tampoco que yo estaba allí metido. Él sabía que era hija mía, creía que yo había venido y me había marchado. Y ya un día dice:

—Bueno, no vaya a venir uno de Almáchar y me conozca y se vaya a echar todo para adelante.

De modo que se le llenó un canasto de uva y él salió por todo Benaque para que lo viera la gente. Y se fue, y así iba pasando el tiempo.

A los dos años o tres, cada día se parecía más al padre y ellos no tenían duda. Y decían: «Nada, hay que buscar a éste, que no está muerto». Y empezaron a esperarme en la ventana todas las noches.

La suerte nuestra era que la finquita estaba en muy buenas condiciones y podíamos ir tirando y criar a una criatura así, sin cupón. Todo era a base de raciones y las latas había que comprarlas a cinco y seis duros. Estaban las cosas muy caras, pero nos íbamos defendiendo.

Hasta el año 51 estuve escondido en Benaque. Yo me quedé ciego en el 47, de la impresión de verla a ella después de la paliza, ciego del todo. No veía nada. De la cama a la silla, sin ver nada. Y como allí no paraban de buscarme y de darle a ella, decidimos marcharnos.

Una noche que salió una procesión, yo me puse detrás, de los últimos, agarrado al brazo de ella. Cuando pasó todo el personal por delante de mi casa, nosotros nos pusimos detrás del todo y luego, al llegar cerca de la iglesia, nos metimos por una callecita y echamos por la loma abajo. Estaba muy oscuro, no podían vernos. Era la procesión de la Virgen del Rosario. Andando, andando por el campo pudimos llegar a esta casa sin que nos viera nadie.

Aquí ya no había tanto peligro. Los guardias vinieron otra vez, pero de otra forma. Vinieron vestidos de particular, de paisano, como si fueran hombres de la sierra, como yo. Eso fue por el año 53, la última vez. Venían a ponerme una trampa, a ver si me confiaba y caía. Yo lo primero que le dije a ella fue:

—Tú les dices a ellos que si van a seguir viniendo por aquí, que te lo digan. Porque te has venido de allí para que te dejen tranquila y si van a venir te marchas más lejos. Y además, que no vayan a hacerle mal a ninguno de por aquí —creyendo que eran hombres de la sierra, claro, y no

guardias— que no vayan a molestar ni a los Fuentes (que son estos señores que me buscan y que me hacían tanto daño), porque van a decir que he sido yo, ni a Frasquito Palma por otras razones: era un hombre de dinero y podían robarlo.

Esto fue porque creían que yo andaba con los hombres de la sierra, los que andaban fugados por las montañas. Alguna vez los habíamos visto pasar por allí cerca. Y los guardias, que tenían la brigada ahí, más arriba, por encima del molino del Manuel, me andaban buscando como si yo me hubiera echado al monte con ellos.

Nosotros supimos que eran guardias porque al ver ellos que ésta se interesaba por Frasquito, fueron a verlo y empezaron a hacerle preguntas y a molestarle porque tenía que saber de nosotros, de dónde estaba yo escondido. Él no lo sabía y entonces le dijeron que si se enteraba, que si sabía algo de mí, que corriera a decírselo. Este hombre que le digo seguía mandando que me buscaran, que vigilaran la casa. No se cansaba de perseguirme.

En total estuve veintiocho años escondido, once en la casa de Benaque y los otros en la de aquí abajo. Vivía intranquilo a todas horas. Antes de que vinieran los guardias por primera vez vivía mejor, sin salir pero con más tranquilidad. Me acostumbré a vivir así lo mismo que los animales. A un animal lo acostumbra usted a estar encerrado, lo echa después a la calle y se mete para adentro. Porque se acostumbra uno a aquella vida.

No tenía radio. Mi mujer me contaba lo que se sabía por ahí, lo que se decía. En el pueblo se decían muchas cosas de mí, que si me habían cogido en tal sitio, que si estaba fugado por el monte, pero nadie sabía dónde yo estaba.

Yo nunca esperaba que la República volviera otra vez. Yo esperaba una amnistía. Luego supe que hubo muchas, pero ninguna llegó a nuestros oídos. No nos dijeron de ninguna…

Y de esa última nos enteramos de casualidad. Se enteró Manuel por la radio.

Nadie más que la mujer y la niña sabían que yo estaba aquí. Y los hermanos. La niña tampoco se enteró al principio. Yo dormía con ellas, pero antes de que se despertara la cría me iba a mi habitación. Un día me vio

paseando por aquí, ya era grande, y salió huyendo. Tendría unos seis años. Fue corriendo a su madre y le dijo:

—Ay, mamá, que en el cuarto de arriba hay un hombre paseando.

Yo me entero y digo:

—Bueno, lo mejor que hay aquí es decirle a la chiquilla lo que pasa.

Queda por decir que a nosotros nos llaman Los Petetos por apodo. Se lo pusieron ya a los abuelos. Y las otras chiquillas la llamaban a ella La Peteta, porque era como yo. Y ella entonces no sabía que tenía padre. Total: que yo me enfrenté a la chiquilla. Le digo a mi mujer que la pase; pasa ella la puerta de mi habitación y le digo:

—Mira, ¿tú sabes quién yo soy?

Y ella dice:

—Pues mi padre.

Y ya la cogí en brazos y nos echamos a llorar. Hasta entonces no supo que tenía padre y que el padre era yo. Y que por eso la llamaban Peteta. Hasta entonces, se había dado el caso que ella salía de casa y se encontraba allí con cuatro o cinco guardias y le preguntaban:

—¿Y ése quién es? ¿Y esa guitarra quién la toca?

Y ella:

—Mi papá.

—¿Y cómo se llama tu papá?

Y decía a mi suegro, porque ella no conocía más hombre aquí que a mi suegro. Y no podían sacarle nada. Luego la chiquilla ya tenía más conocimiento y no decía nada. Nos cambiamos de casa y aquí no le preguntaron más.

El cambio me sentó muy bien. Tenía más sitio para pasearme, estaba más tranquilo. Hice también el agujero y puse la criba, como en Benaque, pero ya no me hizo falta esconderme en el agujero más que unas pocas de veces. Pero tampoco salí nunca a la calle. Me podían ver y estaba todo perdido. Adonde no había hombres y veían un hombre, o una cosa u otra: o era su marido o un querido. De modo que no saliendo, no había peligro. Estaba siempre vestido de mujer para que no descubrieran mi ropa al lavarla. Esto fue sólo después de morir mi suegro. Si se había muerto, ¿cómo iba a estar ropa de hombre al sol?

En Benaque tuve que esconderme en la criba muchos cientos de veces. Los guardias civiles andaban por allí casi todos los días. Unas veces no entraban, pero empezaban a hacer el tiro al blanco por la loma y había que esconderse. Hasta que yo vi un anuncio en un pedazo de periódico de envolver que vendían esta finca. La vendía un médico de Torre del Mar. Ella fue a Torre del Mar y la compró y ya vivía yo más tranquilo. Porque antes estaba muy mal de los nervios por esconderme a cada ruido que se oía. Me puse muy enfermo de los nervios.

Por la noche soñaba, soñaba… Tenía miedo y soñaba. Pero lo que más soñaba era con dos cosas: ver y verme con libertad. Eso era lo que más soñaba: ver lejos y estar en la calle. Lo que me está pasando ahora. Eso era lo que más soñaba: esto.

Comía en la habitación, allí hacía mis necesidades en un orinal que luego sacaban. Siempre encerrado. Salía a la otra habitación, pero si venía alguien, una visita, me escondía. Así pasó con el novio de mi hija. Se pasaba aquí muchas tardes y yo estaba al otro lado. Cuando se casaron no fui a la boda ni me di a conocer hasta después de la comida, que entraron ellos. Yo no comí con ellos ni nada. Para estar conmigo no hicieron el viaje de luna de miel. Se quedaron. El marido me vio, habló un poco conmigo y luego tampoco dijo nada.

En la habitación paseaba mucho, leía algunos librillos, hacía pleitas para cuerdas, sombreros. Estaba muy acostumbrado a esa vida. Yo siempre creí que si salía me mataban. Como yo no había escuchado eso de la amnistía ni había nadie que nos diera explicaciones, hasta que no me vi en Marbella no estaba seguro de que no iba a pasar nada. La sobrina decía que lo tenía todo visto, que había un indulto y que no pasaría nada, pero yo no estaba nada seguro.

Habla Manuel:

Nos presentamos en Marbella el día 28 de diciembre de 1966. Yo no sabía que después hubo otra amnistía. Nosotros nos presentamos por un perdón que hubo entonces. Esto surgió por una sobrina de la mujer de mi

hermano, que estaba allí en Marbella de secretaria. Encarnita Martínez se llama. Ella se enteró y vino a buscarnos.

Estuvimos allí hasta el 15 de agosto. Nos mandaron quedarnos allí hasta que volvieran los papeles de Madrid y nos pusimos a trabajar, los trámites ésos. En el Juzgado nos hicieron preguntas, de cómo habíamos vivido, todo lo que había pasado. Cada quince días teníamos que presentamos en el cuartel de la Guardia Civil. Juan no podía trabajar porque estaba ciego del todo; se tuvo que operar de la vista. Un ojo se le fue apocando, pero con el otro ya puede ver bien.

Nosotros vivíamos en el hospital. Yo estaba tan grueso que no podía andar. Estaba blanco como la cal. A los primeros días de darme el sol me pelé del todo. A los quince días de estar en el hospital, me puse a trabajar. Yo tenía ganas de trabajar. Me puse de peón en la construcción. En el hospital no teníamos que pagar nada, nos daban de comer y de dormir gratis. Se portaron muy bien con nosotros, no tenemos palabras para decirlo. El alcalde, don Francisco Canto, muy bien. Nos colocó don Vicente Gallego en «La Divina Pastora», una empresa. Este señor es abogado y nos arregló los papeles, todo gratis. También se portó muy bien con nosotros. La sobrina estaba en la oficina de este señor.

Al principio me costaba mucho trabajar, me cansaba en seguida. Sudaba muchísimo. Cada día que pasaba estaba más delgado, más delgado. Estaba ocho o diez horas en las obras, con la pala y el pico. El sueldo diario venía a ser sobre veinticinco duros. Bregaba mucho y la grasa se iba perdiendo.

Encarnita llegó por la mañana, a las nueve, a la casa de mi hermano, a la casa nueva, en un taxi, para llevárselo. Ella no lo conocía, había oído hablar de él, pero no sabía nada de que también yo estuviera escondido. Así que se vino por uno y se llevó a dos. Antes de venir, me dieron aviso de lo que pasaba y entonces, yo, de noche, bajé hasta la casa de mi hermano y ya nos fuimos juntos en el coche. De Benaque salí de noche, de parte de la madrugada, para que nadie me viera. Hacía luna. Fuimos andando poquito a poco.

En Marbella fuimos lo primero a ver a don Vicente y él nos llevó a los guardias. No tenemos palabras para alabar lo bien que lo hicieron todos. Todos. Don Vicente, don Francisco Canto, los del hospital, todo el mundo,

la guardia civil también. Nosotros no sabíamos lo que iba a pasar y nada malo pasó. Todo fue bueno.

De modo que a los ocho meses nos volvimos al pueblo. Todo el pueblo vino a verme, muy contento. Todos decían que el mérito había sido de ellas más que de nosotros, y es verdad. Mi mujer tenía un pelo larguísimo, larguísimo. En Marbella se lo cortó y se lo ofreció a la Virgen del Carmen por una promesa que había hecho.

Lo que más me llamó la atención fue Marbella. Antes eran unas pocas de chozas y ahora hay unos rascacielos grandísimos. Las chicas con la falda muy corta, medio desnudas… Me admiraban todas aquellas cosas. Yo no sabía que la cosa había cambiado tanto. Antes de salir había escrito también un verso que se llama «España treinta años»:

Lo que era y lo que es
España treinta años antes
a treinta años después.
Es cosa de admiración
contemplar la nueva España
tan distinta y tan extraña
en el orden y en la unión.
Me parece otra nación
mucho más civilizada,
más moderna y más honrada,
con respeto y devoción.
El obrero y el patrón
son íntimos camaradas.
¿Por qué? ¿Por qué 31 años antes
niños jóvenes y ancianos
prendimos fuego a la mecha
siendo iguales las dos manos?
¿Por qué verter ríos de sangre en vano?
¿Por qué en dos bandos dividió
el nombre que se nos dio,
fascistas y republicanos?

Por la madre patria hermanos
y todos hijos de Dios.
Soy agua que dio la fuente
de treinta años pasados
y como todo ha cambiado
mi caso no es diferente.
Ya me arrastra la corriente
de donde estoy estancado;
mi libertad ha llegado
por un delito inconsciente:
vivir de cuerpo presente
treinta años sepultado.
Soy honrado, fiel, prudente,
de abolengo heredado
y de mi madre mamado
cristiana, fiel y obediente.
Tenía una cuenta pendiente
que podía haberse pagado.
A treinta años ha llegado
mi vida de penitente
sólo por un accidente
que fue mal interpretado.
Vivo en mi casa arrestado
desde el fin de campaña;
mis palabras no le engañan:
no he robado ni he matado
ni tengo esa mala entraña.
Envuelto en una maraña,
injustamente acusado,
es la causa en resultado
de Manuel Hidalgo España.

Esta copla también la hice antes de salir. Yo sabía por la radio y por el periódico que todo estaba cambiado, aunque no tanto como luego vimos.

Habla Juan:

Todo esto es como un cuento que ha terminado bien. Dios da la llaga y también la medicina, ya usted lo ve. Ya he contado todo el repertorio, hasta lo que yo no quería contar. Porque al principio vinieron unos periodistas de Málaga y del extranjero y les conté algunas cosas, pero no todas. Ahora sólo quiero trabajar. Debo mi libertad y mi vista a don Vicente, a don Francisco y a todo Marbella entero. Aquello pasó y pasó. No me queda ningún rencor. Ahora trabajo todo lo que puedo. Lo único que a ver si recibía alguna paga. Yo no tengo paga alguna. En Marbella nos dijeron que se estaba arreglando para darnos una paga a los mutilados del otro lado, pero no sé. Yo no me he atrevido a pedirlo. Ya ve: manco, ciego y con la edad… Todo se me resiente. De noche el brazo me duele muchísimo y es difícil trabajar. Lo que yo no quisiera era escuchar más de la guerra. Ni la palabra. Fue mucho lo que se sufrió, mucho lo que padecimos. Yo he pasado veintinueve años de guerra.

OceanofPDF.com

2. EL ANARQUISTA SOLITARIO.

Manuel Serrano Ruiz (Almodóvar del Campo, Ciudad Real).
13 años escondido.

Quizás únicamente dos personas de las trece mil que viven en Almodóvar del Campo, Ciudad Real, recuerdan la historia, algunos fragmentos de la historia de Manuel Serrano Ruiz: su hermana Esperanza y su cuñado José Antonio Sendarrubia. Ni siquiera los guardias civiles del cuartel próximo a la casa del matrimonio tienen noticias de que Manuel El Cojo haya existido. En el pueblo, por lo demás, no sólo se ha olvidado su nombre, sino incluso los hechos a los que va ligado. Los amigos que tuvo murieron hace muchos años. Sus enemigos han ido muriendo después, poco a poco. Él mismo murió también, olvidado por todos y tuberculoso, en Pascua de 1977, recogido en un sanatorio de Albacete.

Y, sin embargo, no hace tantos años que…

Bernardina Ruiz y Vicente Serrano, conocidos por Los Pisto, tuvieron cuatro hijos, tres varones y una hembra. Se llamaban los varones Domingo, José y Manuel. Esperanza, la chica, es la única que vive. Su marido José Antonio es delgado, rubio y de ojos claros: parece un encantador granjero americano de las películas de *Walt Disney*… Estuvo diecinueve meses en una guerra de la que prefiere no hablar. Cuando terminó, y ante el peligro de ser apresado, se fue andando desde Azuqueca de Henares, Guadalajara, hasta su pueblo, en el borde norte de la Sierra Morena, últimas llanuras de los campos de Calatrava, a unos pocos kilómetros del importante centro

minero (hoy, centro petroquímico) de Puertollano. Entonces ya estaba escondido Manuel.

Esperanza tiene una mirada desconfiada y áspera. Habla de su hermano sin afecto, como de un desconocido cuya historia le hubiese contado un viajero extranjero. Da en seguida la impresión de que Manuel Serrano no fue amado por nadie, ni siquiera por la mujer que recogió de un burdel para hacerla su esposa. Por eso tal vez su vida sea más patética, más espantosa que ninguna otra.

Su padre era pastor y dueño de un pequeño rebaño de cabras con cuya leche vivía la familia. El tercero de los hijos se aficionó muy pronto a la mecánica y ya a los veinte años, hacia 1926, era un chófer reputado en la comarca. Con una camioneta hacía servicio de viajeros y mercancías hasta Puertollano e incluso ocasionalmente hasta las minas de mercurio de Almadén y hasta la capital de la provincia. Luego, durante su servicio militar en Guadalajara, se empleó como mecánico de un teniente coronel. Pero le brotó un absceso en una pierna, le operaron con poco cuidado, surgió la gangrena y hubo que cortarle la pierna.

—Lo trajo al pueblo un soldado compañero suyo. Venía muy triste. Mi padre, entonces, vendió unas cuantas cabras y fue a Madrid a comprarle una pierna ortopédica. Ya no fue el mismo desde entonces y eso que se apañaba bien para manejarse. Volvió al taller y conducía con su pierna de hierro tan bien como antes. Hasta guiaba camiones. Todo el mundo le llamaba para arreglar los motores y para transportes. Se le pasó pronto lo de la falta de la pierna y era animoso y alegre. Todo el mundo le quería.

En los talleres mecánicos organizó Manuel Serrano una célula del sindicato anarquista Confederación Nacional del Trabajo. Es imposible averiguar qué lecturas lo llevaron al anarquismo, qué le impulsó a este sindicato. En todo caso, la simple existencia de Ana Maldonado muestra que Serrano fue en algún momento no sólo sindicalista, sino un verdadero anarquista. Nunca había tenido novia antes de la amputación de su pierna ni la tendría después. Por la época de la proclamación de la II República se unió a esta mujer, que había «sacado» del burdel de Almodóvar en el que Ana trabajaba desde hacía tiempo con otras cuatro o cinco prostitutas. Tenía

ella dos hijas de padre desconocido, a las que Serrano había de dar más tarde sus apellidos.

—Una vive ahora cerca de Madrid y la otra está sirviendo en Suiza. Pero no sé cómo se llaman ni la dirección —dice José Antonio.

Ana Maldonado era una mujer medianamente hermosa, alta, algo mayor que Manuel en la época de la unión, enfermiza y arisca. La familia del hombre no aprobó este género de unión, tan corriente en los anarquistas españoles del primer tercio de siglo, y el matrimonio se fue a vivir a una casita alquilada de las afueras, mientras Manuel continuó con su trabajo. Muy pronto nació un nuevo vástago, al que también se impuso Manuel de nombre. Fue dos años antes del comienzo de la guerra.

Para entonces, Serrano era presidente del comité local de la CNT, sindicato mayoritario del pueblo. Por consiguiente, se le podía considerar la autoridad máxima del pueblo, sobre todo teniendo en cuenta que todos los hombres útiles estaban en el frente.

En Almodóvar del Campo, la guerra transcurrió más o menos como en los restantes pueblos de España. Mientras estuvo bajo dominio republicano —casi hasta el parte victorioso de Franco— fueron encarceladas varias personas de derechas y asesinadas algunas de ellas en la misma cárcel. Algunas otras permanecieron escondidas los tres años de la contienda. Las imágenes de la iglesia habían sido quemadas al principio. Luego, con la llegada de los falangistas victoriosos, salieron de la cárcel y de los refugios unos presos y entraron otros. En la plaza del pueblo se levanta hoy un ostentoso monumento a los que murieron del bando vencedor. De los demás se ha borrado todo recuerdo.

—Aquí murieron muchos más rojos que de los otros —cuenta José Antonio Santarrubia con cierta indiferencia—. El Cojo había librado a muchas personas de la muerte, porque era el jefe de la CNT y ponía orden entre sus compañeros y entre los que llegaban de fuera. Le decían que firmara para matarlos, pero él no firmaba. No iba armado y sabía hacerse obedecer. Los que fusilaron fue sin él saberlo y sin poderlo evitar. Eso lo puede decir cualquiera que sea honrado y diga la verdad…

Trece años después de estos hechos no había en Almodóvar una persona honrada y que dijera la verdad… El pueblo en masa quería linchar al líder

anarquista.

En todo caso, Manuel Serrano tomó la elemental y conocida precaución de esconderse mientras los vencedores celebraban su victoria. La hermana recuerda haberle oído decir que sólo por dos o tres días. Y se refugió en el desván de la casa de su madre, no en la suya propia. Ana y los chiquillos se fueron a vivir a una chabola cerca de la ermita, en las afueras del pueblo, después de abandonar la vivienda. Desde allí bajaba la mujer todos los días a servir para llevar comida a los hijos. Manuel conocía desde joven que en el techo de una de las habitaciones se levantaba una trampilla, entre dos vigas, a través de la cual podía un hombre deslizarse en el desván. Estaba tan bien disimulada que ni siquiera otros miembros de la familia conocían ese grupo de tablillas móviles.

El desván era muy reducido de tamaño y el tejado estaba a sólo unos cincuenta centímetros. Manuel Serrano, por consiguiente, jamás pudo ponerse de pie en su agujero. Las semejanzas de este Cojo —así, naturalmente, lo llamaban en Almodovar— con las del alcalde de Mudrián empiezan y terminan aquí: cojos y escondidos en un desván.

Porque el encierro de Manuel Serrano debió de ser un verdadero infierno. Si en tomo a Saturnino existía una familia abundante que lo visitaba, animaba y le hacía trabajar, alrededor del anarquista sólo vibraba una soledad impresionante. En su refugio no tenía libros ni otros medios de pasar el tiempo: tan sólo un viejo colchón y un orinal. La familia le había dado la espalda desde que se uniera a Ana Maldonado. El padre murió de congestión en 1940, los hermanos se casaron. Esperanza asegura que tanto ella como Ana o el hijo iban a visitarlo cada dos meses «o cosa así».

—Estaba cansado de la vida, furioso. Se desesperaba y sufría mucho por su mala suerte. Estaba muy arrepentido de lo que le había pasado y gritaba a mi madre y ella le gritaba también. Una vez se pegaron los dos. No sé cómo ella resistió. Ha muerto hace dos años, con cien años y tres meses…

Bernardina, la madre, era la única que se ocupaba de él, pero a regañadientes. La vieja salía diariamente a pedir limosna a las puertas de las familias pudientes de Almodóvar. «Le daban un patacón (moneda de diez céntimos), un cacho de pan, una morcilla, un poco de tocino rancio». Con eso tenía para alimentar a Manuel. Ella comía en el Auxilio Social.

Así vivió Manuel Serrano durante trece años, hasta 1953. Algunas veces bajaba de su agujero y se sentaba en el portal, él solo. Pero siempre por poco tiempo, pues le perseguían los guardias civiles y «la gente del pueblo», los falangistas de Almodóvar. «Mi madre me contaba que llegaban de noche y de madrugada y revolvían la casa. Fue muchas veces, pero a ella no la pegaron ni la molestaron. Iban por si acaso, porque como no lo veían con Ana… Ellos creían que estaba en el extranjero y que cualquier día volvería a casa; no podían ni pensar que estaba escondido encima de ellos, en el techo…», dice Esperanza.

Y allí estaba siempre, tumbado, a oscuras.

Sobrevaloraban los perseguidores su ingenio y sus fuerzas. ¿Cómo iba a huir un hombre cojo y aislado de sus compañeros de sindicato en un pueblo dominado por los falangistas? Lo hubiera logrado quizás durante la guerra, en los últimos días, cuando contaba con Ana, con docenas de buenos camaradas. Ahora estaba solo, cada día más solo.

Desde su refugio en el número doce de la calle de La Fuente, al borde de los jardines públicos, escuchaba lo que ocurría en las calles vecinas. También lo que sucedía de noche en el cementerio. Los disparos de los fusilamientos llegaban nítidos a través del silencio de las noches primaverales. Por la mañana, Manuel preguntaba a su madre cuando iba a darle un rebojo de pan y un poco de leche de cabra por desayuno:

—¿Quiénes han sido hoy, madre? ¿Quién ha caído?

—Pues hoy han sido fulano y fulano y fulano…

—Serían unos veinte o más… —recuerda Esperanza.

Sus camaradas de la CNT eran sacados de la cárcel por la noche y fusilados sobre las tapias del cementerio. Manuel Serrano escuchaba las descargas e iba calculando para sí los amigos que quedaban, como una macabra cuenta atrás: veinte, dieciocho, doce, seis…

Durante varias semanas se sucedieron estos crímenes. Era la forma espectacular del terror, una escenografía tan perfecta que todavía cuarenta años más tarde en Almodóvar del Campo la gente tiene miedo y prefiere hablar de otros temas.

Un anciano muy orgulloso de haber votado al Partido Socialista unos días antes, dice:

—Hombre, sí, se oían tiros por la noche, pero nadie preguntaba de qué eran. Podía ser cualquier cosa, ¿sabe usted? Podían disparar contra una cabra o para asustar a los ladrones o los guardias haciendo práctica… Nadie preguntaba nada y nada se sabe de fijo.

El hecho es que iban desapareciendo los hombres. Y Manuel Serrano lo sabía. Por eso tuvo que resistir a pesar de la soledad, de las malas relaciones con su madre, de la penuria de su existencia.

—Hasta que no pudo más. Hasta el año 1953.

Ni la hermana ni el cuñado recuerdan la fecha. Sólo el año. Quedan también en el misterio los pensamientos que cruzaron por la mente de este hombre. El anarquista, sin prevenir a nadie, se descolgó de su desván y arrastrándose apoyado en una muleta llegó hasta el Ayuntamiento:

—Soy Manuel el Cojo. Vengo a presentarme, dijo —dice Esperanza.

Cuando los vecinos se enteraron de la reaparición del anarquista salieron todos a la calle a gritar.

—Querían matarle —cuenta la hermana—. Menos mal que el alcalde Arteche le defendió. Dijo que ese hombre estaba a su cargo y que no podía pasarle nada. Todos querían matarle y armaban mucha bulla. Yo no me enteré de la salida hasta que no oí el alboroto del pueblo, a la mañana siguiente. Él no avisó a nadie, ni a mi madre. Le dio por ahí. Salió y se fue al Ayuntamiento. Después madre le llevó la pierna ortopédica, pero no pudo verlo.

Lo trasladaron a la cárcel por la mañana, después de haber pasado la noche con dos guardias y el alcalde Arteche, muerto hace años. Tampoco allí lo visitó nadie: ni su mujer, ni su hijo, ni su madre. Al atardecer, esposado, entre dos guardias civiles, era conducido a Madrid y, de allí, a Burgos.

Consejo de guerra.

—Aunque no dio la firma ni participó en alborotos ni habló en público, lo acusaron de todas las muertes.

Tampoco ningún familiar acudió al juicio. Esperanza asegura que le echaron dos penas de muerte.

—Pero sólo estuvo en prisión ocho o nueve años. A los primeros días fue a Burgos Ana Maldonado y se casaron los dos por lo civil y por la

iglesia y Manuel dio apellido a los tres hijos. Luego ella no volvió más por aquí. Yo le quería mucho a Manuel pero no volvimos a vernos nunca; cuando lo llevaban los guardias quise darle un beso y no me dejaron. Ya nadie de la familia volvió a verlo. Él iba a la escuela de la cárcel, trabajaba y eso le hacía correr los años. También mandó cartas a los ministros para que le aliviaran la pena. Estaba arrepentido y no veía mal a Franco, no.

Cuando lo indultaron, lo desterraron a Orihuela, Alicante. Allí se reunió con Ana y los hijos y se puso a trabajar como guardacoches y vigilante de un salón de futbolines y billares. Enfermo de su estancia en las cárceles y del encierro, fue recogido en un sanatorio antituberculoso de Albacete. Esperanza y su marido sólo recuerdan que murió por Pascua. El pueblo y la familia lo habían olvidado ya. Su hijo, que jamás regresó a Almodovar, trabaja como cocinero en barcos y, durante la temporada turística, hace contratas en chiringuitos playeros de la costa levantina.

—El muchacho es muy buen cocinero. Ahora tendrá casi cincuenta años, pero no sé si se ha casado o no.

OceanofPDF.com

3. EL DESERTOR

Antonio Urbina (Santo Domingo de la Calzada, Rioja).
10 años huido y oculto

Antonio Urbina iba con la cabeza gacha escoltado por dos guardias civiles. Escuchó llorar a Consuelo. Los curiosos se apostaron rápidamente a lo largo de la muralla de Pedro el Cruel para ver pasar a Antonio y a la pareja de civiles. Consuelo, la mujer del detenido, se enjugó las lágrimas con el borde del delantal.

«Éste ya no ve más las tejas de Santo Domingo», comentó alguien. «Ahora le toman declaración en Haro y acto seguido lo fusilan», adelantó fúnebremente otro de sus paisanos. El propio Antonio Urbina no las tenía todas consigo cuando veintidós kilómetros después fue llevado ante el capitán de la Guardia Civil en Haro. Aquel viaje, que podía ser el último, le permitió recordar, a golpe de destellos, la absurda aventura de su vida. Mil veces había imaginado un final semejante desde que algunos años antes cometió el primer error grave de su vida: emborracharse en el Pirineo, a dos pasos de Francia, cuando cumplía el servicio militar. Antonio volvió a pasar por los mismos pueblos, Castañares, Casalarreina, por el mismo paisaje de la suave llanura riojana, viñedos, choperas, por donde tantas veces había cruzado clandestinamente cuando llegaba desde la frontera francesa.

Eran los años del hambre, del estraperlo, del cerco internacional. España vivía replegada sobre sí misma, los embajadores se habían ido. Las masas se movilizaban en torno a Franco en la Plaza de Oriente para lavar por

medio de un psicodrama nacionalista las humillaciones de la ONU. Por entonces el maquis opera a caballo de los Pirineos y se extiende por el Norte hasta Galicia. Se ha cerrado la frontera con Francia después de la ejecución en febrero de 1946 de Cristino García y nueve compañeros republicanos. Un subcomité de cinco naciones miembros de la ONU afirma que el régimen de Franco constituye «un peligro potencial para la paz del mundo». La Asamblea General de las Naciones Unidas decreta por 34 votos a favor, seis en contra, trece abstenciones y una ausencia, el bloqueo internacional.

En medio del hambre, la sequía y la represión los políticos y los ideólogos del régimen contemplan a España como «el mejor de los mundos». Luis Carrero Blanco («Juan de la Cosa») describe a esta España de 1946 como un «pueblo en pleno trabajo y en orden, rehaciéndose de una terrible crisis; con libertades humanas como ningún otro; sin más preocupaciones que su problema social y marchando, firme y sin desmayos, hacia la única solución de los males mundiales: la fusión de lo social con lo nacional bajo el imperio de lo espiritual, es decir, decidido a poner en práctica, rompiendo con todo lo que sea preciso romper, lo que Dios, única fuente de Verdad, mandó». Para el almirante «éste es precisamente el problema español: España quiere implantar el bien; las fuerzas del mal desatadas por el mundo tratan de impedírselo». La retórica oficial ahoga las privaciones de los españoles: son los demás los que tienen la culpa de todos los males.

A la resolución de la ONU Franco responde, «mi hambre es mía». *Primum filosofare, deinde vivere*. Hasta que una exactriz argentina, rubia, de rostro descolorido y labios muy pintados, pelo a lo «chignon», vestida con los mejores modelos de París, Eva Perón, llega a la capital de España como un hada buena. De un solo toque de su varita mágica, Argentina envía 25 000 toneladas de carne, 10 000 de lentejas, 20 000 de alubias, 25 000 cajas de huevos, 700 000 de trigo. 220 000 de maíz. Cuando se firma en Madrid el protocolo Franco-Perón comienza en Logroño el Consejo de Guerra contra el desertor Antonio Urbina. En manos de la justicia militar, Urbina, recuerda el estúpido origen de todo su drama:

—La culpa fue de unos paquetes de chorizo, de jamón, de latas de conserva, de una caja de botellas de vino y de unas botellas de coñac que nuestras familias nos hicieron llegar hasta el cuartel de montaña. Cumplía entonces el servicio en Isaba, Navarra, en el Pirineo, como alpino, alpinista, de la quinta del 29. Los seis riojanos reunimos los paquetes y las botellas y organizamos la jota más grande que se recuerda en el cuartel. Póngase en mi lugar, riojanos, jóvenes, sanos, alejados de casa, con ganas de comer, beber, cantar y bailar. Había ya empezado la guerra pero allí no se advertía.

El soldado de Santo Domingo de la Calzada descorchó la primera botella. Era un tinto pastoso, de la Rioja Alta. En pocas horas «cayó» la caja. El coñac vino después. Los seis riojanos, aislados en la montaña, ahítos de vino, decidieron prolongar su aventura:

—«Chupados» como estábamos se nos ocurrió pensar: pasemos a Francia. «Estamos a un tiro de piedra», dijo uno de mis paisanos. «¡A Francia!, ¡a Francia!», gritamos todos en pleno entusiasmo.

El sol y aire de la alta sierra empujaron a los alpinistas hacia el otro lado. De camino cantaban las viejas coplas de los mozos riojanos en torno a las hogueras de San Juan:

La mañana de San Juan
qué bien te jaleabas
con el pañuelito blanco
y la media encarnada.
Me tiraste un limón
me diste en la cara,
cositas que hace el amor,
morena resalada.

Cruzaron la raya fronteriza por un paso de montaña.

—A poco de llegar a Francia la cabeza se me clareó un poco y comencé a darme cuenta de lo que habíamos hecho, pero ya era tarde. Sumergí la calamorra en un arroyo para que se me enfriaran las ideas. Me senté a pensar: «Caguen diez, la que he hecho yo, la he hecho parda». Se nos

evaporó a todos la calor del vino y del coñac y pronto notamos el frío. Debíamos estar por debajo de cero.

Antonio no podía dar marcha atrás. Sabía muy bien que había cometido una falta grave contra el reglamento militar.

—De pronto se echó allá por el otro lado del monte un alférez nuestro al mando de una patrulla. «Si nos cogen nos brean», pensé para mí. Lo mejor era correr. Corrimos como huyendo de una vaquilla. Cuando estábamos a cubierto escuchamos las voces del alférez:

—«¡Urbinaaaa, no desertéis!»

Y luego:

—«¡Urbinaaaa que no os va a pasar nada!»

Y después:

—«¡Vuelveee, Urbinaaaa!»

Pero Urbina no pensaba en volver. Los seis riojanos echaron a correr monte abajo. Cada vez era más débil el eco de la llamada del alférez. «¡Urbinaaa!» Desde la cumbre de otro monte divisaron a lo lejos cómo la patrulla volvía en formación a Isaba.

—Por un lado me sentía feliz por haber escapado al castigo pero por otro maldecía el chorizo, el jamón, el vino, el coñac, la tentación de haber pasado a Francia. Éramos ya desertores y eso en el ejército, y más en aquellos años, se pagaba con el paredón. En silencio, echamos a andar hasta llegar a Mauleon. Le dábamos vueltas y vueltas a lo que había pasado, a la romería que organizamos en Isaba y a lo que podía esperarnos en adelante. En Mauleon nos presentamos a las autoridades. Se decidió que nos trasladarían a Toulouse.

Allí les esperaba el cónsul español.

—El cónsul era de la República. Se nos subió la moral como la espuma porque nos trataron muy bien. Nos sacaron tacos de jamón, jarras de vino, de todo. «¡Viva la virgen!», pensaba yo. Aquello era vida. Pocos días después el cónsul nos reunió a los seis para hablarnos, nos devolvían a España, a Barcelona. Se acabó la buena vida. Nos condujeron hasta Port Bou y desde allí a Barcelona, donde nos separaron. No volví a ver a los paisanos.

Por culpa de unas botellas, en menos de una semana, Antonio Urbina pasó de Franco al Ejército de la República a través de Francia.

—Hice la guerra en la retaguardia. Ni fusil me dieron los rojos. Me dedicaron a construir trincheras. Durante unas semanas hice la instrucción en Hospitalet y me trasladaron en una caravana a orillas del Segre. Como desertor de Franco era yo de poco fiar. Por lo tanto pasé la guerra sin disparar un solo tiro. Y no me arrepiento porque aquello era impresionante. Veía llegar a los soldados en las retiradas, heridos, lloraban, «madre mía» gemían. En seguida me di cuenta de que aquello era un total desbarajuste. En la zona roja no había cabeza. Ni instrucción ni disciplina. Aquel ejército se lo saltaba todo a la torera. «Así es imposible que ganen la guerra», pensaba. Un suponer, te dirigías a un teniente al que le debes respeto, porque así viene en el código de los militares. Ibas al teniente y le decías, «qué hay, camarada, qué tal va eso, que si tal y que si cual, camarada, vente a tomar un trago, camarada, dame un pito, camarada, que te den por el culo, camarada…». Así se hizo la guerra desde la zona roja, sin orden ni respeto, sin disciplina y desde luego, sin fusiles.

Llegó 1939 con la gran retirada hacia la frontera francesa. Antonio Urbina, de la quinta del 29, agricultor y dueño de algún ganado, natural de Santo Domingo de la Calzada, provincia de Logroño, casado con Consuelo, padre de tres hijos, era uno de los 500 000 derrotados que tomaron el camino de la retirada hacia Argeles, Saint Ciprien, Le Vernet, Bram, Barcares, tras el desplome del frente de Aragón y Cataluña. A través de la Junquera, Puigcerdá, de Le Perthus a Port Bou, o los pasos de montaña, aquel ejército brechtiano de soldados andrajosos, famélicos, jefes y oficiales de la República, políticos, sindicalistas, obreros, intelectuales, miles de mujeres y niños de pelo cortado al cero buscaron con desesperación una cama y un mendrugo de pan en la «dulce Francia». Estaba en marcha el mayor éxodo de la historia de España. Hacinado en la caja de un camión de motor humeante, sucio, con barba de varias semanas, entre orines y vomitonas de niño, Antonio Urbina, tan sólo previsto de una maleta, regresó a Francia por donde había venido. Los gendarmes franceses recogían las armas, granadas, fusiles, municiones, morteros, ametralladoras, y apilaban el material de guerra de los vencidos. No tardarían en

devolvérselo a Franco. Cientos de miles de refugiados, fatigados, enfermos, tullidos, vestidos estrambóticamente, en medio de un desorden total fueron trasladados a sus nuevos hogares, los campos de concentración. A algunos de ellos les quedó ánimo para cantar:

Allez, allez, reculez, reculez,
que tienes que echar el pie
desde Cervera a Argeles.

Los más optimistas perdieron pronto las esperanzas a culatazos de los soldados senegaleses; no serían llevados a Valencia para seguir la lucha con nuevas armas y uniformes limpios. El campo de concentración les devolvió a la realidad.

«Los franceses —escribe Ilya Ehrenburg en su *Eve of tuar*— internaron a los españoles en campos de concentración en Argelès y St. Cyprien. A cada seis hombres les dieron un panecillo y un poco de agua sucia tratándolos con increíble desprecio. En París, sin embargo, Ribbentrop era objeto de una fastuosa recepción. Cuando se habla de aquellos tiempos es mejor olvidarse de la justicia…». Stalin «había tirado al arroyo la piel de la república española para negociar más fácilmente con Berlín», escribe por su parte el excomunista Jesús Hernández.

Entre los fugitivos, Azaña, Negrín, Giral, Martínez Barrio, Aguirre, Companys. El Presidente de la República está obsesionado por el traslado de los cuadros del Museo del Prado. Ha dicho días antes de su paso a Francia, el 5 de febrero: «El Museo del Prado es más importante para España que la República y la monarquía juntas». Cuando el coche de Martínez Barrio se avería, los fugitivos, sus ayudantes y familiares deben cruzar a pie a Francia. El suelo está helado y abundan los resbalones. «No me pasó nada, afirma Azaña. De algo habría de servirme la práctica de andarín». Al llegar a París, Álvarez del Vayo informa a Azaña: «Los huidos pasan de cuatrocientos mil. Había provisiones previstas para sesenta mil».

La sarna, los piojos, la disentería y otras plagas de la miseria y la insalubridad hacen presa de los refugiados. Sus rostros podían compararse al cabo de unas semanas de internamiento a los que Goya había reflejado en

sus pinturas negras y que Manuel Azaña acababa de salvar a hombros de los carabineros. Bajo un frío polar los guardias móviles franceses despojaron a los fugitivos de todo lo que llevaban encima. No había camillas para los heridos de guerra, tan sólo alambradas de púas en los campos de concentración. La tierra estaba cubierta de nieve. Sobre los bancales de arena de Argelès-sur-Mer cayeron los «sales-rouges» (sucios rojos) refugiados, como un ejército de termitas.

Los guardias separaron a los hombres de sus mujeres y de sus hijos, mientras los senegaleses establecían un cordón sanitario para evitar la contaminación de la «dulce Francia». Miguel Giménez, excombatiente anarquista, reproduce en su *Más allá del dolor* una carta que escribe al ministro francés del Interior, Albert Sarraut, cuatro meses después de pisar territorio de Francia, desde la barraca 152:

«En las barracas de madera, con piso de tierra, que tienen una superficie de 123 metros cuadrados y donde nos albergamos 110 hombres no hay luz, señor Ministro. En las negras y frías noches del pasado invierno hacinados sobre la sucia paja, faltos de abrigo, carentes de consuelo, tiritaban los hombres. Afuera la tormenta: de agua, de viento, de nieve; adentro, las tinieblas. Ni una pulgada de terreno que no estuviera ocupada por un cuerpo humano. El huracán, que ha durado meses, sacudía la frágil vivienda». Miguel Giménez concluía su carta: «¡Luz, Señor Ministro! ¡Luz, Señor Sarraut!»

Antonio Urbina lanzó a una de las hogueras del campo de Argeles su vieja maleta de cartón endurecido. Le sirvió para calentar su esqueleto unos minutos.

—Nos desparramaron por la playa, en medio del frío y del viento del mar. Los senegaleses no nos perdían de vista: fueron advertidos desde el principio de que los rojos se comían al personal y que de escapar de aquellos campos invadiríamos Francia para herir y asesinar. Era imposible construir barracas, levantar un techo con los pobres materiales de que disponíamos. Tan sólo crecían algunos matojos. Matamos el tiempo despiojándonos unos a otros, trazando círculos con un palito sobre la arena.

Eran cien mil en Argeles, los «200 000 brazos» de que habla el poeta catalán Agustí Bartra:

«Un mes antes la playa de Argeles estaba desierta. Las gaviotas volaban alegremente por su cielo y sus arenas eran un cinturón de oro entre el agua azul y el verde valle. Pero ahora se extendía allí una ciudad de cien mil habitantes». Ciudad de derrota, arena, viento, lluvia y ratas, en palabra del poeta internado allí. Y de guardianes senegaleses que por desconocer el castellano eran por fortuna incapaces de traducir los versos que les dedicó un improvisado poeta y que Antonio Urbina recuerda todavía:

Negros senegaleses,
sois negros como el tizón
tenéis los ojos amarillos:
la madre que os parió.

Las frazadas y las mantas estaban infectadas. «Olía a pus, a gangrena, a mierda y pis». En la primera oleada mueren 35 000 españoles en los campos de concentración. 150 000 vuelven a España. No está Urbina entre ellos. Le han trasladado al campo de Gurs.

—Mejoraron algo nuestras condiciones de vida. Los barracones eran nuevos y no había senegaleses.

Transcurren los meses, la disciplina se afloja. En el verano de 1939 salen las primeras cuadrillas de españoles desde los campos a las vendimias del Herault.

Urbina ha decidido quedarse cerca de los Pirineos.

—La Rioja estaba como el que dice, al otro lado de las montañas. Un día los franceses me dieron la *cardidentité* que le llamaban y empecé a sentirme seguro. En 1940 me rifaron: iría a trabajar, al cable telefónico de Pereloux. Al otro lado estaba el Irati, Navarra. Era ya 1940. Desde Pereloux comencé a enviar cartas a Consuelo, a Santo Domingo de la Calzada. «Aquí me tenéis, vivo y con ganas de veros» puse en la primera carta. Al principio con grandes precauciones, más confiado después entregaba mis cartas a un compañero que trabajaba en el cable. Él se encargaba de franquearlas al otro lado.

Pasó el tiempo. Antonio no recuerda exactamente cuánto. Tenía su habitación, su sueldo para vivir y ahorrar algo. No fue mal recibido en el

cable.

Jacques Vernant, en *The refugee in the Postwar World*, señala que el 95 por 100 de los refugiados útiles hallaron un empleo remunerado, sobre todo para realizar los más duros trabajos manuales. Del 18 al 20 por 100 trabajaron como obreros agrícolas; el 12 por 100, en su mayor parte vascos y catalanes, como metalúrgicos y el 8 por 100 como mineros. El resto trabajó como leñadores, en la construcción de embalses o más tarde en el desescombro de ciudades destruidas por la guerra. Los patronos franceses reaccionan con nula generosidad: «No saben ni jota de francés, no disponen de intérprete, ni siquiera de un prontuario de frases español-francés». Según diversos informes del Ministerio de Trabajo francés los patronos censuraban a las autoridades la manera absurda con que distribuían la mano de obra: hombres de constitución débil eran destinados a duros trabajos manuales, incluso a veces inválidos a quienes se había amputado un brazo o una pierna.

«Llegaron desprovistos de todo —consta en un informe—: Nosotros les hemos proporcionado cuanto necesitaban. A pesar de todo han abandonado el trabajo, calificando al patrono de fascista y diciéndonos que si los comunistas tomaban el poder en Francia matarían a todos los franceses».

Otros informes demostraron sin embargo que los refugiados españoles estaban lejos de ser «vagos e irresponsables». Pecharon con los trabajos más ingratos y aceptaron lo que se les dio, sin una queja.

Antonio Urbina, que era uno de ellos, sintió al cabo del tiempo que necesitaba matar el gusanillo de la nostalgia.

«Si la guerra ya terminó tú no tienes penas que purgar», le decían sus amigos. Sufría de insomnio algunas noches torturado por aquella pregunta: ¿Habría prescrito su «crimen»?

—Después de pensarlo mucho bajé una tarde a Bayona. Me fui derecho a ver al cónsul de Franco. Me latía el corazón con fuerza al sonar el timbre del consulado. La actitud del cónsul me tranquilizó mucho, había llegado a pensar que me detendrían allí mismo. Le expliqué mi caso, la mili con los alpinistas en Isaba, los paquetes de chorizo y jamón, la caja de botellas de vino, el coñac, la romería, Francia, el alférez.

«¿Qué castigo me espera?», pregunté al cónsul. «Ningún castigo», me respondió. Si lo deseaba me hacía allí mismo un pasaporte y me devolvía a España. Se me esponjaron las carnes. Por pocos minutos. «Si a los ocho días de llegar —añadió— no se entrega a las autoridades, le denunciaré sin más». No me despejó las dudas que tenía. Sentí miedo y cuando se me pasó decidí actuar por mi cuenta y riesgo, sin cónsules ni papeles. Al fin y al cabo otros lo hacían. No era cuestión de entregarse. Supe que a muchos que lo hicieron les dieron para el pelo en España. Por eso pensé que si podía me ocultaba en casa en Santo Domingo y si las cosas venían mal dadas viviría entre Francia y España.

Así fue. Antonio cruzó por los Pirineos hasta los bosques del Irati. Tomó hasta Pamplona un autobús de «La Roncalesa».

—Me dominaba una rara mezcla de alegría y de miedo, de prevención, de recelo. En Pamplona hice grandes esfuerzos para aparentar normalidad. Me crucé con guardias y soldados. «Ahora van y me detienen y se acabó», pensaba para mis adentros. Pero el tirón de la Consuelo y los hijos era muy fuerte. Traía alguna perrilla ahorrada. España estaba con el racionamiento. En el cable telefónico nos decían que los españoles se morían de hambre. ¿De qué vivirían mi mujer y mis hijos? Tenía que ayudarles. ¿Para qué quería yo las perrillas ahorradas en el cable si allí era imposible gastarlas? «No pases —me había advertido un amigo— te van a sacudir la estopa». Pero no podía volverme atrás. Logré cruzar el monte sin percances. Sabía el terreno y me guiaron bien. Al llegar a Pamplona la angustia no me había tapado el hambre porque entré como una fiera hambrienta en el primer restaurante que encontré. En una mesa comía un grupo de falangistas, con sus camisas azules. Estuve a punto de salir corriendo pero me aguanté.

Cualquier movimiento falso podía perderme. El mozo me trajo lo poco que había para comer, sin gota de pan. No fui en aquel momento consciente del peligro y le pregunté en voz alta aunque sin ánimo de ofender:

—¿Es que aquí no sirven pan?

Uno de los falangistas se volvió curioso al oírme.

—Pues, ¿de dónde viene usted, amigo? ¿De América? Aquí no hay pan, no, señor.

El desertor se quedó frío como el hielo. No podía levantar sospechas. Salió como pudo de aquel trance.

—Es que he bajado con el ganado hasta la Ribera, balbuceó. Vengo de los pastos de la montaña.

—No se preocupe usted —intervino otro de los falangistas— se parte entre todos el pan que tenemos aunque esté duro como la piedra.

Sacaron de su talega un bollo de pan. En efecto, estaba duro como la piedra pero me lo tragué con gran apetito. Tenía que demostrar hambre de días.

Nadie sospechó en el restaurante que aquel hambriento pastor de ganado era Antonio Urbina, desertor, obrero en el cable de Pereloux, «un rojo para ellos».

Mientras el autobús de «La Estellesa» corría hacia Logroño, Antonio contuvo sus temores. En cualquier momento la guardia civil podría detener el coche y pedir la identificación de los viajeros. O podían denunciarle como sospechoso. El autobús le dejó en Logroño. Una vez allí tomó el tren hasta Haro donde esperó a que anocheciera.

—Al llegar a Santo Domingo rodeé el pueblo para entrar por atrás en mi casa. Traía el mismo sombrero que gastaba en el cable y me había dejado el bigote. Así es que lo primero que me dijo la Consuelo al cabo de cinco años sin verme fue lo siguiente:

«¿Qué haces tú con bigote? Anda, Antonio, aféitatelo».

Cuando llegué, los dos chiquillos (el tercero nació más tarde) estaban acostados. Dormían. No podía moverme por la parte de la casa que daba a la calle, por temor a los vecinos. Entré como un ladrón en la habitación de los niños. Me quedé alelado mirando cómo dormían. De pronto uno de ellos, Gerardo, se despertó con gran susto. Así, al pronto no me reconocieron. «Chiss, que soy vuestro padre», les tranquilicé.

Esa misma noche Antonio comenzó su vida en ocultación.

—Lo primero que hice fue educar a los chavales para que no me llamaran «padre». Yo sería en adelante el tío Pedro, por si pasaba algo. El tío Pedro por aquí, el tío Pedro por acá. Los tres chiquillos aprendieron bien la consigna: jamás dijeron una palabra que me comprometiera. Es raro y

como milagroso porque a esa edad no se discierne bien, pero tuvieron un sexto sentido que les cerró herméticamente la boca.

El segundo problema para Antonio estribaba en aprender a vivir en la clandestinidad. Empezó a trabajar en el interior de la casa. Cuidaba de las gallinas, ordeñaba a las vacas. Una vida superficialmente normal en la que no faltaron los sobresaltos.

—Por ejemplo, un día que estaba en la cuadra con el chiquillo mayor. La Consuelo acostumbraba a cerrar todas las puertas. No recibía visitas. Vivía como una viuda. Aquella mañana, por un descuido, había dejado la puerta abierta, por donde se coló la Justa, una vecina. Se vino derecha hacia la cuadra y dijo mientras examinaba el ganado:

—Ahí va, qué novilla tienes más elegante, Consuelo…

Como un resorte me eché hacia atrás con el chiquillo. En el fondo del establo me puse encima una albarda de caballo. Pero que si quieres, la Justa avanzó más, tomó al chaval de la mano e insistió:

—Pero ¡qué novilla tienes, Consuelo!

Sucedió algo increíble. Se acercó aún más y vino a sentarse sobre el aparejo. Yo, debajo, aguanté el peso sin mover un músculo. Al niño se le había mudado la color. Ya estaba yo que no podía más cuando nerviosa, desencajada, la Consuelo la sacó bruscamente de allí.

—Justa, vente por aquí que te voy a enseñar unos manteles que he bordado.

Sobre todo a partir de entonces Antonio vivió durante 18 días en constante tensión, acosado, receloso, con los nervios de punta, prisionero en su propia casa.

—De tanto ir el cántaro a la fuente pasó lo que tenía que pasar. Estaba un día con mi hijo menor entregado a las faenas de nuestra huerta, cercada por una tapia de regular altura. A nadie se le había ocurrido hasta entonces asomar la cabeza por el muro. Fue Manuelón, el padre de Renedo, el primero que lo hizo. Él me vio y yo le vi. Dio un salto excitado por el descubrimiento. Se me fue la sangre a los talones. No podía correr el riesgo de que me pillaran allí mismo. Todo estaba demasiado caliente aún. Busqué rápidamente a la Consuelo.

—De prisa, prepárame el hatillo, que me marcho yo antes de que vengan a por mí.

Sudaba. Los niños rompieron a sollozar. Consuelo le preparó una tortilla y unos embutidos. Antonio besó a su familia.

Aquella misma tarde dejó el pueblo por el mismo camino por donde había llegado dieciocho días antes. Con el mismo sombrero, pero con el bigote afeitado y atenazado por los mismos espantos. Consuelo se había hecho rápidamente a la idea de que su situación obligaba a Antonio a volver a la seguridad, en Francia. Mientras tanto, en Santo Domingo los amigos estaban ya con la intriga en el cuerpo. Acudieron a su casa.

—¿Dónde está Antonio?, ¿ha pasado ya? —preguntaron a la «viuda».

—¿Por dónde va a pasar, hombres? ¿Queréis decirme por dónde, si hace años que no le veo?

Manuelón, el padre de Renedo, iba de bar en bar afirmándose:

—Que sí, que yo le he visto con estos ojos que se va a comer la tierra.

Pero Antonio Urbina estaba ya muy lejos. Volvió al trabajo en el cable telefónico y se dio prisa en contar sus peripecias a los compañeros. «Aprende la lección —le aconsejó uno de ellos—: Si vuelves eres hombre muerto». Antonio reflexionó sobre la injusticia de su situación. Y muy pronto necesitó volver a comunicarse con la Consuelo por carta.

—Llegó el verano y me fui de excursión a un pueblecito cercano. Había un grupo de mozas navarras que subieron en romería hasta la ermita de San Salvador. Subían con los ganados, en fiesta. Sonaba el acordeón y se bailaba. Trabé conversación con una de las chicas. «¿Qué haces aquí?», me preguntó. Le expliqué en qué circunstancias me encontraba. Quedó en pasar una carta mía a España. Se abría el baile cuando apareció un francés con cara de pocos amigos. Me empezó a mirar con malos ojos y bien que lo noté. Yo estaba siempre pendiente de las miradas de los demás. De ellas dependía mi libertad y seguramente mi vida.

—Está en el maquis —dejó caer el franchute en los corrillos.

Me fui directo hacia él para cortar de raíz el infundio.

—Oiga, que yo tengo los papeles en regla —le dije.

No tardaron en llegar los gendarmes, los «chandarmas», como hoy los llama Urbina. «Ya están a por mí y a este lado del monte, lo que me

faltaba», pensó el riojano.

«A ver, los papeles», pidieron con pocos miramientos.

—¿Qué papeles? —respondí—. Tengo la «cardidentité» en el cable telefónico, trabajo allí.

Ni por ésas.

—Le papié, le papié…

Y dale. Que le papié. Las chicas navarras vinieron en mi socorro; informaron a los chandarmas de que trabajaba en el cable, «le conocemos, está en regla».

—Hala, venga, adentro.

Me metieron en su coche. Hasta llegar al pueblo había unas curvas endemoniadas y el automóvil bajaba a toda leche. No pude contenerme.

—¿Se puede saber adónde me llevan? ¿A tomar declaración?

Ellos, mudos.

Una vez en la gendarmería los chandarmas me encerraron en un cuarto: le papié, le papié.

Y yo:

—Que tengo la «cardidentité» en el cable. A ver un teléfono que llamo ahora mismo.

Y los chandarmas:

—Qué vulé vú, «la pared», «la pared»…

Qué sabía yo qué era «la pared», coño. Me habían sacado de quicio. Después de haber pasado los años peores, cagüen la madre que los parió.

Yo: le telefon. Ellos: «la pared». Les conté todo como pude, atropelladamente, con algunas palabras en francés que sabía, la jota de Isaba, el vino, el coñac, la guerra en el frente de Cataluña, las trincheras, los muertos, la retirada hasta Argeles. Los negros, las canciones, Gurs, el trabajo en el cable telefónico.

Antonio Urbina permaneció varios días incomunicado hasta que un oficial abrió Ja puerta de su celda y le dijo en mal castellano:

—Tú, para Franco o a la Legión Francesa. Elige.

Ahora sí que estaba apañado.

—De qué —protesté— voy a ir yo para Franco si trabajo aquí…

Llegó un chandarma con unas esposas.

Yo, venga a lo mío, como un desesperado:

—Para qué necesito ir a Franco si estoy muy bien aquí. Anda, ponedme con el cable a ver si lo arreglamos de una vez.

Le telefon. La «pared».

En estas estábamos cuando pasó un viejo por allí que hablaba castellano y me sacó de dudas:

—Le dicen a usted que «l'appareil», el aparato, nada de «la pared», el teléfono. Que les dé el número del cable.

Suspiré cuando marcaron el número. Me puse yo. Estaba nervioso y no daba pie con bolo.

—Alo, ahí, ¿quién es el que parla? Aquí Antonio Urbina.

—Y ¿qué haces ahí, hombre? Hace días que te buscamos por el monte… —Era Charles, el encargado del cable—. Dile al «chandarma» que se ponga al «appareil».

Vinieron del cable a por mí con la «cardidentité». Luego los chandarmas me palmoteaban en la espalda como si hubiera sido un amigo de toda la vida. De buena me había librado. Me había hecho ya a la idea de alistarme en la Legión. Adonde Franco sólo me hubieran llevado de cuerpo presente.

Antonio terminó por acostumbrarse a pasar y repasar la frontera. Manuelón le había declarado al pueblo, pero no a las autoridades. Antonio buscaba en los periódicos las disposiciones del Boletín Oficial del Estado que podían afectarle. Entre ellas la que decía así: «Los delitos no comunes sancionados con penas de privación de libertad, inferiores a doce años y un día, cometidos con ocasión del Movimiento Nacional, con anterioridad a primero de abril de 1939, prescribirán a los dos años contados a partir de ese día, cuando no se haya incoado procedimiento o dado estado a la denuncia, y siempre que el culpable no se hubiere ocultado o permanecido maliciosamente fuera de su residencia habitual o ausentado a país extranjero».

»En el supuesto de que el reo se presentase en territorio nacional, y en todo caso hiciese vida ordinaria, el plazo de prescripción comenzará a correr desde la fecha en que se haya comprobado se encontraba en esas condiciones.

»Para los que hubieran hecho su presentación en 1 de abril de 1939 el plazo empezará a contarse en esta fecha de liberación de todo el territorio nacional.

»La prescripción establecida por esta ley no alcanzará a los procedimientos iniciados con anterioridad a 1 de abril de 1941…» Pero en ningún periódico halló la respuesta específica a su caso.

Consuelo seguía negando a rajatabla que su marido hubiera estado en Santo Domingo.

—Oyes, Consuelo, que dicen en el pueblo que ha venido Antonio, que lo tienes escondido.

—Mirad debajo de la cama a ver si está allí —respondía Consuelo.

Empezaron a difundirse historias sobre Urbina. Decían que salía a la huerta disfrazado de mujer, que utilizaba los disfraces más inverosímiles para no darse a conocer.

—Después del incidente de los gendarmes escribí a la Consuelo. Le contaba lo que me había pasado y añadía que todo iba bien. Que no se sobresaltara, que volvería. La conté también lo que me había sucedido en la estación de Zaragoza cuando me dirigía hacia los Pirineos. De golpe se me echó encima un amigo de Santo Domingo.

—¡Ahí va, Urbina, pero si eres tú!

Y yo muy serio, con cara de nuevas.

—¿Qué es de tu vida? ¿Qué haces por aquí, Urbina?

—Perdona, muchacho, pero te has confundido, yo me llamo Anastasio Gómez…

—Quita de ahí, si tú eres Urbina, Urbina clavado…

—Pues no señor.

—Cagüen diez, Urbina, que eres quinto mío, que te dejé aquellas botas al irme.

—Que te confundes…

Empezó a dudar.

—Cagüen diez, ¡qué parecido! ¡Si eres el mismo!

—No te preocupes, vamos a echar un trago a la cantina.

Poco después de los vinos que nos tomamos le vi dirigirse al tren. De trecho en trecho se volvía hacia mí y hablaba solo, «¡Esto sí que es

increíble, si parece Urbina…!».

La Consuelo, ni corta ni perezosa, se fue donde Manuelón con el sobre de mi carta y el remite.

—¿Ve usted, Manuelón, cómo Antonio no estaba en Santo Domingo? Mire el remite, me escribe desde el extranjero.

Manuelón decía que nones. Se marchó al otro mundo, pero antes de irse juró de nuevo a todo el pueblo que me había visto en carne y hueso.

Antonio permaneció en el cable telefónico durante tres años. Un amigo obtuvo un salvoconducto para él y pudo entrar y salir sin mayores riesgos. Llevaba dinero a su mujer.

—Dinero del pueblo. El que logré salvar de la guerra lo conservé como un tesoro en Argeles y en Gurs. Era dinero republicano. Cuando llegué al cable me dijeron que no tenía valor y que era peligroso exhibirlo en la España de Franco, por eso lo tiré a los Pirineos.

Consuelo se defendía bien. Tenía cerdas, un cerdo, vacas, gallinas. Las monjas del convento de al lado le compraban la leche.

—La segunda vez que volví del cable caí con las fiebres de Malta; para entonces había meditado entregarme en Pamplona o en Barcelona antes de que me cogieran. Las fiebres las contraje en Francia. Estuve seis meses en cama. Tan pronto estaba a 36 como a 40 grados. En esos seis meses ni una sola vez llamé a un médico. Olvidé la idea de entregarme. No conocía bien la medicación, Consuelo me traía pastillas para bajar la fiebre. Yo le decía: «No te apures, mujer. Si muero me entierras ahí al lado en el huerto, me pones unas flores encima y asunto concluido. No se te ocurra llevarme al cementerio porque aunque muerto si se descubre que me has tenido aquí oculto vendrán perjuicios para la familia».

Aquellas fiebres me dejaron tan flojo, que lloraba de debilidad y pensaba en lo fuerte que había sido. Miles de veces Consuelo estuvo dispuesta para llamar al doctor.

—¡Quieta! —la paraba yo en seco.

Consuelo, preocupada por el enfermo, consultó con algún médico de Haro sobre la mejor terapéutica contra las fiebres de Malta.

—Tengo fiebres así —decía a unos; o también—: Tengo un primo al que le han atacado las fiebres de Malta. ¿Qué podemos darle para que sane?

Algunos vecinos supieron que Antonio había vuelto y estaba postrado en cama. La Felisa les ayudó mucho durante aquellos críticos meses. Los hijos se iban al campo con las vacas. También sus amigos sentían la curiosidad:

—Oyes, ¿dónde tenéis metido a vuestro padre?

—¿Y a vosotros qué os importa? —contestaban los Urbina.

Antonio empezó a dejarse ver, con sigilo. Visitaba a algún vecino de confianza como don Idelfonso y charlaba con él para distraerse. No había hecho nada malo en el pueblo, tenía tranquila la conciencia. Finalmente toda la calle supo que el desertor estaba allí, convaleciente de las fiebres.

—Lo sabría también la Guardia Civil, digo yo, no lo sé, al menos no vinieron a por mí, hasta que pasó lo de mi cuñado. Un día me encontraba en casa con los tres pequeños. Jugábamos con los caracoles que recogíamos en la pared del huerto. Trazaba una raya con tiza en la pared con cinco números. El 1 era el mío, el de mi caracol. Dábamos la salida a los caracoles y el primero que cruzara la raya blanca era el ganador. Cuando empezaba la carrera entró mi cuñado.

—Chico, aquí me tienes; ahora, cremallera en la boca.

—Eso no hace falta que me lo digas, cuñado, para mí como si estuvieras debajo de la tierra.

Cuando la Consuelo volvió se tiró una llorera de horas. Yo pensé, porque algo le conocía, «éste me declara».

Pasaron veinte días. El cuñado volvió. Sin preámbulos se dirigió hacia Consuelo, su hermana.

—Si no me das tres mil pesetas ahora mismo declaro a tu marido.

Como entonces teníamos ahorradas unas perras le dio las tres mil pesetas que pedía.

Un mes más tarde estaba de vuelta con la misma petición.

Yo oía, comido por las fiebres, gimotear a la Consuelo. La Felisa, que estaba al tanto, le advirtió:

—Mira, a tu hermano no le tapas la boca ni con dos mil ni con cuatro mil pesetas.

Yo seguía el diálogo desde la cama.

—Tú nada —añadía la Felisa—, que le denuncie a ver qué pasa.

Yo llamé a la vecina:

—¿Harías el favor de decirle a mi cuñado que venga inmediatamente?

Cuando estuvo ante mí le dije, digo…

—Escucha bien lo que ahora te dice tu cuñado, que ahora mismo está en la cama tembloroso con las fiebres. Tú les quitas hoy el pan a tus sobrinos pero ellos irán a más y yo no me pasaré toda la vida en la cama. Con que ya lo sabes. Adiós.

No le dijo más. El cuñado se presentó a la Guardia Civil y denunció a Antonio Urbina. Pero ante su sorpresa, los civiles de Santo Domingo no le consideraron la denuncia. «Ese señor —parece que le respondieron—, ¿le ha hecho a usted algo malo?»

—Al comprobar que en Santo Domingo no le atendían bajó hasta Haro. En Haro me dio parte y esta vez sí, vinieron a por mí. Fue por la mañana, a las once. El brigada de la Guardia Civil de Haro cogió dos números de Santo Domingo y se vinieron en mi busca. Para cuando cortaron las salidas de la casa yo estaba fuera de ella dispuesto a escapar a Francia de nuevo. Lo hubiera hecho si no es porque cuando me disponía a correr escuché los lloros de la Consuelo. «Esto tiene que acabar de una vez. Con escapar no arreglamos nada», pensé. Había brincado al huerto de un vecino. Cuando vi desde la cuadra que los guardias llegaban, no tuve duda de que venían a por mí. Regresé a la puerta de casa donde un guardia montaba vigilancia.

—¿Qué quiere usted? —me interrogó.

—Soy el que buscan: Antonio Urbina —respondí—; quiero hablar con el brigada.

Al verme entrar en la cocina y decir «Soy Antonio Urbina», el brigada echó mano de la pistola y gritó:

—¡Manos arriba, no te muevas! —Después preguntó—: ¿Tienes armas?

Y yo que estaba muy sereno porque había tomado la decisión de entregarme por fin, contesté en sorna:

—Como no tenga por ahí algún cañón…

Pero el aplomo se me pasó muy pronto, no sé si por la llantina de la Consuelo, que no cesaba. De repente dejé de ver a los guardias, se me nubló la vista, era como una pesadilla que se me venía encima. Y el mismo fenómeno volvió a ocurrirme el día del Consejo de Guerra en Logroño: dejé

de ver a los jueces, que estaban allí con todo el armamento y toda la leche. Que se me ponía una banda negra en la vista y dejaba de ver a las personas.

La voz corrió en minutos por Santo Domingo de la Calzada: «Han cogido a Antonio Urbina». «Ése no llega a Logroño», sentenció alguien. «Ése no ve ya las tejas de la catedral». «Pobre Antonio, después de todo lo que ha pasado». Desde su casa en la calle Mayor la guardia civil le condujo por el Cuartel de las Monjas. Consuelo seguía detrás llorando como una Magdalena. Le acompañaban los hijos, de cuatro años el menor, de once el mayor. El coche arrancó con dirección a Haro. En el cuartel Antonio Urbina prestó declaración: la romería de Isaba, los embutidos, el vino de la tierra, el coñac, la tentación de Francia, el alférez, Cataluña, Argelès, el cable telefónico, los viajes, la delación del cuñado…

En esas estábamos cuando sonó el teléfono y cortó mi declaración. Llamaban de Santo Domingo y pude escuchar perfectamente el diálogo. Del otro lado del hilo le decían al guardia: «En estos momentos el delator del declarante se acaba de pegar una cuchillada y se ha arrojado al pozo del Hostal».

El guardia tomó nota del referido. El capitán que se encontraba allí conmigo me preguntó por mi impresión sobre lo que acababa de suceder.

—¿Qué piensa usted del final de su cuñado? —inquirió—. Qué quiere que le diga: una pena que no lo hubiera hecho hace seis o siete años.

No le complació al capitán la respuesta de Urbina, pero el desertor de Isaba era presa de los nervios. Además, no sabía qué decisión tomarían sobre él en el Consejo de Guerra. Desde Haro, Urbina fue llevado al Cuartel de Infantería de Logroño. Le tomaron declaración y le sacaron una fotografía.

—Pues no estaré yo poco fichado en Madrid —pensó.

El Consejo de Guerra se celebró en Logroño en 1948. El fiscal pidió 30 años, pero salió prácticamente libre. En total, estuvo preso durante catorce meses en el cuartel de Infantería de Logroño. En realidad, casi todo ese tiempo lo pasó en libertad condicional en Santo Domingo de la Calzada, en su pueblo natal, allí donde «cantó la gallina después de asada».

Al despedirse Antonio Urbina de los oficiales del Cuartel de Infantería un coronel le saludó en la puerta:

—Hombre, hombre, Urbina, qué ocurrencias tuvo usted. Si llega a entregarse, entra por aquí y sale por allá.

A lo que Urbina respondió sin la sombra de una duda:

—Y el miedo, mi coronel, ¿dónde deja usted el miedo?

OceanofPDF.com

4. LAS ONCE HERMANAS.

Pedro Perdomo (Las Palmas).
33 años escondido.

Aquí guerra no hubo, cristiano; aquí Franco lo preparó todo y no hubo guerra. Ellos hicieron todo lo que pudieron. A mi hermano lo buscaban por ser de izquierdas, como a tantos; cogieron a muchos. Yo vi una noche una camioneta cargada con diecinueve hombres, pobrecillos, estuvieron dando vueltas con ellos por La Isleta y después se los llevaron a una sima para tirarlos vivos desde allí. No los mataban, no, los echaban vivos. Uno de aquí cerca pudo agarrar al falange que lo empujaba y se lo llevó junto a él.

(«No trate de acercarse a la Sima Jinámar y mucho menos si va con una cámara al hombro —escribe la periodista Inmaculada Gómez Mardones en el verano de 1977—. La gente de los pueblos próximos se esconderá a su paso o se encerrará en su casa después de echar los pestillos. Nadie se atreve, cuarenta años después, a contar nada; cómo buscaban a los republicanos por las casas para llevarlos a la sima y hacerlos desaparecer, arrojándolos vivos a su profundidad inmensa. Y no había habido guerra, porque el Levantamiento fue incruento. El 17 de julio de 1936, Franco, capitán general de Canarias, había viajado a Las Palmas para asistir a los funerales del general Balmes. Mientras se hospedaba en el Hotel Madrid, un grupo de obreros se ofreció al gobernador Antonio Boix Roig para asesinar a Franco, porque se había recibido un telegrama de la Península en el que se daba cuenta de la rebelión contra la República. Al día siguiente, Franco

embarcó desde un pequeño muelle, hoy desaparecido, en una lancha que lo llevó hasta el aeropuerto de Gando. Allí, un avión fletado por Luis Bolín le trasladaría a Marruecos. Antonio Boix fue el único gobernador republicano que sobrevivió, pero no así miles de canarios, muertos por la represión de los vencedores en unas islas donde la guerra no tuvo tiempo de nacer»).

Éramos once hermanas, pero ya sólo quedamos dos. Y luego un hermano muy viejo y Pedro Perdomo. Yo soy Antonia. Pedro Perdomo Pérez nació en Lanzarote, como nosotras, en Haría. Tiene ahora sesenta y cinco años, así que nació en el año seis, en 1906. Él no quiere hablar porque está muy cansado y tiene mucho miedo y además está enfermo. Casi no puede respirar. Pide que le compren un cigarro y lo fuma despacito, despacito y luego lo deja y lo vuelve a prender más tarde. Está malo del corazón y asmático.

Se escondió el mismo día 18 de julio por la mañana. Un periódico ponía que daban dos mil pesetas al que dijera dónde estaba y eso era mucho dinero. Aquí en la Isleta todos éramos muy pobres, todo estaba lleno de hambre y de miseria; los hombres trabajan en el puerto, pero no ganaban nada. Entonces, un vecino que se llamaba Esteban Soca vino a pedirme dinero y lo vio y se lo dijo a los falanges, pero dio la casualidad que mi hermano ya no estaba en este sitio. Él se escondió primero en mi casa porque teníamos una tiendecita y había comida y también tenía un gallinero detrás, al otro lado del patio y él se metió allá.

Vinieron en seguida a buscarle. Era un domingo, yo aquel día me sentía mala y estaba tendida en la cama. Entonces no se cerraban las tiendas y siento que entra gente y dicen a mi marido que si sabe dónde está Pedro Perdomo Pérez, de profesión conductor (él era conductor de las guaguas de Las Palmas). Mi marido dice:

—No sé.

Venían tres y uno era conocido, era un guardia que se llamaba Antonio Carmona, ya murió el pobrecito. Pasa para adentro y le dice a Pedro:

—Mira, Pedro, esta noche vendrán los falanges en busca tuya, que se lo ha contado Esteban Soca, y recorrerán toda la familia. Haz por salir de aquí si puedes.

Y al salir le dice a otro también conocido, uno bajito que se llamaba Juan Gopar y que era majorero[3], me dijo mi marido, le dice:

—Aquí no está.

Y este Juan Gopar pregunta:

—Pero tú conoces a Pedro Perdomo.

Y dice:

—Yo no.

Pero le conocía de toda la vida porque vivía ahí mismo.

Cuando ellos se fueron viene Pedro y me dice:

—Antonia, vete ahí y dile a esa gente que si no le importa que me tire por ahí por no salir por la puerta y luego salgo al oscurecer.

Era una gente del campo que vivía en la parte de atrás; antes sólo había una pared bajita. Tenían también una tiendita que daba a la otra calle. Yo fui y dije:

—Mire, que voy a pedirle un favor. Ha venido la guardia y dice que esta noche vendrá la Falange a por mi hermano y él me dice que si puede tirarse por aquí.

Y me dice:

—Señora, dígale que se tire y sale de aquí a la hora que quiera.

Yo volvía llorando por la calle y un vecino que se llamaba Manuelito me ve y me dice:

—¿Qué pasa, comadre?

Yo le digo:

—Pues, cristiano, pasa esto, mi hijito —llorando.

—Pues que venga a mi casa.

Y se fue y estuvo allí tres días. Cuando vinieron los falanges no lo encontraron.

Estaba ya en casa de otra hermana que se llamaba Catalina. Catalina vivía en el campo, en La Angostura, un pueblo que se llama Santa Brígida. Tenía un montón de pacas de alfalfa y cuando sentía rumores se metía entre medio de las pacas y así aunque entrara la guardia o los falanges no lo cogían.

Ella estaba mala y se murió y él se vino aquí, a casa de otra hermana que vivía frente a el Torreón. Esto fue después de terminar la guerra, tres o

cuatro años después. Y esta hermana, que se llamaba Manuela, lo hizo mejor. Primero abrió un hoyo y puso un bidón dentro, en el patio; y luego hizo un hueco en la pared, un hueco muy pequeño, y cuando sentía un vecino que entraba mi hermano se metía allí y ella ponía un cajón con una cocinilla delante. Allí esperaban que pasara el tiempo; luego lo metían en una habitación. El hueco estaba en la pared, abajo, como los agujeros de los ratones, pero más grande.

Allí estuvo hasta que se murió mi hermana, unos quince años. Cuando Manuela se murió, fuimos por la noche yo y mi hermana Eloína y lo sacamos y lo trajimos a casa de mi hermana Rafaela. Los dos vivían en la Isleta, Manuela en la calle Bentagache y Rafaela en la calle Alcorac. Allí se metió en un cuartito y pasó el resto de su vida Estuvo en total treinta y tres años. Era yo la que le ayudaba para mantenerse, pero Rafaela le hacía la comida y se la llevaba; ni sus hijos sabían para quién era la comida. Sólo las hermanas conocíamos el secreto de que estaba escondido.

Entonces ya no lo buscaba nadie. Sólo lo buscaban al principio, cuando salió que daban dos mil pesetas por su cabeza. Eso sería a los dos o tres meses de la guerra. Entonces venían los falanges a la casa de las hermanas, de todas, y tiraban piedras y gritaban y entraban a buscarle con la guardia.

Cuando Esteban Soca lo denunció, me llevaron a mí a la comisaría, al cuartel de la Guardia Civil. Había allí tantos pobres hombres que los estaban llevando para el campo de concentración o para fusilarlos, ¡ay, Dios mío! Yo me mantuve en lo que dije en un principio, me mantuve en aquello. Dije que cuando salió de casa me dijo que iba a Agaete y de ahí no me sacaron. El que hacía de juez dijo que tenía que dar una declaración jurada y dije que juraba decir la verdad, pero pedí al Señor que me perdonara. ¡Bien sabe Dios mío que he jurado en falso porque no quisiera ver a mi hermano que lo llevaran como llevaban a aquellos pobrecitos a tirarlos a la sima!

Los falanges hicieron lo que quisieron. Una noche trajeron una escalera y entraron en todas las casas de las hermanas, en las once casas. Allí saltaron unos por el patio y otros por el fronte. Como no encontraban nada no volvieron más. Entonces él estaba metido en el bidón.

El pobre pasó muchos trabajos y muchas penas. Una vez se miró a un espejo y cayó como muerto de verse tan delgado y tan blanco. Otra vez casi se muere, yo pensaba que ya se moría y decía que qué va a pasar cuando tengamos que enterrarlo. Se asfixiaba, no podía respirar y deliraba el pobre. Yo fui a la farmacia a pedir algo para una persona que se asfixiaba, se lo di y le sentó bien. Pero siempre estuvo muy malo.

El día 18 de abril yo fui a verle y le dije a mi hermana Rafaela:

—¿Pero dónde está?

—Pues ha ido a presentarse.

Había leído en un periódico que estaba perdonado y se fue a presentar. Le dijeron que se podía marchar, que era un ciudadano como otro cualquiera, pero el pobre tenía tanto miedo que se quedó allí esperando que lo detuvieran. Por la tarde volvió el jefe y le vio allí.

—¿Pero todavía está usted aquí? ¿No le dije que se fuera?

Vinieron dos policías con él. Yo estaba allí; Rafaela salió llorando y los policías dijeron:

—Señora, no llore.

(Un año más tarde, Pedro Nolasco Perdomo Pérez todavía tiene miedo. No ha encontrado trabajo y su salud es muy precaria. La humilde sonrisa es una pobre mueca en un rostro pálido y alargado. Se niega rotundamente a hablar de su pasado; en realidad, apenas recuerda nada. Las hermanas han ido muriendo y él cambiando de sitio y de soledad. Últimamente vivía en una habitación de tres metros cuadrados con un ventanuco; la bombilla está empotrada en un rincón, como en una pequeña hornacina, para que su luz no fuera descubierta desde el exterior. Una cama estrecha, una silla, una mesita, un montón de viejas revistas. Periódicos y revistas han sido su sola compañía. «Como no teníamos dinero para comprarlos, los iba dejando en un montón y luego sacaba los de abajo para volverlos a leer porque ya se me habían olvidado. Pero no quiero hablar de eso». Su vista es muy débil, a veces se le va la cabeza no recuerda dónde está o qué gente le rodea. Insiste en una sola obsesión: buscar un trabajo para compensar los gastos de sus dos hermanas vivas).

Perdomo, según referencias judiciales, fue reclamado a los dos meses de comenzada la guerra por el Juzgado Militar número 1 de Las Palmas como

implicado en el asesinato de dos centinelas en el barrio proletario de la Isleta, donde vivía. Los hechos ocurrieron días antes del 18 de julio, pero, como siempre, es imposible dilucidar si Perdomo fue el que disparó sobre los soldados. Él era entonces vocal en el Comité Ejecutivo del Partido Socialista local.

El mutismo sobre su vida anterior al ocultamiento y sobre los treinta y dos años y nueve meses que permaneció encerrado (se presentó a raíz del decreto de indulto del 69) es absoluto. Sólo quiere trabajo y olvido.

Post scriptum: Pedro Perdomo murió en el invierno de 1975 de un colapso respiratorio. No había conseguido trabajo.

OceanofPDF.com

5. MIGUELICO «PERDIZ», EL FURTIVO.

Miguel Villarejo (Bailén, Jaén).
30 años oculto.

Salí de mi casa, huido hacia la sierra, el 29 de marzo de 1939 cuando los nacionales entraban en Madrid. Prestaba servicio, por mi quinta, llamada tarde, en el campo de aviación de Jabalquinto, en un lugar conocido por el cortijo de Vargas, convertido en aeródromo por el gobierno de la República. Yo estaba allí en la retaguardia cuando comenzaron a subir con la noticia, soldados y civiles de la parte de Córdoba: «Hemos perdido, que ya nos podemos ir, que Franco ha ganado la guerra y nos van a moler las costillas».

Me vine a mi pueblo, Bailén, al domicilio de mis padres que vivían en la calle del Santo. Al llegar me encuentro con un cuñado, comisario de guerra, que luego le dieron dos penas de muerte y se pasó veinte años en la prisión de Málaga, que por cierto no sé cómo se las compuso para salvar el pellejo. Aparece por allí y le pregunto:

—¿Qué tenemos, Salvador?

—Malas cosas —dice— pero a ver con qué cuerno tiran.

Otro cuñado, casado con una hermana mía era dueño de un pegujal camino de la sierra. «Miguel, me sugiere, vete allá a la huerta unos días, hasta ver». Le hice caso y me oculté debajo de una hacina de sacas. Aquella noche se presentaron mi mujer y mi hijo Luis, que tenía nueve años, para traerme alimento. Estuve enterrado durante varios días al cabo de los cuales me informan que mis tres compañeros milicianos del Frente Popular

acababan de ser fusilados. Conocedor como era de la Sierra Morena y gran parte de la Sierra Madrona, que pateé durante diecisiete años como cazador furtivo para buscarme la vida, me dije: «Yo muero de cara, pero no de rodillas». La verdad es que de Despeñaperros para abajo hasta las lindes de Córdoba lo conozco todo mejor que las querencias de una perdiz. Me lancé *solico*, con la escopeta y unos cartuchos, a la Sierra Morena, hacia unos riscos en la Huerta del Gato donde ni las águilas se atreven a entrar. Busqué por allí a mis amistades, pues las tenía y muy buenas en la sierra, lo mismo entre los fascistas que entre los que no lo eran. Mi salvación fue que había hecho todo el bien que pude dentro de mis posibles. Allí se pusieron a socorrerme unos y otros en todo lo que estaba en su mano.

Yo estaba afiliado a la UGT, pero mi oficio era cazador furtivo y si me persiguieron con saña fue sobre todo por esto último. El 18 de julio cuando estalló el Movimiento yo estaba de caza en la sierra, en un coto que le llaman Los Escoriales, que criaba muchas reses, jabalíes, caza mayor. Eran fiestas en el pueblo y yo quería matar una res, para sacar cuatro perrillas y gastármelas en la fiesta. Maté un marrano y un venado. En el Ciscalejo el casero me proporcionó un burro garañón, de ésos que cubren a las mulas, para cargar las piezas y transportarlas al pueblo, que las dejé escondidas a la entrada de Bailén en la casa de un amigo. Fue un día en que casi nos ahogamos de calor aquel 18 de julio.

Ya que me hube acostado a las dos de la mañana tocaron con fuerza a la puerta; vivía entonces en la calle Ancha.

—¿Quién es? —pregunté mientras me vestía.

—Los municipales.

Pensé para mí: «Ha sido alguno que ha dado el cante y el dueño del coto me va a aguar las fiestas». Conque salgo y me dice uno de ellos: «Ha estallado el Movimiento, que de parte del alcalde que bajes al Ayuntamiento». Cristóbal Marín que era el alcalde y Paquito su hermano era concejal, los dos socialistas, me dice:

—Miguel que pasa esto, que se han rebelado en África, que si quieres ponerte al servicio de la República y que si no quieres, deberás entregar tus escopetas.

Yo tenía tres o cuatro escopetas.

—Cristóbal, que yo no las entrego —contesté—; que me apunten a la República.

Y nos fuimos cuatro amigos, cazadores como yo, al Frente Popular, de guardaespaldas, de cazadores. Las fincas eran todas nuestras y podíamos ir de cacería para enviar ciervos, jabalíes, comida a los hospitales de sangre.

Paquito Marín, que era presidente del Partido Socialista en Bailén, tenía un capitalazo y lo dio todo al pueblo. Cuando veía a un pobre pidiendo a la puerta del casino, entraba y pedía dinero que luego entregaba al mendigo. Paquito y Cristóbal estuvieron veinte años escondidos después de acabada la guerra.

Nosotros recibíamos instrucciones del Frente Popular: «Ahora tenéis que escoltar cuatro camiones de aceite de oliva a Madrid», y subíamos a los camiones con nuestras escopetas. A la vuelta a Bailén, por Albacete o por la Mancha, cargábamos el convoy de patatas como suministro para el pueblo. Todo el daño que yo hice fue llevar aceite a Madrid y traer patatas a Bailén. Todavía no se ha encontrado a nadie que haya podido decir: «Miguelico *Perdiz* se llevó un alfiler de esta casa o de la otra, o Miguelico mató a éste o mató al otro, o maltrató a éste o maltrató al otro».

A los primeros que mataron los nacionales fue a mis tres compañeros. Tenían a veinte o treinta encarcelados, unos con responsabilidades y otros sin ellas y cuando yo estaba ya ladeado por la parte de la sierra, llegaba a Bailén el comandante del gorro colorado a interrogar a los presos:

—A ver, ¿quién entró en la Iglesia y la saqueó o profanó a los santos o los arrastró por la calle?

—Perdiz.

—¿Y quién confiscó éstas o aquellas tierras y «paseó» a fulano y mengano?

—Perdiz.

—¿Y quién robó esto o aquello a mengano y detuvo a tales y tales personas de orden?

—Perdiz.

Al *Perdiz*, que era inocente, le achacaron todo lo que se les antojó. Luego se ha demostrado que yo era inocente de todos los cargos. Como le expliqué al comandante jurídico de Jaén: «Yo he sido un furtivo, sí, señor,

pero forzado por la necesidad. Por lo demás he tenido y tengo la conciencia limpia como el que más y he dormido y duermo tranquilo».

Llevaba próximamente medio año metido en una cueva de la sierra cuando una tarde, ya oscurecido, en que yo estaba «pim pam» sacudiendo hormigones con la alpargata, veo a un fulano que cruza el monte. Cojo la escopeta y salgo a dar cara, tapándome y digo: «Me entero yo de quién es y qué quiere o por lo menos…» Me oculto bajo un pedrejón y cuando el pingue va a pasar hacia un canchal, salto y le sorprendo:

—Buenas noches, ¿qué se le ofrece?

Por poco se cae de culo. Cuando le eché la vista digo, «O mucho me equivoco o éste es un desgraciado como yo», pero claro, sin fiarme.

—Que vengo de Peñarroya y se me ha hecho de noche; por favor, déjeme dormir aquí.

Tenía el ombligo encogido del sobresalto.

—Yo me llamo Miguel Villarejo Arance y me apodan *El Perdiz*. ¿Quieres un cigarro?

—Se agradece porque llevo algún tiempo sin fumar. Yo me llamo Esturnio Romero.

Ya nos liamos a charlar.

—Mira, no me lo niegues —digo—. Por lo menos yo te voy a ser franco, tú eres un pobre hombre como yo.

—No se ha equivocado usted.

—¿Qué problemas son los tuyos?

—Pues nada, éstos. Soy de Peñarroya, llevo meses por la sierra, vengo del frente donde me desprendí de toda la ropa, porque he sido comisario político.

Era un talento, lástima de tanto talento echado a perder.

—Pues nada —digo—, yo subiré por la mañana aquí y hablaremos.

De mañana subí con una botella de vino, un poquito de jamón y le digo:

—Bueno y tú ¿cómo te suministras?

—Voy de semana en semana a Bailén y me traigo una libra de chocolate y un paquete de galletas, me como dos galletas por la mañana y por la noche dos onzas de chocolate. Ésa es mi vida.

—¿Y tú qué haces por Bailén siendo como eres natural de Peñarroya?

—Es que estoy casado con una de Bailén, la hija de María la modista… y de Parrica el maquinista…

Parrica era uno de los mejores maquinistas que ha habido en las minas y se había llevado con él a este muchacho que era de su mismo oficio. Conoció a la hija de Parrica y en guerra se casaron.

El muchacho tenía tres tíos que fueron los primeros que formaron el Partido Comunista en Peñarroya, en Córdoba y Sevilla. Después los atraparon. A uno se lo llevarían los fascistas al castillo de Montjuich y a los otros dos, solteros y a su padre los tuvieron años presos. Al salir uno de ellos se fue a Rusia y el otro a Suiza.

Esturnio Romero tenía tres hermanas con nombres muy raros, Clitemnestra se llamaba una, otra Colombina y otra Sendrina. Total, que cuando ya nos dimos a conocer digo: «Hombre, vamos a solucionar un poco la papeleta, al menos en lo posible».

Escribo una esquelilla y por medio del enlace que yo tenía con Bailén, se la mando a mi mujer para que se ponga de acuerdo con la de Esturnio. Digo: «Mira que pasa esto, esto y esto». Y ya se apegó a la mujer de Esturnio y se liaron al estraperlo porque otra solución no había.

Nosotros dos convivíamos muy bien allí, en la cueva. Yo era un analfabeto completamente, pero Esturnio era una persona. Tenía 28 años, diez menos que yo. Un día, dice:

—Como estamos aquí despacito y va para largo, le voy a preparar a usted culturalmente.

Me daba estudios, me echaba números y leíamos la prensa que nos llevaban. Un día comentó. «Esto lo veo yo un poco feo, no salimos de aquí en la vida».

El muchacho no tenía herramienta ninguna, ni escopeta. Salía a buscar cuatro espárragos y yo hacía a la perdiz, al conejo, al venado. Lo tenía todo previsto:

—Esturnio, si algún día llegas a la cueva y ves cosas que no estén dentro de la legalidad, nos juntamos de noche en un lugar que se llama Piedra Letrera. Un ganadero, un pastor, un cazador nos puede sorprender a cualquiera de los dos en la cueva.

Estamos allí una noche, un año después de que llegara Esturnio, cuando siento ladrar a la perra. De todos modos yo dormía menos que los mochuelos. Tenía una perra llamada *Bigotes* que valía más que media España en todos los conceptos. Como señal de peligro empezaba a menear el rabo y si era persona extraña se le ponían los pelos de punta y hacía «sschhh». Me levanto a sus ladridos y la veo con los pelos erizados. Echo mano a la escopeta, cuando oigo:

—Miguelico, Miguelico…

—¿Quién va?

—Soy yo, Isidoro Banderas.

—Pasa…

Conocía a sus padres, hermanos, a toda su familia, me había pasado los meses enteros viviendo y cazando con ellos. Pero como las hambres eran tan grandísimas robaban borregos, cabras… unos y otros. Y este muchacho, Isidoro, estaba una tarde en lo alto de un chaparro, cuando llegó el pastor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Pues llevarte los borregos.

—Ah, hombre muy bien, conque esas tenemos. Las vas a pagar, cabrón.

Dio conocimiento. Lo coge la Guardia Civil, lo lleva a Baños de la Encina, lo meten en el cuartel, le arrean un palizón que le sacan las tiras del pellejo y entonces el cabo dice al que había de puerta:

—Quede usted ahí con él que yo voy a comer, a tomar fuerzas, que por la noche lo reviento a este como no declare.

El que había de guardia entró a orinar al excusado y el Isidoro aprovechó para coger la puerta… Era como un galgo con veintidós años de edad y puesto de pie. Se vino a la cueva con nosotros, porque un primo hermano suyo era el que me servía de enlace. Isidoro tenía dos hermanas presas, habían matado a otro hermano suyo, Ramón, otro de ellos estaba con pena de muerte y el padre había muerto.

Lo sucedido a las dos hermanas se corrió por los contornos. Las dos muchachas venían a Bailén con lo del estraperlo y según llegan, en una cuesta que le dicen de la Muela, se encuentran un retrato de Franco en el camino, pegado a una tapia. Detrás venía un sujeto montado en una mula. Como estaban tan afectadas al asunto, una de ellas echó mano a un alfiler y

dice: «Franco, lo mismo que te salto el ojo así, en el retrato, si estuvieras aquí igual te lo saltaba». El que venía en la mula puso oído a aquello, le mete mano al animal y le echa como quien dice al trote. Cuando llegan las hermanas a su pueblo, Baños, la pareja las esperaba. Las pelaron, las purgaron y las encarcelaron con pena de muerte a las dos.

A resultas de todo eso y de los vergajazos, el Isidoro estaba atemorizado. Al poco de llegar a nuestra cueva le regañé en buenos términos:

—Pero Isidoro, hombre, ¿cómo has tenido valor? ¿No comprendes, criatura, que aquí te hacen responsable de lo mismo que lo nuestro si ocurre cualquier cosa? A ti no te han cogido en cosa mayor, porque te hayan pegado algo no es para huir; hombre, Isidoro, es una pena. Tu madre está muy vieja y muy afectada. No os queda en casa más que el Sota (porque eran siete hermanos y le decían el Sota), con dos añitos el pobre…

Los hermanos Banderas eran linces en poner lazos para conejos, cazadores furtivos de verdad. Le entregué unos lazos.

—Con tu primo, que es mi enlace —le dije— mandaremos razón a tu hermano, que salga al huerto de tu tío y le haces llegar los conejillos hasta ver si esto se aplaca un poco, dejan de fusilar y cualquier día vas y te presentas, porque con nosotros, en un caso dado, corres mucho más riesgo.

Isidoro, no obstante, decidió seguir allí. Un día se nos presenta con un cordero, robado como es de suponer, y le llamé al orden:

—Isidoro, pero hombre, con las amistades que yo tengo por aquí, que son las que me guardan las espaldas y vas tú y les matas un cordero. Pero si hay carne de sobra…

Estaba atolondrado el muchacho. La carne me la procuraba yo a tiro de escopeta o con los lazos y trampas que colocaba. Cuando había luna cazaba de día y cuando no la había, de noche. Teníamos para nosotros y para alimentar a las familias. Digo:

—Esto no te lo permito Isidoro, tú a mí no me hechas a perder estas amistades que tengo.

Total que, a fuerza de tiempo y de razones de peso, le hice entrar en vereda. Nada más aprender la lección se fue a la dehesa de sus tíos. A los pocos días la Guardia Civil de la Lancha, un pantano que hay por la región,

le esperaba para capturarlo. Los guardias se portaron como dos caballeros. Tenían dado el parte de que se había fugado este individuo y en lugar de apresarlo lo interpelaron:

—Vamos a ver los conejos que llevas.

—Miren ustedes, ya llevo ocho.

Hicieron allí mismo el reparto.

—Estos cuatro para ti y estos cuatro para nosotros, y ahora apáñatelas como puedas pero que no te veamos el pelo.

Al día siguiente se metió en el huerto del tío, se acostó bajo una higuera a la orilla del río y se echó un sueño. Poco después aparecían el juez, el secretario, dos civiles, cada uno con su pistola y sus cañas para pescar. Resulta que lo cogen tumbado panza arriba, dormido como un leño. El civil le suelta una patada en el hígado y le apunta en el morro con una pistola.

—Ahora sí que no te escapas, bandido.

Y este caballero tuvo la valentía, con lo dañado que estaba de los golpes, de delatarme nada más pisar el cuartel.

—Ahora vas a cantar —le dijo el cabo.

—Si no me pegan ustedes, les digo donde está escondido *Perdiz*.

A mí me dicen *Perdiz* porque mi padre cantaba la perdiz con la boca, no necesitaba reclamos artificiales.

—Hombre, con que tú sabes dónde está *Perdiz*…

Llaman a La Carolina, comunican a Bailen y se juntan cuarenta o cincuenta civiles y otros tantos falangistas. Salen en tres camiones y llegan hasta los Llanos del Rentero a medianoche. El Isidoro iba delante dirigiendo hacia donde estábamos. Nos rodearon y yo lo supe en seguida por el vuelo de las bandadas de palomas. Había colocado un cepo en lo alto de una cordillera, para ver de coger algún conejillo, porque aquel día estábamos sin carne. Y digo: «Voy a subir a ver si ha caído alguno». Pero levanté la vista al cielo y me extrañó que las palomas al llegar a una picota dieran el bandazo. Estuve varias veces en un tris de tirar a las palomas, pero me eché a cavilar sobre el bandazo que daban. Es que estábamos acorralados por la Guardia Civil y los falangistas. Los pájaros, al llegar allí, veían a un centenar de hombres armados y daban la vuelta bruscamente.

Corrí a la cueva para advertir a Esturnio, que dormía.

—Esturnio, despierta.

—¿Qué prisa tenemos, Miguel?

Al lado de la cueva había un callejón de piedras por el que subíamos, siempre ocultos; el Isidoro lo sabía y allí dirigió las fuerzas. Si llego a entrar en el callejón no me salvo. Me salvé yo no sé por qué ni a qué santo le debo el milagro. Me voy para un altico, un pico limpio, cuando de pronto, «brrrmmmrmm», suena una descarga cerrada de mosquetón, fusil y escopeta. Me dieron un tiro en una alpargata. Había cerca una roca y me lanzo detrás de ella, pero no me cubría lo suficiente. ¡Ay madre!, y venga a disparar. Salían nubes de polvo de la roca, que todavía está allí y son muchos los que han ido a ver los impactos. Pegarían lo menos doscientos tiros. Era al despuntar el sol. «¡Madre mía! —digo—, ya me ha llegado la hora, lo que esperaba. Si no escapo, me rodean y me rematan a boca de jarro».

Pienso lo que pienso y tengo una bilbaína, una boina, y la pongo en un palillo de garrón y digo. «Ahora voy a asomar la gorra con el palillo a ver qué sucede; al menos los entretengo». Y venga tiros y más tiros, pero todos a la piedra y ninguno a la boina. Digo: «A la bilbaína no le dan pero como asome algo más, la horma de la gorra, le aciertan de lleno». Me las jugué todas. Me asomo despacio, con tiento y veo que algo reluce en un peñón, un tricornio, correaje o similar. Brrmmm, brrmmm, sonaban de entre las matas los disparos. Tomé impulso, subía a galope unos ciento cincuenta metros al descubierto y cuando llegué a lo alto me eché cuerpo a tierra y respiré hondo. Ahora sí, ahora estaba a salvo, que no esperaba salir con bien de aquella ratonera.

Agarré y me fui a toda velocidad. «Es posible que todavía muera, pensé, pero esto va a tener historia». Al llegar a un cruce de dos caminos, en la finca del Llano del Rentero, me metí a un risquillo de piedras, un cucurucho, donde había y hay un parapeto. «Voy a diñarla, pero mientras me duren los cartuchos no dejo uno vivo». Todo esto sucedía el 29 de julio de 1942, en medio de un calor asfixiante. Estuve todo el santo día en el parapeto sin probar bocado, sin beber agua, hasta que anocheció. No apareció nadie. «¿Y para dónde tiro ahora? ¿Qué habrá sido de Esturnio?», cavilaba.

Cuando Esturnio sintió las detonaciones y vio la humareda, como no era torpe, lo que hizo fue escurrirse como una culebra y tomó por la punta del cerro de abajo y escapó también. No encontré a Esturnio en el lugar convenido para juntarnos en caso de emergencias. Me llegué hasta una dehesa de por allí, me salieron los perros, pero como los conocía los llamé por su nombre y dejaron de ladrar. Al ver que no había peligro llamé a la casa del cabrero.

—Antonio, Antonio…

—No está, no está —responden.

Salen dos muchachos de unos doce añillos.

—Mi tío no está —dice uno de ellos—, ¿sabe usted?, han venido lo menos cincuenta guardias civiles ahí al cerro y se han liado a tiros contra unos bandoleros que dicen que había en la sierra y se han llevado a mi tío preso a Baños.

Los muchachos guisaban en la cocina.

—No se vaya usted ahora, coma algo —me invitaron.

—Gracias, no tengo ganas, dadme un pedazo de pan.

Parece increíble pero no sentía hambre, tan sólo algunas punzadas en el estómago que debían ser más producto del susto que de otra cosa. Eché un poco de aceite sobre el pan que me dieron, me lo metí entre la faja y salí larguísimo de allí, a unos catorce kilómetros donde contaba con amistades, en la Dehesilla, del lado de Andújar.

La Guardia Civil y los falangistas se echaron como fieras por la sierra con todas las fuerzas de que disponían, en constantes batidas para darme caza. Los técnicos prendían fuego a la maleza y lanzaban a los perros para provocar mi salida, pero yo estaba bastante largo de la región donde daban las batidas. Una noche llega el amigo que me tenía escondido y me suelta:

—Galléate, porque han salido en tu busca falangistas y mucha Guardia Civil y aquí tampoco estás bien.

Elegí otro refugio, un lugar que le llaman Las Cárceles donde viví siete días metido debajo tierra. Comía garbanzos tostados nada más. Era un profundo desfiladero por el que corría un arroyo, un terreno intransitable. Hay que dejarse caer por entre unas adelfas, tienes que apontonarte muy

bien en el filo de las piedras y llegar por el despeñadero hasta una gruta. Había arena y un agua fresquita.

Al cabo de un tiempo estaba quitado del peligro y salí de la gruta para volver a la sierra, a vivir de la caza y restablecer el contacto con la familia. En ésas estaba cuando viene Antonio, un buen amigo, cazador.

—Oye Miguelico, a ver si matamos un marracho…

—Chiquillo, que no están las cosas…

Pero pudo más la tentación. Pillamos por la Huerta del Gato, cuando mi perra *Bigotes* nos voló quince o veinte parejas de pájaro perdiz. Descolgamos cinco y el resto planearon y apeonaron al otro lado, hacia el arroyo de Chichimulle. Antonio se va por la ladera y yo rebaso una loma cuando, de repente, alguien grita:

—¡Oiga!

Arrodeo para atrás y veo un tío, más alto que una higuera, con un fusil en la mano que me hace señas de que me aproxime.

—Pero ¿qué pasa?

—¡Haga usted el favor!

Sigo andando. Estaba a pocos metros de donde quebraba el terreno.

—¡Ni un paso más o lo mato!

Y yo, a andar y andar. Digo: «A ver si pillo ese peñón gordo, como lo alcance veremos quién es el primero a quien se le acaba la candela». Sigo a mi paso, cuando «pummm, pummm, pummm», no sentía yo las balas, tantas me han disparado…

Me pongo a cubierto en el peñón gordo y le grito: «No tires más, hombre».

Entonces los civiles iban en esta sierra con mono y sombrero de paja. Sabía el nombre del comandante del puesto de la Guardia Civil, un tal Rebollo, y el que tenía enfrente con el rifle era hijo suyo. Yo que lo vi tan alto, por las señas que sabía de mis amistades, pues digo: «Éste es el hijo de Rebollo».

Le acompañaba uno de los guardas del coto, que precisamente era tío del que venía conmigo, ésa fue mi salvación, conoció a su sobrino y me conoció a mí. Y puso más distanciado al hijo de Rebollo y aproveché para poner pies en polvorosa, de modo que perdí la pista de Antonio. ¿Qué le

habría pasado? Aquella noche me presenté en las posturas de las reses y le eché varias veces la contraseña, pero no asomó. Digo, «a ver si como yo no sentí las balas, en lugar de tirarme a mí, le atinó a él y le han matado o le han herido, cualquier cosa».

Bajé con mi perra *Bigotes* para la carretera de Ciscalejo y tampoco di con él. Así que me digo: «Pues que sea lo que Dios quiera. Me voy hacia donde nos han hecho fuego». Con mi perra yo descubría todo lo que había que descubrir «y como haya dejado rastro o reguero de sangre encuentro a Antonio». Me voy con todas las precauciones debidas y desde lo alto de un montal observé durante largo rato por si le veía. Nada.

Otro día un muchacho llamado Manuel se vino con un recado hasta la sierra de Huerta del Gato, donde yo estaba:

—Me ha dicho un vaquero que ronda un marrano jabalí del tamaño de un toro. Que si lo matamos…

Me dio algo en la nariz. Malicié que me tendían una redada.

—No te puedo acompañar —le respondí—. A mi hijo menor le han dado unas fiebres y a mi hija las viruelas. Los han llevado al hospital y estoy a la espera de noticias. Lo siento, ahí tienes la perra, la escopeta y los cartuchos, pero yo esta noche no puedo, vete sin mí y mata al marrano.

En efecto, mató al marrano que era del porte de un buey y escondió la escopeta en un encierro de conejos porque no podía arrastrar al bicho. En lugar de venirse por la cueva que hay muy malos pasos, cogió el camino de Baños. Justo entonces dieron el cante de que Manuel era nuestro cómplice. Le cogieron el marrano y se lo requisaron todo y atadito como un pollo se lo llevaron a la cárcel.

—¿Y la escopeta?

—No, señor, que yo no tengo la escopeta…

No confesó. Si le sorprenden con mi escopeta es su perdición porque aquello hubiera significado que estaba aliado conmigo. De todas formas le arrearon pena de muerte. Menos mal que el juez era su tío, hermano de su madre y sólo estuvo ocho años preso, al término de los cuales le pusieron en libertad. Se fue a vivir a Barcelona para escapar de Baños. Si a mí me cogen en aquella encerrona, me dan garrote en dos días.

A mis padres no los maltrataron pero a mi mujer sí, a mi mujer la sacaron la piel a tiras. La convirtieron en un saco de lástimas. A las tres de la mañana fueron a por ella y la tuvieron en las cárceles de La Carolina, Linares y Jaén. Padre perdió un olivar por intentar sacarle de la cárcel. Yo siento repugnancia y preocupación al recordar estas cuestiones y el crujido del látigo. Mi mujer salió con todo el cuerpo negro por los golpes que recibió. Cuando nuestro hijo menor, Miguel, se puso malo, el médico le comunicó a Catalina: «Le está usted amamantando con veneno, deje de darle de mamar inmediatamente». Tenía el cuerpo y la leche de los pechos envenenados por las palizas.

Al margen de mi familia la caza lo ha sido y lo es todo para mí. He sido furtivo del conejo, la liebre, el venado, la perdiz, la codorniz, todo. Tenía una escopeta de 16 mm, un calibre que a mí me gusta más que el del 12. Mi amigo Diego Fuentes, que le llamábamos *Catalán*, prefería la del 12. A cazar no nos ganaba nadie. Al *Catalán* lo mataron porque no quiso venir huido conmigo a la sierra. Con un paquete de munición yo cargaba 17 cartuchos y él 14 y yo con la del 16 tiraba más largo que él. Esa escopeta la he tenido conmigo cincuenta años y con todas las consecuencias les voy a decir la verdad: todavía la tengo guardada, estuvo en manos de la Guardia Civil y me la devolvieron porque mi hijo les dijo que era un recuerdo sentimental. La guardo como una reliquia porque en legalidad no puedo tenerla.

Desde que salí y me presenté a la autoridad a las nueve de la noche del día 2 de abril de 1969 he intentado obtener un permiso de armas de caza. El alcalde de Bailén, Francisco Sánchez Albiñana, ya me había advertido: «*Perdiz*, te morirás sin conseguir el permiso». Por ahora lo están consiguiendo. (Miguelico, que cuenta 76 años, llora y balbucea).

La caza que más me ha gustado es la de la perdiz. Habré matado dos, tres millones de perdices y quizá me quede corto. Reconozco que he sido buen tirador, el mejor, el más certero. Me lanzaban doce o trece perras al aire y yo disparaba y luego las perras no las encontraban, las pegaba a todas. Ya no, ahora aparte de que no me dan el permiso de armas, tengo el ojo derecho gastado de tanto apuntar y de un chamuscazo de una escopeta desajustada que me quemó las cejas y las pestañas.

Me gustaban las ideas de Pablo Iglesias y de Carlos Marx, pero mi delirio ha sido la caza. Si hoy mismo me llega alguien y me dice: «Elija usted entre diez mil pesetas y una cacería en un coto de perdiz», le digo: «Las diez mil pesetas para usted, vámonos».

Creo que la veda hay que observarla a todo trance. Yo ahora la respeto, pero cuando tenía que buscarme la vida para vivir, para comer, no la respetaba. Lo que no veo bien es que los poderosos, los que mandan, no cumplan las leyes. ¿Cómo podemos los demás respetar la caza si ellos nos enseñan a que no la respetemos, si tiran a los pollos de perdiz en tiempo de cría y matan liebres por las noches desde sus *Land Rovers*?

En la sierra cazaba de noche, cuando no había luna, con el gambusino, un aro con una red y todas las noches caían de veinticinco a treinta perdices. No cazaba más porque no quería. Bastaba con que tuviéramos para comer mi familia y yo y la familia de mi enlace. Algunas veces me traían una bota de vino, algo de jamón y alguna camisa o pantalón de pana cuando se me desgastaba el que llevaba. Pero cuando la Guardia Civil nos rodeó en la cueva y nos libramos de milagro lo confiscaron todo, una maquinilla de pelar, de afeitar, dos sacos de tabaco verde que pesaban unos cincuenta kilos largos y que se lo quitábamos a los ganaderos de noche. Se quedaron también con tres pares de alpargatas, dos o tres vestiduras. Me quedé solo con la escopeta, unos cartuchos y mi perra *Bigotes*.

Mientras estuve fugado en la sierra veía a mi familia en la huerta de mi padre, conocida por *La Virgen*, o entraba en el pueblo con el sigilo de un gato montés. Entraba por la noche y sabía el lugar y la hora en que podía hacerlo sin jugarme la vida. Tan sólo una vez estuve a punto de sufrir un tropiezo.

Eran tiempos de vigilancia cerrada y había una docena de falangistas desplegados por lo que llaman el Corralón de Varela, a la entrada del pueblo. Llevaba yo un macuto repleto de comida y la escopeta pegada a las piernas. No esperaba que a esa hora de la noche estuvieran allí de guardia. Me echaron la linterna y escuché los gritos: «Párate ahí, párate ahí o disparamos». Protegido por la oscuridad logré escapar hacia las huertas.

Aquella noche no gané para sustos. En la huida fui a caer en un habar y eché un alto para recobrar el aliento. No hago más que sentarme cuando

aparece un tío con un garrotón más grueso que mi brazo. Monté la escopeta cuando escuché: «Alto, ladrón». Yo pensé: «Y que me tenga que llevar por delante a esta criatura». Era lo propio que me defendiera. Cuando ya estaba a unos metros con la garrota levantada y gritaba: «Quieto ahí o te mato» y se venía para sacudirme, le conocí en la voz, mecagüen, en el último segundo:

—¡Salvador!

Éramos amigos. Se abrazó a mí llorando.

—¡*Perdiz*! ¡Pero si eres tú, *Perdiz*!

Había comprado aquel habar y estaba allí verdeándolo.

—Me han robado varias noches seguidas y me vengo aquí a dormir por si doy con el ladrón.

—De que te he conocido, Salvador, me he quedado de piedra, tenía ya metido el dedo en el gatillo para darte el escopetazo, creía que eras un usurero de ésos… Y claro, yo la vida la tengo que defender todo lo que se pueda. Discúlpame.

Nos sentamos bajo un olivo a echar un pitillo.

Pasaron los años, se apaciguaron los ánimos de los falangistas y los de la Guardia Civil y un día un amigo, una buena persona, me hizo llegar una nota: «Ni a su casa ni a su gente la molestan ya, ¿porqué no disponemos que se meta usted en el pueblo, unas veces en un lado, otras en otro?»

«Todavía no, contesté, tengo que ver clara la situación. Gracias».

Entonces me lancé a una dehesa que la llaman el Cerro del Moro. Era en septiembre y comenzaban las primeras aguas. Llevaba un lienzo, como un telón, para protegerme de las lluvias, cuando un día de tormenta estoy bajo aquella tienda de campaña y escucho voces.

—Madre, ya la hemos ciscado otra vez —digo para mí.

Asomo la cabeza. La voz llegaba desde las madroñas.

—Bájate —dice—, vamos a beber agua a la fuente de la Hierbabuena.

Eran cuatro o cinco, vestidos con monos y sombreros de paja. Por lo alto de la loma pasaban una veintena más de ellos, guardias civiles. Me quedé allí sin mover un músculo hasta que dejé de oír sus voces. Al otro día viene un compadre y me refiere:

—Te buscan a sangre y a fuego. Ayer te buscaron en tal sitio, anteayer rastrearon en tal paraje. Ándate con tiento, Miguelico…

Me vi obligado a moverme a otra región.

Así viví diez años, hasta poco antes del 1950, en Sierra Morena y Sierra Madrona, hasta que cesaron las exploraciones de la Guardia Civil. En Bailén parecían haberse olvidado de mí y fue entonces cuando decidí esconderme en el pueblo.

Unas veces, una temporada, viví en mi casa, otras en casa de familiares y otras en casa de mis amistades, siempre torneando con prudencia. En alguna ocasión he ido a Menjíbar a casa de un cuñado mío, pero siempre con cuidado de no ser visto.

Al principio habitamos en casa de mi suegra. De los siete tornillos que dicen que tenemos, mi suegra tenía ocho descompuestos. Me hubieran descubierto tarde o temprano, era pues cuestión de salir botando de allí, pero ¿cómo? Un sobrino mío dio con la solución: iría dentro de un arca y me transportarían en un carro. Me metí en el arca y por poco me asfixio allí dentro. Sobre el carro echaron dos o tres colchones, dos o tres sillas sobre el arca, para disimular y así pudimos llegar hasta una casa que arrendamos. La dueña era una mala persona, además de muy borracha y un día, ebria como estaba, vino a cobrarse el alquiler y a registrar toda la casa.

Resolvimos mudarnos. Catalina consiguió un préstamo de 15 000 pesetas y compramos una casa. Esta vez viajé sobre el serón de un burro muy bueno que tenía mi hijo, cinchado, con medio cuerpo a un lado y medio al otro y en lo alto un colchón.

Ésa fue ya nuestra casa en la calle del Almendral, número 46 donde viví hasta el fallecimiento de mi mujer; entonces mi hija me dijo: «Nada, usted ahí como va a estar solo, usted se viene con nosotros». Y me pasé al número 24 de la misma calle. En la casa antigua que conservamos guardo a mi perro y a mis hurones.

En la sierra, durante diez años, todo fueron calamidades; tienes que acostarte una noche a dormir encima de un peñón, no dejar rastros, resistir el frío y el calor y sólo a veces puedes cobijarte en un cortijo donde cuentas con amistades. He visto que esas personas temblaban cuando yo estaba allí y las he querido evitar siempre, en la medida de lo posible, los sufrimientos

y he tratado de no complicarlas en mi odisea, para que no sucediera como en aquella ocasión en que oculto en un cortijo se asomó la hija del cabrero para avisar: «Padre, que vienen por allí los civiles».

Entonces los civiles hacían el servicio de tres en tres. Nos encontrábamos en una cocina que era habitación al mismo tiempo, con dos camas turcas, bajo las cuales había un orinal, una especie de escupidera que estaba llena de las meadas de los chiquillos. A la advertencia de la criatura me metí debajo de la camilla con tanto nervio que mi cabeza fue a parar a la escupidera, y se me derramó el contenido.

—¿Hay alguna novedad? —preguntaron los guardias.

—No señor, aquí no se sabe nada —contestó el cabrero cuando estaba a punto de darme la náusea.

Por éstas y otras vicisitudes decidí encerrarme en el pueblo. Mi hijo tenía ya unas poquitas cabras y me enterré vivo en la cuadra de la casa del Almendral, hice un agujero hondo en el terreno y puse encima una tabla y sobre la tabla una baldosa grande y allí me escondía en previsión de un registro. Era un lugar húmedo porque la tierra estaba siempre mojada. Más tarde pude refugiarme en el interior de la casa, pero no faltaron los sustos.

Un día salió mi mujer azorada: «Que viene un guardia civil ahí arriba preguntando de casa en casa». A toda prisa levanté mi trampa y me escondí en el agujero. Se había llenado de agua y había unas doscientas curianas, esa especie de cucarachas, que por poco me meriendan vivo. Ya estaba que no podía resistir más cuando llegó Catalina: «Puedes salir, ha estado donde la Pepi para lo de la quinta del hijo».

Otro de mis escondrijos fue el que preparé debajo de un almiar de paja, con unas sierpes, con un trapo en lo alto y encima los ramales de la miés. Una vez que me vi en la necesidad de meterme tuve que escarbar como un topo porque la paja se había derrumbado.

Yo recibía en la sierra noticias de como marchaban las cosas en España y siempre supe que Franco duraría rato, incluso pensé que duraría más de lo que han durado él y los suyos, que ahora al menos se ven otras señales.

Aunque a veces me arrepentía de haber amanecido, siempre pensé que mientras hay vida hay esperanza, porque de otro modo, ¿cómo hubiera

aguantado treinta años de lástimas? Vamos, es que si lo sé me pego un tiro en la cabeza aquel mismo día que salí de naja hacia la sierra.

Una vez enclaustrado, abandoné la casa durante dos años para volver a cazar a la sierra, y otra vez en que mi cuñado, carnicero, me llevó hasta Menjíbar, por 1965, para que escuchara hablar a Franco por la televisión, y así los conocí, a Franco y a la televisión. Me llevaron en taxi. Me vestí de señorito, me puse gafas oscuras y para allí acarreamos, yo enganchado en el brazo de mi hermana.

Cuando se publicó el decreto de Franco en marzo de 1969 sobre prescripción de delitos de guerra, yo preparaba mi salida desde hacía meses con nuestro amigo don Luis Saez Torres, jefe de dos o tres cerámicas. Un día había preguntado a mi hijo: «¿Sabéis algo de tu padre? No me lo ocultéis a mí que vamos a ver si lo sacamos de una vez».

Ordené a mi hijo Miguel: «Pase lo que pase, a todo riesgo, dile la verdad».

Don Luis vino a mi casa en la calle del Almendral, al número 46 y decidimos que hablaría con el Prior. Habló también con un señor que era comandante jurídico en Sevilla y que es natural de Baños de la Encina. Dos días antes de dar Franco el decreto ya estaba todo empeñado. Una mañana llegó a mi casa don Francisco el cura, una bella persona a pesar de ser cura, que en todos los partidos y en todas las clases hay bellas personas, y tocó a la puerta. Mi casa estaba siempre cerrada a cal y canto. Abrió mi mujer:

—Buenos días, Catalina.

—Buenos días, don Francisco.

—Abra usted la puerta y que entre el aire y que respire por fin ese hombre.

Yo que lo oí desde el cuarto donde me ocultaba salí hacia la puerta como una centella.

—¿Nos tomamos una copilla de coñac? —convidé al cura.

—No bebo, pero me la tomaré a su salud. Aunque ya lo teníamos todo preparado para que usted saliera, el decreto de Franco nos da mucha más libertad. Puede usted salir con mayores garantías…

Ya luego vinieron los amigos acompañados de Pepe Marín, que es hoy presidente aquí del PSOE y nos tomamos unas copas en un bar que le

llaman del Melonero.

—Ahora tenemos que ir al cuartel y luego al Ayuntamiento —determinaron.

Me llevó Pepe Marín, que su padre y su tío estuvieron veinte años encerrados como yo pero en una casa de Madrid. Tenían ya ochenta años y pudieron salir sin molestias.

Mi padre se llamaba Miguel y mi madre Catalina. A mi padre le pasaba lo que a mi hijo Miguel, era muy corto de espíritu. Fue presidente y tesorero de la Casa del Pueblo. Pudo llegar a millonario pero no llegó a serlo porque no le gustaba alternar con los señoritos, que le llamaban a sus cacerías para que hiciera el reclamo de la perdiz.

No hubo ninguna autoridad que pudiera recriminarle. «Luisillo, por aquí va usted muy malamente».

Lo que pasó conmigo le trastornó, como trastornó a dos de mis cuatro hijos, Luis y Miguel.

Mis hijos me querían muchísimo, son buenos y sensibles, pero de mi situación y de los sustos les sobrevinieron las enfermedades, los males que yo nunca quise para ellos. Hace poco estuvieron en Córdoba a ver a un médico de la cabeza, un psiquiatra, el doctor Castilla del Pino, que se interesó por su caso. Ellos han sufrido más de la cuenta, lo siento, pero no he podido evitar que se pusieran malos de los nervios.

También mi padre cayó malo, cayó malo hasta que hincó la cabeza, dos años después de entrar Franco. Mientras tanto no los habían dejado tranquilos. Mi hermano Manuel pasó unos años en la prisión provincial de Jaén y mi esposa Catalina Ranger fue condenada a seis años y un día.

El juez de La Carolina preguntó a mi padre cuando le tomaron declaración:

—Sabemos que mantiene contactos con su hijo en la sierra. ¿Por qué no confiesa donde se halla escondido?

Mi padre replicó:

—¿Diría usted el paradero de su hijo sabiendo que lo van a matar? Si lo confesara sería mal padre, igual que yo si se lo hago saber ahora. Si soy personalmente responsable de algo, aquí me tienen, pero yo no he criado un hijo para que me lo maten.

Desde el primer día que salí he ido, solo, a los casinos, a los bares que frecuentan los que fueron fascistas, todos los peores, y me han saludado con simpatía. «*Perdiz*, tómate un café», «*Perdiz*, tómate un vino». Me han llevado de montería, de cacerías, a Badajoz, a Huelva, a todas partes, porque yo en asuntos de caza me las sé todas, y algunos de los fascistas se cuentan entre los mejores amigos que hoy tengo. Y esto es todo lo que ha hecho este hombre de 76 años: ayudar al que se lo ha pedido en lo que ha podido y dar de comer a muchos hambrientos a cambio de quedarse él sin nada. También es verdad que no hubiera resistido sin la ayuda de mis hijos, de mis amistades, pero sobre todo de mi mujer, Catalina.

Me han gustado mucho las mujeres. A los catorce años tenía tres novias y a los diecisiete, cuatro al mismo tiempo y no podía atenderías a todas.

Cuando me puse de novio de Catalina ella tenía catorce años y era toda una real hembra; yo sonreía a todas, las lanzaba requiebros. No he buscado a ninguna, pero la que me buscó supo donde encontrarme. Tuve un maestro muy sabio que me decía: «La que se deja, al pajar con ella, pero la que huya, ésa es la tuya». Como mi mujer no hubo otra que pisara España, honrada, trabajadora, sacrificada. A veces salía hacia la sierra a medianoche para traerme todo lo que podía. Se quedó como un palo, consumida por las palizas que recibió en la cárcel y por las injusticias de que fue víctima. La pobre tenía mal el corazón, la tensión alta. Se nos fue de una angina de pecho. Duró media hora. La Providencia o alguien como la Providencia, tiene que haber algo y tiene que ser muy grande, me avisó a tiempo para que la viera morir. Fue como un impulso misterioso.

A las once de la mañana quedé con un amigo para ir al bar, convidarnos a unas cañas y echar un tute. No hice más que sentarme a la mesa, cuando me levanté de golpe. Digo: «Que me voy».

—Pero si nunca tiene usted prisa, Miguelico.

—No sé por qué, pero hay algo que me llama a la casa —me disculpé.

Mi nuera estaba sentada en la mesa camilla y Catalina, que en paz descanse, en la cocina de pie.

—Pero ¿qué haces ahí, Catalina? ¿No te ha dicho el médico que estés tranquila, que no te muevas para nada?

—Estoy al reparo para que no se vaya la leche.

Unos segundos después se llevó la mano al pecho y me dijo: «¡Ay!, qué sofoco me da, qué sofoco me da». Se abocinó y la tuve que coger porque si no se desploma. Mi nuera corrió a llamar a mi hija, vino una vecina, Maruja Torres, hermana de Paquita, la *Miss* España, Llamaron por teléfono a don José, el médico, y ya no pudo hacerse nada. «Miguel, que no te veo», fueron sus últimas palabras.

Yo he dicho a mis hijos que el día que me muera me lleven a la tierra junto a mi padre. Aunque tengamos pagado un nicho, es mi voluntad reposar bajo tierra y si es posible, con mi escopeta de 16 mm. He venido de donde haya venido pero volveré a la tierra, al hoyo, a un hoyo de ocho metros como el que le abrimos en el camposanto a mi padre, que en paz descanse.

OceanofPDF.com

6. EL COJO Y LOS CACIQUES

Saturnino de Lucas (S. Martín y Mudrián, Segovia).
34 años escondido

1. El agujero

—Para nada he salido, nunca; ni me he puesto de pie, ni he andado una sola vez durante todo ese tiempo, nada, ni un paso, ni ponerme de pie, nada, nada. Y eso ha sido terrible. Se ha notado mucho este trauma que me ha cogido los riñones, el hígado, el corazón. El no tener contacto con el exterior ha sido fatal. El corazón me ha quedado muy débil, muy débil.

Para nada. Sin salir del agujero durante casi treinta y cuatro años; exactamente durante treinta y tres años, ocho meses y veintiún días. En realidad, salió del primer agujero, un arcón de pienso para el ganado; salió de aquel primer agujero, cruzó la calle renqueando y se metió en este otro agujero. Saturnino de Lucas Gilsanz levanta la muleta en que apoya su hombro derecho y señala a la parte superior de una casucha vieja, de adobe; al tejado descolorido y leproso, al lado mismo de una chimenea torcida de casi un metro de altura, informe, construida con cuatro pilas de adobes recubiertos de barro mezclado con paja de trigo para darle consistencia. Parece un barco náufrago en medio del mar de tejas rojizas. A la izquierda hay otra chimenea más esbelta, ennegrecida por el humo.

La casucha da a tres calles sin nombre. Una puerta se abre en cada fachada. La que se enfrenta a la poderosa mole de la iglesia tiene la cancela entreabierta. También la puerta principal está partida en dos a media altura. La trasera es de dos hojas, metálica, ancha. Ha sido abierta no hace mucho a un callejón irregular y crecido de yerbas amarillas. Por ella pueden entrar carros y quizá tractores. Por ella salió Saturnino de su agujero. El tejado se apoya directamente sobre el dintel, a unos dos metros de altura; luego asciende suavemente hasta unirse con la otra vertiente, a unos cinco metros de altura: la parte más elevada de la construcción si desdeñamos las chimeneas. La cuarta fachada de la casa está pegada a otro edificio de características similares.

Salvo algunos remiendos de ladrillo y un revoque de cemento mal alisado junto a la puerta metálica, toda la construcción es de adobe. En esta casa de cuatro habitaciones y dos desvanes nació Saturnino. En ella ha vivido muerto un tercio de siglo, pero desde luego en una habitación más incómoda y estrecha que aquélla en que viera la primera luz inmisericorde de Castilla la Vieja. Un desván, una buhardilla cuyas dimensiones Saturnino conoce de memoria, un lugar del cual él mismo ha formado parte como cualesquiera otros de los heterogéneos objetos que allí se reunieron.

—De altura tiene unos sesenta y tres centímetros en su parte más alta. Luego, el techo va bajando por los dos lados, con treinta, veinte, diez centímetros, hasta que toca el suelo. De ancho tiene poco más de dos metros y de largo, el doble.

Así, pues, la buhardilla no llega a los nueve metros cuadrados en la mayor parte de los cuales no puede estar una persona ni siquiera sentada. En el centro justo, un tronco de pino, brillante por los roces, sujeta la viga maestra a la que confluyen las dos vertientes del tejado. Ese tronco, plantado allí como ídolo, ha sido el objeto más presente para Saturnino; de él se ha servido para arrastrarse, para apoyar la espalda, como perchero, como punto de referencia de una realidad exterior. El suelo está, al igual que el techo, formado por troncos de pino que corren de un extremo al otro; entre ellos, una estructura de cañas y de yeso —el cielo raso de la habitación de abajo— sobre la que no puede uno apoyarse, porque se hundiría. Las vigas del techo están unidas por tablas y directamente sobre

ellas han sido colocadas las tejas de barro cocido. Ninguna ventana, ningún respiradero. La atmósfera está tan cargada que a los cuatro minutos de estar allí arriba tres personas, faltó el oxígeno y tuvimos que bajar apresuradamente por miedo a ahogarnos. Sin embargo el calor de la calle era moderado, propio de un día primaveral. Afuera, corría una brisa aromática.

El único medio de comunicación con el exterior es un pasadizo en línea inclinada que parte de un extremo del desván y desciende a la habitación más grande de la casa, aquélla en la que podría estacionarse un tractor. También por él hay que reptar con cuidado, de una viga a otra, sin poder ponerse de pie, ya que el suelo es de caña y el techo está demasiado bajo.

Este pasadizo desemboca en un boquete por el que cabe apenas un cuerpo humano. Por él bajó a la libertad Saturnino y por él han subido los contados visitantes que quisieron contemplar la misteriosa guarida.

—Este boquete lo hemos abierto ahora, antes no era tan grande. Por él podía pasar un plato lleno de comida, un libro. Poco más.

El pasadizo había sido cerrado con un murete de adobe sólido cuando el Cojo se escondió de la persecución. Uno de esos adobes era postizo, de modo que al separarlo de los otros quedaba abierto aquel hueco. Una vez utilizado, el adobe volvía a encajar exactamente en su lugar y el muro continuaba cerrado. Al otro lado, al extremo de la escalera sin peldaños, desgranaba Saturnino sus días de terror. Para mayores seguridades, la cara externa de este muro no era visible desde la habitación, ya que ante él, como a medio metro de distancia, se erguía otro muro, el verdadero, la verdadera pared del garaje. Entre ambos quedaba, pues, un recoveco lleno de trastos sucios y viejos. Para asomarse al boquete había que encaramarse a una silla desvencijada.

Y al otro lado, perfectamente emparedado, estaba un hombre. Porque todas las precauciones eran pocas. Sus hermanos sabían que los guardias civiles no son estúpidos, que miran en todos los rincones y golpean todas las paredes con las culatas de los fusiles, que abren baúles y levantan suelos falsos. Pero ningún guardia civil pudo imaginar siquiera que detrás de aquel murete de adobe había una habitación estrecha, que allí se escondía un

hombre, en el doble techo. Ninguno de los que fueron a buscar a Saturnino pudo sospechar que Saturnino estaba oculto en su propia casa.

—Allí arriba tenía una instalación eléctrica, una bombilla clavada a la pared, encima de la cama. El cable estaba bien disimulado en la habitación de abajo, tapado con barro. Pero sólo la usaba de noche o cuando tenía que hacer algo muy especial. De día separaba una teja y queda un intersticio de un palmo de largo por medio de ancho. Sí, se veía bien; me ponía de frente y se veía.

Una penumbra que para ojos muy acostumbrados era suficiente. Podían distinguirse los objetos.

—Allí tenía un botijo, dos bacinillas, una para excrementos por si mi madre salía y otra para el agua sucia, para orinar. El botijo lo habíamos comprado en el año 29 y después de salir me lo rompió un sobrino cuando fue a buscar agua a la fuente; yo le tenía cariño, ¿saben? Como palangana utilizaba un plato del pinar que me había dado mi abuela, uno de esos platos que sirven para coger la miera (trementina del pino), de barro, todavía lo tengo ahí arriba. En él me lavaba todos los días, echando agua de una vasija. También tenía una máquina de escribir, la primera que compré, una York de esas grandes, de tambor, que también está allí. Y muchas cuartillas, sabe Dios las que hay ahí escritas. Libros. Y todo eso cabía ahí, ya lo creo, pues el sitio es largo, aunque parezca pequeño. Podía tumbarme todo lo que quisiera. De cama, al principio tenía una yacija y dos mantas. Luego, cuando pasaron los años, cuando la cosa se tranquilizó y dejaron de buscarme, me hicieron una colchoneta de lana, que por cierto está deshecha. Allí dormía yo, con unas mantas para arroparme. Y había otras muchas cosas: una radio, un termómetro, periódicos, las cosas del trabajo, cajas vacías… ¿Qué más?

Había también otras cosas menos tangibles: el frío, el calor, el miedo, los olores, los ruidos, la esperanza, el miedo, la esperanza. Todo esto se advierte ahora al primer golpe de vista, incluso antes que los objetos sombríos y sucios, antes que los montones de libros y de revistas, antes que los papeles, el polvo, las telarañas, la mugre. Desde que el Cojo salió del agujero no ha vuelto a subir a él ni tampoco lo hará; todo está tal y como lo dejó aquella mañana de abril de 1970; nadie ha subido a limpiar, a ordenar

lo que no se había limpiado ni ordenado en treinta y tres años. El suelo es una alfombra de papeles de todas las procedencias. La bombilla de 15 vatios apenas alcanza con sus rayos los rincones de la buhardilla. Para conseguir un poco de aire a través de la teja removida hay que sacar la nariz y pegar la frente a la madera; un rectángulo de cielo se ve muy cerca, como un trozo de papel azuloso pegado al tejado. Se tiene la impresión de que la buhardilla va a estallar en cualquier momento a causa de la fuerza centrífuga acumulada en el pilar de madera, en la colchoneta raída, en los otros objetos que no pueden tocarse.

—Ahí vivía yo como si estuviera invernado. Si entramos ahora en donde he estado, seguro que habrá cuarenta y cinco grados como mínimo, eso como mínimo. Yo controlaba la temperatura mediante la sugestión. Sí, tenía un termómetro, no me refería a eso. El termómetro no alcanzaba a medir la temperatura, ni en invierno ni en verano. Quiero decir que cuando hacía mucho calor yo me decía: «Se está fresquito, se está muy fresquito aquí», y no me afectaba. Y lo mismo en invierno, cuando tenía encima la nieve y el hielo. Me decía que hacía calor, que hacía calor. Como invernado, ya les digo, una cosa parecida.

Saturnino recuerda particularmente una fecha: el 29 de julio de 1968. Aquel día llegó la temperatura en su cuchitril a sesenta y siete grados centígrados. Y en días menos memorables de invierno, llegó hasta los veinte y veinticinco bajo cero. El vaho de la respiración se helaba enredado a las telarañas.

—Fíjense ustedes, yo tumbado, es un caso extraordinario. Yo creo que nadie ha hecho una cosa semejante, yo creo que ha habido alguien sobre mí, algo sobrenatural, porque era imposible que yo resistiese. Sí, sí, yo sí creo en las cosas sobrenaturales. La fuerza humana también es increíble; nadie está seguro de ello hasta que no lo ve y lo siente. Nadie sabe de lo que somos capaces los humanos, nadie lo sabe.

Saturnino pudo aprenderlo durante su encierro. Más tarde, los médicos se quedarían admirados de su resistencia, pero él no quiso contarles de qué medios se valía para conservar su salud, en qué poderes creía y a qué dioses adoraba.

Tiene ojos de búho, redondos, grandes. Un círculo amoratado los rodea. Lustros de penumbra han ensanchado sus pupilas como las de un gato. La afilada nariz parece buscar lejanos aromas. Las orejas están pegadas al cráneo casi en ángulo recto, como dos grandes pantallas de radar. También los ruidos fueron parte importante de la vida de Saturnino; los ruidos, el olor, los objetos siempre entrevistos.

La palidez ha ido desapareciendo tras algunas semanas de vida al aire libre. No obstante, la piel parece un papel de calco a través del cual se reflejan tejidos amarillentos. La boca es blanda. Se le ha caído el pelo de la parte superior de la cabeza, pero el que le resta es todavía negro, apenas clareado por hilos canosos. El hombre viste pantalón oscuro y camisa blanca, con los faldones fuera y el cuello abierto. Se cubre con un sombrero blanco, transpirable. Reloj automático, calendario. Tampoco tiene ya manos de campesino. Son recias, duras, pero también blancas y lisas. En realidad, podría ser un habitante cualquiera de una ciudad española de provincias. Ningún vínculo aparente lo liga a sus vecinos. Habla como un burócrata con cultura de periódico. Conoce la cortesía y sabe practicarla. Hay que rogarle que se siente, es imposible pagar en su presencia una invitación. Al salir del agujero parecía un Cristo moribundo, con su boina negra y su mirada atónita. Ahora, dos meses después, podría confundirse con cualquier artesano, con cualquier oficinista urbano. Pasó toda su vida en una aldehuela castellana y ni siquiera ahora ha querido salir de allí. Con su pierna derecha colgando, un bastón en la mano izquierda y la muleta bajo la axila, anda a saltos, como un extraño pájaro perseguido.

2. «Te quedas aquí».

Mudrián aparece tan sólo en los buenos mapas de España. Es un conjunto informe de casas diseminadas en la cresta de una colina apenas perceptible. Pueblo pardo, solitario, humilde. Doscientos vecinos. Edificios en su mayoría de adobe, grandes corrales rodeados de tapias, algunas macetas mustias y una fachada con polvoriento emparrado. Calles arenosas y llanas. A lo lejos, detrás de campos de cereal, aparecen las manchas oscuras de los pinares segovianos; son campos tan lisos como la palma de la

mano. En Mudrián no hay ríos ni prados ni jardines; sólo tierra, tierra tendida bajo el sol implacable o levantada unos metros para cobijar a los hombres. Para llegar hasta allí hay que preguntar muchas veces. El primer indicador que aparece está a la misma entrada del pueblo, una placa de metal azuloso cuyas blancas letras están desconchadas y apenas legibles. En mejor estado se encuentra el símbolo de la Falange, situado a unos pasos.

Los tres quilómetros de camino que conducen hasta allí están cuajados de piedras y agujereados de baches. Este camino nace en la carretera vecinal que une Navas de Oro con Navalmanzano. Mudrián pertenece al partido judicial de Cuéllar, provincia de Segovia. Situado a cincuenta quilómetros al norte de la capital, es un poblado típicamente castellano: sobrio, pobre, abandonado. El municipio lleva el nombre de San Martín y Mudrián, ya que está formado por dos aldeas separadas un par de quilómetros. Valladolid, la capital castellana del falangismo, queda un centenar de quilómetros más arriba. Y a igual distancia hacia el sur, se destacan las sierras del sistema montañoso central: Somosierra, Navacerrada, Guardarrama, roquedos que todavía muestran las heridas de la guerra civil. Al otro lado de esas montañas, el Valle de los Caídos cobija los restos anónimos o ilustres de setenta mil muertos en la guerra. Más lejos, Madrid.

Mudrián, por consiguiente, dista menos de ciento cincuenta quilómetros de la capital de España, pero es un mundo distinto. No ha cambiado notablemente desde que Saturnino se vio obligado a esconderse. Hay quizá uno o dos automóviles, varios aparatos de televisión, algunas fachadas blanqueadas… Hay también, en la pared principal de la iglesia, el inevitable recuerdo de la tragedia que asoló España durante tres años. Bajo cruz maltesa, una lápida blanca perpetúa los nombres de quienes murieron en el bando vencedor: «Caídos por Dios y por España. José Antonio Primo de Rivera. Patricio Morales Ruanos. Marcelino Sanz Santos. Teodoro de la Flor Escribano». Otros dos nombres borrosos. Y abajo: «Presentes», sin la doble exclamación habitual de otros lugares. Total: cinco personas del grupo nacionalista muertas durante la guerra civil. Otros pueblos salieron peor parados. Porque Mudrián siempre estuvo «del lado nacional», desde el primer momento. Aquí no hubo lucha, y los hombres afiliados a

cualesquiera de los partidos izquierdistas o republicanos tuvieron que luchar al lado de los sublevados, porque habían quedado en su zona de influencia. Saturnino de Lucas prefirió esconderse, aunque por otras razones. Sus hermanos marcharon a la guerra cantando el *Cara el Sol*. Sí, Mudrián ha cambiado poco desde el 14 de abril de 1931, fecha en que nació la Segunda República Española; desde el 4 de abril de 1911, fecha en que nació Saturnino de Lucas Gilsanz. Por eso el Cojo apenas se sorprendió cuando volvió a nacer cincuenta y nueve años más tarde. Algún edificio remozado, unos cuantos motores, nuevas bebidas en el bar, distintas marcas de tabaco, torrezuelas metálicas para captar emisiones de televisión. El polvo, los pinos, el adobe permanecen inmutables. Y quizás también los hombres. Al fin y al cabo, sobre los castellanos han pasado demasiadas historias, demasiadas guerras, demasiadas pobrezas para que unos cuantos años puedan cambiar la raza.

—Me enteré de la guerra por la radio, por la radio de Antonio Morales Roldán. Era el único aparato que había en el pueblo. Nos enteramos por la emisora Radio Madrid (Unión Radio). Nadie vino a avisarme, no. Estábamos hablando y oyendo la radio cuando ¡pumba!, que ha estallado la guerra. Bueno, dijo que había una sublevación, que se habían sublevado contra el gobierno, y todo lo demás… Yo reaccioné muy serenamente, porque yo era muy sereno, muy ecuánime; y le voy a decir a usted más: que no me enfado nunca, ni me alboroto ni altero por nada. Yo pensaba que sería una sublevación que duraría quince u ocho días, ¿verdad?, y que no iba a pasar nada. Luego escuchaba Radio Madrid y Radio Lisboa, que fue la primera en hablar de los sublevados, y estuve al corriente de lo que pasaba hasta nuestros días.

Pero mal pudo Saturnino estar al corriente de lo que pasaba aquel 18 de julio de 1936, por muchas emisoras que sintonizase en el receptor de Morales. En realidad, eran muy pocos los españoles que estaban al corriente. ¿Otra sublevación contra la República igual a la del general Sanjurjo de 1932? Aquella famosa conspiración del 10 de agosto, dirigida por los monárquicos y con marcado carácter militar, aristocrático y terrateniente, había durado unas pocas —y sangrientas— horas. El general Franco, entonces gobernador militar de La Coruña, se había desligado de

todo compromiso. El comienzo del nuevo alzamiento parecía presagiar otro nuevo fracaso. Ocho, quince días. Por eso Saturnino, alcalde de Mudrián desde tres meses antes, no se preocupaba. Por otro lado, las noticias eran demasiado confusas. ¿Sublevación en Marruecos español? Quedaba demasiado lejos. Evidentemente, aquello no podía llegar hasta el pueblecito castellano. Por consiguiente, el alcalde conservó su calma y sus principios republicanos, como tantos otros alcaldes, gobernadores y autoridades españolas. Esa baza sumaría muchos puntos en la cuenta final de los alzados.

—Aquí no había más autoridad que yo. Dos días después, el veinte, se presentaron en Mudrián unos cuarenta y cinco segadores de Cuéllar, y otros tantos de Samboal y de Navas de Oro. Venían a ofrecerse, ¿sabe usted?, por si yo los necesitaba para algo. Sí, venían armados de cualquier manera. «Venimos por la cabeza del grajo», decían. Los de Cuéllar habían quitado una escopeta al cura de Domingo García, también un cuchillo o dos a no sé quién, una pistola… Preguntaban si eran necesarios y yo les contesté que no, ya que aquí no pasaba nada, así que tampoco era necesario hacer nada. Les dije que lo único que había que hacer era trabajar y callar. Pero había un señor, el señor Segundo, que oyó decir que habían quitado la escopeta a aquel cura y que si se resiste lo matan. Corrió a decírselo a don Alberto, el cura de aquí: «Don Alberto, que le matan, que ha dicho el señor alcalde que lo van a matar». Yo no había dicho eso, ni mucho menos. Todo lo contrario. Al oírlo el cura, preparó el caballo para escapar. Yo le hice desmontar y ya se quedó el hombre toda la noche conmigo. Le dije que el cura era uno más y que cada uno tenía su misión. «Mientras yo esté aquí, no se toca a nadie, ni de derechas ni de izquierdas, aquí no pasa nada, todos somos del pueblo, todos somos iguales». Y no pasó nada, naturalmente. Aquellos hombres se pasaron aquí toda la noche durmiendo en un corral. Era la noche del día veinte, ya la digo. Por cierto, tuve que darles tres latas de escabeche para cenar, y pan, que todavía se lo debemos a Demetrio, hombre. El vino lo pagó Morales. Así que a la mañana siguiente hice que cada uno se fuera a su casa y aquí no había pasado nada. Y como todo estaba tranquilo, pasábamos el día escuchando la radio.

Esa misma mañana del día veintiuno de julio podía ya trazarse una línea divisoria de los lugares en que el alzamiento había triunfado y fracasado. Nacería hacia la mitad de la frontera con Portugal e iría a morir hacia el centro de los Pirineos, abarcando toda Galicia, Castilla la Vieja, Aragón y Navarra. Incluyendo Cádiz, Sevilla y algunos otros lugares; casi la mitad de España. Sin embargo, esta línea es mucho más teórica que práctica. En realidad, su trazado era sorprendente curvo. Dividía pueblos vecinos, dividía a gentes de la misma aldea, dividía a miembros de la misma familia e incluso partía en dos el corazón de muchos individuos.

Segovia había sido conquistada sin derramar una gota de sangre el día 20, como todas las grandes ciudades de Castilla la Vieja. Los militares se habían hecho dueños de la situación en pocas horas; por lo general, se habían limitado a detener al gobernador civil, a algunos cabecillas de los partidos izquierdistas y a otras autoridades republicanas.

Pero en aldeas como Mudrián no había ningún hombre armado, ni Guardia de Asalto, ni Guardia Civil, y mucho menos había regimientos del Ejército. Todas esas aldeas se mantenían a la espera de la suerte, a la espera de los invasores de uno u otro bando. Alcaldes pacíficos como Saturnino se negaban a intervenir por su cuenta. En Madrid seguía en pie la República y ellos eran autoridades republicanas. En este caso, el cura había tenido buena fortuna. Por lo general, era el párroco, «el grajo», el primero que pagaba las consecuencias de aquel levantamiento. El párroco y el alcalde. En muchos pueblos de Castilla la Vieja los falangistas contaban con algunos miembros destacados, por lo general ricos y jóvenes. Esos hombres serían los encargados de inclinar la balanza hacia el lado nacionalista.

Y entonces tocaba perder a los alcaldes.

Castilla la Vieja fue de las regiones menos castigadas por este odio, si exceptuamos la ciudad de Valladolid, probablemente el primer centro falangista de España. Al quedar muchas provincias automáticamente integradas en la zona nacionalista, las autoridades y los izquierdistas reconocidos tuvieron que huir, ocultarse o bien eran encarcelados o fusilados. Por lo menos, fueron poco frecuentes las confusas luchas callejeras de los primeros momentos. Republicanos o nacionalistas, los

pueblos se mantenían a la espera de acontecimientos, como el alcalde cojo de Mudrián.

—Cuando las cosas tomaron un cariz verdaderamente grave, me dije que tendría que ir a Segovia a ver lo que pasaba. Me puse en camino y al llegar a Carbonero, a unos treinta quilómetros, me detuvo la Guardia Civil. «No puedes ir a Segovia, quedas detenido», me dijeron. Segovia estaba ya sublevada. Yo dije a los guardias que si ellos eran guardias civiles yo era el delegado del Frente Popular y el alcalde, y que tenía más poder que ellos. Los guardias también estaban sublevados, pero en ese pueblo había mucha gente conmigo y ellos cogieron miedo, no sabemos lo que hubiera podido pasar… Así que volví a montarme en el burro y regresé a Mudrián por los pinares, porque la carretera era peligrosa.

La guerra, apenas iniciada, estaba a punto de concluir para el Cojo de Mudrián. Cuando llegase la ola de terror a la aldea castellana, su alcalde estaría bien escondido en un lugar del que nadie podría sospechar… No se hizo esperar mucho esa ola de venganzas. La culminación de las luchas entre izquierdas y derechas, entre ricos y pobres, entre falangistas y frentepopulistas, se estaba cobrando sus primeras víctimas. Cualquier disculpa era buena para asesinar a un hombre. Bastaba que fuese cura o que fuese alcalde; bastaba que hubiera defendido a los obreros o que estuviera al lado de los terratenientes. España era una ciudad sin ley y, lo que es peor, fanatizada. Como bestias salvajes se acosaban los que hasta entonces habían sido vecinos, amigos, hermanos. Nadie ha podido comprender la locura colectiva de un pueblo semianalfabeto y desquiciado.

—El día 24 de julio, a la una y pico de la madrugada, me llamó el cura. Hasta entonces no había pasado nada, todo era normal. Me dijo: «Pasa, que tenemos que hablar», pues nos tuteábamos. «Mira una cosa, Cojo, vete ahora mismo a casa de tus padres y les dices que te vas, pero no les digas adonde, y luego te vienes a mi casa; saltas por detrás, por la tapia del huerto y te quedas aquí». «Bueno, ¿y qué pasa?», le pregunté yo. «Fulano de Tal ha dado tantas pesetas —me dijo— y Fulano de Tal tantas y Fulano de Tal tantas otras. En total, han ofrecido sesenta mil pesetas por tu cabeza. La tienen que presentar antes de las diez de la mañana a Basilio Mesa García y luego ponerla aquí en la plaza».

Saturnino no hubiera pensado que valía tanto su cabeza. Sesenta mil pesetas. La cantidad equivalía al salario de cincuenta obreros durante todo un año de trabajo.

—Al cura le había avisado uno de Navas de Oro. Yo me fui a casa, me despedí de mis padres y volví con él. Llevaba como tres cuartos de hora durmiendo cuando llamaron a la puerta. El cura salió y yo me escondí en otra habitación. «Venimos a esto, a ver si usted puede decirnos dónde está Saturnino, el Cojo Charrabacos». Esto de Charrabacos es un apodo que le daban a mi padre. El cura les dice: «Pues no sé, hombre, precisamente no lo he visto esta noche. Pero ¿por qué vienen ustedes a buscar a este hombre?» «Es que no hay más remedio que matarlo hoy —respondieron ellos—, venimos por su cabeza». «¿Y quién lo manda?» «Lo manda quien puede», contestaron ellos, «y usted va a venir con nosotros tanto si quiere como si no quiere; usted va a venir delante de nosotros. Tan pronto lo cojamos, le cortamos la cabeza».

Venían de Navas de Oro a por mí. Eran tres coches. Venían los que llamábamos falangistas, mandados por Basilio Mesa García y otros señores. Él no venía por lo que pudiera ocurrir. El pueblo nada, ni se movió, porque estaba acobardado; así que vinieron e hicieron lo que quisieron esos falangistas mientras yo estaba en la casa del cura. Lo llamaron a él para poder cogerme por sorpresa y que nadie pudiera ayudarme. Cuando el pueblo quisiera darse cuenta, ya me habrían cortado la cabeza y la habrían puesto a la vista del público para que todos supieran lo que había pasado conmigo. El cura salió con ellos a la fuerza y empezaron a buscarme por todas partes. Luego, cuando se marcharon ésos después de dar vueltas por el pueblo, hicieron registros en mi casa y en las casas de los amigos y parientes. Hasta el día 27 o 28 de agosto, en que se llevaron a mi padre, a mi madre y a mi hermano, pero ninguno de ellos sabía dónde estaba yo, así que no se lo podían contar. Yo les había dicho que si me cogían ya les daría noticias. A ellos los apalearon, los torturaron para que dijeran dónde estaba yo, pero no lo sabían.

La suerte de Mudrián quedaba desde aquel momento en manos de los nuevos invasores. El alcalde, único que podía aglutinar las fuerzas gubernamentales, se hallaba en la casa del cura; sus amigos y partidarios

estaban atemorizados. Los falangistas tenían las manos libres para comportarse como bien les pareciera. Ninguna ley divina ni humana iba a detenerlos.

Saturnino nada vio de lo sucedido en aquellos primeros meses de la guerra. En todo caso, oyó las canciones callejeras, los gritos, los lamentos. Pero otros vecinos de Mudrián tienen los recuerdos todavía frescos, sobre todo aquéllos que formaban con el Cojo en el Ayuntamiento o Casa del Pueblo, sus amigos. El peligro desde luego no era ficticio. Tampoco el miedo era irracional.

—Yo escapé nada más saber que estaban aquí —dice Tomás Gómez Otero, actualmente próspero negociante en tabacos—. Yo era amigo de Saturnino, pero de política no sabía nada; me había pasado la vida cuidando cerdos y vacas por el campo. Ni siquiera sabía leer. Pero me entró miedo por lo que pudiera pasar y me escapé. Pasé los tres primeros días subido en la copa de un pino, sin bajar para nada, ni para comer ni para dormir, para nada. Yo estaba allí y a veces los veía pasar de lejos con las pistolas y las escopetas. Perseguían a todos los amigos del alcalde. Después, más tarde, me hice falangista para que no me ocurriera nada y del campo de instrucción me mandaron al frente, con los nacionales. Pero me pasé con la República y más tarde volví a pasarme con éstos. Era todo muy complicado y muy difícil. Yo sabía que si me descubrían los del pueblo, me la cargaba. Así que me las tuve que arreglar.

La odisea de Tomás Gómez fue muy larga y compleja. Incluso después de terminada la guerra procuró no reaparecer por Mudrián, aunque era oficialmente falangista, y se fue a Madrid, en donde comenzó vendiendo cigarrillos en los clubs nocturnos. Ahora se siente muy orgulloso de haber ofrecido selecto tabaco de importación ilegal a más de un ministro del nuevo régimen. Y ha corrido a abrazar a su amigo apenas enterado de que continuaba con vida.

Los nuevos dueños de la situación recorrían las silenciosas calles de Mudrián a altas horas de la noche. Golpeaban en las ventanas tras de las cuales sabían que estaba durmiendo un republicano o un no-falangista. Primero les gritaban: «¡Arriba España!», y una vez que habían obtenido respuesta con la misma consigna, los sacaban de la cama y los obligaban a

pasear por el pueblo despertando a sus propios compañeros de ideales o de indiferencia, cantando también ellos los himnos nacionalistas. Iban en grupo, rodeados por los recién llegados, insultándose a sí mismos, cantando:

Muera Largo Caballero
y todos sus compañeros.

Los obligaban a cantar durante horas, tarde y noche, sin descanso. Los obligaban a rezar el Credo a voz en cuello, y a quienes lo habían olvidado los golpeaban. Durante la misa, los colocaban al frente del altar con los brazos en cruz «para que hicieran penitencia». Saturnino oía todo aquello y, más tarde, acudía el cura a narrarle cuanto estaba sucediendo en su aldea. Los amigos más fieles estaban lejos de allí. Aquel género de castigo se dedicaba únicamente a los simpatizantes, a los sospechosos, a los menos destacados. Los otros habían huido o habían sido apresados. El Cojo Charrabacos tenía mucho tiempo para meditar en todos los acontecimientos que habían conducido a la catástrofe. No en los grandes hechos de los políticos y de los militares, que él ignoraba casi por completo, sino en los de su propia y pequeña historia.

Todo había comenzado un día lejano en que Saturnino había decidido aprender a leer.

3. «Hay que matarlo, hay que matarlo».

—Pero antes voy a contarles lo que ocurrió nada más proclamarse la República. Se proclamó el día 14 de abril de 1931 y aquí se preparó una organización obrera. A los tres o cuatro meses se creó la U.G.T. que era un sindicato; aquí nunca ha habido partidos políticos. Los trabajadores se unieron al sindicato y la otra mitad del pueblo pues eran los que llamaban de la CEDA o de derechas. Pero ya sabe usted, entre los obreros casi nadie sabía leer y escribir, así que todo marchaba muy mal. No sabían levantar actas ni ocuparse de los escritos. Entonces me llamaron a mí y me dijeron que si quería ser presidente. Yo les dije que bueno, que sería el presidente. Lo primero que hice fue aprenderme de memoria el Código del Trabajo,

porque no me gustaban las cosas a medias; a mí me gustaba hacerlo todo bien, ni a favor de la derecha ni a favor de la izquierda, sino con justicia. Y un día vinieron aquí unas personas, don Francisco Martín de Antonio, no sé si lo habrá conocido usted, que era diputado por Segovia. Me invitaron a ir a Segovia a un mitin y, estando allí, hice una cosa parecida a la de Castelar. Según estaban hablando los oradores, salté yo diciendo lo que era la democracia, lo que había que organizar, lo que era el camino de la verdad, bien a las claras. Y todos dijeron quién es ése, qué es, de dónde viene, parece que vale, en fin… Así fue como me hice famoso.

»Mi primera actividad política fue cuando me eligieron presidente de la U.G.T., al año de la República. Una vez formada la Unión empezó a funcionar, pero muy mal, durante un año. Durante ese tiempo yo seguía ocupándome de mis asuntos, cobrando los seguros y todo lo demás, pero seguía estudiando Derecho porque me gustaba mucho. Don Pablo Guillén, que luego sería nombrado alcalde de Sevilla, cuando la guerra, me quiso llevar como secretario particular suyo. Cuando él estaba en Torrijos hice unas oposiciones y las aprobé, pero no pude ingresar, no pudieron darme la plaza porque todavía no había cumplido los veinticinco años. Sólo esperaba cumplir los veinticinco años para ingresar como secretario judicial de aquel pueblo de Toledo. Pero al nombrarme presidente de la U.G.T. y más tarde gestor…

»A la política, a la política no me quería dedicar. Lo que yo quería, mire usted, era un medio de vida para poderme educar bien y colocarme después en un puesto fijo, que era a lo que más aspiraba. Hombre, también pensaba en los demás y me he perjudicado yo mismo por ayudar al prójimo, porque creo que eso es un deber ciudadano: lo que no quieres para ti no lo quieras para los otros. Yo creo que es mejor hacer el bien a un amigo que hacérselo a sí mismo; por lo menos, yo lo entiendo así.

El Cojo y sus hermanos afirman que aceptó aquel nombramiento sindical «para no trabajar». Entendámonos. Durante su corta vida, Saturnino había ido arrastrando su pierna paralítica de pueblo en pueblo para aportar unos reales a la escasa economía familiar; había trabajado mucho, pero no estaba capacitado físicamente para «trabajar»; no podía colocarse como resinero en los pinares, como segador en los campos. Desde

hacía muchos años buscaba un empleo burocrático, no «para no trabajar», sino para trabajar en aquello que podía y le gustaba. La U.G.T. de Mudrián le daba aquella oportunidad. Su estrella brillaba con fuerza sobre aquel grupo de obreros analfabetos y tímidos, constantemente explotados por terratenientes y fabricantes.

Y la pequeña luz de esa estrella iba a doler terriblemente a unas personas que se habían esforzado mucho porque Saturnino no saliera de su ignorancia Los caciques de Mudrián y de los alrededores no podían soportar que un muchacho cojo les fuera con exigencias y pretendiese organizar a su modo a los obreros, hasta entonces sumisos, dóciles y medio esclavizados. Efectivamente, allí no había partidos políticos, no había derechas e izquierdas. Únicamente había, como siempre, ricos y pobres. Y los ricos veían de pronto que los pobres también exigían sus derechos, que seguían a un capitán sabedor de extraños oficios: zapatero remendón, agente de seguros, cubicador de piedras, semiabogado… Lo seguían, lo adoraban y corrían peligro de cambiar para siempre los principios feudales que habían reinado en Castilla más o menos desde que aquellas tierras fueron arrebatadas a los moros, en la Baja Edad Media.

¿Quién era, quién era, de dónde venía aquel muchacho poliomielítico que montaba un burro? No era nadie; un hijo de pobre, un emancipado de la incultura, un hombre que buscaba hacerse un huequecito en la burocracia para que su alimento no dependiese más del vigor físico, como ocurría a sus compañeros de destino. Ni era socialista ni había pertenecido jamás a ningún partido político. No obstante, creía que la única ideología que debía llevarse, especialmente al trabajador, era la socialista, pero —eso sí— un socialismo bien organizado. Saturnino no era un ideólogo, sino un aspirante a burócrata. Sólo deseaba organizar bien algo que se le daba embarullado, en este caso el reducido grupo de pobres afiliados a la Unión General de Trabajadores. La U.G.T. contaba en España en 1933 con más de un millón de afiliados, de los cuales ciento cincuenta mil eran trabajadores de la tierra. Estrechamente vinculado al Partido Socialista Obrero Español, era con gran diferencia más poderoso que el sindicato católico y ligeramente inferior en número a la C.N.T., el sindicato anarquista.

Saturnino fue elegido presidente del sindicato local a principios de 1933 y como tal permaneció hasta el día 24 de julio de 1936. El 14 de marzo de 1936 fue elegido por la Comisión gestora de Mudrián como auténtico alcalde del pueblo. Saturnino aceptó aquel cargo obligado por el gobernador, que deseaba aclarar la situación del municipio, en el que existía un desfalco de doscientas mil pesetas. Pero en esos tres años había tenido tiempo el Cojo de hacerse famoso en toda la provincia y de llegar incluso a Madrid. Le gustara o no la política, sabía desenvolverse bien en ella. Hasta el momento de ser nombrado alcalde no tenía enemigos de consideración, o por lo menos sus enemigos guardaban silencio. Pero ser nombrado alcalde a dedo en un régimen democrático es peligroso. Principalmente porque era preciso expulsar al verdadero alcalde. Al primer cacique de Mudrián. Juan Marcelo del Campo, hombre rico, sabía de sobras quién era Saturnino y las razones que Saturnino tenía para alegrarse de expulsarlo del sillón municipal. Juan Marcelo del Campo tiene en la actualidad noventa y ocho años y es ciego. Ciego y prudente. Cuentan en Mudrián que al enterarse de que el Cojo estaba con vida, en 1970, recorría las calles en solitario susurrando entre dientes: «Hay que matarlo, hay que matarlo». Pero su calculada prudencia le impide decirnos a nosotros esas palabras. «Era buen muchacho, era buen muchacho. Sí, me echó de alcalde, pero bien que lo ha pagado. No era mal chico. Y usted, ¿quién es? ¿Con qué derecho me pregunta? Déjeme que le toque. Usted no sabe nada de lo que ocurrió. Sí, por eso me pregunta, pero yo no quiero contestarle». Fue el único que no se puso contento el día que corrió la noticia de que Saturnino de Lucas había resucitado y salido de su infecto agujero.

En febrero de 1936, Saturnino fue nombrado delegado del Frente Popular por el partido de Cuéllar. El día 15 del mes anterior se había firmado el pacto de este Frente entre las fuerzas izquierdistas españolas: los partidos Socialista, Comunista, Izquierda Republicana, Sindicalista, Republicano Federal, P.O.U.M y el sindicato U.G.T. El Cojo Charrabacos pasaba mediante este pacto eminentemente electoral a convertirse en todo un personaje. La propaganda iba a ser más apasionada que nunca. El domingo 9 de febrero se celebran en España 1048 actos de propaganda

electoral, pero en ellos «no se produjo ni un solo hecho de sangre, ni el más ligero incidente», según ha escrito José Pla.

—Yo estuve en Madrid unos ocho días y tuvimos un congreso de labradores; por cierto, fue allí donde yo hablé mucho. Hombre, yo creo que hablaba bien, creo que sí. Además, les ponía ejemplos vivos, casos que me habían sucedido a mí y la manera como yo veía la cuestión. No, a mí no me gustaba la exaltación, pero disponía de buena verborrea para los mítines. Jamás hubo un desorden público, no, señor. Bueno, mire usted: la provincia de Segovia tiene doscientos setenta y cinco ayuntamientos y no sé si habrá quedado alguno en el que no haya hablado yo. De la provincia no salí, tan sólo a Madrid y a Albacete. Los falangistas no aparecían, no había. Esto era cuando las elecciones y preelecciones y esas cosas.

Las elecciones del 16 de febrero transcurrieron, pues, con normalidad. Resultados: nueve millones ochocientos mil votantes, un setenta y dos por ciento del censo total; cuatro millones setecientos mil votos para la izquierda, casi cuatro millones y medio para la derecha, y medio millón para el centro, incluidos los nacionalistas vascos[4]. El reparto acababa de encender la mecha de la gran traca. El Cojo, aturdido por los mítines aldeanos, no pudo enterarse bien de lo que estaba ocurriendo en los altos sillones de mando. Generales insatisfechos, prisioneros liberados, aristócratas que huían a Francia, políticos más nerviosos de lo necesario… En realidad, aquel 16 de febrero marcaba una línea divisoria en el país, separaba dos frentes que serían más o menos los del comienzo de la guerra.

Y Mudrián, el villorrio olvidado, quedaba a la derecha, como toda Castillá la Vieja. Saturnino había perdido.

—Los otros me veían mal, pero me tenían miedo. El alcalde era don Juan Marcelo del Campo. Sí, había elecciones, pero a los electores los compraban con trigo, los emborrachaban… O sea, un voto un duro, una fanega de trigo, un saco de patatas…

Y la traca soltaba ya sus primeras explosiones. Altas conspiraciones, asesinatos callejeros, atentados de todo género, quema de iglesias. Los proletarios habían votado al Frente Popular para que la República les diera las tierras que desde siglos venían cultivando, pero la reforma agraria había sido hasta entonces una buena palabra. Y ahora se apoderaban directamente

de la tierra, a veces luchando contra la Guardia Civil y contra los terratenientes y sus mercenarios. En muchas provincias, los obreros ocupaban las grandes fincas y comenzaban a trabajarlas dirigidos por sus representantes sindicales, limitándose a dar cuenta de ello al Ministerio de Agricultura para que legalizase la situación. Se trataba efectivamente de la más grave e insospechada subversión del orden social; ni siquiera muchos políticos izquierdistas, que por lo general eran también ricos, habían pensado en ello.

—Naturalmente, al final yo era enemigo de todos ellos. Lo que más me perjudicó fue que, como estaba al tanto del trabajo, es decir, de las leyes vigentes, sabía cómo comportarme. Aquí había casos en que pagaban mal a los obreros y venían de muchos pueblos a consultarme y pedirme que pusiera remedio. Y si era una cosa justa, yo hacía lo que podía. Aquí no había huelgas ni escándalos, los obreros continuaban trabajando en la resina como siempre. Yo conseguí muchas, muchas mejoras. Por ejemplo, conseguí el primer sueldo fijo para los obreros agrícolas y para los resineros. Aunque seguían trabajando los domingos y nunca tenían vacaciones ni les quedaba retiro alguno… Y esto fue por lo que más tarde quisieron perderme, porque llegaba por ejemplo Basilio Mesa, que era uno de los que peor me querían, uno de Navas de Oro que tenía una fábrica grande de resinas, llegaba y como veía que yo le ponía los puntos sobre las íes, como suele decirse, dijo delante de algunas personas que me cortaría la cabeza y ofreció diez mil pesetas. Y Carlos Rodríguez, también de Navas de Oro, dueño de una fábrica de electricidad, que compraba nícalo, centeno y esas cosas… Y esa oposición me daba más fuerzas para luchar.

En cierta ocasión, Rodríguez y Saturnino fueron juntos al Gobierno Civil de Segovia. El fabricante acusó al Cojo ante el gobernador de ser un chantajista y de cobrar el sueldo que le obligaba a él a pagar a los obreros. Saturnino asegura que jamás les cobró un céntimo por sus gestiones, y tan indignado quedó por la acusación que allí mismo le arreó una bofetada y lo arrojó al suelo. No le pasó nada. «¡Hombre, Saturnino, que estamos en el Gobierno!», le dijo alguien. «Pues si estamos para una cosa, también estamos para las otras», respondió el alcalde de Mudrián. A Carlos Rodríguez no se le olvidaría aquella bofetada, desde luego. Apenas iniciada

la guerra civil, ofreció treinta mil pesetas por la cabeza del Cojo, que fueron a sumarse a las cantidades que ofrecían otros ricos de la comarca.

—Antes, cuando ofrecieron diez mil pesetas por mi cabeza, solamente razoné con aquel bofetón. Pero es que tardé en saberlo por lo menos treinta días. Yo estaba muy tranquilo, pero cuando andaba por Segovia veía que me escoltaban las Juventudes. Entonces les pregunté que qué pasaba. «Nada, mira, pasa esto: que te quieren cortar la cabeza y tal». Sin embargo, yo no tenía miedo ni cuando iba por los caminos. Nunca iba armado. Además, la gente me quería mucho, encontraba apoyo en todos los sitios adónde iba. No tenía miedo porque sabía que la gente de por aquí no se atrevería a hacerlo, porque yo era como un ídolo, me querían con delirio. Claro, yo siempre me he portado bien con la gente, he ayudado a todo el mundo.

De hecho, el Cojo conocía bien a sus enemigos y el alto precio que valía su cabeza. Dos hombres se habían acercado un día a él para contárselo,

—Mira, Saturnino, Fulano de Tal nos va a pagar tanto dinero si te cortamos la cabeza y te dejamos en el sitio. Nosotros hemos dicho que no porque te queremos, pero ya estás avisado. Es mucho dinero y a cualquiera puede entrarle la tentación.

Sin embargo, no fue así hasta la llegada de aquellos tres vehículos nocturnos. Nadie se había atrevido a tocar un pelo de la cabeza del muchacho. Saturnino tenía entonces veinticinco años.

Era una especie de abogado de los pobres. Acaso deseaba ser abogado de los ricos, estudiaba Derecho para tener un trabajo bien pagado, pero el hecho es que se ocupaba de los pobres.

—Si usted me hubiera visto intervenir en los juicios… He intervenido en muchos, ¿sabe?, aquí en los pueblos, en Mudrián por ejemplo, no como alcalde, sino como defensor de las partes. Como no había aquí abogados particulares, yo mismo me ocupaba de eso, por ejemplo en cuestiones de fincas. Yo iba como defensor. Asunto que me encargaban, asunto que ganaba. Como se dice en los pueblos, abogado de las siete perrillas, que no sabe nada pero usted ya me entiende… A los dieciocho años ya dominaba el Derecho estupendamente. Siempre he tenido una memoria, una reminiscencia, extraordinaria.

Su amigo Tomás confirmaría estas cualidades: «No había abogado que le metiera mano». Saturnino era algo así como asesor jurídico de todos los afiliados al Frente Popular. Además, llevaba pequeños asuntos privados, problemas entre propietarios de escasa tierra. Con todo ello podía vivir holgadamente. Sus hermanos y padres se sentían dichosos. El muchacho cojo que podía haber representado una boca más a la hora de repartir los garbanzos, porque nunca hubiera podido internarse en los pinares a recoger la resina o en los anchos campos a segar el cereal, se había convertido en todo un personaje y eso hasta le permitía cobrar. Siete perrillas, desde luego, pero menos era nada. Ello hacía que los caciques tradicionales pero pobres lo envidiaran y que los caciques ricos lo temieran. Poseía ciertamente el don más peligroso: la cultura. Con todos los códigos legales metidos en la mollera, ésta había pasado a valer muchos miles de pesetas. A ese convencimiento habían llegado también campesinos y resineros, que aclamaban a su líder renco y en modo alguno estaban dispuestos a traicionarlo.

—Sí, yo era un hombre importante, pues tanto en el Ministerio de Trabajo como en la Dirección General del Trabajo me pedían informes sobre la cuestión de los pueblos. Republicano, republicano… Yo nunca he pertenecido a ningún partido. Mentalmente me gustaba la democracia, ya le digo, ideológicamente me gustaba la democracia y creo que es el punto culminante para que un Estado pueda ser lo que debe ser. Yo respetaba a todo el mundo. Aquí hasta los mismos de derechas me querían y me animaban. Yo aquí siempre he tenido amigos hasta que estalló la guerra.

»Como hombres políticos de España creo que admiraba sobre todo a don Marcelino Domingo (diputado republicano durante la monarquía, más tarde radical-socialista), lo consideraba uno de los mejores que había. Luego también a don Julián Besteiro y también a Pablo Iglesias, pero este último tenía a mi juicio ciertos errores en la interpretación del socialismo.

Aunque Saturnino no estuvo afiliado a ningún partido y se consideraba simple demócrata, su admiración por estos tres grandes líderes socialistas del primer tercio de siglo muestra que, en la realidad se consideraba socialista, socialista casi utópico.

—Lo que más he admirado en un hombre político es la sencillez y el amor al prójimo, porque la política, francamente, si hablamos de política, yo creo que lo más propio suyo es mirar por los demás, no por nosotros mismos; apartarse del egoísmo personal y mirar por lo que dice la religión, y hasta que no se llegue a eso no habrá política ni habrá gobiernos ni habrá Estados ni habrá más que una idea: que nos pegamos unos a otros, que nos ofendemos unos a otros. Es una teoría un poco idealista y acaso nunca se llegue a ella, pero algún día llegará.

Evidentemente, el Cojo Charrabacos no sabía una palabra de política, por lo menos de la política que se hacía en su época, antes de su época y en la que se practica hoy y se practicará probablemente siempre. Confundía la política con los buenos sentimientos, cosa comprensible en un autodidacta del campo, pero también radicalmente falsa. Tal vez haya habido alguna vez políticos como los que soñaba Saturnino, preocupados más por los otros que por sí mismos, pero ciertamente esos políticos no triunfaron jamás. Saturnino era un idealista total, como demostraría al narrar sus proyectos una vez salido del agujero; un idealista que no abdicó de sus ideas ni ante la visión de lo que estaba ocurriendo en España en la década del treinta ni ante lo que hubiera podido pensar y recapacitar en su escondrijo. Como tantas otras veces, el hombre puro se integraba a unas organizaciones de mando que ignoraba y cuyos fines no podía presentir. Engañado por los hechos, por la necesidad de ganarse el pan de cada día, el Cojo de Mudrián, aunque no era político, *creía* en la política. Pagaría muy cara su fe.

Obtuvo algunos éxitos como «político». Cuando la República traicionó a la democracia y se dedicó a expulsar de sus cargos a los alcaldes elegidos en las elecciones del memorable 16 de febrero, simplemente porque eran de derechas, en muchos lugares se crearon Comisiones gestoras, que habían aparecido ya con la Dictadura de Primo de Rivera. Comisiones encargadas de gobernar los municipios y de las que había de salir un nuevo jefe del mismo, un nuevo alcalde. El gobernador de Segovia eligió su Comisión gestora de Mudrián y Saturnino de Lucas sería nombrado alcalde del pueblo. Probablemente aquellas elecciones no fueron legales; probablemente Mudrián era uno de aquellos «burgos podridos» de que hablaba Manuel Azaña en donde los votos se compraban muy baratos.

A nadie sorprendería. Siempre que en España ha habido elecciones han existido manejos de este género. Sobre todo en las regiones campesinas. Una terrateniente beata regalaba un colchón al obrero miserable, en sublime rasgo de caridad, y así se atraía un voto para la causa católica, que era derechista y aristocrática. Otro propietario amenazaba con no dar trabajo a quienes votaran a su oposición. Un tercero se colocaba ante las urnas e iba pagando religiosamente cada voto; el precio solía ser un duro, equivalente a jornada y media de trabajo del obrero. O pagaba en especie: trigo, patatas, garbanzos… La carne estaba demasiado cara y sería un privilegio intolerable.

De todas maneras, los de Mudrián no se acogieron a la ley para impugnar las elecciones, dado que hubieran sido ilegales. Aunque llegaron protestas de varias provincias (Ciudad Real, Albacete, Orense, etc.), únicamente se anularon las de Granada porque los agentes electorales de derechas actuaron armados y con el apoyo de la fuerza pública. Así, pues, Saturnino fue nombrado alcalde el día 14 de marzo de 1936. Y el legítimo dueño de ese cargo, Juan Marcelo del Campo, pasaría a convertirse en teniente de alcalde, lo cual ya era, cuando menos, una hermosa cortesía por parte del Cojo y de toda la Comisión gestora. Claro que ese segundo puesto no satisfacía en absoluto al cacique.

El cargo de delegado provincial del Frente Popular por el partido de Cuéllar situaba a Saturnino en buena posición por toda la comarca. Viajó dos veces a Madrid. La primera, en compañía de Teodosio Marcos, del pueblo de Piniflos, al Congreso del partido Socialista Radical. La segunda vez iba enviado por la U.G.T. como representante provincial de unos cuantos lugares importantes: Samboal, Navas de Oro, Coca, Chañe y, naturalmente, su propio pueblo.

—El 31 de mayo de 1936, después de seis días de reuniones, fui el que creó el Jurado Mixto Circunstancial de Industrias Químicas… Este congreso se celebró en Madrid, en la sede de la Unión General de Trabajadores, en la calle de García de la Hoz. Fui elegido por unanimidad de toda España. Sí, era un Jurado nacional y yo fui el primer presidente que hubo. Fui yo quien lo creó. Es que estaba metido en lo de la resina, ya sabe usted, que era de química, por eso me eligieron. De modo que cuando

estalló el Movimiento yo era alcalde de Mudrián, delegado del Frente Popular por Cuéllar y presidente del Jurado.

De los tres cargos, sólo el menos importante era realmente comprometido. Ser alcalde habiendo desbancado a uno de los caciques era más que peligroso. En Mudrián no había ejército ni guardias civiles; el Cojo lo repite sin cesar.

—Aquí no había más que una cosa. A mí me dijo Juan

Marcelo: «Aquí ha mandado mi abuelo, ha mandado también mi padre, ahora mando yo y después mandará mi hijo». ¿Se da usted cuenta de esto?

Ambos hombres se conocían muy bien y de antiguo. Juan Marcelo había sido alcalde durante más de treinta años consecutivos. Y tampoco había de equivocarse en su profecía. Su hijo, Fausto Marcelo, es actualmente alcalde de Mudrián, desde el año 1950. Era lógico que el hombre no se resignase a ver cómo Saturnino, hijo de una de las familias más pobres, se apoderaba del bastón de mando con la disculpa del supuesto desfalco de doscientas mil pesetas. Hasta entonces siempre le había tocado perder, durante los veinticinco años de su vida. Juan había insistido mucho para que el Cojo no aprendiera las primeras letras, pero ahora recibía el justo pago a sus caciquerías antiguas. Con nostalgia quizá, con curiosas palabras, dice ahora Saturnino: «Aquí, sabe usted, siempre hemos estado bajo el mismo aspecto». Bajo la voluntad de los caciques.

Sin embargo, en Mudrián ocurría un caso bastante singular. Los curas no han sido nunca amigos de los caciques. Por lo tanto, eran amigos de los enemigos de los caciques, cosa ciertamente muy sorprendente y rara en nuestro país.

—El cura que había aquí entonces, don Alberto García Matesanz, era un hombre. Y el anterior también lo era. Don Miguel Llorente está ahora de párroco en la Fuencisla de Segovia, debe de tener ya por lo menos ochenta años y dice que no quiere morirse sin verme y que no ha venido porque no puede salir de casa.

El cura Llorente había ayudado al Cojo desde que era un niño. Una vez nombrado alcalde, fue un día a su despacho a pedirle permiso para celebrar la procesión de San José. Saturnino se puso ante una vieja máquina de

escribir y le autorizó a que sacara libremente los santos por la calle e hiciese lo que le pareciera más conveniente.

Cuando alguien duda de las palabras de Saturnino, le dice que vaya a preguntar a ese viejo cura. Y el viejo cura ha dado, todavía ahora, magníficos informes a las autoridades sobre la personalidad del exalcalde.

—Al poco tiempo se marchó a Hoyuelos y vino García Matesanz, el cura que me guardó al principio, porque si no es por él me matan. Pues no estaban de parte de los caciques; estos curas eran míos, o sea me querían a mí más que a ellos.

En efecto, así debió de ser, y no por razones pastorales, si es que puede hablarse de este modo, sino por motivos puramente humanos: porque Saturnino merecía aquella protección. El Cojo ni siquiera era católico practicante.

—La misa me gustaba poco; cuando había un compromiso, iba; si no, no. Sí, sí, yo creo en la Divina Providencia, aunque parezca mentira. Yo creo que existe algo sobrenatural en nosotros que es lo que nos protege, ¿me entiende usted? La Iglesia, claro, estaba vinculada a ese grupo de los caciques más de lo justo. Y eso es lo que me llevaba a mí por la calle de la amargura. He discutido muchas veces con los curas sobre ese asunto. No hay que confundir las cosas terrenas con la religiosidad. Bien, esa idea de la Divina Providencia me vino leyendo la Biblia, pues la he leído desde el Génesis hasta el Gran Predicador, conozco todo el Nuevo Testamento. Sí, yo creo todo lo que decía Lutero. No soy protestante, creo que tengo una religión especial, en parte comparto la de Lutero: que cada uno interprete las cosas según la medida de sus sentidos. Directamente no he leído a Lutero, no, pero creo que la cuestión de la religión debe interpretarse según le parezca a uno más conveniente. No creo que la Biblia sea un libro auténticamente sagrado. Además, en la cuestión de la religión creo que falta mucho coraje.

4. «Trabajaremos juntos toda la vida».

En 1936, la noche del 24 de julio de 1936, solamente un ateo podría haber hablado de esta manera. Mejor dicho, sólo un socialista español al

que se le habían indigestado los conocimientos adquiridos casi de contrabando, por encima de todas las órdenes del alcalde, a salto de mata. La única explicación de que el cura Alberto García Matesanz arriesgara tanto para darle cobijo ha de estar en las cualidades humanas del Cojo, en su comportamiento personal durante los agitados años en que se dedicó a la política. Se había portado como un caballero obligándolo a desmontar minutos antes de que emprendiera la huida, desde luego; quizás había impedido que lo mataran, pero el caso de un cura que da cobijo a un alcalde frentepopulista en su casa es, por lo que sabemos, único en la historia de la revolución española.

Aquella noche cesaría violentamente Saturnino de todos sus cargos públicos. Ahora se había convertido en un pobre tipo cuya cabeza estaba a precio. No le quedaba ningún amigo, ningún familiar que se atreviera a defenderlo. Sólo un cura al que, en apariencia, nada le vinculaba: ni una amistad, ni una fe, ni un ideal.

—Hace treinta y cuatro años, el 24 de julio, a la una de la mañana, a la una y veinticinco de la mañana, sí, fue cuando me encerré.

En aquella casa vivían tres personas: Alberto García Matesanz, párroco del pueblo, su padre anciano y el ama de llaves. Era una casa como las otras de Mudrián, algo mejor arreglada, algo mejor amueblada. No olía a estiércol, sino levemente al incienso de las ceremonias, a la cera de las velas. Lo que verdaderamente distinguía aquella casa de las demás eran los libros. Don Alberto poseía unos cuantos libros, artículo casi por completo desconocido en las otras viviendas aldeanas. Sin embargo, Saturnino no podía leerlos. Al principio, ni siquiera podía soportar el aburrimiento, la inmovilidad. El hombre de veinticinco años, cojo y todo, había sido hasta entonces activo, ágil; nunca se había estado quieto. Y de pronto se veía condenado a un cajón en el que apenas podía revolverse.

Estaba situado en un rincón de la cuadra, cerca del pesebre del caballo. En épocas de abundancia, el cura guardaba allí cebada y avena para el animal. Era un arcón de recia madera de pino, una especie de armario que a Saturnino le pareció al comienzo un ataúd. No podía ponerse de pie ni tumbarse. Había de estar siempre sentado, con la espalda apoyada en una de

las paredes laterales. El cura le llevó una botija pequeña para que no se muriera de sed y otra vasija que el Cojo colocó en un rinconcillo.

—Allí hacía de aguas, es decir, los residuos urinarios los hacía allí todos. Y el mismo cura los echaba afuera por la noche. El cura me parece que tenía entonces treinta y cuatro años.

Casi tres años había de pasar el alcalde en aquel armario. Lo primero que hizo fue perforar el techo de la caja para que le entrara un poco de luz y de aire a través de los agujeros. Luego, el cura le proveyó de una colchoneta de paja y de un par de mantas con vistas al crudo invierno segoviano. Por las mañanas, apenas amanecido, le llevaba él mismo el desayuno: un vasito de leche y una o dos onzas de chocolate. Saturnino dormía muy poco, cuatro o cinco horas, y cuando llegaba el desayuno estaba ya hambriento. La comida de mediodía se retrasaba siempre un poco. Primero comían ellos y luego el sacerdote bajaba con algunas cosas para el hombre oculto. Saturnino fue quizás el hombre que mejor comió en Mudrián durante los tres años de guerra. También sin duda uno de los que mejor comieron en España.

—Unas veces me llevaba merluza, otras veces boquerones, otras jamón. Jamón fue lo que más comí, con pan o sin pan. De vino nada, porque soy abstemio; nunca me ha gustado el vino. Si algo me he metido en la boca, en seguida lo echaba afuera. Ahora sólo bebo limón, naranja y esas cosas embotelladas, pero nunca bebidas alcohólicas.

Entretanto, sus convecinos pasaban hambre. Menos que los otros españoles que vivían en las ciudades, desde luego, pero Mudrián, como todos los pueblos de la península, sufrió carestías y racionamientos. En las capitales la gente se veía obligada a comer cáscaras de naranja, a asar ratones o pájaros. En algunos frentes los soldados degollaban mulas y asnos para resistir los combates. Un trozo de sebo rancio y cubierto de moscas era más precioso que un fajo de billetes… Pero también las aldeas pagaron el gran pecado de la guerra. Llegaban las requisas. Cada pueblo había de contribuir con una parte de cereal y de ganado, y esa parte salía muchas veces de las casas más pobres. Un pastor soriano ha contado más tarde cómo su rebaño de quinientas ovejas quedó reducido a la nada en virtud de tales requisas, en tanto el rebaño del alcalde engrosaba de mes en mes. Pero

el hambre de Mudrián tomaba formas sarcásticas. Era relativamente fácil encontrar jamón, tocino y embutidos gracias a la proximidad de Cantimpalos y Carbonero, pueblos muy destacados en las industrias del cerdo, y gracias a las reservas de los campesinos; lo que no aparecía era el pan. Y el jamón sin pan es como masticar un trozo de madera. El pan ha sido siempre la base de la alimentación de los campesinos castellanos. Se le añade alguna otra cosa —jamón, cebollas, tocino, pimientos, chorizo— para que pase mejor, pero si falta hasta el alimento más exquisito resulta insípido. Los campos vacíos de brazos, el trigo sin sembrar…, pero en las despensas, alacenas y orzas quedaba siempre parte de la matanza. «Aquí se pasó pero que muy mal, muy mal, muy mal», repite Saturnino. Incluso en la casa del párroco faltó el pan durante siete largos meses. No obstante, se disponía de carne y de pescado.

También el Cojo disponía de rumores y de noticias. Cuando el ama y el padre del cura iban a acostarse, Alberto bajaba a la cuadra, abría el arcón de Saturnino y salía éste a estirar las piernas. Fumaba junto al párroco el primer cigarrillo del día. Dentro de la caja no podía hacerlo por miedo a que el humo lo delatara, y eso que el alcalde era fumador empedernido.

A la luz de una vela y mientras el caballo los miraba a intervalos con sus ojazos inexpresivos, los dos hombres hablaban de lo que estaba ocurriendo, intentaban adivinar cómo sería el futuro. En realidad, lo único que hacían era esperar, esperar.

—Yo pensaba que aquello podría durar bastante, lo pensé desde el principio. Porque verá usted: cuando el Gobierno no consigue arreglar estas cosas en setenta y dos horas, lo normal es que se alargue mucho, y luego es muy difícil encontrar una forma de arreglo, cuando se recibe ayuda de una manera clara. Por tanto, yo creía desde el principio que la guerra estaba perdida. Y el cura pensaba del mismo modo. Coincidíamos plenamente en que, tal como se estaban desarrollando, los hechos no tendrían un buen final. Cuando no hay unión, no hay fuerza. Y aquí, hay que decir la verdad, estaban divididos. Pero ellos obraban de una manera tan amañada, eran tan mañosos como incultos, ¿me comprende? Sin embargo, para eso fueron maravillosos. Yo siempre he creído, y lo sostendré, por lo menos hasta hoy,

que las rupturas en el bando de las derechas eran muy pocas. Nosotros, en cambio…

Expertos más analíticos que Saturnino han dicho también que un factor decisivo de la guerra civil española fue ese mismo: la unión de los unos y la desunión de los otros. Saturnino tenía tiempo de sobras para realizar sus cálculos. En la hedionda oscuridad del cajón, acurrucado durante muchas horas, el Cojo Charrabacos medía el tiempo con el calendario de sus pensamientos. Y al llegar la noche se los exponía al cura. Les daban las doce en esas charlas. Nadie en el mundo fuera del sacerdote sabía que allí estaba el alcalde depuesto. La intimidad de los dos hombres debió de ser muy grande. El sacerdote en ningún momento pretendió confesar o catequizar a Saturnino. Parece incluso que el contacto con aquel hombre inculto, casi ateo, terminó por minar su propia fe. O quizá la marcha de los acontecimientos.

—El cura me admiraba mucho, tanto que me dijo que si esto acababa con bien íbamos a hacer juntos una cosa. «Mira, yo me retiro de sacerdote, pero tú no se lo digas a nadie, ¿eh?, y viviremos juntos toda la vida. ¿Entiendes lo que quiero decirte? Tú te licencias como letrado y yo seré tu pasante, y trabajaremos juntos toda la vida». Eso si ganaba la República, desde luego.

Aquel proyecto no pudo realizarse. Ni la República ganó ni Alberto García Matesanz vivió para tomar decisiones. En Mudrián dicen que murió como un pecador, como un réprobo. Tal vez no le hayan perdonado nunca que salvara la vida de Saturnino. El 1 de abril de 1940 —y su amigo recuerda con precisión la fecha—, el párroco de Mudrián moría, según parece, blasfemando y en medio de tremendos dolores. Saturnino no estaba allí ni da más explicaciones. Tampoco los otros vecinos del pueblo quieren extenderse mucho en ese asunto. Tanto la relación entre los dos hombres como la desaparición del salvador están todavía rodeadas de algunos misterios. Si toda la historia parece increíble, este capítulo más que ningún otro. En todo caso, parece claro que el cura había terminado por volverse loco.

Los ecos de la guerra llegaban a la cuadra del cura a través de la radio y de los periódicos. Muchas de las noticias eran falsas, como ha ocurrido en

todas las guerras. El proceso de «moralización» del pueblo surtía efectos contrarios en el hombre oculto. Sabía lo que le había ocurrido a su familia y a los vecinos del pueblo, pero nadie podría jurar que supiera lo que de verdad estaba sucediendo en Guadalajara, en Toledo, en Málaga, en Badajoz, en Cataluña, en Madrid, en el Ebro, en Guernica, en Teruel… Alberto sólo tenía noticias fidedignas acerca de Mudrián y sus gentes, incluidos los padres y los seis hermanos de Saturnino.

Nadie sabía que él estuviera todavía en el pueblo. Se pensaba que había escapado a la sierra, que se había incorporado al frente, que le habían pegado un tiro en cualquier rincón de la patria hundida en sangre. Cada vecino tenía su propia versión. Sólo una posibilidad no lograba asentarse en la imaginación de ninguno: la verdadera. El párroco continuaba desempeñando sus funciones litúrgicas. El párroco veía, cuando se volvía a los feligreses para desearles la paz en las palabras rituales *Dominus vobiscum,* a unos cuantos «izquierdistas» con los brazos en cruz siguiendo la ceremonia. Algunos de ellos tenían la cabeza afeitada. Casi todos lo miraban con tristeza, con miedo. Ni siquiera eran capaces de odiar.

La única persona que tuvo inconsciente noticia de Saturnino fue el padre del clérigo. Oyó una noche que alguien tosía en la cuadra. Lleno de terror corrió a contárselo a su hijo. Éste, tan asustado como él, aunque por otras razones, recorrió con una vela todos los rincones, revolvió la paja del caballo.

—No hay nadie, padre —le dijo.

Pero el viejo continuaba siendo una presencia peligrosa. Alberto y Saturnino decidieron entonces librarse de él. Como el pueblo se había quedado sin maestro y el viejo estaba fuerte en letras, se decidió que se ocupara de los niños solitarios de Mudrián. De este modo, Saturnino podía sentirse más seguro. Todos los días el padre de Alberto se iba a enseñar las letras a los escolares, mientras el Cojo buscaba un remedio contra el resfriado. Gracias al incidente nacería en el hombre-topo un desmedido interés por la medicina y por la salud del cuerpo, interés que más tarde le haría concebir algunas ideas muy personales y esotéricas sobre el tema.

—Leí en una hoja de periódico que limpiándose las fosas nasales y los pólipos desaparecería la tos. Por las mañanas, lo primero que hay que hacer

es estornudar dos o tres veces; luego, la respiración artificial, se respira veinte veces con fuerza. Después se limpia uno las fosas con un papel enrollado en forma de embudo y con agua. De esa manera no vuelve usted a estornudar o toser en veinticuatro horas, por muy acatarrado que esté.

Meses y estaciones se sucedían en la soledad del armario. Saturnino no tenía allí dentro absolutamente nada, ni un calendario, ni un objeto para entretenerse. Tampoco los echaba de menos. Lo único que añoraba eran los libros. Siempre habían sido su gran preocupación, pero la oscuridad de la caja le impedía leer. Durante muchos años había llevado consigo a todas partes la Ley de Enjuiciamiento Criminal, pero esta vez había tenido que dejarla en la casa de sus padres. Saturnino reconoce que todavía ahora está un poco obsesionado por el Derecho. «Una cosa mala, una cosa mala».

Pensamientos, a veces absurdos, cálculos sin base lógica y recuerdos inconexos le asaltaban día y noche. Particularmente sentía nostalgia en ciertas fechas, imaginaba que se hallaba reunido con su familia, que charlaba con sus hermanos. Para suerte suya, Saturnino no tenía novia el día que se encerró. No tenía ni había tenido hasta entonces ni —naturalmente— tendría después.

—Amigas sí, amigas he tenido, pero nunca pensé en casarme, ni siquiera de joven. Sin embargo, me he corrido muchas juergas. Me gustaba la prestidigitación, los juegos de manos, la brujería, ya sabe usted. Cuando estábamos con chicas, yo decía: «¡Felisa, a desnudarse!», y organizábamos buenas juergas. Nos divertíamos con esas cosas. A ellas les gustaba yo porque sabía hacer todo eso, por pasar el rato. Pero siempre he respetado mucho a las mujeres, sí, señor. Creo que la mujer es lo mejor y lo peor; de eso tendríamos mucho que hablar, tengo hecho un estudio sobre ello. Creo que las mujeres son lo más divino y lo más desastroso…

Acaso estas juveniles «hechicerías», absolutamente ingenuas, fueron el nacimiento de ideas y prácticas que más tarde permitirían a Saturnino vivir en soledad total durante tan largos años.

La guerra, entretanto, iba devastando pueblos, campos y ciudades. La aldehuela castellana cuyo trono había ocupado efímeramente el Cojo Charrabacos había de salir con suerte. Aquellos tres coches del amanecer fueron todo el ejército invasor. Ya no sonaría un balazo, ningún paso de

soldado en Mudrián. Varios amigos del exalcalde fueron llevados a la cárcel y unos cuantos de ellos estuvieron a punto de ser condenados a muerte. Es sorprendente que su intercesor, y también acaso el salvador auténtico, fuera Marcelino de Lucas, el padre del Cojo. Un hermano de éste era administrador del Marqués de Lozoya y vivía en Segovia. El Marqués, a petición de su empleado, intercedió por Marcelino durante el juicio, y también por los otros amigos encarcelados del Cojo.

Él había estado en la cárcel desde el 27 de agosto hasta el 29 de setiembre de 1936. Como el buen hombre no sabía en dónde podía estar su hijo, nada pudo confesar.

—Le cortaron el pelo, le hicieron unas cuantas herejías, pero terminaron soltándolo —dice Saturnino.

Pero su hermano Pablo recuerda mejor los hechos. El padre, la madre y la hermana mayor fueron detenidos a consecuencia de una denuncia firmada por algunos habitantes de Mudrián. Felipe, Eugenio y Pablo estaban en el frente. En el pueblo se habían quedado los hermanos pequeños: Domitila, Eulogio y Narciso.

—Todos los días, a primera hora de la mañana, los sacaban de la cama y los paseaban por el pueblo en cueros. Así durante todo el mes que duró la detención de los padres.

La acusación principal consistía en que su hijo era presidente de la Casa del Pueblo. Los padres afirmaron que efectivamente había sido así, pero que la intención de Saturnino al aceptar el nombramiento había sido la de disolver dicha Casa. Los libros de la misma, conservados en Mudrián, podrían demostrarlo. A los dos días, y por orden del Gobernador Militar de Segovia, fueron hasta la aldea Leonardo Gutiérrez, recién nombrado Delegado, y dos acompañantes. Esta comisión investigadora comprobó efectivamente que Saturnino había sido nombrado a petición popular, después de haber sido socio de honor, y que ya en la segunda sesión propuso anular la organización.

La denuncia, firmada por veintiuna personas y encabezada por el cacique Marcelo del Campo, añadía otras pintorescas acusaciones. Se afirmaba en ella que Saturnino poseía un arsenal de armas y municiones, pero los investigadores solamente hallaron una escopeta de chimenea, usada

en la II Guerra Carlista y fabricada en 1845, completamente oxidada e inservible. Esta arma, junto a la escopeta de caza de Pablo, había sido entregada en el Municipio, según atestiguaban los recibos en poder de Marcelino. Asimismo, y en términos generales, se llamaba a Saturnino hombre sanguinario, medio brujo y se le culpaba de diferentes delitos supuestamente cometidos en sus cuatro meses de mando.

Pero al fin ninguna de las acusaciones prosperó y los padres y hermana del Cojo fueron liberados. A pesar de ello, algunos vecinos del pueblo realizaban periódicos registros en la casa familiar; los insultaban y escupían cuando salían a la calle. Marcelino dio cuenta de estos hechos al Gobernador Militar de la Provincia, ya que ningún registro se había llevado a cabo por orden suya, y jamás entró en la casa fuerza policial alguna, pero aunque se consiguió que los registros cesaran, el ambiente de hostilidad en el pueblo proseguía. Marcelino, perseguido y sin trabajo, se fue a trabajar a Bayubas de Abajo, en la provincia de Soria. La madre y las hijas tuvieron que quedarse para ocuparse del Cojo, todavía oculto en la casa del cura. Pablo continuaba en el frente de Madrid; Felipe, en Asturias y Eugenio, en Teruel, todos ellos con las fuerzas nacionalistas. Más tarde, Felipe sería licenciado y volvería a Mudrián para ocuparse de la familia.

—Es que no había más remedio que incorporarse a filas, era una cosa obligatoria. De Mudrián nadie fue a las filas de la República, nadie podía ir. El noventa por ciento, aunque por mentalidad estaba con los republicanos, se unió a los sublevados. Más que por miedo, por falta de carácter y por falta de decisión.

Como tantos otros, el pueblo se había quedado sin hombres. Y cada hombre luchaba en el lado al que le habían llevado el azar, la suerte, el miedo, la indecisión. Para quien no conoció aquella guerra, éste es el más incongruente de los enigmas. Tal vez ocurra así en todas las guerras civiles. Una circunstancia obliga a que un hermano luche al lado de los hombres que buscan al otro hermano para cortarle el cuello. Y en este caso, las fuerzas estaban muy desniveladas. Únicamente el Cojo seguía siendo enemigo.

En aquellas condiciones, no podía siquiera soñar con escapar. Sus muletas no le hubieran permitido llegar muy lejos.

Y el aislamiento crecía a medida que pasaban los meses de la guerra. Sólo le quedaba un amigo, el cura. El Cojo había de contentarse, pues, con que las sombras lo protegieran. De hecho, seguían buscándolo enconadamente; no lo habían olvidado. Y eso no podía solucionarlo ni el mismo marqués de Lozoya. Todavía alguien soñaba con las sesenta mil pesetas de recompensa, pesetas ahora en moneda nacional; los billetes del Gobierno republicano no servían para nada. Si acaso, para crear problemas a quien aún los conservara, como iba a ocurrir treinta años más tarde al propio Saturnino. En Burgos se había hecho una nueva emisión con otras efigies.

De todas maneras, era el único hombre realmente perseguido de Mudrián. En el pueblo no hubo fusilamientos; los encarcelados fueron pronto liberados. Los que rezaban a gritos el Credo por las calles en sombras habían terminado por «convertirse». Ya sólo quedaban el hambre y la espera, las voces de la radio, los partes de guerra y las cartas del frente.

Y un buen día se supo que la guerra había terminado. Alberto García Matesanz corrió a la cuadra para contárselo a su protegido. Sí, sí, no cabía duda: la República había dejado de existir. Ni él colgaría la sotana ni Saturnino volvería a empuñar la vara de mando. De un plumazo, sangriento plumazo de treinta y tres meses, quedaban enterrados, junto a medio millón de españoles, buena parte de ellos inocentes, la U.G.T., el socialismo utópico, los Jurados Mixtos de las Industrias Químicas, los mítines aldeanos, las esperanzas de muchos y los rencores de otros, aunque éstos no por completo. Mientras para los vencedores en España comenzaba a amanecer, sobre Saturnino caían las más pesadas sombras de la noche, una noche que podía ser definitiva. En realidad, la primera etapa de encierro había sido la mejor.

—¿Qué harás ahora? —preguntaba su amigo.

—Esperar.

Todavía esperar. Sobre todo, esperar. Su cabeza continuaba en situación de peligro. A pesar de haberse dirimido los odios, las envidias, la fuerza de unos ideales, al Cojo, como a tantos otros, continuaban buscándolo y persiguiéndolo. La oferta de los doce mil duros seguía en pie. En aquellos momentos de confusión y de euforia nadie o muy pocos pensaban en el

verdadero significado de la palabra inocencia, de la palabra culpa. Las guerras civiles están hechas para eso. Cerrado un capítulo vergonzoso de la historia de España, se iniciaba otro igualmente triste y desdichado. El hambre no sólo no había desaparecido, sino que empezaba a notarse con más fuerza. Las ruinas humeaban aún. De miles de hombres se ignoraba el paradero. ¿Muertos en combate, muertos en una emboscada, en una cárcel, encaramados a un pino, ocultos en una chimenea, presos en un campo de concentración francés, huidos a México, a Rusia, o entonando canciones victoriosas en la otra esquina del país, con nuevos galones, nuevas glorias, nuevos proyectos?

—Si me cogieran y me sometieran a juicio —decía Saturnino a su guardián—, estoy seguro de que no me matarían, porque sabría demostrarles que soy inocente, pero si salgo no me dejarán presentarme a las autoridades; los cobardes me matarán por la espalda como a un perro.

En la memoria de muchos, entre ellos del propio Saturnino, todavía habitan las palabras de amenaza que pronunció el jefe de una de las patrullas: «Si yo lo cogiera, la tajada más grande que haría de él sería como un palillo de dientes». Un buen día se supo que la guerra había terminado, pero la particular guerra de Mudrián seguía vigente.

Y un nuevo peligro surgió en el sombrío horizonte del Cojo. Desde finales del 39, el cura había comenzado a dar muestras de desequilibrio mental. La locura se iba adueñando de aquella mente sometida a tan extraordinaria tensión; de haber sido descubierto el cautivo, Alberto García Matesanz habría corrido un serio peligro. Saturnino hablaba diariamente con él y advertía los progresos de la demencia. Un médico había ordenado que se bañara al enfermo con agua caliente en la que debía disolverse cierta cantidad de resina. Algunas mujeres del pueblo se encargaban de la operación. La madre del Cojo era una de ellas. Cada día, hervían grandes pucheros de agua e iban llenando una tinaja de madera. Entre todas obligaban al cura a introducirse en ella. No era una tarea fácil, porque el hombre gritaba y luchaba contra sus piadosas feligresas, pero después del baño se calmaban sus nervios. Un día de febrero, sin embargo, los gritos fueron comprometedores. Cuando lo estaban desnudando algunas mujeres,

el cura comenzó a preguntar: «¿Queréis saber dónde está el Cojo, queréis saber dónde está el Cojo?»

La madre de Saturnino, Venancia, tuvo que actuar con rapidez:

—Vamos, vamos, don Alberto, todo el mundo sabe que está fugado. ¿A qué viene esto ahora? Hale, venga, al baño.

—Luego se volvió a las otras.

—Pobrecillo, cada vez está peor.

Al mismo tiempo, empujó al sacerdote dentro de la tinaja y lo hundió hasta la coronilla en el agua hirviente. El hombre no pudo seguir hablando. Más tarde, cuando hubo finalizado la cura, la madre del Cojo se quedó en la vicaría simulando atender al sacerdote; cuando todos se hubieron ido, se encaminó hasta el refugio de su hijo para comunicarle lo ocurrido. Pero al Cojo se le habían desarrollado extraordinariamente los sentidos, particularmente el auditivo, y se adelantó a la mujer. Lo había oído todo. Tenía que salir de la rectoral lo antes posible, aquella misma noche. Además de la locura del sacerdote, un nuevo hecho había venido a complicar la situación. Aquel día por la mañana había llegado un hermano del cura que no tardaría en enterarse de la presencia del alcalde republicano. Así, pues, era preciso actuar rápidamente. Saturnino dio unas breves instrucciones a su madre.

—Deja la puerta entornada esta noche. A eso de las dos iré a casa.

Venancia puso algunos reparos. Allí lo encontrarían en seguida; era el peor sitio de Mudrián… Pero el Cojo lo había meditado mucho. Ambas casas estaban casi frente por frente, separadas tan sólo por una calle no más ancha de veinte pasos. Sin despedirse de nadie, cuando eran casi las tres de la madrugada del día 3 de febrero de 1940, Saturnino envolvió su muleta con un saco y se asomó a la puerta de la vicaría. Todo permanecía en silencio, ni los perros estaban despiertos. Se cubrió la cabeza con un amplio trapo negro y comenzó a caminar a buen paso, pero sin correr. Si alguien le veía, debía pensar que se trataba de una anciana. Disimulaba la cojera y tenía la barbilla clavada en el pecho, pero bien abiertos los ojos. No tardó más de dos minutos en empujar la puerta de su casa. La atrancó e inmediatamente se puso a trabajar en su pobre mausoleo.

Una barba negra y rizada, crecida durante el encierro, le llegaba hasta la cintura y se le confundía con el cabello sin cortar. Tenía el rostro amarillento, pero la mirada ágil como la de una bestia acosada. Mandó a su madre prepararle una yacija y unas mantas y los hermanos pequeños se las subieron al desván de la casa, después de que abrieron un boquete en el tabique que lo tenía oculto. Los hermanos ni siquiera sabían que existiera tal desván. Ayudaron a Saturnino a encaramarse por el difícil agujero, le dieron las buenas noches y volvieron a colocar los adobes en su sitio. El Cojo había quedado sepultado en vida.

Tumbado en la yacija, mientras pensaba que la temperatura era clemente para olvidar el áspero frío invernal, como un relámpago le llegaban ahora todos los recuerdos de una infancia, de una juventud perdidas para siempre. Veintisiete años de trabajos, de estudios, de esfuerzos para escamotear las garras de un destino que tan cruel se había mostrado se agolpaban ante sus ojos espantados. En aquel instante había perdido su sangre fría. Después de haber animado a su madre y a sus hermanos, se sentía incapaz de enfrentarse a sí mismo.

Aquella primera noche no pudo dormir ni un instante, ni un segundo.

5. «No quiere que sigas en la escuela».

—Yo nací el 4 de abril de 1911, y tengo una historia verdaderamente fatal, fatal y enorme. Mi padre era resinero y barbero, era un obrero; tenía unos tres mil pinos para remangar hasta que se los quitaron. Y de eso nos manteníamos. Éramos ocho hermanos y yo era el segundo de los varones, así que desde los seis años o seis y medio empecé a trabajar. Hacía recados, iba a la botica, a Navas de Oro, a Navalmanzano, a Fuentepelayo, a Carbonero; iba en un burro, en un borrico. Sí, yo ya estaba cojo entonces, me quedé cojo a los quince meses, pero en mi casa las necesidades eran más grandes de lo que parecían. Por los recados algunos me daban un real, otros un trozo de pan, otros nada: de todo había. Siempre he sido un hombre fuerte; cuando me escondí estaba gordísimo. De muchacho jugaba a la pelota en verdaderos desafíos, con la muleta y todo. En la puerta de la iglesia se jugaba a la pelota; había mucha animación, ahora se ha perdido.

Yo jugaba estupendamente, pegaba unos rebotes de miedo sin soltar la muleta. Ahora estoy muy torpe, ya me voy soltando, pero entonces andaba muy bien, montaba a caballo sin ayuda y he trabajado en todo. Cuando la gripe del 18 todos estaban enfermos y yo, con seis años, iba a la botica. Después he trabajado en muchos oficios. Cuatro años seguidos he estado remangando pinos, en la hoza de los pinos, labrándolos, picándolos, o sea quitándoles la corteza, como los resineros de ahora, mejor que los resineros de ahora; y después estuve machacando piedras para el camino vecinal y otros seis años cuidando cerdos por el campo, cerdos de otros, no nuestros, que no teníamos; no teníamos ninguna propiedad, ni una huerta; era porquero. ¿Qué más?

No tuvo Saturnino una infancia distinta a la de los demás hijos de obrero nacidos en Mudrián. La parálisis que dejó inútil su pierna derecha cuando apenas había aprendido a dar los primeros pasos no era una disculpa. Y si trepaba a tejados y árboles en busca de nidos, el Cojo —como empezaron a llamarle aún antes de que aprendiese a hablar— debía arrimar el hombro para el sostenimiento de la familia. Marcelino ganaba catorce pesetas semanales para dar de comer a nueve bocas y hubiera necesitado al menos siete duros. Y de nada servía que al regreso del trabajo se pusiera a afeitar a los vecinos. El dinero no llegaba.

La farmacia de Navas de Oro distaba unos once quilómetros, y el recorrido en burro era pesado y lento, sobre todo para un niño. Sin embargo, el pequeño se sentía compensado por la audiencia que sus gracias infantiles recibían entre los contertulios de la rebotica, que detenían su partida de cartas para escuchar las bromas del mensajero. El farmacéutico don Gabriel, el cura, un capitán retirado del ejército y el veterinario, don Manuel, le pedían chistes y chascarrillos. Saturnino gozaba con estas chácharas. Incluso, al partir pedía a algún parroquiano que le ayudase a montar en el jumento y cuando el otro, compadecido de su cojera, iba a izarlo, el muchacho saltaba a él por sus medios y se alejaba riendo. La broma era recibida con aplausos y carcajadas por la desocupada concurrencia.

Así un año y otro, con ocasionales visitas a la escuela de don Francisco Guirao Castaño, que no podía retener a sus alumnos en las aulas porque los

padres los necesitaban en el tajo. Saturnino era un muchacho despierto. Incluso el veterinario de Navas fue a hablar con su padre para que le diera estudios, para que hiciese lo posible porque siguiese una carrera. Y tal vez habría sido posible de no haber entrado en escena el antiguo cacique del pueblo.

Fue una historia cuyas consecuencias llegaron demasiado lejos y la raíz del miedo de Saturnino de Lucas. Apenas había cumplido él los nueve años cuando su padre entabló un pleito al alcalde del pueblo, don Juan Marcelo del Campo. El propietario había montado una noria para regar un campo de raíz de achicoria y la noria recogía el agua que, después de llenar un abrevadero, iba a estancarse en dos lagunas, una de ellas pública y la otra privada; esta segunda charca, de la cual era arrendatario, era muy abundante en tencas y de ella sacaba el padre de Saturnino un pequeño sobresueldo. Pero la retención de aguas de la noria puso en peligro el abastecimiento de las dos charcas y el pilón del ganado. Las aguas públicas pasaban, pues, a ser aguas privadas. De ahí surgió, después de varios intentos de amistosa componenda, el pleito. Lo ganó Marcelino, quien ante el juez perdonó al alcalde a condición de que éste retirase la noria.

Naturalmente, era un riesgo excesivo haber vencido al cacique y toda la familia hubo de padecer las consecuencias. Desde aquel momento, padres e hijos habrían de sufrir la continuada venganza de los Marcelo, más acuciada a medida que el tiempo pasaba.

—Había ido a la escuela a los seis años. Sabía leer estupendamente a los quince días y sumaba como un jabato y entonces el maestro dijo que me debían dar estudios. Pero el alcalde no quiso que yo me impusiese. Dijo «en el momento en que éste llegue arriba nos va a hacer polvo». Y yo era muy pequeño, fue antes de lo del juicio, cuando era un niño. Claro, todos eran de derechas, los mandamases, los caciques del pueblo. No querían que la gente pobre estudiase. Y un día pasó un caso muy curioso. Mi padre tenía una barbería y un día el señor maestro fue a que le arreglaran el pelo y a que lo afeitasen. Y mi padre dijo que si me atrevía yo a afeitarle: tuvo que ponerme una banquilla para llegarle a la cara. Yo le estaba afeitando y entonces el maestro se echó a llorar y me dice: «Huy, hijo, lo que ha pasado contigo; pues mira, hijo, ha pasado esto, que el alcalde no quiere que sigas

en la escuela». Y me dio treinta céntimos y dijo: «Ahora, tú no te preocupes; tú vente a mi casa y yo haré lo que pueda contigo». Yo iba a la escuela, pero el maestro no me daba la lección porque Juan Marcelo del Campo y un tal Gutiérrez decían que no, que a mí no. Así que por la tarde el maestro iba enseñándome las cosas en su casa, a escondidas porque se lo tenían prohibido. Con eso aprendí bastante en poco tiempo, más que ninguno del pueblo.

A los ocho años, Saturnino se convirtió en el recadero de Mudrián, al tiempo que seguía visitando de tapadillo la casa del maestro. En sus ratos libres, ayudaba al padre en la barbería, aprendía el oficio de zapatero remendón y salía al campo con los cerdos. Por entonces, Marcelino venía ganando dos pesetas diarias y en la familia, con nueve bocas que alimentar, se necesitaba como mínimo un duro. ¿Cómo iba a atender aquel hombre el consejo del veterinario de Navas de Oro de que diera estudios a su hijo paralítico?

Pablo recuerda perfectamente los detalles de la vida de su hermano:

—A nadie negaba un favor. Así sucedió por ejemplo el día 25 de agosto del año 1921, fiesta patronal del pueblo. Sobre las diez de la mañana, un vecino de la localidad se puso enfermo de bastante gravedad y recurrieron a Saturnino para que fuera a Navas de Oro a buscar unas medicinas. Como el caso era de urgencia, le facilitaron un mulo para que fuese más rápido, ya que él siempre iba en burro, pero no le advirtieron que el animal estaba herido en el lomo. Cuando estaba ya de regreso, a mitad del camino, tuvo que apearse a orinar y al tratar de montar de nuevo el animal se resintió de la herida; hizo un extraño violento, le coceó en la pierna derecha y se la partió por encima de la rodilla. Como mi hermano no tenía otros medios para vendarse, se ató la boina sobre la herida con el cinto, montó nuevamente y llegó a casa. Recuerdo que toda la familia estaba comiendo con algunos invitados cuando Saturnino tocó con la vara en la ventana para que salieran a bajarle del mudo. Parecía un cadáver, igual que un cadáver. Él dijo a la madre que no se apurara, que no pasaba más que se había roto una pierna y que corrieran a llevar la medicina al enfermo para ver si podía salvarse. Después, cuando el médico le curó, nos dijo a todos que nos fuéramos al baile, que él saldría más tarde, cuando no le doliera. Él tenía

entonces diez años. Y no vaya a creer que se negaba a hacer los encargos de los Marcelo: él servía a todo el mundo, incluso a los que le querían mal y a los que no le daban ni un céntimo por aquellos viajes tan largos.

Dos años más tarde ocurrió un hecho significativo de los odios desencadenados en la pequeña aldea segoviana. Es también Pablo quien lo narra:

—El día 25 de julio de 1923, a eso de las diez de la noche, Saturnino salió de casa en un borrico para llevar la cena a su padre, que estaba de vigilante en una laguna tenquera arrendada a la Unión Resinera Española denominada «Los Añez». Estaba la laguna a un par de quilómetros del pueblo, pero había que pasar por una senda muy estrecha, entre pino bajo y con mucha rama. Cuando mi hermano pasaba por ese paraje, la mano de un hombre agarró la cabezada del borrico y una voz gritó: «Agarra bien, que pájaro muerto no pía». Saturnino, que tenía buenos reflejos, sacó una detonadora de bolsillo y disparó, haciendo huir a los atracadores. Pero los persiguieron los perros del padre, que estaba cerca y había oído las voces y el disparo.

»Pasaron los dos toda la noche en vela y al día siguiente descubrieron una alpargata y un trozo de tela de pana que un perro había arrancado a los asaltantes. Cuando yo llegué, los vi pálidos y formamos juicio de quiénes podían haber sido; por las huellas dejadas lo supimos en seguida, pero decidimos no dar aviso para que los asaltantes no tomaran medidas amañadas y engañosas. No lo habían hecho por la necesidad de sacar cinco pesetas para sus hijos, sino para saciar el capricho de merendar tencas con sus mujeres, que eran caprichosas y glotonas conocidas por el pueblo, lo mismo que sus hijastras.

»Más tarde los rumores llegaron hasta la Guardia Civil y se hizo una reconstrucción de los hechos, actuando yo como asaltante. Se traducía que la persona interesada en demostrar que Saturnino llevaba un arma era el alcalde, pero se demostró que era una simple detonadora, y los guardias dijeron entonces que si queríamos denunciar el asalto. Fueron muchas las opiniones en el pueblo: unos decían que se debía pasear a los culpables por las calles con un letrero en la espalda; otros, que merecían la muerte o unirse todos y pedir el destierro. Pero Saturnino y la familia se conformaron

con decirles personalmente con reserva que eran unos cobardes insensatos y que conocían el perjuicio que les podían causar al denunciarlos a la autoridad por el delito cometido y el estado en que dejarían a los hijos si los metían en la cárcel, de modo que no los denunciaron.

El Cojo se aficionó muy pronto a las cuestiones jurídicas. Aun antes de cumplir los diez años tuvo ocasión de conocer a una persona que no ha olvidado, como tampoco los libros que aquel hombre le prestó. Un tal Antolín tenía un pleito complicado y, como era analfabeto, llevaba su correspondencia con el abogado el padre de Saturnino. Un día se presentó en Mudrián este abogado, don Pablo Guillen, y quedó a comer en casa de Saturnino. Se sorprendió muy pronto de su vivacidad.

—¿Qué te gustaría ser a ti? —le preguntó un día.

—A mí, abogado, pero me faltan los libros y el dinero para comprarlos —respondió el chiquillo.

—Yo te procuraré libros de Derecho para que estudies —respondió Guillén.

En los viajes siguientes, el abogado regaló al Cojo algunos de los libros que había utilizado en su carrera. Eran el mejor presente que podían hacerle a Saturnino. Y en muy poco tiempo metió éste en su mollera todos los articulados jurídicos que aquellas obras traían. Al tiempo que aprendía el oficio de zapatero con Agustín Soria, oficio que comenzaba a desarrollar, estudiaba Derecho, Matemáticas y Gramática, todo con libros del abogado. Estaba empeñado éste en que el niño siguiera estudios regulares y, por fin, el cura Miguel Llorente y él mismo le solicitaron una beca.

—Así se hizo —dice Pablo—, pero el señor alcalde emitió sus informes desfavorables y apretados, por lo que mi hermano no consiguió la beca, beca que hubiera sido un prodigio para él y en parte para la nación española.

Estos informes arrancaron la última esperanza a la familia de que el Cojo siguiera estudios regulares. No obstante, pudo aprovechar cumplidamente sus conocimientos de Derecho. En varias ocasiones actuó como abogado defensor en causas de campesinos pobres, no sólo de Mudrián, sino de otros pueblos cercanos. Martín de Santos y Julián Otero, de Navalmanzano, pudieron dar fe de sus conocimientos, puestos al servicio

de los humildes, cosa que, por lo demás, no hizo sino acrecentar los odios de los poderosos hacia aquel muchacho cada día más enfrentado a ellos. Pablo recuerda con todo detalle los juicios en que el Cojo intervino y el ambiente de hombre sabio, honrado y prudente que se fue creando a su alrededor. Para la pequeña sociedad pueblerina, enzarzada siempre en envidias, odios pequeños, reyertas familiares y ansias de dominio de los caciques tradicionales sobre los siervos de la gleba, Saturnino de Lucas pasó a convertirse en la suprema instancia de estos últimos y en un peligro constante para aquéllos. Pablo Guillén sería fusilado a comienzos de la guerra civil.

—A los diecisiete años comencé a trabajar como agente comercial y agente de seguros. Me proporcionó éste trabajo un señor de Segovia. Yo hacía los seguros estupendamente: en menos de tres meses hice quinientos y pico. Ganaba muy poquito, muy poco. Me daban el sesenta por ciento de las primas netas y el cinco por cierto de lo que cobraba. Tuve este trabajo hasta que comenzó la guerra. Después me hice agente del Banco de Ahorro y Construcción, que estaba en Madrid, pero trabajaba en esta comarca. Yo cogía una lista de pueblos grandes, Navas de Oro, Samboal, Arroyo de Cuéllar, Chañe, Remondo, Campo de Cuéllar, Chatún, Navalmanzano, Gomezserracín y San Martín y Mudrián… Viajaba constantemente, en burro, siempre en burro, porque entonces no había coches ni cosas de ésas.

»Como eran muchas las necesidades, no había más remedio que trabajar, y yo he trabajado mucho. A nosotros en esta casa, que ya era vieja cuando nací yo, nunca nos ha faltado de nada, gracias a Dios: pan, patatas y garbanzos; patatas, garbanzos y pan, esto es lo que hemos comido. Yo, cuando era mayor, sacaba seis y siete pesetillas diarias. Todo lo hacía a la vez. Durante el día iba a cobrar los seguros de incendios, del pedrisco, y luego en casa arreglaba zapatos. Por las noches leía. Yo siempre he dormido poco, muy poco, tres o cuatro horas diarias nada más. Más que nada por el anhelo de aprender, de estudiar y de ayudar a la familia. Ya había luz eléctrica, la pusieron cuando yo tendría unos doce años. Así trabajaba y me aprendía todos los códigos que había y todas las leyes según iban saliendo, sin dejar una.

»Y pasaron casos excepcionales, fíjese usted. Cuando hicieron el camino vecinal, pues resulta que el contratista, que era don Tomás Fraile, de Cuéllar, necesitaba un señor para cubicar las piedras y entonces me dijeron que fuera yo. Yo conozco la geometría y el álgebra y esas cosas. Y dijeron: bueno pues nadie mejor que el Cojo para cubicar las piedras.

Y se opuso el mismo alcalde de siempre, se opuso totalmente, porque el pueblo estaba dividido en dos partidos y mi padre era del partido de los pobres, ¿sabe? Aquí siempre hemos estado bajo el mismo aspecto. Así que estuve un día trabajando y al siguiente me quitaron. Pero como eran muchas las necesidades en casa y mi padre estaba enfermo, me marché a Bernardos, compré un martillo y unas barras y me puse a picar piedras. Tenía entonces unos quince años, fue antes de lo de los seguros. Y mire usted: machaqué unos 368 metros. Me acuerdo bien porque el ingeniero, cuando vino el hombre y me vio, dijo: «Pero, bueno, ¿hay derecho a que un muchacho como usted, cojo y todo, haya machacado estas piedras y lo lleve mejor que nadie? ¿Es que no hay otro trabajo para usted?» Y entonces el alcalde le contestó que sí, pero…

Tan excepcional como el comportamiento del alcalde era la personalidad de Saturnino, batallador incansable por la justicia e ídolo de los resineros de la comarca. En todas las dificultades lo llamaban, y también en todas las fiestas. No podían faltar en ellas las sesiones de ilusionismo que El Cojo brindaba graciosamente y que todavía hoy llenan de admiración a sus hermanos y familiares. Dice Pablo:

—Cuando se reunía con chicos y chicas jóvenes era ya el colmo. Le pedían por ejemplo que a ver a quién dejaba desnudo, pero él no realizaba esos procedimientos por respeto al sexo femenino, aunque sí les hacía alguna demostración, como acertarlas el color de las prendas interiores. En una fiesta patronal, estaban unos cuarenta de varios pueblos en el bar «Casa Morales» y no creían en los poderes de Saturnino. Entonces él actuó sobre algunos, los durmió y los dejó en calzoncillos. A uno de Samboal que trató de huir lo dejó sin fuerzas para abrir la puerta. Y luego se puso a adivinar todo género de cosas y la gente se moría de risa y lloraba, así hasta la salida del sol.

»Entonces no participaba yo en política. Lo hice más tarde, cuando se propagó la República, cuando me eligieron para representar a la sociedad obrera, pues había aquí una sociedad obrera, y eso por lo poco que yo había estudiado.

—Eso fue —dice Pablo— porque se ocupaba de defender a los resineros y de escribir las cartas y llevar los papeles de los que se lo pedían. Una vez lo llamaron para pedir que escribiese a un Banco a ver si no confiscaban los bienes de ocho padres de familia que tenían un crédito y les había vencido. Saturnino no sólo escribió la carta, sino que se fue al día siguiente a Madrid con siete duros que juntamos entre él y yo y convenció a los del Banco para que se volvieran atrás. Y no fue nada bien pagado por los interesados, que estaban del lado del alcalde. Cinco de ellos figuraban entre los veintiún firmantes de la denuncia cuando ya estaba encerrado en casa del señor cura.

»Eso fue en 1932, pero la primera cosa verdaderamente política ocurrió un año más tarde, el 6 de abril de 1933. Se declaró una huelga por el cese de uno de los obreros resineros de Mudrián provocada por el alcalde del pueblo, que procedió a dar la mata de pinos que trabajaba a uno de Navalmanzano. Los afiliados a la U.G.T. solicitaron la huelga, después de hacer gestiones para que se quedara el titular de la mata de pinos, pero el señor Marcelo se mantuvo en sus trece. Los hombres se manifestaban por la calle desde las ocho de la mañana sin ninguna alteración del orden de las otras actividades del pueblo.

»Cuando entró la noche, los componentes de la huelga se dieron cuenta de que el señor alcalde tenía proyectada la huida del pueblo, sin duda para que no hubiera medio de reposición del obrero y predominara su acción, y el de Mudrián se quedara sin trabajo, a sabiendas que no tenía otro medio de vida ni conocimientos que pudiera ejercer. Como la cosa estaba clara, los huelguistas decidieron cercar la casa del alcalde para que no huyera.

»El secretario se dio cuenta de que si el alcalde se marchaba daba motivos para que surgiera algo desagradable si los huelguistas trataban de retenerlo. Entonces, sobre las dos de la mañana, recurrió a Saturnino, que estaba en la cama.

Al llamar a la puerta contestaron los padres de Saturnino:

—¿Qué quieren?

—Hablar con el Cojo.

Me levanté yo y me informé de lo que era. Cuando supe que era relacionado con la huelga, dije:

—Mi hermano no pertenece a tal sociedad, por lo tanto nada puede hacer en este problema.

—Mira que se trata de evitar algo desagradable —dijeron ellos—, que se están extremando las cosas por parte del señor Juanillo. Así se le llamaba al alcalde en el pueblo.

Saturnino estaba escuchando el diálogo y contestó desde la cama:

—Esperar un momento, que me estoy vistiendo.

Cuando hizo acto de presencia en la puerta, preguntó lo que pasaba. Y el señor Arranz dijo:

—La cosa es grave. El señor alcalde se está preparando para escapar del pueblo, dejando aquí el lío que ha formado. En cuanto ponga los pies en la calle lo cogerán y sabe Dios lo que puede pasar, porque a lo mejor, sin quererlo hacer, puede ser que le causen la muerte, ya que él hará resistencia. Como de mí no hace caso, quiero que vengas conmigo a ver si podemos evitar que se marche.

En efecto, Saturnino no dudó y decidió ir con el secretario a la casa del señor Marcelo, que tras mucha insistencia les franqueó la puerta. Pasaron hasta el corral donde estaba ensillando una yegua que tenía de su propiedad, bastante vieja, pequeña y tuerta del ojo izquierdo, arropada en una capa antigua de paño. Saturnino le convenció de que se metiera en el cuerpo de casa y le propuso que a las nueve y media fuera al Ayuntamiento para arreglarlo todo.

—Si yo salgo de casa, me matan —decía el alcalde.

—No tenga miedo, que no le pasará nada. Ahora, cuando salgamos de aquí, veremos a esos hombres, para que lleguen a un acuerdo. A usted le acompañará una pareja de la Guardia Civil hasta el Ayuntamiento, que presenciará todo garantizándole que no sucederá nada malo.

Así que salieron de la casa el Cojo y el secretario y se dirigieron donde estaban los huelguistas rodeando una hoguera que tenían para combatir el frío, donde a la vez contaban chistes, etcétera. Saturnino les dirigió la

palabra, dijo que fueran a buscar a la Guardia Civil a Navalmanzano y que se presentaran todos en el Ayuntamiento a las 9,30.

—Mañana todos aquí para pactar las cosas, pero quiero paciencia y serenidad.

—Si tú te comprometes, lo que tú hagas lo damos por hecho —dijeron ellos.

Cuando se reunieron todos a la mañana siguiente, dijo el secretario:

—Bueno, Cojo, en ti ponemos esto para que seas tú el que dé comienzo y propongas lo que estimes conveniente de lo que se ha de hacer.

Saturnino preguntó si todos se hallaban conformes en que terminara la huelga. Los obreros dijeron que sí y el alcalde no dijo nada. Después de una pequeña pausa, Saturnino preguntó:

—¿Cuántas matas de pinos hay en el pinar de propios?

—Ocho —contestaron.

—¿Cuántos pinos tiene cada mata?

—Tres mil seiscientos —dijeron.

—Pues cada uno de ustedes cederá cuatrocientos pinos y el nuevo resinero dejará quinientos; de esa forma ustedes trabajarán tres mil cuatrocientos y el intruso, como ustedes dicen, trabajará tres mil trescientos, y el cesante tres mil quinientos. ¿Se hallan conformes con esta distribución?

Todos dieron su conformidad.

—Visto que os halláis conformes, proceded a dar por terminada la huelga con las mismas formalidades con que la habéis iniciado.

Y luego echó un discurso para recomendar prudencia y resaltar los inconvenientes que pueden resultar de estas cosas, que era por lo que él había intervenido; dando una lección a todos, al alcalde también, a pesar de lo que había hecho con él.

Por este suceso y otros, la sociedad de la U.G.T. tomó el acuerdo de hacerle socio honorífico, que él no quiso aceptar al principio. Pero insistieron mucho y le convencieron y más tarde decidieron que fuera el presidente de aquella asociación. También se opuso y por fin aceptó. Yo le dije:

—¿Para qué quieres complicarte la vida de esta manera?

—Para disolver la sociedad —respondió él.

Tomó posesión del cargo y a la tercera reunión propuso que se disolviera el organismo. Se aprobó y no tardó en realizarse y se pararon las funciones de la Casa del Pueblo, todo hecho con los trámites legales para que no se pudiera revocar y todos estaban satisfechísimo de haberlo hecho.

Con estas cosas, le llamó el gobernador de Segovia para decirle que quedaba nombrado alcalde del pueblo. Saturnino dijo que no.

—Le doy a usted media hora para pensarlo —dijo el gobernador.

Saturnino salió a la sala de espera y estando allí sentado se le acercó un conserje y le dijo:

—Prepárate, que el señor gobernador ha llamado al jefe de Policía para que te lleve a la cárcel si no recibes el nombramiento; así que piensa lo que vas a hacer.

Sin decir nada a nadie, tomó la escalera y se fue a la calle: montó en un taxi y no paró hasta Carbonero el Mayor, que dista treinta quilómetros de la capital. Desde allí tomó el coche de viajeros que le condujo hasta Navalmanzano, esto después de haber hecho unas compras de cueros para la reparación del calzado. Llegó a casa con el mismo temperamento de siempre, sin demostrar nada de lo ocurrido durante el viaje.

A los dos días se presenta la Guardia Civil con un oficio del señor gobernador citándole con toda clase de apercibimientos si no concurría al Gobierno Civil en la fecha prevista. Entonces fue cuando me contó lo ocurrido la vez anterior.

—Me ha dicho que tengo que ser alcalde de todas maneras, así que no me queda otro remedio que aceptarlo. Esto me restará tiempo para otros asuntos más importantes que ser alcalde.

Cuando Saturnino se presentó en Segovia, el gobernador estaba muy serio y lo primero que le preguntó fue por qué no se había esperado la vez anterior. El Cojo contestó:

—Como ya lo tenía pensado, no tenía que pensarlo más y decidí marcharme a hacer mis cosas particulares, que me interesaban más que ir a dormir a la cárcel, que eran las intenciones que tenía su Excelentísima Autoridad, y como no aspiro a cargos que no sean elegidos por el pueblo, no estoy dispuesto a aceptar, ya que las leyes vigentes lo disponen así.

Entonces el gobernador le contestó que no era él quien lo elegía, que era el pueblo el que lo había proclamado en un escrito firmado por el ochenta y dos por ciento de los vecinos. Le mostró el documento con dos pliegos adjuntos llenos de firmas. Y como tenía que ser el alcalde del pueblo, lo fue.

La manada de caciques que manipulaba el pueblo se sintió tan afectada que pensaba que el nuevo alcalde iba a producir grandes trastornos cuando descubriera la cantidad de chanchullos que había ocultos. Pero no fue así. Él se limitó a poner las cosas en su puesto a partir de aquella fecha del 14 de marzo del año 1936, que fue el día que tomó posesión de la presidencia del pueblo, hasta el 24 de julio de aquel año, en que se encerró en la casa del señor cura.

En sólo cuatro meses de alcalde había construido unos lavaderos cubiertos, que eran obra que no sabía apreciar el pueblo; aumentó la beneficencia de los pobres y el socorro a la Iglesia en el importe de la separación que se tenía proyectada; ordenó dar a la Guardia Civil un carro de leña por cada guardia y señalar un presupuesto para darles comida y alojamiento cuando fueran requeridos por el Ayuntamiento a prestar servicios en el pueblo; y por último, decidió montar servicio telefónico en Mudrián. Claro que llegó la guerra y pasó lo que pasó.

6. Treinta años: un día en la vida

Yo me despertaba por regla general sobre las seis y media o las siete de la mañana. Hacía un resumen mental del día anterior y luego me forjaba lo que había de hacer durante todo el día y el tiempo venidero. Casi todos los días pensaba lo que debía hacer y lo llevaba a la práctica; yo lo llevaba todo completamente hilvanado y así, claro, no fracasaban las cosas. Así que como resumen puedo decirle a usted que lo he pasado estupendamente bien.

Siempre hacía lo mismo, siempre lo mismo. Pensaba lo que había hecho el día anterior y eso venía a durar hasta las once y pico, pensando sentado. En el intermedio desayunaba, lo cual no quitaba para seguir pensando. Me subían el desayuno mi padre o mi madre o mi hermana. No me preguntaban qué tal estaba, sino que decían «buenos días», tal y cual. Nos saludábamos,

nos decíamos cuatro chistes, cuatro bromas, pues yo siempre trataba que mi madre y mi padre estuviesen contentos; les decía algo para hacerles reír. Sí, mi madre y yo nos contábamos muchas cosas. Yo le decía chistes y cuentos que me había figurado para que ella estuviera alegre.

Sobre las nueve o nueve y cuarto desayunaba y a las once o cosa así me ponía a hacer las cosas que tenía que hacer.

Lo primero que hacía nada más levantarme era lavarme. Siempre, siempre. Además, le voy a decir una cosa muy importante, que a lo mejor alguien la juzga mal, pero yo creo que es muy importante. Lo primero que hacía al levantarme era mojar una esponja y después mojarme la nuca y frotarme el cuello. Eso tiene una finalidad muy importante: primero, el cerebro se mantendrá siempre despejado y no podrá haber embolias; en cuanto a la cuestión del cuello, no tendrá nunca arrugas la cara y la circulación sanguínea irá siempre bien. Eso lo había leído yo en un folleto.

Después de hecho esto, me lavaba la boca, me lavaba la dentadura con pasta corriente, de cualquier clase. Después me desayunaba. No, antes tenía costumbre de beber un vaso de agua nada más lavarme el cuello, un trago del botijo, un trago grande que se calcula en un vaso de agua. Esto lo he hecho todos los días hasta que he salido. Ahora ya no lo hago, pero sí me mojo la nuca.

Desayunaba mi leche templada. El café no me ha gustado nunca, porque creo que el café es lo que decía don Gregorio Marañón, que es nocivo. Tomaba leche con unas galletas o unas magdalenas o unas pastas. Era lo único que tomaba. Y en seguida, eso sí, el primer pitillo. Eso, constante.

Y a las once comenzaba a trabajar. Cogía la máquina encima de las piernas y empezaba la cosa comercial. Y después estudiaba. Y cuando no tenía que estudiar o me cansaba de estudiar, pues hacía malla. También trabajaba después de comer. Llegaba por ejemplo la una y media o las dos y comía. Comía más bien pobre que rico. Carne comía poca. Pescado más que otra cosa, congelado ahora a lo último, antes no. Y bastante fruta.

Luego, después de comer, me ponía a leer el periódico, leía alguna noticia para entretenerme. El periódico llega aquí en invierno por las mañanas y en el buen tiempo por la tarde. Estaba suscrito a nombre de mi hermano Eulogio. Después seguía trabajando hasta las cinco, las seis o la

puesta del sol; eso dependía de lo que hubiera que hacer. Cuando ya me cansaba de leer y de escribir, me ponía a hacer malla para pescar y arreglaba los zapatos de los sobrinos. Los ruidos no se oían desde afuera porque desde allá arriba… Y que las paredes son anchas, no como ahora que se hacen las casas pegadas y cosidas.

A la puesta del sol, cuando se acababa el trabajo, encendía la luz, una bombilla pequeña, y seguía escribiendo o haciendo malla o con los zapatos de los chicos. Luego llegaba la cena y, después de la cena, eso sí, tenía costumbre de hablar un rato con mis hermanos por ese huequecito, el hueco de un adobe; yo estaba sentado, pero tenía que agacharme un poco. Así charlábamos un rato todas las noches, contándonos lo que pasaba en el pueblo. Por la mañana, salvo un caso de urgencia, no solíamos hablar porque ellos tenían que ir al trabajo, pero por la noche sí, porque iba uno o el otro y se juntaban allí a charlar.

De los sobrinos no iba ninguno, no sabían nada. Yo los conocía a todos, de verlos cuando eran pequeños, cuando me los llevaban allí de pequeños. Después cuando ya podían hablar, pues no. Sabíamos lo que había ocurrido a aquel amigo de Segovia que se escondió detrás de un armario y tenía un niño de cuatro años; claro, fueron a buscarle como fueron a buscarme a mí y el chiquito dijo que su padre estaba allí, detrás del armario. Le dieron dos cuchilladas y le dejaron morir a la vuelta del camino los falangistas. Así que cualquiera.

Por regla general solía acostarme a las dos de la madrugada. Después de acabar la conversación con mis hermanos me lavaba la boca porque siempre me ha gustado y me iba a tumbar. Tenía reloj, ahí arriba está todavía, tenía uno de pulsera y otro de pared. Se oía estupendamente el tictac.

* * *

Portaba una barba que le llegaba a la cintura, negra como una mora, rizada y muy bien tratada. Entró en casa. Como la madre estaba pendiente de su llegada, en seguida se percató, salió al encuentro, porque no se había acostado esperando su llegada, y preguntó:

—¿Dónde te vas a meter?

—No te preocupes —dijo Saturnino—, que dado como está esto, me meteré en la buhardilla hasta que Dios quiera.

Aquella misma noche abrió el tabique y eligió el sitio en el que ha permanecido hasta el 3 de abril de 1970.

Decidió cortarse el pelo y la barba. Con ello hizo unas pelucas que aprovechó para ponérselas a unas muñecas que fabricó, en madera, con una navaja corriente y vulgar, pulidas a mano y dadas de cera. También hizo una pareja de muñeco y muñeca con los brazos articulados y las piernas, con una guía de alambre y puestos sobre una tabla, que se accionaba por el que la sostenía. Bailaban maravillosamente. El tamaño de estos muñecos era de unos cuarenta centímetros. Éstos fueron los primeros trabajos manuales que él hizo en el tiempo de su encierro. Acto seguido fabricó una pila con su cruz y un rosario verdaderamente maravilloso y artístico, todos los que lo han visto se han asombrado del ingenio de tan maravillosa obra, del trabajo tan grande realizado con una navaja corriente y vulgar acompañada de lija fina para poder sacar el círculo de las cuentas del rosario, y las labores del mueble de la pila, que formaba parte del equipo de la obra.

No sólo realizó esos trabajos, sino también hacía pelotas para jugar en los frontones, a mano, que por su calidad se las pedían desde muchos puntos de España. Tejía red para formar los aparejos de pesca, como las remangas, redes de arrastre, garlitos o buzones, reteles, todos en primera calidad.

Lo que más ejercitaba era el estudio, que para él era, podíamos decir, su profesión, ya que su ilusión estaba basada en la ciencia, que le parecía poco todo lo que sabía y todo lo que podía enseñar.

El día 24 de agosto de 1940 tuvimos la oportunidad de reunimos los hermanos. Hicimos la comida en compañía y, después de comer, aprovechando la ocasión de estar todos, yo me puse y les dije:

—Ahora que estamos todos reunidos en familia, me creo en el deber de hacer una observación, que redunda en beneficio de todos si la cumplimos, como es nuestro deber. Hoy estamos solteros, mañana u otro día podemos estar casados. Es ley de vida. Por ello tenemos que tener en cuenta que estamos bajo la misión de un secreto. Por lo tanto, os ruego que me prometáis que ni aún casados se lo digáis a vuestras mujeres, dónde se

encuentra nuestro hermano. Bien sabéis que las mujeres, en un noventa y cinco por ciento, no sirven para guardar un secreto. Comprenderéis que no es de su sangre en primer lugar; y en segundo, que por su debilidad de sexo, se lo contará a su madre, a la hermana, aunque lo haga con advertencia de secreto; la madre o la hermana hará lo mismo y en poco tiempo será descubierto todo, trascendiendo la cosa, con cargo a la vida de ese hombre, mártir, bienhechor para todos, amante de los pobres como lo fue Jesucristo. Bien sabéis que la rivalidad y la envidia es tal que le matarían. Sabemos que sería injusto, pero lo harían, ya que no ignoráis que han sido y siguen siendo muchas las persecuciones que contra él hay.

Todos con la cabeza inclinada para abajo permanecieron en silencio unos instantes, hasta que Felipe dijo:

—Lo haremos.

Todos con las lágrimas en los ojos, e incluso los padres, que se hallaban presentes, no pudieron contestar, pero sí los hijos; fueron dando su promesa de hacerlo, como así fue.

Terminado este coloquio con la familia, subí al lugar donde nos entrevistábamos con Saturnino para darle un cigarro puro, como lo hacía siempre que iba al pueblo. Saturnino dándome un apretón de manos dijo:

—He escuchado todo lo que has dicho a los hermanos.

Espero que se cumpla todo como has propuesto, que yo iba a proponer lo mismo. Pues a medida que se fueron poniendo las cosas para casarse iba a darles a conocer el procedimiento a seguir en evitación de posible descubrimiento por la sensibilidad de las mujeres. Aunque yo creo estar protegido por la Divina Providencia y no pasaría nada, pero más vale prevenir que curar, como dice el adagio. Ahora vosotros os vais al frontón a ver el partido de pelota y alternar con todos los del pueblo sin distinción ni recelo de nadie. Yo con veros a vosotros y escuchar al pueblo estoy divertido, porque desde aquí veo más cosas que vosotros que estáis en la calle.

Después nos fuimos a tomar café todos juntos formando mesa redonda, sin que allí se hablara nada de Saturnino. Pero no faltó quien hacía comentarios acerca de la reunión: «Ya parece que se les ha olvidado el hermano; claro, son más de tres años que lleva criando malvas, pero

siempre son los mismos, unidos como un solo hombre». Ésta ha sido la envidia del pueblo, siempre, que éramos muchos y era como si fuéramos uno solo; entre nosotros no había desacuerdo nunca.

* * *

Mi caso no lo sabían más que mi padre, mi madre y mis hermanos. Las cuñadas, ninguna. La gente decía que me había marchado al extranjero, luego hablaba de que si estaba en la radio, que si había hablado desde Casablanca, por Radio Pirenaica. La gente no creía que yo estaba muerto y en Gomezserracín un señor llegó a decir que habían perdido la guerra al no haberme cogido a mí. Y le preguntó uno, que fue el que me lo ha contado a mí, que por qué.

—Pues porque al no coger al Cojo Charrabacos, el día que venga seremos pasto de las llamas de él. Nos va a quemar a todos.

Sí, hombre, eso dijo.

Si a mí me cogen me preparan una como a Grimau. Hasta que no se dio el decreto del uno de abril de 1969 dije que no salía. Porque ahora ya es muy difícil. Yo no temía al juicio, no, sino un golpe de mano. Que te han matado y ya está, ¿no? No era miedo, era precaución. La razón de que estuviera tantos años escondido es ésta: querían perderme del todo.

Los toques de alarma eran los siguientes. Pegaba sobre el carrizo si me hacía falta algo, una sola vez. Si era algo urgente pegaba dos veces. Hubo varias urgencias, claro. Una vez había un chico que llevaba una borrachera bastante grande. Dormía en la casa de al lado, a unos tres metros o cosa así. No había más que un tabique entre medias. Yo le sentí subir y caer. La borrachera era bastante fuerte y le sentí respirar con asfixia y cayó entre un baúl y una pared, y cayó boca abajo. Devolvió y llamé urgentemente y se levantó mi hermano Eulogio. El chico vivía solo, su madre se había marchado a Navalmanzano con una hija que tiene y se había quedado allí.

Cuando subió mi hermano ya estaba sin sentido ni nada. Le limpió, le hizo la respiración artificial, le metió en la cama y ahí está el chico tan tranquilo. Lo hice porque era primo nuestro. Él lo ha sabido ahora, cuando he salido. Decía que le había salvado la vida Eulogio.

Otra urgencia fue cuando se quemó la chimenea de mi tía Juana, que estaba yo encima. Eso fue terrible, pues estaba a unos metros de mí, o sea que si se prende del todo yo no hubiera tenido salvación. Me tenía que haber ido por donde hubiera podido. Y llamé urgentemente y subió Narciso en seguida. Dije:

—¡Arrear!

Llegaron, cogieron unas mantas mojadas y la taparon por arriba. Si no, pues se quema.

Y otra vez también fue urgente, muy urgente. Fue cuando se quemó la cuadra de mi tía Petronila. Echó la ceniza precisamente junto al tabique donde yo estaba y en seguida me dio a mí la cuestión del fuego y la llamé urgentemente. Ya estaba ardiendo la pesebrera.

También está el incendio de Hipólito, que lo descubrí yo. Y el de la iglesia, que si no es por mí se quema entera. Yo siempre veía el humo por el agujero de la teja, lo olía antes que nadie porque tenía un olfato fenomenal. Sentía el olor como nadie, aunque viniera de lejos. Y los ruidos, pues lo mismo. Desde arriba no se me pasaba una. Me asomaba muchas veces y estaba al tanto de todo, no se me pasaba una.

El incendio de la iglesia ocurrió hará unos cinco años. Yo estaba ahí arriba, como siempre, y siento pas, pas, unos golpes en la iglesia. Como siempre que había algo raro, hice un cucurucho de papel y lo corté un poco por abajo. Me metí la punta por la nariz, por un agujero y tapándome el otro agujero podía oler a doscientos metros de distancia. Así sabe usted si es pintura, o resina, o paja… Lo localiza usted estupendamente. Yo localicé que era pintura y que era la iglesia la que se estaba quemando. Di los dos golpes de peligro, tac, tac, que mi padre y Eulogio ya estaban avisados y subieron corriendo.

—¿Qué pasa?

Yo dije:

—Vete corriendo, que se está quemando la iglesia, que se está quemando la pintura por dentro, porque por fuera no se ve nada. Yo lo sé por el olor y el desprendimiento de la pintura.

Salió corriendo y en seguida gritó por las calles «¡fuego!». Salió el señor cura y todo el pueblo y lo cortaron.

Yo lo oía todo, hasta los quejidos de los niños al nacer, todo. Me hacía una idea total del pueblo, lo iba calculando. No sé la cantidad de cuartillas que se han perdido donde lo iba apuntando. Amores, odios, rencillas, hasta robos, cosas desastrosas que no se pueden decir ni ahora ni nunca. No se pueden descubrir. De cosas raras, por ejemplo, que aquí entró la peste porcina y no querían que se enterasen en el pueblo. Morían los cerdos, pero a las dos o las tres de la mañana los sacaban en carros, muy bajito, y decían:

—Sobre todo que no se entere la gente. Nada, los enterramos y ya está. No se entera nadie.

Los iban a enterrar a los pinares. Yo no se lo decía a la familia hasta que no llegaba el momento conveniente. Y ese señor de los cerdos no quería creer que yo había estado ahí escondido. Cuando salí no se lo creía. Y entonces yo le he dicho:

—Mira si será verdad que te puedo decir las fechas en que hiciste esto y otro. Lo de los cerdos y lo demás, que yo lo tengo apuntado todo.

Se lo dije y él contestó:

—¡Coño, pues es verdad!

Lo oía todo por el oído sin ver nada. Y esas cosas de ir a por pinos y a por patatas, de noche, esas cosas, pues era raro que no las supiese yo. Yo dormía muy poco, muy poco. Por las noches casi nada, unas pocas horas. Y ahora me saludan: «Hola, fulano» y sólo por la voz sé toda la vida de él y de su familia.

Pero urgencias para mí, personales, nada absolutamente, nada, nunca he necesitado nada. Yo he visto pasar a la Guardia Civil muchas veces estando metido ahí dentro. En una de las últimas veces que vinieron a registrar, por un lado y por otro, dando a las paredes con las culatas y tocándolo todo y mirando por todas partes, como siempre y como si fuera cosa propia de ellos, yo estaba tan tranquilo ahí arriba. Estaba tan seguro de que no iban a encontrarme, de que no iban a descubrirme jamás que no sentía el más mínimo miedo. Vinieron muchas veces, muchas veces. Después de la guerra. A registrar y preguntar y husmear por todas partes, pero nada.

Yo pensaba: «Si me cogen y me quieren matar, pues que me maten». Nunca sentí miedo. No era miedo, era cuestión de precaución. Era el medio de mostrar al mundo lo que es la realidad de la verdad de los hechos. Esto

era todo lo que yo quería. Justificar al mundo primero quo yo era inocente. Lo segundo, que no hice más que bien a todo el mundo. Y demostrar que si alguien de los vivientes o de los mortales puede culparme a mí de lo más mínimo, que lo haga. Yo no podía salir porque no me iban a dar tiempo a decirlo. A mí me cogen tan pronto como hubiese salido, porque era conocido en todos los sitios de Segovia.

* * *

Eulogio era el que más le cuidaba, siempre estuvo viviendo en la casa con él. Cuando murió la madre, el día veintiuno de julio de 1959, nos reunimos todos y Saturnino bajó por la escalerilla, entre los carrizos del techo, bajó arrastrándose con la cabeza para abajo y los pies para arriba, y se asomó al agujero después de que nosotros quitamos el adobe. Habíamos llevado allí a la madre para que él la viera de cuerpo presente. Yo no sé si lloró, siempre ha sido muy templado para todo. La vio y volvimos con ella a la habitación a velarla. Después se procedió al entierro y comentamos con él las incidencias, pero lo sentimos mucho, claro.

A ella la podremos considerar la actriz más grande de la obra por el papel que desempeñó en todos los momentos, desde que Saturnino se metió en aquella guarida. Aquella buhardilla estaba llena de cascotes y residuos de cuando hicieron la obra primitiva, era una madriguera de ratas, ratones, cucarachas, arañas… Y ella fue la que intervino en el saneamiento de aquel lugar. Saturnino le daba la broza por el agujero y ella destruía en el fuego lo que podía ser quemado y mezclaba el resto con el estiércol del corral con el fin de que nadie lo viera si iba buscando a su hijo.

Cuando se percataba de que llegaba algún coche a Mudrián, se cogía cualquier cosa y se dirigía a casa de Felipe con el fin de averiguar qué clase de personas entraban en el pueblo. Luego regresaba a casa y se lo comunicaba a Saturnino, por si él no estaba prevenido.

Muchas veces estos hombres iban derechos a la casa en busca del Cojo. Ella los recibía con toda serenidad, sin hacer resistencia alguna; incluso les ponía la casa a su disposición mostrándoles cualquier rincón que ellos no hubieran mirado. Un día le dijeron que lo buscaban para matarlo y entonces

ella contestó: «No pido a Dios más que descanse en paz; no creo que esté vivo». Y rompió a llorar.

Al final, tenía veintiocho nietos y diariamente unos u otros andaban por la casa. Si le preguntaban por su tío el Cojo, ella les contaba las cosas que había hecho y lo bueno que había sido, con tanta psicología que los pequeños sentían cariño por él. Y ella remataba siempre con la misma frase: «Se ha muerto».

Al principio no había luz eléctrica en la escalera. Saturnino usaba un candil y otro mi madre para subir a darle la comida. En el año 49 fui yo y le coloqué una instalación por la cochera y la escalera. De ahí sacó Saturnino una derivación para alumbrarse en la buhardilla. Estaba muy arreglado cuando la madre murió. Se las apañaba solo y con la ayuda de Eulogio, que era el que se había quedado en la casa.

Si Eulogio se iba de viaje a las cosas de los seguros y de las representaciones, que dirigía Saturnino desde arriba, y no podía regresar en el día, llamaba a algún hermano por teléfono y le decía:

—Oye, no te olvides de dar de comer a los perros.

Así sabía el otro que tenía que subirle la cena a Saturnino.

* * *

De ropa sólo tenía lo puesto. Las mudas me las quitaba y me las lavaban con todo lo de la familia. Vestía un pantalón como éste, una chaquetilla y ya está. Si se gastaba una, me compraban otra. Luego me dieron una pelliza para el invierno que todavía está allá arriba. Cuando hacía mucho calor me quedaba medio desnudo. Estaba descalzo siempre.

Me afeitaba cada tercer día y yo mismo me cortaba el pelo con unas tijeras. Alguna vez me dejé la barba larga y el pelo, pero pocas veces, porque cuidaba mucho la cuestión de la higiene. Me lavaba bien todos los días. Esto de la higiene es una cosa muy importante.

Esto es una cosa de opinión mía que no vale para nada, pero yo creo que muchas de las enfermedades que padecemos nos las provocamos nosotros mismos porque no sabemos llevar la cuestión para mantenernos como el cuerpo lo requiere. Además, yo creo también que la cuestión de la

asimilación es todo, asimilación del cuerpo. Yo he llevado una alimentación adecuada. Comer fuertemente, de una manera glotona, no puede llevar más que a la destrucción, al desorden y a la corrupción del cuerpo humano.

Nunca he tenido ahí dentro ninguna enfermedad. Yo empecé a sugestionarme, a estudiar la cuestión de la sugestión. Eso me ha dado un resultado verdaderamente maravilloso; tanto que yo pienso que la ciencia médica debía estudiarlo muy delicadamente. Tengo ahí unas tres obras de sugestión y yo creo que son extraordinarias. Primeramente estudié la cuestión de la influencia personal y demás ciencias afines, luego del Instituto Tecnológico y después vino lo de la sugestión.

Si te sugestionas no sientes ningún dolor. Las muelas me las saqué yo mismo, me saqué cinco, pero sin medicamentos y sin dolerme. Me las saqué con unos alicates, sí, naturalmente; la cosa no es tan difícil. Sí, es una cosa extraordinaria. Yo no he tomado medicamentos hasta que no he salido de ahí, ni una tableta de aspirina ha entrado en mi cuerpo. Cuando entré, tenía veinticinco años y estaba igual que ahora. Eso sí, me he quedado más delgado, he echado canas, pero ha sido después de salir, en estos días. No se me cayó un pelo ni me salió una cana, nada, nada. Ahí he estado yo como si estuviera invernado.

Ya le dije cómo lo sentía yo todo. Oía el ruido del aire sobre las tejas y contra las ventanas de más abajo. Yo considero que Eolo, o sea, el rey del aire, si la ciencia actual supiera aplicarlo, supiera hacerse con él…, valdríamos más de lo que valemos. El aire es tan importante como el sol y los distintos sonidos nos podrían dar descubrimientos sensacionales, porque yo he podido observar que el sonido, los sonidos del aire, son completamente distintos; lo que yo no puedo discernir es lo que el sonido hace, pero es algo importantísimo. Además, para el cuerpo humano, los baños de aire son los mejores que existen, son todavía más fuertes que los de sol, más fuertes, más sanos y mejores. Las condiciones en las que yo vivía no podían ser más precarias, porque no he recibido el aire en treinta y cuatro años y tampoco he recibido el sol. Pero no estaba pálido, nada de eso. Estaba muy bien, ya se lo he dicho.

Y no he estudiado sólo la cuestión de la salud, sino mucho, de todo. Por ejemplo, he estudiado la cuestión de radiotécnico, la cuestión de los

transistores, la cuestión de la lámpara. También arreglaba las cosas de la familia y de otros. Los relojes los arreglo como un buen relojero.

De periódicos, sólo leía *Ya* y *ABC*, y también la revista *Ondas*, que mi hermano es socio de la *SÉR*. No he leído más revista que ésa. Y libros de literatura muy pocos. De Derecho, todo lo que caía en mis manos, y también de filosofía. Las cuestiones mitológicas siempre me han llamado la atención, porque yo le voy a decir la verdad: yo creo muchas cosas de la mitología. Sólo he estudiado textos sueltos.

Nunca se me ocurrió hacer los cursos de radio por correo, porque eran peligrosos, porque como mi hermano tiene poca cultura, en el momento que viene la correspondencia de un lado y de otro, las academias, preguntan muchas cosas y al menor descuido ¡pum!, te han encontrado. Hay que tener un cuidado verdaderamente sensacional.

Los coches es lo que no he estudiado nunca. Ese «1400» es de mi hermano, el que usaba para andar por ahí. De segunda mano, lo compró hace cinco años. El anterior era un «pato», también de segunda mano, que le duró un año o cosa así.

Y de los estudios he pasado al pensamiento, no sé si usted me entiende. Pensar, pensar. Yo he pensado que el mundo es una idea y que la dificultad está en la cuestión de los idiomas. En el mundo existen —lo sabrá mejor que yo— ciento setenta y ocho idiomas oficiales reconocidos. Y yo creo que ésta es la conclusión de los factores de miseria, de confusión, de desastre. He estado trabajando en esto. Tengo casi terminado un diccionario políglota, del español, el francés, el inglés, el italiano… Pues yo cogía una palabra española, una cualquiera y con diccionarios iba poniendo detrás lo que significaba en otras lenguas, de modo que era un diccionario universal. Lo tengo casi terminado, un montón de cuartillas de más de medio metro, un cajón lleno. El esperanto no lo he puesto. Se ha gastado mucho dinero en esta cuestión del esperanto y mucho tiempo y no deja de ser más que una lengua figurada que no llegamos con ella a ninguna parte. Yo pienso que la cuestión del mundo, de la paz del mundo, se arreglaría con una lengua internacional, concisa, concreta, y luego desapareciendo la discriminación racial. Estos dos factores arreglan el mundo. Lo de la cuestión racial lo sé

porque yo tenía radio y estaba al corriente de lo que pasaba en todo el mundo. Lo mismo conectaba Rusia que Berlín…

Ahora quiero entrevistarme con Pablo VI y proponerle esto de los idiomas, proponerle la cuestión de la discriminación racial. Y llevarlo también a la ONU, porque éste es el quid de la dificultad. Claro está que habrá muchos inconvenientes, pero creo que llegaremos realmente; es el único camino, el único itinerario limpio para poder conseguir la paz del mundo.

Sobre el idioma de repuesto no tengo ningún estudio hecho porque yo no soy ningún filólogo; si fuera filólogo, sí. Pero me comprometo con cuatro o cinco filólogos a mi lado a que se haga un idioma internacional, concreto, completamente sencillo, que se imponga en todos los estados del mundo y a la vuelta de quince años el mundo será lo que desea toda la gente y lo que debe ser. Si no, no llegaremos nunca a que el mundo sea mundo. De eso estoy segurísimo, porque he hecho muchos estudios y he sacado muchas consecuencias, he pensado. Yo estaba trabajando y oyendo la radio y pensando todo el día, todo al mismo tiempo. De allá arriba no se oía nada pero yo oía todo lo de abajo, lo oía todo y pensaba.

Pero no tenía miedo.

Nunca me causó miedo la muerte. Siempre he dicho que si hemos nacido para morir, pues nada, a morir. Nunca me ha causado miedo la muerte. Si hubiese tenido la desgracia de un fusilamiento, hubiera dado un ejemplo al mundo como no se lo ha dado nadie. Yo llegué a pensar las palabras que tenía que decir cuando me fusilaran. Sí, antes del fusilamiento yo pensaba hablar. Si me dejaban, claro. Un discurso. Iba a decir lo que nadie había dicho antes, lo que es la muerte, lo que es un fusilamiento y lo que es morir por la causa. Yo moriría por la causa de la libertad, por la causa de la justicia y la causa de la muerte, pues el único fin de la vida es el amor a los demás, es la libertad.

Yo he seguido mucho la cuestión de la panspermia, que es una doctrina filosófica que sostiene que todo el mundo existe en seres diseminados que esperan el momento oportuno para su desarrollo. Esto es lo que yo he querido para los seres vivientes como nosotros. Todos, absolutamente todos tenemos un fin, todos estamos desparramados por ahí y estamos esperando

el momento oportuno para nuestro desarrollo. Este desarrollo es el que yo he llevado ahí escondido de acuerdo con la doctrina de panspermia para llegar a la cuestión del hedonismo, cuestión que usted sí que conocerá, una doctrina que sostiene que el placer es el único fin de la vida. Y es verdad. Habiendo esta fe no hay enfermedad; teniendo una alegría grande las enfermedades no penetran en el cuerpo humano.

Esto lo aplicaba yo muy bien. Llegaba por ejemplo el calor, que es lo que más me maravilla: el calor. Llegaba el calor, una cosa asfixiante, cincuenta grados por ejemplo, algo que lo aplana a uno. Yo decía: no, estoy fresco, hace fresco, mucho fresco, completamente. Y nada: que estaba fresco de verdad, no tenía calor.

Sí, conozco la teoría egipcia de la reencarnación. Pero yo no creo en eso. Yo creo en otra cosa que de momento casi no me atrevo ni a decirla. Es la cuestión de la revivencia. El fin del mundo llegará. Creo que hay mucha vida en otros planetas y hay mucho desconocido. Hay vida en la mayor parte de los planetas que conocemos. Y llegará un día en que nos comuniquemos con ellos como nos comunicamos nosotros.

La teoría mía es que hay supervivencia completa, que hay otra vida que es bastante más importante que ésta. Esto se llama cielo, pero yo no creo que sea cielo. Yo creo que ha de ser, ¿me entiende usted?, el fin de todo.

Al poco tiempo de encerrarme hice una cruz, mírela, a ver qué saca de esta cruz. La hice yo a navaja, es madera de álamo. Yo saqué que el mundo se divide en cinco partes: Europa, África, América, Asia y Oceanía. La Tierra, lo que llamamos mundo. Y dije: bueno, pues en la cruz encontramos todas nuestras riquezas y en la cruz las perdemos, porque la cruz es el símbolo de la creación, allí encontramos la vida y allí encontramos la felicidad. Sí, por Jesucristo, claro. Aquí tiene usted por ejemplo América, África, Europa y la Malasia. Y aquí tiene usted el planeta Marte, Neptuno, Urano, etcétera. Aquí tiene usted todo el mundo que se ha descubierto hasta nuestros días. Y esto de abajo es exactamente igual, sólo que concuerda con lo de arriba, ¿me entiende usted? Y lo de abajo del todo es el prodigio del agua bendita, como la que tienen en las iglesias. Esto es la cuestión de Lutero, de Martín Lutero, que decía que el agua bendita sí, pero que había que saberla tomar, cogerla y darla. Esto es lo que he intentado figurar. La

cruz la tuve siempre allí, pero nunca tuve agua bendita. No creo en el poder del agua bendita, creo que es una cuestión de ilusión, una cuestión que puede dar vigor y fuerza a la vida, a la ilusión. Pero no dejará de ser ilusión. La hice y la conservo y la conservaré siempre.

No es que yo crea en el catolicismo. Yo respeto el catolicismo como respeto todas las religiones. Lo he sacado en consecuencia de la vida, porque yo le voy a decir una cosa que no le he dicho a nadie y no quiero que se sorprenda usted: yo creo que el hombre que sea hombre, que sepa dominarse a sí mismo, tiene comunicación con el exterior. No con los muertos, con los vivos. Y le voy a decir otra cosa que no quiero que se publique: yo estar solo, a mis cosas y haber alguien enfermo y oír una voz: «vivirá; tal como lo pides, vivirá; vete a ver al enfermo tal, ponle la mano en tal sitio». Esa voz la decía yo sin decirla, ¿comprende?

Esto no sería la telepatía, algo parecido. Es algo que yo no me lo sé explicar todavía y hasta que no lo tenga claro no la daré a conocer. Francamente, yo no soy un experto en ciencias ocultas, pero me gusta la psicología y la hipnosis y conozco también la cuestión de la magia. En eso estoy bastante impuesto. Domino la escritura automática y veo a través de los cuerpos opacos… Mire usted, en eso que le he dicho antes de la comunicación lo más importante de todo es yo mismo, formarme una idea, autosugestionarme, hablar, pero no crea que es ilusión de mis sentidos, no. Yo perdí una cosa, no me acuerdo, y al momento oí una voz: la consigues, se hará esto, vive tranquilo. Es cierto. Así ha sucedido. Según los casos, estaba pensando una hora, dos horas, pensando mucho. En esto no quería imitar a Jesucristo… Bueno, sí, como hombre sí. Al obrar así yo creía en él, pensaba en él, como lo hacía él por ejemplo con Lázaro.

Usted me preguntaba al principio que por qué no había salido antes… Pues muy sencillo: porque he querido vivir un año más que el Mártir del Martirio. Treinta y cuatro años. Jesucristo existió, hizo muchas cosas buenas, le llevaron al Calvario, le mataron en el Gólgota… y perdonó. Ahora, la verdad de todo esto, es que yo quería imitarlo a él, no como Dios —que no creo que lo fuese—, sino como un hijo del hombre, que lo pusieron como ejemplo para ver si la Naturaleza… Yo creo que provenimos

de las *saunas*, yo estoy en esa creencia. He leído unos párrafos de Alfonso X el Sabio sobre la cuestión. Y he pensado mucho, mucho.

De la muerte ya le dije. Y del fin del mundo será como una cuestión de un terremoto, o una cosa parecida y semejante. Una cosa, como si dijésemos… Es decir, siempre por comparaciones naturales… Así terminará el mundo. Y esto se deberá más que nada a la cuestión de los insecticidas y de las cosas nucleares. Aunque no estoy muy documentado en estos temas, creo que Einstein hizo cosas muy buenas. No tuvo la culpa él: fue un hombre muy honrado. Es decir, que si él hubiese sabido adonde se iba a llegar quizá no las hubiese hecho. Yo leí lo de la bomba de Hiroshima y lo de los campos de concentración de los alemanes, cuando desollaban a los judíos… Era una barbaridad, la barbaridad más grande del mundo, pero no pensaba que era el fin del mundo. Es fácil que alguien intente barbaridades aún más grandes que ésas. El fin del mundo será bastante remoto, no en el año 2034, como algunos aseguran. El mundo durará más y su fin se deberá siempre a causas naturales: insecticidas y cosas nucleares.

Y con arreglo al misterio de la galaxia, tenemos que en el planeta Marte yo creo que existen vivientes. Tenemos muchos sitios desconocidos. Existen y ha de llegar el día en que nos comuniquemos todos directamente. Entonces es cuando llegará el fin total del mundo. Porque no podremos llegar a entendernos y ocurrirá como con la Torre de Babel. Y claro que es verdad lo de los platillos volantes, esté seguro que es una cosa cierta. Y viene gente en ellos. Vamos, a mi juicio, yo creo que es una cosa completamente exacta.

* * *

Con los periódicos y con la radio estaba muy al tanto de lo que pasaba fuera y yo pensaba lo que me parecía mejor, lo que me parecía peor, lo que me parecía bien.

La guerra mundial fue lo que más me afectó y cuando acabó la guerra, porque España no tenía que haber sufrido lo que sufrió. Si cuando acabó la guerra a España la ponen como se la debía haber puesto, no hubiéramos

tenido lo que tenemos. No es que yo lo esperara, es que yo lo creía; durante todos esos años lo creía. Pero ahora ya no lo creo, ahora creo otra cosa.

No tenía más elementos de juicio que los periódicos y la radio. Escuchaba la BBC y la Pirenaica, escuchaba Moscú, Washington, todas las que podía. No oía música porque he sido poco atractivo a la música, a mí lo que me gustaba era la cuestión de los partes y cómo estaba esto y cómo estaba aquello.

Los hechos más sobresalientes, los que más me llamaron la atención, fue la independencia de la India y luego China. La independencia de la India me afectó muchísimo, porque creo que hubo muchas cosas equivocadas y erróneas por parte del pueblo indio. Los ingleses no tenían que haber soltado la India, yo creo. Si los ingleses hubieran hecho las cosas mejor de lo que las hicieron, más ajustadas a la realidad, la India hubiese valido más de lo que vale. No estaría tan pobremente como está, no habría tanta miseria y fácilmente estaría más civilizada. Los ingleses no fueron justos y se lo diría yo a la misma reina Isabel II.

Lo de China lo considero un error táctico tanto de Mao Tse-tung como de Chiang Kai-shek al hacer la guerra que hicieron. También creo que los Estados Unidos obran muy mal, pero que muy mal y están gestando las cosas que están gestando. Mao Tse-tung ha hecho cosas buenas, pero yo creo que está completamente supeditado al fanatismo del pueblo. Ha hecho cosas muy buenas, pero ha hecho cosas muy malas también, como la opresión. Yo no soy marxista, no, yo no creo en esas cosas. Creo en el amor mío como en el del prójimo. Las democracias tampoco han tenido buen papel porque no se las ha sabido interpretar, es decir, que se las corrompe. La democracia debe ser democracia lo mismo para éste que para el otro. Francamente, creo que no existe una verdadera democracia en ningún país.

Fidel Castro no está mal del todo, aunque me parece que habría que introducir algunas cosas muy importantes; hay exceso de autoridad e incluso un poco de fanatismo. Ahora, diga usted que está muy bien. Guevara era un superhombre. Yo admiro a Che Guevara porque creo que era lo más sano que había en el mundo, no creo que hubiera en el mundo persona más sana que él. Me hubiera gustado imitarle, aunque yo no puedo hacer lo que él hacía.

La guerra del Vietnam creo que es la peor que ha sufrido el mundo y el peor error de Norteamérica. Yo creo que la razón está en el Vietcong y que al desaparecer quien lo ha conducido desaparecía el hombre más grande del mundo. Sí, el más grande. Se asemeja mucho a Mao, pero era menos fanático que Mao. Mao sacrifica mucho la moral al interés y eso es lo que le pasaba a Maquiavelo: era un talento grandote, pero sacrificaba la moral al interés. Y eso le pasa a Mao.

No he hablado con nadie de esto, de Mao y de Ho Chiminh; alguna vez con mi familia, pero qué van a saber nada. Los pobres, no saben nada de eso.

También he seguido los fenómenos de los jóvenes, de la música. A los cantantes se les ha dado más méritos de los que tienen, y pese a lo bien que estén esas cosas, tampoco es todo lo buenas que debieran. La gente de pelos largos, especialmente en lo masculino, creo que debe ser respetado, porque cada uno debe vivir, vestirse y valerse como crea más conveniente siempre que no falte a los demás, es decir, siempre que no resulte en perjuicio de un tercero.

En la cuestión de la minifalda creo que es algo que no está del todo bien. Esto puede dar motivos a una relajación, porque la mujer es lo más sublime que hay en la vida. Primero, porque salimos del vientre de la mujer y después porque es el bien y el mal, la corrupción y la gloria. La mujer debe ser más respetada, más querida, más admirada. Lo sexual, en la cuestión de la minifalda y estas cosas, desde el punto de vista que yo lo miro, creo que no debería existir.

El amor debe hacerse, sí, pero no hay que confundir el amor con el placer, con la lujuria. Yo soy hedonista. Es muy sencillo: yo considero el hedonismo como el placer de la vida, pero el placer de esta vida es de tipo espiritual y moral. También físico, en todos los órdenes, pero el placer es una cosa y la lujuria es un pecado, tanto en el hombre como en la mujer. Es pecado contra Dios y contra la Providencia. El mundo sería mucho más justo si nos limitásemos a cumplir con el amor. El amor existe muy poco tiempo, como decía Campoamor en unos versos, a ver si recuerdo: «Amor en la juventud, / esperanza en la niñez, / en el adulto virtud / y recuerdo en

la vejez». Si se cumpliera esto estaríamos mucho mejor y no habría estos desórdenes y barbaridades que se cometen.

Ha habido muchas muertes por la cuestión de la lujuria, la cuestión del vicio, crímenes pasionales, cosas verdaderamente desastrosas. A nivel nacional e internacional. Y tanto que llegamos al segundo problema de la dificultad del mundo. Al ocurrir esas cosas, las nuevas generaciones valen menos que las de antes, bastante menos, cuando deberían ser más inteligentes y más expertas.

También he pensado en el problema de las drogas, de eso se habla mucho. Hay drogas que no, pero otras son muy perjudiciales para el mundo. Hay dos o tres que se podrían emplear muy bien, para fines terapéuticos. Yo sólo he probado el tabaco, nada de alcohol. Yo fumo mucho, treinta y cinco o treinta y seis pitillos diarios y siempre tabaco fuerte, picado, *caldo* cuando podía. El tabaco picado, ése que se vende en cuarterones, creo que es el más sano. Además hay una cosa que yo he practicado muchas veces: se puede quitar la nicotina, se puede usar el tabaco sin nicotina muy bien. A base de miel y agua. Yo lo he fumado muchas veces, aunque no siempre, porque no podía. Tenía dos, tres, cuatro o cinco paquetes de tabaco; los metía en agua; luego les echaba una cantidad apropiada de miel y se quedaba sin nicotina. Es un tabaco completamente inofensivo. Sabe más flojo, sabe más bien a yerba. Este procedimiento lo aprendí yo de una obra de Antonio Formoso, del ingeniero Antonio Formoso. Tenía el libro allá arriba, con otros, muy buenos libros.

Con todos estos conocimientos, no me sorprendió nada al salir. No vi oposición entre lo que decían los periódicos y la realidad. Me había hecho un juicio tan exacto de la situación, que lo he visto todo normal; lo conocía ya perfectamente. Así que no me ha sorprendido absolutamente nada, nada.

* * *

Aparte las mallas de pesca, las pelotas, el arreglo de los zapatos, las muñecas y algunas cosas de ésas, he trabajado sobre todo en escribir. Yo me he ganado la vida escribiendo, fíjese usted, escribiendo sobre todo cartas. He trabajado verdaderamente fuerte.

Tengo un diario de todo, porque yo lo apuntaba todo, cada día, todo lo que pasaba, lo que iba pensando. Para publicarlo habría que quitar muchas cosas que no se pueden decir. Yo no quiero ni ofender al gobierno ni ofender a nadie. Que sea una cosa legal. Un diario de los treinta y cuatro años con todos los que han nacido, los que han muerto, lo que yo he hecho. Ha sido un caso único, verdaderamente insólito. Todos los que lo han oído se han quedado tiesos, gente muy preparada, así que habrá que contarlo todo.

Escribía también todas las cuentas, he hecho muchas testamentarías. Siempre en secreto, claro, sin firmar. Un hermano mío se encargaba de firmar las cartas y los documentos, pero el que lo escribía era yo. Tenía el agujero como una verdadera oficina y todos los días, mucho o poco, escribía: cartas, resúmenes, cosas del negocio, y cuentos, versos, pensamientos… También hacía quinielas, pero nunca me tocaron. Y preparé un tratado de magia. Se lo dije a unos señores de Barcelona; les mandé un resumen, y me invitaron a una exhibición en un congreso, pero no fui, claro. Después he debido de perderlo…

Con el trabajo se ganaba poco dinero, para vivir. Nos daban el cuatro, el tres, el dos por ciento y pare usted de contar. Para vender una máquina necesita usted un mes y luego le vienen a quedar unas mil pesetas. Total, que sacaba uno lo comido por lo servido. Todo venía de Madrid o de Barcelona. Mi hermano lo apalabraba antes y después lo traían: una cocinilla, un electrodoméstico, esto a uno, esto a otro, no sólo de aquí, sino de muchos pueblos de Segovia y de Ávila. Seguimos trabajando en eso, claro, porque qué vamos a hacer. He sido agente comercial de no sé cuántas cosas desde ahí arriba, sin dar la cara, como un topo. Eulogio es agente comercial colegiado y daba la cara por mí.

Me acuerdo de algunas de las cosas que hemos vendido, que son miles: insecticidas, aparatos para hostelería, piedras de mechero, motores de riego, polvorones de Navidad, persianas, abonos, aparatos de radio, pulseras atómicas y magnéticas, pimentón, alambre metálico y de plástico… Lo representábamos todo. Y luego estaban los seguros. Yo llevaba el negocio y escribía las cartas:

21 de mayo de 1963

Muy señores míos y de mi mayor consideración: A la vista del adjunto ANUNCIO, publicado por el diario YA de Madrid de esta misma fecha, mucho me honra ofrecerme a ustedes como Distribuidor o agente de venta del moderno abono natural a que en el mismo se refieren para toda esta provincia de Segovia, en la que cuento con innumerables y buenas amistades en todos los órdenes.

ACTIVIDADES Y REFERENCIAS. —Mis actuales actividades son la representación de propaganda y venta de Maquinaria Agrícola e Industrial, Herbicidas, Desinfectantes e Insecticidas agrícolas. Artículos que llevo trabajando por toda esta provincia desde el año 1948. Tengo 42 años de dad, 1,70 de talla, casado, bien presentado, don de gentes y muy habituado al trato personal en general; encontrándome en inmejorables condiciones de viajar, para lo que dispongo de medios propios de locomoción, libertad, salud y dinamismo. No soy hombre de vasta cultura, pero sí lo suficientemente especializado para poder organizar debidamente la distribución y venta de su artículo por toda esta provincia, haciéndole llegar a todos y cada uno de sus 363 pueblos y aldeas que comprenden los 275 Ayuntamientos.

Daría y exijo toda clase de garantías si fuera preciso en todo lo concerniente al caso,

* * *

27 de septiembre de 1963

Muy señores míos:

No habiendo vuelto a tener noticia alguna de Vds. conforme me indicaban en su muy atta. carta de fecha 21-5-63, referencia MB/MO 206, por la que me acusaron recibo a la mía del 21 del mismo mes, y considerando que bien pudiera obedecer a falsos y maléficos informes, algo muy frecuente en los señores Alcalde, Secretario y Alguacil de este Ayuntamiento, debido a ciertas tiranteces, de carácter particular y a que el último vende abonos nitrogenados; me dirijo a Vds. nuevamente suplicándoles sean tan amables tengan la bondad decirme si les interesa o no que los represente en esta provincia como distribuidor o agente de ventas de sus artículos.

* * *

11 de enero de 1970

Muy señores míos:

A la vista de su anuncio, publicado en la Revista ONDAS sobre su «Magnetic-Coussin» (Cojín magnético), me dirijo a Vds. suplicándoles sean tan amables tengan la bondad informarme a la mayor brevedad posible, si desearían propagar y vender dicho Cojín por esta región castellana. En caso afirmativo, mucho me honraría poder prestarles mis servicios

como representante exclusivo en esta provincia de Segovia y las limítrofes de Ávila y Valladolid, siempre que las condiciones establecidas sean aceptables.

Como verán por el membrete, soy agente profesional, tengo 48 años de edad, innumerables y buenas amistades en las tres provincias citadas, don de gentes, con coche propio para los desplazamientos diarios, creyendo reunir todas y cada una de las cualidades precisas para una activa y acertada divulgación que el caso requiera para el mayor número de ventas, etcétera, etcétera.

* * *

8 de diciembre de 1969

Muy señor mío:

Por encargo de sus familiares de Aldeanueva del Codonal y con sumo placer, en este mismo correo y contra reembolso de 372,50 ptas., incluido gastos de envío, le remito una Pulsera Magnética ATOMIC, juntamente con su correspondiente Certificado de Garantía y folleto informativo en todo lo concerniente a la misma.

Ruégole la use con fe y entusiasmo y quedará sorprendido de sus positivos y maravillosos resultados. Si se diera el caso de que al usarla se le avivaran los dolores o molestias, no se la quite más que para dormir, que dichos dolores o molestias cesarán a los 3 ó 4 días y la curación será radical y total; pues así ha sucedido en cuantos casos se ha manifestado dicho síntoma.

Si precisaran alguna más para familiares o amistades, no tiene más que escribirme indicándome si es o son para caballero o señora, número de las que precise y medida de cada una de ellas, bien en centímetros o con una tira de papel.

* * *

4 de enero de 1964

… Por lo que antecede y teniendo en cuenta el pésimo estado de las carreteras y la carestía de la vida, el gasto mínimo diario es de 150 pesetas incluyendo gasolina, hospedaje y demás gastos. Así que para encargarme de toda la provincia, obligándome a salir 25 días cada mes, tienen que abonarme además de las 0,25 ptas. por kilo de abono vendido y llegado a feliz término, la cantidad de 4000 (CUATRO MIL PESETAS) mensuales y por tiempo mínimo de un año en concepto de dietas y pagadas a final de cada mes…

* * *

12 de diciembre de 1965

Muy señores míos:

Al efecto de entrar en el Sorteo del «CONCURSO FIN DE AÑO STARLUX» que tendrá lugar el próximo día 31-12-65, adjunto envío las dos envueltas que se precisan a los efectos indicados. Si tuviera la suerte de que me tocara uno de los dos SEAT 600-D, que tanto necesito, con sumo gusto los representaría por toda esta provincia de Segovia propagando y vendiendo sus productos preparados sin cobrarles nada por mis servicios hasta considerar haberles repuesto el importe del coche por beneficio de mis comisiones.

No me aburría, no estaba cansado, aunque a lo último no me sentía muy bien por la falta de aire. Yo pensé salir al ver el decreto de amnistía del uno de abril de 1969; entonces pensé salir de veras. Anteriormente no salí porque no podía. Si hubiera salido, me cogen y al momento me llevan, de todas todas. Había leído las amnistías anteriores: las leía y las interpretaba sin corromperlas. Pero no me fiaba de ellas, no. Había muchas cosas… Uno aquí mismo, en el pueblo. Yo me enteraba a través de la familia. A lo mejor venía alguien y preguntaba:

—¿Y de tu hermano, sabéis algo?

—No, no —decían siempre ellos.

—Pues mira lo que le ha pasado a Fulano y a Fulano.

Y yo me enteraba: que lo cogían y se lo llevaban y de repente se había muerto de una enfermedad, él solo. Vamos, lo mataban. Y eso no podía ser así. Si a ellos les hacían esas cosas, qué no hubieran hecho conmigo.

Pero de la última amnistía sí me fié, porque es total.

Y no decidí salir una noche, sino muchas noches. Porque yo ya tenía 59 años y he estado 34 ahí escondido. Como las cosas se iban poniendo bien en algunos sitios, pues yo me decía: «salgo ahora, salgo ahora». Yo hacía mis proyectos: «Vivo con la familia y puedo aprovecharme de estos años que me quedan de vida, pocos o muchos, porque eso no lo podemos saber, ya que podemos caer muertos en seguida o vivir mucho tiempo».

Yo no quería morirme sin dar a conocer al mundo lo que yo he pasado, lo que yo he hecho, lo que yo he descubierto. Que el pueblo sepa quién soy yo, quién era el Gobierno y quiénes eran los demás.

Pero créame usted, la verdad, se me ha pasado el tiempo como una noche de verano.

7. «Bueno, aquí estoy».

Tenía que acabar alguna vez aquella oscura noche de verano.

Había transcurrido un año desde la última amnistía, aquélla que ya parecía verdadera. Por las cuatro esquinas de España habían ido saliendo a la luz los últimos topos y no les había sucedido nada. No fueron fusilados, no fueron encarcelados. La guerra parecía efectivamente lejos.

Bajo la teja rasa del desván, Saturnino de Lucas leía las informaciones sobre los extraños resucitados y se preguntaba si también él podría resucitar, si efectivamente valía la pena salir a la luz después de tantos años de dulce cobijo, de soledad perfecta, de sombras llenas de ruidos y olores: después de un tercio de siglo de meditaciones, de apasionantes y mínimos descubrimientos, de agridulce miedo.

Las últimas nevadas de aquel año de 1970 le habían afectado mucho. El cuerpo lisiado que había pasado su vida reptando como un animal, sin enderezarse nunca, aovillado entre los infinitos cachivaches de la buhardilla, empezaba a sufrir de bronquitis. Saturnino pensaba que se habría quedado casi ciego y que el aire lo mataría. Aunque sentía la tentación de la vida familiar, de las pequeñas comodidades (una cama, una tarde en el bar, una conversación en voz alta), lamentaba decir adiós al hueco que como una membrana vitelina, como una cálida placenta lo había guardado para designios sin medida. ¿Era realmente el mundo exterior como lo contaban los periódicos y la radio? ¿A qué rostros correspondían las conocidas voces? ¿Habían desaparecido realmente de las calles los falangistas de ocasión con sus pistolas y sus escopetas, los guardias civiles celosos de una ley impuesta por los poderosos, los antiguos eternos enemigos que se burlaban del muchacho cojo y parecían querer tragárselo vivo? ¿No estarían tal vez esperándolo a la puerta para «darle el paseo», para dejarlo en cueros como a las hermanas y obligarle a rezar el Credo durante la misa mayor, de hacer con sus carnes «tajadas más pequeñas que un palillo de dientes»?

El día cuatro de abril, martes, era su cumpleaños. Iba a cumplir cincuenta y nueve.

—Yo me dije: bueno, lo celebramos todos juntos y luego a vivir. Nos organizamos como hermanos, como lo que somos, y a vivir. Eso era todo. Vivir la vida como nos dejen o como podamos.

Es decir, casi como hasta entonces. Porque la organización fraternal no había fallado ni un segundo. Aunque los hermanos se fueron casando, se fueron alejando, Eulogio mantenía una guardia constante y perfecta. Si necesitaba pernoctar, bastaba una llamada de teléfono para que otro de los hermanos «diera de comer a los perros». Y el silencio había ido progresando sobre sí mismo, de modo que ya ni en las reuniones familiares se hablaba de Saturnino. Estaba muerto, hacía mil años que estaba muerto. Y todos, incluido él mismo, habían continuado viviendo como podían, como les dejaban, como les ordenaban. Para eso el final de la guerra había sido como fue. A su gran vencedor, Francisco Franco, sólo podrían juzgarle Dios y la Historia, como había repetido muchas veces. Por eso ni siquiera ahora se atreve Saturnino a pronunciar su nombre. Dice: «Hombre, pues verá usted…» Y no pronuncia su nombre. Todavía es sagrado, el gran tabú a quien debe la reclusión y una sabiduría misteriosa que apenas consigue explicar.

La primavera se estaba insinuando perezosamente. Por la noche, las temperaturas eran aún bajas. Eulogio, con la cena, entregaba a su hermano una tumbilla rellena de arena caliente para que caldeara la cama y se la dejase toda la noche al lado de los ateridos pies. Ni siquiera el poder de la sugestión, que tan buenos resultados había dado al Cojo hasta entonces, lograba vencer la bronquitis.

—Por la mañana, antes de que me subieran el desayuno, me deslicé por la escalerilla, como siempre, hasta el boquete. Entonces había dos o tres adobes que se podían quitar y detrás de ellos una pelliza vieja colgada de un clavo. Yo empujé los adobes con el pie y los eché abajo. Cabía malamente por el agujero, pero me deslicé hasta el exterior y dije: Bueno, aquí estoy, oye, que estoy bien, no te preocupes, que salgo…

Y en esto que me quedé como muerto en la habitación, caído en el suelo, como si tuviera un ataque. Empecé: ah, ah, ah… Que me ahogaba y perdía el sentido… Así estuve veintiún días, sin poderme mover, sin poder estar ni tumbado ni de pie. Mi hermano me hizo un artilugio de madera para

estar en la cama medio sentado, como ahogado siempre. No podía hacer nada. Yo sabía que podría morirme al salir, pero también que podía vivir. Morirme era lo más propio por pasar del calor al frío, del frío al calor, al chocar el aire. El cuerpo del hombre es débil. Y como esas cosas no admiten sugestión sino que sólo admite lo que dé de golpe, pues depende de cómo recibas ese golpe. Yo me quedé sin sentido y como muerto, ya le digo, pero vivo. Estaba hinchado como un monstruo por causa del aire.

De Mudrián, la noticia corrió a todos los hermanos diseminados por diversos pueblos de la provincia. Y aquella misma mañana, temprano, dos de ellos, con algunos sobrinos, condujeron al Cojo en una furgoneta «Tempo» hasta Segovia para visitar a un médico. Los otros se trasladaron en coche a fin de que la Guardia Civil no sospechara al ver un vehículo sobrecargado. El doctor Pedro Useros recuerda bastante bien aquella sorprendente visita:

—Llegó a mi consulta por la mañana —dice—. No sé cuánto tiempo llevaría en tratamiento, porque me figuro que lo habrían tratado. Lo que más me llamó la atención fue su aspecto físico, la piel pajiza, amarillenta. Los ojos muy abiertos me impresionaron muchísimo. Parecía muy despierto. Respondía a todas las preguntas que le hacía, pero parecía deprimido y abstraído en sí mismo, muy concentrado en sus ideas. Yo me limité a la cosa médica. Tenía albúmina en la orina y una insuficiencia cardio-respiratoria de tipo asmático. Le hice un estudio general de sangre y de orina. Padecía un déficit funcional clarísimo, una broncopatía… El corazón estaba sufriendo como consecuencia de esa bronquitis crónica. Aparte, tenía también el metabolismo muy alterado a causa de la privación. Le marcamos un régimen dietético, le pusimos unos antibióticos y unos tónicos cardiorrespiratorios y mejoró extraordinariamente, hasta el punto de que la segunda vez que lo vi, a los quince días, estaba muy bien. Se le veía otro hombre, con otra mentalidad. Mejoró el color pajizo que tenía. La tercera vez los análisis eran normales. Le di por curado.

»Pero la primera vez presentaba un cuadro alarmante. Oliguria, escasa emisión de orina. Era un hombre muy delgado, un organismo en franco declive con una marcadísima palidez de las plilimucosas. Llevaba mucho tiempo con malas funciones orgánicas. Es lógico que estuviera así su

organismo viviendo en esas condiciones. Lo que me admira es que no hubiera muerto. La anemia era muy marcada. Le pusimos extractos hepáticos y tónicos reconstituyentes. De no haber tenido una naturaleza tan fuerte, habría muerto años atrás. Yo aquel día lo encontré muy mal. Pensé que iba a morir en unas horas…

—El médico nos cobró treinta y tres mil pesetas por todo —puntualiza el Cojo.

Desde el consultorio del médico llamaron a un abogado conocido de la familia, Manuel González Herrero, para que se ocupara de los aspectos legales de la resurrección.

—Fue a hablar con el gobernador[5] —cuenta Pablo—. Le dijo: «Mire usted, pasa esto y esto». El gobernador dijo que lo lleváramos a casa, que cuando estuviera bien ya vendría él a saludarle, eso dijo, a saludarle. Que no había más que hacer. Como la Guardia Civil es tan meticona, ya sabe usted, pues que mejor no divulgar la noticia. Así que cogimos a Saturnino y nos lo llevamos a Mudrián. No quisimos dejarlo en un hospital. El médico había dicho que no viviría más de veinticuatro horas, así que para qué. Que muriera tranquilo en su casa, con sus hermanos. Pero el gobernador no entregó ningún documento. Saturnino no llegó a tener documento nacional de identidad. Sólo logró hacerse las fotografías.

Y muy pronto la Guardia Civil comenzó a investigar un suceso tan extraordinario, la vida de un hombre que durante tantos años se había hurtado a su control.

—Primero bajó un cabo —dice Pablo— y Saturnino le contestó: «Sólo voy a decirle que he estado aquí y que no he salido. No voy a decirle más». Pero siguieron dándole la lata unos días. El 12 o el 14 llegó el teniente de Navalmanzano y Saturnino le dijo lo mismo, que no tenía nada que hablar con ellos, que para eso estaba el gobernador. Pero el teniente venía imponiéndose y Saturnino le dijo: «Viene usted buscándose una estrella más, pero yo voy a decirle a usted que puede perder todas las estrellas que tiene, porque yo conozco el Reglamento y su misión. Le falta mandamiento judicial y ha entrado aquí sin permiso. Eso es allanamiento de morada y yo voy a dar parte de esta forma y de esta otra. Porque yo sé que usted ha estado hablando con Fulano y con Mengano y le han dicho esto y lo otro y

lo de más allá. Yo lo sé sin salir de aquí: que le han llenado la cabeza de historias».

—Es que yo no me fío que haya estado usted ahí dentro —dijo el teniente.

—Pues peor para usted —respondió Saturnino—. Yo soy un ciudadano español y aunque hubiera sido un consumado comunista, aquí no hay nada que hacer. Y que no me toque un solo papel de los que hay allí, porque le pongo una denuncia y le arranco las estrellas lo mismo que se arranca un ajo de la tierra.

Este modo de hablar era el último recurso que le quedaba al exalcalde de San Martín y Mudrián, que en otros tiempos había tenido autoridad para dirigirse sin espanto a los guardias civiles. O tal vez había pasado tanto miedo que estaba ya por encima de él.

Los guardias registraron cuidadosamente el desván. Para ello fue necesario agrandar el tabique, quitar algunos adobes más. Examinaron la montaña de papel y hallaron en una caja algunos billetes de banco de la República y de la Unión Soviética. Los primeros procedían de una pequeña colección que Pablo había iniciado y los segundos le habían sido regalados por un cuñado que había luchado con la División Azul. Pablo se los había entregado entonces a su hermano y allí estaban aún. El Cojo Charrabacos no destruía ninguno de los mínimos tesoros de su guarida. El teniente examinó los billetes, tomó nota y no le dijo nada.

La asiduidad de sus visitas a Saturnino le hicieron convertirse en su amigo.

—Le hizo ir a su casa y sentarse en una silla, en Carbonero —dice Pablo—. Le llevaban de juerga con ellos. Era el mejor amigo que tenía. «Con una docena de hombres como tu hermano había sido suficiente para tener a España como una balsa de aceite» me decía. «Es el mejor hombre que he conocido y muy inteligente». Era como un redentor para la nación. Saturnino le enseñó algunas de las cosas que tenía hechas: la gramática para unificar las lenguas, una novela ideológica sobre la guerra civil… Después me mandó destruirlos. Dijo: «Quémalo, luego la gloria va a ser para otro».

Estaba comenzando la nueva vida de Saturnino de Lucas: una efímera apoteosis de gloria. Los grandes ojos negros, velados todavía por la sutil

neblina de la penumbra del desván, se le ponen brillantes.

—El médico de aquí, el de cabecera, dijo a la familia: «Pónganse ustedes en todo». Y yo le dije: «Pues créame usted, todavía tengo que jugar a la pelota». Y el hombre hizo así con la vista, como no creyendo. Decía que andaba mal, muy mal, de tal modo que ya no podía ser peor, que me tenía que morir por narices porque no podía resistir más. Yo sabía que lo resistiría y ya ve.

—Yo me asusté cuando lo vi —dice una sobrina—. No es que creyese que fuera un fantasma, ya había oído hablar de él. Yo entraba en la casa y me quedé sorprendida. En casa se hablaba muy poco de él, casi nada. Estaba vestido con una chaqueta sin mangas y como inflado, el vientre muy grande.

El hermano Felipe prefiere eludir cuestiones delicadas:

—Verá usted, yo no conozco muy bien todo esto porque estuve con el Movimiento cuando lo de la guerra. Pregúntele a Pablo.

Eugenio recuerda problemas conyugales:

—Algunas noches la mujer me preguntaba de dónde venía y yo le tenía que decir que de dar una vuelta. Ella no se lo creía porque algunas noches no estaban para dar vueltas y el bar ya lo tenían cerrado y entonces yo no discutía y me callaba. Igual les ha pasado a mis otros hermanos que viven aquí. Nos gustaba ir a casa de nuestros padres a charlar un rato con Saturnino.

La clandestinidad había terminado, no sólo para el Cojo. Hermanos, cuñadas, sobrinos, todos se sienten un poco protagonistas de algo insólito, amparados por la heroicidad y la fama de un hombre a quien consideran santo. Asienten cuando Saturnino habla de San Francisco de Asís y de San Martín de Porres, sus personajes más admirados, cuando desgrana sus proyectos de visitar al Papa Pablo VI, cuando enumera las trescientas cartas que ha recibido elogiando su hazaña. Pero ¿qué dijeron las gentes de Mudrián?

—¡Coño, qué iban a decir! —exclama Saturnino—. Un cariño extraordinario. Yo creo que han pasado por aquí más de cinco mil personas de España y del extranjero. Personas que no me conocían. Venían a saludarme, a verme, a hablarme, a ver cómo era, a conocerme. Han venido

muchísimos. Gente joven y gente mayor. La mayor parte era gente joven. He hablado con ellos: una cosa maravillosa. Se entusiasma uno de una manera terrible. Desde luego, yo creía que había muy buena gente en el mundo, pero no creía que habría tanto cariño y gente tan buena. Y me han escrito de Bélgica, de Inglaterra, felicitándome y diciendo que es un caso único y que les mande un autógrafo y una fotografía. Ya sabe usted lo que pasa en estos casos… Aquí en el pueblo han querido nombrarme presidente de la Hermandad de Labradores y Ganaderos y yo les he dicho que no. Me quieren, me abrazan, incluso los jóvenes, que no saben quién era yo, cómo era. Se lo han oído a los viejos.

Uno de estos viejos, al borde del centenar de años, no se muestra tan satisfecho. Juan Marcelo del Campo, el viejo cacique, dice:

—¡El jodio revolucionario…! Pero ten cuidado, que es muy listo, que éste es muy listo.

Sin duda a su pesar. Sólo él y algunos familiares suyos no han corrido a saludar al Cojo Charrabacos. Éste sale muy poco de casa, por lo demás, aunque los médicos le han recomendado que lo haga con la máxima frecuencia posible. Cuando hace bueno da un paseíllo hasta el bar para tomarse un refresco.

Algunos de los vecinos no pueden creer en modo alguno que Saturnino haya permanecido treinta y cuatro años encerrado. Y las interpretaciones que dan a su reaparición son especialmente pintorescas. Una mujer que había sido novia de Pablo, asegura que el Cojo llegaba de Rusia. Traía una maleta llena de dinero. Según ella, se ocupaba de la administración caritativa de los fondos de los republicanos que huyeron a Rusia y escapó con todo el dinero de un campo de concentración soviético. Añadió, para mejor información de la Guardia Civil, que lo había visto entrar en el pueblo montado en un caballo blanco.

De todas maneras, ni las alegrías ni los rencores pudieron durar mucho. Tampoco la apasionada voluntad de vivir del oculto. Aquel hombre que no se consideraba religioso y pretendía imitar a Jesucristo, aquel hombre que se proclamaba hedonista y pasó más de la mitad de su existencia en un agujero oscuro en donde ni siquiera podía ponerse de pie, aquel hombre que estaba seguro de que los insecticidas causarán el fin del mundo y se ganaba

modestamente la vida vendiendo insecticidas por intermedio de su hermano, que escribía pidiendo dietas por sus viajes sin moverse de un territorio de nueve metros cuadrados, que elaboró un diario tan meticuloso como inútil y luego lo dio a las llamas, que para vencer el miedo a su propio miedo se forja todo un mundo de ideas espigadas en folletos de propaganda; aquel hombre de inteligencia viva no consigue por ningún procedimiento aplacar la destrucción de su cuerpo.

Fue el 6 de diciembre, a los ocho meses de haber salido de su refugio.

—Aquella noche —cuenta Pablo en el salón de su casa de Cuéllar— estuvo hablando hasta las tres y media de la madrugada con su sobrino, que se iba de caza al día siguiente. Hablando desde la cama, en la misma habitación. A las siete de la mañana despertó; él dormía siempre muy poco. Y entonces tuvo el infarto, aquí mismo. Cuando vino el médico de Cuéllar ya nos habíamos ido, porque él siempre había dicho que quería morir en su pueblo, donde había nacido. Esa mañana murieron aquí tres en las mismas condiciones; el médico estaba en casa de un moribundo y por eso se retrasó. Así que rápidamente cogimos un coche para llevarlo a Mudrián y al llegar a mitad del camino dio como un estrépito y ya no contestó. Antes sólo había dicho: «Al pueblo…». Cuando llegamos a Mudrián sólo tenía como una palpitación. Y así murió.

La estampa-recordatorio, una muy similar, a pesar de los años, a la que Saturnino conservaba de su amigo el cura García Matesanz, lleva la imagen del Cristo de Velázquez y una fotografía de Saturnino, la misma que tenía preparada para obtener su documento de identidad. El texto dice, bajo una pequeña cruz en tinta negra:

«Rogad a Dios en caridad por el alma de D. Saturnino de Lucas Gilsanz, que falleció en San Martín y Mudrián (Segovia), el día 6 de diciembre de 1970, a los 59 años de edad, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad. D. E. P. Sus hermanos: Pablo, Felipe, Eugenio, Domitila, Eulogio y Narciso de Lucas Gilsanz, hermanos políticos, sobrinos y demás familia suplican a Vd. una oración por el eterno descanso de su alma. Oración: Virgen Santísima del Henar, de todo corazón os suplicamos pidáis a vuestro Divino Hijo conceda la gloria eterna a vuestro siervo

Saturnino, que al separarse de nosotros nos dejó llenos de pena y desconsuelo».

OceanofPDF.com

7. LA NOVIA

María Teresa Ramos y Juan Jiménez Sánchez (Albaurín el Grande, Málaga).
13 años escondido

1. La captura

Aquella madrugada del 24 de septiembre de 1957 estaban los dos acostados en la cama. Los registros nocturnos eran ya ocasionales y menos intensos. Hacía dos años que habían logrado imponerse al miedo y tenían abandonadas algunas de las precauciones con las que habían vivido una docena de años: no necesitaban ya comer y dormir en el suelo, porque los guardias llamaban a la puerta y ellos disponían de unos segundos para organizar el escondrijo en un agujero del patio o bien bajo las montañas de algarrobas secas que cubrían dos tercios de la casa. María Teresa Ramos y Juan Cazallero estaban tranquilos en su lecho. El último hombre de las partidas de la sierra malagueña, el único superviviente de los grupos que habían actuado por la zona de Mijas, Coín y Alhaurín, ni siquiera pensaba en sus amigos muertos, porque eran demasiados los amigos que habían ido muriendo en los últimos veinte años. Unos en la lucha contra los nacionalistas. Otros, en la lucha contra los republicanos. Algunos más, en los campos de trabajos forzados. Muchos, en el maquis. Juan Jiménez Sánchez «Cazallero», antes de refugiarse al amparo cálido de su amante,

había estado en todas partes. Había sido carabinero republicano y legionario fascista. Había sido guerrillero, hombre de la tierra. Ahora, mientras el alba punteaba de luz los riscos de la Sierra Bermeja, dormía en una verdadera cama.

Pero ni él ni su novia habían perdido los hábitos del fugitivo. Un ojo cerrado y otro abierto. Tranquilos pero acechantes, atentos, en continua vigilancia. Los guardias civiles no tenían normas fijas: llegaban a cualquier hora, con disculpa o sin ella. La búsqueda no había terminado ni terminaría nunca.

De pronto sonaron pasos en las calles empedradas. Un lejano ruido de motores. El taconeo era sordo y monótono. María Teresa se incorporó en el lecho, despertó a su compañero y dijo:

—Suenan muchos zapatos. Parece un entierro.

—¿A estas horas, mujer? —preguntó Juan.

—Será mejor que te escondas —dijo ella.

Juan Cazallero, delgado y alto, estiró el largo y nervudo cuello y saltó al suelo. Estaba en calzoncillos y camiseta. No se entretuvo en vestirse. María Teresa subió al piso superior y por las rendijas de una ventana miró al exterior. La neblina de la aurora le permitió ver que todos los tejados estaban punteados de sombras móviles. Un tricornio brilló un segundo detrás de una chimenea por la que aún no brotaba el humo. Bajó corriendo.

—Son los civiles. No sé qué estarán buscando.

No creía que buscaban a Juan, tantos meses tranquilos habían transcurrido…

—Habrán robado a alguien. Pero es mejor que te escondas.

En medio de las algarrobas, unos sacos llenos de esta legumbre, enterrados, formaban un estrecho hueco junto a una ventana. Juan pretendió saltar al patio y encerrarse bajo el banco de piedra, en la tierra, allí donde tantas horas había pasado. Pero María Teresa le explicó que aquello podía ser peligroso. El patinillo estaba expuesto a las miradas de docenas de guardias apostados en los tejados. Así, pues, el hombre se deslizó entre los sacos, la novia colocó encima una tabla de madera ligera y luego lo cubrió todo con algarrobas. Una vez escondido el hombre, volvió al piso superior y miró fuera con mayor atención. No sólo había guardias en los tejados, sino

también en las calles y en las afueras del pueblo, semiocultos entre los árboles y las peñas. Cerca de la ventana, en la calle, un vecino del pueblo había abierto la puerta para asomarse.

—Frasco —pregunta María Teresa—, ¿qué está pasando?

El hombre la miró y cerró la puerta sin responder.

—Ay, madre, qué habrá ocurrido que hay tantísimos civiles —dijo para sí la mujer mientras entrecerraba en silencio la ventana.

Bajó corriendo de nuevo, apañó apresuradamente la cama según tenía por costumbre a fin de que, en el peor de los casos, pudiera pensarse que allí había dormido una sola persona. Ya sólo podía esperar.

Todavía transcurrieron unos minutos. Al fin, golpearon la puerta de la casa.

—¿Quién es?

—¡La Guardia Civil! ¡Abra usted!

María Teresa Ramos, que contaba entonces treinta y dos años, abrió rápidamente. No tenía necesidad de gritar las habituales disculpas, una vez que Juan estaba ya enterrado bajo las algarrobas. Eran las seis de la mañana.

Entraron muchos hombres en la casa. El grupo más numeroso se dirigió al piso de arriba, con el capitán. Registraron con más minuciosidad que otras veces. Recorrieron todo el piso, miraron en todas partes. En un armario encontraron ropas de hombre e hicieron algunas preguntas, pero no hallaban lo que perseguían. María Teresa, entre ellos, los veía sonreír un poco desalentados, como si alguno de ellos hubiera dicho ya que allí no estaba Juan Cazallero y ahora se confirmara su teoría. Efectivamente, allí no estaba el terrible bandolero.

Tal vez había logrado escapar. El soplo indicaba que Juan estaba escondido en el número 18 de la calle, pero hacía tiempo que se había cambiado el número y el tiempo que perdieron buscándolo en una vivienda distinta había aplacado su interés y dado tiempo a María Teresa a esconder a su novio.

Por fin, al cabo de media hora, fueron saliendo todos. Solamente el capitán se quedó en la planta baja. Estaba ya seguro de que el bandido no se encontraba allí, pero el capitán deseaba realizar un registro completo.

»Desde la fecha en que el problema del bandolerismo se había resuelto favorablemente, se había perdido el contacto con el protagonista de este relato. Sin embargo, en los ficheros, tanto él como otros que habían huido o se habían ocultado, permaneciendo alejados de toda actividad e incluso del sol y del aire libre, seguían mereciendo una atención preferente. En sus expedientes personales se anotaban las noticias adquiridas concernientes a su paradero y en relación con sus anteriores fechorías. A lo largo del artículo, en vez de darle el nombre real, lo conoceremos con el supuesto apodo de El Tiarrón. Imaginarios serán también los nombres del lugar, cómplices, víctimas, etcétera. Por excepción, a las partidas con las que actuó les daremos su verdadera denominación. Su teatro de operaciones, igualmente auténtico, lo fue el Sur de nuestra Patria, Andalucía, por el año 1957.

»HECHOS DELICTIVOS. Se conocía que marchó a la sierra en marzo de 1944, uniéndose a un hermano huido con anterioridad y autor del asesinato de un brigada del Cuerpo. Componente de las partidas *El Rubio de Brecia*, *El Mandamás*, *El Carasucia*, poseedor de un máuser español y de una pistola del nueve largo. En junio de 1946, por venganza, asesino a un vecino del pueblo de X. En 1947 participó en el secuestro de un habitante de Z., por cuyo rescate percibieron 84 500 pesetas. Exigió la cantidad de 40 000 y 15 000 pesetas por otros dos secuestros más. En 1949 sostuvo un encuentro con fuerzas del Cuerpo. Mediante amenazas de muerte consiguió la entrega de veinte mil, ocho mil y dieciséis mil pesetas. Consumó repetidos atracos en los que lograron cuantías que oscilaban entre las mil y cinco mil pesetas. Autor de la agresión a un campesino, causándole rotura de la dentadura postiza y abandonándole conmocionado».

—Eso es todo mentira —dice Juan Jiménez, El Tiarrón—. Vamos, se habrán cometido todos esos hechos, no lo niego, pero yo no tengo nada que ver con ellos. Me lo han puesto todo a mí porque soy el único que queda de los hombres de la sierra. A un millonario de la estación de Cárcama, que le decían Chaves, intentaron obligarle para que dijera que era yo, pero él dijo que no podía decirlo. «Los que a mí me hicieron eso eran más jóvenes que éste», dijo en la comisaría. Ése era el de las ochenta mil pesetas. Claro, como era yo el único que quedaba, me lo cargaron todo. Tenían un

expediente así de grande. A mí me pegaron, pero me negué a firmar aquel expediente. Estuve cuarenta y ocho horas seguidas en la comisaría y allí no había comido nadie, todos interrogándome. Luego toda la brigadilla se fue y se quedó sólo el escribiente. Yo le rajé tres expedientes. Él quería que se los firmara, me los daba para firmarlos, pero yo decía: «Rajándolos, mientras hace otro, descanso». Hasta que me hizo otro expediente con lo que yo quise poner. Dijo: «¿Qué hechos te pondríamos?» Digo yo: «Lo que usted vea bien». Dijo: «Te voy a poner que para vivir, para mantenerte —porque yo decía que mi padre era el que me daba de comer, como así era verdaderamente— te dedicabas de noche en varias moradas a robar gallinas». Y ése era el agravante que yo llevaba de comisaría. Pero hay que tener mucha sangre fría para aguantar aquello…

«A cierto individuo, como castigo por tener un hermano guardia civil, le robaron prendas de vestir».

«Se tenían noticias de que Leonor, novia del famoso bandolero, habitaba en su pueblo natal, una céntrica casa de dos plantas, dedicándose a la compraventa de granos y cereales. Los astutos, que nunca faltan, advirtieron que cuando alguien iba a ofrecer o comprar mercancía, mientras se discutía el trato, Leonor utilizaba un tono de voz exageradamente alto».

—Sí, con valentía —dice Juan.

—Es que él se quedaba dormido allí abajo, en el agujero del patio, y se ponía a roncar. Yo hablaba alto para que se despertara —dice María Teresa.

«En seguida, con cualquier disculpa, subía a la segunda planta y al bajar, aparte de que ya traía una firme decisión sobre el precio que le convenía y que por nada habría de modificar, se expresaba en forma normal y delicada».

—Lo de subir —dice Juan— es porque ella sabe poco de cuentas y tiene un libro para hacerlo más rápido. Ella subía a calcular y a coger el dinero, que una vez le habían quitado la cartera abajo. Por ahí cogería sospechas la gente. Seguro que fue uno que también vendía, uno de la competencia, para hacemos mal. Yo le dije al juez, allí, en Melilla: «Me cago en Dios, dígame quién fue el hijo de puta que me denunció».

Y el juez dijo: «Mulo, más que mulo, no hables así. Ya te diré quién fue cuando te suelten». Luego no fui a preguntárselo para no ponerlo en un

compromiso.

«Pensando, pensando, llegaron a la conclusión de que en el piso alto bien pudiera encontrarse el antiguo novio de Leonor, aquel vecino de Florida conocido por El Tiarrón y que durante la época de los maquis se fue a la sierra. Enterada la Jefatura del Tercio de estas reflexiones, sin pérdida de tiempo lo comunicó a la Comandancia para que interviniera en consecuencia. Miembros del SIGC (Servicio de Información de la Guardia Civil), convenientemente adoptados el modo y estilo de los campesinos, entablaron negociaciones con Leonor, comprobando con asombro que en verdad, al menos en cuanto a las circunstancias de voz, subida a la planta superior y decisión de precios, la versión de la confidencia era cierta y quedaba más que demostrada».

—Éstos eran los dos que vinieron antes, unos días antes. Vinieron dos o tres veces —dice María Teresa—. Eran dos individuos sospechosos que querían comprarme unos garbanzos, y ya nos temíamos algo. Por eso pusimos los sacos entre la algarroba. Ya temíamos que alguien nos había denunciado.

Los mismos «tratantes» del SI, aprovechando sus visitas, levantaron un ligero croquis del edificio, viviendas limítrofes y calles adyacentes, del cual reproducimos copia exacta. Considerando que no cabía hacer más indagaciones sin correr peligro de originar sospechas y de prevenir involuntariamente al bandolero, facilitándole tiempo para huir o cambiar de escondite, se dispuso el servicio. A las cuatro horas del día D, saldría, al mando de un teniente, un Land Rover con remolque y fuerzas de la cabecera de la Comandancia. Al entrar en Florida, sobre las 5,30 horas, se dirigirían a la Casa Cuartel para reunirse con otro grupo de hombres pertenecientes a la planilla del Puesto, aguardando a las órdenes del capitán de aquella compañía a que amaneciese el día. Se adoptaron, punto por punto, las medidas imprescindibles para evitar sobre seguro una posible huida. La preparación fue meticulosa y estudiada detenidamente, valuando y analizándose las noticias poseídas y además los diferentes rumores acerca de que estaba armado, fueran varios los refugiados, etc. La actitud conjunta de la tropa que constituyó la unidad que iba a participar, en resumen, era la siguiente: Que no sería posible estuviera el bandolero donde aseguraban

que se ocultaba. Creer eso era supervalorar su hombría y desestimar su inteligencia ante el absurdo de tomar por escondite un punto interior de la población. Que, como sucedían tantas y tantas cosas raras, si ciertamente aquélla era su guarida, aunque dispusieran de un cañón, aunque sumaran cientos, allí estaban ellos decididos a todo.

»LA DETENCIÓN. Con las primeras horas del día quedó distribuida la fuerza. En las bocacalles inmediatas fueron situadas parejas y los pequeños grupos organizados, debidamente autorizados por sus moradores, ocuparon las casas colindantes apostándose en los patios y tejados de tal forma que dominaban el patinillo y la techumbre de la vivienda del maqui, en cuya puerta principal vigilaba con atención otra pareja. Instantes después, se personó el comandante, primer jefe accidental, para practicar el registro domiciliario».

—Buena persona ese comandante, sí, señor, muy buena persona. Se portó muy bien con nosotros. A mí me dio un cigarro —dice Juan.

—Yo le pedí de hacerle café, porque estaba malo, y él me dijo que sí, pero luego dijo: «Deje, señora, ya se lo daremos en la comisaría. No se preocupe». Era una buena persona —dice María Teresa. Se refiere a Ramón Rodríguez-Medel Carmona, autor del texto que tomamos del número de enero de 1969 de «Guardia Civil. Revista Oficial del Cuerpo».

«Es sobradamente comprensible el mal rato que pasarían El Tiarrón y su amante, cuando al preguntar Leonor quién era en contestación de las llamadas de la puerta, recibió la respuesta de “¡La Guardia Civil!”. Aunque aparecieron indicios, el primer registro resultó infructuoso. En el armario del dormitorio principal se encontraron ropas de hombre, pero Leonor lo justificó con la mayor de las tranquilidades adjudicándoselas a unos sobrinos suyos que por vivir en el campo usaban su hogar para cambiarse cuando venían al pueblo los domingos y días festivos. La disculpa era medianamente convincente, ya que correspondían a tres tallas bien diferenciadas y según los informes no existían más familiares que un sobrino y un cuñado».

—La ropa de él la tenía yo guardada en el boquete del patio, no en el armario. Lo del armario era de los sobrinos. ¿Y dice más arriba que

rodearon la casa? Pues toda la sierra que hay ahí estaba llena de civiles, toda plagadita de civiles.

Y todos los tejados. Aquí en la puerta había tres coches de la Guardia Civil.

»En el resto de la casa no aparecía nada sospechoso, pero sí algo muy curioso y un poco desconcertante. Abundaban las imágenes en número y tamaño muy superiores a los usuales en los hogares, antojándose poco apropiadas para albergue de un bandido que, para colmo, vivía, si la confidencia era verídica, amancebado.

»El segundo de los registros dio comienzo por un montón de algarrobas que se extendían a lo ancho y a lo largo del vestíbulo, dejando tan sólo una especie de sendero que daba acceso a las restantes habitaciones del inmueble y escalera interior. En altura, las algarrobas rebasaban el poyete de la única ventana del cuarto de entrada, cubierta y adornada con una cortina. El comandante subió por las algarrobas y las recorrió en distintas direcciones a la vez que enterraba los pies e introducía las manos en busca de algún objeto relacionado en cualquier sentido con El Tiarrón. Finalmente, como en prevención, llevaba la pistola en la mano derecha. Al hallarse junto a la ventana, con el cañón del arma alzó la cortina y allí, tapado de algarrobas hasta los hombros con la cabeza reposando en el alféizar, oculta por el lienzo, surgió el bandolero.

»—Levante las manos y entréguese —dijo el jefe.

»—Sí, señor, me entrego. Lo esperaba; tenía que ocurrir».

—Nada de eso, nada de eso —dice Juan Cazallero—. Lo único que dije al capitán fue: «No tenga usted miedo». Él estaba temblando, porque todos los guardias se habían marchado ya al no encontrarme. Él se había quedado solo para hacer del todo el servicio.

—Yo le dije: «No tire usted, no le tire usted, que está aquí amargamente doce años y si no se ha presentado yo soy la culpable» —dice María Teresa —. Yo le agarré de los brazos al capitán para que no disparase. «Si merezco cinco tiros, aquí estoy». Ya no hablé más. Le dije si podía hacerle café a Juan y me puse mala.

»En calzoncillos y camiseta de verano, asomó del escondrijo la muy considerable mole del forajido. Alto, de complexión fuerte y todavía joven,

no aparentaba su corpulencia por la debilidad, el mal color y miedo que le invadía. Su aspecto reflejaba indudablemente la voluntaria reclusión.

»Entretanto se vestía, el comandante ordenó localizar y detener al sobrino y cuñado de Leonor por supuestos cómplices. La misma suerte le cupo a ella. Conducidos a la jefatura de la Comandancia, previa instrucción de diligencias, fueron entregados al Excelentísimo Señor Gobernador Militar de la Plaza y por su mandato ingresados en la cárcel provincial. En contra de lo que se creía, carecía de armas en el momento de la detención. Se deshizo de ellas, si hemos de admitir lo manifestado por él, antes de refugiarse junto a Leonor, posiblemente en una huida a Tánger, donde se supone que vivió algún tiempo».

—Eso es mentira. Si yo me voy a Tánger, no vuelvo —dice Juan.

»Merece destacarse el temple y valor de la amante, que sin cesar de mimarle durante el trayecto a la capital, insistía recomendándole no hablase, que lo negara todo, que confiara en ella y tuviera aplomo. A sus familiares les conminó para que se abstuvieran de conversaciones, recalcándoles que las únicas palabras que podían pronunciar consistían en no saber nada.

»Semejantes recomendaciones las hacía delante de nuestros guardias y a pesar de la reiterante prohibición de que hablara, pues las más severas amonestaciones la traían sin cuidado, pareciéndole ridículas y sin importancia en comparación al verdadero problema de la detención de su amante. Por el contrario, El Tiarrón daba la sensación de que ni sentía ni padecía. No obstante, su delicado corazón le traicionaba y con el más insignificante motivo, un bache, un portazo, un ruido cualquiera, brincaba descompuesto del asiento. Era la única reacción. Conforme asimiló la idea de su detención y de que ya, después de haber burlado las leyes en tantas diferentes ocasiones, le llegó el momento de perder, siempre preocupado de no perjudicarse, contó algunos de sus movimientos y hechos menos trascendentales.

»Hasta hacía unos meses había tenido un magnífico escondite en el patio de su casa, apropiadísimo para pasar inadvertido una y otra vez. Consistía en un banco idéntico a los que suelen verse en parques y jardines, con una gran losa como asiento, hueca por dentro, con dos asas interiores

que empleaba para taparse él mismo al introducirse en la excavación efectuada en el suelo».

—Era una tabla cubierta de yeso, muy chiquitita, de unos cuarenta centímetros o quizá menos —dice Juan—. Yo me metía en el agujero cavado en la tierra y colocaba encima esta tabla. Luego, ella ponía allí arriba tiestos y macetas, debajo del banco.

»Como no ajustaba perfectamente, permitía la entrada de cierta cantidad de aire, el suficiente para mantenerse enterrado durante el tiempo que podía durar el registro. Sin saber por qué, quizá por exceso de confianza, posiblemente por temor a indiscreciones, a lo mejor por querer autosugestionarse de que no lo necesitaba, lo destruyó».

—Eso estaba todo allí cuando le detuvieron —dice María Teresa—. Se lo enseñé yo misma al comandante. Se asfaltó ya después de cogerlo.

«Premeditadamente quiero ser breve, quiero sólo dejar constancia de la reacción del pueblo. Entiendo que ello lo explica todo y justifica el servicio. Ante aquel extraño y mañanero movimiento de la Guardia Civil, frente al cuartel se congregaron numerosos vecinos, y otros salieron a los balcones. Cuando el Land Rover inició su marcha con los detenidos, sin ponerse nadie de acuerdo, el pueblo prorrumpió en aplausos y vivas al Cuerpo. Así terminó el servicio».

—Sí, hombre —dice María Teresa—. Vivas al Cuerpo… Allí nadie rechistaba, nadie se movía. Todos callados y se quitaron del medio. Eso es mentira. Se están echando flores.

Juan Cazallero, El Tiarrón, abandonaba así Alhaurín el Grande (Florida según el informe), acompañado por la mujer que le había salvado la vida todos los días durante catorce años. No era el terrible legionario de los desiertos africanos, el condenado a trabajos forzados, el luchador republicano que iba a caer preso; no era el terrible maqui, bandolero de la sierra. «Nos llamaban así, bandoleros, pero qué íbamos a ser bandoleros».

Le esperaban siete años de cárcel. Solamente siete años gracias a su buena conducta en los penales El fiscal le había pedido treinta y finalmente lo habían condenado a veinticinco. Era el tipo de condena que otros hombres como él, quizá menos afortunados, habían temido en sus escondites. Estaba uno mejor preso en la propia casa, al lado de la familia,

que en las cárceles españolas de la posguerra. También en este peregrinaje le seguiría su novia, una muchacha que sólo parecía vivir para el hombre perseguido.

2. La persecución

Se habían encontrado por vez primera en 1943, cuando ella tenía solamente dieciocho años y Juan había conocido ya casi todo lo que un campesino de su tiempo podía conocer. Había luchado en una guerra sangrienta a favor de los unos y a favor de los otros, había vivido preso en un batallón disciplinario, se había aburrido en los desiertos africanos dentro de un uniforme de legionario aceptado como mal menor. María Teresa era solamente una chiquilla aldeana, hermosa y valiente, enamorada de aquel muchacho alto y enjuto, de mirada directa y un poco desafiante que había hurgado en los ropajes interiores de la muerte, que había tocado la muerte, la había abrazado y finalmente la había ahuyentado. En común sólo parecían tener sus ganas de vivir.

Los dos enamorados se habían conocido en uno de los escasos intervalos de paz y de sosiego en la vida de Juan. Ella estaba pasando el verano en un cortijo y Juan solía rondar por los alrededores en compañía de algunos muchachos de su edad. «Vino con unos mozuelos —dice María Teresa—, vino a verme un día y otro día y ya nos hicimos novios; me hizo la visita y nos ennoviamos».

La visita oficial, la petición de mano: una ceremonia casi religiosa para la que había que vestir el mejor traje y cubrirse con el sombrero más limpio. La pidió a sus padres y ni ellos ni ella pusieron reparo alguno. «Yo no pensaba casarme; yo era una chiquilla y me gustaba Juan». Al confesarlo ahora, tantos años y tantas penas después, sonríe María Teresa con una brizna de picardía y Cazallero baja la cabeza avergonzado. Se aman aún. A ella le gustó su porte orgulloso, sus andares llenos de vigor y fuerza, el gesto casi señorial con que se limpiaba el espeso sudor del rostro, la forma de golpear los juncos del riachuelo que daba fuerza a los huertecillos del valle, a una legua escasa de Alhaurín.

Las visitas apenas duraron medio año. María Teresa, con el otoño, regresó a su casa del pueblo y Juan, unos meses más tarde, se tiró al campo detrás de sus dos hermanos. Se puso delante de la ley y definitivamente delante de sus perseguidores. Era ya una bestia acosada que solamente podría descansar el día en que los civiles lo obligaran a subir al *jeep*. Durante dos años, desde finales de 1941 hasta principios del 44, Juan Cazallero había llevado una vida relativamente sosegada en el cortijillo en que sus padres trabajaban, una casa modesta rodeada de modestos terrenos de cultivo. Allí trabajaba con ellos y con sus dos hermanos hasta que un día el mayor de ellos, Fernando, por razones que aún hoy nadie quiere revelar del todo, «se echa a la sierra». Cazallero asegura que fueron motivos familiares: una discusión, una pelea, una enemistad. Que alguien le convenció y se fue al campo. También podría tratarse de algo más serio. Éste es el único aspecto sobre el que Juan no quiere recordar detalles.

El segundo hermano, Pepe, siguió muy pronto al primero y Juan quedó solo en casa. «La autoridad —dice María Teresa— agarraba al que podía y le molestaba para que dijera dónde estaban ellos». «Para cortar esta situación (el desarrollo de la guerrilla campesina) se procedió a detener a las esposas y padres de todos los bandoleros y adoptar medidas contra sus haciendas, contrastando así el estímulo que provocaba el dinero de la Agrupación», dice un informe oficial del teniente coronel de la Guardia Civil Eulogio Limia Pérez (Granada, 1951). Cazallero conocía bastante bien a la autoridad de la época. Los guardias civiles llegaban a los cortijos y utilizaban sus métodos habituales para exigirle que les informara del escondite de sus hermanos. Y el pequeño de los tres muy pronto no pudo resistir más. Los primeros días se ocultaba en los desvanes, entre la maleza de los alrededores cuando los veía llegar a lo lejos. Luego, decidió unirse a la partida de sus hermanos para no ser interrogado nunca más. ¿Por qué tomó una decisión que le colocaba definitivamente al margen de la ley y, además, en la más peligrosa de las marginaciones: la guerrilla rural?

—Porque las circunstancias de la vida se presentaron así. Uno mismo no se da bien cuenta de ellas.

—Juan se escondió a la espera de que pasara la atmósfera aquélla —dice María Teresa—, pero como la atmósfera siguió, fue tomando miedo y

más miedo y dijo: lo que Dios quiera.

Así de fácil. Cazallero quiere dejar bien sentado que él no es un bandolero como Juan Palomo o como los Siete Niños de Écija. «Bandolero es el que se echa al monte para robar o por haber matado a alguien», señala. Cree, o dice que cree haberlo hecho por ignorancia, por falta de cultura. Por la zona había un centenar largo de hombres en su misma situación. ¿Hombres? «¡Pero si eran unos niños!», asegura María Teresa, que entonces no había cumplido aún los veinte años.

Casi todos ellos, evidentemente, formaban parte de las guerrillas que arrojaron a los campos y montes españoles a millares de excombatientes republicanos. Si entre ellos había algunos huidos por motivos familiares, por bandolerismo puro y simple, la mayor parte de los fugitivos lo eran como solución única de una guerra perdida. No podían escapar al extranjero ya que las fronteras estaban lejos y no tenían cargo político o militar alguno, eran soldados del montón; regresar a sus lugares de origen hubiera significado la muerte o, como mínimo, una larga condena. Animados por líderes anarquistas, comunistas y socialistas, en esta proporción numérica, se agrupaban en partidas más o menos numerosas que sentaban plaza de soberanía en diversas zonas del país especialmente las montañosas: Asturias, León, Andalucía, Toledo, Alicante…

Por lo que se refiere a la zona de actuación de Cazallero, a mediados de 1945 sería declarada zona bélica. Un amplio territorio en el que se situaba más de medio centenar de pueblos —una buena parte de la provincia de Málaga— quedaría materialmente cubierto por seis mil guardias civiles, policías armados, soldados regulares con artillería de campaña, guías, perros amaestrados. Persiguen al Sexto Batallón, compuesto por unos ciento veinte hombres al mando de Ramón Vía y organizado entonces en 65 comités de «Unidad y Lucha». No son más que soldados republicanos intentando mantener encendida la llama sagrada. Vía sería detenido el 15 de noviembre de aquel año y después de torturas espantosas caería a balazos en una calle de Málaga.

El tratamiento que aquellos soldados fugitivos recibían por parte de sus enemigos nada tenía que envidiar a los sistemas empleados contra los bandoleros del siglo XIX. El mismo André Sorel reúne estos dos

testimonios[6]: «El 7 de febrero de 1818 fue arrastrado, ahorcado y puestos sus cuartos en los caminos y la cabeza en la hacienda de La Plata, del término de Carmona, Antonio Gutiérrez “el Cojo”, prendido por el alférez de escopeteros de Andalucía don José de Monre, a quien se recompensó con mil ducados». (Villafranca). Y: «El 28 de agosto de 1945, las aguas del Guadalhorce se tiñeron de rojo. ¿Lo recuerdas? Un cortijo sin rueda de carro discreta y artísticamente apoyada en su entrada. Un cortijo donde el sol derrite la esperanza de unos hombres en él encerrados. Son guerrilleros de la 2.ª Compañía. En derredor, solamente guardias civiles. Y una noche para combatir. Tres guardias civiles serán muertos en ella. Uno herido. Seis hombres, sin apellido, sin historia que relatar, serán muertos y después ahorcados donde aterrorizados campesinos contemplarán sus siluetas bamboleantes por unas, para ellos inmedibles, horas».

Este hecho ocurrió en las proximidades de Alhaurín. ¿Estaba Juan Cazallero cerca de aquel cortijo? Femando, el hermano mayor, había sido muerto a tiros en un encuentro con las fuerzas a los seis meses de su fuga. «Fernando sólo duró cosa de medio año», dice Juan. Su cadáver, sangrando aún y atravesado sobre un burro esquelético, fue paseado para general escarmiento por las calles de Alhaurín. María Teresa lo vio de cerca, a unos pasos. «Me impresionaron sobre todo las piernas que colgaban, con heridas y sangre y trozos de ropa desprendida; eso es lo que me espantó más, las ropas destrozadas». Conocía de sobras al hombre abatido y en aquel momento supo que cualquier día podía encontrarse por la larga calle que cruza el pueblo de un extremo a otro con la procesión macabra de su propio novio, una procesión dirigida por guardias civiles y seguida por curiosos… Cualquier día podía ser Juan el vencido, el muerto a balazos y ahorcado después, o descuartizado, o decapitado en público…

Claro que también él se dio cuenta de esta posibilidad. Durante los primeros meses, lo mismo él que los otros dos hermanos y algunos compañeros que ocasionalmente se les unían vagaban durante el día por los campos sembrados, un terreno casi llano, sin muchos escondrijos. De noche se metían en las casas o esperaban en los alrededores de la suya a que la madre se presentara con un capacho de comida para todos.

—La vida que hacíamos era la vida de buscar de comer todos los días. Nada más que eso.

Debidamente armados, cuidadosamente alerta siempre. En la casa, la familia vigilaba y los cuidaba cuando era posible. En Alhaurín, también María Teresa se mantenía en contacto con su novio. No lo vio más que unas pocas veces en aquellos dos años, pero daba y recibía recados a través de la familia de Juan o por otros fugados cuya persecución parecía menos enconada. Mientras los tres hermanos comían, la madre o el padre vigilaban desde lo alto de una ventana. A Juan no lo encontraron nunca porque, como él dice, el campo es muy grande. También porque tuvo suerte. Una mañana, cuando el sol comenzaba a pesar en lo alto, se acercaba sólo a su casa en busca de agua. De pronto se encontró casi de manos a boca con una pareja de la Guardia Civil. Cazallero se inclinó a la vera del camino y comenzó a arrancar yerba, como si recogiera pasto para los conejos. Cuando los civiles llegan a su altura, saludan:

—Buenos días.

—Vayan con Dios —responde Juan Jiménez.

Y luego, apenas los civiles le han dado la espalda, el fugitivo echa a correr a campo través, hacia una loma, sin volver la espalda, sin la elemental precaución de mirar lo que sus enemigos hacen, sin disimulo de ningún género… Afortunadamente, el campo es muy grande. Y muchos los cortijos diseminados por él. Si los guardias vigilaban la casa de los tres hermanos, la partida iba a descansar a la de otro de sus miembros. En todo caso, encontrarían siempre un poco de gazpacho, un poco de pan, una frasca de vino.

Claro que aquello no era vida.

Cazallero, cuyo cuerpo había resistido muchos embates, enfermó. Le dolían mucho el estómago y los riñones. Las noches pasadas a la intemperie, la deficiente alimentación comenzaban a afectarle seriamente. Le resultaba difícil seguir a sus compañeros de un cerro a otro, de un cortijo al siguiente, sin detenerse nunca, sin reposar. Él se había ido al campo porque era más saludable que encerrarse en un agujero, pero no resistía ya la vida en el campo.

—Empezaron las traiciones. Algunos se iban entregando y contaban dónde estaban los otros. Moría mucha gente, mucha, todos los días y todas las noches. Por aquí quedan todavía vivos algunos de aquellos tiempos… Pero para salvar la vida hay que salvarla de alguna manera. Así que me escondí.

En espera de tiempos mejores, «de otra atmósfera», se ocultó en su casa. Los guardias no iban por allí tanto como antes, dado que nadie iba a ofrecerles información de algún tipo. Juan excavó un agujero en la pared de la cuadra y allí se metía cuando aparecían los civiles. La madre, el padre y él mismo estaban alerta siempre desde las ventanas del piso alto o desde la puerta del cortijo, frente al camino. Así vivió ocho meses, hasta mediados del año 46. Pero el escondrijo era fétido, incómodo y, además, poco seguro.

Fue María Teresa la que más insistió en estos extremos. Bajó a verlo desde su casa de Alhaurín, una tarde, y se dio cuenta de que su hombre moriría si continuaba allí agazapado. Estaba muy delgado y muy pálido, amarillento. La madre que lo cuidaba, anciana ya, pasaba los días llorando y lamentándose de su desgracia: un hijo en el maquis, otro escondido y el tercero muerto…

La novia logró convencerla de que era conveniente dejar salir de allí a su hijo. Y Juan Cazallero abandonó su refugio a poco de anochecido un día de finales de octubre de 1946. No necesitaba disfrazarse ni usar guía: conocía a la perfección todas las sendas y vericuetos de los alrededores de Alhaurín, el escenario de su guerra solitaria; conocía sobradamente cómo llegar hasta su novia. Entró a las dos menos cuarto de la madrugada. Desde luego, ella lo estaba esperando levantada y presta.

—Yo creí que iban a ser tres días y fueron doce años, ya ve usted. Mala comparación, es como cuando cría uno un animal y ya no lo va a tirar y se pasan los días. Al final, todos acostumbrados, yo y él.

No se entretuvo Juan Cazallero es calcular el tiempo que iba a pasar allí, ni siquiera en largas efusiones con su joven novia. Para que aquel tiempo probable fuese largo era indispensable hallar un acomodo seguro.

—Lo primero que hice, aquella misma noche, fue preparar el boquete —dice Juan—. Empecé a cavar en seguida, pero encontré una piedra muy dura y tuve que dejarlo, ya por la madrugada. Luego, a la noche siguiente,

otra vez a cavar y otra piedra dura. Hasta la tercera noche, que encontré tierra y pude hacer el agujero. Tardé muy poco. Como era trabajo por cuenta propia, fíjese. Esto era ya debajo del poyete, en el patio.

Durante aquella primera noche de éxito, Juan Cazallero no hizo más que un hueco de medio metro de diámetro por unos setenta centímetros de profundidad. Cavaba en silencio mientras María Teresa recogía con las manos la tierra y la echaba en un capacho de esparto para almacenarla a continuación en el interior de la casa. Durante las semanas siguiente se desharía del escombro llevándolo al campo en el fondo de un cestillo de la compra.

Hombre meticuloso y bien organizado, Juan dedicó las noches siguientes a adecentar y acondicionar el agujero. Revistió los bordes con un pequeño muro de ladrillo y redujo la entrada al tamaño de su cuerpo por medio de un anillo de cemento y ladrillo. De ese modo no sonaría a hueco si los guardias golpeaban encima con las culatas de los fusiles. Finalmente, para tapar el reducto fabricó una trampilla con un trozo grueso de madera que pintó de blanco para que no se distinguiera del pavimento del patio, siempre bien enjalbegado. Esa trampilla quedaba exactamente debajo del asiento de piedra del banco o poyete, a unos cuarenta centímetros. Para mayor precaución, María Teresa llenaba de macetas toda la parte inferior del banco, incluida la trampilla. Cada vez que Juan se escondía allí, retiraba primero las macetas y las colocaba luego en su sitio, de modo que resultaba casi imposible averiguar que debajo de aquel banco de piedra, sólidamente encajado en el suelo, se encontraba el refugio secreto del guerrillero.

Nadie más que su novia, la madre de ésta y él mismo conocerían su existencia. Ni siquiera los padres de Juan Cazallero acudirían a visitarlo allí. Los dos iban a morir solos en su cortijo. «Murieron de sufrimientos», dice ahora Juan. Aunque asegura que a él no le daba miedo salir de la casa de su novia para visitar a la madre en su última enfermedad, nadie le avisó de la misma. Sólo supo que estaba muerta a los tres días del entierro. Por lo que se refiere a su hermano Pepe, tampoco supo nada de él. Siguió en el campo, viviendo en el maquis, hasta el año 49 ó 50, en que también fue abatido por la Guardia Civil, lo mismo que Fernando. Juan Jiménez ni siquiera recuerda el año exacto del encuentro armado ni cómo se desarrolló. Para los vecinos

de Alhaurín el Grande y de los pueblos próximos, Pepe Jiménez fue uno de tantos guerrilleros caídos. «¿Qué Pepe dice usted?», preguntan. Hubo muchos Pepes, muchos Manueles, muchos Pacos muertos en aquellos años. Sólo alguien recuerda cómo un cadáver se balanceaba en la grupa de un mulo, cómo bajaban de la sierra los *jeeps* con los guerrilleros acribillados a balazos después de espantosas y desiguales batallas: docenas de jóvenes guardias, perfectamente entrenados y armados, contra pequeñas partidas de fugitivos miserables, hambrientos y armados muchas veces con viejas pistolas o escopetas de caza. Así resistieron una docena de años sin dormir nunca bajo la misma estrella y sin beber dos veces agua de la misma fuente. Pero ésa ya no es la historia de Juan, entregado a los cuidados de una muchacha que solamente vivía para salvarlo a él.

Y muy hábiles habían de ser tales cuidados, pues estaba seriamente enfermo. Cada vez le dolían más el estómago y los riñones y, ahora, sentía fuertes punzadas en la nuca, tan agudas que se mareaba y caía al suelo perdido el conocimiento. En los primeros meses —el primer invierno— vivió continuamente en el agujero, día y noche. Se alimentaba casi exclusivamente de leche condensada disuelta en agua y de fruta. Su estómago no resistía otra cosa y quizá los recursos económicos de su novia no daban para más. Juan vivía a oscuras, constantemente mareado, en silencio, al borde de la muerte siempre.

—Yo pensaba que se me iba a morir de un día a otro, que iba a ir a darle la comida y le iba a encontrar muerto. Entonces yo pensaba tomarlo y arrastrarlo de noche hasta la puerta del cementerio y dejarlo allí para que le echaran la tierra encima. Pero él me decía que no, que para qué me iba a molestar. Él decía que si lo encontraba muerto por la mañana, pues bastaba echar la tierra encima, en el agujero, taparlo todo bien y luego poner cemento por encima para que no se notara. Total, si ya estaba muerto, qué más le daba estar en el cementerio o aquí. Pero yo le decía que no, que lo llevaba en brazos hasta el cementerio por la noche y lo dejaba allí. No pesaba mucho, estaba delgado como una escoba y siempre muy blanco, muy blanco. Casi no tenía fuerzas para hablar ni para mirar cuando levantaba la trampilla del agujero. Él no quería que nadie me viera llevarlo,

pero yo decía siempre: ¿Y para qué te quiero yo muerto aquí? Porque vivo, todavía, pero lo que es muerto…

De todas maneras, ella hacía todo lo posible para evitar aquella espantosa probabilidad. María Teresa acudía casi diariamente al médico para contarle su malestar: el estómago, la cabeza, los riñones. El médico recetaba inyecciones. Y la novia las compraba y se las ponía a su hombre.

—Podía haberme matado. No sabía ni dónde pinchaba —recuerda Juan con una sonrisa.

Le inyectaba sobre todo tranquilizante y analgésicos. Tampoco el médico podía ofrecer otra cosa. Entre grandes sufrimientos, pasando horas y días enteros en total inconsciencia, Juan logró mantenerse aferrado a la vida y superar aquel mal cuyo nombre desconoce aún.

Menos fácil fue superar el miedo a las visitas de la Guardia Civil. Ya en los meses anteriores, cuando Juan andaba huido por los campos o escondido en la casa de sus padres, subían los guardias hasta el domicilio de la novia para buscar noticias del guerrillero. Ahora, como si intuyesen que la relación entre los dos había cambiado, tales visitas menudeaban mucho más y las preguntas eran más perentorias.

—Me interrogaban un día sí y otro también y las noches del medio lo mismo —dice María Teresa con gesto duro.

Y hasta tres veces en una misma noche han venido a esta casa. Para eso está la Guardia Civil, nada más, para estar pendiente de dónde anda cada uno. Y como a Juan no lo encontraban por ninguna parte… Algunos interrogatorios eran duros, muy duros, para qué decirle a usted. Ya lo sabrá de otras. Pero no dije una palabra por mucho que me hicieran.

Los interrogatorios más cuidadosos no se practicaban en la casa sino en los cuarteles. De vez en cuando detenían a María Teresa, la conducían a las cárceles de Málaga o de Cártama, la tenían allí unos días y finalmente la devolvían sin haber obtenido respuesta alguna. Probablemente coincidan estas detenciones —mucho más frecuentes en el transcurso de 1950— con chivatazos o soplos como el que terminaría con la libertad de Cazallero. Pero ningún método ablandaba la decisión de la novia. Por lo demás, tanto los guardias como las gentes de Alhaurín la conocían por este nombre. La

novia. La novia. No era preciso especificar de quién, ya que el nombre de Cazallero, el maqui, el hombre de la sierra, era maldito.

A ella le parecían perfectamente naturales las pesquisas y métodos de la Guardia Civil y los explica de una manera muy sencilla: «Andaban haciendo la ronda por ahí y se decían: ¿Por qué no vamos a casa de la novia? Y se venían a mi casa a preguntar por Juan».

No pensaban que estuviera allí. Los registros eran leves y rutinarios. Jamás golpearon sobre la trampilla del patio, ni siquiera abrieron los armarios. Preguntaban, preguntaban. Se sabía que Cazallero estaba escondido, que había abandonado las partidas guerrilleras, pero nadie pensaba que pudiese estar en el mismo Alhaurín. Todos lo echaban por Valencia, Bilbao, incluso en Tánger. ¿Para qué revolver la casa, entonces? ¿Para qué incomodar a las dos mujeres? Cada vez que se entregaba o confesaba bajo la tortura uno de los hombres de la sierra, decía: «Pues Juan Cazallero no está. Anda escondido en alguna parte». Las autoridades se preguntaban dónde e iban a hacer la pregunta a la novia. ¿Dónde?

—Yo siempre decía que no sabía nada, que nada tenía que ver con aquel hombre.

Evidentemente, nadie la creía. Otros jóvenes de Alhaurín salían al encuentro de María Teresa, la cortejaban. Algunos incluso se metían en la casa con cualquier disculpa y pedían a la vieja que la permitiera irse con ellos. Juan escuchaba y se enfadaba mucho, aunque jamás María Teresa mostró algún género de aceptación de aquellas solicitudes. Decía por un lado que no tenía novio, que se había olvidado ya de Juan Cazallero, pero no quería vincularse a ningún otro, ni salir con las amigas ni volver a hacer la vida que había hecho.

Y envejecía poco a poco. Veinte años. Veintidós años. Veinticuatro. Y Juan era cada vez más celoso.

—Todavía se preocupa ahora de lo que haga, ahora que soy vieja. Fíjese entonces. Pero a mí nunca se me acabó la paciencia. Algunas veces lloraba sola, lloraba porque quería hablar y no podía, porque quería contar lo que me estaba pasando pero no se lo podía contar a nadie.

Las relaciones con su madre eran quizá las más difíciles. La anciana se ocupaba de alimentar a Juan cuando María Teresa era encarcelada, pero no

miraba con buenos ojos la presencia del hombre en su casa. ¿Qué le ocurriría a ella si lo encontraban? ¿De qué servía mantenerlo allí? ¿Por qué no lo denunciaba? La niña se iba marchitando y las visitas de los civiles menudeaban según las épocas. Ella misma se sentía derrotada por aquella insoportable tensión. Su hija dice que su muerte, ocurrida en 1952, estuvo causada por aquel continuo e inaguantable sufrimiento. Los dos novios se quedaron solos.

Por suerte para ellos, unos días antes había finalizado la última detención prolongada de María Teresa. Si las visitas de los guardias se sucedieron regularmente, la novia no sería apresada nunca más. Hablando de los malos momentos pasados en su cautiverio, Juan coloca sobre todos las ausencias de su novia.

—Los peores momentos eran cuando se llevaban a esta mujer y yo no sabía lo que podía pasarle.

En una ocasión, estuvo detenida durante seis meses. Otras veces el encierro duraba un par de semanas, mes y medio, un día… Sólo una vez fue juzgada, en el año 51, al término de la más larga de las detenciones. El consejo de guerra se celebró en Cádiz. El fiscal pedía doce años y un día de prisión por encubridora. A su lado habían viajado en el coche celular cuatro penados capturados en el campo. Para todos ellos se pidió condena a muerte y todos ellos fueron condenados y posteriormente ejecutados. María Teresa recuerda aún aquel viaje de pesadilla a lo largo de la Costa del Sol, de noche, rodeada de los cuatro guerrilleros aterrorizados.

Como última tabla de salvación, escribió antes del juicio al cura de su pueblo una carta llorosa suplicándole que intercediese por ella (y pensando más en Juan que en sí misma). El cura («ese cura era tonto», dice Juan), se inquietó por el *día* y comenzó a enviar misivas para que le quitaran de la petición ese *día*. La casualidad hizo que el padre del fiscal, también fiscal militar, se hubiese criado en Alhaurín. Ello le impulsó a rogar a su hijo que mirase el caso con cierta piedad.

—El fiscal era don Antonio Barrero, que hoy es una personalidad jurídica militar. Muy buena persona, muy buena —insiste Cazallero—. Está casado con la hija de un teniente general y vive en Madrid. No me acuerdo

ahora de cómo se llama ese general. Y él debe de ser también general a estas horas. Él fue el que la salvó, el que le quitó la condena.

María Teresa regresó a su casa limpia de toda culpa; no pudo probarse cargo alguno contra ella. Juan Cazallero, libre todos esos meses de las visitas policiales, la esperaba intranquilo en la penumbra de su habitación. Del juicio, la novia apenas recordaba algún detalle fugaz. «Doce años, doce años, encubridora, guerrilleros…» Y los rostros de sus compañeros castigados con la última pena, alguno de los cuales había participado con *su* Juan en las correrías *maquisards*, años antes. Ahora no sólo no recuerda los aspectos técnicos del consejo de guerra, aspectos que probablemente nunca conoció, sino que ni siquiera detalles más funcionales: la duración, las presiones, los gritos, los lugares. Fue como una pesadilla dentro de la gran pesadilla en que vivía. ¿Por qué iba a concederle una importancia especial? ¿Qué dignidad tenían aquellos sucesos tenebrosos para reservarles algún privilegiado lugar en la memoria?

Era preciso retornar a la vida cotidiana, una vida llena de hambres, de dolores y de incomodidades. Durante largas épocas Juan Cazallero pasaba gran parte del día y de la noche encerrado en el agujero del patio. Otras veces, cuando las pesquisas remitían y cuando los guardias se cansaban, permanecía en una habitación, atento no obstante a cualquier llamada, a cualquier ruido. Todavía no se atrevía a comer a la mesa, a dormir en la cama.

—Pasábamos mucha hambre —dice María Teresa—. Una vecina de aquí al lado nos ha quitado también mucha. Nos daba patatas de la huerta, zanahorias, berzas, todo lo que encontraba. Como si yo fuera su hermana. Pero no sabía lo de Juan. Con lo que yo ganaba no teníamos para nada. Vendía poco y ganaba menos: cinco céntimos el kilo. Vendía fruta, higos, algarrobas, almendras, de todo, de todo. Si no teníamos para comer, nos comíamos la mercancía y la dejábamos sin pagar. Cuando volvimos, después de salir él de la cárcel, debíamos dinero a todo el pueblo, de una esquina a la otra. Pero nadie vino a pedirlo. Lo hemos ido pagando poco a poco, hasta el último duro. Siempre se portaron muy bien conmigo. Fíjese que cuando estuve presa todo el pueblo traía cosas para que mi madre

comiera y de paso ella le podía dar de comer a Juan. Siempre se portaron muy bien.

Todos, desde luego, sospechaban algo, pero María Teresa se las arreglaba para eludir curiosidades excesivas. En una ocasión, hacia 1953, le llegaron rumores de que cada vez se hablaba con más insistencia de que Juan Cazallero se ocultaba en la casa. María Teresa, al día siguiente, llamó a dos albañiles y llenó la casa de ladrillos y arena. Tiró dos tabiques, levantó uno en otro sitio, abrió una ventana… Mientras tanto, su novio permanecía bajo tierra. Aquel ajetreo tan violento como innecesario acalló por una temporada las sospechas.

Los guardias mismos eran menos exigentes en sus visitas. Llamaban a la puerta y María Teresa, desde el interior, gritaba:

—Espere un momento, que me visto. Que estoy en ropas menores.

Siempre la misma historia. Y en los dos minutos que dedicaba a «vestirse» tenía tiempo de ocultar a Juan Cazallero en su refugio. Ella dormía siempre vestida. Y dormía en el suelo. Los dos en el suelo. Juntos.

Primero, María Teresa se acostaba en su ancha cama, marcaba en el colchón de borra la huella de su cuerpo y se levantaba. Sobre el suelo de tierra batida estiraba una manta y allí pasaba la noche con Juan. Si los civiles aporreaban la puerta, Juan corría con las mantas al escondrijo del patio mientras ella se vestía o esperaba. Los guardias entraban en la habitación, comprobaban que en aquella cama sólo había estado durmiendo una persona y salían.

Pero ni en esos casos se confiaban los amantes. Sabían que muchas veces los guardias regresaban a la media hora, a las dos horas, al borde del amanecer, cuando más pesado era el sueño. Los guardias andaban toda la noche de ronda por el pueblo y no tenían otra cosa que vigilar que los movimientos de la novia. Para eso estaban. Ése era su oficio.

También las comidas se celebraban siempre en el suelo, sobre una manta. En caso de peligro, se cogía esa manta por sus cuatro esquinas e iba a parar al hoyo del patio con todo lo que la modesta mesa contenía: platos, vaso, comida…

—Había que tener una miajilla de idea —dice Juan riendo muy ufano de sus hallazgos.

La incomodidad de comer y dormir en el suelo era más llevadera que la inquietud y la soledad. Cuando Juan estaba oculto, uno y otra parecían separados por centenas de kilómetros. De tal modo se sentían lejanos que durante la noche María Teresa visitaba cada hora a su novio en el agujero del patio. Tenía un despertador enorme que aún conserva y lo hacía sonar a cada hora. Con una bata sobre los hombros se asomaba al patio, miraba los oscuros tejados y luego entreabría la trampilla.

—¿Estás dormido, Juan? —preguntaba.

—Sí, estoy dormido, mujer.

—Bueno, pues hasta luego.

Cerraba suavemente y volvía a acostarse. Así todas las horas, todas las noches, todos los meses… Meses enteros en que la investigación de la Guardia Civil aumentaba su presión, su urgencia. Y ella la soportaba paciente. Aunque alguna vez, después de dos o tres visitas en una sola noche, no podía menos de gritar su odio:

—¡Leche, niño, qué quieres a estas horas!

Se asomaba a la puerta, contemplaba a la pareja de civiles.

—Ah, ustedes perdonen; creí que eran los niños que no hacen más que molestar. ¿Qué se les ofrece?

Todavía tenía valor para preguntarlo.

—¡Vaya si sabía yo que eran los guardias!

Ellos tenían orden de registrar a la hora que fuese, de noche o de día.

Incluso, en una época, se hicieron con una llave de la casa y ya ni siquiera llamaban. De noche abrían la puerta y se presentaban en el dormitorio de María Teresa.

—¿Dónde está tu novio?

—Qué novio. Yo no tengo novio ninguno.

—Juan Cazallero, bien lo sabes.

—Yo no sé dónde está ese hombre.

Hasta que no cambiaron de cerradura no sintieron una brizna de paz… durante media docena de noches. Porque el sargento se hizo con una llave nueva. Y hubo que esperar a que trasladaran a aquel celoso vigilante para que Juan dejase de dormir bajo el poyete del patio, en un espacio de medio metro cúbico, helado o ahogado por el calor y acompañado por un vasito de

leche dulce, por el miedo y la confianza en aquella dulce mujer que lo cuidaba.

¿Fue algún instante peor que otro? Juan mueve la cabeza, medita, sonríe. ¡Fueron tantos y tan malos! Y, naturalmente, recuerda primero las ausencias de su mujer, las detenciones de María Teresa, el espantoso abandono que sentía cuando la llevaban entre dos guardias y él se quedaba solo en su agujero, solo con aquella anciana de cuya fidelidad no estaba seguro. Sentía entonces ganas de volverse al campo, porque el campo es grande y abierto; reunirse otra vez con los fugitivos. Pero escapar hubiese sido como una traición a María Teresa y se quedaba con la mujer, enfermo siempre, acosado por un terror distinto: el de la soledad.

Comparados con esto, todos los sobresaltos parecen ahora pequeños. El susto que le dieron, por ejemplo, un día en que estaba sentado solo en la habitación. María Teresa, como de costumbre, estaba presa en el cuartelillo. Su madre había salido a ver si podía hacer algo por ella. Era en 1950. Oyó Cazallero cómo chirriaba la cerradura de la puerta y corrió al agujero. Puso sobre su cabeza la trampilla de madera, pero nadie vino a colocar encima las macetas florecidas. Le salvó la vida un guardia municipal que acompañaba a los civiles. Juan no sabe ahora si este hombre, muerto ya, conocía su escondite o todo fue una gracia del destino. Parece lo más probable. La novia había sido encerrada con la finalidad de proceder a un registro definitivo. Entraron los guardias y comenzaron a removerlo todo: arrojaron al suelo armarios, levantaron las baldosas que se movían un poco, golpearon a conciencia paredes y suelos, echaron por tierra unas rústicas conejeras en las que María Teresa cuidaba unos pocos roedores, subieron al tejado, revisaron las ventanas… «Un registro bueno, un registro perfecto», puntualiza Juan.

Y el guardia municipal, mientras tanto, hablaba a los civiles sentado en el poyete del patio bajo el que estaba escondido el guerrillero. Recuerda Juan la larga conversación a gritos, las patadas que el hombre daba en la trampilla, cómo espantaba a los aterrorizados conejos, los culatazos de los guardias a su alrededor y en los muros vecinos… Más de tres horas estuvo así. Luego, el municipal se levantó y ayudó a los civiles a cerrar la puerta de

la casa. A Juan Cazallero le daba rabia que María Teresa encontrara la casa patas arriba, pero no podía comenzar a ordenarla.

Otra vez, dos años más tarde, la entrada de los guardias fue tan silenciosa y súbita que no tuvo tiempo de llegar hasta el escondrijo del patio. Estaba en el piso superior: se encaramó a una ventana y por ella llegó al tejado. Los guardias subieron por el mismo camino y comenzaron a iluminar con sus linternas los tejados vecinos. Juan Cazallero pudo esconderse, tumbado, detrás de una chimenea cuyos contornos recorrían ansiosos los haces de luz. Los guardias no se acercaron hasta ella y esta negligencia salvó una vez más al hombre.

—Pero fue ésta la que más sufrió —dice Juan después de un largo silencio—. Ella tenía que dar la cara, ella tenía que hablar con los guardias. Fue ella la que peor lo pasó.

—Yo nunca hablaba de él, a nadie. Aquí venían mozuelas y se ponían a contar cosas de novios y yo callaba. Luego también venían otras casadas a contar cosas de maridos y yo callaba. Callaba siempre. No iba a las fiestas, no salía a nada. Primero porque decía que no; luego porque llevaba luto por mi madre. Antes, por mi padre. Aquí los lutos son muy largos, eran muy largos. Que ahora se muere uno y como si nada.

Venían las amigas, venían gentes a comprar, pero nada. También venía una señora todas las semanas a pesarse. Se desnudaba toda y luego, cuando cogieron a Juan, me decía: «Anda, que tu novio me ha visto más en cueros que mi marido».

—Y era verdad, sí —dice Juan.

—Algunos me perseguían, algunos iban detrás de mí, pero cada vez menos. Nunca me preguntaban por mi novio porque aquí en el pueblo todos sabían que mi novio era Juan y que estaba escondido. Si me hablaban de eso, yo decía siempre lo mismo: Eso terminó, eso terminó ya. De novio, nada.

3. La huida

El noviazgo no terminaría realmente hasta tres meses después de aquel penoso viaje de Alhaurín a Málaga en un coche policial y rodeados de

hombres vestidos de verde. A María Teresa no le importó demasiado esperar un poco más el día de la boda. Los papeles de Juan Cazallero habían desaparecido en el incendio de la iglesia del pueblo, durante la guerra. Se tardaron tres meses en buscar unos nuevos, a pesar de las prisas del hombre.

—Yo me digo: yo me caso y si me fusilan y ella se queda viuda, por lo menos que le cubra la vejez la Cruz de Méritos de guerra y la otra que tenía yo, que me daban catorce reales diarios. Por lo menos todo quedaba legal…

En los días en que esperaba el consejo de guerra, acosado para que confesase, Juan ni siquiera logró ver a su novia. Intentó una vez escapar de su celda para correr a la prisión de mujeres, donde estaba María Teresa, pero cambió de opinión en el último instante. Huir era imposible. Y ¿huir de qué, al fin y al cabo? A sus cuarenta años de edad, Juan Cazallero se sentía ya derrotado. Un destino ciego parecía haberse ensañado con él y con la mujer que arriesgó su vida por unirla a la suya con una decisión desesperada, con violencia. Ahora, ninguna imposición legal, ningún prejuicio moral conseguiría separarlos. Mientras esperaba el momento del beso de ritual por entre las rejas, Juan repasaba aquella loca carrera que lo había conducido de una nada a otra nada más vacía, de una prisión a otra, de las manos de un policía a las manos de otro.

Criado en un mísero cortijo entre Alhaurín el Grande y Coín, en el que había nacido en 1918, allí pasó su infancia y su juventud sin otro quehacer que su trabajo campesino. Un «buen hombre» le daba lecciones algunas tardes y gracias a esa generosidad aprendió a leer y escribir con cierta soltura. Sólo de tarde en tarde viajaba hasta los pueblos vecinos y únicamente un par de veces en su vida a Málaga…

Cuando se acercaba el momento de cumplir el servicio militar, el momento de la liberación para muchos campesinos, solicitó ingresar en el cuerpo de Carabineros, pensando al mismo tiempo encontrar un empleo seguro que le libraría para siempre del hambre y de las penalidades del campo andaluz. Tenía incluso preparada una recomendación de un clérigo primo de su padre. Pero no habían de cumplirse aquellos proyectos. Antes de acudir al examen estallaba la guerra.

—Cuando empezó la guerra estaba yo preso también, cagüen la mar —dice Cazallero riendo.

Una semana antes había mantenido una pelea por cuestiones políticas en una verbena, junto al río, casi en el sitio exacto en que había de conocer más tarde a María Teresa. En pleno campo se liaron a puñetazos todos los Cazalleros de la región: el padre de Juan, sus hermanos, los hermanos del padre y media docena de parientes próximos. Eran todos de la UGT. «Yo creo que era la UGT, pero ya no me acuerdo bien», dice Juan, que apenas tenía entonces dieciocho años.

—Bueno, el caso es que llegaron los guardias y nos cogieron presos a todos. No teníamos armas, peleábamos a puñetazos, con palos y piedras, a patadas, como se podía. No murió nadie ni nadie quedó desgraciao, pero los guardias nos agarraron a todos y a la cárcel. Y para que no hubiera más peligro, a mí me llevaron a Álava, a una prisión de Vitoria, y allí me agarró lo del Movimiento nacional.

Si el Jefe del Gobierno de la República, Casares Quiroga, respondía cuando le dijeron que los militares se estaban levantando: «Cuando ellos se levantan, yo me acuesto», su gobierno no dudaba en encarcelar por una reyerta verbenera a sus mejores partidarios. Pero una vez que vieron los colmillos del lobo, cuando la sublevación era un hecho innegable, todos aquellos presos fueron puestos en la calle y enfundados en uniformes militares. Cazallero fue enviado por tren a Castellón, se le hizo allí un examen de circunstancias y fue admitido sin problemas en el rígido cuerpo de Carabineros, que pronto habría de convertirse en fuerza de choque del ejército republicano. Luego de tres meses de instrucción intensa, aunque forzadamente breve, fue enviado a los frentes.

Cazallero se exalta al recordar sus hazañas guerreras. Fue su tiempo de libertad, de explosión juvenil, de vertiginoso resplandor en medio de dos largas oscuridades. «Al principio teníamos unos fusiles checos muy largos y muy malos, unas ametralladoras francesas que no servían para nada… Después nos trajeron las máquinas rusas Maxim, que eran muy buenas, mosquetones nuevos, ametralladoras de Polonia o de no sé dónde y…».

—Pasé todo el peso de la guerra en los frentes de Madrid, con los carabineros. Allí, en Morata de Tajuña, cerca del puente de Arganda, se perdió mi brigada entera. La Quinta de Carabineros. El comandante era un escritor, un señor que escribía, llamado don Valentín Pérez Gil. Me parece

que lo relevaron del mando después de aquel desastre, por haber perdido a tanta gente.

Madrid, Castellón de nuevo, el frente de Aragón, Belchite, Teruel… Juan Cazallero reconoce, sin vanidad y sin rubor, que fue siempre un excelente soldado y de su boca van brotando los nombres, casi todos los nombres de lugares ilustres —y trágicos siempre— en la historia de la guerra civil.

Muy pronto lo nombraron sargento y pasó al grupo de Ametralladoras. Vestía uniforme de cuero negro, «un traje buenísimo». Como demostró dotes de mando, responsabilidad y valor, le dieron mando de teniente. Juan tenía entonces veinte años. No recuerda si llegó a recibir el nombramiento de oficial, sólo que actuaba como tal cuando cayó prisionero.

—Me cogieron a la vera de Alcañiz, en un pueblecito que se llamaba Asandial. Allí caí herido yo. La noche antes habían cogido prisioneros a un capitán muy amigo mío y a otros oficiales. Íbamos todos a dar un asalto a una fábrica y nos sorprendieron antes de llegar. Al capitán lo mataron allí mismo. A un teniente y al sargento, que también era amigo mío, los cogieron prisioneros. Yo escapé. Me buscaban con una linterna por todas partes, pero yo me tiré al caz de la fábrica, que era muy grande, muy grande, como un pantano casi, y me fui nadando, nadando… Pero me agarraron al día siguiente. Entonces fue cuando se presentó el lío de la grandísima madre. Como nos habían matado a casi todos, yo estaba al mando de la compañía de ametralladoras. Tenía ocho máquinas a mi mando, separadas, en una pequeña cordillera, todas en línea. El comandante estaba a mi lado, viendo qué hacíamos, cómo salíamos de aquélla y entonces llegó un proyectil y se lo llevó por delante, le arrancó la cabeza y la tiró por un barranco. Estaba el hombre pegado a mi lado, tal que así… Era un proyectil de un cañón que llamábamos *chis-pun*, porque sonaba de esa manera: *chissss… pun*. Cuando vi aquello perdido, ordené la retirada, pero ya no había tiempo, ya era tarde. Vi a un muchacho herido cerca de mí, un poco más abajo, y vi cómo llegaban ellos y lo mataban. A mí me metieron un pedazo de metralla en el brazo, junto al hueso, y sangraba mucho. Ahí me quedó dos años, hasta que me operé en Marruecos… Bueno, cuando yo vi lo que hacían a los prisioneros, tiré la documentación

y me metí en un río, entre los juncos. Salía mucha sangre del brazo y flotaba delante de la boca, todo alrededor de la cabeza… Estaba allí medio desmayado cuando me agarraron. Esto fue en febrero de 1938, cuando se lanzaban por Teruel. Lo primero que hicieron fue cogerme el traje alpino que yo llevaba, de cuero, un traje muy bueno. Me dieron un capote y me pusieron como entregado, como que yo me había pasado a ellos. Yo les dije que era sanitario, no teniente de ametralladoras. Si se lo llego a decir no estamos aquí ahora hablando. Los prisioneros son los prisioneros, en un lado y en otro, se lo digo yo, que conozco los dos, y cuando hay que matarlos se les mata. No te van a dar una medalla por caer prisionero, ¿verdad? Yo tuve suerte de que dijeran entregado, que me había pasado, seguramente por lo del traje que yo les dejé que se lo llevaran. No que me habían cogido prisionero. Eso me salvó.

De todas maneras, no admitieron por las buenas su cambio de bando. «Me hicieron un consejo de guerra, cosa de nada, y me mandaron al penal de Santoña, dos o tres semanas, y luego otro tanto al penal de Burgos». Juan Cazallero pasó encarcelado hasta comienzos de primavera. Para librarse de la inactividad y del aburrimiento, solicitó voluntario destino en un batallón de condenados a trabajos forzados. Con este grupo formado por ladrones, homosexuales, funcionarios republicanos depurados, combatientes del ejército gubernamental capturados y desertores del bando faccioso, Juan pasó medio año de su vida. Primero en Fuenteovejuna, Córdoba, dedicado a «romper piedras con un porrito para construir carreteras». «Allí trabajé mucho, mucho».

Lo enviaron luego a la provincia de Badajoz, a Solana de los Barros. El batallón tenía allí el encargo de adoquinar las calles, pero Juan se hizo amigo de uno de los vigilantes, un sargento de la Legión, que lo llamaba para trabajos particulares.

—Me llevaba a la casa del médico, a enchinarle el patio y me decía: «Aquí tienes que echar veinte días». Y yo echaba veinte días, aunque se podía hacer en cuatro. Me pasaba las horas jugando a la pelota con los niños. Después me llevó a la casa de un capitalista a limpiar un pozo, y lo mismo. Después ya me quedé a ayudar a su mujer. Yo creo que pagaban a aquel sargento por el trabajo que hacía yo, pero se vivía bien y comíamos

mucho y bueno. Yo vestía uniforme de soldado, de soldado preso y no parecía que estaba como forzado, sino como soldado.

Pero tampoco gustaba mucho aquello a Cazallero y muy pronto buscó un medio de escapar de allí. Pidió ser enrolado en la Legión; su amigo el sargento le había hablado de las ventajas que aquello significaba y además accedió a recomendarle a él y a otro prisionero amigo suyo. Después de mantenerlos unos días en un pueblo de Toledo, lo mandaron con otros como él al frente de Gandesa.

—Habían dado un golpe ellos cruzando el río Ebro y nada más llegar nosotros empezamos a recuperar el terreno…

«Ellos» eran esta vez aquéllos con los que Juan había estado luchando en la primera mitad de la guerra. «Nosotros», aquéllos que todavía consideraba enemigos…

—Como legionario me cargué toda la ofensiva de Cataluña, desde Balaguer hasta un castillo que había cerca de Gerona… Estuve siempre con un valenciano también prisionero y carabinero. A ése lo mataron más tarde y era un buen hombre…

Pero no se combate con el mismo entusiasmo en un bando y en otro. No se puede servir a la vez a dos señores. Los nuevos compañeros de Juan conocían su procedencia y no se fiaban mucho de él. Al fin y al cabo, era un desertor.

—Es normal que fuera así. Yo peleaba sin ganas por dentro, pero había que luchar, había que cumplir con el reglamento y no se me notaba nada. Nos pagaban tres cincuenta diarias, lo suficiente. Algunas veces nos llamaban rojillos y había que aguantarse… Uno no es muy listo, pero tampoco es tonto, y notaba cómo nos miraban de mal y cómo sospechaban siempre. Nos tenían de proveedores, para llevar la munición, como ayudantes, y eso que éramos mejores que ellos… No nos daban armas… Así, hasta que un día que ya estábamos hartos, me dice mi compañero, que era de Utiel: «¡Málaga!». Y yo: «Qué». «Vamos a demostrar a estos cabrones lo que somos nosotros. Tú te encargas de una sección y yo de otra». Estábamos en una montaña cerca de Gironella… Total, que empezamos el asalto. El teniente que nos mandaba había sido capitán de caballería; lo habían degradado y estaba en la Legión por miedoso. Era un

gallego, un muchacho joven… Estábamos en la falda del cerro y llega la aviación nuestra, la aviación alemana, y pom-pom-pom… Allí no se podía menear nadie. Desde arriba, los otros disparaban las ametralladoras y también la artillería. Nosotros estábamos metidos en una cuneta y el teniente, escondido detrás de un olivo, dice: «¡Vamos, vamos!». Y yo le digo: «El que tiene que salir es usted primero que nadie». Entonces, pego un bote y me respaldo con algunos de la sección en el cerrito y las máquinas de arriba no podían batirnos y la artillería no nos tocaba. Nosotros queríamos poner la bandera para que los cañones y la aviación nuestra nos viera y no nos bombardeara más. El de la bandera, un legionario de Úbeda, iba a ponerla, se echaba a temblar y caía rodando. Luego empezaba a gatear y otra vez lo mismo… Yo vi que nos iban a matar a todos, le cogí la bandera de un tirón, le eché rodando para abajo y empecé a subir corriendo hasta el nido de ametralladoras. Allí estaba una Maxim nuevecita con cuatro muchachos muy asustados por tantas bombas y por mí, que llegaba como un loco. Miro para atrás después de estar puesta la bandera y con los muchachillos delante, y veo al teniente que se acerca todo temblando con la pistolilla en la mano: apuntaba a los chicos, que tendrían dieciséis o diecisiete años. Estaba más nervioso que ellos. Yo le digo: «Haga el favor de no matarlos aquí; que los maten en la retaguardia». Los pobres estaban llorando… Conque ya los condujimos a la retaguardia y a mí me dieron una medalla por este acto de valor. Yo lo que quería era que no nos miraran mal, que no me llamaran rojo, pero me dieron la medalla… Ya antes me habían dado otra porque salvé la vida al capitán de mi compañía. Cayó herido en un pequeño combate, también en Gironella, y yo lo arrastré hasta una vaguada… En total tengo dos cruces. En Marruecos me pagaban por una de ellas, pero cuando vine me dejaron de pagar no sé por qué… No recuerdo cómo se llaman esas cruces. Del Valor o de Sufrimiento por la Patria, una cosa de ésas…

Si la guerra se hubiese prolongado algunos meses más, el prisionero de Alhaurín hubiera terminado con algún grado militar de los rebeldes, como le había ocurrido con los carabineros republicanos. Juan Cazallero se siente muy orgulloso al repetir que él siempre fue un buen soldado, de un lado y de otro. Que nunca tuvo miedo. Había que luchar y luchaba…

Concluida la ofensiva de Cataluña y la expulsión de los últimos soldados y civiles republicanos hacia Francia[7], la compañía del legionario Cazallero fue enviada a Numancia, Soria. En aquel histórico y frío descampado se le comunicó el final de la guerra.

—De Numancia ya nos llevaron a Valencia y allí embarcamos para África. Yo estuve en África hasta últimos del año 41, en Villa Cisneros casi todo el tiempo. Allí no hacíamos más que la instrucción. Era muy aburrido y me licencié y me fui a mi casa para ponerme a trabajar en el cortijo y estuve trabajando hasta primeros del año 44, cuando me eché al monte…

En el consejo de guerra que se le hizo en Melilla se pasaron por alto sus aventuras con los carabineros, con los legionarios; no se mencionaron sus cruces ni su adolescencia campesina. Se trataba de acusar a aquel hombre y las acusaciones eran gravísimas: secuestros, asesinatos, robos, enfrentamientos armados con la Guardia Civil, rebelión militar… El fiscal militar pedía treinta años de cárcel. Como único testigo favorable al acusado acudió un hombre rico de Alhaurín el Grande, una buena persona que años atrás había enseñado a leer a Juan y a muchos otros niños pobres como él. Dijo al tribunal que era un buen muchacho, que no tenía malos instintos, que era aplicado y fiel, que se había portado valientemente en la guerra, que no era culpable…

—Pero ya sabe usted que en los juicios militares no vale ni defensa ni nada —dice Juan—. O sí valió, porque el caso es que me rebajaron cinco años de la pena. Me pusieron veinticinco y me devolvieron a Málaga. Y esto que le digo fue muy rápido, muy rápido. Todo se hizo muy de prisa. Luego, en la cárcel de Málaga lo pasé bastante mal. Las cárceles provinciales son todas malas; allí no hay ambiente. Claro que de todas maneras, ya después de haber caído preso, prefería la cárcel. Para qué voy a mentir. Estaba en la cárcel mejor que en casa.

Mientras Juan Cazallero daba otra vez muestras de una gran adaptabilidad («llegué a ser como un funcionario de prisiones»), María Teresa llevaba como siempre la peor parte en esta distribución de sufrimientos. En los primeros meses, ella se quedó en Alhaurín y procuraba bajar cada semana a Málaga para visitar a su esposo y llevarle comida. Pero muchas veces ni tenía dinero para el viaje ni para la comida.

—Una vez —cuenta regocijado Juan— se puso a pedir por las casas para una misa, para decirle una misa por su madre muerta. Claro, como no tenía dinero tenía que estafar a alguien para ir a verme. Engañaba al Señor y hacía muy bien.

—Una me daba una peseta, otra me daba dos realillos… Yo decía que era para pagar una misa a la Virgen de los Remedios. Y una me dice: «Oye, María Teresa, cuando vayas a la misa avísame para que vaya yo contigo». Y yo: «Sí, sí, claro». Que me esperase sentada, que no fuera a quedar cansada…

Algunas otras gentes de Alhaurín iban también a la cárcel a visitar a Juan. Él recuerda especialmente a «casi todos los señoritos de aquí», que incluso mandaban al director de la cárcel «un gallo, unas botellas de aceite…», para recomendar al preso de su pueblo. Estas visitas y estos regalos contribuyeron a que la vida en prisión del guerrillero fuera casi agradable. Se portaba bien y los funcionarios le apreciaban.

Al cabo de ocho meses lo trasladaron a Madrid. María Teresa hizo las maletas y, como siempre, se fue detrás de él. «¡A ver, era mi marido; tenía que seguirle a donde fuera!». Por la sección de anuncios de un periódico encontró trabajo como criada, primero en la casa de una marquesa cuyo marido estaba encarcelado por estafa en la misma prisión que Juan. Esta coincidencia hizo que fueran las dos juntas —ama y criada— a visitar a sus maridos. Y aunque la marquesa no brillaba por su generosidad, algo de lo que llevaba al aristócrata iba a parar a las manos del guerrillero.

Lentamente iban pasando los años. Liberaron al marqués y trasladaron de cárcel a Cazallero. María Teresa cambió también de casa para estar más cerca de él. «Se fue con una señora que no le daba de comer y sí mucho trabajo; pero estaba a la vera mía». Estaba ya embarazada de su hija María Gloría. Las condiciones del preso habían ido suavizándose progresivamente. Su ejemplar comportamiento en la cárcel no sólo le proporcionaba buenos tratos por parte de los guardianes, sino sucesivas reducciones de pena. Incluso le permitían salir de la prisión para hacer recados a sus jefes. En una tabernilla próxima a la cárcel merendaba casi a diario con María Teresa y —poco después— con su hijita. La mujer compraba antes un poco de pan y un poco de queso o chorizo, o bien se

llevaba algunas sobras de la casa en que servía. A veces les acompañaban en estos modestos ágapes funcionarios de la prisión.

—Sobre todo uno, un tal Arturo Madrid, que era de León. Era muy bueno; era un tío muy malo, muy malo, pero para mí muy bueno. Me mandaba a por tabaco a la calle y me dejaba pasar toda la tarde con ésta y hasta se venía conmigo a merendar.

El antiguo guerrillero antifascista se había convertido en botones de la prisión. Estaba ya totalmente amansado. Como en el consejo de guerra tampoco pudo probarse que fuera autor de los crímenes que le atribuían —lo cual es sobrada evidencia de que no los cometió— y como su comportamiento resultaba excelente, a los siete años de haber sido condenado salía en libertad merced a un perdón del Día del Caudillo. Juan no lo recuerda con precisión a qué fue debido. De cualquier modo, era en el año 1965.

—De Madrid nos vinimos ésta y yo en tren. La casa se llenó de criaturas que venían a visitarme. Se hizo como una fiesta aquí, con todos los conocidos y la gente del pueblo…

A partir de ese momento podía la novia dedicarse a pagar sus deudas y a enderezar su negocio. Todavía hoy sale de casa en casa a cobrar los plazos de sus ventas, plazos de una peseta diaria, de un duro semanal por cacerolas, cubos de plástico o invenciones más modernas. Ha terminado la gran huida de Juan Cazallero y él intenta no recordarla con demasiado entusiasmo…

OceanofPDF.com

8. EL MUDO

Andrés Ruiz (Armuña de Tajuña, Guadalajara).
20 años oculto

Es un paisaje de campos de girasoles, de trigales, con el trigo engavillado y una línea verde de álamos y chopos que sigue al río Tajuña y rompe la aridez de los montes pelados por la erosión.

Es domingo al mediodía y mientras la campana de la iglesia, sobre la ladera de Armuña de Tajuña, llama a misa, en los dos bares del pueblo se sirven cervezas y algunos parroquianos juegan al dominó. El pueblo está muerto, semiabandonado, quedan veinte, treinta vecinos. Según se llega por la carretera desde Alcalá de Henares, ya dentro del pueblo alcarreño, la iglesia queda a la izquierda y nos muestra la lápida sobre una cruz con trece nombres de los caídos «por Dios y por España» encabezados por el párroco D. Constantino Sánchez Sánchez. Los caídos de la República no tienen lápida pero fueron una treintena, nadie en el pueblo lo recuerda ahora con exactitud. Por las bajas de uno y otro bando el pueblo quedó sin pulso, desangrado y un halo de tristeza flota, más de cuarenta años después, sobre las casas de piedra, el suelo de mampuesto y las calles vacías. Frente a la lápida de los caídos, al otro lado de la carretera, alguien ha pintado con almagre sobre la puerta metálica de una bodega esta frase en inglés: «The gates of delirium» («Las puertas del delirio»).

Unos metros más abajo, en una calle sin nombre, sobre la ladera, en una casa chata, recién pintada de cal, de dos plantas y apretadas habitaciones

vive el matrimonio formado por Andrés Ruiz y Micaela Flores, de 72 años los dos. Andrés está sentado en el estrecho corredor. Tiene ojos de pajarillo asustado, está prácticamente mudo, no alcanza a emitir sonidos, apenas siseos; sus piernas son muy débiles. Es un hombre hace tiempo acabado, acabado antes de que saliera en mayo de 1965 de su topera, donde vivió veinte años como un vegetal, destruido por la malnutrición, por la humedad, por el anquilosamiento y la melancolía. Los médicos que le examinaron la garganta no hallaron ninguna lesión, ninguna enfermedad, simplemente que al topo alcarreño por hablar bajito durante tantos años se le habían atrofiado las cuerdas vocales.

Micaela por el contrarío es una mujer robusta, muy viva, de gran fortaleza física y moral que empieza a pagar en su cuerpo las miserias, privaciones y sufrimientos de tantos años. Padece del riñón, de la vesícula, del reuma. «Los médicos —nos dice con una voz quejumbrosa— no han dado con lo que tengo, a pesar de todos los análisis y las pruebas de rayos. Es posible que dentro de unos días me ingresen. Hemos pasado mucho, mucho».

Micaela, enferma del alma y del cuerpo, se niega a recordar el pasado y cuando lo intenta los sollozos la interrumpen. Como si estuvieran sincronizadas sus respuestas emocionales, los dos esposos lloran a un tiempo. Su hijo Andrés, su mujer y los nietos, que han llegado de Meco, donde viven, asistían a la escena con los ojos bajos, en silencio. Andrés Ruiz Flores nació en plena guerra, en 1937, y desde su nacimiento fue víctima y testigo de la desgracia familiar.

Andrés Ruiz Flores

Cuando padre se fugó del campo de trabajo y vino a esconderse a casa, la Guardia Civil entró al cabo de un año para registrarla. Llegaron a ponerle la linterna en las costillas pero de puro milagro no le vieron. Padre estaba bajo el tejado, en la cámara, donde la casa va a morir casi a cero, en el último hueco donde no queda ya más espacio. Padre se había ocultado allí, reducido, pegado, encogido, tan arrugadito que debieron creer que se trataba de una viga, un artesón, un material que formaba parte del sotabanco

y se marcharon. Pero volverían a desparramarse en torno a la casa día y noche, de noche con sus linternas alumbradas para darle caza por si entraba. Yo, que tenía entonces seis o siete añitos, me levantaba de madrugada, miraba instintivamente por la ventana de mi cuarto y allí estaban los guardias, envueltos en sus capotes, para comprobar las salidas y entradas de la casa a lo largo de la noche. Y padre escondido en la buhardilla o en la bodega, quieto, paralizado; sólo nos hablaba con susurros, de manera que cuando salió al aire libre en 1965 se le había olvidado emitir sonidos, la garganta no le respondía. También es verdad que pudo haber salido antes, pero estaba tan ambientado a vivir así que le costaba trabajo de salir; se puso a pensarlo y pensarlo y estuvo así hasta que le arreglaron los papeles, pero mientras le arreglaban la documentación le tuvieron tres meses en la cárcel.

Este pueblo tuvo siempre fama de rudo. Familiares, incluso hermanos, se liaban a tiros por las ideas, por las envidias o las venganzas, se querían muy mal y se mataban entre sí. Yo recuerdo que me contaron cómo un hermano le saltó un ojo a otro de un disparo desde una ventana. Se tenían ya mala ley unos a otros y la guerra sirvió para ventilar los odios a base de bala y perdigón. Unos tenían que ser de derechas y otros de izquierdas, pero padre no había hecho nada, lo que se dice nada, lo subieron a un camión como a un borrego y apareció en el frente con los rojos, porque Guadalajara fue zona roja. Si le dijeron que era rojo, rojo tuvo que ser. A media guerra se lo llevaron: o moría en el frente o lo mataban aquí. Y al terminar la guerra, después de haber luchado en Madrid, Valencia y Cartagena, era un «rojo peligroso».

Éste de Armuña será uno de los pueblos donde más gente ejecutaron después de la guerra, aunque falangistas, lo que se dice falangistas, sólo había uno. En Guadalajara hubo pueblos más sangrientos que otros, éste era uno de ellos.

Por lo que tengo oído, padre vivió su calvario después de la guerra en los campos de concentración y de trabajo, en una media docena de ellos, en León, Asturias, Madrid, Guadalajara, hasta que en un juicio celebrado aquí en la capital le condenaron a muerte. Estuvo diez meses condenado a muerte, hasta que le conmutaron esta pena por la de prisión mayor. Pasó

varios años en la cárcel de Guadalajara, mejoraron las condiciones de vida, mejoró también la alimentación y el trato que recibía hasta que lo trasladaron a un destacamento penal en el campo de Pálmaces de Jadraque, junto al embalse, para redimir la pena de treinta años y un día por medio del trabajo. Le redimían seis días de pena por cada uno de trabajo.

De Pálmaces pasó voluntariamente a Valdemanco de la Sierra, junto a La Cabrera para trabajar en el mismo régimen en la línea férrea de Madrid a Burgos. Madre acudía a visitarle y le llevaba algunas cosejas de lo poco que teníamos. Así hasta que lo mismo que otros penados, padre decidió fugarse al provecho de la escasa vigilancia que tenían en aquel campo. Se llegó a pie hasta aquí, alimentándose de lo que hallaba por el camino y con cuidado de que no lo apercibieran. Escapó de noche y llegó de noche. Debió ser por la primavera de 1945. Bajaba yo casualmente a la cocina cuando vi a un hombre desconocido que entraba en ese momento. No esperábamos a nadie. Del susto salí arreando hacia arriba para refugiarme en las faldas de la abuelilla; mi madre no estaba. «Ven aquí hijo, ven aquí»: subía el hombre desconocido por las escaleras. Menudo cisco llevaba yo para arriba. Mi abuela lo reconoció y me tranquilizó: «Es tu padre». Como un año después comenzó el cerco de nuestra casa por parte de la Guardia Civil.

Micaela

Me tuvieron nueve meses encerrada en la cárcel de Pastrana, tirada sobre un suelo como éste, de puro cemento, rodeada de otras mujeres como yo, mujeres de soldados «rojos». Recibíamos una lata redonda de patatas guisadas y medio panecillo para dos personas durante veinticuatro horas y una frasca de agua. Todas esperábamos que nos juzgaran pero a mí se me iba el pensamiento tras de Andrés y de nuestros hijos que había dejado repartidos con sus tíos. Sólo el mayorcejo quedó en esta casa con los abuelos.

Sabía de Andrés por las cartas que me escribía desde su cárcel a la mía, cartas a las que no pude contestar porque no me llegaba ni para el franqueo. Yo me cansaba de preguntar a los guardianes: «¿Por qué me han

encarcelado?» «Porque su marido es rojo», me respondían. «¿Cuándo me sacarán de aquí para que pueda ver a mis hijos?» Y se alzaban de hombros.

Nos obligaban a desfilar por el patio de la cárcel y por las calles de Pastrana y cantar el «Cara al Sol». A algunas las pelaban al cero y luego las tomaban declaración, o las juzgaban y condenaban. A mí no me tomaron declaración. A los nueve meses llegó el guardián a la celda y dijo: «Micaela Flores, coja usted la ropa y se vaya usted a su casa». No podía creerlo. Cogí el hatillo y camina que te camina llegué hasta Armuña. Andresito fue el primero en verme, pero echó a correr: no me reconocía. Luego recuperé a nuestros otros dos hijos y empecé a luchar para criarlos y alimentarlos. En Auxilio Social daban tres duros al mes por cada niño pero a mí no me entregaban más que tres duros por mis tres hijos. Alguien me sugirió: «Micaela, tienes derecho a cobrar nueve, protesta». Porque protesté me advirtió el jefe de Falange de aquí: «Como vayas a dar queja de lo mínimo, va a ser peor para ti; vas a volver a dónde has estado o sea que chitón, a callar». Ya pueden imaginarse quién se quedaba con los otros seis duros que me correspondían.

El jefe de Falange organizaba manifestaciones en el pueblo contra los «rojos». A las mujeres de los republicanos las cortaban el pelo al cero y a su paso la gente cantaba: «Pelona, sin pelo…» Incluso algunos que tenían familiares en la cárcel salían a la calle para gritar: «Mueran los rojos».

Yo trabajaba como una mula. En el pueblo, por causa de Andrés, no me daban ocupación y hube de buscarla en Aranzueque. Me abonaban tres pesetas y medio pan por espigar y por el arranque de legumbres, almortas, lentejas, garbanzos. Hacia las matanzas del que me llamaba. Además iba de pueblo en pueblo, mercaba una gallina en un pueblo y la vendía en otro. La Guardia Civil seguía todos mis pasos. Por la noche con el cuerpo baldado me iba a echar la hiel, a ganar el real; asistía a una familia, fregaba y subía el agua desde la plaza. Al volver a casa para dormir unas pocas horas me encontraba a Andrés receloso, asustadito en su rincón de la buhardilla, llorando, impotente ante aquella adversidad. Sólo después que echaba el candado a la puerta nos sentíamos relativamente aliviados, podíamos cenar en familia y hablar quedo o no hablar, pero sí estar juntos.

Andrés Ruiz Flores

Yo era zagalejo y cuando llegaba a mi casa desde el campo me encontraba siempre con la misma consigna, miles de veces repetida al oído: «A callar», «a callar», «silencio, hijo». Esa tensión se nota. Estábamos siempre huyendo de traer amistades a casa. En estos pueblos las reuniones entre amigos en las casas son frecuentes, sobre todo en ferias y fiestas. Yo iba a casa de todos pero ninguno podía venir a la mía, para ello me inventaba disculpas. Así ocurrió durante veinte años. Mi hermana se puso de novia con un muchacho que no pudo conocer a nuestro padre, ni saber de su cuestión hasta muy poco antes de casarse y ello con todo el tiento posible. Ni siquiera el banquete de bodas pudo celebrarse en la casa.

Al principio trabajé como pastorcillo por el sustento, luego me dieron una cincuenta al día. Hoy les cuento a mis hijos del hambre que pasé, el mayor tiene la misma edad que yo entonces, y no se lo creen. La abuela me preparaba por la mañana la comida del día, a los pocos minutos me la había zampado y luego me pasaba el resto buscando membrillos a la orilla del río o me subía a los cerezos. A veces el dueño me sacudía, lo mismo que la Guardia Civil, sobre todo en una ocasión en que culparon al pastor con el que yo iba de haber incendiado una tina; nos pegaron a los dos y a él le llenaron el cuerpo de verdugones con la misma vara que llevaba para mandar el rebaño.

Había cumplido seis años cuando entré de zagal. Por la mañana me daban un poco de café negro. Dormía en un saco de paja al lado de la lumbre. Salía muy temprano a los pastizales con una manteja y al volver al mediodía al aprisco me ponían unas almortas cocidas sin grasa, sin pan y sin nada que las acompañara. Y cuando iba por el campo y apacentaba el ganado miraba de recoger algunas almortas y me las echaba al zurrón. Si llegaba y la manta estaba mojada por la lluvia me cubría con la manta seca, pero a veces estaban húmedas las dos. Así me ocurrió que al pasar el invierno y llegar la primavera sufrí un fuerte ataque de reuma. Tenía ya siete años y mi madre se veía obligada a bajarme de la cama, vestirme y ayudarme a subir el risco. La verdad es que he pasado calamidades y

gurruminas pero ninguna comparable a la situación de nuestro padre que nos hacía vivir encogidos, siempre al tanto de quien merodeaba por la casa para llevárselo al paredón. Nuestra vida se montó sobre el disimulo, había que aparentar que nada sucedía, sonreír siempre ante los vecinos y dar a todo un aire de normalidad. Padre no podía salir de allí, no era cosa de llevarlo donde unos familiares, no podíamos comprometerles. Madre decía que el problema era sólo suyo, su obligación tener oculto a nuestro padre, era una carga que había que llevar sobre nuestras espaldas y sobre las de nadie más. Así transcurrieron veinte años, hasta que un día un abogado de Madrid nos arregló los papeles. Padre salió una noche y sin que nadie reparara lo llevaron en un taxi hacia Guadalajara para firmar él atestado. Le cayeron tres meses de cárcel. A la vuelta de esos tres meses a nadie le quedaba humor para celebrar la liberación.

Un vecino del pueblo de Aranzueque

Andrés Ruiz no se metía con nadie. Todo su pecado debió ser que votó por las izquierdas, por el Frente Popular y que lo llevaron en un camión a la guerra. Era muy tímido y desde luego no tenía instintos criminales, y en lugar de enfrentarse a la autoridad y decir al cabo de algunos años o entonces mismo: «Aquí estoy yo, ¿qué pasa?», prefirió enfoscarse. Lo que pasa es que Armuña debió ser con Loranca uno de los pueblos peores de Guadalajara, donde más gente cayó antes y después de la guerra, pero sobre todo después.

En Aranzueque, a tres kilómetros de Armuña, no sucedió nada y fue así porque las autoridades de aquí, el alcalde republicano, lograron sujetar la trómbola de hombres sin conocimientos que venían arreando gresca. Todos estos pueblos a nuestro alrededor tienen historias truculentas y no por los combates, que no nos envolvieron, porque el frente se cerró en Brihuega a unos cincuenta kilómetros de aquí. Antes, en el momento que decías «éste no piensa como yo», le juzgabas como enemigo. Hoy hay más cultura, el pensamiento es libre y no creo yo que la historia volviera a repetirse, pero el pobre Andrés Ruiz perdió veinte años de su vida y amargó su existencia y la de su familia.

OceanofPDF.com

9. EL LIRIO Y EL QUEMACHOZAS

Manuel Piosa Rosado (Moguer, Cádiz).
32 años oculto

Manuel Piosa Rosado, más conocido por «El Lirio» apodo que heredó de su padre, aspiró el aire del campo hasta que llenó los pulmones, contuvo la respiración, y cuando ya no pudo resistir más expulsó el aire con ganas. Repitió la misma operación varias veces. Era como si pretendiera, entre los pinos y los eucaliptos de Moguer, su pueblo natal, purificar de golpe los pulmones. Durante sus treinta y dos años de ocultación en una cuadra respiró los olores más pestilentes. Porque Manuel Piosa había permanecido gran parte de ese tiempo enterrado vivo a cinco metros de la cochiquera del único cerdo, que tenía, muy cerca también de la mula, tapado con un saco de paja podrida y un montón de estiércol, dentro de una fosa como un ataúd, para escapar de los registros de la Guardia Civil.

Eran las seis de la mañana del 7 de julio de 1969. Hacía un día que el Lirio era libre. Su primer acto consciente de la libertad fue levantarse temprano para esquivar la guardia de los curiosos que le miraban la víspera como a un extraño ejemplar de un zoológico y sumergirse en medio de la naturaleza. A solas con ella corrió un rato entre los pinos y la pureza de la atmósfera le produjo una agradable sensación de embriaguez. Corrió para redescubrir el espacio. Durante treinta y dos años sólo conoció los límites del establo de su casa. Estiró las piernas, movió los brazos en molinillo y dio unos saltos de canguro. Era la gimnasia de la libertad. Era libre, libre,

libre. Sintió de frente el sol de la aurora que le dañó en los ojos. Tantos años en la más completa oscuridad le provocaron el horror a la luz, la fotofobia.

«Al enfrentarme con la naturaleza tuve la misma sensación que debe experimentar un pajarillo al que le abren la jaula. Recordé en esos momentos las fotografías que había visto del regreso a España de los repatriados del "Semíramis" que antes de llegar al puerto de Barcelona lanzaron sus gorros y otros objetos al agua».

«El Lirio» repitió el gesto de aquellos repatriados y lanzó al aire su gorrilla de fieltro que planeó durante unos segundos entre los pinos, antes de caer. Fue como si perdiera de pronto el sentido de la responsabilidad, la incertidumbre, que es una de las ilusiones de la psicosis de la cautividad. Un paisano suyo, el poeta Juan Ramón Jiménez, había descrito tiempo antes una de aquellas auroras de Moguer:

> «El viento solitario
> por la marisma oscura,
> moviendo —terremoto
> irreal —la difusa
> Huelva lejana y rosa.
> ¡Sobre el mar por La Rábida,
> horizonte de pinos!»

Reconfortado con aquel primer ejercicio de espontaneidad Manuel Piosa, nacido el 15 de marzo de 1911, hijo de Manuel y Patrocinio, soltero, carbonero, pescador y campesino, regresó a su casa en el pueblo, calle Galinda número 42. Esperanza, su hermana, había ya abierto la tienda de comestibles situada en el mismo portal de su casa. Le esperaban algunos amigos. Invitó a cerveza y charlaron hasta la hora del almuerzo. Más tarde se incorporaron al grupo otros parroquianos. «El Lirio» los reconocía por la voz.

—Lauro, tú eres Lauro ¿verdad?

—Sí, claro —contestaba Lauro, el cartero—. ¿Verdad que me escuchabas hablar cuando yo llegaba con el correo? ¿Verdad Manuel?

—Hombre, claro.

La noche de su liberación la calle Galinda apareció atestada de gente. Fue un curioso espectáculo. Manuel estaba de pie, en el umbral de la puerta, apoyado en una jamba, incrédulo, como a la defensiva. Le envolvió el calor humano y poco a poco perdió sus reservas. Los curiosos le asaltaron a preguntas, pero Piosa las evadió como pudo. Respondió generalidades. Sólo habló al cabo de la Guardia Civil para rechazar la acusación básica que se le había hecho, el asesinato del teniente coronel D. Luis Pinzón y su intervención en la quema y saqueo de la iglesia parroquial y el Convento de Santa Clara, «yendo siempre armado de escopeta».

Consta en la ficha de «El Lirio», «a la entrada de las fuerzas nacionales en Moguer el día 29 de julio de 1936, huyó de la localidad y se encontraba en ignorado paradero hasta el día 6 de junio de 1969 en que se presentó ante el Juez de Instrucción del Partido de Moguer, manifestando sus deseos de acogerse a los beneficios del Decreto Ley 10/1969 de 21 de marzo de 1969, por el que se declara la prescripción de todos los delitos cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939».

En su declaración a la Guardia Civil de Moguer, «El Lirio» manifestó que durante todo ese tiempo había permanecido oculto en su domicilio, «a cuyo fin había construido una fosa en la cuadra del mismo, que perfectamente camuflada había pasado inadvertida a cuantos registros se habían efectuado. Subsistió a costa de sus padres hasta el fallecimiento de ellos y posteriormente recibió asistencia de su hermana Esperanza, casada, la cual habita el domicilio donde ha permanecido».

En sus primeras manifestaciones a la Guardia Civil «negó rotundamente su participación en el asesinato del teniente coronel que se cita, si bien reconoció que se hallaba en aquellas proximidades cuando se cometió. Añadió que en la fosa tenía escondida una escopeta, de la que sólo ha sido recuperada los cañones de ella en avanzado estado de deterioro. Hizo constar igualmente que se hallaba recluido en su domicilio desde el día 20 de enero de 1937».

Manuel Piosa salió a la luz, como una momia, blanco, deforme. Pesaba más de cien kilos y se movía con dificultad. Le cegó la luz del exterior y hubo de ponerse unas gafas de sol, no graduadas, de su hermana. Sin embargo no le costó adaptarse a la vida normal. Comenzó a trabajar en el

campo y pocos meses más tarde pesaba 70 kilos. El sol atezó su rostro y las faenas en el campo le hicieron recuperar rápidamente la agilidad perdida en 32 años de emparedamiento.

Al principio los transeúntes le señalaban con el dedo. «Ahí va El Lirio». Pronto dejó de ser novedad. Pasaba a la casa del vecino de enfrente o tomaba su aperitivo en la tabernilla más próxima, transitaba como un moguereño cualquiera y al cabo del tiempo su caso dejó de verse con el morbo del primer día.

—¿Ahora?, le había preguntado el capitán de la Guardia Civil tras el interrogatorio.

—Borrón y cuenta nueva —respondió «El Lirio».

—Eso.

«El Lirio» alquiló al Ayuntamiento una parcela de huerto para cultivar la fresa por 1200 pesetas anuales y se quedó a vivir en una choza de enea. Luego se llevó a trabajar con él a Domingo Pérez. Manuel Piosa fuma los cigarrillos en cadena. Enciende sus pitillos negros con un chisquero de mecha. Tiene las encías sucias de nicotina. Pero hay cosas de las que el Lirio no ha prescindido nunca, la copita de aguardiente por la mañana, el café y la copa de coñac después de almorzar y el tabaco, a todas horas. Tiene el pelo negro, fuerte, rizado. Usa gafas oscuras graduadas, se deja negligentemente la barba y trabaja de sol a sol en su campo de fresa que delimitan los pinares.

En el interior de la choza de enea el extopo ha colgado carteles de películas. La de «Furia en Bahía», con los pechos de Mylene Demongeot en primer plano, y «El gran golpe de los siete hombres de oro» en un apoteosis gráfico de pistolas. Hay cestas colgadas, el brasero, un camastro y varios aparejos y un juego de cubrepantalones. No falta el transistor japonés. Éste es su universo, los toques de sexo y violencia propios de la época y el campo de fresas por delante. Piosa es reacio a recordar el pasado. Su objetivo es olvidar, el borrón y cuenta nueva con que se despidió del capitán de la Guardia Civil. Sin embargo no se olvida la «leyenda negra» de las semanas que precedieron a la entrada de las tropas de Franco.

Manuel Piosa era de filiación socialista «muy avanzada». 32 años después opina que «Franco es un gran estadista». Antes, según figura en su

ficha «sobresalió siempre por su ideología extremista y tomaba parte en fraudulentos cortes de maderas y leñas en los Montes del Estado».

Un vecino de Moguer

Tres eran los cabecillas, «El Lirio», su compañero Isidoro González y otro más que vive su vida, que se colocó muy bien y del que «El Lirio» no ha dicho nada. Los tres iban siempre juntos, como el trío de la benzina, y nunca mejor dicho lo de la bencina, porque una tarde de aquellas poco antes de la guerra se presentaron donde Murillo que se llevó un gran susto. Murillo cuenta que estaba en aquel momento en compañía de su esposa y que llamaron a la puerta. Le recibieron los tres con una escopeta. Dicen, «Ande Murillo, véngase con nosotros que hay que ir por gasolina donde su padre, necesitamos un bidón».

—No te vayas, dónde vas —terció su mujer—. Y para qué querrán la gasolina.

—Para lo que sea, eso a usted no la importa, para quemar la iglesia, por ejemplo —cortó uno de ellos.

Y en efecto, lo sacaron de su casa, lo llevaron hasta el surtidor, cogieron la gasolina y se la llevaron. «Hicimos de todo, de todo». «El Lirio» me contaba aquello que no se puede contar ni decir. «Yo era muy joven y me dejé engañar» explicó al salir.

Yo me trasplanto al año 1936 en Moguer. El número de los analfabetos era superior al 90 por ciento. En país de ciegos Piosa era casi un intelectual, había leído mucho, y es un vicio que no abandonó nunca porque hay que ver la serie de periódicos y revistas que hallaron en la cuadra cuando se decidió a salir. Claro, la hermana compraba en la imprenta los periódicos ya usados para que no se sospechara nada. Llegaba y decía: «Dame muchos periódicos de esos viejos, Salvador».

Y Salvador le daba los periódicos para la tiendecilla de comestibles, para envolver género, cuando en realidad eran para que «El Lirio» se ilustrara. De haber tenido estudios hubiera llegado lejos. Era descaradísimo, atrevido, muy determinado y de gran resistencia. Ya se ha visto donde vivía, donde se metía al aventar el peligro, en un agujero que practicó en la

cuadra, enteramente con la forma de un ataúd. La fosa estaba situada al fondo de la cuadra y tenía las medidas y la forma de una caja de muerto, uno ochenta y pico. El fondo de madera, la parte donde apoyaba la espalda estaba brillante, brillante, como de caoba. Allí se encerraba «El Lirio» como un vampiro. Colocaba encima paja y estiércol y santas pascuas. No hubo quien le encontrara. Cuando presentía a la Guardia Civil se metía en su ataúd con una rapidez pasmosa. La cueva estaba junto a la pocilga. El mal olor reinante es fácil de presumir y resulta difícil creer que este hombre en los treinta años largos que permaneció viviendo en aquella cuadra no hubiera contraído enfermedad alguna, salvo el mal de los ojos que tenía de siempre. No sufrió ni un simple resfriado, y él estuvo de acuerdo en que lo peor hubiera sido caer enfermo por tener que avisar al médico. Afortunadamente para él no le surgieron este tipo de complicaciones.

Se encontró también un saco, de paja podrida, con el que se cubría. Tanto cariño tenía al saco que pidió a los civiles que se lo dejasen como recuerdo. La escopeta la encontraron oxidada, inservible, carcomida por la humedad. Cuando se sentía verdaderamente en peligro colocaba el cañón de la escopeta junto al mentón. Si lo llegan a descubrir seguro que se suicida. Esa escopeta de 16 mm se la quitó a uno que halló cazando, Rafael Borrero. Borrero cazaba pardillos. En pleno monte se construye un puesto con una tronerita por donde poder sacar la escopeta y a ocho o nueve metros se le pone una especie, que nosotros llamamos farol. Un día que estaba de caza y sin que Borrero se percibiera de su llegada al puesto le tocó la espalda.

—Dame la escopeta, dijo.

La escopeta apareció totalmente podrida, de tenerla enterrada. Y la paja con la que cubría el hoyo, también. Para examinar el hoyo el capitán de la guardia civil tuvo que auxiliarse de una linterna. Era una obra de arte. Yo siempre he dicho que «El Lirio» es listo, hombre de imaginación, arrojado, capaz de todo.

Según apuntan algunas guías turísticas, Moguer «es sin duda el mejor pueblo de la provincia de Huelva, y hasta la capital, situada a 19 kilómetros, tiene que envidiarle sus rectas calles y sus hermosos edificios».

Moguer se extiende sobre un montecillo en la margen izquierda del Río Tinto. «Su caserío es alegre y lleno de carácter». Cuenta con unos 8000

habitantes. Tolomeo, cuyas observaciones son inevitables en las citas geográficas, la designa con el nombre de Irium. El topónimo procede de la lengua árabe, y tiene el significado de «caverna» o «cueva», accidente geográfico que abunda en el término municipal de Moguer.

Juan Ramón Jiménez, nació allí en 1881. De 1905 a 1912, «medita y crea en Moguer en la soledad absoluta del campo». Allí nace también «pequeño peludo, suave», el asno «Platero». Hoy, el creador y su burrillo tienen allí su museo. «El Lirio» no cree que Platero existiera: «No he leído el libro, pero creo que fue una invención de nuestro paisano. Nuestros asnos son más brutos. Algo he leído de Juan Ramón Jiménez y me enteré por la prensa en 1956 que le habían dado un premio los suecos».

Según la Guía de Andalucía de Afrodisio Aguado, «los onubenses son personas de genio vivo, carácter en ocasiones precipitado y pasiones violentas». También se desatan las pasiones políticas en el pueblo del borriquillo que endulzaba «todo el valle de las viñas» con su «tierno rebuzno lastimero». Llega la hora de la quema de las iglesias. La iglesia del convento de Santa Clara es el monumento más importante de Huelva. Lo fundó en 1337 Jofre Tenorio y es de estilo mudéjar. Cristóbal Colón estuvo allí rezando la tarde antes de emprender su viaje del descubrimiento. Los cronistas de arte elogian las tres naves del convento, «las resaltadas ménsulas, ornadas de característico follaje y coronadas de molduras surgen de las impostas para soportar el arranque de las cruzadas bóvedas y el de los agudos arcos que se levantan airosos en la nave central, estribando en sus perforados muros, en los cuales y sobre los abocelados baquetones muéstrese elegante moldura, de puntas de diamantes, de más vistoso efecto». Los cronistas se hacen también lenguas de los capiteles, de la sillería del coro, el lecho sepulcral, las estatuas yacentes, la pintura de San Cristóbal, los ornamentos, de principios del siglo XVII, las lápidas sepulcrales.

En cuanto a la iglesia parroquial, consagrada a Nuestra Señora de la Granada, es de estilo barroco muy depurado. Consta de tres naves por las que están repartidos hasta catorce retablos churriguerescos. Tiene un torreón que recuerda al de la catedral de Sevilla y por ello es llamado la

«Giralda chica». Estos dos monumentos de Moguer estaban destinados a ser pasto del fuego y según dicen Manuel Piosa tuvo algo que ver con ello.

Un vecino de Moguer

En aquellos momentos el pueblo no era de nadie. Al convento de Santa Clara y a la parroquia las dejaron muy maltrechas con el saqueo y el incendio. Tomó parte mucha gente en el asalto. La iglesia se restauró y se abrió al culto en verano de 1944.

(Pasa como sobre ascuas al referirse a la responsabilidad directa de la quema. Y por supuesto no entra ni sale en la acusación de que Piosa mató al teniente coronel Pinzón de varios disparos de escopeta).

El Lirio

Mi padre trabajaba en el carbón vegetal en pleno monte. Yo tenía nueve años cuando comencé a trabajar a su lado. Limpiaba y descortezaba la leña, podaba los pinos y amontonaba la madera. Al no existir todavía el butano mandaba el carbón. Mi padre me enseñó el oficio. Vivíamos en Moguer, con muchas dificultades. Yo ganaba seis reales «de gorra y consumo».

Era muy chiquitín cuando comencé a acudir a la escuela que era gratuita y la llevaba un cura, don Miguel. Se dividía en dos clases, una para los más adelantados y otra para los menos. Yo estaba en la primera. Leíamos historia, geografía, hacíamos dictados. Me gustaba la gramática que era de Editorial Calleja. De los episodios de la Historia Sagrada el que más me gustaba era el de David y Goliat, que se me quedó muy grabado. Creo que todo lo que cuenta la Biblia es verdad, aunque tengo algunas dudas.

Mi familia era muy religiosa y el cura, un sádico. Compraba una peseta de caramelos y los tiraba a lo alto, nosotros nos lanzábamos a por ellos como unos poseídos, nos revolcábamos, nos mordíamos, y el cura disfrutaba con aquel espectáculo. El día que hice la primera comunión fue para mí de gran alegría. Me había preparado bien y aprendí a conciencia el catecismo, todavía me lo sé de memoria. Mi traje de comunión era como el de los demás chicos, un traje blanco de marinero. La fiesta que siguió fue divertida, lo pasé muy bien.

Las peleas entre nosotros eran frecuentes, sobre todo con los niños del colegio de los ricos, pero eran encuentros sin gran trascendencia. El incidente más grave de mi paso por la escuela lo tuve con el cura. Un día, poco antes de terminar la escuela, ya en verano, llegaba yo con una trampa de cazar ratones, y Manolito, que tenía un año más que yo y estaba en la puerta de vigilante me vio. Decidí no ir a clase. Al día siguiente el cura me esperaba a la puerta con dos más. Yo salí corriendo y comenzó la persecución. Me esperaron en otra esquina para darme la paliza. Así es que en defensa propia cogí una china y la lancé contra el cura. Le dio en la cabeza y le brotó la sangre. Me escondí y esa tarde tampoco acudí a la escuela. Lo pensé mucho pero decidí volver.

Al día siguiente nada más llegar a la escuela di los buenos días. Me llamó el cura y me dijo que tenía que pedir perdón, y yo que no, y él, «pide perdón» y yo que no. Así me lo pidió muchas veces y cada vez que lo hacía me arreaba un palmetazo. Salieron los chicos al recreo y me dejaron encerrado y al volver comenzó otra vez el juicio. «Pide perdón» y yo que no y palmetazo. Al llegar la tarde me dejó encerrado. Como en mi casa no se preocupaban por mi hora de llegada no me hallaron en falta hasta que ya de noche llegó mi padre y preguntó por mí. Salieron en mi busca y me encontraron encerrado en la escuela. Mi madre escribió una carta al Superior que comenzaba así: «En el pueblo sobra un cura…» Entonces el cura se presentó en mi casa para pedir perdón. Desde entonces no fui más a la escuela, tenía nueve años.

Me puse a ayudar a mi padre en las faenas del monte. Me atraía el campo, la verdad. Cazaba conejos y pájaros. Dormíamos al raso y recogíamos leña que luego se vendía a dos pesetas el saco. Sabía leer y escribir y quise prepararme mejor. Al bajar a Moguer daba clases por la noche y el tiempo me cundía mucho. Hasta me quedaba tiempo para tomar parte en las luchas entre las pandillas del pueblo. Yo era jefe de una de ellas y tenía fama de invencible, no me sacudían nunca. Ahora que lo pienso, la violencia estaba por todas partes, Moguer siempre tuvo fama de violenta, de pendenciera, mi madre conoció una temporada que hubo doce muertos al año por herida de arma blanca.

Desde los nueve años llevaba ya pantalones, aunque no de pana porque no me gustaban. Alternaba en la taberna o iba al cine, fumaba tabaco liado desde muy chiquillo. Mi vida se repartía entre el trabajo de carbonero y el mar. A partir de los dieciocho años y durante los veranos pescaba la caballa en un barco de vela. La vida del mar tampoco me desagradaba, zarpábamos muy temprano y dormíamos en el barco. Íbamos a partes iguales pero el patrón se embolsaba parte y media más como dueño del velero. En fin que vivía bien aunque a costa de trabajar duro. Me libré del servicio militar y a los veinticuatro años me eché novia. Era del pueblo. Me gustaba el cine, el baile, aunque prefería ver bailar a bailar.

Llegamos a ser siete hermanos pero quedamos vivos tres, el resto murieron de pequeñitos. Dejé el mar para echar una mano a mi padre; durante el verano trabajaba en la siega del trigo, con hoz. La siega se hacía antes de salir el sol y después de ponerse. Íbamos en cuadrilla y los segadores llevábamos la manija en la mano izquierda y unos zahones largos que nos protegían de las víboras, muy numerosas en la región. Mi hermana Esperanza ayudaba en casa a mi madre desde muy pequeña. Mi madre tenía un genio de perros, pegaba muy presurosa con lo primero que tomaba en sus manos. En una ocasión me abrió la cabeza con una lata. Mi padre no se ocupaba de esas cosas. A mi madre yo la quería como un hijo que quiere y debe querer a una madre.

Cuando llegó la República voté dos veces, en 1931 y en 1936, me gustaba cumplir con mi deber, pienso que las votaciones deberían ser lo más frecuentes que se pudiera, espabilan a la gente. Voté por el Frente Popular. Seguía de cerca los avatares de la política y escuchaba por la radio los discursos de los cabecillas de los partidos. Para mí el mejor de todos era Pepe Díaz, el más honrado, sabía repartir las críticas y los palos y daba a cada uno lo suyo. La UGT era la más grandiosa organización de todas las del país. En Moguer nunca hubo tiros o reyertas por consecuencia de la política hasta que estalló el Movimiento. Nos enteramos de que había empezado el follón porque la Guardia Civil de aquí salió hacia Huelva para unirse a los rebeldes. El 19 de julio de 1936 llegaron los nervios. La iglesia fue incendiada, falta de cultura por su parte. Yo me encontraba en la central de la luz, que los de derechas amenazaban con quemar pero no lo

consiguieron. Éramos media docena de frentepopulistas y aguantamos allí durante dos días armados tan sólo de una escopeta. El 29 entró el camión con los falangistas armados de mosquetones. El alcalde pidió la ayuda de todos. Los de José Antonio pusieron en libertad a sus presos. El pueblo estaba prácticamente abandonado por los hombres. Las mujeres y los niños no se movían de sus casas, nadie protestaba, ni se levantaba, ni se oponía a los camisas azules. Al alcalde le maniataron y le dieron muerte en la carretera. Después se fueron a mi casa para darme el paseo, me acusaban de haber liquidado al teniente coronel Pinzón y de haber quemado la iglesia.

Un vecino de Moguer

El teniente coronel era nieto del almirante Hernández Pinzón y se vino a Moguer al estallar el Movimiento. Nadie se explica el porqué de su presencia aquí. Él iba a entregarse con sus dos hermanos o lo detuvieron. Salía de su casa y lo llevaban a la cárcel cuando a la altura de la calle Vendederas pegando a la iglesia salió la partida de hombres armados con escopetas y le mataron. Ahora tiene una lápida grande en el muro donde ocurrió el atentado. ¿Por qué mataron al teniente coronel y no tocaron a ninguno de los que habían encarcelado? Quizá porque en aquella época un teniente coronel de derechas era un cargo de importancia.

El Lirio

Nadie sabe quién mató al teniente coronel yo creo que lo mató el pueblo. Apareció en Moguer para refugiarse de unos problemas que le habían surgido en Huelva. Yo creo que después de un laberinto que se le formó en Huelva enviaron a gente aquí para quitarlo de en medio. Sucedió tres días antes de que entraran los falangistas cuando los del Frente Popular le llevaban a la cárcel como a los demás de derechas. De pronto se habían calentado los ánimos en el pueblo. Dicen que tiraron desde un balcón, qué sé yo. Tantas cosas dijeron… Yo estaba por las proximidades aquel día pero no en el mismo lugar donde fue muerto. Los de derechas creyeron que también yo había estado en medio de la calle Vendederas. Si los cincuenta o más fascistas que detuvieron llegan a tener la posibilidad de ocultarse como

yo lo hice más tarde lo hubieran hecho, pero no pudieron. Pensaron que como yo me había ocultado, no me daba a ver, sería por algo. Pero también estuvo oculto el Quemachozas, que trajo una vida más descarada que yo, que vivía de lo que como furtivo cazaba en el monte, que se ocultaba de los civiles pero no de la gente…

Un vecino de Moguer

El Quemachozas permaneció oculto unos diez años, poca cosa comparado con El Lirio que se encerró de 25 años y volvió de 58. El Quemachozas salió en tiempos de don Pablo, que era el alcalde de Moguer por aquellos años. En el pueblo creían también que el Quemachozas estaba complicado en la muerte del teniente coronel. Pues bien, después de vivir años oculto en el monte, se largó a Huelva con una hermana, se compró una gabardina de muchos colorines y unas gafas negras, como de ciego, y se puso a hacer vida normal o casi normal. Se iba al cine con todos esos disimulos. Pero antes se había tirado años en el monte, vivía de lo que cazaba. Se conocía al dedillo el terreno. Y como serían las cosas que debido a su fama de buen cazador llegó a estar de cacería con jefes de la Guardia Civil, que no le conocían, claro al irse renovando los mandos y los números para rato iban a saber que aquél era el peligroso Quemachozas. Los de Moguer conocían su identidad pero nadie se atrevió a decir nada. Además, los dueños de las fincas le dejaban de guarda y vivía con un pie en la legalidad y otro fuera de ella.

Su novia hizo mucho por él, mucho, pero se echó una querida, le hizo un hijo y tuvo que casarse con ella. Una de las veces que el Quemachozas bajó al pueblo desde su refugio en el monte se metió en la casa de la novia en la calle Pico. A la Guardia Civil le dio el olfato y varios números se fueron para allá y pusieron cerco a la casa. Pero el Quemachozas no era manco, tenía un instinto de gato montés y a la que vio que le tenía localizado la Guardia Civil, dio un salto como en las películas y se tiró por el corral que da al campo. Al caer se rompió la pierna y con ella rota, a rastras, como pudo, escapó de los guardias. Su novia salió a por él y se lo

encontró herido, lo llevó a su casa, lo ocultó de los guardias y le curó la pierna.

—Locuras de la juventud, acostumbra a decir ahora.

Cansado de vivir como un raposo se marchó con su hermana vivir en Huelva y es cuando se compró la gabardina de colores y las gafas oscuras. Una tarde cuando entraba en el cine Mora de Huelva le echó el ojo uno de Moguer, le reconoció y corrió a denunciarle y el Quemachozas al verse pillado se dio el bote. Dijo: «No entro en el cine, que es peor». Al rato, pum, que la policía se presenta en casa de la hermana.

El Quemachozas corrió y corrió. Se metió por el cementerio de Huelva, vino a romper donde está el puente de la Alcoba, se metió bajo el puente, en el agua. Era de noche. Perdió los zapatos. Los sabuesos de la policía seguían su rastro, hasta que alcanzó tierra de Moguer, terreno conocido para él. Eso le salvó. «Aquí me las den todas —dijo—, que a mí no me cogen». Estuvo huido y oculto hasta que con el tiempo los familiares le dijeron que se presentase a las autoridades, que no le pasaría nada. Había un alcalde muy bueno, don Pablo, que se preocupó mucho por él. Y no pasó nada en absoluto. El Lirio y el Quemachozas no se mientan en absoluto. Ellos sabrán por qué y el secreto que comparten…

El Lirio

El 29 de julio de 1936 cuando caminaba yo por la parte de la iglesia escuché los primeros tiros. Entraban las tropas de Franco, eran cuatro guardias civiles y tres soldados y medio. Salí corriendo calle de la Peña arriba, hoy Calvo Sotelo en dirección a la calle Flores para meterme por la Ribera, pero me di de morros con una patrulla, me escondí en una casa hasta que ocuparon la plaza del pueblo y me escabullí en dirección al coto de don José Flores, donde se encuentran las playas de Mazagón. El coto era una buena guarida porque tenía monte bajo, pinares y una maleza espesa. Estaba allí oculto, con Isidoro González, el «Tete», mi amigo de toda la vida. Llevaba yo una escopeta de 12 mm fabricada en Eibar. El «Tete» y yo pasamos mucho miedo. Las fuerzas nos rodearon en el coto, dieron una batida con muchos hombres armados, hasta que dieron con nosotros. La

primera descarga de sus fusiles la hicieron a una distancia de unos 70 metros. Era de día y la visibilidad muy favorable para nuestros perseguidores. De modo y manera que mataron al «Tete» y a mí no me dio una bala, ni siquiera me rozó. Estaba muy nervioso y apreté a correr, hicieron muchos disparos mientras corría y me perseguían y así corrí y corrí durante casi todo lo que quedaba de día. Tenía la ventaja de que el territorio lo conocía bien. Me perdieron de vista y ya no volvieron a verme el pelo. Ellos creyeron que con tanta detonación me habían herido. Decidí entrar en Huelva y llamar a la puerta de unos primos míos. Entré sin la escopeta, la tiré. En Huelva mis primos me recibieron con los brazos abiertos, me escondieron en una habitación de forma tal que escapé al primer registro sin que me vieran. Hasta que detuvieron a uno de Sevilla, uno que tenía amistad con mi primo; se chivateó de que yo estaba en su casa. Civiles y falangistas fueron a por mí. Era el 26 ó 27 de diciembre de 1936, ellos entraron por una puerta y yo salí por otra. Mi primo fue hecho preso. Le pegaron para que dijese mi paradero, le pegaron muchísimo, pero para entonces estaba yo escapado. Vagaba por los pueblos y vivía de lo que me socorrían, dormía en el campo oculto entre los arbustos.

Sobre el 18 de enero de 1937 al amanecer entré en casa de mis padres. Tuve suerte porque a otros perseguidos como yo, por un ideal, los cazaron. Quedé recluido en casa de mis padres y ellos y mi hermana cuidaron de mí. Estaba tan fatigado que las piernas me temblaban, me sentía débil, dormí creo que durante varios días.

Un vecino de Moguer

Los del Frente Popular aquí eran muy pocos, ocho o diez. Todos escaparon. Como no había organización ni nada previsto, no hubo resistencia, y se evadieron como pudieron. Algunos cayeron pero el Lirio no estaba entre ellos. Demasiado listo, demasiado ágil, demasiado astuto para que lo sorprendieran logró librarse del acoso en el campo hasta que buscó refugio en su casa. Del trío de Moguer, Isidoro fue abatido, el otro está muy bien colocado por ahí, y el único que quedó a resultas de comprobar su culpabilidad era el Lirio. El Lirio cavilaba y nos decía: «Me

he pasado 33 años oculto, pero si me cogen y me encarcelan me llevo 20, 25 años de cárcel. ¿No hubiese estado mejor a la sombra que 33 años de sustos, de dudas? Allí me hubieran vestido, alimentado, hubiera incluso aprendido un oficio para salir como un hombre de provecho…» Pero el Lirio yo creo que sabía que si lo cogen se lo cepillan. Es hábil, tiene sentido de la ironía y sabe defenderse, se desvía, cuenta las cosas como le conviene.

En el pueblo se llegó a saber que estaba vivo, se sabía incluso que a la muerte de sus padres su hermana Esperanza y su cuñado Gabino Martín González cuidaron de él como de un hijo. Su hermana ha sido una mujer de una fuerza de voluntad tremenda para mantener en esas condiciones a su hermano, cuidar de su marido, de los chicos. Mantener ahí en la cuadra a su hermano, dándole de comer un día y otro día.

No había quien lograse ver al Lirio, al tío Manolo. Sí, con el tiempo lo llegó a ver una señora, y quizás otra gente pero les entró a todos el reparo de decir «pues lo he visto o no lo he visto», en fin, que la gente tampoco quiso enredarse en aquel problema. En la mente de todos, estuvo al final que el Lirio vivía encerrado en casa de su hermana y que vivía con los ojos bien abiertos, espiaba al pueblo a través de la rendija de la puerta de la cuadra y vigilaba las entradas y salidas de la calle. Que se aproximaba la Guardia Civil pues el ataúd estaba a unos metros, le daba tiempo de cubrir la cueva con el estiércol y el saco de paja.

El Lirio

Nada más llegar eché manos a la obra para fabricarme el agujero, en el fondo de la cuadra, un hoyo como un ataúd donde me quedaba tendido, tumbado como un cadáver en el mismo suelo de la cuadra. Había veces que se llenaba de agua mezclada con excrementos de la caballería. Tenía siempre a mano la escopeta de 16 mm y cuatro cartuchos que procuré por todos los medios que no se mojaran. Al escuchar una voz desconocida, sentir un movimiento raro, me tendía a toda prisa en el ataúd y con el roce de la espalda, la madera llegó a quedar con los años tan suave como el afilón de un barbero. Sólo me vio una persona, la hermana Rafaela que entró un día a por agua y me vio y no me dijo nada y que tampoco se fue de

la lengua. Cuando se produjo el primer registro de la Guardia Civil no estaba construido todavía el agujero, me escondí como pude. Después sí, dormí noches y noches en aquel agujero de 1,8 de largo y 1,75 de hondo y cuando no barruntaba peligro en una habitación de arriba. Pensé que aquello era para el resto de mi vida. A una cosa estaba dispuesto, a matarme antes de que me mataran, por eso conservé a mi lado la escopeta y los cuatro cartuchos hasta que se pudrieron.

Mi vida de 32 años apenas sufrió variaciones. Mi madre murió en 1951 y mi padre en 1953. En la propia casa nunca llegaron a pegarles, pero los encarcelaron y a mi madre la pelaron al cero. Cuando los rezos fúnebres yo estaba en la atarazana, una habitación donde se meten los aperos de labranza. Quería estar lo más cerca posible de mi padre. Le vi antes de morir. Murió ciego y sin habla. Se le fue paralizando la lengua, paralizando, paralizando… Se fue secando, secando. Por alguna razón extraña la puerta se cerró y esto dio pie a que las gentes del pueblo dedujeran que la puerta se había cerrado para que yo pudiera asistir al duelo de mi padre. Informada la Guardia Civil acudió a inspeccionar. Fue el penúltimo reconocimiento y en el que pasé más pánico, tuve la mayor sensación de peligro porque llegaron muy cerca, muy cerca de donde yo estaba, casi me tocaron con los dedos. Yo estaba en el doblado, en el desván y me introduje entre dos muros, con la escopeta del 16 cargada y apretada contra mi barbilla. Dio la coincidencia de que los dos doblados estaban vacíos. La Guardia Civil examinó uno de ellos con la linterna y luego el otro, yo estaba en el hueco, entre los dos.

Salvo estos contratiempos, y los días que tardaron en las obras de la casa, mientras que los albañiles trabajaban yo debía permanecer en el ataúd, encerrado hasta diez horas diarias, el resto transcurrió tranquilamente, sin enfermedades, que era lo que yo más temía. Nunca me puse enfermo. Tan sólo sufrí algunos dolores de muelas, que las calmaba con una miajita de aguardiente. Eso sí, llegué a pesar más de cien kilos. Me asfixiaba de estar tanto tiempo sentado. Hacía las comidas normales, un cocido, un puchero, un guisado. La comida la preparaba yo mismo, sobre todo a base de patatas y garbanzos que cultivábamos nosotros mismos en la casa.

Para matar el tiempo y echar una mano a mi cuñado Gabino preparé dulce de membrillo, aliñé aceitunas para la tienda de mi hermana, arreglaba

sillas de enea y lié cigarrillos en los tiempos de escasez. Enfermé de la vista debido a la escasez de la luz y leía con dificultad el *ABC* de Sevilla, que era el periódico que mi hermana me traía y que me tenía informado. No hacía crucigramas, no me gustaban, jugábamos eso sí a los naipes, a la brisca, a la ronda, al tute, sin dinero. Me tomaba siempre que podía una copilla de aguardiente para subir la moral y el resto me lo pasaba en lectura con las revistas de segunda mano que mi hermana compraba como material de envolver. Seguía con más atención las noticias de los toros y las del cine y recordaba aquellas películas de Charlot, *El enmascarado*, que había visto. Pero, con los toros, el cante flamenco era mi pasión favorita. Alguna vez abro la boca para cantar un fandanguillo y si sale mal la cierro. Llegué a escribir letras de canciones y a cantarlas con música que improvisaba. Uno de mis fandanguillos preferidos era éste que decía:

«Señorito cocinero
corre y vete a la trinchera
deja la vida que llevas
que a costa del pueblo obrero
quieres hacer una España nueva».

Me cortaba el pelo un primo hermano mío, que si el cariño de un hermano puede ser más fuerte que el nuestro yo digo que eso es mentira. Afeitarme lo hacía yo solo. La limpieza de la casa no la hacía. Yo no soy un afeminado, soy muy masculino. Comíamos todos juntos, yo lo preparaba todo, el desayuno, el almuerzo, la comida, la cena. Preparo platos muy condimentados, y hago maravillas con las almejas y con el gazpacho. Casi siempre después de almorzar y cenar, con la puerta atrancada jugábamos a los naipes, como ya digo. ¿El rosario? ¡Ni la aurora! Luego me iba a dormir a la habitación de arriba o al ataúd según los casos.

No disponía de reloj en mi escondrijo, nunca lo he tenido. Para las horas me guiaba por mi hermana, además, desde la cuadra el reloj del pueblo se escucha perfectamente. Me levantaba matemáticamente entre siete u ocho para abrir la puerta de la casa, según el tiempo que hiciese así era la hora en que lo hacía. En invierno más tarde, en verano más temprano. Los triunfos

del Real Madrid en la Copa de Europa me impresionaron muy poco aunque seguía de cerca toda la actualidad, el fútbol, la guerra de Biafra, la del Vietnam, la de Oriente Medio. Después de la guerra, los franceses son aliados de los americanos, y los americanos de los ingleses, salvo China y Rusia que son enemigos, yo creo que todos son aliados y son todo uno. Yo me conformaba y conformo con poco. Ahora el personal se vuelve loco para amontonar millones. Prefiero mi vida en el campo y espero morir aquí, en el campo, en la tierra en que nací. No quiero ir a Madrid, las capitales llevan una vida muy loca, alborotada, todo el mundo corre para hacer millones, mientras a otros sólo les llega para malvivir. Además, de la ciudad llegan las aberraciones como los chavales de pelo largo que yo lo que hacía era tijeretearlos y pelarlos. Prefiero, la verdad, las chavalas de falda corta que se pasan el día bailando el yeyé.

A pesar de todo lo que digo, yo creo que la gente ahora va más a misa que antes. Hay misa a la madrugada, por la mañana, al mediodía, por la tarde, por la noche y a todas horas hay misa. Así no hay manera que se condene nadie, con las facilidades que dan los curas. Yo no voy a misa, pero reconozco que visito a la Virgen, patrona del pueblo. No dudo que haya cielo, como dicen. Yo lo creo que lo hay. Yo creo que alguna cosa invisible hay, porque el mundo por medio de algún eje debe girar. Se diga lo que se diga, aunque de vez en cuando al enfadarse eche alguna blasfemia, algo invisible hay. El movimiento se ve arriba, en el cielo. Yo le daba vueltas a esto desde mi cuadra cuando rompía la tormenta. Anoche mismo, sin ir más lejos, se vieron los candilazos, los relámpagos. ¿De dónde vienen? ¿Quién los mueve? Que no me digan, eso es algo sobrenatural.

Un vecino de Moguer

El alcalde de Mijas le dio pie a éste para salir, porque el Lirio estaba cagadito de miedo. Si el de Mijas no da el paso el Lirio seguía en la cuadra.

El Lirio

En marzo de 1969 me enteré del indulto por el periódico. Me dio un vuelco el corazón y me eché a llorar como un crío. Aquello era la

liberación. Mi hermana comunicó mi caso a un pariente cura, como en un secreto de confesión. Era primo segundo mío. Hizo las averiguaciones, se informó y se llegó hasta la casa para visitarme.

—Esta noche a las ocho viene el capitán para darte la libertad. Tú no tienes que moverte de aquí.

Mi primo el cura se había informado en el cuartel y en el juzgado. Esta vez el indulto era definitivo. Estuve al tanto de amnistías anteriores, pero no las acepté porque dudaba y dudaba. De esta última de 1969 como ya se habían presentado dos, el de Mijas y el de Valladolid pues me dije, «que sea lo que Dios quiera».

Mi padre y mi madre me aconsejaron que no me entregara y también por ellos lo hice. En 32 años, se lo juro por mi padre, la persona que yo más quise en el mundo, ni un día ni una hora ni un minuto siquiera salí de mi escondrijo. De vez en cuando abría cautamente el postiguito de la puerta y echaba una ojeada a la calle. Yo pensé siempre que la muerte es lo último, por eso, antes de que me mataran preferí esto, el escondrijo, el ataúd, el olor a mierda de mula y el de cochino.

Cuando los guardias de aquí, de Moguer vinieron a ponerme en libertad no me dieron papel alguno. Me dijeron simplemente que estaba libre como un pájaro, que podía circular como un ciudadano cualquiera. Eran las ocho de la tarde del 6 de junio de 1969 y les conté todo. Fue cuestión de poco tiempo lo que estuve con ellos. «Ahora tiene que hacerse el carnet de identidad», me dijeron. El capitán midió el ataúd, le interesaba para su informe. No se creían que yo hubiera vivido allí como un enterrado vivo. Me quedé sentado en la casa y más tarde apareció la gente. Estoy seguro de que todavía habrá en el pueblo alguien que me odie, pero qué se le va a hacer, quién lo va a evitar. A mí todo el que me saluda le saludo y estoy convencido plenamente de que ya no me pasará nada. No he pensado en casarme, nunca volví a ver a mi novia aunque vive en el pueblo. Un día, durante mi encierro, mi cuñado me dijo: «Ella y Pepe se hablan». Yo la quería mucho, pero nunca hice por verla. Pensaba casarme cuando saliera, pero ella se fue a la vicaría con Farruco y sé que tienen un hijo muy glotón, que va siempre en la moto, rrrruuuuummm.

Al día siguiente de salir descubrí la televisión. Me gustó. Lo que está bien es que está bien. La veo todas las noches que puedo, en la taberna donde paramos. De lo que he visto prefiero las corridas de toros, sobre todo cuando torean Paco Camino y Diego Puerta y el cante flamenco. El número de los coches que circulan no me sorprendió tanto porque yo oía sus motores, escuchaba el ruido de los motores, unos para arriba otros para bajo. A Huelva he ido, desde entonces, varias veces. Está mucho más moderna que estaba. Me han impresionado mucho los edificios nuevos que han levantado. Pero yo prefiero mi campo de fresa y mi choza de enea, los tragos de aguardiente. Ahora estoy con el mulo labrando la tierra, la preparo para la planta del verano. Luego, si no hay pedrisco o alguna otra calamidad tendremos las fresas.

Serían las primeras fresas de la libertad de Manuel Piosa Rosado, más conocido en Moguer por «El Lirio».

OceanofPDF.com

10. LOS FALANGISTAS CONTRA EULOGIO DE VEGA

Eulogio de Vega (Valladolid).
28 años oculto

Eulogio

Yo he hecho patrimonio en mi vida de la lealtad y la honradez. Siempre vi en mi padre una gran rectitud de conducta. Era un hombre, mi padre, que procedía de las capas bajas. Un desheredado de la fortuna como tantos otros de Castilla. Un obrero de la tierra que se casó, se marchó a Asturias, ahorró cuatro perras, se vino al pueblo de Rueda, y se dio a trabajar con relativa independencia. Siempre le empujó el ansia de independencia en el trabajo. Aunque era de escasa cultura sólo vi en él buenos ejemplos. Fue un hombre sencillo, pero honrado. A diferencia de él, yo tuve una temprana inclinación a la lectura. Desde chico. Tanto es así, que mi padre, por consejo de algunos amigos, pensó en darme estudios cuando hubiera cumplido yo los diez años. Entonces no existían las comodidades de ahora, ni becas ni otro tipo de ayudas para los que desearan estudiar. Pero mi padre quiso darme estudios a costa de los sacrificios que hicieran falta. Yo me opuse desde el primer momento.

—Algún día te pesará, Eulogio —me reprochó mi padre.

—Bah, yo quiero ser del campo y para el campo, padre; no se haga mala sangre conmigo.

En el campo he desarrollado mi vida en la medida en que me dejaron, salvo el tiempo que pasé en el servicio militar. No hice la guerra, la guerra civil, porque estuve oculto de 1936 a 1964, pero sí la africana. Para la guerra nuestra, la última, no estaba en quintas. En esta zona faltaron una o dos para llegar hasta mí. Yo soy de la quinta del 22. No me alcanzaba. Además, movilizado, no hubiera ido. No habrían dado conmigo. Estaba fugitivo en el campo. Pero supongamos que me llaman: yo naturalmente no me hubiera presentado.

Fui soldado en la guerra de Marruecos. Cuando puse los pies en África lo primero que me dije fue lo siguiente: «Nada, Eulogio, aquí se viene a resistir lo que se pueda. Sólo a resistir». Yo era un soldado humilde y disciplinado. De cualquier modo, en algo debí sobresalir porque muy pronto quisieron colocarme los galones de cabo. No los quise. Me negué a ser cabo. Pero en otra promoción, la segunda, dijeron los oficiales que no era justo que otros que sabían menos que yo ocuparan un lugar que por mis méritos me correspondía.

—Usted tiene más aptitudes que ningún otro soldado aquí —me dijo el oficial.

Me ascendieron a cabo. Después se les ocurrió que reunía méritos para ser sargento. Ahí ya me opuse rotundamente. En ese tiempo era cabo del botiquín. No acepté ser sargento por egoísmo. Porque, todo hay que decirlo, el botiquín era de los sitios más seguros en aquella sucia guerra. No sentía entusiasmo por las cosas militares. No me interesaba hacer carrera en el ejército. Lo que yo esperaba era tan sólo cumplir el servicio. Hubo una orden que podía haberme afectado. Una orden dirigida a los jefes de la guerra de África en la que se ordenaba que se cubrieran las bajas del desastre del año 21, mitad con sargentos mandados de la península y mitad con los sargentos «más caracterizados» de sus regimientos. Y en esa situación de «caracterizados» se me incluía a mí. Pero rehusé de plano. El botiquín era mi sitio, trataba con médicos y me sentía a gusto.

Ingresé en 1923 y fui herido en batalla el primero de mayo de 1924. Desde la posición donde me hirieron se divisaba Annual, pero aún quedaban cinco o seis kilómetros por delante, sin conquistar todavía. Me hirieron en una de las posiciones más avanzadas. Había dos puestos de

observación, uno más avanzado que el otro. A los que iban delante les abrieron fuego: cayó herido un soldado, que era de Zaragoza. Coincidió que sólo el herido y yo conocíamos el manejo del fusil ametrallador. El arma se había inventado por aquellos tiempos. Al herir al de Zaragoza, los jefes consideraron oportuno cubrirme con unos cuantos soldados, con objeto de que yo saliera hacia el pozo del tirador para hacerme cargo del fusil ametrallador. Una vez llegué a la trinchera me hirieron. En la mano y en una ceja. Cosa leve, que aún tengo visibles las cicatrices. Como fue una salpicadura de explosión, unas esquirlas, no llegué yo a saber si fueron de balas explosivas o bombas de mano. El caso es que en torno mío se formó una polvareda más que regular. Creí al principio, entre el humo y la confusión, que se había reventado nuestro propio fusil ametrallador. Yo era como digo el que lo manejaba, pero tenía un asistente y un sargento. Entre el polvo y las toses alcancé a decir:

—Leche, se ha reventado el fusil.

Respondió el sargento:

—No. Pero ¿qué te pasa a ti que estás ensangrentado?

Yo me sentía bien.

—A mí nada, no tengo nada.

Dieron cuenta a los jefes. «Recogerle», respondieron. Y me evacuaron. Me negué a volver a la retaguardia, era muy poco lo que tenía. Al fin el comandante creyó oportuno recoger las fuerzas, detener el avance y tomar posiciones firmes allí mismo.

Era el año 1924. Yo tenía 23 años. La guerra me pareció muy sencilla y me sentía optimista quizás por mi juventud. Me encontraba en África porque me tocó en quintas. Otros, al tocarles se habían mutilado un dedo y la palabra África a un chico de 23 años podía causarle temblores. Yo creía que era nuestro deber, como patriotas, defender nuestras posesiones en África. Comprendía sin embargo que estábamos en territorio extraño, pero estaba convencido al mismo tiempo de que eran profundas y complicadas razones de Estado las que me habían llevado allí. Me sentía con la conciencia tranquila y no es por alabarme, pero creo que cumplí con mi deber. Cumplí con mi deber hasta cuando me sublevé, no por cuestiones de

Estado, es que se nos mantenía pésimamente. En aquella ocasión tuve el valor de amotinar a la compañía.

Nuestra compañía estaba desparramada por un terreno avanzado. Los jefes eran buenos pero habían heredado los vicios de un sargento que al parecer se aprovechaba de las circunstancias para quedarse con los víveres y venderlos. En resumen: que nos mataban de hambre. Antes que yo algunos habían dado tímidamente muestras de descontento. Pidieron que se les rebajase de rancho, petición que no era corriente en las líneas de fuego. En las plazas sí, a algunos se les rebajaba de rancho. En primera línea de fuego aquella petición tenía algo de rebeldía, de intención simbólica. El día 2 de diciembre nos sublevamos. Nos castigaron a marchar toda una noche. Aquello podía haberme costado la vida, pero el castigo fue leve. Suerte que el capitán era una bellísima persona. Reconoció la razón que nos asistía. No era un duro y no convocó a juicio, ni se me hizo consejo de guerra. Sólo el teniente tuvo el atrevimiento de darme unos palos delante de la compañía. Ése fue el escarmiento, que tampoco estaba dentro de la lógica, porque yo era cabo, era una clase. Tenía que haberme formado juicio, pero apalearme no, desde luego.

Todo aquello pasó sin más consecuencias y nos dio pie para improvisar unas coplas. Yo sabía que era poco patriótico escribirlas y cantarlas, pero aún era menos patriótico morir de necesidad. Una de las coplas decía así:

Si Cristo no lo remedia
y pone coto a vuestros males
los que sois del 22
no veréis a vuestros padres.

Luego seguía:

Ahora para terminar
solamente les decimos
que si se nos considera humanos
se nos aumente el tocino.

Leí las coplas a unos chicos entusiastas. «Si os parece cantamos esto», dijo uno de ellos. Cantamos a coro. Le pusieron un poco de música unos catalanes filarmónicos que había y empezamos a cantar a coro nuestra desdicha de soldados hambrientos. Al poco, lo escucharon los sargentos y se amoscaron.

—Venga, a formar la compañía —gritó uno de ellos, encolerizado.

Formó la compañía.

—A ver —dijo—, quién o quiénes son los autores de este insulto a la patria. Que den un paso al frente.

Yo di un paso al frente: «He sido yo, mi sargento», dije.

Otros cuatro dieron también el paso al frente, en solidaridad. Quedamos los cinco como culpables absolutos de aquello. Yo por encima de los demás. Tenía algún ascendiente sobre los soldados. Les escuchaba y trataba de comprenderlos y aunque no fumaba ni bebía no me lo tomaban como un signo de desprecio. El practicante era de una quinta anterior a la mía, del 21. A punto ya de licenciarse le vi de nuevo. Me saludó muy atentamente:

—Adiós, Vega.

—Adiós, San tirso.

Se apellidaba Santirso. Poquito antes de licenciarse vino a verme:

—Vega, vas a ser cabo de botiquín.

—Anda, anda, déjame, quita de ahí. Cuando yo veo unas gotas de sangre me desmayo. Conque ya ves tú, yo sería un pésimo cabo de botiquín. Ni hablar, Santirso.

—No seas bruto, Vega, aprovecha la ocasión, aquí de lo que se trata es de pasar el servicio de la mejor manera posible.

—Que no valgo, Santirso…

—Allá tú si quieres dejar el pellejo sobre el terreno. Piénsalo.

Hasta que un día un soldado viene hacia mí y me dice:

—De parte del capitán médico que se presente a él.

Me llegué hasta el despacho del capitán médico:

—¿Da usted su permiso, mi capitán?

Junto a él estaba Santirso.

—A sus órdenes.

Santirso habló al capitán médico delante mío. Se hablaban de tú y Santirso le dijo:

—A Vega ahí donde le ves, no le hagas caso. No le creas nada de lo que te diga. Es modesto y se hará de menos. Pero vale. El tiempo será testigo de lo que vale. Me darás la razón. Con él vas a estar bien servido.

—Bien, muchacho —cortó el capitán—, vamos a ver: ¿vale usted para cabo de botiquín?

—Mi capitán, yo me desmayo en cuanto veo sangre. Que no valgo, mi capitán, gracias, pero me desmayo redondo.

Y Santirso:

—No le escuches, Luján (el capitán se llamaba Luján), que miente. Es listo y dispuesto, sabe cosas, es honrado.

—Bien, bien, muchacho. Se va a quedar usted aquí y Santirso le enseñará a curar hasta el momento en que se licencie.

Santirso, que era algo tirado para adelante, dijo muy pronto al capitán Luján: «Oye, que Vega ha pasado ya al botiquín. Está de acuerdo. Le gusta y no se desmaya cuando ve sangre».

De esta manera entré en el botiquín. La tropa empezó a llegar ya sin complejos, con entera libertad a dejarse curar por mí. Se corrió entre los soldados:

—Que Santirso se ha ido, se ha licenciado. Ahora está Vega.

Porque Santirso, lo comprobé el poco tiempo que estuve con él, escatimaba los medicamentos. Lo que hacía era quedarse con ellos y los volvía a vender a los farmacéuticos. Despachaba a los heridos con tintura y se quedaba con las medicinas. Pero no sólo se salió con la suya al colocarme en el botiquín sino que pretendió que continuara sus negocios sucios. Una tarde, antes de licenciarse, me llevó a recorrer farmacias militares. Entraba y decía:

—Señor fulanito, que éste es el que se queda en mi puesto.

—Bien —decía el farmacéutico—. Ya le habrá usted puesto al corriente.

—Sí, sí, está avisado.

Yo no volví por allí. Me repugnaban aquella clase de operaciones que veía en el ejército de África.

Julia

Me enamoré de él. O no. No sé. Él se enamoró en realidad de mí o por lo menos se arrimó a mí. Estuvimos en relaciones ocho años. Luego ya nos casamos. Él tenía 25 y yo 23. Fue cuando volvió del servicio en África. Estuvo en Melilla los tres años. Le tocó a Marruecos cuando lo del desastre y demás. Cayó herido en campaña, al estallar una bomba le entraron los cascotes por la mano y por una ceja y con este motivo le dieron permiso para que viniera a Rueda. O sea que nos casamos en 1922 cuando la dictadura de Primo de Rivera.

Tenía unos quince años cuando me conoció. Había paseos en el pueblo, entre Tordesillas y Rueda, o sea, a la entrada de Rueda. Paseos con jardines, un lugar bonito para caminar, hablar y decimos cosas. Estábamos otras chicas y yo dando vueltas por la carretera de Tordesillas, en el paseo que da vista a la carretera. Y en eso que nos encontrábamos pintando monigotes sobre el polvo con un palo. Se acercó Eulogio, más otro, y ya nos acompañaron. Paseamos juntos ese día.

—Bueno, es hora ya, nos vamos —dije yo.

—Te acompaño —dijo él.

Se acercó conmigo hasta casa.

Al día siguiente cuando salí a la compra, a un recado, por la noche me lo encontré otra vez. No sé todavía si ocurrió de manera casual o porque me fue expresamente a buscar. Ya me acompañó y así seguimos durante ocho años.

Había hecho en octubre los 23 años. Nos casamos en abril. El noviazgo fue largo pero aquellos años se estilaba así. Cuando el servicio militar le llevó hasta Melilla nos escribíamos cartas cada ocho días. Él tenía menos facilidades que yo para escribir porque en la guerra se escribe menos, dependía siempre de las batallas. A veces me escribía dos cartas seguidas. Otras, tardaba. Luego ya, cayó herido.

Cuando nos casamos, Eulogio estaba inscrito en el partido socialista. Antes pertenecía de corazón al partido, porque reflexionaba mucho ante las injusticias. Por ejemplo veía el caso de un hombre inutilizado para el

trabajo, y por lo tanto que no cobraba nada. Él decía: «Habrá que gestionarle algo, a ver de qué forma se arregla la situación de este hombre». Y eso era todo lo que pretendía. Si venía un día de fiesta, no te pagaban; venía el domingo, no te pagaban. Eulogio creyó que había que resolver aquello de alguna forma, porque si aparte de los domingos llegaban catorce fiestas al año, pues eran catorce días que perdían de cobrar los obreros.

Durante el tiempo que estuvimos de novios salíamos a pasear los domingos. Había una glorieta en el pueblo a la que iba toda la juventud. La banda de música era de allí mismo, de Rueda, y estaba formada por ocho o diez músicos, músicos jóvenes a los que pagaba el Ayuntamiento. Íbamos también allí, pero a mi marido nunca le ha dicho nada el baile. Así que nos pasábamos la tarde paseando alrededor de la glorieta junto a los árboles.

Durante la semana me iba a buscar. Hablábamos un rato. Después de hablar él se iba para su casa y yo me quedaba en la mía. Eulogio tenía dos hermanos, pero madre no tenía. Madre murió al nacer uno de sus hermanos. Al hermano pequeño lo mataron después del 18 de julio. Pertenecía como todos los trabajadores a la Casa del Pueblo. Era socio y nada más. Casi todos los obreros estaban asociados en la Casa del Pueblo. Fueron socios nada más muchos de los que fusilaron.

Eulogio

Durante el servicio militar en África cambié de lecturas: descubrí a Freud y Einstein. En mi pueblo, Rueda, había un centro obrero con biblioteca y libros sociales. Me dio desde siempre la fiebre de la lectura. Leía de casi todo. Se publicaba por aquellos años la novela corta, el cuento semanal. Dirigía una colección Antonio Precioso y colaboraban, por ejemplo, escritores como Fernández-Flórez, Eduardo Zamacois, Araquistain y Vidal y Planas, que mató a Antón de Olmedo y que por entonces escribió «Santa Isabel de Pérez», que obtuvo un gran éxito. Era la historia trágica de una mujer de la vida. Se publicaba también la novela teatral, cosas de los Quintero, Vital Aza, Muñoz Seca. Yo esperaba los números semanalmente y me empapaba de ellos. Pero no es sólo que me quedara con los cuentos cortos y la literatura insignificante. Tenía asimismo afición a los grandes

libros, y entre ellos, a los «Episodios Nacionales» de Pérez Galdós. Leí también mucho a Blasco Ibáñez, «La Barraca», «Cañas y Barro», «La vuelta al mundo de un novelista».

Uno de mis autores favoritos desde que lo descubrí en Marruecos ha sido Freud, tenía ya cierta inclinación hacia las masas y como Freud es un psicólogo de ellas, me atraía. Sin embargo a Einstein nunca logré comprenderle, no me decía nada. Así como tampoco me dijo nunca nada Felipe Trigo. Empecé a leer a Dostoyevski y no me gustó al principio. Ahora no opino lo mismo: Dostoyevski me interesa más. No bebía alcohol, pero alguna vez he conseguido emborracharme de lectura. Durante los casi treinta años que estuve oculto me dieron en ocasiones ataques de nervios de tanto y tanto leer.

Con mi biblioteca pasó como con la del Quijote, que me la quemaron, durante la guerra. El Quijote lo he leído repetidas veces. Tantas y hasta tal extremo que envié dos boletos a Televisión para ver si concursaba en aquel programa que se llamó, creo, «Las diez de últimas». No tuve esa suerte, pero si me aceptan hubiera llegado lejos.

He llegado a sentir cada palabra del Quijote como cosa mía, cada palabra, cada episodio se me han quedado dentro y yo pondría parafraseado aquel pensamiento del filósofo de la «Revista de Occidente», Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mis lecturas del Quijote».

Lo leí por primera vez en la escuela porque los maestros me lo daban a leer como discípulo aventajado que era. Entonces El Quijote me producía risa. Luego lo releí de nuevo en la cárcel y empezó a darme que pensar. De pronto me di cuenta de que era un libro profundo y yo encontraba en él soluciones rotundas que en la religión no encontraba. El transcurso del tiempo me ha afianzado en la idea de que El Quijote es el libro de todos los tiempos. Está escrito en otra época y en otro lenguaje, claro, no se habla en El Quijote de trenes o de aeroplanos porque el medio de transporte en la época de Don Miguel de Cervantes eran los mulos o los caballos. Cervantes no era un Julio Verne. Porque también he sido lector inclinado a Julio Verne: «20 000 leguas de viaje submarino», «Vuelta al mundo en ochenta días». Es un precursor pero el tiempo se ha encargado de modificarle a Julio Verne. En cambio la filosofía de El Quijote es eterna. Vale en algún

momento de nuestras vidas como imagen o ejemplo. Pongamos mi caso. Ahora que yo he salido a flote, que he surgido nuevamente a la vida, puedo sostener que me ha pasado lo que a Don Quijote. Aún hay perseguidos y perseguidores. Porque cuando Don Quijote regresó a su pueblo vio cómo unos galgos corrían tras una liebre. Esta persecución la consideró él como un mal agüero. Así fue.

No consigo olvidar la filosofía del Quijote ni pasajes concretos del libro. Es más, me alegro de que no se me borren de la memoria. Ayer mismo, paseaba por la orilla del Pisuerga y en la descripción que hace Don Quijote, mejor dicho, Cervantes, interpretaba todo aquello, el paisaje por donde pasaba no como sólo tierra, agua, árboles, vegetación, animales, naturaleza viva o muerta, sino que captaba la psicología de las gentes. Cuando yo miraba hacia el Pisuerga me decía que El Quijote siglos más tarde estaba aún vivo. Me decía a mí mismo: Éste es el «río sosegado» de que habla Cervantes, porque al catalogar los ríos se refiere al «olífero Guadalquivir» y al «sosegado Pisuerga».

De lo que sucede en el mundo, no sólo a mí, sino a otros, amigos, vecinos o políticos, figuras populares, desprendo enseñanzas que ya apunta El Quijote. En mi caso, otra vez, por ejemplo, cuando la policía, en el momento de la declaración, cuando estaba a dos dedos de recuperar la libertad, me preguntaba con una velada insistencia, yo no sé si como mera curiosidad, si en los 28 años había salido con frecuencia de mi encierro, disfrazado o subrepticiamente. Pues bien, yo respondía a los policías que lo esencial, lo definitivo no era ver sino que no me vieran a mí. Hay un caso semejante en El Quijote, cuando salen dos hermanos que están encerrados en casa, y se producen murmullos a su alrededor.

El concepto que Don Quijote tiene de algunos aspectos de España es bien cierto y cabal. Pinta a su región manchega como la hidalga, la más hidalga. En realidad parece que lo es. Compara al ladrón con el castellano viejo, concepto que no se ha borrado porque nosotros aquí en Castilla somos más que en otra parte amigos de lo ajeno. Yo recuerdo con fidelidad todos y cada uno de los lances del Quijote, porque es libro que he absorbido, entendido y vivido. Y porque mi memoria es buena y se conserva bien con el paso del tiempo, para qué voy a decir lo contrario. Si

yo llego a salir antes, con tiempo bastante para sacar adelante una carrera o algo parecido, hubiera pintado un buen papel. Me hubieran preguntado datos, nombres, citas y fechas y las hubiera sabido. Parece como si tuviera un archivo instalado en la cabeza. Cuando lo necesito echo mano de él y siempre sale la referencia exacta. No quiere esto decir que mi vida haya dependido sólo y exclusivamente de la enseñanza de los libros, porque he bebido al fin más en los hombres que en los libros. Me he considerado siempre como un discípulo de Pablo Iglesias. Me atrajo desde el primer momento por su sencillez y su claridad. Como me han gustado los escritores de al pan pan y al vino vino, como Galdós o Vidal y Planas, porque las literaturas que cuelan paja y paja y algún grano no me interesan nada. Pablo Iglesias no llegó a escribir un libro, aunque de él se hayan escrito muchos. Tenía las páginas escogidas de sus discursos, su estilo franco y directo me gustaba. Le conocí en Medina del Campo.

Me gusta también el estilo de Cervantes, aunque utiliza el sentido figurado, claro que, puesto a elegir, entre el estilo figurado y el directo prefiero la oración directa. Esto me ha llevado siempre a sentir como míos los problemas de los demás. A los diecisiete años comencé a interesarme por las cuestiones sociales. Rueda era como otros tantos pueblos de Castilla. Se trabajaba duro, más que hoy, y se vivía mal, indudablemente. En mis años mozos tuve como ejemplo, como tipo humano representativo, a un vecino que vivía una verdadera tragedia. Se llamaba Pedro Pérez. Tenía ocho hijos. Era un hombre auténtico del campo y el día que más llegó a ganar creo que fueron dos pesetas. Este hombre, cuando venía de trabajar la tierra y dejaba sus aperos, se iba a la estación de Medina del Campo, que rodeándola por donde hay que rodearla, hay trece kilómetros. Trece kilómetros que hacía en un carrito y un borriquillo para recoger el pescado y llevárselo a un vecino de Rueda que era expendedor. Yo vivía entremedias del pescadero y él. Su borriquillo era lento y perezoso y el carro, entoldado. Salía de Rueda con él hacia las ocho de la noche y volvía a las tres o las cuatro de la mañana, con dos o tres cajas de sardinas, de pescadilla o de bacalao. Pedro Pérez hacía este recorrido todos los veranos, primaveras, otoños e inviernos. Cuando volvía a Rueda a las tres, a las cuatro o a las seis según que los trenes hubiesen llegado a su hora o no, que más bien no,

Pedro tenía que lavarse la cara para volver al campo. Es decir, que dormía en el trayecto de Medina a Rueda, mientras el borriquillo le llevaba a casa del pescadero. El animal llevaba un farolillo rojo colgado. Entonces no existían desde luego los peligros de hoy con el tráfico. La tragedia de Pedro Pérez era un poco, aumentada, la tragedia de los campesinos de Castilla. No había subsidios, esos adelantos sociales de ahora y que nosotros defendimos, los seguros contra los accidentes laborales, el descanso dominical. Ésa era toda nuestra lucha, que a los jóvenes de hoy puede parecerles ridícula.

Julia

Me gustaba Eulogio por lo aplomado, por lo tranquilo. Nada le arredraba. Tuvo sus cosas cuando era alcalde de Rueda, en tiempos de la República, pues había quienes se declaraban en huelga. Él tenía que intervenir y con toda tranquilidad lo hacía. Es hombre de costumbres pacíficas y sin apenas necesidades. No ha fumado nunca, y bebe con medida. Se veía que la política le interesaba, porque se puso de alcalde de Rueda cuando vino la República. Las elecciones fueron el 14 de abril de 1931 y salió elegido por votación de la mayoría. Estuvo de alcalde hasta lo de octubre con aquel movimiento que hubo en Oviedo. Le detuvieron con motivo de la huelga de Asturias. Él no participó en nada; por aquellos días detenían a los que llevaban armas. Y a los que no las llevaban también. Pero él era el alcalde y nunca portaba armas. Ni siquiera las tenía. Pero era un alcalde socialista y eso bastaba. Estuvo preso un total de 21 meses. Aquí en Valladolid. Más tarde le trasladaron a Medina porque cuando detenían a un conjunto grande de gente los cambiaban de cárcel. También estuvo en Ávila. Veintiún meses de prisión son demasiados para un hombre inocente. La injusticia fue que dijeron que él depositaba armas. A él no se las pillaron nunca. Era el alcalde de Rueda pero la residencia la teníamos aquí. Delegaba en el segundo alcalde. La junta se celebraba los jueves. Entonces él iba a Rueda, acordaban las soluciones y delegaba hasta el jueves siguiente. Si alguna cosa pasaba le llamaban de Rueda e iba. Esta situación

fue tolerancia de la Casa del Pueblo. El segundo alcalde era socialista y dijeron que «bueno».

A Eulogio lo nombraron secretario de toda la provincia del partido socialista, de la Unión de Trabajadores. Que no era lo mismo ser socialista que comunista. Él actuaba desde Valladolid como secretario y viajaba y se movía por la provincia. No puede decirse que fuera político, político, o sea, profesional de ello. Se limitaba a pedir lo que hoy dan. Es un suponer, porque ellos pedían el descanso dominical, que no le había, el seguro de enfermedad, que no le daban, el seguro de vejez, que no existía, aunque este seguro le alcanzaron luego con lo que llamaban la «perra gorda», o sea, las noventa pesetas al mes. Eulogio trabajaba para el bien de la mayoría. Y es curioso, todo lo que mi marido pedía entonces lo han concedido ahora, el descanso dominical, y los seguros sociales.

Nosotros vivíamos bien. La labranza en el pueblo, que era de mi suegro, que en paz esté, nos daba para vivir. Los terrenos los teníamos arrendados. Porque la verdad es que aunque Eulogio fuera político, político, le gustaban los movimientos sociales. Por la alcaldía no cobraba nada. Como secretario de la Unión de Trabajadores de la provincia, sí. En resumen, que con sus dos cargos era hombre importante. Sus compañeros y la gente obrera en general le tenían estima. Gente que mataron durante la guerra mucha de ella. Al teniente alcalde lo mataron por haber sido nombrado durante la República. En Rueda mataron de treinta para arriba. Hasta cincuenta o por ahí. No llevé la cuenta. Muertos todos sin haber cometido fechoría. Porque lo único que pedía es lo que ya he dicho, el descanso dominical y esos adelantos que ahora han concedido los que ganaron la guerra. Entonces mataban porque a lo mejor uno decía que Rusia le gustaba y ahora están unidos a ella y van a poner embajadores. Las cosas son así.

Mi vida nada tiene de especial. Fui a la escuela hasta los 14 años. De soltera viví con mis padres en Rueda. Eran trabajadores humildes del campo. Mi vida y mi mundo eran Rueda y los aledaños del pueblo porque no salí de allí hasta los 32 años, que fue cuando nos vinimos a Valladolid a vivir. Rueda era mayor de lo que ahora es. Tenía más habitantes aunque no recuerdo cuántos. Ahora ha caído. Se vivía bien porque había abundante viñedo y eso daba trabajo. Hasta que el Estado dijo que quitasen cepas y

otros productos. Pagaban jornales pobres. Poco a poco se ha visto que en las capitales pagan mejor. La juventud se ha marchado y están los pueblos un poco yermos y entristecidos.

No pertenecí nunca a ningún partido. El pueblo, Rueda, era como cualquier otro pueblo. Hasta que estalló la guerra todos nos apreciábamos.

Eulogio

A los diecisiete años ya pertenecía a la Unión de Trabajadores del Campo. Mi horizonte era el pueblo, Rueda, y nada más. No salí de allí hasta que me llamaron al servicio militar. En Rueda se celebraba el primero de mayo y resulta que un día uno de los viejos militantes me animó a tomar parte. También el alcalde, porque en aquellos pueblos de ciegos el tuerto era el alcalde. A veces se pedía un orador a Valladolid e incluso a Madrid. Un primero de mayo que no hubo nadie especial de quien echar mano, el viejo militante me cogió aparte en pleno mitin y me dijo:

—¿Por qué no dices algo?

—Yo qué voy a decir.

—Hombre, Eulogio, tú podrías hablamos algo.

Me subí al estrado y hablé, no sé ni cómo ni de qué. Sólo recuerdo los aplausos. Él viejo militante me felicitó. A partir de entonces no faltó mi discurso de primero de mayo. Incluso en 1924 y los años siguientes que pasé en la guerra de África enviaba por correo unas cuartillas para que no faltase en Rueda el discurso de primero de mayo. Firmaba con un seudónimo un poco inocente, infantil, «Un joven de Rueda», pero al estar en el ejército y ocurrir algo político hubieran sabido en seguida de quién se trataba. Nunca faltó mi oratoria del primero de mayo, desde que abrí el fuego a los diecisiete años hasta el 18 de julio, cuando ya había cumplido 35.

El mismo año en que estalló la guerra, 1936, me solicitaron como orador de otros pueblos, de Villalón y Navas del Rey. Fui a Navas del Rey para poder acercarme más tarde a mi pueblo, Rueda. Así empecé mi tarea de propaganda, que se extendió bien pronto a otros pueblos limítrofes.

«Que venga a hablar Eulogio», decían los militantes de los pueblos. «Pues que venga». En fin, me hice una cabecita de ratón en la comarca. Cuando estalló la guerra era el secretario provincial de Trabajadores de la Tierra. Como tal acudía a los Congresos que se celebraron en Madrid de Trabajadores de la Tierra. Los dirigía entonces un tal Lucio Martín, que era zapatero y diputado por Madrid. Me echó el ojo y así me nombraron. Todos los cargos que yo he ejercido han sido por elección. Me hicieron alcalde de Rueda por elección; saqué el primer puesto en el año 31 cuando el advenimiento de la República. Fui vocal por Medina del Campo con el primer puesto. No es vanagloria. Se hizo una votación por el Instituto de Reforma Agraria y también obtuve el primer puesto. Entonces ya, elección tras elección, las sociedades de la provincia me nombraron secretario, pero no llegué de momento a hacerme cargo de la secretaría provincial porque era incompatible con mi cargo de alcalde.

Los compañeros de Rueda acudieron a verme.

—Hombre, Eulogio —me decían en tono de reproche— ahora nos dejas, te vas, ahora que hemos puesto en pie una buena organización y estamos todos contentos contigo. Ahora te vas y nos dejas la alcaldía.

Me lo pensé un poco y renuncié al cargo de secretario de los Trabajadores de la Tierra. Se corrió la escala y se le dio el puesto al que me había seguido en votos en las elecciones. Éste ocupó el cargo durante dos años, no muy a gusto de los compañeros. La gente presionó para que yo me hiciera cargo de la secretaría. A los dos años de gestión del otro las sociedades se empeñaron en que el secretario tenía que ser yo. Consulté el caso en Madrid al Consejo Nacional: «Puede usted seguir con la alcaldía de Rueda y con la secretaría de Valladolid. Lo que queremos únicamente y por encima de todo es que en la secretaría de Valladolid esté su espíritu y su capacidad de sacrificio. Usted viene y va a Rueda las veces que desee, pero sea usted un secretario activo».

La UGT se componía de 36 federaciones de industria. Estas federaciones se formalizaron con motivo del mausoleo de Pablo Iglesias que se inauguró del ocho al diez de abril del año 1930, porque la UGT hasta aquel punto se nutría de las elecciones directas llevadas a cabo en los pueblos, sociedad de carpinteros, sociedad de albañiles, etc. Cuando

llegaron a alcanzar cierto volumen las estructuras por federaciones de industria. Así se llegó a englobar 36 federaciones. En Valladolid no había más secretarios que el de los Ferroviarios y yo, que era el del campo. Los demás formaban parte de sus asociaciones como federaciones sueltas. Los ferroviarios tenían en Valladolid una fuerza considerable: estaban los talleres, los almacenes de material, en total 4000 obreros del ramo. Esto influía en las votaciones, porque aunque el secretario fuera nacional, los votos de Valladolid decidían en la práctica. Es decir que el secretario nacional era el de Valladolid en la federación de la industria ferroviaria. Yo era el secretario provincial de los Trabajadores de la Tierra. Con los 236 pueblos de la provincia organicé 193 sociedades. No era un intelectual, pero si me elegían a mí era porque como en el caso de los alcaldes de Castilla, en los pueblos de ciegos el tuerto era alcalde. Me preocupaba sobre todo mejorar las cosas, las condiciones de vida de los hombres del campo.

Mi vida privada era sencilla como la que puede llevarse en los pueblos. Nunca me interesó hacer ostentación de lo poco que podía tener. Así fue mi boda con Julia, sencilla, sin alharacas. Siempre pensé que dos pesetas más o menos no podían influir en la vida de un matrimonio y lo que en todo caso sí podía influir sería la afinidad de sentimientos y el gusto con que la pareja se tratase. Yo me enamoré de mi mujer porque me pareció que era guapa, aunque no lo fuera para los demás. Había muy escasa desigualdad entre el peculio de su familia y de la mía, aunque la situación económica de mi padre era mejor que la del suyo. Yo de eso no me envanecí. Luego el tiempo igualó esas mínimas diferencias, e incluso, hemos llegado a recibir más provecho de mi suegro que de mi padre. De cualquier modo, de mi padre no pudimos obtener excesiva ayuda porque nos lo mataron el 14 de septiembre de 1936. Pero durante los años de mi vida fugitiva mi suegro, compenetrado también con mis propias ideas, llevó sobre sus hombros la carga familiar. Se ocupó de los niños y nos ayudó con esplendidez dentro de lo que poseía. Con mucho sacrificio había conseguido comprar un viñedo. Cogió un erial en sus años de juventud. Yo le conocí, a mi suegro, antes de hablar con la que hoy es mi esposa, y a base de trabajo, de encallecimiento llegó a organizar una finca, y esa finca estuvo en plena actividad precisamente en los años en que a mí más falta me hizo.

Durante el tiempo de mi servicio militar, mi padre se trasladó de Rueda a Valladolid. Y compró ese poco de terreno donde construyó las casas donde vivíamos. Pero yo, recién licenciado, me quedé en Rueda. Era reacio a la ciudad. Mi hermano se vino con mi padre. Trabajaba en una fábrica de harina. Mi madre me insistía: «Vete a Valladolid a trabajar, hijo». Pero yo trabajaba mejor en el pueblo, en la viña.

—Madre —recuerdo que la decía—, pesa más un saco de harina aquí en Rueda que en Valladolid. Además, aquí soy más independiente.

Nunca quise salir del pueblo y sin embargo luego cambió todo. Las circunstancias del cargo hicieron que me afincara en Valladolid. Muy a pesar mío. Pero en la duda de elegir alcaldía y Secretariado de los Hombres del Campo intervino el que era alcalde de Valladolid, Antonio García Quintana. Tuvo que convencer al pueblo de que me necesitaban en Valladolid. A pesar de todo Rueda no quiso dejarme ir. A última hora tuvo que bajar de Madrid Lucio Martín, el Secretario General de la Federación de Hombres del Campo y les convenció de que yo estaría siempre dispuesto a volver al pueblo. Con todo y con eso, yo pensaba llegado septiembre del 36 dejar la alcaldía para dedicarme de lleno a mi cargo de secretario de los hombres del campo. En julio, por un azar milagroso, pedí en la alcaldía un mes de permiso para trasladarme a Valladolid. Ésa fue mi suerte, porque si el Movimiento me pilla en el pueblo, no salgo vivo. A los dos tenientes de alcalde los pasaron por las armas. Mataron mucha gente. En Rueda mataron muy cerca de las cincuenta personas, entre cuarenta y seis y cuarenta y ocho, todos obreros. Había en el pueblo unos cuantos republicanos y nosotros fuimos a las elecciones en conjunción con ellos. Se me hizo a mí primer alcalde y a un republicano, segundo alcalde y a otro de la UGT tercero. El segundo alcalde era un labradorcito independiente. Vivía bien, tenía sus fincas. Era un hombre liberal, muy sensato, yo le veía tranquilo y aplomado y le dejaba la alcaldía en la seguridad de que cumplía con su deber. Le mataron porque era republicano. O sea, que si a mí me cogen el 18 en Rueda me hacen puré. No es que hubiera falangistas en gran número en el pueblo. En aquellas últimas elecciones no sé si sacaron 15 ó 16 votos. Pero no fueron estos falangistas del pueblo los que intervinieron. No creo que fueran los de Rueda los que directamente mataran a los del pueblo,

porque unos se recomendaban a otros y es muy difícil definir la responsabilidad. Las familias estaban entrecruzadas y no, no creo que tuvieran culpa de la matanza.

A pesar de todo yo jamás creí que fuera a correr la sangre como corrió en España y concretamente en Castilla. «Si triunfa el fascismo en España —pensaba yo— harán algún escarmiento sonado. En cada pueblo seleccionarán a uno o dos y los llevarán al paredón como escarmiento». Lo que nunca pensé es que matarían en masa como lo hicieron. El odio se mascaba en el ambiente. Yo me explico que en un cambio de régimen se diga: «A partir de ahora mandamos nosotros, y al que se oponga lo pasaportamos, pero el que siga y siga sin significarse aunque sea de la oposición lo respetamos». No había necesidad de matar en fila; ahora, ellos sabrán por qué lo hicieron, pero algo se veía venir. El desquiciamiento fue tal aquellos años, que yo estuve en la cárcel durante lo de octubre, cuando lo de Asturias. Pescaron a unos cuantos de Rueda, con armas en la mano. Les condenaron por tenencia ilícita de armas. A uno o dos de ellos los había llevado yo a Valladolid. Ésa fue toda mi intervención, pero declararon que yo había entregado las pistolas. Me colgaron el sambenito de depositario de armas y sufrí dos juicios. Uno se me sobreseyó y en el otro no hubo acuerdo entre los magistrados. Se me condenó al parecer por mayoría, pero hubo magistrados que no aprobaron la condena. Es natural, porque si a mí se me condena por depósito de armas, ¿qué harían con los demás? No me ocuparon arma alguna y si la ley se refería a la tenencia ilícita, yo era inocente.

Mi abogado defensor me planteó la papeleta con claridad:

—Vega, a usted lo cargan por lo político, no por las armas.

Salí condenado a un año y no sé cuántos meses. Estuve hasta la amnistía, el 22 de febrero. Entré en prisión el 25 de octubre y salí en febrero. La cárcel me sirvió de salón de lectura. Me dieron todas las facilidades para leer. En la cárcel estuve encargado del botiquín, en recuerdo de los años de África. En cuanto salí de la cárcel me hice cargo inmediatamente de la alcaldía y de la secretaría de los Trabajadores del Campo. No salí escarmentado porque no había razón para que yo purgara por nada. Lo que pasa es que el 18 de julio lo veía yo venir. Con toda

seguridad lo veía venir. Veía venir el Movimiento porque llegué a comprender que en España se vivía una guerra civil de hecho. No se vivía la guerra como tal, bélica o militarmente, pero sí civilmente. En Rueda, sin embargo, la mayoría era ignorante de lo que sucedía o de lo que iba a suceder. Yo estaba en relación permanente con el Frente Popular. Me consultaban sobre la situación y recibía información de cómo estaban las cosas. Eso motivó mi puesta en guardia. Pensaba para mí: «Si como parece en cada pueblo se preparan a hacer un escarmiento yo creo que seré de los que no escapan». Trabajé, sin embargo, en mi despacho de la secretaría hasta que el domingo anterior al 18 de julio de 1936 di un mitin en Villalón de Campos. No sé de qué hablé exactamente, pero estoy seguro de que no destilaba odio o palabras de venganza.

Mis tesis eran casi siempre las mismas: aconsejaba la unión de los trabajadores y la disciplina. Porque en las sociedades la gente se agrupaba para defenderse mejor y el mismo derecho a defendemos unidos teníamos los trabajadores. Veintiocho años después en el Gobierno Civil me dijeron durante el interrogatorio: «Eso que usted defendía antes del 36 es lo que ahora se ha conseguido».

Mi trabajo como secretario provincial de los trabajadores del campo era intenso. Salía de mi casa a las ocho de la mañana. En la oficina, recibía a las comisiones llegadas de los pueblos. Casi todos traían asuntos oficiales por resolver. Se creaban gestores comunes y lo que pasa, unos traían un problema de tierras, otros una cuestión de aguas. «Que hay que ir a la Mancomunidad Hidrográfica del Duero, acompáñenos usted, Eulogio». Otros traían problemas relacionados con la Delegación del Trabajo; otros, asuntos del Gobierno Civil. Yo les escuchaba y les acompañaba porque era su hombre en las negociaciones, el intermediario. En eso, se me iba la mañana. Por la tarde, después de comer volvía a la secretaría para leer la correspondencia y contestarla.

Lo que necesitábamos con más urgencia era la prevención contra los accidentes del trabajo, que no alcanzaba a los campesinos. No nos preocupamos de pedir el descanso dominical, y fue una concesión, porque había por lo general obreros parados en el pueblo. Tanta era la necesidad

que se trabajaba hasta los domingos. O sea, que si había quien no trabajaba en domingo, ese puesto o esa tarea la aprovecharía quien estuviera parado.

En Rueda se contaban un millar de obreros y el trabajo dominical contribuía como digo a conjurar en algunos casos el paro total. Entonces no se conocían los subsidios ni el abono del domingo. Esto era por lo que luchábamos, por un trabajo digno. Y así hablé días antes del Movimiento en el mitin de Villalón de Campos, en una especie de plaza de toros, levantada en la misma peña, como en forma de cazuela, y con los asientos alrededor. Fue el último mitin, después se vino abajo todo. Para mí fue el Ejército el que se tiró. El Ejército fundó el Movimiento, pero los que iniciaron la lucha fueron en Valladolid los guardias de asalto y salió un autobús cargado de ellos. Luego mandaron pedir más y fue este segundo envío el que se sublevó. Estuvo el poder toda la noche en la calle sin que nadie lo recogiera. No había autoridad, y la República no supo imponerla. A las doce de la noche salieron las tropas de guarnición y demás y ya se hicieron cargo del poder. El Movimiento triunfó por una debilidad del Gobierno, por su indecisión, porque el Gobierno nos paralizó, nos ató de pies y manos. Porque la derecha no tenía ambiente en Valladolid a pesar de todo lo que después se ha dicho y escrito. No sé lo que hacían por los pueblos Onésimo Redondo y Ledesma porque, claro, yo no acudía a ellos para presenciar sus mítines, pero los sindicalistas y los falangistas en Valladolid no tenían seguimiento. Lo que sucedió es que al triunfar el militarismo nacido en África tuvieron que envolverse en una filosofía política y han llegado a crear el mito de la «raíz falangista de Castilla». Pero Onésimo Redondo no era nadie en Valladolid. Los discursos de los falangistas tenían graves contradicciones entre sí, porque ofrecían el oro y el moro al obrero y al mismo tiempo contemporizaban con el patrono. En síntesis es lo que después organizaron, los sindicatos verticales. Organizaciones que nacen taradas porque eso de unir a los lobos con los corderos nunca ha resultado. ¿Cuándo no está el cordero a merced del lobo? Nosotros pedíamos un sindicato para el obrero y otro para el patrono.

Ellos trataron por todos los medios de fomentar un clima propicio. Crearon un semanario, «Libertad», que fundó Onésimo Redondo. Nosotros tuvimos también nuestro semanario, «Adelante». La verdad es que ninguno

de los dos alcanzaba una tirada fuerte, pero nos hostigábamos de tal modo que al estallar la guerra «Libertad» y «Adelante» estaban suspendidos por el gobernador. Pocos días antes del gran estallido, el «Libertad» dedicó un número a mi persona, porque el «Adelante» me lo escribía yo entero, prácticamente. Lo hacíamos entre un grupo de correligionarios pero el grueso de los originales lo aportaba yo. Casi casi me alegré de que el gobernador lo suspendiera porque el trabajo recaía sobre mí, que conocía más a fondo la problemática de la provincia.

Los ánimos, por éstas y otras causas estaban al límite de la explosión. Los gestos, el puño, la mano alzada al estilo fascista de Mussolini, las actitudes. El día del último mitin en Villalón, al pasar por Cuenca de Campos, al mediodía, salía la gente de la iglesia y vimos cómo algunos fascistas levantaban el brazo. Resulta que uno de los que iban conmigo, Garrote, que fue el primero que fusilaron en Valladolid, se excitó ante el gesto:

—Ahora —dijo— saco la pistola y los mato, les pego un tiro. Ese gesto, es una amenaza abierta.

—Déjeles usted, Garrote —le aconsejé—; mientras no se metan violentamente con nosotros, déjeles en paz. Ellos levantan el brazo y nosotros el puño y ya está.

Se mascaba el Movimiento en estos gestos de los fascistas. De regreso de Villalón a Valladolid paramos en Rioseco para hacer una visita. Lo que es la juventud, la ingenuidad de los insurgentes era tal que sospechamos que el Movimiento estaba secretamente en marcha porque aquellos jovencitos creyeron en seguida, sin más averiguaciones, que éramos de su bando:

—Esta noche nos tiramos a todos los rojos del pueblo —nos dijeron.

En Rioseco, como en el resto de la provincia, había pocos falangistas. Surgieron después, apresuradamente. Nos confundieron con falangistas porque eran bisoños, entusiastas, sin experiencia. Jugaban a la rebelión.

Desde mi observatorio veía fraguarse el Movimiento día a día. Quizá por eso el miércoles anterior dormí ya en el Gobierno Civil. Tenía dos fuentes de información que no me fallaban y que me pusieron al día de lo que la derecha tramaba. Pero el gobernador civil me tranquilizó. «Manejamos los hilos, no pasará nada, no os pongáis nerviosos», me

dijeron. Al sábado siguiente acudí al Gobierno con miembros del Frente Popular, con los que siempre mantuve contacto porque les informaba de cómo se desarrollaban los acontecimientos en la provincia. Acostumbraba a verme con ellos en el Gobierno, los sábados. Ese sábado nos dimos cita también para cambiar impresiones con el gobernador: «Hay que esbozar un plan de defensa —le propusimos— el pueblo está con nosotros y hay que utilizarlo si es necesario». Pero el gobernador no veía grave la situación. Nuestro plan era muy simple: situar a la guardia en todos los puntos estratégicos, la guardia propia de Ja República, la guardia de asalto. El gobernador se negó en redondo. No fortaleció ningún puesto, sólo redobló la guardia en el propio Gobierno Civil.

Yo comenzaba a no sentirme seguro. El sábado, el día que estalló el Movimiento, fui al gobierno con Garrote, el que primero fusilaron. Cuando subíamos los bancos del Gobierno Civil, que son muy tendidos, nos adelantó un guardia de asalto. Era un hombre de estatura y bien desarrollado que corría a gran velocidad y subía tres o cuatro bancos a la vez. Yo le dije a Garrote, digo, «Éste va a avisar que ha llegado el momento». Y recuerdo que añadí: «Estamos en una raposa».

—Puede que tenga usted razón —me respondió Garrote—. Desde luego, algo pasa.

En efecto, algo sucedía: el Movimiento, la sublevación en Marruecos. El guardia de asalto parlamentó con el comandante en jefe, y salió de nuevo a la calle. De lo que le informó, de lo que hablaron nada supimos. En el Gobierno Civil había cuatro señores de paisano. Insistimos al gobernador:

—Mire usted que la situación es grave, decida usted algo.

—¿Decidir? —preguntó.

—Nosotros podemos poner a toda la juventud al lado de la propia guardia de la República. Hay que guardar el orden.

—No hay necesidad de tomar estas medidas —añadió el gobernador—. Han desembarcado las tropas en Algeciras, pero el Gobierno maneja los hilos, domina la rebelión. Señores, tranquilícense por favor.

En efecto, sabíamos ya del desembarco. Las primeras tropas de Franco fueron copadas por el Gobierno. Sin embargo la evolución de los acontecimientos era preocupante, no nos gustaba nada la atmósfera que se

respiraba. Del Gobierno, Garrote y yo nos dirigidos a la Casa del Pueblo. Organizamos una reunión de urgencia:

—¿Qué podemos hacer?, ¿qué defensa hay? —pregunté yo al grupo.

Antes de que nadie respondiera a mi pregunta un grupo de jóvenes llegaron sofocados con la noticia en la boca:

—Los guardias de asalto se han sublevado. Vienen cantando himnos por la calle de Santiago y se les agregan algunos falangistas. Es muy posible que se dirijan hacia aquí, hacia la Casa del Pueblo.

Nuestra reacción fue instantánea.

—Todo el que tenga armas, que levante el brazo.

Contamos unos treinta brazos. Las armas estaban pasadas de moda, eran escopetas de los abuelos y los tatarabuelos, armas inservibles. No estábamos preparados. Nuestra consigna había sido la de no armarse para ahorrar inútiles derramamientos de sangre.

En evitación de que los guardias y los falangistas nos pillaran en la casa del Pueblo desalojamos rápidamente.

—Si vienen —dijo alguien— el Gobierno se encargará de hacerlos frente y dominará en seguida la situación.

Teníamos la idea de que Valladolid reaccionaría pasivamente al levantamiento o que el Gobierno no perdería el control.

Abandonamos la Casa del Pueblo y nos dispersamos. Yo me palpé la pistola que llevaba en el bolsillo. Una pistola autorizada por el Gobierno, con mi correspondiente permiso de armas. Salté las tapias de una obra en construcción.

—Si me encuentro de frente con los sublevados, me podrán liquidar inmediatamente, pero moriré matando —pensé.

Evité el centro de la ciudad, por si me topaba con los manifestantes y corrí, con la mano puesta en el bolsillo de la pistola, hacia la estación. ¿Qué escondrijo buscar en aquellos momentos? Me recluí en casa de unos amigos de mi padre, gente ya de edad.

—¿Qué pasa Eulogio? —me preguntaron asustados.

Lo que pasaba era que la sublevación estaba en marcha dentro de la ciudad, que el poder estaba a nuestra disposición y que no supimos hacernos con él No era de prever que en casa de esta gente mayor amiga de

mi padre me buscaran los falangistas. Los quince primeros días del Movimiento permanecí, aislado, sin noticias, en casa de estos amigos. Ellos se encargaron de mantenerme engañado. Me ocultó el viejo la verdad de lo que sucedía en aquellos momentos en España.

—He oído la radio en casa de fulanito o menganito —me decía para darme ánimos— que el Movimiento no arranca.

Me contaba el viejo todos los bulos que circulaban por la calle y al no mantener contacto con compañeros o amigos no supe a qué atenerme. Estuve con ellos de esta manera hasta el dos de agosto de 1936, en que los viejos comenzaron a temblar. Las matanzas habían comenzado y se escuchaban cosas terribles en todas partes:

«Han encontrado escondido a fulano y han matado a toda la familia», se decía. Notaba sobre todo a la mujer, la señora Basilisa, que me hacía insinuaciones, que se las hacía a su marido, y que me mostraban un poco la dirección de la puerta.

Hasta que el marido no pudo más:

—Es que… —me dijo.

Le interrumpí:

—Miren, me voy, por mí no hay problema, les noto a ustedes muy inquietos, no quiero que por mí les ocurra nada a ustedes. Me voy.

—Hombre, Eulogio, espérate —me contestó— esto no puede durar mucho…

Era la impresión que ellos me habían transmitido y que estaba un poco en la calle, la idea de que en cuatro días el Gobierno frenaba el Movimiento. En los primeros días de agosto del 36 se produjeron los bombardeos sobre Valladolid. La gente corría despavorida, como loca.

«Éste es el momento —pensé yo—, mi oportunidad, saldré al amparo de la confusión de los bombardeos. Ahora mismo me voy, a paso ligero para no encontrarme con nadie que me pueda delatar».

Julia

Los falangistas salieron con la guerra. Antes apenas se les conocía, o permanecieron en la sombra. Los socialistas, los trabajadores de la tierra

eran bastantes y estaban unidos en cuerpo y alma a la Casa del Pueblo. Más tarde los liquidaron a muchos de ellos sin que hubieran hecho nada malo. Porque lo que pedían era justo y basado en razón. He tardado quince años en volver al pueblo; lo que no sé todavía es si algunos del pueblo se volvieron falangistas para salvar el pellejo vistas como estaban las cosas. Yo no visitaba a nadie mientras estos años. Sólo a mis padres, a los que iba a hacerles alguna vendimia. Oculto Eulogio, iba como viuda, porque en mi carnet de identidad figuraba como Julia de la Mota Rueda, viuda. Así no me molestaba nadie. Me sentía más segura. Lo realmente importante es que mi marido viviera. El resto de las formalidades me tenían sin cuidado. Porque a Eulogio le dieron por muerto oficial. Mejor dicho, no por muerto, sino por desaparecido. Era desaparecido oficial a los diez años en 1946. Después, cuando Eulogio salió, hice que me pusieran en el carnet de identidad: estado, casada. Fuimos juntos a que nos dieran el carnet. Cuando llegamos a la ventanilla oí que un empleado decía: «Pues esta señora se ha casado ya mayor».

En el verano ayudaba a mis padres en las faenas de la tierra. Los de casa íbamos a vendimiar. El vino de Rueda era bueno y famoso en la región. También cuando mi padre cogía garbanzos salíamos con él para rebuscar.

El padre de Eulogio, a quien mataron, hacía la vida en casa, retirado. Tenía asma desde que llegó de la guerra de Cuba. No podía salir a la calle. En cuanto andaba un poco se agitaba y se ponía malísimo. Le mataron porque quisieron, porque se les puso matarle. Porque no encontraban al hijo. Porque la gente es así, y él desde luego no pertenecía a nada, era incapaz de desplazarse por su asma atrapado en Cuba. A un hermano lo mataron; el otro vive en Valladolid, salvó la vida. Estaba al tanto de la ocultación de mi marido. Lo que es que no se visitaban, por el pueblo, por la gente y eso. Hablábamos, no mucho, porque su hermano, no es que sea de otras ideas políticas, no, es que es un poco así, no sé como explicárselo. Yo me defendía bien en la vida y cuidaba de mi marido escondido y su hermano debía pensar: ¿y cómo se defiende la Julia? ¿Bien? Yo, si se terciaba ir a su casa, iba. Él sabía lo de su hermano y le había ido a ver. Su mujer también y sus hijos. Sus hijos y mis hijos eran amigos. Jugaban juntos. Quizá fuera un poco de envidia, al comprobar que yo tiraba bien. Es

que supe defenderme. Me aclimaté a trabajar al salir de la cárcel. Tenía a los hijos en el pueblo, con mis padres, los dos hijos.

A nuestros dos hijos los llevé a Rueda cuando la guerra. Me percaté de que teníamos vigilancia a la puerta. El hijo pequeño, que ahora tiene 40 años estaba siempre sobresaltado.

Y a eso de las siete o las ocho de la tarde se ponían de vigilancia a la puerta de casa, con sus escopetones a la espera de Eulogio. Eran falangistas. Ocurría todos los días. Y resulta que los niños se agitaban al ver los mosquetones. Por la noche los falangistas se iban. Se podía entonces andar alrededor de nuestra casa, teníamos el patio cercado. Desde la parada del autobús que hay ahora se veía nuestra casa, pues todo era una pradera y en lugar de venir por la carretera nosotros la atravesábamos siempre para ir al autobús. Por la noche a eso de las diez se iba el coche y daban vueltas a la casa toda la noche y yo les veía desde el balcón de la cocina y los niños se excitaban. Duró hasta que marché a la cárcel.

Decidí que aquello no podía continuar así. Los niños, al pasar los días, al venir los de los mosquetones se aterrorizaban. Envié a los niños al pueblo, para que no vieran ya los mosquetones. En agosto se llevaron a la niña por una temporada. La niña tenía seis años. Como la guerra estalló en julio ya no pudo venir y se pasó tres años allí. Me enviaron un retrato suyo a través de la Cruz Roja. Como mataron al cuñado el 11 de agosto, yo me quedé sola en casa. Mi marido se encontraba entonces escondido por el campo. Lo de mi cuñado fue muy triste porque yo me había quedado sola con ellos en la casa. Mis cuñados arriba y yo abajo. Tenían cuatro hijas, una de cuatro años y la más pequeña de tres meses y entremedias las demás. Cuando mataron a su marido dije a mi cuñada:

—Mira, conviene que vayas al pueblo. Coge a los niños y te vas al pueblo.

Yo veía llegado el momento de escaparme también de allí. No podía dejarla sola. Mi cuñada trabajaba en la RENFE, en la contrata. Ganaba cinco pesetas diarias y sólo le alcanzaba para comer. No contaba con ahorros. Por eso le di algo de dinero para que marchara al pueblo, donde su madre, que era viuda.

Ella se fue por la tarde y yo de anochecido. Tenía que huir de la casa cuanto antes porque pensaba que cualquier noche vendrían a por mí. Como había sucedido con mi cuñado.

Ocurrió que llegaron una noche y preguntaron por él. Se llamaba Pascual de Vega. Mi cuñada no sospechaba nada grave.

—¿Dónde está Pascual de Vega? —le preguntaron.

—Está allí, con una niña, es nuestra hija. Miren —señaló—, aquél es.

Se lo llevaron.

—Es sólo para tomarle declaración. En seguida lo dejamos libre —añadieron.

Al día siguiente estaba de cuerpo presente en el depósito de cadáveres del hospital.

Eran falangistas. Dijeron que venían de Rioseco. Eran seis y llegaron en un coche. Yo me acuerdo del hecho, de la tragedia, pero no de ellos, de los que se lo llevaron. Ocurrió, no se me olvidará mientras viva, el 11 de agosto de 1936.

Me marché a casa de unos conocidos en la calle de la Florida, para esconderme. A nadie dije dónde iba. Ni a mis cuñadas ni a nadie. A mi cuñada, que lloraba todavía por la muerte de su marido, la acompañé hasta el coche y desde el coche marché ya hacia la casa donde me ocultaría.

Yo me instalé en casa de una señora conocida, en el entresuelo. Un día, una de mi pueblo me vio desde la ventana.

Y dijo: «Anda, pero si está ahí la mujer del alcalde Rueda. Pues estará él también». Dio cuenta a los dueños de la casa. Fueron buenos y a su vez alertaron a la señora en cuya casa vivía yo:

—Mire —le dijo— si tiene al alcalde en su casa, van a venir a buscarle.

—Pues yo al marido no le tengo —respondió—; la que está es la mujer del alcalde, pero no es que esté escondida. Ha venido de visita y ha pasado el día aquí. La he convidado a comer y ha comido, pero nada más.

Me marché entonces para no complicar la situación ni comprometerla. Salí en dirección hacia la Farola, que tenía un primo casado a su vez con la hija de un primo camal de mi padre. En cuanto a él, era hijo de un primo carnal de mi madre. Pasé a verle y se lo conté. Era mi última esperanza en la ciudad, porque estaba segura de que me seguían los pasos. Dije: «Mira,

Paco, pasa esto, ha dado cuenta fulanita de que me ha descubierto en su casa de la calle de la Florida». Añadí a mi primo que había salido de aquélla, y que si no había otra solución me vería obligado a volver a casa, con el peligro consiguiente.

—Pues tú no te vas a casa —respondió mi primo—. Te quedas aquí.

Tenía ocho hijos y una vaquería.

Volví para despedirme adonde la señora de la calle de la Florida que me había albergado En efecto, habían ya llegado en busca de mi marido. Por fortuna tampoco me pillaron a mí.

Obligaron a la señora para que hablara:

—Pues tiene usted que decirnos donde está, porque si no, se viene usted con nosotros.

Para qué quiso más. Les indicó donde estaba. Dice:

—Está donde un primo y luego es posible que vuelva a su casa.

Acudieron los guardias, no, no eran guardias sino policías. Fueron buenos conmigo. Cosía yo en el patio. Y llegaron para decirme:

—¿Es usted la esposa de Vega?

—Sí, señor, para servirles.

—¿Qué hace usted aquí?

—Pues miren ustedes, de sirvienta. Son primos míos, pero he venido a servir porque no tengo bienes ningunos. Antes de servir a otros que no sean de la familia me ha pedido mi primo que me quede aquí de sirvienta. Tiene ocho hijos y alguien tiene que ocuparse de ellos.

—¿Dónde está su primo? —me preguntaron.

—En la cuadra —les contesté—. Cuida del ganado.

Le llevaron a un aparte para tomarle declaración. Miraron en el desván y en el porche: buscaban a mi marido.

A uno de los policías le habían matado a una hija en la carretera, donde Onésimo Redondo.

Mi prima salió en mi defensa:

—Huy, por Dios, no se la lleven ustedes que tiene tres hijos…

—Yo tenía también una hija y me la han matado —respondió el policía.

—Pero yo no la maté —respondí—. No puede acusarme por algo que no he hecho.

Se marcharon sin tocarme un pelo. Y dijeron: «Bueno, ahora tiene usted que quedarse fija aquí, quiera o no».

—Usted tiene que vigilarla donde vaya, allí donde vaya, siempre, a todas horas, no la pierda de vista —advirtieron a mi primo.

Me quedé con mis primos. A los cuatro o cinco días apareció la policía, los de la secreta con la misma misión. Pensé que aquella vez era ya definitiva. Me tomaron declaración.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto a su marido? —fue su primera pregunta.

—Desde el día del Movimiento. Salió de casa a trabajar y no ha vuelto, no le he vuelto a ver.

En razón era así, que yo no le había vuelto a ver. No mentía. Sabía que estaba vivo, pero escapado en el campo.

—O sea, que no le ha vuelto a ver.

—No.

—Ha tenido que huir de su casa. ¿De qué vive usted?, ¿de qué come?

—Trabajo aquí para mis primos, así me lo han pedido.

Se marcharon.

A las dos noches llegó la Guardia Civil de Rueda, el cabo más un número. Preguntaron a la puerta:

—¿Julia de la Mota de Vega?

—Pues sí, aquí está —dijo mi prima.

—Que salga.

Cosía cuando llegaron. Tenía un delantal puesto. Un delantal, las tijeras en la mano, el dedal en el dedo.

Me dicen con voz firme:

—Hala, ahora se viene usted con nosotros.

—Esperen un momento que me quite el delantal y deje las tijeras y el dedal —pedí a los guardias.

—No hace falta, donde la llevamos da igual que vaya así.

Pero yo me despojé del delantal y lo tiré a un lado.

Sabía ya que esta vez iba a parar a la prisión. Pero antes me llevaron al Gobierno. Me tuvieron allí en el Gobierno, desde las nueve de la noche

hasta las once. Sentía miedo. Había presos en el calabozo, a mí me dejaron en la antesala.

Mientras tanto mi prima, preocupada, sin saber qué hacer, explicó mi situación a una vecina:

—Han llevado a Julia a la cárcel.

—Vámonos al Gobierno —dijo la vecina.

Tomaron un mantón y se llegaron hasta el Gobierno.

—Por favor, entréguenselo a Julia de la Mota —pidieron a los guardias en la puerta.

Era el 16 de octubre y yo estaba helada y con una enorme tristeza. Me tapé con el mantón y el hecho de que alguien se ocupara de mí me dio ánimos.

Pronto trasladaron a los que estaban en el calabozo a las cocheras y a mí a la cárcel.

Mi prima esperaba con la vecina a la puerta del Gobierno.

—Queríamos traerla un poco de leche —solicitaron de los guardias.

—Está bien, tráiganle leche —dijeron los porteros.

Mientras tanto me sacaban del Gobierno para llevarme a las Moreras. Vi llegar a mi prima cuando ya los guardias de asalto me metían en el coche. En lugar de ir hasta la cárcel en línea recta, desde el Gobierno a la cárcel nueva, nos llevaba por las Moreras.

—Las llevan por ahí para dejarlas en el campo. ¡Pobre Julia!

Ellas se quedaron para ver si volvía el coche de Asalto a la misma esquina. Me llevaron con el resto de los presos. Volvimos, pero en el coche la única presa era yo. El coche enfiló por la Costanilla, por la calle Queipo de Llano. Vi que mi prima seguía en la misma esquina con la vecina. Yo dije a los de Asalto:

—Anda, están todavía ahí mi prima y la vecina.

—Claro —me dijo uno de ellos—, ésas están ahí a ver si veníamos solos o acompañados.

Abrieron la ventanilla y las llamé. Y me dieron un vaso y una botella de leche y un riche. El rostro de mi prima estaba más relajado y sonreía. De allí me llevaron a la cárcel. Cuando ingresé eran las once de la noche. No me hicieron juicio. En la cárcel las reglas eran más rigurosas, no dejaban

entrar botellas y otros objetos. Todo lo que tenía para cenar, para alimentarme, era la botella de leche entregada por mi prima.

—Esta señora no ha cenado —dijo el de Asalto—. Le han traído esta botella. ¿La dejan ustedes pasar?

—Que pase, sí.

Pasé la botella.

Me tuvieron en la cárcel hasta que un día fui llamada para contestar a unas preguntas. Lo hicieron dos veces nada más. Nos trasladaron a la cárcel vieja porque éramos muchas presas en la nueva. Las cárceles estaban atestadas. Eran días de odio y de ajustar cuentas. Cada una se defendía como podía. Por ejemplo, si una vecina había reñido con otra, la denunciaba por roja y la metían en la cárcel. También iba a la cárcel aquélla que por ejemplo decía:

—Hay que ver, qué barbaridad, ¿qué ha hecho para que la ingresen en la prisión?

—Pues ahora usted también, a la cárcel, por hablar así.

Se dio el caso también de que una chica de Tordesillas llegó a ver a un hermano que estaba preso. Llegó tarde o no era el día de visita y dice a los guardias.

—Ay, por favor, déjeme usted pasar a ver a mi hermano. Hoy por mí, mañana por usted.

—Ah, ¿conque hoy por ti mañana por mí?, ¿con que le gustaría meterme en la cárcel? Pues ahora mismo entra usted.

Así estaban las cosas. Si una decía, «ésta es mala, es roja, es comunista, es anarquista» iban los falangistas con su mosquetón y a la cárcel con ella. Sin más. De esta forma éramos 700 u 800 mujeres en la cárcel. Todas venían con las mismas explicaciones, con llantos y lágrimas:

—Huy, madre, pero si yo no he dicho nada, pero si yo no he hecho nada…

Y le decíamos nosotras:

—No llore usted, mujer.

—Pero si no tienen razón de traerme aquí…

—No se preocupe, ya se acostumbrará.

Otras no reaccionaban, estaban como aleladas o muertas y parecía como si todo les diera igual. Seguramente sus maridos o sus hijos habían muerto.

La cárcel nueva era habitable. La estrenaron cuando la República. Había una celda muy amplia. Se cabía bien. Metíamos cada una nuestro petate para dormir en el suelo, porque de todos modos trescientas mujeres no podían caber en las literas. Otras, al no caber ya un alfiler, dormían durante el verano en el patio, al cielo raso. Luego, cuando se anunciaba el invierno nos trasladamos a la cárcel vieja. En la cárcel vieja había más ratas que pelos teníamos en la cabeza. Las tarimas al romperse dejaban salir a las ratas. Había otra nave grande que decían el «Número Uno». Los hombres estuvieron allí hasta que se los llevaron.

En la cárcel vieja, había de malo todo lo que se quisiera, grandes cantidades de porquería. Yo tuve la suerte de ir a parar a la sección de arriba, a una planta que le Llamaban las Escuelas, una nave grande y luminosa. Me salvó que era muy aficionada a coser, a hacer labor. Hacíamos mucho punto para la calle. Nos metían lana y cosíamos. Era nuestra defensa para no desalentarnos, para no caer en las obsesiones. Porque yo veía a otras mujeres como yo, alrededor de los treinta y cinco años de edad, pasarse el día y la noche gimoteando. Formamos un grupo de amigas que nos entendíamos en todo. Nos consultábamos. Era una confianza total la que teníamos unas con otras. Éramos cinco. Juntas siempre. Tres de Valladolid y las dos restantes, una de Medina de Rioseco y la otra de Cabezón. Allí comíamos y condimentábamos lo poco que nos daban. Las patatas las robábamos, y luego nos las comíamos con alubias con bichos. Total, que como se dio cuenta el oficial de que nosotras hacíamos labor, buena labor de punto y con rapidez, nos dejó que metieran alimentos desde la calle. De Cabezón o de Medina nos pasaban hortalizas, embutidos. Yo pedí a mi casa una estufa de carbón. Entonces nos poníamos a lavar las patatas y en la estufa freímos el tocino y apañábamos una cosa con otra. El oficial nos puso una luz donde precisamente estábamos sentadas siempre. Nosotras nunca salíamos, ni al patio ni nada. Siempre una con otra y en la nave.

A una de ellas le habían matado el marido, sin juicio previo. Era el alcalde del pueblo. A otra, con juicio, se lo mataron también. Yo les contaba

que el mío estaba desaparecido. El trabajo nos servía de olvido de las noticias que pasaban y que escuchábamos contar en la cárcel. Yo cosía batas con la tela que nos pasaban. A veces, venía la chica, la hija, o la hermana y yo la tomaba las medidas allí mismo.

El oficial nos metió la luz sobre nuestro lugar de trabajo. Fue una gran cosa. Se trabajaba mejor con luz, porque coser, enhebrar la aguja es labor que fatiga la vista. Hicimos algunas cosillas para el oficial para que nos consiguiera la luz. Les hice unas trajecillos para sus hijas. Les tomé medidas y cosí los trajes.

De esta manera transcurrió la vida en la cárcel, diecinueve meses en total. Cada una hablaba de su marido. Si muerto de lo que había sido, de sus defectos, de sus virtudes. A pesar de la confianza del grupo jamás descubrí yo que el mío estaba con vida. Sólo dije: «Está desaparecido». Que desapareció el día del Movimiento y que yo no tenía más noticias.

El día del Movimiento salió a las tres de la tarde de casa. Había venido a almorzar. Comimos y se marchó a su trabajo y no le volví a ver. Supe, sin embargo, que se había puesto a salvo en el campo, en unas tierras sembradas de maíz. Era un maíz alto, como un bosque. Allí estuvo oculto hasta que se abrió el tiempo de lluvias. Cuando empezó a llover no le quedó otro remedio que refugiarse bajo techo. Eso es todo lo que sabía, y era lo que pensaba antes de que me prendiera el sueño. ¿Qué habría sido de Eulogio?

A una de nuestras compañeras la llamaron un día, de madrugada, para que despidiera a su marido. Se vio con él en el locutorio. Estábamos entonces en la cárcel nueva. Al hombre lo habían sentenciado a muerte. El día que le tocó pidió como gracia especial despedirse de su mujer, que estaba también en prisión. Ella volvió en silencio y lloraba. Se lo llevaron a San Isidro, que fue donde lo ejecutaron con todos los demás de esa madrugada.

Ella se secaba las lágrimas, y hasta que amaneció la acompañamos en la celda. En silencio absoluto, porque estaba prohibido hablar y apagadas las luces. De vez en cuando lanzaba alguna lamentación y algún suspiro. Al amanecer sentimos ya los camiones: se los llevaban al paredón.

Después he vuelto a ver a esa señora, nos hemos visitado. Eran gente pobre. Aquélla fue una de las peores noches que he pasado en mi vida, a la espera de que los camiones encendieran sus motores. De vez en cuando la mujer susurraba, entre lloros:

—Sin haber hecho nada, que vayan a matar a mi marido, que lo maten así…

Era alcalde de Cabezón. Dicen que a todos los alcaldes de la provincia los pasaron por las armas. Estaba también con nosotras una chiquita de Medina de Rioseco que tenía una niña de un año. El día de Nochebuena sacaron de las cocheras a su marido y no volvió a verle. Yo me acordaba de Eulogio y del cuñado difunto.

No supimos nunca dónde mataron a mi cuñado porque cuando su mujer le vio, estaba ya en el depósito de cadáveres. Yo la había dicho, al desaparecer, que fuera por la mañana al Gobierno Civil. Preguntó si sabían de él.

—Pues no, no está en el Gobierno —le dijeron—. Estará ya en la cárcel o en fin…

Se notaba que allí sabían dónde estaba, de fijo. Cuando mi cuñada volvió a casa la dije yo:

—Has hecho mal en venirte; vete al depósito del hospital.

Y justo, entró en el depósito y lo vio. Le habían disparado un tiro en la cabeza. Reclamamos el cadáver para enterrarlo. Fueron unas vecinas de nuestra casa a ver si metían el cadáver en la caja. Lo metieron. Y lo enterraron. En el caso de mi suegro, lo cogieron junto con otro. Ya he dicho que mi suegro estaba incapacitado por el asma de Cuba. Estaba medio muerto cuando vinieron por él, y mientras lo bajaban, el otro, que era un muchacho, consiguió escapar. Llamó a la ventana de mi cuñada y dijo rápidamente antes de huir:

—Oye, a tu padre casi le han matado.

Cuando fue al sitio donde le había señalado, ya no estaba allí mi suegro. Lo habían trasladado al depósito. Fuimos con una vecina y también le reclamamos para enterrarle. No sabemos si le mataron los falangistas o quién, porque ocurrió de noche.

Yo no era religiosa, nada religiosa. Estoy bautizada y todo lo demás, pero resultaba que cuando sentenciaban y mataban a los muchachos, antes, los confesaban. Algunos que no querían confesarse antes de morir los molían a palos. El cura presenciaba todo esto. Yo pienso que el cura tenía que haber puesto mano de Dios, para eso predicaban lo que predican. El cura tenía que haber parado las palizas, porque al fin y al cabo a aquellos hombres los llevaban a matar. Además, que algunos no tenían nada que confesar puesto que nada malo habían hecho.

A mí se me dio este caso: estábamos un día en la celda cuando nos comunicaron públicamente que en mayo nos confesaban a todas. Yo dije: «No tengo nada que confesar. Llevo aquí un año más o menos encerrada y sin salir. ¿Qué pecado o qué culpa quieren que confiese yo?». A pesar de todo cuando llegó mayo nos sacaron al exterior. Cerraron las celdas. Nos trasladaron a una amplia y hermosa galería para cumplir con el sacramento. Allí estaba el confesor. Cuando me tocó el turno me dirigí a él con firmeza:

—Me pongo de rodillas, pero no confieso…

—¿Por qué? —me preguntó el confesor—. Tú también eres hija de Dios…

—Mire, a mí me han obligado a que venga ante usted a confesar y lo que me pasa es que no tengo nada de qué arrepentirme ante Dios.

Le conté mi situación:

—Tengo tres hijos y un marido desaparecido. Los hijos están abandonados. Gracias a que mis padres se han hecho cargo de los niños. Mi marido no sé dónde está, si muerto o vivo o cómo, o me lo han liquidado una noche por ahí con un tiro en la sien. Así es que yo no tengo nada que confesar, sólo le puedo contar lo que me pasa.

—Levántate —dijo el confesor—. Y no dijo más.

Naturalmente. ¿Tendría que inventar unos pecados para contentar a los carceleros? Pensaba sólo en mi marido y en mis hijos abandonados a la clemencia de Dios. De no ser por mis padres hubieran terminado mis hijos en el hospicio o en sitio peor o en una alcantarilla de la calle.

Desde entonces decidí no confesarme nunca. Porque, además, confesarte ante un hombre me pareció siempre una tontería. Porque las cosas que usted haya hecho en perjuicio mío no se las va a decir a ese señor.

¿A él qué le importan? Ni lo que yo le haya hecho de pernicioso a usted se lo voy a contar a ese señor. De modo que aunque crea que hay algo arriba, Dios o algo parecido, yo a esos hombres no tengo nada que confesarles. Así que me dije: cruz y raya, desde ahora nada de nada.

Los gritos, los lloros de los que apaleaban por no confesarse llegaban hasta nuestra celda. Estaba el locutorio, dos escaleras y el pasillo por medio. Todas las noches durante el tiempo que duró el encarcelamiento escuché los gritos y los llantos. Hasta que dejaron de matar. En la misma cárcel nunca ajusticiaron a nadie. A los que sentenciaban a pena de muerte con juicio previo los subían al paredón. Los trasladaban a San Isidro todos los días al amanecer. Por la noche, la última noche, el cura iba de celda en celda para confesarlos. El que más y el que menos no se quería confesar o decía: «Oiga que yo no he cometido nada», o «A mí van a matarme por pertenecer a una sociedad como Falange».

Eulogio

Salí de mi primer escondrijo al anochecer, justo cuando se iniciaron los bombardeos de Valladolid por parte del Gobierno de la República. No tenía yo al salir una noción clara de mi destino. Pero una cosa es cierta y es que en 28 años de ocultación la suerte me acompañó desde este primer paso que di. Al salir de la casa de los viejos, me dirigí hacia la Farola. Había corros en las calles, que comentaban los últimos acontecimientos. Había una gran sed de noticias, que eran contradictorias, y que iban, venían y rebotaban, corregidas y aumentadas. Que si ha caído una bomba en el puente, que si ha matado a fulanito. Yo intenté pasar de largo pero había gente conocida en uno de los corrillos y me detuvieron a tiempo:

—¿Dónde vas tú por aquí? —me detuvo en son de alarma un amigo—. No se te ocurra ir a casa. Ven para acá. Allí te esperan con fusiles para darte el paseo. Tu casa está completamente cercada.

Se desprendió del grupo y me apartó. Pasé con ellos la noche. Al amanecer me llevaron a casa de un viejo comerciante. En aquellas horas de indecisión, de incertidumbre, necesitaba un buen consejo sobre qué hacer. Los hombres que me acompañaban, temblaban: era lógico, porque se

jugaban la vida. Cualquier detalle, mínimo, cualquier declaración podía costar un tiro en la cabeza.

—¿Qué consejo te voy a dar yo? —me dijo el viejo comerciante—. Dicen que esto no puede durar mucho, pero mis informes son de que mientras dura se mata y se mata. Han matado ya a fulano, a zutano, a mengano. Han cogido a éste y al otro. No se sabe nada de fulano.

De repente me percaté con claridad de que la cacería estaba en marcha y que yo sería de las piezas más codiciadas. En el curso de las horas, en casa del viejo comerciante recibí noticias más concretas de lo que sucedía. Supe los nombres de las víctimas, de los que habían matado en Rueda, mi pueblo. De pronto me sentí horrorizado y comprendí el alcance de la rebelión. Era la gran venganza.

Quedaba mi propio problema de sobrevivir a la matanza y de qué modo lo haría: lo que entonces me importó por encima de todo fue no comprometer a nadie. «Si se enteran de alguien que me ha echado una mano en la huida, lo pasean. El mejor sitio para esconderme sin complicar ni comprometer a nadie es el campo, donde les será más difícil buscarme, ya me arreglaré», pensé. Cuando expliqué a mis amigos, reunidos en casa del viejo comerciante, mi decisión de ocultarme en el campo, alguien llamado Ladislao dijo:

—Unos conocidos míos tienen un huerto en las Arcas Reales. Tengo confianza para pedirles que te recojan allí, pero no les comprometas. Tienen además una chabola para guardar los aperos, y podrán dejar la puerta entornada por si durante la noche quieres esconderte allí.

Yo estuve de acuerdo. Era una solución:

—Mañana a las cinco de la mañana vengo a buscarte —me dijo— y te llevo hasta allí.

Aquella noche dormí en una casa de La Farola. Ladislao cumplió su palabra. Apareció puntualmente, a las cinco de la mañana, para llevarme hasta el huerto. Salimos sigilosamente de la casa donde había pasado la noche. Al atravesar la vía del tren que va a Ariza, miraba a un lado y otro. Era temprano y no se veía gente por los descampados, sólo unos minutos más tarde, vería por detrás en nuestra dirección a un hombre en bicicleta.

—Vamos a apretar el paso, señor Ladislao —dije al que me guiaba— si no, el de la bicicleta se nos echa encima y estamos perdidos.

El señor Ladislao hizo pantalla con las manos para ver mejor, a la primera luz del sol. Yo sentía escalofríos. Hubo suerte:

—Bah, no hay por qué preocuparse. El que viene es «El cubano».

Era un vecino que vivía con nosotros. Un inquilino de mi padre. Vivía en nuestro mismo bloque. A la derecha yo, a la izquierda él.

No le causó sorpresa verme.

—He hablado con Julia —me dijo—. No puedes volver a casa, está vigilada día y noche, y esperan que aparezcas por allí en cualquier momento. ¿Sabes, Eulogio, dónde estarías bien a cubierto?

—¿Dónde?

—En mi casa, detrás del armario, te metes allí, te tapamos y no te encuentra nadie.

—Ya —repliqué en seguida—. Yo no me encierro en casa; si muero, muero al aire libre. En casa no me encierro.

No sabía entonces que 28 años de mi vida transcurrirían prácticamente entre cuatro paredes.

—Bueno, bueno —dijo—; yo le hablaré a mi padre. Vente conmigo ahora mismo —añadió «El cubano».

Su padre era dueño en el parque de esa parcela de terreno que ahora es el Polígono. Llegamos. Me quedé en la puerta mientras padre e hijo hablaban. El padre no se atrevió a cobijarme. Salió humilde, como derrotado y con pinta de sentirlo.

—Lo siento mucho —dijo—, pero no puedo, no puedo.

Yo le había resuelto días antes unos problemas en la Delegación de Trabajo. Él vino a mí como patrón: «Tengo estos problemas», me dijo. Y me los enumeró.

—No se preocupe, yo se los resuelvo —le dije.

Éramos vecinos y nos entendíamos bien. Pero las cosas habían cambiado en pocos días.

—Quédate por ahí, ya hablaremos —me dijo después.

Pensaron en dejarme en un maizal, en casa no podían guardarme de ningún modo: «Si se descubre, nos la cargamos. Además nosotros no somos

políticos ni queremos nada con la política. Tú te metes en el maíz y si te descubren tú dirás que fue por cuenta tuya, que a nosotros no nos conoces».

El maíz era frondoso. Viví allí cuarenta días y cuarenta noches como un conejo silvestre. Era una franja de terreno, una parcela pequeña, estrecha y larga. Cuando tenían que regar el maíz se encargaba de hacerlo el hijo, que sabía de mi existencia allí. Pero había obreros que podían denunciarme. Me pasaba tumbado el día y la noche. La comida la recibía de mi mujer a través del hijo, que vivía al lado. Aunque la casa estaba cercada por los falangistas mi mujer entregaba al hijo los víveres, por el pasillo. Mi dieta era de tortilla, algo de embutido, laterío para resistir. Vivía con un saco y una manta. En cuanto escuchaba murmullos de gente alrededor y veía que se venían por donde estaba, tomaba el saco y simulaba recoger hierba para los conejos. Tomaba cuatro matas y los que me vieran así podían pensar que se trataba de un obrero. Pero a veces me sentía asfixiado y necesitaba oxígeno; salía del maizal para respirar y hacía como que recogía hierbas. Me hubiera gustado sentarme a la sombra de un árbol, pero la gente podía muy bien pensar y preguntarse: «¿Qué hará ese hombre, ahí, todo el día sentado?». Q sea que deambulaba, un rato aquí, un paso allá. Nadie vino a por mí en ese tiempo. Veía cómo grupos de mujeres recogían hierba. Las veía y las sentía llegar de madrugada con sus sacos para la hierba. Las oía, porque las mujeres se anuncian siempre, y las evitaban.

Mientras tanto, mi hermano al que mataron semanas más tarde, cuando pasaba al trabajo paraba en un bar para echarse un vaso de vino. Allí escuchó las noticias, estaban al tanto de los fusilamientos. En el bar, que regentaba una señora, se comentaba que habían matado a fulano o habían cogido a zutano. Uno de los de la parroquia identificó a mi hermano una tarde.

—Ése es el hermano del Eulogio, el de la Tierra (a nosotros nos llamaban los de la Tierra); a ése no le han cogido aún.

Mi hermano se tomaba un vaso y adiós. Pero un día la dueña tuvo el atrevimiento de acercarse a él y entablar conversación:

—Oiga usted —le dijo—, estoy enterada de que tiene usted un hermano por ahí, en mala posición. ¿Es cierto?

—Sí, señora. ¿Y cómo lo ha sabido? —preguntó mi hermano con cautela y algo atemorizado.

—No se preocupe —continuó ella—, no conozco a su hermano, pero yo le recojo en el pozo, tengo otros dos más, ocultos.

Los guardaba en un pozo. Mi hermano me hizo llegar el ofrecimiento de la señora. Pero no quise abandonar el maizal, me pareció una imprudencia, hasta que el tiempo me obligó a ello. Comenzaba la lluvia y el frío crecía por las noches. Era ya prácticamente imposible aguantar a la intemperie, con unas simples mantas. Estaba a veces calado hasta los tuétanos. En la propiedad del maizal había una casa, sin terminar de construir. En la puerta había un letrero que decía «La Solita». Era la única casita de todo el Polígono. Cuando el mal tiempo arreciaba yo iba a refugiarme a «La Solita». La tenían abierta de modo permanente y almacenaban los aperos de la labranza, alfalfa, paja. Nunca encontré a nadie salvo una vez que se me heló la sangre al toparme allí con un vecino que me reconoció de inmediato. Fue un día de nublado, rompió a llover y se me encharcó la manta. Unos labradores que pasaban por allí se refugiaron en «La Solita», en tanto escampaba. Allí me vieron, de golpe, mojado hasta los huesos. Podía reaccionar de dos maneras: o escapar en seguida de allí, dejarme llevar por el pánico al verme descubierto, o bien, dar la impresión de que como a ellos la tormenta de agua me había pillado en pleno campo y que me ponía a cubierto, sin más.

—¡Qué tiempo! —exclamó mi vecino.

—Sí, se acerca un invierno duro y desagradable —respondí yo, más que nada por decir algo.

Con todo y con eso, al final, quizás al ver que ponía cara de incrédulo, le dije a mi vecino que no estaba aposentado allí para que, no dijera que se había topado conmigo.

Pero lo parló todo, porque al poco tiempo de aquel chaparrón el que me traía la comida me dijo que el Desiderio parló a mi padre que me había visto.

—Bueno, mientras no pase de ahí, no me preocupa —pensé yo.

No pasé miedo en aquellos momentos, que fueron en realidad angustiosos. Y no pasé miedo porque me habitué a no perder la sangre fría.

Al hermano que luego mataron le advertí que se pusiera a salvo, a pesar de que estaba menos comprometido, porque era un simple «cotizante» no un «distinguido» como yo. El caso es que le dio el ataque de miedo y se quedó como paralizado, no pudo escapar. Se quedó encerrado en la habitación con nuestro padre. En realidad le daba casa, como hijo que era, pero mi padre tenía una habitación reservada para él. Cuando mataron a mi hermano, nuestro padre se encerró en su cuarto. Llamaban, pero él no abría nunca hasta que un día, de tanto aporrear la puerta, asomó la cabeza. Un vecino le anunció que eran guardias civiles, que no eran falangistas y que a lo mejor le llevaban detenido por poco tiempo y después lo soltaban. Los otros se liaron a dar culatazos, que han estado marcados mucho tiempo en las hojas de las puertas. Cuando llevaban rato a culatazos y la puerta iba a ceder, mi padre abrió, y naturalmente lo mataron.

Mi padre tenía una edad ya de sesenta y tantos años, una salud delicada. Padecía de asma por añadidura; tenía descoagulada la sangre y sufría de hemorragias. Nos advirtieron los médicos que podía fallecer a consecuencia de una de estas hemorragias. Había sido muy bebedor y se había negado a seguir los consejos de los médicos de abandonar el vino. No tenía ideas políticas. En Rueda había sido socio, pero en Valladolid no se había inscrito.

Al llegar los temporales y las lluvias decidí trasladarme a la Farola, al pozo que habilitó la señora del bar. Había ya dos inquilinos cuando llegué. El pozo estaba cercado de cemento. Habían hecho desde fuera como una gran tumba, colocaron traviesas de ferrocarril para hacerlo hueco y luego lo cubrieron de tierra. Así, después de socavar el cemento lo rompieron de un golpe. No era muy hondo, entrábamos y una vez dentro poníamos la piedra. Tenía el pozo unos seis o siete metros. Allí dormíamos juntos durante el día. Había que guardar silencio por la proximidad de la gente que paraba en el bar. El pozo estaba en el patio del bar, junto a una parra y era peligroso si algún parroquiano se acercaba y escuchaba hablar. Algún vecino sabía de nuestra presencia allí en el pozo, y un día nos prestaron una radio. Nos la dejaron desde entonces algunos días y la escuchábamos con fruición para saber cómo marchaba España. El vecino que nos la dejó fue el mismo que una tarde nos avisó de que se aproximaba la guardia civil. Nos escondimos

rápidamente en el pozo. Fue una redada. Al poco tiempo apareció cerca del pozo y nos dio el parte: la Guardia Civil se había llevado al Escorial a una porción de vecinos.

Estuvimos empozados desde el 14 de septiembre hasta el 28 de diciembre de 1936. En el pozo hacía bueno, buena temperatura quiero decir, mientras en el exterior se sucedieron días de densa niebla. No podíamos permanecer de pie, sólo tumbados o medianamente agachados. El colchón sobre unas tablas nos permitía, tumbados, una cierta comodidad. Dormíamos vestidos. En ese tiempo la dueña del bar nos aderezó la comida. De los tres yo fui de los que más aporté económicamente para la alimentación. Luego en aquel intermedio llegó un tercero. Fuimos hasta cuatro ocultos. Vivir así, como las ratas, era cosa que podía volverle loco a cualquiera. Pero fuera nos irían las cosas peor si nos sorprendiera la Guardia. Conseguí mantenerme en calma y aguantarme las ganas de salir corriendo. Viridiano, por ejemplo, no pudo resistir aquellas posturas, y salió a la superficie:

—Lo siento —nos dijo—, pero yo no me aguanto más, me esconderé en otro sitio.

Disfrutó de un día de libertad, porque a las veinticuatro horas le cogieron. Nos enteramos pronto de lo que le había sucedido. Se fue a buscar refugio en la casa de un familiar. Llamó a la puerta un cobrador de la luz y lo vio allí:

—Hombre, tú por aquí —le dijo.

—Sí, ya ves, de visita a la familia.

El cobrador de la luz lo denunció. Lo que no alcanzo a comprender todavía es por qué razón aquel hombre se ocultaba; su única culpa era que había pertenecido a Falange. Al llegar la hora de decir, «vamos», respondió, «no, no, yo no voy». Creyó que tomarían represalias por su cobardía.

Quedamos tres en el pozo. Los otros dos eran gente neutral, pero en aquellos años hasta la neutralidad era punible.

Hacia el veintitantos, el 28 de diciembre, detuvieron a la dueña del bar. La gente dejó de ir al bar porque los registros se habían multiplicado. El temor alejó a los parroquianos y no tardaron en llevarse a la mujer.

Una noche, al ver que cerrado el bar nos quedábamos solos, sin información y sin comida, vi llegado el momento del «sálvese el que pueda».

—Hay que salir de aquí —dije a mis compañeros—; es el momento.

Había elegido ya mi próximo refugio: una finca donde trabajaba un amigo, a resguardo de los registros y del paso de la gente. Una finca donde me movería con libertad, de un lado a otro, donde pasaría la noche en el pajar o en el lagar.

Al salir del refugio nos despedimos los tres empozados; cada uno tomaría una dirección distinta. Juramentamos que si a uno le cogían no delataría a los demás. Así sucedió. Fuimos todos fieles al juramento. Más tarde vi a uno de los empozados. Otro murió de mano airada en Laguna. Rompieron a reñir dos amigos, se metió él por medio para separarles, le alcanzó una puñalada y murió allí mismo. Fue después de la guerra, bastantes años después. Otro de ellos se alistó en el Tercio y en cuanto pudo se pasó al enemigo y cuando vio su ocasión, del enemigo se pasó a Francia y de allí a la Argentina. Ahora las noticias que tenemos es de que tiene una hija azafata, ha viajado a Inglaterra y ha visitado aquí a la señora, la dueña del bar, que por encima de todos los peligros nos sostuvo en aquellas horas locas de sangre. El otro marchó a Navarra.

—Eulogio, ¿por qué no te vienes por Navarra? Estarás a salvo, si quieres yo te llevo, allí nadie te reconocerá —me aconsejó.

—Gracias, no salgo de aquí, estoy hecho a esto —le respondí.

Otros amigos que estaban al tanto de mi escondite en la casa se ofrecieron a pasarme ilegalmente a Francia por los Pirineos. Siempre dije que no porque esa solución me parecía de incertidumbre. Porque irme yo significaba dejar abandonada a mi familia.

—¿Qué sería de mi familia si paso a Francia? —pregunté a mis amigos.

No insistieron al ver que me asistía la razón.

El día 28 de diciembre de 1936 salí del pozo para volver al campo, cerca de las márgenes del Esgueva, en las proximidades del polvorín. En aquella finca me ocultaron. El que me protegía reunió a los vecinos para recomendarles que hicieran la vista gorda si veían a alguien por allí. Comencé a sentirme a mis anchas, perdida en cierto modo la sensación de

peligro. A veces mi amigo, mi protector, me traía el periódico, que era «El Norte de Castilla», y siempre sacaba algo de jugo a las noticias y a los comentarios. Pero a veces me volvían los fantasmas de la persecución y el recuerdo cercano de las muertes de mi padre y mi hermano, de los amigos de Rueda, de los correligionarios de la provincia y me sobresaltaba y no me sentía con el espíritu sereno para leer. Volvía a darme cuenta que era un fugitivo en peligro de muerte y me escondía como un caracol dentro de su concha. Caían de vez en cuando algunos otros periódicos. El estilo de la prensa por aquellos meses era siempre el mismo. Reflejaban la grandilocuencia de los partes de guerra, las arengas y las charlatanadas de Queipo de Llano, literatura exagerada que hoy, de leída, haría reír a cualquiera. Permanecí en la finca hasta que terminó la guerra, en 1939. Mi última esperanza era ver cómo terminaba la guerra.

Nunca pensé, mientras tanto, en pasarme al lado republicano. Antes del Movimiento, incluso podía haber escapado a Madrid, zona más segura que mi provincia. No lo hice por entereza, porque yo tenía una significación en Rueda y el resto de los pueblos de Valladolid y me lo hubieran tomado a cobardía. «Éste es de los que en cuanto huelen algo, se va», hubiera pensado alguien con derecho. Llegó un momento en que pensé que lo que importaba era morir al pie del cañón aunque yo no les ciaría facilidades para ello. Lo mismo sucedió por la inercia, más tarde cuando los pocos amigos que estaban al tanto de mi situación y me visitaban insistían en la posibilidad de una fuga al extranjero:

—Ahora hay facilidades —me animaban—, hay agencias que falsifican la documentación y te pasas por la frontera tan tranquilo.

En los años que pasé en la finca, esperé con ansia el resultado de la guerra. De ella dependía mi futuro como el de otros miles de personas más o menos en mi situación. Allí estuve y pensé en que si acababa favorablemente la guerra, me reintegraría a mi puesto, de secretario de los Trabajadores del Campo y si desfavorablemente… Yo al principio creí ciegamente en una victoria de la República. Ésta es la verdad. Hacía mis cábalas y mis cálculos del personal que tenía cada bando en guerra, de la industria de guerra en cada parte.

«Tenemos todo el dinero, controlamos toda la industria bélica y la otra, dominamos Cataluña, la guerra tiene que ganarla la República». Pero pronto supe que la guerra no la ganaba Franco, sino Hitler y Mussolini, porque hemos visto en nuestro suelo miles y miles de soldados italianos y alemanes, y hemos visto los Junkers en nuestros cielos.

Con estas fuerzas era ya lógico, aplastante, que ganasen ellos.

Durante los dos últimos años antes del fin de la guerra sufrí de reuma. Fue consecuencia de mi vida a la intemperie y de las lluvias que había aguantado sobre mi cuerpo. Una buena mañana amanecí con una pierna tiesa y rígidos los músculos. Avisé a los vecinos:

—Unos días al calor te vendrán bien, Eulogio —me dijeron.

Me marché de la finca unos días pero no fue un traslado oportuno porque tuve la mala suerte de que, de sopetón, me reconociera una vecina que había llegado del pueblo. Era el 20 de abril. La guerra había terminado. Mis amigos hablaron con la vecina de Rueda:

—No digas nada, no abras la boca, es cuestión de vida o muerte. Si hablas, el Eulogio no dura.

Me quedé sereno a medias. Tenía mis dudas, no me fiaba de la discreción de la mujer, y así fue que a poco, se presentó a ver a Julia una mujer vieja del pueblo.

—Julia —le advirtió—, que dicen en Rueda que han visto al Eulogio donde Maximino (que así se llamaba el amigo).

Conque Julia me hizo llegar una nota:

—Eulogio, piensa en otro sitio, te han localizado, fulana se ha ido de la lengua.

Julia

Yo sabía, de seguro, que mi marido estaba en el maizal. Cuando Eulogio se escondió en él vino a mí un vecino, hijo del dueño del maizal. Vivíamos en la misma planta. Mi marido se dio a ver al vecino en el maizal. Yo le hacía la comida y el vecino al salir se la llevaba hasta el refugio. Ni el dueño del maizal ni su hijo eran del partido, ni de la Unión de Trabajadores, no eran ni de una cosa ni de otra. Les parecía bien lo que estaba bien y mal

lo que estaba mal. Eran muy buenos vecinos. Yo preparé la comida a mi marido hasta que me llevaron a la cárcel.

Eulogio dormía en el centro del maizal. El dueño también sabía de la presencia de mi marido en su territorio y en lugar de mandar a los obreros a regar en el centro del maizal, lo regaba personalmente su hijo para que a mi marido no lo vieran oculto. Eulogio estaba quieto, paralizado allí en medio, metido entre las hojas, camuflado porque los obreros se movían de un lado a otro.

Al llegar la noche, para que le diese un poco el aire salía del maizal para almacenar un poco de oxígeno en los pulmones y entrar luego en el terreno. Cuando vinieron a por mí los guardias dejé dinero a los vecinos que estaban al tanto para que salieran a comprar comida o se la mandaron comprar a alguien.

Así lo hicieron.

Al comenzar las lluvias no tuvo más remedio que refugiarse, y se llegó a un pozo de La Farola, donde ya había, ocultos, otros tres vecinos. Hicieron una zanja y rompieron un bloque. El pozo era propiedad de un matrimonio que tenía un bar por el que pasaba todos los días mi cuñado. Estuvieron en el pozo hasta Nochebuena, en que se preguntaron: «¿Y ahora qué hacemos nosotros aquí? Hay que evacuar». Conque hicieron llamar a mi cuñado para decirle: «Esto se ha acabado, han metido a la cárcel a los hombres y se han quedado solos los hijos, que son niños».

El marido de la señora del bar tenía una casa, una especie de escenario para el teatro. Allí hacían comedias los de la juventud socialista. Cobraba por ello una cantidad, fuesen de un color o de otro. Él vivía de eso. Cuando lo metieron en el camión para llevarlo al campo y matarlo, el hermano que era falangista llegó tan a tiempo que lo salvó. Le sacó del paredón para ponerlo en la cárcel. La mujer amaneció también en la prisión a los pocos días. Presos los dueños del bar y del pozo quedaron solos dos hijos, de quince y trece años, y los empozados. Mi marido se vio ya otra vez en un maizal. Ya no tenía sentido quedarse en el pozo, sin suministros. Eulogio se metió de nuevo en los campos de San Isidro, donde mi cuñado le visitaba. Compraba los víveres en las Delicias. Eran embutidos, chocolate, latas, conservas.

En cuanto me vi libre de la cárcel, le dijimos que se viniera a casa, donde me había instalado de nuevo. Todavía entonces no había comprado las vacas, tardé algún tiempo en tenerlas. Hasta que los hijos no fueran mayores no me iba a poner de vaquera. Alquilamos un piso y nosotros pasamos a vivir en la habitación que dejó mi suegro, porque sin darme cuenta se me acabó el dinero.

Todos los muebles me los colocaron donde había habitado mi suegro. Ahí se vino a quedar Eulogio.

La primera vez que Eulogio apareció en casa era de noche. Estaba yo con el chico mayor. Iba para tres años que no le veía. Fue exactamente el 22 de mayo de 1939. El maizal, el pozo, de octubre a Nochebuena fueron sus refugios, el resto del tiempo estuvo perdido por el campo. Cuando echaba a llover se refugiaba en una caseta o en algún cobijo. Yo sabía que se le buscaba y que estaba vivo, por la vigilancia que tuvimos a las puertas de la casa. Fueron tres años de incertidumbre. El 18 de julio de 1936 había salido a trabajar a la secretaría. Yo decía: las diez, las once de la noche. Nada, que no vuelve Eulogio. Total que empecé a esperarle y esperándole me pasé tres años. A las doce de la noche sentimos aquel 18 de julio: salió la tropa del cuartel de Farnesio, y se oía vibrar el puente sobre el Pisuerga. La noticia corrió por las casas: «¡Ha estallado la guerra!, ¡ha estallado la guerra!».

—Hay tiroteos por los barrios de Valladolid —divulgó una vecina.

—¿Qué le habrá pasado a tu padre —dije entonces a mi hijo— que no viene?

Eso fue todo. Luego se hizo el silencio sobre Eulogio, hasta que el hijo del dueño del maizal me comunicó que estaba vivo. El tiempo que pasé en la cárcel nada supe de él. Mis chicos que estaban en el pueblo tampoco supieron de su padre. Cuando, una vez libre, los trajeron a casa les hablé:

—Hijos, no sabemos nada de vuestro padre.

Y a mi cuñado le dije:

—Me pongo a servir, hay que hacer algo para salir adelante.

—No me digas —me contestó.

—A ver —razoné—, no hay otra solución que ponerme a trabajar y a ganar. O sea, que me pongo a servir.

Me puse a servir en una finca que hay en el Camino viejo de Simancas. Era la finca de un tal Paniagua, que ha sido muy nombrado. Hizo un desfalco al Estado, en el Servicio Nacional del Trigo, con unos cuantos vagones. Teníamos alquilado un piso a una fresquera, donde vivía yo. Fue ella la que nos dio la pista. Mi cuñado se sorprendió de que pensara en servir. «Si sabes de alguna señora por ahí que necesite sirvienta, me pongo yo», le dije. Tenía entonces 34 años.

—No he servido en mi vida —expliqué a mi cuñado—, pero he hecho siempre las labores de mi propia casa, conque sabré hacer las de las demás.

Mi cuñado vino al otro día y como me vio siempre decidida buscó un sitio para mí:

—Mira, es donde uno que llaman Paniagua. Necesita servicio porque ha reñido con la cocinera.

—Allá voy —respondí sin pensarlo más.

Se encontraban el tío Paniagua y señora en el jardín.

—Miren —hablé—, es que vengo por mandado de la fresquera, que me ha dicho que ustedes necesitan muchacha.

—Sí, pero ya hemos llegado a bien con la cocinera —dijo la señora.

—Ah, lo siento, gracias.

Antes de irme decidí apurar alguna posibilidad que hubiera de trabajo. Sabía que por allí trabajaban mujeres en el campo. Es decir, que hablé al tío Paniagua de mi circunstancia en la vida:

—Le voy a decir la verdad, señor Paniagua. Yo he salido de la cárcel el día 11 de mayo. Estamos a 22 y necesito ganar dinero como sea para alimentar a mis hijos. Aunque no sea para servir, deme algo en el campo.

—Mañana si la necesito se lo haré saber —terminó Paniagua.

A las nueve de la mañana uno que trabajaba allí me viene a decir que de parte de Don Dionisio, que así se llamaba, que puede usted ya ir a trabajar.

Yo no era mujer acostumbrada a las faenas del campo y se me notó en seguida. Durante horas y horas me dediqué a cavar, quitar hierbas, escardar. Al anochecido, de regreso, el señor Paniagua estaba en el jardín; me ve con sangre en las piernas, la cara arañada, el vestido sucio y roto. Me dice:

—Huy, madre, ¿es usted la señora que vino ayer aquí?

—Sí, señor.

—Pues da pena verla.

—Como no tengan otra cosa…

—No hay nada que hacer —contestó Paniagua.

Entonces tercia ella:

—Si le parece, se viene usted al cargo de los niños, me los cuida.

—Pues muy bien.

—Así que mañana reúne usted sus enseres y se viene aquí.

En efecto, me fui para hacerme cargo de los chiquillos que tenía. Tan contentos todos. Pero esto sucedía en mayo y en octubre de 1939 pone una fábrica de papel para hacer sobres, carpetas, cuadernos.

—¿Quiere usted ir de encargada? —me preguntó.

—Sí, claro, y además si le parece y usted necesita personal traigo al hijo mayor, de trece años. Y además para cosas menores, para recados y eso puedo traer al hijo menor.

—De acuerdo —dijo el señor Paniagua.

Estuve tres años en la fábrica como encargada. Luego puso otra fábrica con un señor de Canarias. El canario era el capitalista y don Dionisio el industrial. Para entonces yo tenía ya a mi marido de nuevo en casa. El punto más delicado era la puerta de la casa. La cerrábamos a las nueve de la mañana, más o menos. El hijo mayor y yo dejábamos a Eulogio encerrado entre cuatro paredes. Aparte de la angustia natural de que nadie le viera, de que pudieran dar parte al fallo mínimo, estaba la cuestión de ocultarle bien, de que no pasara frío. Le compré un hornillo para que lo encendiera y se calentara. El pobre Eulogio permanecía inmóvil hasta las ocho de la noche en que volvíamos de la fábrica.

Me preocupaban los vecinos de la casa, los renteros. En realidad, todos. Por eso, lo esencial entonces era aproximarme lo más posible a casa, para estar cerca de él, salir más tarde, llegar antes. Así que le dije al señor Paniagua que me pasara a la nueva fábrica, situada más cerca de casa.

—Debería —le dije— pasarnos al chiquito y a mí a la nueva fábrica.

—Pero es que allí se trabaja duro.

—No me importa; es para estar más cerca de casa.

Cambiamos. De esta forma salíamos a las nueve menos diez. A la una estábamos en casa. Eulogio comía con nosotros. En fin, que era otro plan. A

las tres volvíamos al trabajo. Regresaba a las ocho.

El nuevo trabajo no era precisamente agradable. Me colocaron en una mesa a pesar el puré, sentada todo el rato, al cargo de otras chicas encargadas de empaquetar el producto. Así estuve cinco años, que sumados a los tres que trabajé en la fábrica anterior hacían ocho años. Ocho años, al cabo de los cuales pedimos más sueldo y nos echaron a veintisiete. Entre los veintisiete, mi hijo y yo. Antes, al solicitar aumento de sueldo nos enviaron a otro trabajo, más ingrato. Nos encargaron de fregar las naves, las maquinarias del trigo. De esta manera hasta que nos despidieron, con indemnización. Tres meses de sueldo por cada año de trabajo.

Había que hacer algo y rápidamente, para sobrevivir en aquellos momentos. Vendimos un viñedo que teníamos en el pueblo de la parte que nos había tocado de la herencia de mi suegro. Con aquello compramos las vacas y así empecé la industria que nos salvó. Dicen algunos del cuento de la lechera y lo cierto es que a nosotros nos salió bien el cuento. Llegamos a tener hasta siete vacas. Empezamos con dos y aumentamos poco a poco, hasta siete. Lo hice sobre todo para que mi marido trabajase en algo. El negocio de la lechería le venía bien. Podía ordeñar, encargarse de las vacas, llevar las cuentas conmigo, participar.

Yo siempre traté de que Eulogio estuviera ocupado, con algo entre manos. Aquellos años hicimos de todo un poco. Por ejemplo, preparábamos sobres. Cuando trabajaba en la fábrica de papel tuve once chicas a mi cargo, y algunas veces, más que nada por distracción, me ponía a pegar interiores. Así fue como aprendí la mecánica de los sobres:

—¿Te importaría que trajera sobres a casa? —consulté a Eulogio.

—¿Para qué?

—Es muy sencillo, basta con pegar los interiores, así te distraes y ganamos algo.

Dicho y hecho. Nos dieron trabajo para casa, pero nos rentaba muy poco. Terminé con dolores agudos de espalda porque llegué a pegar hasta un millar a la hora. Eran cinco millares, ocho millares según las ganas. Nos pagaban a tres pesetas el millar de sobres. Más tarde nos lo pagaron a cinco pesetas.

—Esto no nos cunde nada, hijo —dije a Eulogio.

Una vecina supo unos meses después que mi marido había entrado en casa, que estaba allí. Se lo confesé porque confiaba en ella. Cuando me iba le dejaba la llave y me ponía a repartir leche. Ella se encargó también de recibir los camiones de alfalfa para el ganado. Los recogía y los pagaba como si no hubiera nadie en casa. Lo mismo hacía con los carros de paja: recogía la factura y la pagaba.

Otra temporada hicimos pantalones para el ejército. Para los guardias civiles. Era un complemento al negocio de la leche. El caso era trabajar, ganar, salir adelante.

—Eulogio —le dije a mi marido—, voy a hacer que me enseñen a coser pantalones.

—¿Qué clase de pantalones?

—Para la Guardia Civil.

—No fastidies, mujer.

—Sí, porque dicen que se gana dinero y el trabajo no se agota: hay muchos guardias civiles y además no queda más remedio que trabajar.

Eulogio

Después de tres años mi mujer me había visto por fin en mayo de 1939. Mientras yo viví escondido nos mantuvimos en contacto por medio de mensajeros. No era conveniente que nos viéramos porque estaba convencido de que a ella la seguían. Pero estábamos comunicados, sobre todo a través de una chica, hija de unos vecinos de una finca próxima que consiguió trabajo en la fábrica de manipulados de papel donde Julia era la encargada. La chica bajaba todos los días a la fábrica, veía a Julia, y por la noche subía a la finca y me contaba de ella, de cómo estaba y de cómo se encontraban los hijos y de las últimas novedades. Hasta que un día vino con la noticia.

—Está tu marido un poco malo del reuma —dijo la chica a mi mujer—, no puede andar, se ha quedado unos días con el vecino.

Habían decidido hablar de mi situación tan sólo a la salida de la fábrica y a solas.

El hecho de que yo estaba vivo y en Valladolid se había sabido en Rueda por una indiscreción. Nosotros, Julia, el vecino que me protegía y el que me había llevado después con él por el reuma nos dimos cabalmente cuenta de la gravedad del momento. La chica me trajo el recado de Julia: «Eulogio, que corre ya en el pueblo que te han visto».

«Esto ya se ha acabado, pensé yo. Lo que sea de mí, que sea en mi casa, me voy a casa. No puedo comprometer a los que me protegen». Convinimos, cuando tomé esta decisión, que si la guardia acudía a preguntar o indagar confirmarían que sí, que me habían visto en la finca: «Se ha presentado aquí y no lo hemos querido admitir», sería la respuesta. La disculpa era que yo venía perdido de algún sitio, en fuga, pero mis protectores no habían querido saber nada. Por fortuna nadie se llegó a preguntar por mí. Sin embargo, estuvo a punto de ocurrir algo peor. Cuando me emparedé ya en mi casa, llegó hasta la Guardia Civil el rumor de que la vecina tal había parlado en el pueblo que me había visto en carne y hueso. La Guardia Civil reaccionó en seguida: mandó llamar al marido.

Esa mujer, la que me había reconocido, la que había dado el soplo, tenía muy arraigado el vicio del vino. Se enmierdaba con gran frecuencia. El marido se presentó en el cuartelillo de la Guardia Civil:

—Le llamamos a usted para que comparezca con su esposa, que sabemos que ha parlado y que ha dicho que vio a Eulogio de Vega, exalcalde de Rueda.

—Yo no sé nada, pero les traigo a mi señora —respondió el interesado.

El marido, que era hombre de bien, además de prevenido y astuto, le puso vino en abundancia a su señora aquel día de la cita con la Benemérita. La puso ahíta de vino y a la hora señalada bajó con ella, que estaba en la gloria del vino que se había escanciado. La mujer daba tumbos. Es claro que el marido puso en práctica este truco para protegerme. Esa suerte tuve también de que la borracha estuviera casada con un marido así. Los dos se presentan en el cuartelillo de la Guardia Civil a que les tomen declaración. Las primeras preguntas de la Benemérita fueron para el marido:

—Su señora afirma que ha visto a Eulogio de Vega. ¿Sabe usted algo de esto? ¿Tiene usted algún conocimiento de lo parlado por su señora sobre el susodicho?

—Nada, yo no he visto al alcalde de Rueda. A mí no me digan nada. Si dicen que lo ha dicho es muy dueña, aquí se la he bajado, que lo confirme ella o lo niegue. Pregúntenle lo que quieran; en cuanto a mí, ¡qué quieren que les diga!…

Interrogaron entonces a la mujer. No dio pie con bola.

—Señora, ¿ha visto usted a Eulogio de Vega?

—Hip… ¿qué?, ¿qué Vega, hip?

Le olía el aliento a vino, de forma y modo que la Guardia Civil no pudo sacarle otra cosa que hipidos.

—Hala, hala, fuera, a dormirla —le dijeron.

El marido se la llevó del brazo.

La última etapa de mis años de vida oculta comenzó una noche de la primavera de 1939. Entré en casa de anochecida, decidido como estaba a afrontar en mi propia casa, con mi familia, cualquier cosa que me pudiera suceder. En ese período entré y salí un par de veces en mi casa, cuando la crisis del reuma, hasta que me instalé definitivamente. Regresé de noche, porque dicen que si de noche todos los gatos son pardos, o mejor dicho entre dos luces que es cuando el personal está más desorientado. La peor hora era la que iba desde las dos o las tres de la mañana en adelante. Mi composición de lugar era que si aparecía hacia mi casa a las dos o tres de la mañana, cualquiera podría echarme el alto. Ese par de veces o tres que me atreví a entrar en mi casa antes de instalarme definitivamente lo hice al anochecer y al amanecer. Busqué la penumbra porque sabía que la oscuridad total no me protegería.

Cuando me instalé en la casa, se presentaron varias veces a preguntar por mí. O bien la policía interrogaba a los vecinos sobre si me habían visto. O pedían declaración a Julia. Julia siempre respondió lo mismo, no se salió una palabra de lo que en un principio dijo: que me vio salir el 18 de julio de 1936 y que no me había visto más desde aquel día.

El miedo me duró de 1936 hasta 1950 más o menos. Después las precauciones se aligeraron. Tanto es así, que discutía con Julia y hasta me permitía a veces levantar la voz como entre un matrimonio cualquiera.

—Psichtt…, calla, Eulogio, no seas insensato.

A veces pensé que lo mejor sería que se enteraran de mi escondrijo y que vinieran a por mí. Pero eran locuras, porque yo sabía que aunque no me liquidaran, siempre estaría mejor en mi casa, oculto, que en la cárcel, pendiente de una amnistía o de la libertad definitiva.

Las vacas, las vacas gordas, no las tuvimos hasta 1947. Desde que me encerré en mi casa en 1939 hasta 1947 fueron años tensos. Primero, por el lugar: nuestra casa era de una construcción pobre. Un inquilino estaba separado de otro por un débil tabique. Se sentía todo. Los llantos de los hijos, las disputas de los matrimonios vecinos, hasta los ronquidos de los ancianos. Al cuidado extremo de no hacer ruido se unía la soledad. Porque Julia se iba por la mañana al taller con el niño y me quedaba yo, inmovilizado, apenas si podía mover una extremidad. En el buen tiempo me tumbaba en una hamaca y me tiraba casi todo el día dedicado a leer. En el invierno procuraba quedarme en la cocina, bien alumbrada, cargada de carbón. Si el tiempo era frío y duro me metía en la cama.

La peor época que hemos vivido fue la que va de 1939 a 1945, el período de la Segunda Guerra Mundial. Porque fue la de mayor estrechez económica, la de las vacas flacas, hasta que vinieron las de verdad. Había que engañar el hambre con la lectura y con la imaginación de tiempos mejores. En todos estos años yo me paseaba en zapatillas por la habitación y me relajaba para evitar la tensión nerviosa, y con el nerviosismo el pánico o la desesperación. Sufrí, no obstante, graves sustos. Sustos como el que me proporcionó un día mi sobrina. Era una niña de siete años. Lo que pasa con los niños, miraba un día tal que así por la ventana de la casa, cuando le da por poner la mano en la pared y arrastrar la mano pegada al muro. Cuando llega a la ventana se asoma y me ve. Se asusta y sale a parlar a las vecinas:

—En casa de la tía Julia he visto a un hombre.

Mientras tanto, yo, previsor de las consecuencias, puse cerca de la ventana una silla y en la silla una chaqueta colgada y me escondí. Digo: si se asoman las vecinas a comprobar lo que la niña parla, verán la chaqueta y pensarán que ha confundido la chaqueta colgada con un hombre de verdad. Así ocurrió y no le hicieron más caso Hubo sin embargo, otros momentos más peligrosos en mis años de reclusión: uno de ellos sucedió en la finca. Era domingo y viví una de las peores situaciones que recuerdo. Mi amigo,

mi protector, se había ido al pueblo inmediato, a Renedo de Esgueva, por un carro de paja. Los dueños de la finca eran industriales y aprovechaban los domingos para darse una vuelta por sus propiedades y pasar allí el día. Mi protector apareció con un carro de paja desde Renedo y le dije que le ayudaría a meter la carga. No hacemos más que llegar, me pongo a ayudarle a meter la paja cuando aparece una muchacha del barrio de los Pajarillos:

—Venimos porque estábamos aburridas en los Pajarillos y hemos dicho que en la finca estaríamos mejor. Vienen ahí también la señora fulana, la señora mengana…

Empezó a hacemos un relato de las mujeres que venían a la finca, y entre ellas su madre, que era una posible conocida mía. Mi protector me susurró entonces al oído:

—Eulogio, rápido, a la lagareta.

Me fui a ocultar en la lagareta. Por cuanto aquel día, aciago para mí, me encuentro a salvo en la lagareta cuando se presenta el dueño de la finca con un amigo que había pasado de Cataluña a Francia y de Francia a zona nacional y había venido a visitar la finca. El domingo, a la una, se iba a celebrar en la finca una misa de acción de gracias, pero antes le enseñaría la propiedad. Mi amigo me dejó encerrado en el lagar y llega el señor y dice que va hacia la bodega. Pide a mi protector:

—Dame la llave que voy a mostrar a mi amigo el lagar…

Mi amigo duda y se disculpa:

—Es que he perdido la llave y de momento no la encuentro.

—Mira que tiene esto salero, venir uno a su propia finca y encontrarse con que no dispone de la llave…

—No encuentro la llave, que no sé dónde la he puesto, que la he buscado desde ayer…

A todo esto, yo acurrucado en el lagar escuchaba esta conversación que se celebraba a la misma puerta: «Anda que si a este señor se le antoja entrar a pesar de la llave, se lía a patear la puerta y la tira…» No lo pensé mucho. Había dos grandes cestos de mimbre.

Entonces me las ingenié, para en caso de emergencia, meterme en un cesto y taparme con el otro. Pero no hizo falta que pusiera en práctica el

plan porque el señor se resignó y entonces los llamaron para asistir a la misa de acción de gracias por la liberación de su amigo a través de Francia.

Una vez asentado en mi casa tuve sustos con la Guardia Civil. Se daban una vuelta algún domingo, o el día de Santiago.

Julia

La verdad es que las vacas no me daban para mucho. Tenía que comprarlo todo en el almacén, la paja, la alfalfa, el alimento del ganado. No es como el vaquero que va libremente al campo y coge la materia, siega, trae y lleva. Lo tenía que mercar todo en el almacén: la alfalfa, el pienso, todo. Pero lo que me importaba por encima de todo era dar calidad, no engañar con la leche, no aguarla. Ésa ha sido siempre nuestra manera de ser, la de Eulogio y la mía, no defraudar. En vez de dar agua dábamos leche. Entre mis clientes estaba un veterinario que me gastaba abundantes litros. Se me sinceró en una ocasión:

—Mire usted, Julia, yo noto que la leche que usted vende es buena y seguramente ganará poco.

—Más bien poco, sí, señor…

—A mí me da igual, pero en cada treinta litros va usted a echar un litro y media de agua.

—Eso no me gusta —le dije.

—No se preocupe, porque a la leche no se la conoce si cada diez litros echa uno o medio de agua. Eso para las mermas que tenga también, porque a algunos les gusta corrida. Nunca la pillarán.

Así he vivido veinte años con la industria de la leche y nunca me han multado. Me tomaban la muestra y jamás vieron que tuviera un mililitro de agua.

Las vacas eran de raza holandesa. Las compré aquí a unos ganaderos. Cada una de ellas tenía su nombre. La *Rubia*, la *Morena*, según. Les dábamos nombre sobre todo para saber cuál de ellas daba más leche. De ellas vivimos veinte años. No era de todos modos como para que nos hiciéramos ricos porque cuando una vaca pare da cuarenta cuartillos, pero a medida que pasa el tiempo descienden en el rendimiento y la alimentación

que necesitan es la misma. O sea que la media era de unos doce o trece litros y aparte, los temeros, que vendíamos. Por eso decidí coser pantalones. Con la leche y los pantalones nos defendimos mucho mejor. La pantalonería estaba donde había sido la fábrica de puré de Paniagua que dio a la quiebra y se la quitaron. Del puré se pasó a las confecciones. Es decir, que no trabajábamos directamente para los guardias civiles. Después de vender la leche, la chiquita y yo nos poníamos a coser pantalones. El promedio de pantalones que cosíamos era entre seis y ocho. Nos los pagaban a ocho pesetas cada uno. Entre el ordeño y la aguja me sentía con el día ocupado. Yo ordeñaba cuando había gente y Eulogio se veía imposibilitado para salir. Pero habitualmente lo hacía él, a las seis de la mañana, a las dos de la tarde, a las diez de la noche. Y si por un casual llegaba alguien a las diez de la noche, una visita, yo les pedía:

—Perdonadme, pero voy a ordeñar.

Entre las visitas y las amistades, había gente que sabía que mi marido estaba oculto. La había porque en cuanto alguien lo supo, se lo contó a su familia, a un pariente o a un amigo. «Yo te lo digo, pero no lo digas». Y el otro a su vez decía: «Oye, Eulogio está escondido en su casa, pero no lo digas porque si lo cogen…». De esta forma, nosotros no sabíamos quiénes eran, pero el más allegado, o un simple conocido, o un vecino con el que no llegamos a tener gran trato sabía de la existencia de Eulogio en casa. Lo más importante, casi increíble en aquellas circunstancias es que nadie, absolutamente nadie denunciase a Eulogio a las autoridades. Cuando ya empezó mi marido a confiarse un poco, las vecinas le veían algunas veces, pero hacían como que era un obrero que ordeñaba las vacas. Se portó muy bien la gente en este sentido.

Así, al paso de los años mi marido dio un aire de normalidad a su vida. Nunca se disfrazó de nada para ocultarse mejor. No se metía con nada ni con nadie. Él, su vida, en su cuarto. La casa tenía cuatro habitaciones según se entraba a la derecha. El pasillo era corto. De las cuatro habitaciones sólo usábamos una. Las demás se destinaban para almacenar la alfalfa, la paja. En el ala izquierda había cuatro habitaciones: tres dormitorios, la cocina y el cuarto de aseo dentro del patio. La vaquería estaba situada a mano derecha, donde ahora hay un garaje. Mi marido se movía ya cómodamente

por todas las habitaciones. Era una vivienda corriente. Todo lo que tengo en el comedor del piso donde vivimos ahora lo tenía ya en la otra casa. Con un mueble nuevo, la televisión. Pero nuestra televisión de entonces era la radio, que la teníamos según se entraba a mano derecha. Mientras mi hijo vivió con nosotros utilizamos su radio, pero al irse se la llevó. Nos gustaba oírla, sobre todo a mi marido, para él era media vida. O sea, que compramos una; la vendían donde trabajaba mi hija. Es una marca rara, pero mi marido la escuchó durante unos quince años día y noche. Eulogio sintonizaba Londres para enterarse de lo que pasaba en España. Las dos hijas ponían las novelas, yo no tenía tiempo de oírlas. Estaba por completo entregada a mi trabajo. Ahora como mis hijas ya no viven conmigo la radio está muerta de risa y no la hemos vuelto a poner aunque nos recuerda toda una época. Ahora vemos la tele.

En aquellos años de encierro, Eulogio leía pocos periódicos. No nos llegaba el dinero para comprarlos. Lo que sí leyó y en abundancia fueron libros. Se los compraba mi hija, libros baratos, de la colección «Pulga» que todavía Eulogio conserva con cariño.

Nuestros hijos se habituaron en seguida, a aquellas circunstancias de su padre. Al mayor me lo llevé a la fábrica, de trece años, y al otro que le seguía en edad lo entré a los quince. Ellos no salían de casa, de conmigo. Iba con el mayor y volvía en autobús. Ésa era toda la vida que se hacía. Nunca fue necesario advertirles nada porque ellos se dieron cuenta de por sí solos que cuando entraba una visita en mi casa su padre no daba señales de vida. Se estaba quieto leyendo en silencio en otra habitación. No hizo falta que les dijese nunca nada. Se dieron cuenta por sí solos de que su padre no tenía que darse a ver a nadie. Porque si aparecían algunas amigas de mi hija o entraba alguna amistad mía de las de vecindad, mi marido no se presentaba. Si nos encontrábamos en una habitación nos pasábamos a la otra, él se quedaba en la que antes ocupábamos y nosotros nos íbamos a recibir a la visita en la otra.

En veintiocho años Eulogio sólo salió una vez a la calle: no le tiraba, no le atraía. Él se sentía seguro y feliz con nosotros. El único día que salió lo paseamos en el carro de la leche. Y es que le dije:

—Si vieras el grupo de casas que han hecho en el «4 de marzo»… Ha cambiado todo. No lo vas a conocer. Está Valladolid que no lo conoces.

Mi hija pequeña añadió entonces:

—¿Quieres que te llevemos, padre?

—Bah, para qué voy a ir, para qué me voy a mover, no será para tanto.

—Anda, anímate —insistí—; una noche de éstas te paseamos. Tú vas oculto atrás, en el carro. Nosotras vamos en unas tablas junto al hueco de los cántaros.

Al fin decidió que sí.

Marchamos en el carro de la leche por todo el paseo Zorrilla, entramos por la calle Miguel Iscar, dimos la vuelta por Gamazo. Eulogio llevaba unos veinte años sin salir de la casa. Durante el trayecto del viaje no despegamos los labios. Él iba en silencio y miraba a la calle por entre los cántaros de la leche.

Cuando regresamos a casa nos sorprendió:

—Bueno, ¿qué he adelantado yo con salir de casa?

—Hombre, has salido un poco, has visto Valladolid. ¿O es que no lo notas cambiado?

—Aquí es donde se está bien.

—Tienes razón, Eulogio —asentí.

Y era verdad que en casa se estaba a gusto y él se había ya acostumbrado. No hizo apenas comentarios de lo que vio.

—Pues sí, ha mejorado mucho —es todo lo que oímos.

Se encontraba a gusto en casa y ya nunca le volvimos a insinuar que se diera una vuelta en el carro. «Pues buena gana de que en una de ésas me vean», nos comentó.

Eulogio tomaba el aire en el patio, un patio hermoso y ventilado, donde le llegaba bien el sol. Nunca le tentó salir al cine o para ver al Valladolid en el Estadio Zorrilla… Estábamos familiarizados con el patio, la cuadra, las habitaciones, cualquier rincón de la casa. ¿Para qué salir? Ése era nuestro universo. Desde el primer momento decidí que aquello había que llevarlo con calma, sin riñas ni disgustos, con toda la paciencia del mundo. Nunca nos entraron ganas de presentarnos en el Gobierno Civil o en la Guardia Civil. Siempre volvíamos a las mismas.

—Mira, Eulogio, tu conciencia está tranquila, nunca has hecho nada malo, pero si vas y hasta que se gestionen tus papeles de libertad te tienen un mes, dos, tres meses o un año en la cárcel, pues ¿qué mejor cárcel que esta tuya, si estamos en esta prisión nuestra divinamente?

Mas que luego no fue así como habíamos calculado, pues las autoridades se portaron muy bien.

Eulogio

A partir de 1947 compramos el ganado, instalamos la vaquería y Julia se puso a repartir la leche. Teníamos un molinillo de mano en el que yo trituraba el grano. Ordeñaba a las vacas. Nuestra vida transcurría sin sobresaltos hasta que un domingo por la tarde, hacia las cinco vinieron, emparejados, los civiles. Zas, se meten sin más aviso en la casa. Venían a parlamentar con Julia porque a una vecina le había faltado alfalfa y se habían supuesto que eran los chicos nuestros. La vecina había denunciado a Julia ante la Guardia Civil, por una pista falsa. Resulta que descubrió desde la carretera hasta la puerta de nuestra casa un reguero de alfalfa. Pero es que los chicos estuvieron por la mañana en el almacén para comprar alfalfa. Habían salido para alquilar un carro y se trajeron la carga de alfalfa para el ganado. Julia no se amilanó:

—Mis chicos no han quitado la alfalfa a nadie, pueden ustedes comprobar a la hora en que han llegado, a las doce de la noche, porque estuvieron en el bar hasta esa hora.

Los guardias se fueron, pero a buscar a los chicos, donde Julia dijo que posiblemente estuvieran.

Los chicos dieron la misma declaración que su madre. Volvieron de nuevo.

Julia dijo entonces:

—Esta alfalfa es mía y se la he comprado a fulano.

El dueño de la alfalfa robada se vino con la pareja de la Guardia Civil y comprobó sobre el terreno nuestra alfalfa y unas briznas de la suya. Concluyó:

—No, señor, esta alfalfa de la Julia no es como la mía, no es como la que nos han quitado a nosotros, es distinta.

La pareja de civiles se marchó, visto que los culpables del hurto no éramos nosotros. Pero el disgusto me lo llevé yo, agazapado como una liebre en el cuarto de atrás donde guardábamos la alfalfa, la paja, los útiles y el molinillo, mientras contenía la respiración el mayor tiempo posible y escuchaba el diálogo entre los emparejados y Julia.

La primera y la única salida que hice en los años de encierro a la ciudad fue muy poco antes de inaugurarse el nuevo barrio del «4 de marzo». Yo hasta entonces no había salido a la superficie porque no sentía necesidad de hacerlo. La ciudad no me llamaba. Ya, la cuestión de la seguridad personal no me acuciaba tanto. Al cabo del tiempo los seres se transforman físicamente y habían pasado tantos años que ya sería difícil que salvo verme muy de cerca y largo tiempo algún conocido hubiera podido descubrirme.

—Bien, hala, vamos al «4 de marzo» y paseamos por Valladolid —dije a mi mujer y a mi hija. Lo hacía más por ellas que por mí, por acompañarlas y por sentir que en el fondo el cerco había cedido. Nos sentimos más libres de movimientos. Enganchamos la yegua, una hermosa yegua, a un carro atartanado que teníamos y salimos hacia nuestro primer paseo después de tantos años. Yo me acordaba de momentos impresionantes que había vivido, en el maíz, en el pozo, en la finca y en especial en la casa. Como aquel día que paseaba por mi habitación. Una de nuestras ventanas daba a lo que hoy es Farmacia Militar. Yo paseaba con un libro en la mano cuando de golpe, me da un vuelco el corazón. Un guardia civil que mete la cabeza y dice:

—Aquí es.

Instantáneamente rectificó:

—No, no es aquí.

La ventana daba a campo yermo y estaba abierta de par en par. ¿Quién podía pensar que asomaría la cabeza, por allí, un civil? Entonces, el guardia se dirigió a otra ventana del mismo bloque donde vivía un vecino, un amigo suyo. El guardia era de Zaratán y los labradores le daban legumbres, embutidos, los traía a la ciudad y los vendía a sus conocidos. Después del susto de la ventana le vimos otras veces. Venía el hombre cargado de ocho o

diez kilos de legumbres y se los cedía a los vecinos por tanto o cuánto. Eran años de gran escasez y de miseria.

Mientras enganchaba la yegua al carro, minutos antes de salir hacia el «4 de marzo», en una época en que las pesadillas para mí habían acabado aunque prefiriera permanecer aún oculto, recordé aquella noche en la finca, por Reyes. Dormía en el lagar. Cogía cuatro trapos viejos, unas mantas viejas de las mulas y me tapaba. Algunas noches el termómetro bajaba hasta diez bajo cero. Aquel día por Reyes se presentaron en la finca unas familias de Villalón amigas de mi protector Maximino. En la finca había habido en tiempos un cachicán de Villalón y había mantenido con Maximino buena amistad. El cachicán estaba preso en la cárcel de Valladolid. Así, la mujer del capataz y otras del pueblo vinieron a traer ropa a los maridos presos. Se acercan a la finca. Maximino me puso al tanto:

—Mira, están aquí los familiares de Villalón; allá a media noche, cuando comprendas que nos hemos acostado te cuelas en la cocina. Yo te dejaré bastante lumbre para que resistas así parte de la noche.

Al llegar la media noche crucé hasta la cocina, sin que ladrara el perro guardián que se había hecho ya a mí. No hago más que meterme y me he acurrucado en la cocina cerca de los rescoldos de la lumbre cuando tan, tan, tan, tan, llaman a la puerta. Yo veía sin embargo que las familias se habían acostado y dormían, dos o tres en cada cama. Con lo único que me había quedado yo era con una almohada y con una manta de mula. Tan, tan, tan, repiten la llamada a la puerta. En esto, que los oigo hablar y que reconozco sus voces. Uno de ellos era el cuñado de Maximino. Venían a arreglar los papeles como hijos de viuda que eran. El hecho es que se presentaban de improviso a casa de Maximino para pasar la noche. El cuñado era conocedor de la casa y sus dependencias. O sea que al no obtener respuesta se fueron a llamar a otra puerta. Es el momento que aproveché yo para entrar en el cuarto de Maximino.

—Ha llegado tu cuñado con otro. Llaman a la puerta, yo me voy de la cocina…

Cogí la ropa, la manta y al cruzar, en medio del patio, por la precipitación se me cae la almohada. Entonces llegan el cuñado y el otro,

mientras Maximino les abría, y se encuentran con la almohada en medio del patio:

—Maximino, que hay aquí una almohada, qué raro, ¿a quién se le habrá perdido? —dice el cuñado.

Mi primer viaje al exterior no me dejó una huella especial. Lo hacía sin gran interés y nuestro paseo en la tartana por Valladolid me hizo ver que la ciudad estaba transformada y que los años la cambiaban. Sin embargo el paso, el efecto del tiempo sobre la ciudad, y sobre la vida de mis vecinos lo seguí mejor a través del observatorio de mi casa. Vivía al lado de la carretera y había visto subir el tráfico de vehículos y la renovación de las marcas. El primer año, desde mi casa, que daba a la carretera comprobé lo mal que vestía la gente. Veía desde la ventana pasar a la gente, que con mantas teñidas se había confeccionado abrigos o chaquetones. Luego a medida que pasó el tiempo comprobé que se vestía mejor, que se notaba el dinero en los hogares y sobre todo por el tráfico, que la revolución del automóvil era una realidad. Una realidad que se me apareció ya casi monstruosamente dentro del casco urbano, en la primera hora que salí a declarar en 1964. Las calles de la ciudad estaban embotelladas de coches.

La televisión la había visto ya en casa de un hijo, que la tenía. Aunque vivía distanciado, una noche fui a ver el aparato, por curiosidad. Era bonito, pero yo pensaba siempre en lo útil que la radio me había sido. Tardamos mucho en comprar un aparato porque mi mujer no quería meterse en gastos, pero me fue de gran ayuda, para distraerme. Tenía nuestra radio, dos ondas, la corta y la larga, y alcanzaba a casi todo el mundo. Yo manipulaba el dial en busca de nuevas emisoras. He oído prácticamente todo el orbe. Lo que nunca llegué a sintonizar fue América porque no tuve paciencia. Así, escuchaba Moscú, Pekín, Alemania, Londres. La radio me configuraba la idea del mundo exterior, de lo que sucedía fuera de mis cuatro paredes. Sobre todo en los años decisivos de la Segunda Guerra Mundial. De nuevo, el resultado de esta guerra a escala mundial podría con sus alternativas o sus complicaciones cambiar mi vida, incluso volverme a la normalidad, a la libertad, si los aliados intervenían en territorio español. Jamás me cupo duda de que la guerra la ganarían los aliados como también pensé siempre

que tarde o temprano España se vería envuelta en el conflicto. Yo echaba mis cuentas en este sentido:

—Ésta es una guerra total. Franco debe en gran medida su victoria del 39 a las potencias del Eje. Es natural que haga causa común con Roma y con Berlín.

Pero, como tantos otros, me equivoqué, y con el bloqueo diplomático supe que España se había salvado del peligro y que yo seguiría emparedado.

La radio, los libros y algunos periódicos me sirvieron de distracción. Durante un tiempo me dio por leer el diario *Pueblo* de Madrid porque pensé que informaba más y con atrevimiento hasta que caí en la cuenta de que no. Pero mi mejor fuente de información fue en todo tiempo el boletín de las autoridades. Eran unos boletines de régimen interior, que sólo circulaban entre las autoridades. Me los facilitaba un amigo mío, que hacía la limpieza en el Ayuntamiento. Estos boletines confidenciales daban más detalles que la prensa, uniforme toda ella.

La vida en familia la hicimos como si nada de extraño ocurriera en mi vida, o distinto a los demás maridos o padres.

Los cumpleaños se han celebrado todos, las fechas señaladas, las fiestas, las Navidades. Las bodas de plata de nuestro matrimonio las celebramos con normalidad, con nuestros hijos y un par de amigos. Los santos se han celebrado también. Y las bodas. La primera, de la del primer hijo, como los consuegros eran lejanos familiares, se dio el almuerzo para los invitados a la ceremonia y luego la cena se dio en nuestra casa, en la intimidad.

Por mucho que cueste creer, al transcurrir los años yo llegué a sentir que mi modo de vida era natural. Mis hijos se habituaron desde el primer día. Al que más se lo escondimos fue al tercer hijo, el segundo varón, por su edad y porque había vivido con los abuelos en Rueda. Lo supo a última hora, cuando ya fue mayorcito. El hijo mayor lo supo todo desde la primera hora, desde que su madre lo trajo del pueblo para vivir con nosotros y se lo llevó a la fábrica donde manipulaba papel y donde servía de recadero; los niños eran responsables y serios. Antes, en los años de la finca, los cuatro chicos de Maximino se portaron magníficamente: eran mis espías y observadores. Andaban de acá para allá pendientes de si acudía gente, para avisarme con tiempo. Utilizábamos unas claves por las que señalaban que había peligro o

que no lo había. No sólo me advertían sino que como en la finca se daba abundante la fruta, me guardaban racimos, peras y manzanas.

Lo que me ayudó también en gran medida a superar la crisis de aislamiento y de desánimo fue, ya lo he dicho, la confianza en que la segunda guerra modificaría el panorama político de España con el triunfo aliado. En ese caso, con la vuelta de una República yo me reintegraría a mi cargo. Me consideraba con prestigio suficiente como para volver a salir reelegido. En cualquier caso, con cargo o sin él, hubiera salido adelante en un puesto cualquiera; hubiera vivido de mi trabajo. Lo que nunca he sentido, ni antes ni ahora, ha sido rencor. Alguien puede pensar que yo al verme en una situación de fugitivo y perseguido y al volver a un teórico triunfo de la República en mi cargo, sacaría mi lista de víctimas y diría: «Tengo que apiolar a éste y al otro». No. Por ejemplo, se me ha insinuado quién es el asesino de mi padre. Se podría producir en mí una reacción revanchista, pero he reflexionado profundamente sobre lo que pasó, fue una circunstancia pasional y violenta como ninguna la que se desencadenó en España. Ni aún dentro de ese torbellino de venganza y liquidaciones hubiera servido para matar a nadie. Otros está bien claro que han servido.

El caso del asesino de mi padre puede que sea el que más directo me llegue al corazón y a la cabeza; ¿voy a tomarme la revancha con él, a aplicarle la ley del Talión? Pero su muerte ahora, a mis manos, se consideraría como delito común, y yo dejaría mi casa empobrecida; mis hijos consternados se verían en la obligación de ayudar a su madre. Pero sobre todo es que entraríamos en el círculo vicioso de la venganza. Yo mataría al asesino de mi padre, luego sus hijos a su vez me matarían a mí o a alguno de mis hijos y sería una cadena de crímenes sin fin. Eso, ni hablar de ello. Lo que a mí me gustaría, sé que mis ideas son simples pero son al fin y al cabo las mías, es que en la humanidad se creara un movimiento psicológico de hermandad, de respeto de unos a otros, una democracia de la igualdad. Respetar, después de unas elecciones, a las minorías. Ésa era mi filosofía. Yo he sido siempre un idealista. Creí a pies juntillas en la Sociedad de Naciones y más tarde en las Naciones Unidas. No es que fuera un idealista simplón y tonto. Sabía valorar el alcance de los acontecimientos históricos. En los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, subió de

visita un matrimonio amigo, del pueblo. Él había estado preso en Valladolid y trabajó de panadero durante un tiempo, hasta que decidieron volver a Rueda. En la despedida, recién estallada la Guerra Mundial, mi amigo el panadero me preguntó:

—¿Cuánto crees que puede durar esto?

—Yo creo —respondí— que una guerra de éstas puede durar cuatro o cinco años.

—¿Y qué vas a hacer, Eulogio?

—Seguir así, como estoy, oculto, a ver qué ocurre en la guerra.

—Pero ¿vas a tener paciencia para estar encerrado cuatro o cinco años? Yo no resistiría más allá de unos meses.

—Sí, hombre —le dije—, ¿por qué no?

Pero la guerra no resolvió nada, ni la Sociedad de Naciones, mejor dicho, las Naciones Unidas, que fue la hija que le nació a la Sociedad de Naciones. Llegado el tiempo he sentido que perdía aquel idealismo del principio. En una palabra, que me he desilusionado al paso de los años. De 1945 a 1947 esperé en vano una solución para España que me permitiera salir a la luz. Un gobierno democrático en España hubiera sido mi salvación. Pero las advertencias de las Naciones Unidas al gobierno de Franco, que yo seguí a través de la radio, no dieron resultado. Mi suegro seguía conmigo el desarrollo de las acusaciones y conminaciones al gobierno de Franco. Él murió el 20 de noviembre de 1947. Supo como yo que un cambio en la actitud de Franco significaría mi liberación a corto o largo plazo. Aquel 20 de noviembre, cuando se votó una resolución de la ONU que yo esperaba que fuera más enérgica, definitiva, mi suegro agonizaba en su lecho:

—¿Cómo va eso? —me preguntó con un hilo de voz—. ¿Hacen algo las Naciones Unidas?

—Todo va bien, parece que esto se arregla —le mentí. Mi suegro murió, las Naciones Unidas no supieron rectificar el rumbo del régimen español y yo me descorazoné a partir de entonces. Las Naciones Unidas no sirven ni servirán nunca para nada.

En lo que tuve suerte fue en la discreción de las personas que estuvieron al tanto de mi ocultamiento antes o después. Eran años en los que por

precaución la gente supo callar. Un período grave es el que abarca desde que mi hija salió para casarse hasta que vinieron a prenderme. Lo mío empezó a ser casi un secreto a voces. Durante dieciocho años lo supieron unos cuantos, pero el secreto se mantuvo. Después, cuando salí libre, hubo gente que vino a verme:

—Eulogio, yo sabía de lo tuyo, me lo dijo fulano, que era de toda confianza.

Algunos de los que supieron eran de derechas y han hecho la vista gorda. «Es cosa suya», decían. En este sentido no puedo quejarme del comportamiento de mis vecinos y amigos. Han sido prudentes, sólo hablaron en su cadena de relaciones, en su círculo, y si alguna vez la noticia trascendió a otros grupos tampoco me delataron. Pero algunos, en la conversación de una bodega, sin darse cuenta, me mentaban a mí como hombre vivo aunque oculto. Un día vendimos una partida de harina, de calidad, a un precio alto. Aquella operación se comentó en el barrio. En una bodega un parroquiano dijo: «Pues anda, la harina de Eulogio ha valido tanto o tal».

Había gente que se hacía a la idea de mi enclaustramiento y que al perder poco a poco el temor a las represalias de la posguerra dio por hecho en su pensamiento que mi situación no era ya grave. O es que en el fondo pensaban que no era responsable de matanzas y que un día u otro se me haría justicia. Todo lo que hice en mi trabajo público fue defender a las clases trabajadoras. Lo posible es que los patronos, en las reclamaciones de aumento de salarios, y en las huelgas subsiguientes me echaran a mí la culpa. Llegaron a pensar que yo era el instigador. Cuando lo cierto es que algunas de las huelgas que se produjeron en Rueda se hicieron en contra de mi voluntad. Porque siempre he considerado que una huelga es un arma de dos filos, arma que hay que saber manejar con oportunidad y tacto, porque así resultó que en la huelga más larga que tuvimos en Rueda, ganamos moralmente, el derecho estaba con nosotros, pero económicamente la perdimos y nos produjo enojosos trastornos. En fin, que si yo sigo con vida es porque jamás tuve enemigos directos. Alguien que pudiera decir, incluso al cabo de los años: «Ése mató a mi padre o a mi hermano y en cuanto dé con él, me lo llevo por delante». No. Mis únicos enemigos directos en los

28 años de emparedamiento fueron la soledad, alguna depresión, la escasa o inadecuada alimentación, el temor a ser descubierto, la enfermedad.

Me cuidaba y medicaba yo mismo recordando lo aprendido como cabo de botiquín en Marruecos. En mi casa, cuando Julia se marchaba al trabajo en la fábrica permanecía la cocina bien encendida. Era una habitación reducida y es natural que el carbono influyera en mí. No hacía movimiento ninguno, porque vivía como paralizado para que no sospecharan. Llegó un momento que entre el carbono y la inmovilidad no hacía bien las digestiones. Sólo digería la leche. Tuve un problema de riñón. Los días que más grave me sentía, si comía lechuga, sardinas o garbanzos ese día estaba molido. Julia se presentaba al médico haciéndole creer que estaba enferma: «Oiga, doctor, que me duele la boca del estómago y me dan espasmos». Era lo que a mí me sucedía y así el doctor le recetaba pastillas para el mal. Llegué a creer que sólo digería la leche. Eran años en que escaseaban los alimentos, estaba todo racionado, y menos mal que nuestros lecheros nos consideraban mucho. La base de nuestra alimentación era la leche, leche pura. Yo llegué a padecer frecuentes desprendimientos. Un día, al esforzarme para defecar, que iba a hacer la necesidad, pom… sangre. Oriné sangre, sentí un gran dolor. Sucedió el 30 de diciembre de 1945. Me dio el acceso hacia las doce. Era domingo. Esperaron a un médico a la salida del fútbol. Según los síntomas que le describió Julia, el doctor me hizo el recetario. Llegué a estar grave, pero me curé de la nefritis y ya no hube de hacer frente a otros problemas de salud. Salvo el fortísimo ataque de nervios que sufrí, el único que he tenido en mi vida. En aquella época me empaché de lectura, y entre que estuve peor mantenido, un mediodía, hacia las dos comencé a sentirme extraño, no encajaba. «Yo siempre vivo sosegado y ahora siento que se me rompe algo por dentro».

—Que me da un acceso, Julia —grité.

Y me dio un ataque de nervios. Me metí en la cama y esperé a que se me pasara. Por fortuna se me disipó. Desde entonces y por un tiempo dejé de leer, notaba que la lectura me debilitaba. Entonces me puse a cuidar de los gatos. Porque llegamos a tener varios gatos, me divertía observarlos y jugar con ellos, aunque en un principio pensé que el gato se espantaría. Un día salía el animal haciendo «fu» y podría dar la sensación de que allí

ocurría algo extraño. Bastantes preocupaciones tenía yo como para pensar en mimar gatos. Pero un día una gata preñada apareció por el tejado, parió y crió en el desván. Estaba escuálida, y no podía criar a sus gatitos. Nos dedicamos a tirarla residuos de comida por los tejados. La gata terminó por identificarse con nosotros, entró un día tímidamente y ya dormía a veces en casa. Hasta que decidí que teníamos que echarla mano para instalarla en casa y que fuera nuestra. Recogimos también a las crías. Bautizamos a la gata madre como «Bienvenida». Se portaron siempre muy educadamente. Jamás se subieron al cubo de la comida, o a las sartenes del fogón. Parían y ponían como ratas de modo que tuvimos una amplia familia de gatos, hasta que los vecinos empezaron a colocarlas venenos. Murió una, luego otra, luego el gato, «pues ésta ha amanecido hoy muerta», me informaba Julia. Se comían venenos y ratas envenenadas.

Pasaron los años y yo me acostumbré a mi reclusión. Compramos la radio, y comíamos mejor, pero no vi llegado el momento de salir. Las amnistías que daban nunca me convencieron. Conocí casos de gente oculta, uno de ellos de Medina del Campo, que fue preso durante ocho años. Hubo otro caso, el de un ministro de un gobierno regional, que volvió a España cuando la primera amnistía. No lo mataron, pero fue encarcelado. De modo que no, que no era cosa de confiar en las amnistías. Yo prefería reducirme en mi casa. Porque entre otras razones creo que influye el carácter, de inclinación a los vicios comunes. No he frecuentado cantinas, no me siento cómodo en ese ambiente. Tampoco soy hombre de numerosos amigos. Entonces, antes del 36, los tenía, eran revolucionarios. Ahora no, ahora sólo tengo amistades de vecindad, buenas, pero como políticamente no se habla de nada, sólo nos sentimos con muy escasos temas de que hablar. Prefiero la intimidad del libro, la lectura a la que volví después del ataque de nervios. He comprado algunas obras. Tengo varios volúmenes de Premios Nobel. Otros se van al bar y dispendian. Yo si tengo una cerveza me la bebo con mi mujer. Esto no quita para que sea un abstemio o un puritano porque cuando me encuentro con un amigo, nos tomamos una copa.

Julia

Los que fueron a buscarle no pudieron ser mejores personas, más amables y más educadas. Primeramente fueron a hablar con nuestro hijo. Eustaquio. No estaba en casa cuando llegaron. Mi nuera abrió la puerta:

—¿Eustaquio de Vega? —preguntaron.

—Sí, es aquí, para servirles —dijo mi nuera—. Es mi marido.

Era enlace en la fábrica y ellos lo sabían.

—¿Qué tiempo hace que su marido es enlace en la fábrica? —le preguntaron.

Mi nuera se asustó un poco al ver que eran policías.

—Pues no sé hace cuánto tiempo, como un año… —respondió.

—¿Dónde está ahora? —dijeron los policías.

—Ha bajado a hacer unas compras. Le toca entrar a las dos. No tardará en volver.

—Mañana a las nueve de la mañana que se presente en el Gobierno, que tenemos que hacerle unas preguntas.

Cuando apareció Eustaquio mi nuera le puso al tanto de la visita:

—Ha venido la policía.

—¿Qué querían?

—Que cuánto tiempo llevabas de enlace y que qué tal te va en la fábrica. Que mañana bajes al Gobierno.

—Bueno.

En el Gobierno, durante el interrogatorio con la policía mi hijo se quedó como mudo y no supo qué contestar:

—No sé nada —dijo.

—Mire usted —habló la policía—, nosotros le hemos llamado con el fin de que no se dé un espectáculo en la vecindad cuando llegue su hermana y reclame la herencia que le toca. Sabemos que su padre está escondido en casa desde hace veintiocho años.

—Yo no sé nada —insistió mi hijo—. Ahora si ustedes me dejan ir para consultarle a mi madre…

Le dejaron. Pero se vinieron con él dos de la secreta y dos de la Armada.

La policía lo supo, no es que lo afirmemos, por una declaración de nuestra hija menor. Creemos que nuestra hija había ido a pedir la herencia

de su padre. Repito que no lo sabemos de seguro porque nadie nos lo confirmó. Es que nos preguntaron que si teníamos alguna herencia pendiente y respondimos que no, que ninguna herencia, porque habíamos hecho las partes de tres. Ella no había nacido aún y claro, no le tocaba la herencia. Y debió acudir al juez para declarar que era una de las herederas y que no figuraba en el testamento. Se conoce que —nosotros nos lo hemos supuesto—, que le dijo el juez: «Si usted me trae el documento de defunción de su padre, yo la hago a usted heredera. Pero mientras no me traiga usted el documento, no hay nada que hacer».

—Es que mi padre vive. Está en casa —debió decir, nos suponemos que dijo.

Había vivido con nosotros hasta los 19 años en que decidió casarse a su gusto. Ella sabía que era hija nuestra porque nosotros se lo habíamos dicho, porque yo la registré como hija nuestra legítima.

Fui a dar a luz a Úbeda, provincia de Jaén, donde vivía una hermana, para que no se dijera, y allí la inscribí. Es que si me veían embarazada, a falta de mi marido, muerto o desaparecido oficialmente y yo con mi carnet de viuda, podrían suponerse que era de alguien. Nadie me comentó nada. Tan sólo una mujer.

Sacaba yo agua del pozo en el patio. La Antonina y la Pilar comentaban en el patio de ventana a ventana mientras yo sacaba agua del pozo. Le oigo decir a la Antonina:

—¿Qué haces, Pilar?

—Limpio los cubiertos —dice.

—Pues fregotea bien los cubiertos, sácales brillo porque el día del bautizo habrá que celebrarlo.

Se conoce que se habían puesto las dos cíe acuerdo, con la disculpa de abrillantar los cubiertos para sacar la conversación y dejarme en evidencia. Yo me callé. Entré en la casa y se lo dije a mi marido.

—Esto y esto ha dicho la Antonina a la Pilar,

—Déjalo, Julia, no te hagas mala sangre —pensó mi marido—. Cuando yo salga a la luz verán que es del matrimonio y dentro del matrimonio y si pasa cualquier cosa se sabrá también que es nuestro. Así, que no te apures.

De todos modos para que el escándalo no fuera grande, ¿dónde iba yo a dar a luz? Desde luego, aquí no. Fui lejos a ocultarlo, a esconder el nacimiento. Dejé a la recién nacida en Úbeda, con mi hermana. Yo me volví a Valladolid a los 40 días del parto. Desde aquí le hacía la ropita a la niña. Se la mandaba por el correo. Le enviaba también dinero para que mi hermana la criara. Al año y medio del nacimiento de la criatura vino mi hermana al pueblo. Nos quedamos con la niña como que era sobrina, hija de mi hermana la de Úbeda.

Nunca me llamó madre, aunque ya cuando alcanzó razón, a los 6 años, se lo dijimos. «Tu padre y tu madre somos nosotros. Tu tía es tu tía». Yo fui siempre su tía. En los repartos de la leche, donde fuera, en la misma casa era la tía, su tía, «Tía, decía, dame el dedal», «Tía, dame el pañuelo», «Tía, quiero un vaso de leche». Nunca pronunció en casa la palabra «madre». A mi marido le llamábamos el Güito, los niños, los nietos, le llamaban de esa forma en lugar de abuelo o abuelito. A mí me llamaban la Guapa en lugar de abuela o abuelita. Los niños que le nacieron a mi hijo fueron cuatro y vivieron con nosotros ocho años. El mayor de los nietos estuvo con nosotros hasta que el hijo compró un piso. Esto de los nombres eran curiosos caprichos de los niños. Cualquiera sabe lo que querían expresar con esos nombres, la Guapa y el Güito. Todavía nos lo llaman a veces. Cuando telefonean, cualquiera de ellos empieza:

—Oye, Guapa…

—Digo: vaya hombre, ya estamos en las mismas.

Nuestra hija menor vivió bien hasta que pensó de casarse. No hubo escándalo particular aunque la gente, a la larga insinuaba:

—Se parece totalmente al hijo segundo. Huy, huy, Pepita (se llama Josefa), qué parecida es a su primo Julito.

—Nada de particular tiene —contestaba yo— porque son primos carnales. Es hija de mi hermana.

—Sí, claro, decían entonces.

Pero ella sabía que éramos sus padres. Nos escribía como a padres. Era como la dueña de todo, porque en las entregas de la leche ella cogía el dinero. Cuando llegábamos a casa allí no se hacían cuentas. Ella dejaba la parte de su dinero cobrado, y yo el mío. Se juntaban sin más las dos partes.

No se llevaban cuentas de nada. En fin que era una hija y era bien. Lo que hizo de malo fue la boda:

—Espera hasta que cumplas los 21 años —le aconsejé.

Por el registro estaba claro que tenía los apellidos de Eulogio y por supuesto los míos. Estaba todo legalizado. Cuando se puso de novia yo la dije, digo:

—Mira, eres muy joven, no te pongas de novia tan pronto porque ya ves las circunstancias de tu padre. Ya sabes que tu padre está recluido aquí y si se descubre, ¿quién te dice que no lo llevan a la cárcel? Antes de que se lo lleven es mejor que esté con nosotros.

Total, que ella, nuestra hija menor, se puso de novia y yo la quité de que hablas con ese señor, con ese muchacho que es su marido ahora.

La pregunté un día.

—¿Qué es de aquel muchacho con el que alternabas?

Me salió con evasivas:

—Bah, sólo te ocupas de mí.

Trató de convencerme de que lo había alejado. Pero cierto día que estábamos en el reparto, se acercó hasta la estación. Cuando regresó, a las doce de la noche, la pregunté:

—¿Qué tal por la estación? ¿Mucha gente en los trenes?

—Vaya, contestó.

Nos acostamos. Al otro día fuimos a repartir la leche a los clientes. Cuando volvíamos de la leche, era un viernes, se me vino a la cabeza que era viernes y no teníamos comida almacenada.

—Es viernes y no tenemos qué comer, hija.

—Ahora mismo voy a por pescado —me respondió.

Como era muy tarde ya sólo quedaban bacaladillos en la pescadería. Fue lo que trajo, bacaladillos.

—Hija, esto a mí no me gusta —dije—. ¿No hay pescadilla o algo parecido? Bueno, haremos unas tortillas. Ahora lo malo es para cenar.

—Si comemos tortilla —dice ella—, cenamos huevos y si comemos huevos cenamos tortilla.

Era viernes de Semana Santa.

—Mira, hija, que aunque no sea muy religiosa me gusta observar las cosas. —Ese día comimos de huevo y la tortilla.

Mi hija acudía a coser donde una sastra. Confeccionaban pantalones. No la pagaba nada porque como en casa ya nosotras no cosíamos nada, ni interiores ni nada, iba adonde la sastra a gastar el tiempo. A las siete de la tarde yo me llegaba a buscarla, porque no era lejos, en la carretera del Pinar. Conque la fui a buscar y se conoce que el novio, su muchacho, se citaba allí con Josefa. Nosotros éramos ignorantes de eso. Cuando ese buen día salió para dar la leche a la sastra y otras, se quedó también a coser. En esto, que mi sobrina viene a decirme que me llaman por teléfono. «¿Quién será?», pensé. Unas horas antes los ganaderos me habían descargado un camión de alfalfa. Eran las seis y media y salía hacia el teléfono, que lo tenía una cuñada que vivía en el mismo bloque. Mis pensamientos iban hada los ganaderos de la alfalfa: «Si hemos hecho la cuenta y está bien hecha, ¿qué querrán ahora?»

Subí las escaleras y cogí el teléfono.

—Dígame…

—Que soy Manolo, el novio de su hija.

—¿Que es usted Manolo?

—Sí —repitió— el novio de su hija. Usted no lo ha sabido pero durante todo este tiempo su hija y yo hemos sido novios.

—¿Y qué quiere ahora?

—La llamo para decirla que su hija está recogida.

—¿Cómo dice?

—Recogida, que está recogida.

—Pero… ¿dónde?

—En un convento.

Bajé las escaleras a toda velocidad y corrí a decírselo a Eulogio:

—Fíjate, Eulogio, a Pepita nos la han llevado, ese hombre, ese Manolo. Ha tenido el rostro de que cuando salía la chica por la carretera nos la ha cogido y nos la ha birlado.

—¿Cómo nos arreglamos ahora? —dijo Eulogio.

La primera idea que se me vino a la cabeza fue la de salir hacia la casa de la sastra. Así lo hice.

—¿Y Pepita? —dijo.

—No está —me dice el marido de la sastra.

—Pero ¿no había venido con el cántaro de leche y a coser a las seis de la tarde?

—No, no —me dijo el marido de la sastra—. Y mi mujer tampoco está.

—¿Tampoco?

—No, tampoco está.

Volví a casa. «No ha estado con la sastra», informé a Eulogio. Me sentía nerviosa e impaciente. Así que regresé donde la sastra tres cuartos de hora después. Entro, sin llamar.

—Pues, ¿y Pepita?

—No sé, vino con la leche, nos la dejó y se fue.

—Pero ¿dónde se fue? ¿Y el cántaro de la leche?

Al fin la sastra me informó de la verdad.

—Vino el novio para llevársela al convento.

Lo había conseguido. Un día el novio se me había acercado y de sopetón me lanzó:

—¿Por qué no la deja usted casar conmigo?

—Mire usted —digo—, porque es muy joven, casi una niña. Yo no quiero que tenga novio, todavía.

No le iba a contar que su padre estaba con nosotros en aquellas circunstancias, escondido desde tantos años atrás. Lo de la situación se lo había ya contado mi hija. Es que mi hija tenía sólo 18 años.

—Es muy joven y no quiero que Pepita tenga novio. Usted ya es mayor, ha cumplido el servicio y todo eso. Para mí usted no es bueno ni malo, no le conozco a usted de nada.

Él siguió, como si tal.

—Yo acompañaré a su hija cuando quiera y como quiera, aunque usted se oponga.

A veces el novio nos seguía mientras hacíamos el camino de la leche. Iba a nuestra altura hasta los Sótanos. Nos daba la palmada. Pasó el tiempo y no volvió a acercarse. Trabajaba en un garaje. Yo le perdí la pista. Un día pregunté a Pepita:

—¿Qué es de aquel muchacho que salió a decirme que por qué no te dejaba alternar con él?

—Anda, pues como si no hubiera habido más chicas que yo —contestó mi hija—. A lo mejor hasta se ha casado ya y todo.

Era incierto, andaban en relaciones, pero sin darse a ver, hasta que aquella tarde me la ingresó en el convento. No podía yo darme por vencida. ¿En qué convento me habría depositado a la Pepita? Llamé a mi hijo. «Sabes que tiene un garaje en la calle de la Olma, allí te darán noticias del paradero de tu hermana».

Fue allí y no descubrió nada, salvo que había dicho la víspera a unas chicas vecinas que ingresaba como recogida en un convento, vamos, que se iba de casa y es más, que por mayo se casaba. Con Manolo. Hasta que no pasó la cosa las chicas no me contaron nada; si me lo dicen, otro gallo hubiera cantado.

—Sólo me he enterado de esto y esto —me dijo al volver mi hijo.

Hablé con las madres de esas chiquitas. Había un convento cerca de donde ellas vivían.

—Por favor, hablen con la madre superiora para ver en qué convento de la ciudad han recogido a mi hija.

Llamaron a las Arrepentidas, a orilla del Gobierno. La madre superiora preguntó a las monjas, que eran Adoratrices.

—Mire, llamo para saber si ha ingresado ahí una chiquita que se llama Josefa.

—Sí, aquí está —respondió la monja—. ¿Y usted quién es?

—Mire, soy la madre superiora del convento de San José.

Dice la monja al otro lado:

—Sí, claro, por teléfono puede usted ser la madre superiora o puede ser otra. No tengo por qué creerla por teléfono.

—Podrá verme mañana, ¿a qué hora me recibe?

—A las cinco de la tarde la espero.

Preferí no ir yo. Envié con la superiora a la mamá de una de las chiquitas. Cuando llegaron al convento, abrió la madre que recibe a las visitas.

—Venimos a entrevistamos con Josefa.

La madre de la portería se lo comunicó a la madre superiora. Ésta, preguntó: «¿Es alguien de su familia?».

—No, es la madre superiora de San José con una amiga.

Si era yo la que llegaba, no me recibía.

—Que pasen —dijo.

Como es natural la dijeron que Pepita se había ido. Mi hija había contado todo a las monjas. Que Eulogio, su padre, estaba oculto, recluido en casa. En este caso las monjas tenían que haberme llamado a mí. Decidieron:

—Mire usted, como es un asunto político, no le denunciamos, si hubiera sido un ladrón o un criminal hubiéramos llamado a la policía. Nosotras no diremos nada.

Cuando regresaron la monja y la señora me dicen:

—Si es usted no la recibe. Lo ha contado todo, que su padre está en la casa, que es hija de fulano y fulanita, de Vega y de la Mota, que tiene todos los apellidos, que nació en Úbeda. Así están las cosas.

Las monjas tenían que haberme llamado a mí, puesto que conocían ya todas las circunstancias, y haberme preguntado:

—Vamos a ver, ¿por qué se viene al convento esta hija suya?

Yo las hubiera respondido:

—Mire, es que no sabíamos que tenía este novio, porque el novio la ha escondido y ahora tratan de casarse ocultamente. Pero no admito que me birle a mi hija. Yo se la entrego y que se casen como Dios manda.

Podía haber sucedido de esta manera o parecida, pero las monjas no lo entendieron así. Pepita se me casó en mayo. Estuvo recogida en el convento desde el 1 de marzo hasta el día mismo de la boda, el 10 de mayo.

Pidió la herencia a los dieciocho meses de casada. Así fue, a través de la herencia, como Eulogio salió a la superficie. La pista de la herencia atrajo a la policía. Antes, en la primera entrevista que mantuvieron con mi hijo se le preguntó:

—¿Tienen ustedes alguna herencia así, entre manos?

—No, porque ya se hicieron las partes de los abuelos. Que yo sepa no tenemos herencias.

Cuando mi marido quedó libre por fin, una de las preguntas que le hicieron fue en este sentido: si tenía pendiente alguna herencia. Por eso hemos deducido que fue ella la que reclamó la herencia de su padre. La policía no nos dio explicaciones. Eulogio respondió que tenía como herencia lo que le había tocado de su padre, pero que todo lo que tuviera era suyo porque estaba vivo, era un hombre civil otra vez.

El juez, por su parte, diría a Pepita:

—Si usted me aclara que su padre ha muerto la haré heredera, pero si no me lo aclara, pues no.

Entonces ella dijo al juez:

—Es que mi padre vive.

Eso es lo que suponemos que dijo:

—Mi padre vive y lleva casi treinta años escondido en casa.

Eulogio

Al no acogerme a las amnistías que salieron en la posguerra no tuve idea de cómo se resolvería mi caso desde el punto de vista legal Pero al salir mi hija para casar y saberse mi situación, yo esperaba de un momento a otro el desenlace. Permanecía a la espera en mi sillón de mimbre, junto a la radio. Leía una carta de mi hija, intérprete entonces en Lloret de Mar. Estábamos aquellos días en tratos con un señor de una finca que nos abastecía de paja y alfalfa. Teníamos unos terneros y mandé al hijo mayor:

—Vete a la finca de Santana a hacer el trato.

Santana se dedicaba a la recría del ganado menor. El trato era: los temeros por la vaca, más una cantidad por la diferencia. Volvió mi hijo:

—Dice Santana que mañana o pasado hablará con uno que entiende para que examine a los terneros. Y que en seguida vienen.

Allí, sentado, esperé que vinieran. Oímos cómo entraban dos o tres paisanos.

—Mira —dije—, ahí están los de la vaca.

Pero dos pasos detrás venía la policía armada. Con lo que yo me resguardé en la habitación inmediata. Entraron para preguntar equivocadamente por el nombre de mi padre:

—¿Vive aquí Eugenio de Vega?

Yo escuchaba con la oreja pegada a la puerta de mi cuarto. «Esto ya se acabó —pensé—. Conque sea lo que tenga que ser».

—Eugenio era mi suegro —corrigió Julia.

—¿Y su marido, Eulogio?

Julia, ya, sin más pensarlo, confesó:

—Está en la cuadra y cuida a las vacas.

Y se echó a llorar.

Era el 30 de septiembre de 1964. Me presenté:

—Buenas, ¿qué desean ustedes de mí?

—Venimos a liberarlo —dijo uno de los policías.

Yo tenía mis dudas, mi cautela, mi temor.

—No tema —insistieron.

Yo tenía mis razones para temer porque aquel octubre pasado, antes de la guerra, años atrás, también me llevaron a tomar declaración y de paso me sacudieron unas soberanas palizas en el Gobierno Civil. Luego el tiempo confirmó que era verdad lo que los policías decían. Todas sus palabras fueron de aliento y de esperanza, de liberación. Así resultó.

Me llevaron al Gobierno Civil. Cuando entramos, el policía le dijo al comisario:

—Aquí traigo al cartujo.

—Siéntese usted y relájese, que no le va a pasar nada —añadió el comisario.

Era verdad. Se me saltaron las lágrimas.

—Díganos, ¿tiene una hija casada?

—Sí, señor —contesté mientras me secaba las lágrimas con el pañuelo.

—Esta hija, ¿cómo se llama?

—Josefa de la Vega de la Mota.

—¿Tiene usted pendiente algún problema de herencia?

—Pues no señor. Problema de herencia ninguno, cuando mi padre falleció se hizo un expediente de defunción. Pasaron los hijos a ser herederos y las hijas de otro hermano que mataron y el otro hermano que vive. Nos repartimos lo poco que nos dejó nuestro padre.

—Y esta hija suya, Josefa, ¿dónde nació?

—En Úbeda, provincia de Jaén.

—Entonces ustedes trataban de ocultar a esta hija…

—Hombre yo no le voy a negar la ocultación, porque mi vida ha sido toda de ocultación. Y este episodio de Josefa no es más que un eslabón en la cadena de encubrimiento.

—¿Cómo sucedió entonces?

—El hecho es que mi mujer fue a Úbeda a dar a luz porque su madre, que la podía atender aquí, era ya anciana. En Úbeda tenía una hermana joven que la cuidaría, pero sobre todo es que en Úbeda no levantaría sospechas. Éste es su nombre y su filiación, Josefa de la Vega de la Mota, fue bautizada en la iglesia Santa María de Úbeda, el día 19 de marzo de 1944.

—Cuéntenos sus años de ocultación. No se preocupe, no le va a pasar nada. Usted habrá oído la Pirenaica… la radio extranjera, que si hacemos esto o lo otro o dejamos de hacer, ¿no?

—Pues mire, francamente yo lo que más escucho es Radio Valladolid, Radio Nacional de España y la BBC de Londres porque creo que de las emisoras extranjeras es la que informa mejor.

El comisario continuó el interrogatorio:

—Usted ocultó a su hija Josefa y la hizo que naciera en Úbeda, ¿cómo reaccionó cuando su mujer le dijo que estaba embarazada?

—Comprenderá que para cualquier padre el nacimiento de un hijo es motivo de alegría. En este caso mi alegría podía estar atenuada porque la llegada de este hijo comprometería mi vida. La pusimos nuestros nombres con el convencimiento de que si se descubría no había delito. Podía incluso haber cometido infanticidio para evitar el compromiso. Sin embargo, mi vida de fugitivo era consecuencia de la guerra. No había hecho otro mal que pensar de distinta manera a los que ganaron. Yo era una víctima de la pasión sentimental, política, de las gentes. Si llegaba a cometer infanticidio podían suceder dos cosas: o que se supiera o que no se supiera. Si se sabía era un criminal. Si no se sabía yo quedaba a solas con mi problema, con mi delito y no merecía vivir. Entre vivir sin merecimiento y morir tras haber sido descubierto yo preferí el riesgo de morir, pero que mi hija llevase mi apellido.

—Menos mal, menos mal —respondió el comisario—. Eso está muy bien.

Ellos insistían en que hablase sin temor: no me sucedería nada. «Cuéntenos los episodios fundamentales de su vida. Tenga un poco de paciencia que pronto quedará resuelto todo», añadieron.

Esto me hizo gracia porque me parecía mentira que pudiera aconsejárseme paciencia a mí, por tardar unas horas, después de llevar 28 años encerrado.

Obraba sin embargo con precaución, temeroso de que en alguna mesa podía haber emplazado algún magnetofón, y si me deslizaba en algún tema resbaladizo pudieran agarrarme. No dije nada punible porque nada punible había hecho, lo único que traté de hacer fue salvar mi vida de los dolores y de las pasiones desatadas por la guerra.

Transcurrió así la conversación. Ellos insistieron.

—La vida de usted es una vida muy humana, cuéntenos todo. ¿No salió jamás de casa?

—Salí una vez en el carro, al «4 de marzo». Como en El Quijote, lo que me interesaba, más que ver, era no ser visto.

—¿Usted ha leído el Quijote?

—Sí.

—Ya se ve —añadió el comisario.

Entonces un policía, que se apellidaba Paniagua, dice:

—Es muy humano, pero ¿es usted creyente?

—No, señor.

—Vaya hombre, nos lo ha estropeado usted. Sepa que teníamos el propósito de exhibirle como ejemplo, pero como usted comprenderá no vamos ahora a presentar a la población un ejemplo humano y que usted resulte que es ateo. ¿Cómo no cree usted, hombre? ¿Usted no cree que arriba hay algo?

—Sí, contesté, arriba hay los astros y el cosmos, pero un dios propiamente dicho creo que no lo hay. Hay, eso sí, la naturaleza, que es muy superior a nosotros, pero nada más.

Eso les dije. Después hablaron con el juez. Ese día era ya tarde para que el juez interviniera y saliera yo libre.

—El hecho —dijo el comisario— es que el juez no puede resolver hoy su caso porque es tarde. Lo siento, pero tendrá que pasar aquí la noche, con nosotros.

Un policía me llevó a un cuarto, pasillo adelante, y me entregó a un soldado:

—Hazte cargo de este preso —ordenó.

—Ah, yo no me hago cargo —respondió el soldado.

Salimos del cuarto y en el pasillo, el policía me dijo, según íbamos:

—Mira, Eulogio (éste me tuteaba): como comprenderás en tanto el juez no intervenga eres un detenido. Nosotros respondemos de ti y nuestra obligación sería encerrarte esta noche en un calabozo. Pero yo a ti no te meto en ningún calabozo. Quédate aquí.

Más tarde el comisario se despidió:

—Señor, yo ya me voy, hemos terminado. No creo que le condenen porque usted bastante condena ha sufrido ya en 28 años de ocultación. Diga usted al juez todo lo que sea justo, la verdad, pero nada que le comprometa.

Esto me dijeron los policías y nada malo puedo contar de ellos.

Julia

Por aquellos días estaba en tratos con unos señores. Les vendía unos terneros y ellos a mí una vaca. Habían quedado en venir aquel mismo día. Leía una carta de mi hija mayor, se la leía en voz alta a Eulogio. Escuchamos ruido, como de alguien que entraba. «Son los de la vaca», dije a mi marido. De pronto veo las gorras de los de la Policía Armada.

—Eulogio, es la Armada —exclamé—. Vienen hacia aquí.

Me sobresalté.

—Pues que vengan —replicó Eulogio.

No se asustó, al menos aparentemente. Había esperado 28 años aquel momento. Yo me eché a temblar. Salí al portal y él se quedó en el cuarto. Me hablaron los de la secreta:

—¿Eugenio de Vega? —preguntaron.

—Era mi suegro.

Rectificaron:

—No, no, perdone: Eulogio de Vega…

—Era mi marido —contesté.

—Somos de la policía y venimos con la intención de entrar en la casa y registrarla.

Estaba claro que lo sabían. O sea que cambié de táctica:

—No es necesario que registren la casa, yo le llamo:

—Eulogio, unos señores preguntan por ti —levanté la voz para que me oyera desde el cuarto.

Salió.

—Venimos a ponerle en libertad —dijo el de la secreta.

—Que así sea —respondió mi marido.

—Nada, nada, que no tiene por qué alarmarse, hemos dicho bien, a ponerle en libertad.

—Muchas gracias.

—Convendría —intervine yo— que le dejaran cambiarse de ropa porque está con el traje de faenar en la cuadra.

—Ya sabemos que tienen ustedes vacas —dijo uno de la secreta.

En efecto, lo sabían todo.

—Puede cambiarse de ropa —decidieron.

—Lo único que les suplico es que no me lo maltraten —les pedí yo.

—No, señora —fue su respuesta—, ni hablar; ya verá usted cómo ha de venir pronto, contento y libre.

—Agradecida. Dios se lo pague.

Y así sucedió, como me habían dicho. Al otro día a las doce estaba ya en casa, libre como un pájaro.

Se demostró lo que ya sabíamos: que era inocente, que nunca había hecho nada malo. Sólo le paralizó y le retuvo el temor, el miedo por los muertos que hubo, incluidos su padre y su hermano. Él quiso librarse de la muerte y lo consiguió. «Me quiero librar de la muerte, no me cogerán, haré lo que sea», había decidido.

Poco después de llevarle con ellos los guardias, había mandado venir a mi hijo:

—Vete y lleva ropa a tu padre, una botella de leche y comida.

Cuando mi hijo llegó, Eulogio estaba en el puesto de guardia. Volvió para contarme lo que había visto:

—Mi padre está muy conforme. No se le ve excitado, ni tiembla.

—A ver qué pasa —dije yo.

Así pasamos el día y la noche, en vela. Pero a las nueve de la noche y al ver que no aparecía le dije a mi hijo:

—Anda, vete a llevarle otra botella de leche.

—¿Otra botella?

—Hombre, a ver, alguna disculpa debes tener para volver al puesto de guardia.

Llegó, y lo mismo. Su padre seguía allí. Volvió. Yo estaba impaciente:

—Sigue allí, en el mismo sitio que le vi esta mañana está ahora.

Así transcurrió la noche del treinta de septiembre de 1964. Al amanecer tenía que hacer el reparto de la leche, porque eso no lo podía abandonar. Llamé a mi hijo otra vez. Dije, digo:

—Vete y le llevas otra botella de leche.

Fue y estaba donde siempre, en el puesto de guardia. Habló con él y le avisó:

—Ahora mismo me dan la hoja de la libertad.

Ya mi hijo se esperó. Le acompañó un guardia para darle la libertad en el juzgado. Repartí a toda prisa la leche y volví a esperar a casa. Dan las doce y nada. Que nadie venía. Estaba pendiente, nerviosa, del reloj y hacia la una de la tarde digo al nieto mayor:

—Tu padre no viene, y el abuelo tampoco.

Mi nieto me ayudaba a cuidar del ganado. Tenía 14 años.

—No viene tu padre. ¿Qué será de tu abuelo?

Conque ya iba a salir el chiquito al patio de la casa y de repente se pone a gritar como un loco, de modo que yo salté sobre la silla.

—¡Ya vienen!

Asomé en seguida. Escuchaba el ruido de la moto de mi hijo. Alcancé a ver no sólo a mi hijo sino el pelo blanco de Eulogio.

—Huy, ¡si vienen los dos! —grité—. ¡Si viene tu abuelo también!

Me eché en los brazos de Eulogio y eso fue todo, el final de los veintiocho años.

—Soy libre —me dijo.

Era el día de mi cumpleaños.

Ese día, mandamos una conferencia por teléfono a la hija mayor que vivía en Barcelona. A las seis de la tarde nos llegó la conferencia. Me puse al auricular. Ella pensó en seguida que era para regañarla porque como todos los años me enviaba un telegrama de felicitación y ese año se le había pasado. O pensaba que yo estaba intranquila por no recibir el telegrama. Las primeras palabras que la dije fueron:

—Hija, en este momento dan la libertad a tu padre.

—No me diga, madre —contestó al otro lado desde Barcelona—. No me diga, madre, que es verdad, no me lo diga…

Puse a su padre al teléfono para que se lo confirmara:

—Soy tu padre —habló— que estoy en la calle, estoy libre, me han puesto en libertad, que estoy en casa de tu tía.

—Tengo que ir a verle, padre, es una alegría grande —dijo mi hija.

Al otro día recibimos un telegrama de Barcelona, y ya vino a ver a su padre en libertad.

Mi cumpleaños lo celebramos otro día. Invité a todos los hijos y a todos los nietos. Menos la hija pequeña.

Eulogio

Al salir libre, para siempre, me sumergí en las calles de Valladolid y mi primera impresión fue de nostalgia. Cuando llegué de Rueda a Valladolid sucedió que muchos me conocían ya de referencias. Teníamos en pie una organización y la gente me reconocía, los de la Tierra teníamos miles de afiliados. Aquellos años antes de la guerra nunca daba un paso por la calle sin que alguien me reconociera y viniera a saludarme. En octubre de 1964, al verme libre, comencé a recorrer la dudad y a identificar las casas o los comercios de mis amigos. «Aquí trabajaba fulano —pensaba—, aquélla es la casa de mengano». Claro, ni fulano trabajaba allí ni mengano vivía en aquella casa. Este hecho me impresionó porque me dio más que otra cosa la sensación del tiempo transcurrido.

Casi nada estaba donde estuvo. Ahora encontraba la ciudad inundada de coches y de gente que desconocía. Ya nadie venía a saludarme. Sólo han quedado dos o tres hombres que conocí y traté antes del 36. Después he intimado algo con uno de ellos que vive en San Pedro Regalado. A veces, en plena calle, entre el torbellino de gente localizaba un rostro que me era familiar: «Éste se parece a Rubiano», pensaba para mí. Pero luego hacía un cálculo de la edad y comprendía que no podía ser, Rubiano era más viejo. Yo he visto con claridad después de 28 años de asilamiento lo mucho y lo profundo, que se transforman los seres. Porque la memoria guarda la imagen de la última vez que se les vio y cuando han pasado treinta años esos años han dejado huella. Sin embargo, a algunos les he reconocido por los ademanes. Cuando empecé a vivir en libertad y se publicó mi caso acudieron antiguos amigos a verme a casa. Desde la ventana yo los veía entrar por la reja de casa y hablar con Julia. No los reconocía, pero por la manera de andar, por los ademanes sabía quiénes eran. Cuando se me echaban encima, cara a cara, no los reconocía, es decir, que los identificaba más por el aire que por el físico.

Durante los dos o tres primeros meses de mi liberación el trasiego de gente fue continuo. Algunos me confiaban: «Ya sabía lo tuyo, pero no me atreví a acercarme». Otros se impresionaron vivamente al conocer mi relato. Y lo que pasa, sufre uno decepciones. En una situación como la mía es cuando se sabe a carta cabal quiénes son los amigos de verdad y quiénes los enemigos. Cuando era secretario provincial o alcalde Rueda los arribistas me halagaban y no me daba cuenta. Ha pasado el tiempo y muchos de los que yo creía que eran amigos se ha demostrado que no lo fueron nunca. Al contrario, gente neutral que conocía el caso y lo analizaba me ha mostrado espontáneamente su simpatía. Incluso me han ofrecido ayudas económicas que por fortuna no he necesitado. Han sido a la postre muchos más los desconocidos que se han compadecido de nosotros que los que, por conocidos, esperamos su visita y no han venido.

Al salir tuve tiempo de revisar la situación de los mejores amigos. Uno de ellos, sin nosotros saberlo, había fallecido en Rubi de Bracamonte, donde era panadero. Cuando llegó el día de Todos los Santos alquilamos un coche para ir hasta el cementerio donde descansaban sus restos mortales,

depositamos un ramo de flores. Ya, de camino, paramos en Rueda. Fue mi primera visita al pueblo donde había sido alcalde. Visitamos a la anciana, contaba 98 años, sólo a ella en todo el pueblo, porque fue la única que se arriesgó a traer el recado de que una vecina, la borracha, me había descubierto. Esta anciana, que ahora estaba paralítica, al cuidado de un hijo soltero, dos años mayor que yo, fue también la única que tuvo el valor de llegarse hasta las rejas de la cárcel para comunicar con mi mujer presa. Los demás, aun estando yo libre, me huían. Les seguía el miedo.

Hemos pasado algunos inviernos en Barcelona con nuestra hija y temporadas en Vitoria. Trabajo en un hotel de lujo como conserje interior. Al principio, cuando me lo ofrecieron, dije que ya vería. Puse una condición: «Si hay que vestir uniforme no lo acepto, yo a estas edades me sentiría ridículo vestido de uniforme».

Me toca controlar el personal que entra y sale. Pongo la hora, compruebo las entradas y salidas.

Ésa es mi vida. Mis ideas políticas apenas han cambiado. Lo que yo desearía para España es un socialismo moderado, un socialismo modelo europeo, por ejemplo, como el de los laboristas ingleses.

OceanofPDF.com

11. SARGENTO RAMÓN «EL TOTO».

Ramón Jiménez (Arcos, Cádiz).
Nueve meses escondido

Sentados en un banco de piedra que corre junto a la verja, de espaldas a la plaza llena de automóviles con placas de diversos países, de espaldas a la iglesia de Santa María, unos cuantos viejos miran el espléndido precipicio que se abre a sus pies. Abajo, los campos verdes —alcornoques, viñedo, huertas— rezuman el vaho que envuelve el pueblo blanco y hermosísimo, uno de los más bellos de España: Arcos de la Frontera. Sobre las aguas del río Guadalete, quietas y cubiertas de verdín, las palomas describen circunferencias grandes e irregulares antes de ocultarse en el farallón en cuyos recovecos anidan. Las chicharras anuncian desde los olivos que los calores estivales no van a remitir.

Uno de los viejos señala un punto indeterminado en el campo, que parece hundido bajo la calina; un punto perdido en la bruma del mediodía. Hasta hace solamente dos años en ese lugar existía un *chaparro* enorme, grueso como el círculo que abren dos hombres con los brazos abiertos y las manos cogidas, un alcornoque cuyo interior hueco le salvó la vida. Ramón el Toto está a punto de cumplir los setenta años: nació en 1907 en este mismo campo de Arcos. Casóse muy tarde, casi con cincuenta años, y ahora vive en una barriada nueva del pueblo llamada La Paz, por la carretera de Ronda, en una casita fresca, limpia, blanca y acogedora. Ramón el Toto, sargento en activo, caballero mutilado (es decir, *caballero* por ser mutilado

en el bando franquista), está muy gordo, casi completamente sordo y apenas le deja respirar un asma agobiante; además, cojea mucho de la pierna derecha; las palabras se le deslían en el paladar antes de salir al exterior… Recuerdos todos de la guerra.

Cuando se siente con ánimos sube hasta la cresta del pueblo, cruza la plaza por entre el castillo medieval y el hermoso parador de turismo, sorteando el enjambre de automóviles, y se sienta en el belvedere para contemplar el campo desde arriba y para soñar en el viejo alcornoque ya desaparecido. Antes iba a visitarlo de vez en cuando con los amigos y ahora lamenta no poder enseñárnoslo a nosotros, «pero así es la vida».

Arcos, el pueblo en que se desarrolla esta historia, ha sido uno de los más revolucionarios de España. Fue cuartel general de las tropas de Riego en el pronunciamiento de 1820 a favor de la Constitución del 12; el pueblo se alzó también en la protesta de carácter republicano federal de 1869 y participó asimismo en el asalto anarquista al ayuntamiento de Jerez de 1892. Poco antes de la guerra civil, el noventa y cinco por ciento de las fincas del partido judicial no pertenecían a los campesinos que las trabajaban, sino a latifundistas que en su mayor parte vivían en Jerez, Cádiz, Sevilla y Madrid. En este sentido, Arcos de la Frontera, con unos veinticinco mil habitantes en la actualidad, se considera uno de los centros del latifundismo y, en consecuencia, de las rebeliones campesinas andaluzas.

Ramón Jiménez Sánchez, alias El Toto, era campesino, pero no rebelde. Incluso se estaba iniciando en una profesión, más tarde abrazada, típica del capitalismo: la de corredor, es decir, intermediario.

Estaba yo el día 5 de agosto en el campo y llegaron los fascistas y dijeron:

—¡Manos arriba!

Y yo, pues manos arriba. Hasta aquel día no había pasado nada, yo sabía muy poca cosa de la guerra. Pero el caso es que se presentaron aquí y cuando yo estaba con las manos bien levantadas, que en una tenía unas matas, me acuerdo bien, me dieron un golpe fuerte por detrás, aquí en la nuca. Tuvieron que darme con una piedra o una pistola, porque era duro. Yo

me caí al suelo y ellos me agarraron y me metieron en un coche y me trajeron a Arcos.

Nada más despertarme, me tomaron declaración y me dijeron que me marchase de allí.

—¡Hale, a la calle!

Yo empecé a andar tirando por una callecita para coger el campo y quitarme del medio. No quise pasar por la plaza porque estaban allí los fascistas reunidos, no fueran a tener otra tentación. Pero cuando ya iba por las afueras y ya estaba dándole fuerte a los pies, me ven unos fascistas que subían cantando por aquella calle y me agarran otra vez. Lo mismo que antes:

—¡Manos arriba!

Yo, arriba las manos. Me mandan ir andando delante de ellos, sin bajar las manos y con las pistolas apuntando por detrás. Así por toda la calle, como una procesión. Y esta vez me llevan al cuartel primero de los falangistas, el principal, y nada más llegar me pegan una paliza. Aquí no me toman declaración ni nada. Una paliza. Eran tres, tres. Cuando uno se cansaba, se apartaba y cogía otro y decía:

—Déjamelo, que ahora voy a acabar con él.

Y cuando se cansaba venía el tercero y después otra vez el primero. Tres eran. Cuando yo salí de allí, el cuerpo mío era negro como el de los negros, tenía toda la carne como una albóndiga. Y mientras me pegaban decían que a ver a quién había repartido yo las pistolas. Yo decía que me lo dijeran a mí, que qué pistolas eran ésas, que me enseñaran una a ver. Era todo mentira.

Yo no estaba apuntado a nada. Tenía un amigo en la UGT y otro en la Izquierda Republicana, uno era amigo grande y el otro era amigo más grande y me decían que me apuntara con ellos. Pero si yo me apuntaba con uno se podía molestar el otro, y ése era el motivo que no estuviera con nadie, para no enfadarlos. Me eran simpáticos, pero no estaba apuntado. Los fascistas decían que los de Izquierda Republicana me habían dado una caja de pistolas y que yo las había repartido; querían saber a quién. Pero nadie sabía nada de esas pistolas. Yo les decía que me enseñaran una para demostrarlo. Era todo mentira.

Por fin, cuando ya empezaba a ser de noche, me dejan marchar. Yo iba medio ciego, porque no veía, todo hinchado, que no me podía menear para nada. Andaba pegado a las paredes porque tenía las piernas en malas condiciones y sólo quería llegar al campo y que no me cogieran más. Pero al verme así, me descubrieron otra vez, me agarraron y otra vez al cuartel, pero ahora a otro cuartel.

—¿Quién te ha pegado? —me dicen.

—Unos compañeros vuestros.

—Algo habrá hecho éste —dicen.

Y empiezan a pegarme otra vez. Ahora eran más de tres y también pegaban fuerte, sólo que ya no me dolía. Yo estaba que no sentía los golpes. Pegaban con porras de goma de las que ellos llevaban, muy duras.

Allí pasé la noche y al día siguiente ya consigo escapar y marcharme a mi casa. Estoy yo tumbado en la cama cuando a los dos días se presentan otra vez los fascistas, me agarran, me pegan otra paliza allí mismo y me llevan a la cárcel de Arcos. Ya no podían pegarme más porque no tenían dónde.

Siempre que si las pistolas de Izquierda Republicana, y yo:

—¿Pero qué pistolas?

Esto era en el cuartel. Ya en la cárcel, me encerraron con otros catorce, que por cierto los mataron a todos, yo no los volví a ver. Allí estuve en una celda tres o cuatro días.

Pero yo tenía un primo que era amigo de los fascistas y como me echaban en falta fue a buscarme a la cárcel. Esto fue por lo de mi madre. Mi madre me quería mucho a mí, más que a los demás hermanos. Y va una vecina y le dice:

—Mira, tu hijo Ramón, el que más tú quieres. Pues le han pegado una buena paliza y lo tienes preso.

Mi madre al oír esto tuvo un ahogo del corazón, de la pena, y se murió allí mismo, de repente, la pobre. Entonces fue cuando se enteró mi primo y vino a la cárcel a ver. Como era amigo de ellos, preguntó:

—¿Por qué lo tenéis aquí?

—Por lo de las pistolas.

—Pero ¿qué pistolas?

—Las de Izquierda Republicana.

No le hicieron caso y se fue al sargento de la Guardia Civil. El teniente se había ido a unas operaciones y el sargento era amigo mío.

—¿Cómo, que está preso El Toto? ¿Pues qué ha hecho?

Y no me he enterado yo, no me han pasado el parte.

Mandó una pareja a la cárcel, me cogieron y me llevaron donde estaba él.

—¿Qué pasa, Toto?

—Pues esto pasa —dije yo.

Y el sargento ordenó que me pusieran en la calle. Me dio un pasaporte, un salvoconducto para salir del pueblo y llegar al campo. Yo tenía un campito muy bien montado, con animales, cochinos, bestias, en fin… Y el sargento me dijo que me fuera con cuidado, sin pasar por la plaza ni por el Comité, escondido, porque podían volver a cogerme. Ya sabía yo lo que pasaba en esos casos. Iban cantando o gritando, con uniforme y las correas por el pecho y pistolas y látigos y arreaban al que se ponía en medio. Así que tuve más cuidado y, medio muerto, llegué a mi casa. Me habían arreado bien por todas partes y estaba que no me ponía de pie, como un muñeco de ésos de goma, pero negro.

El sargento contó al teniente lo que había pasado conmigo y el teniente dijo a los falangistas que en Arcos mandaba él y que nadie fuera a pegarme otra vez. Vino mi primo a decírmelo y así pasaron ocho o diez días, sin nada raro. La guerra andaba por otra parte.

Luego, yo estoy trabajando y veo venir un coche por una carreterilla, un coche grande levantando mucho polvo; era un camino. Llegan donde yo y salta fuera un falangista.

—Oye, ¿tú sabes si está el Toto en casa? —me pregunta.

—Pues claro que está. Acabo de verle entrar.

El fascista entra en el coche y el coche sale arreando cuesta abajo en dirección a mi casa. Y yo corro a la misma velocidad para el otro lado. ¿Qué había pasado? Pues había pasado que los guardias civiles habían dicho a los de Falange de Arcos que presentaran un hecho mío y como no lo pudieron presentar les prohibió perseguirme. Pero ellos se lo dijeron a sus compañeros de un pueblo de aquí cerca que se llama Prado del Rey y la

orden que tenían ésos era que donde me cogieran me liquidaran. Nada de palizas. Liquidarme. Tuve la suerte de ver el coche y que me preguntaran a mí. Como no eran de Arcos, no me conocían.

Así que si me quedaba en casa, me liquidaban y si volvía a Arcos… Bueno, pues ¿qué hago? Bastante cerca de la casa había un árbol muy gordo que tenía un hueco, estaba casi todo el árbol hueco; era un chaparro, de esos árboles de sacar el corcho. Voy y me meto dentro. Ya estaba cansado de andar disparatado por el campo con el peligro de los fascistas.

Coloqué unos palos allá arriba y estaba tumbado mirando el campo. Cuando veía venir a los coches, rrrr y el polvo, me metía dentro del tronco a esperar que se fueran. Todos los días venían dos o tres veces, unas veces dos coches, otras veces tres, otras veces cuatro… Casi siempre eran más de diez. Pistola en mano revisaban toda la casa, por todas partes y yo escuchaba tan tranquilo dentro del árbol.

Por la noche, como no venían, me bajaba del árbol, comía y me traía una botellita de agua para el día siguiente. Por si acaso, no estaba mucho tiempo fuera del chaparro; también podían venir de noche. Después, cuando el invierno, me cogí unas mantas para estar tumbado allá arriba.

Así fue pasando el tiempo. Y un día mi primo va a Jerez y habla con el jefe del requeté.

—No le pueden acumular nada y lo quieren matar.

Y una noche se me presenta en el chaparro.

—Vengo por ti, que vamos a meterte en la milicia para que no haya problemas.

Yo me fui con él adonde estaba el cuartel, de noche. Allí me tomaron la filiación y me dieron la ropa del requeté. Y mi primo se volvió para dar la noticia. Cuando los fascistas llegaron a mi casa, les dijo:

—El Toto ya no está, que se marchó.

—¿Y dónde se ha ido?

—Pues se ha ido al requeté.

—¿Cómo al requeté?

—Lo dicho.

Lo Falange reclamó al jefe provincial del requeté y el jefe coge a mi primo y le dice:

—¿Qué es lo que tú me has mandado aquí, que mira lo que dicen éstos?

Y mi primo:

—Yo te he mandado buena gente. Mi primo es buena persona.

Le explicó lo que había pasado y a los tres días estaba yo por Córdoba, en el frente. Y poco después se formó una gorda. Los proyectiles botaban por todos lados. Y uno cayó cerca de mí y mató a tres que estaban conmigo y yo quedé conmocionado. Me llevaron a Jerez y después, como estaba inútil, me mandaron de convaleciente a Arcos. Pero aquí vuelven otra vez los fascistas y me agarran y ya querían pegarme otra vez. Se entera la Guardia Civil y me mandan otra vez al frente, pero a la cocina, a pelar patatas, porque no valía para otra cosa.

Después, cuando terminó la guerra, querían hacerme barrendero o sepulturero, porque los mutilados teníamos preferencia. Pero yo no quise. Y cuando pasaba algo, en seguida me agarraban a la cárcel. Cuando aquella huelga grande de Barcelona[8], venían los guardias civiles y a la cárcel por precaución. Cada cosa que pasaba por ahí, yo a la cárcel. Hasta hace dieciséis o diecisiete años yo he sido sospechoso, no me han dejado en paz hasta entonces. Y eso que soy Caballero Mutilado, aquí está el carné. Los guardias siempre decían:

—Usted gana por venir aquí.

—Pero ¿por qué tengo yo que estar en la cárcel? —decía yo.

Aquí se ha dado el caso que mucho después del Movimiento, siete años después, han cogido a muchos y los han quitado del medio. A unos cuantos les ha pasado. Ahora los fascistas se han perdido ya. En las listas de ahora hay un falangista, un voto para los falangistas. El culpable de la segunda vez que me cogieron era uno que hacía aguardiente. Ése murió hace cuatro o cinco días. Era el último de los que quedaban. Ustedes no saben lo miserables que eran… Porque si luego le preguntas a cualquier fascista de éstos:

—¿Fulano qué era? ¿Por qué habéis matado a fulano? Quiero saber por qué.

Y ellos no podían decirte:

—Pues, mira, Toto, es que fulano me ha matado, me ha robado, me ha hecho esto, me ha hecho lo otro.

No lo podían decir porque de los que han matado aquí da la casualidad que son mejores que todos los fascistas, porque no se les comprueba que hayan matado o robado… Porque eran de Azaña, de Martínez Barrios, porque eran socialistas, porque eran anarquistas. Aquí murieron setenta y nueve hombres y medio, en Arcos. El medio era uno que tenía las piernas cortadas y lo fusilaron. Mataron también al hombre más bueno porque sabía leer y se ponía a leer *El Heraldo de Madrid*[9] en la plaza; se juntaba allí un corrincho de gente a escucharle los artículos que venían en el periódico y por ese hecho de leer a los demás lo fusilaron. Le decían Sotito, tenía unos cincuenta años. Si dicen que van a la gloria, si dicen que hay un santo, es ése.

Aquí también se escondieron más. El Calentito, que estuvo no sé cuántos días en un barril de vino sin fondo. Y Joaquín el de Terán, que estaba aprobado para la Guardia Civil y le mandaron presentarse. Pero estaba aquí un brigada que era muy malo, muy malo, pero la gente mala no es mala para todo el mundo, siempre hay bueno para alguien. Bueno, pues le dice al padre: «Mire usted, si se presenta lo fusilan». Y Joaquín, Joaquín León Gómez se llama, dijo:

—Pues quieto.

Se metió en un chozo del campo, en un doble tabique. Se metía por debajo de la cama del matrimonio en un boquete y de allí al doble tabique. Estuvo escondido hasta que terminó el Movimiento y luego se presentó y lo llevaron a un campo de concentración. Después se puso malo y ahí está trabajando de encargado con Terán.

Y ahora ya ha pasado todo. Cuando una persona es honrada cabe en todas partes. En el tribunal de Madrid he sacado más puntos que nadie, sesenta y cinco puntos y me han ascendido a sargento. Yo si quiero ahora mismo salgo a la calle con el uniforme, porque estoy activo, ahí lo pone, en el carné, salgo con el uniforme y si me ve un fascista me tiene que saludar.

OceanofPDF.com

12. EL ABOGADO PIADOSO

Pedro Gimeno Espejo (Cartagena, Murcia).
30 años escondido

Me llamo Pedro Gimeno Espejo. Nací al rayar el alba del día 22 de marzo de 1909, cuando astronómicamente comenzaba la primavera; buen presagio en esta doble coincidencia: una vida que surge y una estación que nace; inocencia y flores eran el horóscopo que anunciaba mi venida al mundo; el primer quejido de un niño que llora y los pétalos de los capullos que comienzan a separarse para en abierta corola transformarse con su matizado colorido en deslumbrante flor.

Así comenzó una vida más, la de un niño, como otro cualquiera. Nací en Cartagena en la fecha indicada, en su Diputación de Perín, donde mis padres tenían sus propiedades agrícolas de las que vivíamos; mi padre, agricultor de clase media más bien baja, vivía exclusivamente de la agricultura, dedicando todas sus ganancias a educar a sus hijos: mis dos hermanas y yo. Él pudo haber tenido, si no mucho dinero ahorrado, sí bastante, pero prefirió invertir sus ganancias en darnos una educación bastante buena y ponernos en condiciones de poder desenvolvernos en la vida lo mejor posible.

Hice el ingreso de Bachillerato en septiembre de 1920. Estudié el primer curso con un profesor particular en el campo, pasando a estudiar ya el segundo curso en el colegio Politécnico de Cartagena y como alumno oficial en el Instituto General y Técnico de esta localidad.

Como buen cartagenero, no supe librarme de la ilusión de ser marino; comencé a los 14 años a preparar el ingreso en la Escuela Naval Militar, primero en Cartagena y más tarde en la Academia Torres de Madrid, que estaba en la calle de Piamonte, frente a la Casa del Pueblo. La academia la dirigía entonces el teniente coronel de Estado Mayor Don Valentín Galarza, que más tarde fue Ministro de la Gobernación con el General Franco entre 1939 y 1942. Estudié lo más que pude aunque sin duda no lo suficiente para superar las pruebas de la oposición, pues no conseguí aprobarlas. Hay que tener en cuenta que éramos muchos los opositores y muy pocas las plazas y todo ello agravado por el espíritu de cuerpo que siempre ha reinado en la Marina, ya que en igualdad de condiciones siempre un hijo del cuerpo tenía muchas más probabilidades.

Siempre tuve desde muy joven un sentido práctico de la vida, y convencido de que me sería muy difícil ingresar en el Cuerpo General de la Armada, pude convencer a mi padre para que me permitiera estudiar una carrera universitaria. Muy a pesar suyo supo, como en todas las ocasiones que le pedía algo, concedérmelo, y a ruegos de mi madre empecé el Preparatorio de Ciencias en la Universidad de Murcia, que era la más próxima, con el fin de cursar la carrera de Medicina, que verdaderamente ni me gustaba, ni sentía vocación por ella; aprobé mi curso sin pena ni gloria con notas superiores al aprobado sin ser brillantes y aquel verano ya con un propósito vocacional decidido, aunque no declarado, cogí todo el Preparatorio de Letras y el primer curso de la carrera de Derecho y con un comandante de Marina (que a su vez era abogado) que escogí por profesor, abandonando las vacaciones en la playa y el campo, estudié muchísimo. En mi mente se alternaban los silogismos en Bárbara y en Ferio de la Lógica con las sentencias y definiciones en latín del «Corpus iuris Civilis»; conjugaba a Justiniano y Papiniano con Santo Tomás y San Agustín y en la Economía Política de Kleinwaster la teoría del libre cambio con su «laisser faire, laisser passer» y las teorías marxistas. Llegó septiembre, aprobé todo el preparatorio y la Economía política; me suspendieron en Derecho Natural o filosofía del Derecho y no me presenté en Derecho Romano. El curso siguiente cogí lo que me quedaba de primer curso y el segundo; obtuve en todo sobresaliente y dos matrículas de honor; una en Derecho Político y

otra en Canónico. Así seguí estudiando los veranos por libre y el curso oficial. A los veinte años terminé la carrera de Derecho con matrículas de honor en los Civiles y no tan buenas en el resto de las asignaturas.

Aquel mismo verano me preparé la Historia del Derecho Internacional correspondiente al Doctorado, me examiné en septiembre con el Sr. Marqués del Retorillo y Don Nicolás Pérez Serrano en el Tribunal y me dieron una matrícula de honor. Todo ello en la Universidad Central, en el caserón de la calle de San Bernardo.

Los años 30 y 31 fueron años de verdadera desorientación para cuantos habíamos terminado la licenciatura de Derecho. No nos quedaba más camino que el de las oposiciones, porque el del bufete, dado el escaso movimiento y potenciación de la economía española de aquel entonces, no era fuente segura de vida nada más que para aquéllos que tenían una tradición familiar en el foro y para aquellos otros que, respaldados en un escalafón del Estado, podían abrir tranquilamente un despacho sin apremio de que les llegaran los clientes.

Fueron años éstos de despertar a la vida política; la lucha de los estudiantes por derrocar la dictadura de Primo de Rivera fueron los hitos que marcaron los cauces por dónde íbamos a discurrir en los años sucesivos.

Yo era un ferviente religioso por tradición familiar; practicante asiduo de los sacramentos y cuanto más alejado estaba de la familia mayor necesidad sentía de ellos. Pero este sentir de la religión no fue traba sino impulso para las nuevas ideas sociales que sentía en mi interior; aunque amante de las buenas formas de la sociedad educada, no podía desprenderme de las necesidades de las clases más débiles y de su gran incultura; comprendía que muchos jóvenes de esta clase social con una clara inteligencia y capacidad se iban perdiendo para nuestra sociedad por la carencia de medios para desarrollar sus facultades y prestar a España sus servicios.

Fue entonces cuando, impulsado por ese sentir, me decidí a ingresar como militante en el Partido Socialista Español. La obra *El Sentido Humanista del Socialismo*, del profesor Fernando de los Ríos, me decidió definitivamente a ello; en realidad reconozco que nunca tuve nervio

político, aunque mis sentimientos me lanzaban a actuar en la lucha por una vida mejor para todos.

Nunca sentí escrúpulo alguno al ser católico practicante por militar en el Partido Socialista Obrero Español, pues la libertad que el Evangelio nos predica y el gran sentido social y de amor al prójimo del mismo los encontramos también en la doctrina socialista: libertad y amor para todos y especialmente para los débiles, pues el amor evangélico no es una palabra hueca y vacía, pues si así fuera sería vana e inútil; el amor ha de ser vivo, lleno de savia y energía, traduciéndose en un acercamiento que rezume comprensión y mutua ayuda entre todos los que componemos la sociedad.

De esta manera llegó la primavera de 1931. La Monarquía agonizaba, y como su único sostén se formó el Gobierno presidido por el almirante Aznar. Mi familia tenía buenas relaciones de amistad con la del Almirante y como consecuencia de ello y a propuesta de aquélla, comencé a preparar unas oposiciones a Oficiales Letrados de la Presidencia del Consejo, cuerpo que se iba a crear entonces, oposiciones que estaban sin convocar y que eran desconocidas por todos salvo para mí y para otro joven que también iba a realizarlas, al que no llegué a conocer personalmente. Llegó el 14 de abril de 1931, fecha de la proclamación de la República, y con ella se esfumó mi proyecto, pues aunque las oposiciones se convocaron en «La Gaceta» del día 19 de abril, era natural que fueran otros los favorecidos en dicha oposición y así lo corroboraron las presiones políticas de aquel momento. A pesar de ello tengo que confesar sinceramente que la alegría que me produjo la proclamación del nuevo régimen me hizo olvidar el fracaso de mi proyecto.

En 1932 hice el servicio militar en mi ciudad natal de Cartagena en el cuerpo de Artillería de Costa; cumplido éste y recién cumplida la mayoría de edad, se me nombró por el Ministerio de Trabajo para presidir la 1.ª Agrupación de Jurados Mixtos de Cartagena y durante algunos meses también la 2.ª Agrupación. Fueron tiempos de gran lucha social; los Sindicatos estaban acosados por las grandes empresas de Productos Químicos: Peñarroya, Obras del Puerto, etc…, y se libraron verdaderas batallas dentro de dicho Tribunal Paritario. Pude evitar huelgas, despidos masivos de trabajadores por el solo hecho de pertenecer al Partido

Socialista, que era el único que sostenía en alto la bandera de las reivindicaciones de los trabajadores, aquellos trabajadores carentes de la más mínima seguridad social y que percibían unos verdaderos jornales de hambre.

Unos meses más tarde de subir al poder el señor Lerroux, se me destituyó de mi cargo de Presidente de los Jurados Mixtos; no se me podía perdonar que durante mi actuación me hubiera inclinado siempre al lado de la representación obrera, y no por dogmatismo sino porque mi conciencia así me lo ordenaba.

Ya libre de mi actuación en los Jurados Mixtos, comencé la preparación de oposiciones al Ministerio Fiscal y a Judicatura, para lo cual me trasladé a Madrid para prepararlas mejor, frecuentando la biblioteca del Ateneo del que era socio para documentarme bien y ampliar los clásicos apuntes que todos empleábamos, en nuestra preparación.

Por aquella época se convocaron unas oposiciones a Secretarios de Ayuntamiento de 2.ª categoría y como mi situación económica era más bien mala y no queriendo seguir gravando más a la familia, me presenté y gané una plaza sin dificultad y como consecuencia me trasladé a Frailes, pueblo de la parte sur de la provincia de Jaén, donde estuve sólo unos meses. Me trasladé después a Cazalilla, bastante cerca de la capital, lo que me permitió poder ejercer mi carrera de abogado, para lo cual monté una oficina jurídica especializada en asuntos de administración local y de lo contencioso-administrativo, relacionado con los Ayuntamientos.

Allí me sorprendió la sublevación del General Franco y con ella perdí mi tranquilidad. Yo era un hombre de carácter pacífico y contrario a toda violencia, me vi envuelto en el torbellino de la guerra y de su secuela: la revolución, revolución dura e inhumana como todas, pero que a pesar de su crudeza albergaba en su fondo un gran sentido de justicia.

Como algunos de los Abogados Fiscales de la Audiencia de Jaén les había sorprendido la sublevación en la parte dominada por los elementos militares, y algunos de los que quedaban se habían significado por su dureza en la represión de la huelga de campesinos de 1934, que en la provincia de Jaén tuvo una gran resonancia y actividad, para evitar ponerlos en una situación difícil por su impopularidad, el presidente de la Audiencia

propuso al Ministerio de Justicia el nombramiento de nuevos fiscales que pudieran hacer frente a la situación. Entre ellos se me propuso a mí.

El presidente de la Audiencia nos reunió en su despacho conjuntamente a magistrados, jueces, fiscales y decano del Colegio de Abogados para exponernos que el fin que debíamos perseguir en nuestra actuación, era el de salvar el mayor número de vidas posible. Para ello, en el primer momento se escogieron causas de los pueblos donde había habido verdadera rebelión contra el Gobierno legítimo de la República, para que la actuación de la justicia siguiera una misma línea y dictó el presidente el primer escrito de acusación.

Fueron días muy duros. Se hizo lo que se pudo, hicimos cuanto pudimos con seria exposición de nuestra seguridad por salvar vidas; salvamos las que pudimos, muchas más de lo que en general se haya podido creer.

Para evitar el tener que trasladar los presos del lugar donde estaban detenidos, se acordó celebrar los juicios en aquellos lugares y a veces por no haber locales adecuados se llegaron a celebrar al aire libre, como ocurrió en un pueblo de la Sierra de Córdoba situado tras de la línea de fuego. Presionados por fuerzas que habían venido del frente de combate y bajo la amenaza de sus fusiles y de los disparos que soltaban al aire, tuvimos que celebrar el juicio oral, con el resultado desastroso que todos tuvimos que lamentar después. Si se hubiera atendido la propuesta que hice al presidente de la Audiencia al ver aquel tablado en medio de la calle en donde tuvimos que actuar, de celebrar el juicio en una iglesia, seguramente distinto hubiera sido el resultado, pero el presidente no se atrevió a hacerlo así por temor a que el pueblo se amotinara al no poder contemplar el espectáculo. Después del juicio se hicieron gestiones ante el Ministerio de Justicia ante el que expusimos la forma como había tenido lugar, pidiendo su anulación o en otro caso que se hiciera uso del derecho de gracia; se nos prometió atendernos, pero nada se hizo después.

La forma como se administró la justicia en aquella época de guerra civil, tan enormemente cargada de odio y rencor, lo mismo en la zona republicana como en la sublevada, no era la más propicia para actuar con la debida serenidad que debe presidir en los que la administran; la psicosis

bélica presionaba sobre todos nosotros de tal forma que no nos considerábamos libres.

A pesar de todo ello, se salvaron muchas vidas. Recurrimos a la acumulación de delitos, imponiendo penas separadas por cada uno de ellos que sumaban cifras muy abultadas de años, que sabíamos no habían de cumplir, pero que sí servía a los procesados para salvar la vida, que era lo único importante. Podría citar muchos nombres de personas que deben vivir todavía y que gracias a nuestra actuación gozan hoy de vida.

Toda esta violencia moral en nuestro cotidiano quehacer motivó en mí una gravísima enfermedad que me tuvo apartado del trabajo durante todo el año 1937. Reincorporado de nuevo en 1938 con la salud muy quebrantada, seguí trabajando en mi puesto hasta el final de la guerra.

Finalizada ésta, de todas las personas con las que frecuentaba mi trato y amistad sólo yo poseía pasaporte para marcharme al extranjero, pasaporte que había conseguido a través de la Capitanía General de Marina de Cartagena; pero no quise utilizarlo, porque estimé que su uso por mi parte era una deslealtad para aquellos amigos que tanto y tan bien me habían ayudado durante mi dura y larga enfermedad y especialmente en atención al entonces presidente de la Diputación de Jaén, hoy diputado al Congreso como cabeza de lista del PSOE por aquella provincia.

El final de toda guerra es siempre trágico para los que la pierden y el final de la nuestra no podía dejar de ser así también. Salimos de la provincia donde trabajábamos el 29 de marzo por la noche, llegando a Alicante hacia las primeras horas de la tarde del 30; todavía no había sido ocupada la población por las fuerzas franquistas ni por las italianas. La promesa hecha por los triunfadores de dejar marchar al extranjero al que así lo quisiera no fue cumplida; las embarcaciones preparadas para la evacuación fueron interceptadas por el crucero «Canarias», situado en la bocana del puerto.

El día uno de abril, a golpes de culatazos de fusil, de fustas y vergajos, salimos como animales acorralados hacia lo que hoy es la bella barriada de Vista Hermosa. Allí, sobre una escala de bancales sembrados de trigo que iba desde la carretera de Alicante a Alcoy hasta las estribaciones de Sierra Gorda, nos concentraron durante ocho días; desde el Viernes de Pasión hasta el Viernes Santo. Allí nos tuvieron sin darnos de comer ni de beber

durante toda la semana y si no morimos de hambre y de sed fue debido a que en los últimos días de nuestra estancia, los italianos, más humanizados, nos dieron algunas galletas y conservas y el agua suficiente para aplacar la sed.

El Viernes Santo por la mañana salimos hacia la estación de Murcia, al final del paseo de la Explanada, flanqueados por soldados armados hasta los dientes, bajo una lluvia de insultos e improperios en los que se incluían a los familiares más queridos, vejaciones que sinceramente deseo olvidar y he perdonado desde el primer momento.

Como teníamos que atravesar Alicante de extremo a extremo, las gentes movidas a compasión ponían botijos con agua a las puertas de sus casas que los guardianes no nos dejaban utilizar. Llegados a la estación, nos introdujeron en vagones destinados al transporte de ganado y en donde habitualmente se transportaban cincuenta reses nos metieron a trescientos hombres, y una vez bien empaquetados cerraron herméticamente las puertas quedándonos sin aire suficiente para respirar y ahogándonos de calor, soltando desde fuera de vez en cuando alguna rociada de disparos; aunque las balas atravesaron las paredes del vagón y hubo heridos, no hubo sin embargo ninguna muerte

Por fin llegamos al campo de concentración de Albatera, el Gulag español, donde permanecí hasta primeros de agosto del mismo año. Entonces salí de aquel infierno en virtud de informes que mi familia había conseguido de relevantes personalidades del régimen.

Lo ocurrido durante mi estancia en el campo de concentración de Albatera no se puede relatar en cuatro líneas; haría falta un libro en donde exponer y relatar todo lo que sufrí, vi y contemplé en los cuatro meses que duró mi estancia en él.

Quiero hacer constar que las fuerzas que nos custodiaban en el campo de concentración, salvo alguna excepción individual, que la hubo, nos trataron muy mal. Las únicas que nos dieron un trato un tanto suave y humano fueron las marroquíes, cosa que no dejaré nunca de agradecer.

Salí del campo un viernes por la tarde. Mi padre me estaba esperando y como el último tren que iba hacia Murcia había pasado ya, tuvimos que hacer noche en el poblado que hay junto a la estación de ferrocarril.

Recuerdo que en la casa donde nos quedamos, la dueña con mucha compasión me preparó una buena y muelle cama para que descansara y durmiera bien. Me acosté con deseos de dormir, pero no lo pude conseguir. Cansado de dar vueltas y más vueltas, me eché al suelo y tan pronto como mis huesos tomaron contacto con la dureza del mismo me quedé profundamente dormido. La vida en el campo de concentración había trastrocado para mí, los elementos que producen la comodidad.

Al día siguiente, salimos de Albatera y nos quedamos poco después en Orihuela, en casa de unos conocidos, pues queríamos llegar a Cartagena ya de noche. Por la tarde emprendimos de nuevo el viaje que nos llevó, después de algunas vicisitudes que resultaron bien, a nuestro destino, bajándonos del tren en un apeadero que hay antes de llegar a dicha población. Era ya de noche, cogimos a pie el camino sorteando los poblados que teníamos que atravesar, y así, por caminos de herradura y de carros, llegamos al filo de la medianoche a nuestra casa en el campo. Cuando llamamos estaban todos acostados y mi madre, con un instinto apoyado sólo en su deseo, preguntó a mi padre: «¿Viene el nene contigo, verdad?», porque yo seguía siendo para ella el «nene».

Y aquí comienza mi vida de encierro y emparedamiento. Como yo sabía que en cuanto se enteraran de que había salido del campo de concentración se me iba a volver a detener, porque en aquella época se cazaba a los hombres como a las ratas (hasta los amigos de siempre, que tenían contacto con el nuevo régimen, realizaban el acto de la denuncia y delación), decidí encerrarme en mi casa y decir a todo el mundo que preguntaba por mí que había salido del campo de concentración y que mi familia desconocía mi paradero. Como nadie me había visto llegar, nunca pudieron sospechar que estaba allí.

Por aquellos días vino a visitar a mi familia un primo nuestro, afamado doctor catalán; no se atrevieron a decirle que estaba en casa, diciéndole por el contrario que me hallaba todavía en Albatera. Como este pariente iba realizando un crucero turístico en unión de alemanes y austríacos, mi hermana le acompañó durante su estancia en Cartagena, tanto en las recepciones como en los demás actos sociales a los que asistieron, y cuando se marchó le iba enviando postales y algún que otro pequeño regalo de los

lugares que iba visitando, incluso una vez ya en Viena, le envió algunas revistas. Nuestras amistades conocían todo esto y como la gente quiere sacar punta a todo, decían que nuestro primo había venido por mí y que me encontraba con él en el extranjero, y los regalos que mi hermana iba recibiendo, así como las revistas, no era él quien las enviaba, sino yo. Como es natural esto cayó muy bien a la familia para hacer creer a todos que estaba en Austria.

En otra ocasión, también por aquellos primeros meses, estaba yo en la cocina de casa y desde una habitación contigua uno de los trabajadores que teníamos y que nada sabía, estaba encendiendo su cigarro en las brasas que allí había y me vio, pero no llegó a conocerme, pues nunca dijo nada de mí, y después de salir yo de nuevo al mundo le pregunté por aquella escena, y me dijo que no se recordaba. Llegó el mes de octubre y con él las lluvias, y ya al final del mismo una tarde se presentó la policía en casa preguntando por mí; mi madre estaba en el recibidor cosiendo y mi padre, que estaba dentro, me dijo:

—Nene, la policía está ahí fuera preguntando por ti. ¿Qué decimos?

Le contesté:

—Sal tú y diles que estoy en el campo de concentración de Albatera.

Así lo hizo, tomaron nota del grupo a que pertenecía, y se marcharon.

Y la cosa quedó así, pero mi padre se fue en seguida a consultar con sus buenos amigos, altas autoridades militares hoy todas fallecidas hace muchos años. Le dijeron que desapareciera, que me tragara la tierra y que esperara mejor ocasión.

Siguiendo sus consejos, aquella misma noche abandoné mi casa y me trasladé a otra que no habitábamos y en la que teníamos almacenados los muebles de la casa de Cartagena que habíamos desmontado. Junto a ella estaba la bodega donde teníamos el vino que se cosechaba en la finca. A través de una ventana que daba a un patio me entraban diariamente la comida, no despertando sospecha alguna puesto que era muy frecuente el ir por vino a la citada bodega.

Un mes después, cuando mi familia estaba preparando la cena y los trabajadores terminaban de llegar del campo con las yuntas, después de un

día de siembra, entrando por la puerta de labor la policía se coló sin que nadie se diera cuenta y encarándose con mi padre, le dijeron:

—Llévenos usted a la habitación donde está su hijo.

Mi padre les contestó que no estaba en casa, pero ellos insistiendo se entraron en el comedor y entraron en la habitación donde yo había dormido y habitado hasta hacía poco. Registraron todo lo que allí había y como es natural no me encontraron. Mi madre les invitó a que registraran el resto de la casa y no quisieron, pero sí forzaron a mi padre para que les revelara mi paradero y al decir insistentemente que no lo sabía, le amenazaron con llevárselo detenido si no declaraba mi paradero. Una intervención de mi hermana les hizo desistir de su propósito, sin duda alguna porque no tenían orden de detención contra mi padre, pero sí le amenazaron de que volverían de nuevo otra vez, cosa que no hicieron.

Así comencé mi largo encierro de treinta años. Leía mucho, estudiaba, me interesaba enormemente por la nueva guerra mundial. La caída de Polonia me causó un efecto muy difícil de describir y la traición de la URSS mucho más. Confiaba en los aliados, tenía esperanza de que al final la guerra sería ganada por ellos, porque representaban la causa menos mala y que más se acercaba a la justicia.

Con la primavera, las noticias me iban dejando cada vez más triste. La movilidad del ejército alemán era asombrosa; un día caía Dinamarca, otro Noruega y con la entrada de las tropas alemanas en Holanda y Bélgica comienza el desastre de los aliados en Occidente. Esperaba una fuerte resistencia belga, como en la guerra del 1914, que en realidad no se produjo, como tampoco se produjo el milagro del Marne en esta ocasión. Cayó París y el ejército alemán, como un torrente incontenible de terror y desolación, se extendió por todo el territorio francés. Veía cómo hombres de la talla y relevancia política de Lluís Companys, refugiado político en el país vecino, era devuelto a España y entregado al General para ser fusilado y escarnecido. Eran los años del terror azul.

Pensando en ellos me daba cuenta de mi crítica y comprometida situación; sabía que el ser descubierto y detenido hubiera llevado consigo mi inmediato fusilamiento. No había cuartel para nadie dentro del régimen llamado por los triunfadores portador del amor y de la paz. Cuando los

nervios me lo permitían me dedicaba a leer cuanto caía en mis manos y estaba a mi alcance. Como entonces todavía no habían aparecido los transistores, mi única información era a través de la prensa, la prensa que hoy se titula demócrata y liberal, pero que para saber tal como entonces era basta con ir a cualquier hemeroteca y leer sus editoriales y noticiarios. La crítica no existía, pues el régimen instaurado por la espada del General, de origen cuasi divino y bendecido por nuestros caritativos obispos por su perfección, no la necesitaba; en ella sólo cabía el incienso y la alabanza.

Leí mucha Historia y Geografía, que siempre fueron de mi predilección; volví a estudiar latín y algo de inglés sin gran éxito, pero a pesar de ello me ayudó mucho a acortar el tiempo de ostracismo.

Siempre fui un hombre profundamente religioso, por tradición familiar y por propios sentimientos; para mí la vida sin la religión, sostenida por una profunda fe, bordeada con una gran caridad, no hubiera podido subsistir; y esa fe y esa caridad me llevaban al gran remanso de la esperanza, prado jugoso que iba a alimentar la ilusión de una libertad tan ansiada.

Mi salud durante este largo período de mi vida respondió muy bien, a pesar de la grave enfermedad que había atravesado anteriormente. Aparte unas fuertes anginas que tuve en el verano de 1943 —por los días de la invasión de la isla de Sicilia— y dos ataques de gripe en los años 1957 y 1966, nada importante me ocurrió. Si bien a finales del año 1961 y principios de 1962 una afección de próstata me obligó a salir de mi escondrijo y trasladarme a la capital de la provincia para que me tratara un especialista de vías urinarias que no me conociera ni a mí ni a mi familia.

Al tomarme la filiación, le dije que mi profesión era la de maestro nacional, y él a renglón seguido me dijo que ya se me notaba, porque mi aspecto era de tomar poco el sol. Se me hicieron análisis por creerse según los síntomas que podía ser algo maligno, pero los resultados de éstos fueron todos negativos.

Me puso un tratamiento a base de antiespasmódicos, me pregunto si en mi vida y en particular en estos últimos tiempos había tenido momentos de ansiedad. Yo le contesté que todo el mundo atraviesa por momentos de angustia durante su vivir, que le ponen los nervios en tensión y que yo no podía ser una excepción. Me recomendó mucha tranquilidad, largos y

tranquilos paseos al aire libre y al sol, precisamente todo lo que no podía practicar. Me recetó unos antiespasmódicos que con dos frascos me hicieron desaparecer mi anormalidad funcional.

En la década de los cuarenta, cuando la escasez de alimentos y las requisas de frutos y cereales por los agentes de la Fiscalía de Tasas, eran frecuentes, como los agricultores se resistían a entregar la cosecha que les pedían eran constantes los registros que se hacían por las casas de los agricultores. En cierta ocasión comenzaron estos agentes a registrar todas las casas y todos temimos que al llegar a registrar donde yo estaba, en lugar de encontrar el trigo y la cebada que buscaban, se tropezaron conmigo. Entonces, me disfracé de mendigo, me calé en la cabeza un sombrero viejo y con un saco medio vacío sobre la espalda salí de casa a la vista de los vecinos de los alrededores, como si fuera uno de los hombres que con tanta frecuencia se veían entonces mendigando algo que comer para él y los suyos. Me marché hacia unos trigales que teníamos muy hermosos, ya con la espiga fuera, y allí me acomodé y pasé el resto del día, hasta que llegó la noche en que pude volver de nuevo a casa.

Uno de los momentos más amargos que tuve que soportar en los primeros años de mi emparedamiento fue la muerte de mi padre, ocurrida a finales de septiembre de 1941. Él no pudo resistir mi situación, su ánimo decayó de tal forma que una afección neumónica se lo llevó en menos de una semana. Fue un golpe terrible para toda la familia, pero particularmente para mí. Me sentí ante una orfandad sin límites, desprovisto de todo elemento de defensa y de utilidad para poder ocupar su puesto y dirigir a mi familia. Yo no pude hacerlo, pero mi madre con su energía e inteligencia supo salvar la situación sin mutación de ninguna clase. La casa siguió adelante, las fincas siguieron cultivándose y nadie pudo notar el cambio de la dirección de nuestra explotación agrícola. Es más, mi madre adquirió aguas para riego, transformó parte del secano en regadío e hizo una buena plantación de limoneros.

Como antes he dicho, era y soy un hombre muy religioso y esto me ayudó mucho a llevar este largo e ininterrumpido cautiverio. Rezaba diariamente el rosario, pedía por todos y muy especialmente para todos aquéllos que se habían declarado mis enemigos puesto que por mi parte

nunca me consideré enemigo de nadie y así continúo y continuaré hasta el fin de mi vida.

Por el año 1947 nos pusimos en contacto con un amigo mío que ocupaba un alto cargo en el régimen. Había sido un buen amigo y compañero de carrera y de oposiciones; prometió gestionar algo en relación conmigo, pero su gestión no llegó a cuajar en nada positivo. Así iban pasando con fe y esperanza los años, cuyo fin parecía cada vez alejarse más de mí.

También en el año 1948 un primo hermano mío, muy buen doctor en medicina interna, que había curado a unos clientes que tenían una embarcación a motor y que a diario salían a alta mar a pescar pues eran pescadores, preguntó a mi madre por mí, con el propósito de que estos pescadores me hubieran llevado hasta las costas de Orán y haber conseguido la libertad. Mi madre, muy recelosa, pues estaba escarmentada de las imprudencias y de la dificultad que algunas personas tienen para guardar un secreto, le dijo que no sabía dónde estaba y de momento todo terminó así. Este primo, muy querido mío, fue quien luego gestionó, en junio de 1969, mi presentación en la Comisaría de Policía de Cartagena, acompañándome ante el Comisario, que resultó ser hijo de unos antiguos amigos míos y en cuya casa había jugado yo más de una vez, cuando él era un niño.

Mi madre, ya con ochenta y seis años, sufría de irregularidades en el sistema circulatorio y como se puso muy enferma la trasladaron a Madrid para internarla en la Clínica de la Cruz Roja, donde permaneció durante tres meses. Luego, en período de convalecencia, estuvo viviendo en casa de mi hermana en Madrid; ella fue la primera que tuvo noticias del Decreto de 31 de marzo de 1969, que daba por canceladas todas las responsabilidades emanadas de nuestra guerra civil. Desde allí me lo comunicaron donde yo estaba, aunque ya estaba enterado de su alcance, pero en verdad desconfiaba de tal medida. Sin duda alguna, al General no le quedó otro camino que tomar tal medida, no por generosidad, que nunca la tuvo, sino porque o tomaba esa decisión o modificaba toda nuestra legislación, que establecía el período de treinta años como el máximo para alcanzar la prescripción.

No obstante, ante las presiones de la familia para que me presentara a las autoridades, les dije que hasta tanto no tuviera la palabra de ese buen amigo del que ya he hecho antes alusión y me lo dijera personalmente no me presentaría. Se trasladaron mis hermanos a donde estaba actuando de gobernador civil, y al verlos entrar en su despacho, donde los recibió con todo cariño, díjoles: «Ya sé a lo que venís». Y efectivamente no se equivocó. Les dijo que me presentara sin miedo a las autoridades, las que tenían órdenes de atendemos y damos cuantas facilidades necesitáramos.

Fiado en su palabra, el día 26 de junio de 1969, como antes he dicho, me presenté en la Comisaría de Policía de Cartagena acompañado de mi primo el doctor Pérez Espejo, que ya el día anterior había preparado mi presentación. Efectivamente tuvieron muchas atenciones conmigo; me dieron todas las facilidades que necesité y de esta forma terminó un encierro de más de treinta años.

Una vez ya en nuestra casa del campo, reunidos en familia y con algunos vecinos de las fincas de alrededor comentando mi odisea, se presentó la Guardia Civil de aquella jurisdicción, un tanto molesta por no haber querido hacer mi presentación en su comandancia en lugar de hacerla en la Jefatura de Policía. Después de darles algunas explicaciones de cortesía y luego de invitarles a unos refrescos, se despidieron ofreciéndoseme para cualquier cosa que necesitara de ellos en relación con mi nueva situación.

Pasé un verano si no feliz por lo menos mucho más agradable de los que había pasado durante treinta años. Viajé a las playas, me bañé en el mar, viajé a Madrid a casa de mi hermana, fui a Burgos a la jura de bandera de un sobrino en el campo de Villafría, etc…

Pasado lo anterior, tenía que resolver el problema de mi subsistencia, tenía que trabajar para vivir. Los bienes raíces que mi padre me había transmitido apenas si daban lo suficiente para su sostenimiento y conservación. Intenté dar clases en colegios reconocidos, me prometieron en varios darme la enseñanza de letras, en especial impartir clases de Geografía e Historia, pero cuando llegaba la hora de mi incorporación, mis antecedentes se levantaban como una barrera y me impedían el tomar posesión de la clase.

Lo pensé mejor, y aconsejado por un buen amigo, me trasladé a Benidorm, donde en unión de otro compañero que tenía bufete abierto comencé a ejercer mi profesión de abogado, y así llevo casi ocho años, donde obtengo lo suficiente para vivir honestamente dentro de mi estamento social. Por todas partes he tenido infinidad de consideraciones a mi persona, consideraciones que se hacían más patentes y efusivas cuando conocían todos los aconteceres de mi azarosa vida.

Recientemente se me han hecho propuestas para que tome parte activa en la vida política, pero como soy hombre realista y por otro lado carente de ambiciones políticas y de deseos de figurar y estar en candelero, he declinado y agradecido la atención de que se hubieran acordado de mí, ya que entiendo que nuestra juventud sana y bien formada es la que tiene el deber de actuar y con energía y prudencia llevar hacia adelante a esta España tan querida y que tan dentro llevo en el corazón, la que por desgracia no se halla sobrada de hombres honestos que olvidando sus ambiciones personales la puedan defender y dirigir al lugar que en la Historia y el mundo le corresponde.

CONVERSACIONES DE SIETE AÑOS ANTES

Pedro Gimeno Espejo ha querido escribir en primera persona un relato autobiográfico de sus experiencias después de que estuvieran transcritas las cintas de conversaciones mantenidas con él en el verano de 1970, siete años antes de la definitiva redacción del texto correspondiente a su desventura.

Este relato aparece, pues, sin alteración de los autores, ni siquiera en los usos gramaticales y estilísticos del protagonista, a fin de conseguir una luz nueva en este conjunto de patéticas historias. En todo caso no parece innecesario reflejar de alguna manera el contenido de aquellas conversaciones tenidas en Benidorm, cuando el general Franco todavía estaba vivo y fuerte, cuando el miedo rondaba aún por muchos espíritus.

Pedro Gimeno no se mostró miedoso entonces, ni siquiera precavido o reticente. Con una sinceridad admirable fue desgranando un relato que esencialmente es idéntico al que figura más arriba. Con apasionada frialdad fue enjuiciando su propia historia y los hechos que la motivaron, cuidando

entonces —como ahora— de que ninguna persona pudiera ser perjudicada de ningún modo. De ahí la ausencia casi absoluta de nombres propios, tanto de amigos —sobre todo de amigos— como de enemigos. Incluso podría recurrir a la memoria para ofrecer la lista de personas que fueron salvadas por su intermedio y no quiere hacerlo, aunque con ello podría desmentir un informe policial en el que textualmente se lee: «Durante su ejercicio pidió la pena de muerte para 16 personas, que con posterioridad fueron ejecutadas. Entre los dirigentes del Frente Popular, parece ser, gozaba de prestigio».

En realidad, ni Pedro Gimeno gozaba de prestigio político entre los dirigentes izquierdistas ni tuvo culpa alguna en las ejecuciones de Jaén. Ambos extremos quedan muy evidentes en sus conversaciones. Por un lado, Gimeno era entonces más un hombre de derechas que de izquierdas. «Si la línea del Movimiento hubiera estado desplazada un poco más a Occidente, todo hubiera sido distinto. Mis relaciones sociales estaban más a aquel lado que a éste y yo hubiera podido situarme muy bien entre ellos. Compañeros míos de estudios, mucho menos preparados que yo, llegaron en seguida a capitanes y comandantes jurídicos».

En otro lugar de la conversación cuenta Gimeno cómo, estando en Jaén, tenía el proyecto de pasar en Córdoba el fin de semana de los días 25-26 de julio de 1936 —el siguiente a la rebelión—, en unión de otro compañero dueño de un automóvil. «Si hubiéramos anticipado una semana aquel viaje, ya no habríamos podido volver a Jaén aunque hubiésemos querido y, por tanto, me hubiera quedado en el otro bando y allí me hubiera situado fácilmente, con las amistades que tenía».

No quiere decir esto que Gimeno fuese un reaccionario y menos aún un fascista y así se demuestra por su actuación en el Jurado Mixto de Cartagena, cuando tenía 24 años. Pero por educación y sentimientos (su familia «era la aristocracia agrícola de la región») estaba más cerca de los rebeldes que de los republicanos, aparte de que el advenimiento de la República, en abril de 1931, destrozó su brillante carrera de Oficial Letrado del Presidente del Consejo de Ministros, lo apartó de un puesto que le estaba destinado por enchufe. La llegada de la República hizo que la recomendación cayera sobre otro y, aunque en su relato Gimeno habla de

que la alegría republicana le hizo olvidar su fracaso profesional, no parece que sea completamente cierto.

En otro momento de las conversaciones, Gimeno dice claramente que hubiera colaborado con los rebeldes a título profesional (y a este título solamente colaboró con los gubernamentales) «pues lo único que yo he sentido ha sido el amor a España, un amor intenso, un amor de pasión». «Creo que en la otra zona hubiera tenido más ambiente que en ésta», insiste aún. Y: «No me gustaba la España del 31 ni la del 36: eran Españas muertas, Españas sin vida». Este lenguaje se aproxima mucho a la retórica falangista.

Su padre, pequeño capitalista rural, era monárquico liberal, seguidor de las ideas de Romanones. Toda la familia era de una religiosidad exquisita: camarera de la parroquia su abuela, hermano mayor de la cofradía local su padre, monaguillo él mismo. «La religión ha sido mi sostén». «Si estaba lejos de casa, frecuentaba con más asiduidad los sacramentos». «En mi familia se rezaba diariamente el rosario, el viacrucis en Cuaresmas, las novenas de San José y de los Dolores; ésas nunca faltaban». En fin, durante su encierro —y así nos lo mostró— llegó a tener callos en las rodillas de pasar muchas horas rezando. Según su testimonio, leía diariamente la misa por un misal que tenía y la leía en latín; esta actividad le ha permitido que todavía ahora recuerde largos párrafos de Epístolas y Evangelios de memoria y en el idioma litúrgico. «No lo hacía por sacrificio, sino por placer; yo di un sentido religioso a mi encierro, como antes se lo había dado a mis estudios».

A pesar de que por entonces la Biblia era casi un libro prohibido para los católicos españoles, Gimeno asegura haberla leído más de una vez. El libro de *El Cantar de los Cantares* lo sabe casi de memoria. Como autores favoritos nos citó a Fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León y San Ignacio de Loyola. Piadoso, devoto, ni siquiera llevó una vida disoluta en sus años de estudiante en Madrid —los dos años que pasó preparando su ingreso en la Armada—. «Mi lugar favorito era la iglesia del Perpetuo Socorro. No fui un estudiante juerguista y si alguna vez entré en un *cabaret* fue por el qué dirán, por no molestar a los compañeros».

Tan sólo durante su etapa en Jaén decayó un poco su fervor religioso, ante el contacto de «la gente incrédula» con la que convivía.

En el aspecto político, por lo demás, nunca fue activista ni participó en mitin alguno. De todos modos «me dolía la situación de los obreros en Andalucía; era algo que clamaba al cielo». Por carácter, le gustaba la vida brillante y frívola de una Cartagena dominada por la casta de los marinos de guerra. «A los abogados y médicos nos toleraban, aunque para ellos éramos de segunda categoría; los demás, como si no existiesen». Cuando estaba en Jaén como fiscal republicano, echaba de menos el año en que pudo codearse con el gobernador y con todos los prohombres de Cartagena. «Lo bueno se añora siempre, pero yo me acostumbré a amortiguar el recuerdo de lo bueno para que no me hiriera». En esa época —lo expulsaron del cargo por excesivamente joven— tuvo «muchas novias». Con una de ellas, «de una familia muy adinerada, millonarios de los de entonces», estuvo a punto de casarse, pero al final rompieron «por culpa de las amistades». En la época de la entrevista había ya muerto, después de haberse casado con otro hombre. Gimeno cuenta cómo un día, a los pocos años de su encierro, se presentó en casa de su hermana para preguntar por su paradero y devolver los objetos que aún conservaba del joven abogado.

En cuanto a que tuviera prestigio entre los dirigentes del Frente Popular, después de tales antecedentes, no resulta muy claro. Incluso en Jaén, todos sus amigos pertenecían a las clases más altas. Como fiscal procuró aplicar la ley con la mayor blandura, tal y como dice en su relato. En Jaén trabajaban siete fiscales y Gimeno quedó espantado ante la miseria y la injusticia de la población campesina. «Había cuatro o cinco mil presos en la cárcel, falangistas, caciques y militares rebeldes y se salvaron casi todos. Yo hice todo lo que pude. Algunos fueron fusilados como represalia por los bombardeos de Franco a poblaciones civiles. Además, la Justicia estaba dominada por el pueblo. Los consejos de guerra funcionaban bajo la presión popular».

Cuando Pedro Gimeno cayó enfermo, a finales de enero del 37, primero de tifus y luego de una tuberculosis que lo tuvo al borde de la muerte, se recluyó en un cortijo próximo a Úbeda «a llevar una vida salvaje: comer y dormir». Logró curarse por completo, gracias a su gran fuerza de voluntad,

y al reintegrarse a su puesto fue nombrado Instructor del Tribunal de Espionaje. Allí, al poco tiempo, el SIM (Servicio de Investigación Militar) le envió noventa encartados y «me exigía que consiguiera por lo menos treinta penas de muerte». Yo me puse a dar largas al asunto valiéndome de todos los recursos jurídicos, buscando testigos en Barcelona para que tardaran más en presentarse… Dije a los abogados que calificaran a los acusados de perturbados mentales, porque los exámenes psiquiátricos se demoraban mucho… Algunos de aquellos acusados eran amigos míos y el resto lo hacía por humanitarismo. Se salvaron casi todos gracias a la acumulación de delitos.

Su fidelidad a los amigos, en este caso a los compañeros de Jaén, queda muy clara en el hecho de que, poseyendo pasaporte gracias a sus influyentes amigos cartageneros, se negó a huir cuando se fue la escuadra, es decir, un mes antes de que Jaén se rindiera. Si lo hubieran identificado en Alicante, es indudable que hubiera sido fusilado.

Por lo que se refiere a lo ocurrido en Alicante, una de las grandes tragedias de los combatientes republicanos, veamos lo que escribe Luis Romero en *El final de la guerra*[10]: «Iban concentrándose vehículos de todas clases y hasta llegaron tanques y blindados. Guerrilleros, agentes del SIM, mandos militares y comisarios, miembros de comités nacionales, regionales, locales, soldados, carabineros, guardias, mujeres, niños; traían colchones, maletas, fardos. Algunos, más previsores, escondían en sus bolsillos o disimulaban entre esas pertenencias monedas y joyas, y entre los levantinos el azafrán se había convertido en instrumento de cambio frente a los azares de la expatriación. Los más iban cargados con provisiones de boca y ropas, mientras que otros se presentaban con sólo lo puesto y acumulada el hambre del camino. Había entre ellos solidaridad e insolidaridad, fraternidad y enemiga, ánimo y desánimo, propósitos de resistencia o de entrega como alternativas contrapuestas en caso de fracasar el embarque». El autor, que opta entre una cifra que va de los doce a los quince mil fugitivos, confirma los comentarios de Gimeno acerca del pésimo trato que daban las tropas españolas frente al relativamente humanitario de italianos y marroquíes. «Humillante, inhumano, dantesco, tristísimo», decía el abogado.

Otros detalles no completamente claros en su relato aparecen en distintos informes policiales, a veces con el lenguaje y el error propios de la posguerra franquista, por ejemplo en este párrafo: «En los meses de mayo y junio de 1933 estuvo al frente de un Jurado de Masonería, al que le daban el nombre de Jurado Mixto». (Jurado en el que Gimeno actuó un poco como los actuales abogados laboralistas, aunque procurando no enfrentarse demasiado a los patrones, fuertes compañías; por lo demás, fue elegido para el Jurado tanto por obreros como patronos, y de ahí lo de Mixto). «El 29 de diciembre de 1935 llegó a Frailes (Jaén)… No demostró a la Corporación de dicho Ayuntamiento su ideología política».

Por lo que se refiere a sus escondrijos, aparte la casa de Cartagena, en la calle del Carmen, estuvieron siempre en la Pedanía (Diputación o Parroquia) de Perín, en un agrupamiento de casas denominado «La Corona» y en otro conocido por «Huerto Libreño», donde estaba la casa de su hermana, a medio kilómetro del anterior. Es un paraje rocoso, agreste, a una docena de kilómetros de Cartagena, sobre la montaña. Los dieciocho habitantes de «La Corona» viven de las fincas de guisantes y almendros propiedad de los Gimeno. La casa de éstos es muy grande, con una parte vieja y otra nueva, y posee agua corriente y electricidad. Desde 1941, fecha en que murió su padre, Gimeno vivió en esta casa o en la de la hermana. «Me habitué a esta forma de vivir y dejé pasar el tiempo, pasar el tiempo; yo no quise molestar a nadie pidiendo ayuda. Esperaba que Franco diera una amnistía a los cinco años, luego a los diez, luego a los quince, luego a los veinte… Los guardias no venían a buscarme a casa por consideración a la familia, pero yo tenía miedo de todos, de que alguien viniese; no temía a nadie en concreto, sino a todos. Cada vez que veía acercarse a un extraño me descomponía… Después de la prescripción de los delitos del 69, todavía tardé dos meses y medio en salir. Quería estar bien seguro, no me atrevía a salir no fueran a pegarme un porrazo por ahí… Y lo que más temía era la publicidad, las entrevistas, las fotos… Por eso esperé más».

Pedro Gimeno Espejo es un hombre de estatura mediana tirando a baja. Lleva el pelo corto, rapado a cepillo y su piel está tostada por el sol de la ciudad turística más conocida de la España peninsular. Viste una camisa de manga corta y cuello descubierto, pantalón gris con cinturón y zapatos

juveniles. Sus ojos claros brillan con intensidad mientras, al hablar, tartamudea un poco por el nerviosismo y mueve intranquilas unas manos muy cuidadas. Pasaría por un *play-boy* sesentón, todavía ágil y animoso. Desde luego, nadie en estas playas levantinas podría imaginar su historia, la historia de un hombre de derechas escondido por miedo a que lo mataran los vencedores en una rebelión derechista. Claro que el abogado perfectamente integrado en la sociedad en que vive sabe explicarlo muy bien:

—Yo he sido como un tronco arrastrado por la riada, que lo lleva a cualquier parte, adonde no quiere ir. Mi vida ha tenido más amarguras que felicidad, pero yo he sacado felicidad de la amargura; lo contrario, sacar felicidad de la felicidad, no tiene ningún valor. Lo difícil es hacer como las abejas, que de una cosa amarga como el romero saben sacar la miel.

OceanofPDF.com

13. EL NOVELISTA COBARDE.

Juan Rodríguez Aragón (San Fernando, Cádiz).
31 años escondido.

Sobre los terrenos de la antigua huerta se levanta ahora una hilera de edificios modernos de cinco plantas. Gonzalo Rodríguez vive en el segundo piso de uno de ellos, «quizás encima mismo del sitio en que nací». Gonzalo Rodríguez tiene unos cuarenta y cinco años, mujer, dos empleos (uno por la mañana y otro por la tarde) y tres hijos. Desde la ventana de la cocina de su casa se contemplan las cruces y lápidas del cementerio por entre las que anduvo su padre escondido durante un par de semanas, hace cuarenta años. Más lejos, las salinas y la hermosa bahía de Cádiz, difuminada en la bruma.

Gonzalo es el hijo mayor de Juan Rodríguez Aragón, un carpintero y novelista que permaneció treinta y un años sin salir de la huerta familiar, la huerta que ocupara su abuelo a mediados del siglo pasado, cuando San Fernando bullía en La Carraca. San Femando ha sido un pueblo de marinos y de funcionarios de marina, incluso después de que Carlos III pusiera en marcha La Carraca y se asentara a su alrededor una población miserable dedicada al desguace de naves, a la reventa de adornos, a la madera rescatada de las aguas. En Las Salinas los hombres no ganaban ni para su entierro y por eso no trabajaban. San Femando no es la Andalucía bodeguera de Jerez ni la Andalucía turística de la costa. De vez en cuando, entre la población agitanada, aparece un individuo claro y rubio albino

recuerdo de la última invasión inglesa. Marinos y obreros miserables de una industria siempre subsidiaria y de segunda categoría…

Gonzalo Rodríguez se lamenta hoy de las dificultades que la vida le presenta. De no haber sido por el encierro de su padre, por ese encierro casi voluntario, él podría ser hoy médico, como algunos de sus compañeros. Eso dice Gonzalo con una pizca de rencor hacia el autor de sus días.

No parece amarlo mucho. En realidad, se trata de un auténtico desconocido, a pesar de haberlo tenido tan cerca, tan al lado. Su madre, Trinidad, muy enferma, tampoco acepta la historia de su marido. Las tres veces que supo que estábamos hablando con él nos echó de la casa a golpes de escoba o con cubos de agua. No quiere ni recordar a Juan Rodríguez Aragón ahora que lleva tres años en el cementerio vecino. Cuando vivía con él, los seis años y medio de vida libre en común, lo mantuvo escondido en la huerta. Procuró que no hablase con nadie, que no saliera a la calle, como imponiéndole la misma condena que ella había sufrido por culpa suya desde los veinticinco años. Ahora Juan ha muerto, en 1974, con setenta y tres de edad, sin haber iniciado la gran novela de su vida, un bello proyecto de que hablaba en todas sus cartas, un sueño de excusas, arrepentimientos y teorías que nadie conocerá.

Gonzalo asegura que no tuvo tiempo. Pasó estos últimos años de su vida, sus pocos años de libertad, como había pasado los otros. Plantando en la huerta, charlando de tanto en tanto con los nietecillos, leyendo mucho, viendo la televisión. Vivía solo. Gonzalo no lo veía casi nunca. «Mi mujer es de fuera de aquí y cuando tenemos un rato libre cogemos a los niños y nos vamos a visitar a sus padres, así que ustedes comprenderán que yo no tenía tiempo de verlo a él». En realidad, nunca lo visitó. Cree que estuvo 39 años encerrado, cuando fueron 31. No sabe qué día se escondió, por qué, dónde; ni qué había hecho antes, ni dónde están las novelas que escribió. Sólo sabe que tenía una buena caligrafía y que leía muchos libros. Jamás intentó adentrarse en el mar de tristezas y amarguras que su padre llevaría dentro, aunque sospecha su existencia. Ahora todos han muerto. «Ha sido una vida perdida», dice. «Para qué recordar cosas malas». Los libros, los viejos papeles han desaparecido.

—A mí no me contó nada. Cuando se encerró yo era muy pequeño y luego, de joven, yo andaba con mis problemas, trabajando. Llegaba tarde a casa, cenaba y a dormir. No lo veía casi nunca. Después me casé, llegaron los niños y otros problemas y tampoco podía verle. Y mi hermano, que es más joven, todavía menos. Siempre tuvimos muy poco trato con él. Ni mi madre ni nosotros discutimos con él ni le pedíamos que saliera. Él había dicho que no y era que no. Nadie pensaba si ya podía salir, si era una tontería estar allí dentro, no hablábamos de eso, no hablábamos de nada.

Juan Rodríguez Aragón vivía como un mueble, como un objeto, solo en su habitación trasera de la huertecilla. Secuestrado por su abulia y por un amor desmedido de sus padres y hermanos. Trinidad, su mujer, histérica, agresiva, bordeando en los últimos años los precipicios de la razón, sólo tiene para él palabras de odio y de desprecio. Si los hijos ignoran por completo a su padre, ella, simplemente, le odia. «¡Y sólo faltaría que ahora se hiciera famoso y que estuviera rodeado de amigos! ¡Fuera de aquí, fuera de mi casa!»

«Juan Rodríguez Aragón nació en San Femando (Cádiz) el 16 de junio de 1901, hijo de Gonzalo y Sebastiana, casado, de profesión carpintero, vecino de dicha localidad, domiciliado en la calle General García de la Herrán, número 40. Con anterioridad al Glorioso Movimiento Nacional perteneció a la Organización Sindical “Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.)” como miembro cotizante, haciendo labor a favor de ella. También perteneció en calidad de redactor-jefe al periódico semanal local “Razón”, cuyo semanario se publicó un mes, dejando de publicarse por falta de medios. Como tal redactor escribió artículos cuyo matiz era del ambiente que se respiraba de aliento a las masas, no tomando parte en desmanes callejeros. Desde aquellas fechas ha permanecido oculto en su domicilio hasta el día 24 de enero de 1968 en que se presentó voluntariamente ante la Comisaría de Policía de San Fernando. Manifestó que había permanecido en esta situación por temor a represalias y que le habían atendido en su encierro sus padres y hermanos».

En 1969, cuando Juan lleva un año de libertad, es un hombre viejo, débil. La cara parece afilada por los laterales, como si le hubieran aplastado la cabeza entre dos tablas. Se frota rabiosamente los dedos al hablar y las

múltiples arrugas del rostro se marcan con más fuerza. Tiembla todo él, mira a un lado y a otro (quizá temiendo la aparición de su esposa); la voz es clara, aunque algunas palabras le silban por los huecos que han dejado algunos dientes caídos. Media docena de veces repite una frase que ha debido de meditar mucho, una especie de axioma, de resultado de su vida: «La cultura hace cobardes a los hombres». Así habla:

Cuando salí de la escuela me dieron a escoger en casa, a ver a lo que iba a dedicarme: «Mira, puedes ser herrero, puede ser albañil o puedes ser carpintero». Solamente estas tres cosas me ofrecieron. Yo elegí carpintero. No porque me gustara, ni nada, sino porque me parecía más limpio. En lo otro me tenía que mojar y de herrero, huy, me tapaba los oídos… Yo era el mayor de la casa, el mayor de seis hermanos, no podía estudiar una carrera; la familia vivía de la huerta. Estuve en el colegio hasta los diez años, en los Hermanitos. Los Hermanos de la Salle, los babero. A los once años mandaron decir en casa que si iba a hacer el examen de ingreso y les dijeron que yo sabía más que toda la familia junta. Así que me sacaron de allí y me mandaron a elegir trabajo, a trabajar. Desde pequeño sabía que mi horizonte era trabajar, de modo que no sentí nunca contradicción, ninguna contrariedad. La vida entonces era así.

Primero estuve en un bazar de muebles, de mozo, de recadero, para ir aprendiendo, y a los doce años empecé a trabajar. Como carpintero general. Entré en Matagorda, en los astilleros, para hacer botes. Tenía un horario de ocho a cinco, con una parada para comer; yo llevaba la comida de casa. Solía ser tortilla, pescado, algún choricillo frito. Mi madre me metía la fiambrera en la taleguilla. Entré allí con algunos muchachos pero ellos se volvieron, fracasaron. A mí no me resultaba pagar pensión en Cádiz, así que me levantaba a las seis de la mañana, cogía el coche y me ponía en San Juan de Dios a las siete y pico; allí tomaba café en la esquina de la calle Polsía, cogía el remolcador y me iba al trabajo. Me pagaban de sueldo —ya cuando era mayor— cinco pesetas con quince céntimos, quince céntimos por desgaste de herramienta. La herramienta era mía; se dejaba allí, pero había que comprarla cada uno. No estaba mal pagado. En el año diecinueve un capitán médico de Marina cobraba treinta y tres duros al mes. Cuando comenzó la guerra yo estaba ganando once pesetas como carpintero y cinco

más de taquillero, es decir, dieciséis. Venía a salir por unas quinientas pesetas al mes. En el año 33 un funcionario del Municipio ganaba trescientas.

Tendría unos diecisiete o dieciocho años cuando comencé a escribir poesía. Como me gustaba mucho tener conocimientos de las cosas, siempre había estado leyendo todo lo que caía en mis manos. Formamos una tertulia aquí, cinco muchachos; dábamos una peseta cada uno y comprábamos lo que estaba de actualidad para todos. Teníamos el acuerdo de que si uno sabía de un buen libro, lo compraba para todos. Nos veíamos en el café España, donde está ahora el Nacional. Iban Montes, ese muchacho que escribió sobre el Príncipe, otro que se llamaba De Lucas, que era el benjamín. Leíamos a Galdós, Blasco Ibáñez, Unamuno, que era de los que más gustaba, y Gorki también me gustaba muchísimo por la precisión para reflejar un paisaje o un sentimiento, Julio Verne, Chejov, Schopenhauer, Dostoyevski, Goethe, los franceses, ni que decir tiene, los rusos sobre todo que se publicaban en colecciones baratas… Así me formé a mí mismo, leyendo muchísimo, sin parar, y luego escribiendo.

Por entonces se hizo un periódico en Puerto Real, creo que lo hacía Dávila. Se llamaba «Acción Popular» y allí empecé yo a escribir cuentos. Yo tenía una memoria prodigiosa y me acordaba de frases leídas; me ponía a escribir y me venía a la cabeza una frase, un párrafo entero. Los cuentos tenían todos un trasfondo filosófico.

Cuando tenía veintitrés años me fui a Madrid. Me había librado del servicio militar. En Madrid vivía en la calle de Leganitos, muy cerca de la plaza de España. Trabajaba como pintor de brocha gorda todo el día, en un taller, y por la tarde, después de lavarme y vestirme, me iba a ver el Madrid-París, un comercio que ahora se llama *Sepu*, por donde estaba Unión Radio. Por allí siempre había buen ambiente. Yo pagaba una peseta diaria por la pensión y el lavado de ropa; la comida y cena la hacía en tabernas o casas de comida, con amigos estudiantes de la pensión y con escritores que empezaban. Casi todas las semanas escribía un cuento y lo ponía en el buzón de *El Imparcial*, pero no me daba cuenta de que otros tenían un apellido famoso o influencia y yo no tenía nada. Y en Madrid no me publicaron nada. Yo era como un poeta ambulante llamado Armando Caribe

que escribía rótulos en las paredes de la Escuela de Bellas Artes, que estaba en obras. Era un poeta ambulante que se perdió. Un día escribió: «Yo soy un poeta y necesito vivir y quiero que no me ocurra lo que le ocurrió a Bécquer, que después de dejarlo morir de hambre lo enterraron con rosas».

En Madrid estuve menos de un año, el 24. Entonces me publicaron en Barcelona la primera novela. Se titulaba «El ramo de un amor vulgar» y se la dedicaba a Boccherini. También escribía crónicas para San Fernando, crónicas donde decía cómo era Madrid. Pero no conocí a nadie importante. Una vez entré en el Café Gijón, pero no pude hablar con nadie.

Ya me cansé de aquello y me volví a San Fernando. Aquí seguí escribiendo mucho, de todo. De títulos de novelas me acuerdo de «El drama de un amor burgués», «Un talión contemporáneo», «El Señor de Unca», «La batalla de los aguadores», «El Cantar de los Cantares»… Ésta tenía un fondo poético y juvenil, de un torero que se hace figura y reflexiona mucho. La novela termina con esta frase, me acuerdo muy bien: «Los hombres cultos son los cobardes, porque la cultura acobarda a los hombres».

No conservo ningún ejemplar. Cuando el Movimiento lo quemaron todo, los libros, y los periódicos que guardaba. Yo escribía aquí en una revista que duró tres semanas, hasta el Movimiento: «La Razón». Y en un periódico que la gente llamaba «La Meona». Era «La correspondencia de San Fernando». Con mi nombre firmaba los cuentos y ensayos pequeños y con el seudónimo de Samuel firmaba las críticas de espectáculos.

Trabajaba en un teatro que se llamaba de Las Cortes. Estaba de taquillero hasta media hora después de que comenzara la función. Luego entraba y veía el espectáculo para escribir la crítica. Criticaba los dramas, las zarzuelas, los conciertos… Hacía la crónica por los sentimientos que despertaba en mí lo que veía. Si ponían algo de Schubert, yo hablaba de Viena, de su ambiente, por lo que había leído. Era un trabajo literario, no crítico, como de un trovador literario. Yo no cobraba un céntimo por esto, no me daban por ello ni el periódico, tenía que comprarlo yo. Había aquí una delegación de la Asociación de Prensa y don Marcelo Manzo, que era el director de «La Correspondencia de San Fernando» me dio una credencial como redactor informativo y como crítico. La gente se sorprendía de que un carpintero escribiese. Yo trabajaba entonces en el

mejor taller de San Fernando. Me había casado en el año 31, el cinco de marzo. Cuando la guerra ya tenía los dos hijos. Después no pude tener más.

Mi trabajo de crítico terminó el 18 de julio a las doce de la mañana. Como era sábado, tenía libre la tarde y al venir para casa me encuentro un amigo que me dice:

—¿Te has enterado de que se han levantado, no?

—Pues no. ¿Tú crees que va a haber trastornos?

—Yo creo que no —me dice—, porque nosotros hemos tomado el acuerdo de que si los militares se suman al Gobierno, permanecemos en nuestros puestos, en nuestros cargos, y si no, nos inclinamos a la fuerza. De modo que usted tranquilo.

Lo de saber más que los otros me perjudicó. Yo conocía la situación, la realidad. Estaba afiliado al sindicato de la C.N.T., pero yo no quería saber nada de política. Aquí la población estaba demasiado dividida, pero todos eran muy democráticos. Había algunos falangistas, pero muchos más de la U.G.T., que era la que miraba por los trabajadores. José Antonio decía que era sindicalista, era un hombre pulcro y que estaba al día, pero sólo trataba de convencer a la gente. Lo que pasa es que José Antonio estaba unido a los militares y a los curas.

Lo que yo escribía a unos les gustaba y a otros no, como pasa con todo, pero nunca tuve conflictos con nadie. Por aquellas fechas, por el 36, las crónicas eran políticas cuando lo del paro obrero. Yo me basaba en la doctrina humanista, en mi opinión, daba mi opinión particular sin servir a ningún partido. Yo sólo pretendía trabajar en algún sitio que me permitiera comer y vivir. Por eso estaba en la taquilla todas las noches, después del taller. Allí me pagaban cinco pesetas y podía comprar libros y dar dinero a mi madre.

El día 18, después de comer, yo salí a la calle. Pasó una Compañía hacia el Ayuntamiento, cogieron al alcalde, Cayetano Rodal, y lo llevaron a su casa sin hacerle nada. Luego se lo llevarían de allí con sus hijas. Hubo un poco de follón al ocupar el Ayuntamiento y yo me fui a mi casa.

Al día siguiente hubo ya algún tiroteo y yo dormí en mi casa normalmente. Pero al tercer día ya empezaron a disparar a la gente del pueblo y mataron a algunos. A mí me vieron por la calle unos falangistas y

sin decir nada empezaron a pegarme con unas porras de goma. Me dejaron ciego de los golpes.

Me metí en casa y al día siguiente salí otra vez, porque creí que había sido un accidente. Pero estando en la barbería llegaron unos compañeros del taller a decirme que los falangistas andaban buscándome. También me dijo un vecino que habían ido a mi casa para matarme. Era una cuestión personal. Uno de los falangistas había querido quedarse con la taquilla del teatro y, con el Movimiento, quería matarme para conseguirlo. Sus compañeros me buscaban para dejarle la taquilla a él: eso era todo lo que pasaba, una tontería. Pero yo pasé de la tranquilidad a la angustia.

Ya no podía volver a casa. Durante más de una semana pasaba el tiempo vagando por los descampados y para dormir me escondía en el cementerio; tenía una manta, me metía en un nicho vacío y dormía allí. En San Fernando no pasaba nada. Sólo que buscaban a la gente para matarla y uno de los buscados era yo. Preguntaban por mí a mi mujer. Creían que me había ido a Almería con otros muchos que se fueron entonces, por el campo.

A primeros de agosto, cuando todo había pasado, me metí en casa. Y ya no salí hasta el 24 de enero de 1968. Al principio me metí entre los conejos y las gallinas que teníamos al fondo de la huerta, pero luego ocupé una habitación trasera. Desde la verja de entrada a la huerta hasta esa habitación hay mucho terreno y si alguien entra se le puede ver en seguida, pero nadie vino a buscarme. Yo he pasado los treinta y un años metido en esa habitación, leyendo, pensando. Cuando pasaron diez o doce años salía alguna vez, de noche, a pasear por la huerta.

Ahora considero que fue un error el haber estado tanto tiempo, pero hay que considerarlo así, como una de las cosas de la vida, de las muchas que pasan.

Yo estaba rodeado de mi familia. Al principio, mi padre me dijo que no saliera; él tenía mucho miedo. Él estaba malo y por no darle un disgusto, me quedé. Mi padre murió hace unos veinte años y entonces quise salir, pero mi madre no quería. Y tampoco quería mi hermano. Él trabajaba todo el día para que no me faltara nada y no quiso casarse por estar conmigo. Cuando murió mi madre, en el año 66, ya iba a salir y viene mi hermano:

—¿Te falta algo aquí, Juan?

—No me falta nada, no.

—Pues, ¿para qué vas a salir?

Y ya me quedé. Pero mi hermano murió en diciembre de 1967, murió de tanto trabajar para que yo estuviera bien. Y ya entonces llamé a mi cuñado, que es comandante de Marina y no sabía nada de mí, y él arregló lo de la salida, la presentación a las autoridades.

En todos estos años nadie sabía que yo estaba ahí, fuera de mis padres, mis hermanos y mi mujer. Mis hijos se acostumbraron desde el principio a llamarme «tito» y no me veían casi nunca. Todos decían que yo me había marchado al extranjero y que no sabían de mí. La gente preguntaba al principio, pero luego dejaron de preguntar y yo me quedé como si estuviera muerto.

Yo he vivido tranquilo. Nunca he sentido necesidad de salir a la calle ni he necesitado hacerlo; ni he estado enfermo nunca. Sólo me vio una persona en todos estos años, pero hace muy poco, y esa persona nada sabía de mí, así que nada dijo, no se sorprendió.

Lo que más he hecho ha sido pensar. Leer, no mucho, porque mi padre lo quemó todo cuando el Movimiento y luego no había dinero para libros. Vivíamos de la huerta y de un pequeño negocio de modistas que pusieron mi mujer y mi hermana. También he hecho las reparaciones de carpintería de la casa y, al final, en algún momento he ayudado en la huerta, pero muy poco. Casi todo mi tiempo lo he ocupado en no hacer nada, absolutamente nada. En mi habitación es donde me sentía más a gusto, más tranquilo, sin ninguna preocupación. Aquél era mi sitio y mi inquietud era esperar, esperar, esperar… Nunca he sabido lo que estaba esperando, aunque estaba seguro que aquello terminaría alguna vez. Ahora me doy cuenta de que puede haber mucho egoísmo en esta actitud, pero mi familia deseaba que estuviera allí, todos se sacrificaban por mí, sobre todo mi hermano. Se negó a casarse y trabajó muchísimo por mí, ¿cómo iba a salir y echar por tierra todo su sacrificio? Cuando lo pienso ahora me doy cuenta de que he cometido un error y de que he pagado muy caro ese error. Seguramente me hubieran matado los falangistas de cogerme en los primeros días, por el asunto de la taquilla, pero luego yo no tuve ningún peligro.

Nunca ha habido un momento de peligro o de angustia. Nadie sospechó que yo estuviera escondido en casa, nadie quiso investigar. Los amigos siguieron siendo amigos de la familia o dejaron de serlo, pero a mí me fueron olvidando.

Ahora lo único que quiero es estar aquí tranquilo, pasar con sosiego los últimos años que me restan de vida, dando gracias a Dios por lo bien que se han portado mis hijos, por mis nietos. Estoy asombrado de lo bien que marcha todo, los Planes de Desarrollo, la ciudadanía. Veo que España entera trabaja por su grandeza, prosperidad y prestigio. Desde que estoy fuera sólo he recibido abrazos y palabras de cariño. Ahora sólo deseo un poco de calma para sentarme a escribir y contar toda mi historia, no para dar una moraleja como en aquellas novelas mías de antes de la guerra, sino porque es algo insólito, ¿verdad?, algo increíble. Si tengo fuerzas iré contándola poco a poco como agradecimiento a los míos, a mi esposa Trinidad y a mis hijos, que son los que tienen verdadero mérito. Lo mío ha sido sólo un error de treinta y un años, un error que me ha costado los mejores años de mi vida. Pero así pasan las cosas.

OceanofPDF.com

14. EL ALCALDE DE MIJAS

Manuel Cortés Quero (Mijas, Málaga).
30 años oculto

El miércoles 15 de junio de 1977, día de San Vito y San Modesto, el exalcalde de Mijas, don Manuel Cortés Quero, de 72 años, se vistió su temo nuevo para acudir al colegio electoral número uno, sección segunda, situado en la calle del Generalísimo Franco. Como es natural Manuel Cortés votó a los candidatos de su partido, el Socialista Obrero Español, que resultaría el boleto ganador, porque el PSOE recuperó, en el turístico pueblecito y término municipal al pie de la sierra malagueña, la supremacía de que gozó en los años anteriores a la guerra civil. En aquel tiempo, Mijas fue uno de los enclaves de la provincia donde los socialistas aventajaron siempre a los anarquistas de la CNT-FAI.

Manuel Cortés tenía razones aquella mañana para sentirse satisfecho. Estaba seguro del triunfo de su partido, había contribuido a él y, por si esto fuera poco, los zapatos no le incomodaban. A los ocho años y sesenta y cinco días de abandonar su escondrijo secreto estaba ya habituado al tormento de los zapatos, auténtico martirio para un hombre que vivió en zapatillas durante treinta años de ocultación. Manuel Cortés desconcertó a los enviados especiales de todo el mundo cuando, a poco de salir, fue interrogado sobre las impresiones de sus primeras horas de libertad:

—Estos zapatos me están matando —contestó.

¿Alarde de cachaza? A los curiosos llegados de fuera les costó comprender el alcance de aquellas respuestas realmente desdramatizadoras del exalcalde republicano de Mijas.

«Hubiera preferido ver una chispa de arrepentimiento en sus ojos, o una chispa de miedo o una chispa de odio o una chispa de ilusión o una chispa de vergüenza o una chispa de satisfacción. Y no he visto nada. Frío. Escéptico. Distanciado. Como si de pronto hubiera sonado el timbre del despertador y un hombre hubiera saltado de la casa, en pijama, restregándose los ojos y treinta años más viejo», escribía un reportero a mediados de abril de 1969. Pero Juliana Moreno López, señora de Cortés, tenía la clave de aquellas reacciones. Esa calma chicha, esa despreocupación suya la habían traído mártir durante treinta años menos cuatro días. «Aléjate de la ventana que te van a ver los vecinos», «No fumes que van a sentir el humo», «No tosas», «Haz el favor de poner más bajo el volumen de la radio», éstas y otras advertencias de Juliana no eran obedecidas por el impávido y flemático Manuel. Desde su observatorio, una pequeña habitación de la planta de arriba, provista de una cama, una silla, una estufa eléctrica, una radio, un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, una mesilla, un tendido de antenas y, sobre todo, una ventana, Manuel radiografió, como un inmóvil «diablo Cojuelo», el acontecer del pueblo. Cuando salió era un extraño para la mayor parte de los habitantes del pueblo, pero él los conocía a casi todos. Estaba al tanto de los noviazgos, los matrimonios, los natalicios y de la vida social del pueblo. Conocía las nuevas cuadrillas de amigos, los veía pasar o cruzar a pocos metros de su posición.

Hacia 1960, desde su ventana, Manuel vio aparecer a unos seres extraños, rubios por lo general, de cabellos largos, con taparrabos o calzones cortos, cámaras en bandolera y que hablaban los idiomas más diversos. «Serán millonarios excéntricos», pensó el exalcalde. Más tarde comprendió que se trataba de un fenómeno socioeconómico que cambiaría la piel de su pueblo y de lo que ya llamaban Costa del Sol. Descubrió Manuel desde su ventana, a la que Juliana había colocado unos visillos protectores, que no se trataba de «millonarios excéntricos», sino de turistas

medios o viajeros que llegaban incluso de los países socialistas. «Ese descubrimiento —dijo— redobló mi fe en el socialismo».

A escala planetaria, Manuel conoció lo que sucedía en el mundo a través de una radio de varias ondas cortas que Juliana le había comprado.

Cuando salió a la luz del sol, el rostro blanquecino comido por una viruela infantil, el paso inseguro, «se me ha olvidado andar», afirmó Manuel, era el 11 de abril de 1969 y Mijas contaba con un habitante más, 8822 de víspera y 8823 al día siguiente. Quedó inscrito en el censo un «recién nacido» de 64 años y ojos azulverdosos, Manuel Cortés Quero. Ahora, a esos ojos, el pueblo, situado a unos treinta kilómetros de Málaga, se había transformado por la invasión turística, contaba con 1500 extranjeros entre su población. Los coches irrumpían en sus callejuelas, los autocares y los burro-taxis depositaban cientos de turistas cada día en las plazas del pueblo, turistas que llegaban para comprobar si como afirmaban las agencias de turismo «en Mijas se respira el aire más puro de la provincia de Málaga».

El exbarbero Manuel se puso su único traje, un chaleco de punto, camisa blanca y corbata oscura y un sombrero negro que cubría su pelo encanecido y se tomó sus primeras cervezas de la resurrección en los bares de Mijas. Recibió los abrazos de sus amigos de juventud y las noticias familiares.

—«Mi padre murió», o «Tengo tres nietos».

—«Ya lo sabía», respondía Manuel.

Y luego la letanía de los «¿Te acuerdas, Manuel?», de los más viejos.

Casi nada le pillaba de sorpresa.

Como un turista que, por primera vez, llegara desde el frío, Manuel tomaba asiento en una silla del patio de su casa, se desprendía de los zapatos y se tostaba al sol, ejercicio prohibido durante treinta años. Allí se le escuchó una frase dirigida a sus correligionarios del partido socialista:

—Al menos para mí, la guerra ha terminado.

Y Juliana hubiera deseado que cesara también, del todo, para siempre, la vocación política del exbarbero y exalcalde. Pero eso era pedir demasiado. «Ojalá no me lo hubieran elegido alcalde en marzo de 1936. Me

hubieran ahorrado estos años de sufrimiento», había dicho la esposa sometida tantos años a una ruda ley del silencio.

En sus años de encierro, reflexiones, lecturas, escucha de radio, Manuel consolidó su teoría de la política. Aumentó su fe en el socialismo y en la democracia. Confiesa su admiración sin límites por el partido socialdemócrata sueco y llega a decir: «A veces pienso que me hubiera gustado nacer en Suecia». En cambio, abominó de los partidos socialistas británico y francés, sin duda por su comportamiento durante la guerra civil.

Allá por abril de 1969 no ocultó su decepción porque el Partido Socialista Obrero Español, el suyo, hubiera perdido el fervor revolucionario y fuera incapaz de infraestructurar una organización clandestina de lucha contra el franquismo, «muy al contrario del partido comunista». Manuel Cortés señaló a Ronald Fraser en su libro biográfico del exalcalde que de celebrarse unas elecciones democráticas en España, el partido comunista, «el más importante partido proletario del país», se convertiría en tanto o más fuerte que el partido comunista italiano. «El partido socialista no ha estado aquí a la altura de las circunstancias», dijo. Los intentos de Juliana de despolitizar a Manuel resultaron vanos porque en las elecciones de 1977 trabajó como en 1936 por la victoria socialista. No es que hiciera ostentación de su militancia en el partido de Felipe González. Juliana se lo prohibía: «No, nada, ni hablar de que vaya a los mítines del partido». Pero colaboró en la sombra. La resistencia de Juliana tampoco impidió que Manuel se explayara sobre sus ideas del presente:

«Estoy seguro de que ganará el PSOE. Es malo que se vote a los partidos regionales. El partido mayoritario debe recibir un voto fuerte para recoger el poder que necesita para cambiar las cosas. El PSOE cree en la autonomía regional y Andalucía saldrá ganando con él».

Los comunistas, hoy, no le convencen: «Se llamen como se llamen, eurocomunistas o stalinistas, son los mismos». Pero todavía le atrae menos Alianza Popular: «Son algo peor de lo que hemos tenido durante cuarenta años». Sobre la UCD de Adolfo Suárez, Manuel opina que «no está mal, han hecho cosas que me gustan». A pesar de todo el exbarbero cree que «debe producirse aquí un cambio profundo. El “boom” del turismo ha

pasado, el paro está generalizado y me parece —añade— que los socialistas comprenden estos problemas mejor que nadie».

Las ideas de Manuel Cortés apenas si habían cambiado desde que despertó a la política y en 1931 fue elegido concejal de Mijas. Durante treinta años permaneció escondido por esas ideas, más o menos las mismas que en 1977 llevan a la victoria electoral, en su pueblo, al Partido Socialista Obrero Español. Manuel tuvo algo que ver en esa ventaja del PSOE en Mijas. En realidad fue, muy a pesar de Juliana, uno de los cerebros de la victoria.

Manuel, huérfano desde muy niño, aprendió el oficio de fígaro de su padre adoptivo, don Fernando Flores Martín. La barbería fue para Manuel la mejor caja de resonancia de sus ideas. La reforma educativa en un país con el cuarenta o cincuenta por ciento de analfabetismo, la educación del pueblo antes que la revolución, la separación de la Iglesia y el Estado, la reforma agraria, el trabajo a tope, la defensa contra el desempleo, la necesidad de formar cooperativas agrícolas para defenderse de la rapacidad de los terratenientes, la subida del jornal de 3,50 a 5 ó 6 pesetas, la mejora de las condiciones de los trabajadores… entre jabonar, afilar la navaja, rapar o hacer la barba, Manuel desgranaba su doctrina. Los clientes, jornaleros, medianeros, pequeños propietarios, terminaron por apuntarse en la UGT o en el PSOE. Los pequeños propietarios eran, según el barbero, los «más duros de pelar». Estaban anulados por el caciquismo, institución de gran raigambre en la zona y amedrentados por el cacique, que el profesor Artacho ha definido en su libro sobre el cooperativismo en Málaga como «la persona que domina políticamente un lugar por medio de la sumisión de una clientela y que a su vez actúa sometido a un oligarca determinado».

El barbero había organizado clandestinamente, antes de la República, la UGT y el PSOE. Ahora, se encargaba de leer la prensa y propaganda a grupos de analfabetos en la Casa del Pueblo. El cargo de Secretario General de la UGT en Mijas le obligaba a desplazarse por cuenta propia a los pueblos vecinos y a Málaga para despachar asuntos del sindicato.

Manuel contaba veintiséis años cuando en marzo de 1931 tras la caída de la Monarquía, proclamada la República, el cacique local abandona su cargo de alcalde y una comisión electoral de todos los partidos organiza las

elecciones municipales. Los socialistas se coaligan con radicales y radicalsocialistas. Fueron, por vez primera, unas elecciones libres. Manuel es elegido concejal, pero no acepta el cargo de alcalde que le ofrece la mayoría socialista en el pueblo.

Tras el «bienio negro», otras elecciones, las del 16 de febrero de 1936, dan la victoria al Frente Popular. En Mijas, recuerda Cortés, el viejo cacique y su camarilla con la ayuda del sargento de la Guardia Civil tratan de impedir la propaganda de la izquierda y el voto al Frente Popular. El domingo 16 de febrero llovió torrencialmente sobre la sierra malagueña. El «topo» de Mijas no olvidará nunca aquel día diluvial, los ríos bajaban hinchados de agua y muchos de los electores quedaron aislados en sus cortijos.

El 3 de marzo de 1936 Manuel Cortés Quero jura como alcalde de Mijas. Fue elegido por voto secreto y por unanimidad. La limpieza administrativa y la justicia social son su primera preocupación. La segunda es de carácter técnico, llevar el teléfono a Mijas y reconstruir la carretera con Benalmádena. Consigue la autorización y el dinero para ambos proyectos en Madrid, adonde ha viajado por primera vez. Visita las Cortes y saluda personalmente a Largo Caballero, al que encuentra «frío y distante», bastante menos cordial que Indalecio Prieto.

Durante su ausencia han ocurrido en el pueblo algunos hechos que suscitan la cólera del habitualmente sereno Manuel Cortés. El teniente de alcalde, presionado por los trabajadores, ha enviado a la cárcel a los derechistas del pueblo, unos cincuenta. Manuel debe utilizar toda su mano izquierda para poner en libertad a los detenidos sin provocar desórdenes. En los escasos meses que faltan para el alzamiento del 18 de julio, el alcalde mijeño va a tener que vérselas con problemas sociales, quizá el más importante de ellos, el boicot de los terratenientes que arrancan sus viñas o prefieren dejar sin cultivo las tierras. A la protesta de los jornaleros responderán con sorna: «Que os alimente la República». Los incidentes se multiplican en Mijas. Basta el menor gesto para excitar los ánimos.

El primero de mayo lleva al cenit estas tensiones. Manuel se ve cogido entre dos fuegos, entre los suyos que desean celebrar el primer 1 de mayo desde el triunfo del Frente Popular en las urnas y el sargento y los seis

números de la Guardia Civil. Ese día, al intento de manifestación en la plaza del pueblo, los civiles responden con mano dura. Manuel acude de nuevo para calmar los ánimos: ordena a la Guardia Civil que se retire a su cuartel y a los manifestantes los envía a tomarse un montilla en el bar de la Casa del Pueblo.

El 17 de julio por la noche Manuel Cortés escucha la primera noticia del levantamiento militar en Marruecos a través de la radio de Ceuta. «Nunca pensé que la rebelión llegaría tan lejos ni que prendiera tan pronto en la Península». Al día siguiente cuando se conocen más detalles de la extensión y magnitud del pronunciamiento contra el gobierno legalmente constituido de la Segunda República, Mijas, como el resto de la provincia, vive unas horas de gran excitación nerviosa. Manuel Cortés, «demócrata y socialista», ve desbordadas sus posiciones por la presión de los más excitados. El comité del Frente Popular, del que no ha querido formar parte, decide encarcelar a los derechistas por el solo hecho de serlo, registra sus casas y confisca sus tierras. El producto de las cosechas, el pan y el aceite se reparten colectivamente. Manuel es ajeno a estas medidas. Muy pronto chocará con el presidente de la UGT, que acusa al alcalde socialista poco menos que de contrarrevolucionario. Pero Manuel está firme en sus convicciones y responde: «Yo soy más revolucionario que todos vosotros y desde hace más tiempo, pero ésos no son métodos».

La fiebre sube más todavía por las noticias que los refugiados traen de las represalias en las ciudades tomadas por los alzados, Sevilla, Cádiz, Badajoz. El viejo cacique y su hermano son pasados por las armas. Manuel adjudica a la milicia local y otros extremistas la muerte del exalcalde. Cuando las detenciones se suceden arbitrariamente, Manuel forcejea con los extremistas. Los arrestos y las puestas en libertad se suceden, hasta que es denunciado a Málaga por un militante de la Federación Anarquista Ibérica. El arbitraje del comité de Málaga demuestra que la razón está de la parte de Manuel Cortés. Pero las escaramuzas continúan y el alcalde debe hacer frente a la oleada de bandas armadas que suben hasta Mijas. «Buscad fascistas en las trincheras», les replica Cortés.

Mientras tanto, las tropas nacionalistas alcanzan Estepona. En enero rompen el frente y progresan hacia Marbella. El alcalde sabe que Málaga

está perdida. No hay fortificaciones o trincheras, ni siquiera francotiradores que impidan el paso de los carros de asalto de Queipo de Llano.

Desde hace semanas la capital se alimenta de galletas y sardinas asadas. Arthur Koestler cuenta que el conductor de un coche-simón le arrebató, para devorárselos él mismo, los chuscos de pan que daba a su escuálido caballo. Los navíos de la flota franquista juegan al tiro al blanco con los coches que circulan por el litoral. Los soldados italianos lustran sus botas para entrar en Málaga.

El sábado 6 de febrero de 1937 la carretera a Valencia era un confuso maremágnum de coches, carruajes, bestias y hombres en fuga.

La capital se vacía. No hay víveres, municiones ni resistencia, tan sólo la deserción en masa. «Resistencia cero. Nuestros hombres arrojan sus fusiles y escapan hacia la sierra», informa un enlace al gobernador de Málaga, comandante Villalba. La luz eléctrica se ha ido, los tranvías no funcionan, los agentes de la circulación o los policías han desaparecido. «Tan sólo la oscuridad y los extraños ruidos del miedo —escribe el testigo Koestler—, un tiro de fusil, una explosión, un grito, un gemido. La agonía de un hombre no es nada comparada con la de una ciudad». El ejército de los invasores vivaquea tras las colinas y el periodista anglohúngaro, que pronto será detenido y encarcelado, presiente para Málaga, el 7 de febrero, una noche de San Bartolomé.

El alcalde de Mijas se ha unido al éxodo con su mujer Juliana, su hija de año y medio de edad, María. «La caída de Málaga, cree Cortés, no significa el final de la República». Después de marchar con gran dificultad durante todo el día por la sierra para buscar la carretera de Almería decide que su mujer y su hija deben regresar a Mijas. «Juliana, tú nunca has intervenido en la cosa política. No te harán daño». El alcalde abraza a su mujer y le entrega cincuenta pesetas, besa a la niña y toma el camino de Almería.

Cuando Juliana llega a Mijas la plaza del pueblo es un hervidero de camisas azules, yugos y flechas. Sin ser molestada se refugia en su casa, mientras Manuel camina durante seis días, sin apenas probar bocado, bajo el fuego de la aviación y la armada de Franco, en medio del pánico y la desesperación de miles de refugiados que llenan la carretera en filas de una orilla a otra, hasta que llega a Almería.

Dos años más tarde, Manuel Cortés ha perdido la guerra. Su división, la Cuarenta de carabineros, se ha desmovilizado en Valencia. Se despide de sus compañeros de armas y, en medio del caos que es Valencia, decide volver a su pueblo de la sierra malagueña para reunirse con su mujer y su hija. Tiene la conciencia tranquila, tan sólo es un soldado en derrota, uno de los seiscientos mil soldados que han perdido la guerra. No sabe todavía que los camisas azules miden las responsabilidades con otro rasero. En trenes de mercancías hasta Albacete y Alcázar de San Juan, en camiones de ganado, con una lata de sardinas y un salvoconducto de los vencedores, que le facilita el comandante jefe de la columna de retaguardia que se hace cargo de Valencia, Manuel corre hacia Mijas. Voluntario del cuerpo de carabineros creado por Juan Negrín ha rechazado incluso el cargo de comisario político. Mientras el último tren correo que vaya a tomar en treinta años avanza hacia Málaga, repasa mentalmente su ya destruida, inservible hoja de servicios en el ejército republicano: el frente, bajo cero, de Teruel, Castellón, Albacete, desde donde ha hecho llegar una carta a Juliana a través de la Cruz Roja, «estoy vivo», el hospital de Segorbe en el que ha ejercido como sanitario y finalmente Valencia y la rendición. Ha luchado y ha perdido, nada más. ¿Nada más?

Juliana vive en Mijas con el corazón en un puño. Ha sufrido los primeros interrogatorios de la Guardia Civil. Los falangistas, ebrios de triunfo y de venganza, han golpeado la puerta de su casa con las culatas de los fusiles. «Por Dios, que no llegue, que no vuelva ahora, con lo despreocupado que es…».

Cuando el cuartel general de Francisco Franco anuncia desde Burgos que la guerra ha terminado, los falangistas de Mijas disparan al aire sus fusiles y sus revólveres. El ejército rojo está cautivo y desarmado, pero falta una muesca en sus pistolas, la que corresponde al cadáver de Manuel Cortés. Juliana baja desde Mijas a la estación de Málaga para esperar la llegada de los derrotados. ¿Habrá muerto Manuel en guerra? ¿Habrá logrado escapar a Francia? Manuel Cortés llega a la estación de Málaga dieciséis días después de leído el último parte de operaciones por el locutor oficial Fernández de Córdoba. Franco ha recibido ya los primeros

telegramas de felicitación firmados por Mussolini, Pío XII y Hitler. «Afectuosamente suyo, Adolf Hitler».

Manuel viste de paisano y ha tenido la precaución de deshacerse de su gorra de carabinero. En la estación de Málaga le intercepta una pareja de vigilancia de la Guardia Civil. Dos hechos facilitan su libertad: no es de Málaga capital, nadie está allí para acusarle, y su quinta no ha sido llamada a filas en el ejército de Franco. Evita dar la impresión de que está asustado. Con ingenuidad o quizá con astucia y sangre fría se adelanta a preguntar a las patrullas de la Guardia Civil: «¿Dónde podría coger un taxi?». Hay controles cada pocos cientos de metros. Manuel los supera todos hasta llegar al Tiro de Pichón donde alquila un taxi. La carrera hasta Mijas le va a costar, recuerda, algo menos de cuarenta pesetas. Despide el coche unos kilómetros antes de llegar a Mijas y da un rodeo hasta la casa de sus padres adoptivos dueños de un mesón (donde paran yunteros y aparceros) y de la barbería. Es medianoche del 17 de abril de 1939 cuando el exalcalde y barbero, que cuenta entonces 34 años, salta el muro de la posada y toca suavemente en la puerta trasera. No eran tiempos en que las puertas se abrieran fácilmente a esas horas. Manuel insistió hasta lograr que su padre abriera. Su prima corrió a avisar a Juliana, que acudió poco después con la niña en brazos, acompañada también de sus padres.

«¿Entregarte? —fulminó Juliana a su marido—. Has perdido la razón. Te buscan para matarte. Tus compañeros fueron paseados y fusilados. Colgaron al alcalde de Fuengirola, fusilaron a los de Benalmádena y Alhaurín, el alcalde de los Boliches se suicidó en la cárcel, el de Coin huyó a la sierra y allí encontró la muerte».

Manuel no había cometido ningún delito, pero decidió ocultarse. Había crecido en aquella casa de la calle Joaquín Costa, 35, y sabía de un armario alto, tapiado, que estaba situado en una habitación que daba a la calle. Ése sería su *sancta sanctorum*, todo su espacio vital durante veintisiete meses.

—Fue el mejor de todos los escondites que tuve, el más seguro, pero también el más incómodo. Mi mujer y mi prima practicaron un agujero en el muro de la alacena y lo cubrieron con un cuadro grande de San José. Todo lo que yo tenía que hacer era descolgar el cuadro para entrar o moverlo desde dentro para salir. Aunque en aquella época estaba muy

delgado, me colocaba en cuclillas, de lado, y mis hombros tocaban las dos paredes. Era una posición insoportable y, a pesar de la oscuridad y la claustrofobia, decidí resistir, aguantar, y esa resistencia me permitió convertirme en el único alcalde republicano de la zona que sobrevivió a los fusilamientos. Juliana había ido a ver a un guardia civil al que conocía para preguntarle como quien no quiere la cosa: «¿Qué le pasaría a Manuel si se presenta?». El guardia civil enarcó las cejas y dijo sin pensárselo dos veces: «Será mejor para él que no aparezca». Con estas impresiones no había opción para mí. Tan sólo hacer más llevadero mi propio cautiverio. Juliana trajo una sillita de mimbre y más tarde una vela y alguna novela rosa de las que quedaban por allí. La lectura me distraía. Mi plan de vida era muy monótono. Permanecía agazapado en el armario desde la madrugada hasta medianoche, hora en que mi padre cerraba la barbería y las puertas de la posada. Juliana me traía la comida, desplazaba el cuadro, que colgaba de una argolla sobre una alcayata y me pasaba los platos por el agujero. ¿Qué hubiera ocurrido de aparecer los falangistas a practicar un registro? Desde luego nadie podía imaginar que detrás de aquel cuadro de San José con la vara, un cuadro grande pero sin cristal, para eliminar peso, hubiera un agujero y detrás del agujero, yo. Para llegar hasta allí me subía a una silla y saltaba a una cómoda, retiraba el cuadro y me introducía por el boquete en la alacena. No hubiera podido hallar mejor apaño. Había pensado en esconderme en el pozo, pero no me gustó la idea. No era un pozo ciego. El armario, tapiado, tenía un muro grueso: si los falangistas golpeaban allí con sus fusiles no hubiera sonado a hueco.

Salía de noche, como las lechuzas, para expansionarme un poco, para estirar las piernas agarrotadas, mover los brazos. Mis músculos estaban entumecidos y doloridas las articulaciones. Me tumbaba en el camastro, paseaba por el cuarto con cuidado de no hacer ruido, preocupado por no toser. En realidad, el hecho de estar allí, en un lugar tan transitado, mesón y barbería al mismo tiempo, me beneficiaba. ¿Cómo se les iba a ocurrir buscarme en un sitio tan concurrido?

Uno de los pocos entretenimientos de que disfruté durante estos dos años y pico, más de mil días con sus mil noches, fue escuchar las conversaciones de la barbería. Lo que allí se contaba sobre las represalias

me dio pie para convencerme de que habíamos elegido la mejor solución. Yo era el hombre más buscado de Mijas, de acuerdo, pero estaba al mismo tiempo lejos de imaginar que mi cárcel en familia duraría treinta años. En los breves encuentros con Juliana me ponía al tanto de las dificultades por las que pasaba España, del hambre tan tremenda que nos asolaba y de la que me daba cuenta también por las raciones insignificantes que me pasaban a través del agujero. Todo lo que Juliana y mi prima o mi padre recogían, después de guardar largas colas, era para mí. Por la tarde subían un termo con café con leche y a las doce me servían la cena. Comía poco y sin apetito. Debía tener también el estómago agarrotado.

Fue una suerte que no sospecharan nada cuando Juliana venía desde nuestra casa con los alimentos preparados, tapados con un anillo de esparto. Juliana decía que iba a casa de su madre y al llegar al mesón, si había gente, dejaba la cesta en el patio con el mayor disimulo. Después mi prima, en cuanto podía escurrirse, recogía la cesta, subía hasta el boquete de la alacena en una silla e introducía las viandas. Bebía agua y muy raras veces vino. Nunca he sido muy aficionado al vino. Mi vicio era el tabaco, me fumaba todo el tabaco de racionamiento que me traían. Mis discusiones con Juliana eran continuas por aquel vicio mío. «Que van a ver el humo, Manolo, que algún día van a ver el humo…». Era imposible que lo vieran, pero Juliana estaba obsesionada con cualquier fallo en mi sistema de seguridad.

Debo reconocer que olía a tabaco, que apestaba en aquel recinto tan angosto. Juliana volvía a la carga, «que van a oler el tabaco, que huele a tabaco que tumba, que eres un viva la virgen, Manolo». «Aquí el tiempo pasa muy despacio, en algo tengo que desahogarme», me defendía yo. «Pero malo será que te fusilen por un pitillo, Manolo. Aguanta al menos hasta que llegue la amnistía», argumentaba ella. Yo calculaba que al cabo de unos cuantos años, cinco o seis, se calmarían los falangistas y Franco decretaría una amnistía amplia, un perdón general y se acabaría aquella pesadilla, incluso para los que no éramos culpables de nada.

A los pocos días de volver a Mijas, la Benemérita convocó a Juliana, porque un vecino afirmó haberme visto saltar al andén en una estación antes de llegar a Málaga. Era cierto, pero la Guardia Civil no registró nuestra casa

ni el mesón de mi padre. Ni apareció tampoco con un aparato que decían que habían traído de Madrid, una especie de radar para descubrir a los «rojillos» escondidos. No era, sin embargo, la Guardia Civil la más interesada en descubrir las madrigueras de los republicanos. Actuaba a dictado de los falangistas y los caciques, que eran ahora dueños del pueblo. Ellos pedían a la Benemérita que interrogara a Juliana, un día y otro, para recoger alguna pista, por mínima que fuera, sobre mi paradero. Eran los falangistas los que registraban nuestra casa, los que insistían al sargento de la Guardia Civil para que la mantuviera vigilada, para que atosigara a mi mujer a preguntas y más preguntas sobre mí. ¡Pobre Juliana! Por si aquel drama no bastara, tenía que andar toda la noche treinta kilómetros a pie hasta Málaga para vender huevos. Desde mi marcha hacia Almería vivía de la recova, de la compra y venta de huevos. Así hasta que, por insidias de los falangistas, nos prohibieron el comercio. Vender huevos se convirtió en contrabando y el sargento cortó durante un tiempo los viajes de Juliana a Málaga. Un día la levantó el castigo, no había razón para condenar al hambre y la miseria a una mujer y a una niña chica por culpa de un hombre que no aparecía por ninguna parte.

Los primeros dos años fueron los más deprimentes para mí, hasta que decidimos alquilar una casa… con su cachimán, su escondrijo, donde pudiera romper con la soledad y vivir con Juliana y mi hija María. Así lo hicimos. Juliana alquiló a una conocida suya la casa del número 5 de la calle del capitán Cortés, que tenía una alacena que sirvió, en otro tiempo, para ocultar una imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Había que dar el paso con sumo cuidado. Desde el mesón de mi padre hasta la nueva casa habría unos trescientos metros. Desde luego, pasaría al amparo de la noche… y vestido de viejecita. Juliana me trajo unas ropas de su madre y ensayé antes cuáles serían los andares de una vieja. Por fin, decidimos salir. Era una noche lluviosa, fría. Juliana asomó la cabeza, nada, nadie, la calle aparecía despejada. Me hizo una señal y traspasé el umbral de la casa. Me temblaba el corazón y eché a andar como lo haría una anciana, apoyado en una garrota, con la cabeza gacha cubierta por una mantilla y bajo un paraguas. Por fortuna, aquella noche de lobos mantenía a la gente en sus casas y llegué sin novedad hasta el que iba a ser mi nuevo

hogar. De momento estábamos salvados. Podría vivir, enfoscado, pero junto a mi mujer y mi hija, sin que Juliana se expusiera a los peligros de hacerme llegar la comida.

Nada más llegar pusimos manos a la obra. Había que desescombrar el armario, sacar los trastos y dejarlo limpio. Ése fue mi refugio durante unos días, hasta que preparé uno nuevo. Estaba situado bajo la escalera, que taladré. Abrí un boquete que venía a parar al hueco. Sobre el orificio encajé una especie de losa de yeso que pinté de colorado. Cuando la dueña de la casa venía para sacar o meter los bidones de aceite de oliva, corría a ocultarme en la alacena. La dueña nunca sospechó que allí se hubiera hecho obra, tapiado el hueco por la mitad y perforado bajo la escalera. Elegimos para la operación las fechas de un Jueves y un Viernes Santo, porque la vecina de al lado, de la que nos separaba sólo un débil tabique, acudía puntualmente a las procesiones y a los oficios. Los tambores y la música de la Semana Santa impedían que se escucharan los ruidos del serrucho. María, nuestra hija, se iba también con su tía a las procesiones. No podían imaginar los civiles y falangistas que mientras ellos desfilaban por la calle del capitán Cortés, a unos metros, construía yo mi refugio. Allí me encontraba como un señor, estirado, con las piernas sueltas, relajadas.

No todo iban a ser alegrías. Estábamos en ésas, cuando el «Muñón» nos dio uno de los mayores disgustos de nuestros treinta años de desdicha.

Una tarde, Juliana llegaba de la venta de huevos en Málaga, cuando el «Muñón» se le acercó en una calle del barrio.

—Tengo que hablar contigo —le dijo.

—¿Tú conmigo? ¿De qué?

—He visto a tu marido con los de la sierra; necesita dinero y víveres.

Mis enemigos la habían llamado antes una pila de veces para sacarla algo, sin conseguirlo. Entonces debieron pensar en la estratagema. «Vamos a mandar al “Muñón” con el cuento, si le da dinero, víveres y mantas para que se las lleve a la sierra es que está huido en la sierra y si no da resultado el truco, buscamos un motivo para encerrarla a ella». Es exactamente lo que buscaban.

Juliana vino donde mí para decirme, «Mira, niño, lo que “el Muñón” me ha dicho, quieren complicarnos la vida». Con mi consejo, lo primero que

Juliana hizo fue dar parte a la Guardia Civil, mejor dicho, a un guardia, Desiderio.

«Mire usted, le dijo, que me pasa esto, que “Muñón” ha venido para que yo le entregue dinero para mi marido, cuando ya conocen ustedes que yo no sé nada de mi marido, que lo tengo perdido, ni de que esté con los bandoleros de la sierra».

Ésta fue su respuesta: «Váyase usted con Dios para su casa que yo se lo comunicaré al cabo y se arreglará todo».

A la miajilla se presentaron Desiderio y otro número. Yo los escuché entrar desde mi alacena. A la hora convenida, las diez de la noche, se presentó también «el Muñón». Los guardias escuchaban tras la puerta.

—¿Tiene usted ya el dinero preparado? Su marido lo recibirá mañana en la sierra —dijo Miguel Muñoz, al que llamaban «Muñón» aunque no fuera manco.

—Bandido, has venido a robarme. Yo no conozco a nadie en la sierra.

Entonces hicieron su aparición los dos guardias, Desiderio y el otro, y le detuvieron.

El tal «Muñón» delató a los de la sierra y a los esparteros. Juliana y la niña, llamadas a declarar al cuartel, vieron con sus ojos cómo a las tres de la mañana «el Muñón» identificaba a los que trabajaban «ilegalmente» en el esparto y que habían llevado alimentos a los maquis o bandoleros de la sierra. Eran unos ocho o diez y los interrogaron y pegaron durante horas hasta hincharse, hasta que declararon todo lo que sabían, en presencia de mi mujer y mi hija. Nadie pudo decir, sin embargo, que me habían visto a mí por allí. Los pegaron a todos menos al «Muñón», que no lo tocaron. Entró en la cárcel y al día siguiente lo sacaron. Los demás, los esparteros, quedaron dentro.

Los bandoleros vivían de los robos en la sierra Bermeja. Entraban de noche en los cortijos, los tenían que dar de comer y así subsistían, de pillajes y secuestros. Hasta que se introdujo entre ellos un guardia civil disfrazado de fugitivo de la justicia. Metió cizaña en la partida, la dispersó y, con engaños, se trajo hacia Mijas a dos de ellos, los que más sobresalían de la partida. Llevaba el falso fugitivo hasta bombas de mano escondidas. Al llegar a una cañada les aconsejó: «Vamos a echarnos aquí a dormir,

estaremos a resguardo». Los otros, inocentes, se echaron a dormir y cuando estaban en el mejor de los sueños se lió a bombazos de mano. A uno lo dejó malherido y al otro le seccionó las dos piernas. El señor inspector, cuando vio que estaban los dos como muertos, se echó la capa al hombro y vino derecho al cuartel. Cuando llegó la Guardia Civil a la cañada, al de las dos piernas cortadas lo prendieron. El otro, herido de metralla en los brazos, echó a correr monte arriba y se libró. Al de las piernas cortadas lo pasearon por en medio del pueblo. A la noche siguiente detuvieron también al otro. Poco a poco cayeron todos.

Juliana se les escapaba siempre como una anguila. No cayó en ninguna de las trampas que le tendieron. Ni siquiera los policías que la seguían en sus negocios en Málaga pudieron presentar una sola evidencia contra ella. Estaba siempre ojo avizor y sólo mi serenidad, que ella llamaba imprudencia, la sacaba de quicio. De vez en cuando, yo entornaba la ventana y echaba un vistazo a la calle.

Tan sólo una muchacha que entró en la casa sin avisar me vio un instante, pero Juliana se dio buena maña en informar a la madre, amiga suya, de que un hermano había llegado desde Málaga para procurarse aceite.

Mijas vivía, malvivía, del esparto. Las vides estaban arrancadas, los campos, como quien dice, yermos; no había trabajo para los jornaleros. Se pasó hambre y necesidad como en las épocas peores de Andalucía y hubo quienes llegaron a comer tierra. Sólo nos quedaba el esparto. Los mijeños salían al alba, desmayaítos, blanquitos de debilidad, con dirección a la sierra para recoger el esparto.

Pronto tuve algo en lo que entretenerme porque también Juliana se puso al esparto, a vender pleitas de esparto a un comerciante de Málaga, que luego fabricaba cestas, alforjas, sacos, esterillas, cordelería, etc…

Los esparteros cortaban la planta en los pajonales de la sierra y la descargaban en el patio de casa. Allí lo recogían. Las mujeres, por dos pesetas diarias, entretejían el esparto y lo preparaban para el camión que lo transportaba a Málaga. Al romper el día, después de tomar mi copita de aguardiente y fumarme el primer cigarrillo, y hasta el almuerzo liaba los haces de esparto y los dejaba listos para ser distribuidos. Subía a mi

habitación, fabricaba pleitas y llevaba la contabilidad del negocio que luego pasaba a limpio mi hija María.

El negocio marchó bien hasta que, por influencia de algún cacique, intervinieron el esparto. La Guardia Civil nos visitaba constantemente para las requisas. Después de caminatas de hasta diez kilómetros, y de vuelta a Mijas, los esparteros tropezaban con la Guardia Civil y una de dos, o lograban escapar con su haz de esparto o lo perdían, se lo requisaban. Algunos murieron de hambre, otros fueron a parar a la cárcel.

De acuerdo con los tiempos, más tarde nos pasamos al negocio de los materiales de la construcción. Llevé yo las cuentas, la administración, los vales, las libretas, con cuidado de no dejar pistas escritas, en el pueblo conocían mi caligrafía.

Debo reconocer que había días que me reconcomía la desesperación. Algunas veces sentía ganas de salir, en una arrancada, pasara lo que pasara. Me sentía desalentado y Juliana y María pagaban mi malhumor y mi disgusto.

Sólo lloré en dos ocasiones, cuando se casó mi hija y cuando nuestra nietecita murió de leucemia. Ésos fueron, con el chantaje del «Muñón», el incendio, los dolores de muelas y el cólico que sufrí, que por poco me lleva a la tumba, los peores momentos de mi vida de emboscado. Tuve gran suerte de no caer muy enfermo. Tan sólo pasé alguna gripe y resfriados sin consecuencias. Yo preparaba las inyecciones como me enseñaron en la escuela de sanitarios de Segorbe durante la guerra y mi mujer me las ponía en las nalgas.

Los dientes me los sacaba yo mismo, uno a uno, en cuanto asomaba el dolor, con más paciencia que un santo. Duro como estaba, el diente o la muela, la quebrantaba poquito a poco, hasta que al cabo de cuatro días de removerla se aflojaba y entonces, «ras», lo extraía de un golpe, con la mano, sin necesidad de alicates o tenacillas. Me arranqué unos nueve o diez dientes por este método. «Ten cuidado, me advertía Juliana, si se te infecta criarás cosa mala». Me colocaba delante del espejo y dale que dale, medio retorcido de dolor, los echaba fuera. Las peores fueron las que, a pesar de todos los tirones, no se movían de su alveolo Al salir, los dentistas me sacaron otras cuatro muelas, aquí en Mijas y en Ronda.

Pero los dolores de muelas y la extracción a mano y sin anestesia no fueron nada comparados con la intensidad del dolor que sentí en el lado izquierdo del estómago al levantarme una mañana. Estuve revolcado por los suelos durante un día y una noche. Si me da en el lado derecho hubiera sabido que era el apéndice o algo así, pero en el izquierdo… Acudir a un doctor era la perdición, demasiado riesgo, pero era necesario hacer algo en seguida, me volvía loco de dolor. Juliana tuvo de nuevo una idea, María nuestra hija se sentiría mala con los mismos síntomas. En efecto, Juliana acudió a la consulta del médico, don José, para explicarle, «Mi niña se muere de dolores, don José, me dé morfina o algún calmante». «Morfina, ¡qué disparate! —le contestó don José—. Vamos a ver a la enferma ahora mismo».

La niña estaba en cama con cara de sufrir mucho y describió al médico los síntomas, lo que le pasaba. La reconoció durante un rato y dijo, «pues la verdad es que no le encuentro nada especial, no tiene fiebre, debe haber sufrido una mala digestión». Recetó a María unos supositorios e inyecciones que me calmaron el dolor en pocas horas.

El incendio ocurrió cuando vivíamos en el número 5 de la calle Capitán Cortés. Fue hacia agosto de 1944. Juliana y María cocinaban en el patio, sobre unas piedras, con troncos y astillas. Calentaban unos tomates en la sartén cuando Juliana pidió a la niña, «mete más candela, María». La niña metió demasiada candela, ardió el aceite, tanto y tan alto, que propagó el fuego al techo de broza del cobertizo. La que se formó en pocos segundos… A los gritos de mis mujeres acudieron los vecinos. Todo el mundo corría con cubos de agua. Yo veía la escena desde mi habitación, asustadito. Llegó un momento en que el fuego me alcanzó el cuarto a través de una ventanilla. «Anda, vamos a ver —me frotaba las manos de nervios que tenía—, vamos a ver si alguien tiene el talento de echar el sombrajo para que el fuego no vaya a más». Es lo que inmediatamente hicieron, como si me hubieran oído, derribar los soportes de pino del sombrajo, que cayó sobre el patio. De esa manera fue fácil dominar las llamas sin que se extendieran. Unos pocos minutos más y yo hubiera salido de mi chiribitil, gateando por el tejado, antes de morir en la hoguera como Santa Juana de Arco.

Mi estado de ansiedad y aquellos incidentes, la insistencia de Juliana en el sentido de que en una casa de Málaga podríamos pasar más inadvertidos, hicieron que pensara por algún momento en escapar de Mijas. El novio de mi hija, Silvestre, tenía un taxi y aunque no supo de mi existencia en la casa hasta que se fueron de viaje de novios, puestas las cartas boca arriba, podría llevarme una noche hasta la capital. Pero ¿adónde? En 1950, cuando el entierro de mi padre, vino a Mijas un primo hermano mío al que yo apreciaba mucho.

«Necesito charlar con Luis, tráelo», pedí a Juliana.

Al verme, Luis se quedó blanco como la cera de la sorpresa. Después de charlar largo rato urdió un plan para sacarme de allí y llevarme al extranjero. Mi primo hermano tenía un amigo sevillano que trabajaba en el puerto como estibador, gente de fiar, había estado en prisión por sus ideas. Éste, a su vez, conocía a un muchacho del muelle, que era persona influyente, un camisa azul que en realidad pertenecía al partido comunista. Tenía entrada en todas las oficinas y despachos, pero era del sindicato clandestino. Me arreglarían un salvoconducto para pasarme a Barcelona y de allí a Francia. Juliana y la chica se reunirían después conmigo.

Al paso de los meses, mientras me falsificaban el salvoconducto, me ilusioné con la idea, hasta que un día llegó Juliana con la mala, horrible noticia, de un accidente que reventó mis planes: una grúa había destrozado el cráneo del muchacho.

Así acabaron mis sueños de huida al extranjero, aunque Juliana nunca dejó de pensar en la idea de venderlo todo y comprar una casita en un puerto lejano para, al menos, salir y pasear por las noches. Con el dinero ahorrado del esparto compramos la casita, allá por 1951, en el número 11 de la misma calle, donde viviría 18 años oculto. Allí no fue necesario el desván, la alacena o el tabique doble. La casa tenía dos pisos. Mi habitación estaba situada en el de arriba y en ella permanecí mientras los albañiles trabajaron en la planta de abajo. Organizamos la casa de tal manera, que la nueva distribución me permitió moverme libremente por la planta alta sin ser visto desde abajo.

Por la mañana ataba las labores de esparto y por la tarde leía o escuchaba la radio. Mis dos diversiones allí fueron la radio, una radio

grande que sustituyó a la de transistores y la ventana que daba a la calle. Con la radio sintonizaba, de siete de la tarde a una de la madrugada, los programas en castellano de casi todas las emisoras extranjeras, la BBC, Radio París, Praga, España Independiente, y a través de la ventana veía pasar al a gente de Mijas. Hasta llegué a ver al gobernador civil de Málaga. Un día de visita al pueblo pasó bajo mi ventana.

Leía libros y revistas, «El Ruedo» entre ellas, porque he sido y soy muy aficionado a los toros, pero prefería sentarme junto a la ventana y por un resquicio mirar a los que pasaban, sobre todo a las chicas. Me tiraba allí la tarde, y estuve así al tanto de las nuevas caras, de cómo crecían los chavales y envejecían mis conocidos. Juliana no era nada partidaria de que estuviera clavado allí, junto a la ventana. Llegó a poner unos visillos oscuros. «Manolo que te ven, que un día te ven, me reñía, que en un descuido alguna vecina te ve por una rejilla». O: «Manolo que hoy te he visto, que te pasas el día de mirón, que alguien que vaya hacia el mercado te pesca en la ventana».

Las broncas eran constantes pero yo me hacía oídos sordos. Mirar por la ventana era el único ejercicio que me distraía. Así fue que, al salir, los más jóvenes no me conocían, pero yo a ellos sí.

Al anochecer le llegaba el turno a la radio. Tampoco aquello le gustaba a Juliana.

«Te vas a quedar sordo, siempre con el oído pegado al aparato, escuchando mentiras».

Nunca me perdía el parte de Radio Nacional de los viernes a las diez, día del Consejo de Ministro en el Pardo, por si llegaba la amnistía… para unos crímenes que nunca había cometido.

Es curioso que algunos de mis enemigos principales lo fueran, no por razones del Movimiento, sino por actuaciones mías como alcalde durante cuatro meses de la República. Uno era el médico, que fue aquí el Jefe de la Falange antes de la guerra. Era el médico titular, el otro que había se fue del pueblo. Convinieron, sin contar con nadie, en que el primero se quedara también con la plaza del otro. En fin, quería hacer el caciquillo en la medicina como en otros negocios. Yo, como alcalde, me negué al pastel:

«Aquí hay dos plazas de médicos y se convoca la otra para que venga un nuevo doctor, por si usted se pone malo».

Quería las dos plazas para cobrarlas él, porque pagaba el Ayuntamiento. Me la tuvo guardada desde entonces. Cuando entraron los nacionales se reservó lo mejor para él, los productos de los racionamientos, el aceite, el azúcar. Después nombraron a otro alcalde, pero fue un muñeco para él. Acabó medio loco de morfina. Veía fantasmas. Se creyó que entraban los alemanes en Mijas. El tío estaba en coma, y venga morfina para no pensar, y así se murió, tísico perdido.

Mi otro gran enemigo era recaudador del consumo en el municipio. Lo nombraba y lo quitaba el alcalde. Cuando entró la República se pidió que lo dimitieran y cuando el «bienio negro» los restablecieron en el cargo. En las elecciones del 36, que ganamos, se demostró que el pueblo no lo quería. Se había dedicado a hacer propaganda contra nosotros los socialistas de una manera muy original; persona a persona, el recaudador paraba a la gente en la calle o a la puerta del colegio electoral y la decía:

—¿Usted va a votar a los socialistas? ¡Pero si son unos bandidos!

Cuando fui elegido alcalde el partido me pidió que lo destituyera. Así lo hice, de acuerdo también con el pueblo. Nunca me perdonó aquello.

Otro que me la tenía jurada era un perfecto chaquetero. Quería que le metiéramos en el partido socialista y como se apuntaba a todo, lo rechazamos. Lo que quería era cubrirse. Tenía sus negocios pero se negó a pagar los impuestos que le correspondían. Me tomó gran inquina. Cuando el Frente Popular, se fue a vivir a Málaga y, lo que son las cosas, le traicionó un allegado, uno de su camarilla que informó a las milicias del pueblo dónde se encontraba escondido en Málaga.

Los de aquí, seis o siete que había malillos y que hasta a mí me tachaban de fascista, mataron a una o dos personas, el resto vinieron de los Boliches, de Málaga. A uno que mataron fue al cacique del pueblo, que había sido alcalde desde antes de la Dictadura de Primo de Rivera. Tan sólo estuvo fuera del municipio durante la Dictadura, pero lo recuperó con Berenguer y por fin salió cuando la República, aunque volvería al cargo en el «bienio negro». Era un caso de adaptación a las circunstancias. No pudo ser alcalde cuando entraron los nacionalistas porque estaba bajo tierra, si no

también lo hubieran nombrado. Yo, a veces, veía a estos señores y a la Guardia Civil en mis pesadillas. Unas veces era la Benemérita la que venía a por mí y otras los falangistas y tenía unos sueños horrendos.

Los últimos diez años, dentro de la uniformidad en que vivía, fueron los más llevaderos. Estuvieron marcados por dos acontecimientos, uno alegre y otro triste, pero que por las circunstancias fueron los dos tristes. El noviazgo y boda de María con Silvestre, y el nacimiento de nuestra nieta Rosa Mari que murió de leucemia dieciocho meses más tarde.

Mi hija se casó en 1960, pero hube de conformarme con verla salir a la Iglesia desde un boquetillo de arriba. La comitiva salió de casa y a la vuelta de la ceremonia, María pudo escurrirse como habíamos convenido y subió a mi habitación para darme un beso. Abajo el novio la buscaba, «¿Dónde se habrá metido ahora esta mujer?». María se lo confesó durante el viaje de bodas. Silvestre no se sintió molesto, «Ahora me explico —dijo—, los ruidos que escuchaba de vez en cuando en el piso de arriba y tus tardanzas cuando ibas a casa para que te dejaran salir o cuando me echabais de allí al empezar un buen programa de televisión…».

Rosa Mari nació en 1951 y fue mi alegría durante los primeros meses. Estaba como loca conmigo, me hacía constantemente carantoñas, y se me caía la baba con ella. Hasta que se nos puso mala. La llevaban varios días por semana a Málaga para las transfusiones. Pobrecilla. Murió cuando Juliana y mi niña la trasladaban a la clínica. No pude bajar para vería ni cuando se la llevaban.

Mis otras dos nietecitas, que nacieron después, muy pronto estuvieron al tanto de mi secreto, aunque nunca tuve nombre para ellas, fue una medida de seguridad. Hubo ocasiones en que nos pusieron los pelos de punta. «¿No baja hoy el abuelo a ver la televisión?», preguntaron alguna vez cuando había vecinos en el cuarto de estar viendo un programa. Fuimos de los primeros en comprar un televisor en Mijas.

Faltaba ya muy poco, menos de lo que yo imaginaba, para volver a la vida, para existir legalmente. El viernes 28 de marzo de 1969, a las diez de la noche, estaba, como de costumbre, con la oreja pegada a la radio para escuchar el parte que diera referencia de los acuerdos tomados por el Gobierno. Fue el Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga

Iribarne, el encargado de anunciarlos. Se me formó un nudo en la garganta cuando el ministro leyó algo que por la emoción del momento no pude comprender cabalmente, algo sobre un perdón que Franco concedía para los delitos cometidos desde el 18 de julio de 1936 hasta el primero de abril de 1939.

Era lo que yo esperaba desde hacía treinta años, pero me contuve y me dije:

—Manolo, puede ser una alucinación, tranquilo, no vayas a echarlo a perder ahora.

Bajé los escalones de dos en dos. Juliana cosía en el salón.

—Juliana —le dije—, acabo de escuchar por la radio sobre un decreto-ley de amnistía que ha dado Franco, es necesario que pidas el Boletín Oficial del Estado al portero del Ayuntamiento.

El Boletín Oficial no publicó el decreto hasta el martes siguiente, 1 de abril, aniversario de la victoria enemiga. Por mucho que los periódicos del domingo publicaron el decreto leído por el Ministro de Información y Turismo, yo quería verlo plasmado oficialmente con mis propios ojos. Había transcurrido una semana cuando Juliana pudo traerme el Boletín número 78. Allí venía el decreto, en la página 4704, después de unas frases sobre los «treinta años de paz» en España.

El alcalde de Mijas, don Miguel González Berral, se portó muy bien conmigo. Nos acompañó a mi mujer, a mi yerno y a mí hasta el cuartel de la Guardia Civil en Málaga, al despacho del Primer Jefe de la 251 Comandancia.

«Es usted libre», me saludó el teniente coronel. Así de sencillo fue todo. Recibí después un documento provisional de identidad y regresamos a Mijas en el coche del alcalde. En la plaza del pueblo había una aglomeración de gente que me esperaba enterada de la noticia. Apretones de manos, achuchones, abrazos, hicieron que terminara por esconderme otra vez en casa. Me esperaban allí mi hija y las dos nietecitas, que al verme rodeado de tanto personal comprendieron que todo había pasado, que el abuelo tenía nombre, que se llamaba Manuel y que era libre.

Durante mes y medio mi casa se convirtió en centro de peregrinación. Amigos, conocidos o simplemente curiosos aparecían de todas partes de la

Costa del Sol, de la sierra, de los pueblos vecinos. Recibí algunas amenazas, anónimos y conforme llegaban se los entregaba a la Guardia Civil. Ellos también los recibieron en el cuartel. Según estos anónimos, el Gobierno se había mostrado débil al promulgar la amnistía y yo debía ingresar en la cárcel. Durante varios días una pareja de la Guardia Civil se puso de vigilancia en mi calle para protegerme.

El 13 de abril de 1969, domingo, el diario «Sur» de Málaga traía en titulares la noticia: «Al prescribir las responsabilidades de la Cruzada». «Manuel Cortés Quero ha permanecido treinta años encerrado en casa. Fue el último alcalde de la época republicana en Mijas». «Su mujer Juliana Moreno López ha sabido guardar celosamente el secreto que tan sólo compartía con su hija María». Y publicaban fotos mías de paseo por el pueblo. Los periodistas de todo el mundo no tardaron en llegar, como moscas a la miel, y me hartaron tanto que decidí no conceder más entrevistas.

Los mejores años de mi vida los he pasado entre paredes. ¿Mereció la pena? Nunca cedió mi fe en la democracia. La tiranía de la dictadura no puede durar eternamente.

Juliana

Por fin todo había terminado. Los nervios, las lágrimas, los disgustos y sobresaltos de treinta años me habían dejado enferma del corazón. Pero no guardaba rencor a nadie. Como Manolo, lamentaba que por guardar el secreto no hubiéramos podido tener más hijos. Ahora había que vivir en paz, con María, Silvestre y nuestros nietos, los años que nos quedaran por delante. Vendimos unas tierrillas a unos extranjeros. Yo recibo una pensión de vejez, una miseria, y Manolo nada de nada, pero tenemos lo necesario para un pasar.

Cuando salió Manolo, el belén que se organizó es para no ser contado. Cientos de personas, conocidos o no, turistas, fotógrafos, periodistas, se nos echaron encima. Fíjense cómo sería que uno de nuestros viejos amigos, que nunca bebía una copa, que nunca se gastaba un real, aquel día se emborrachó. Cada tarde o cada noche estábamos de fiesta en una casa

distinta. Uno convidaba, pues el otro también. El caso es que Manolo estuvo dos años borracho. No había una que no la cogiera. Que si una copita aquí, que si vamos a celebrarlo al Bar Porras, que si para dos días que vamos a vivir…

Un día, Manolo se bebió una caja de cerveza, me lo trajeron a las cinco de la mañana y si no me lo devuelven revienta en la calle, encharcado de cerveza que estaba. Traía la cara del color de la tierra. ¡No sufrí yo nada! Y así un día y otro hasta que me planté:

—Esto se ha acabado. Pero ¿qué va a ser esto Manolo? Que acabas de salir y en dos días, como sigas así, te enterramos.

—Es la euforia, la emoción, Juliana —contestaba él.

—¿Para eso te has tirado treinta años oculto? Si sigues con esas amistades no terminamos juntos, no. Te he aguantado treinta años, pero no resisto otros treinta años de borracheras.

Pasé unos años así, mortificada. ¡Si es que había noches enteras que no podía cerrar ojo! Como saliera de casa la cogía siempre. Se sentaba en el Porras, venían unos «amigos» y se lo llevaban. La calor le excitaba la sed y, claro, la cogía. No eran amigos, no, con los amigos uno se toma una copa y charla un rato, pero no se achispa de esa manera dos años seguidos. Reconozco que era una expansión para Manolo, y que antes no había bebido nunca. Pero cuando llegaba con su cuadrilla de amigotes al bar, el tabernero decía a su ayudante: «Prepara una caja, que ahí llegan esos chupones».

Manuel

Es que cuando la boca se me calienta, todo me resulta poco. Por la euforia, por la satisfacción de poder ir de un lado a otro he cogido buenas jumas con mis amigos de entonces, pero no sólo con ellos, también las cogía con el alcalde, con el comandante de puesto de la Guardia Civil. Juliana no podía resistirlo. «Manolo, que yo me voy, que tienes sesenta y cuatro años y te pasas todo el día con los chupones, ésos no son amigos de verdad. Si es que me dicen que hasta bailas en público, que cuando la coges te arrancas por bulerías. Hay que ver, Manolo, tú que has sido siempre tan

mirado. No me importa que vayas a los toros a Marbella, pero con el alcohol te vas de la lengua y cuentas de política más de lo que debes. Se ha terminado, ¿entiendes?, se ha terminado».

¡Puff!, cómo se ponía la Juliana. Pero en fin, aquella euforia pasó y ahora bebo tazas de té. Pronto caí en la cuenta de que la sociedad estaba mal, desviada, corrompida. Y aquí en la Costa del Sol más corrompida que en Madrid por lo que pude comprobar en un viaje que hicimos. Aquí hay lugares donde por influencia del turismo las tías se quedan en cueros delante de las personas, y lo que todavía es peor, hay tíos sinvergüenzas que se pasean medio en cueros por nuestras calles. En una mujer, todavía, pero en un hombre… Tampoco los pelos largos me gustan y no porque fuera barbero en tiempos. Creo que la moral y la civilización de ahora están podridos. La juventud sólo piensa en el fútbol y otras insustancialidades. Ya me lo imaginaba todo desde dentro. Cuando hablo con los jóvenes me doy cuenta de que no saben una papa de nada, sólo las alineaciones de los equipos.

Los hijos tratan de tú a los padres, se ha perdido el respeto, a mí, mi hija María siempre me ha llamado de tú y no me importa, pero… No es que me gustara aquel paternalismo de antes, pero si el padre ordena algo, habrá que obedecerle y no que cada uno tire por su lado. Ahí están las chicas que se van en moto con sus novios hasta las cinco de la madrugada. Las costumbres han cambiado. Torremolinos, Fuengirola, Marbella, también han cambiado. Antes sólo estaba la carretera general, algunas callecillas estrechas, aquí un gato muerto, allí se ha cagado uno, no había aceras, tan sólo un puñado de pescadores. Todo está muy transformado. En Málaga, en las afueras, también te pierdes. En Madrid, cuando estuve, me extravié muy poco en el centro, pero en cuanto nos metíamos en el subterráneo o en el autobús, aparecíamos perdidos en los Carabancheles o en Ventas.

Me gustaría volver a Barcelona que, como ciudad, la prefiero a Madrid, aunque los andaluces congraciamos poco con el carácter catalán.

El inglés Ronald Fraser, que escribió el libro sobre mi vida intentó llevarnos a Londres, pero no llegamos a ir. Nos da pánico el avión. El libro sobre mi vida atrajo a periodistas y curiosos de todo el mundo y hoy es el

día en que, como antes de la Guardia Civil y de los falangistas, debo ocultarme de los curiosos y de los reporteros.

* * *

El libro se titulaba «In Hiding» (Oculto) y el periodista inglés Ronald Fraser, de la revista «New Left Review» que vivió varios años en Mijas lo publicó en la Gran Bretaña en 1972. Al editarse en Estados Unidos mereció la atención del dramaturgo Arthur Miller: «El libro de la vida de Manuel Cortés Quero —dijo el autor de *Panorama desde el puente*— es como un mensaje intacto dentro de una botella entre los despojos de la playa de la historia».

Cuando Manuel salió después de treinta años de existencia secreta, con paso vacilante («estos zapatos me matan»), un editorialista de la prensa del Movimiento escribió: «Manuel Cortés vuelve hoy a la paz de España, a reemprender el paso alegre de la paz».

En las elecciones de junio de 1977 los falangistas ortodoxos obtuvieron en Mijas media docena de votos.

OceanofPDF.com

15. LA TOPERA DE BEJAR.

Angel Blázquez: 20 años oculto.
Antolín Hernández: 17 años oculto.
Manuel Sánchez: 9 años oculto.
Etcétera.

Al anochecer del día 17 de julio de 1936 se enteraron los ciudadanos de Béjar de que los militares se habían sublevado en África. La ciudad tenía entonces unos nueve mil habitantes, casi un tercio de los cuales eran obreros: textiles sobre todo, pero también albañiles, madereros, canteros, agricultores… Media docena de capitalistas, dueños de las fábricas de tejidos, habían dominado tradicionalmente el pueblo por el conocido procedimiento de tener de su lado al poderoso destacamento de la Guardia Civil enclavado a la entrada del pueblo. Béjar ha sido siempre uno de los focos industriales más importantes de Castilla la Vieja. Anclado como un barco entre los ríos Frío y Cuerpo de Hombre, el pueblo había conocido mucho antes del 36 las luchas obreras, conflictos que a veces duraron un año entero o asentados en la memoria de todo el país, como el «motín del pan» del 20 de mayo de 1920. Sus paños tenían renombre en media España, antes de que los beneficios discriminadamente repartidos por el franquismo a los capitalistas catalanes arruinasen casi por completo esta industria centenaria, como había estado a punto de ocurrir ya con el dictador anterior, Primo de Rivera, que estableció el «caqui» como uniforme militar sin dar opción a los enormes stocks existentes en Béjar del paño anterior, del que

era casi exclusivista… Cuando el último sol del día 17 iluminaba los altos castaños supieron los bejaranos que volvían los malos tiempos.

Inmediatamente de las primeras noticias, las distintas comisiones obreras se reunieron para dilucidar qué actitud tomar ante los hechos. La radio había recomendado calma y tranquilidad. Después de algunas discusiones, los obreros bejaranos, casi todos ellos afiliados a la UGT, cayeron en el mismo ingenuo error que otros muchos grupos proletarios de todo el país. Frente a la rebelión de los militares, falangistas y clases dominantes, se les ocurrió únicamente declarar la huelga general.

Al día siguiente, 18, don Valentín Garrido, que había sido presidente de la Diputación de Salamanca, era aún diputado provincial y miembro destacado de Izquierda Republicana, se dirigió en compañía de un grupo de comisionados al puesto de la Guardia Civil para preguntar a su comandante de qué lado estaban sus hombres y para pedir que entregaran sus armas al pueblo. El teniente contestó que sus guardias estaban al lado de la legalidad y del pueblo, que usarían las armas para defender a éste y, por tanto, que no había por qué entregarlas; en fin, que no tenían por qué preocuparse de la sublevación: duraría unas horas. Satisfechos y tranquilos por la respuesta, los obreros huelguistas decidieron, como solución accesoria, convencional y simbólica, colocar barricadas en las tres principales entradas al pueblo (el cuartel de los guardias quedaba ya fuera de este recinto).

—Las barricadas eran iguales a las de la gran revolución de 1868 —cuenta Ángel Blázquez Giménez—: Sacas de lana apiladas unas sobre otras. Habían dado muy buen resultado setenta años antes: al entrar en la lana, las balas comienzan a enredarse y no salen por el otro lado. Pero, claro, aquello no podía servirnos de mucho, porque no teníamos otras armas. Nos turnábamos en las barricadas, día y noche, y había una escopeta por cada setenta hombres. En la barricada en que estaba yo, la que cerraba la calle de Blanca de Navarra, teníamos para todos dos escopetas viejas y un cachorrillo que disparaba unas balas así de grandes, pero que no llegaban a diez metros. Se alcanzaba más lejos tirando una piedra con la mano. El cachorrillo es una pistola pequeña, antigua… Estábamos todos unidos, todos juntos, viejos y jóvenes, niños y mujeres, pero sin armas.

»Ese mismo día por la tarde pasaron unos soldados del regimiento de Plasencia y no se atrevieron a atacamos; ya estaban rebelados, pero no se atrevieron. También llegó, el 19 o el 20, un coche con media docena de falangistas, llegó hasta la misma barricada. Salieron cuando les dimos el alto y empezaron a disparar las metralletas que llevaban. No murió nadie, pero ya hubo heridos en los dos bandos. Hasta entonces sólo había muerto uno en Béjar, uno de derecha que le pegaron un tiro en medio de la calle, pero yo creo que fue una venganza personal. Allí no murieron más de los fascistas.

»En todo esto que voy diciendo hubo un gran error. Si llegamos a ir al cuartel todos juntos y no preguntamos nada, sino que cogemos las armas, Béjar no hubiera caído. Y no quiero pensar la que habría ocurrido después, porque nosotros, bien armados, hubiésemos tomado el cuartel de Plasencia y, unidos a los obreros de Plasencia, el de Cáceres. Y ya no voy a decirles si bajamos todos hacia Badajoz… Veríamos a ver quién hubiera ganado la guerra…

Ángel Blázquez, un hombre grande, tranquilo, cordial, dueño de una memoria portentosa y de una expresividad exacta, habla despacio y con argumentos rotundos. Como a tantos otros españoles de su tiempo le gusta sobre todo escarbar en los errores de los primeros momentos, errores que de alguna manera decidieron ya el final de la guerra. Blázquez no tiene reparos en desgranar sus sueños. Los guardias civiles de Béjar tenían tres ametralladoras (extraño armamento para unas fuerzas destinadas a guardar la paz rural) y otra más tenían los de Candelario. Unidas las cuatro ametralladoras y estratégicamente situadas sobre el valle que se abre en torno a Béjar, todas las guarniciones que hubieran pretendido circular entre Salamanca y Extremadura habrían encontrado grandes dificultades… Pero los tres mil obreros bejaranos se habían limitado a declarar la huelga general.

El día 21 de julio apareció el pueblo rodeado por unidades del ejército llegadas de Plasencia y Salamanca. Los guardias civiles, con ametralladoras y fusiles, ocupaban los altos del pueblo prestos a abrir fuego sobre aquellos hombres a quienes habían prometido defender. Eloy González, el alcalde, recibió un telegrama de un yerno suyo, teniente de las fuerzas salmantinas,

aconsejándole que se rindiera con todo el pueblo; de otro modo, entrarían los soldados y aquello sería una carnicería. El alcalde habló con los líderes sindicales y al fin, viendo que sería inútil y suicida la resistencia sin armas de tres mil hombres frente a dos compañías de infantería y tres docenas de guardias civiles, decidieron rendirse.

Mientras los invasores entraban en Béjar, algunos centenares de obreros se lanzaron a los bosques cercanos dispuestos a continuar la lucha por su cuenta o a morir antes de entregarse al enemigo. Casi todos, efectivamente, habrían de morir poco a poco de los modos más diversos. Una docena de ellos consiguió esconderse en sus casas y, al cabo de tres años, de nueve, quince, veinte años, volvió a la luz para contemplar lo ocurrido en su pueblo. Ángel Blázquez, recepcionista del Hostal Residencia Blázquez, propiedad de un sobrino de igual nombre, fue uno de los escondidos, el que más años se mantuvo encerrado.

Cada uno de estos hombres viviría una peripecia distinta. Entre ellos hubo fugados a Portugal, hubo guerrilleros serranos (como el que da título a la novela de Luis Garrido «El maqui»), hubo incorporados a las filas republicanas… y hubo sobre todo muertos. Según datos comunicados al historiador norteamericano Gabriel Jackson y que él considera fidedignos el número de muertos por los sublevados durante los seis primeros meses en la represión a las provincias castellanas de Valladolid, Zamora y Salamanca fue de quince mil en las dos primeras y cuatro mil en la tercera. Jackson considera este número como mínimo, pero en el caso de Salamanca parece «demasiado mínimo». (Hay que tener en cuenta además que eran provincias muy poco pobladas: Ni Zamora ni Salamanca llegaban a los trescientos mil habitantes en esa época, con lo que el porcentaje de ejecutados fue en tan breve tiempo del cinco por ciento del total o, presumiblemente, el veinticinco por ciento de los varones adultos, uno de cada cuatro).

—Lo primero que hicieron aquí fue traer de Salamanca a un pistolero falangista llamado Mayorga. Creo que él era de Cantalapiedra y antes había pertenecido a la CNT, pero se había cambiado la chaqueta antes de empezar la guerra, sin duda por dinero. Este Mayorga tenía unos 28 años y venía con un hermano suyo y un grupo de pistoleros de Falange pagados por los caciques de aquí. En una noche se hicieron los amos del pueblo. Ellos eran

la autoridad y mataban al que querían o al que les mandaban los otros. Iban con el coche recogiendo a la gente para sacarla y pegarle un tiro fuera del pueblo, en las cunetas.

—A mí me cogieron una noche, después de volver del monte —cuenta Manuel Sánchez, antiguo presidente de los Albañiles y Canteros de la UGT, nueve años oculto y hoy constructor—, pero yo era amigo del lugarteniente de Mayorga, habíamos hecho la mili juntos. Estuve media noche dentro del coche, dando vueltas al pueblo. Ellos gritaban y cogieron a algunos más. Iban armados con pistolas. Yo le dije a este amigo mío: «Bueno, mátame de una vez; no hace falta que estemos aquí toda la noche». Él me dijo: «Tú calla». El coche estaba lleno y ya no cabía más gente. Entonces este amigo mío me dice: «Tú te bajas, que no cabes aquí». Yo me bajé y eché a correr a mi casa. Y ya me escondí.

Lucas Tejero, practicante hoy en su pueblo y largos años preso por izquierdista, cuenta la que considera historia más horrorosa de aquella época:

—Cuando yo estaba en la cárcel de Béjar, un calabozo medieval que conservaba aún las argollas en las paredes, conocí a Juan Sánchez Benito, que por aquí llamaban «El Molinillo». Era un muchacho joven, de poco más de veinte años, muy inteligente, socialista. Él me contó parte de lo que le había ocurrido y otras gentes me contaron el resto. Este Juan Sánchez Benito estaba escondido en un desván de Pedro Martín, que lo protegía. Pero un día —esto sería al medio año o cosa así— lo descubre un falangista que vive en la trasera, cerca de allí; este falangista ya había matado a su cuñado, era un asesino. Juan Sánchez se da cuenta de lo que pasa, habla a Pedro Martín y a su madre y deciden salir del pueblo. Al día siguiente montan los dos, la madre y él, en un autobús, pero los falangistas ya estaban avisados y los siguen. El autobús hacía la línea de Béjar a Molinillo, el pueblo de ellos. La madre no había querido quedarse, decía que ella iba siempre con su hijo. Ya tenía la mujer sesenta y dos años. Se llamaba Cándida Benito Hernández. Bueno: Juan va mirando por las ventanillas del autobús y ve que el coche de los falangistas viene detrás. Se lo dice a su madre y en una curva, cuando había muchos árboles, se tira en marcha y cae rodando por la cuneta sin que los de atrás se den cuenta. Llegan a

Molinillo y los falangistas sacan las pistolas para esperarlo cuando baje del autobús. Y Juan Sánchez no baja, claro, porque no está. Ellos se ponen furiosos, cogen a la madre, la torturan y la suben a un camión que ya tenían lleno de gente para matar en Béjar, adonde la habían devuelto. Estaban furiosos, porque Juan Sánchez era una pieza codiciada; a pesar de ser obrero, era inteligente y ellos perseguían a toda persona inteligente… Ya por la noche sacan el camión y van matando a la gente y tirándola a la cuneta. Cándida ve que matan a un padre con sus dos hijos, ve que matan a un cuñado suyo ya viejo, pero no dice nada. Los falangistas la dejan la última, pero no dice nada. Entonces la bajan, disparan y se van… Por la mañana unos chicos que cuidan ganado, oyen lamentos, se acercan y ven a Cándida arrastrándose todavía entre las hierbas. Los chicos avisan a Monforte, vienen los falangistas, la cogen y la meten en una casa que hacía de cárcel en este pueblo. Allí prohíben que le den agua de beber o que le cuiden las heridas. Ella tenía siete balas en el cuerpo y se murió dos días más tarde, desangrada. A Juan Sánchez Benito lo cogieron poco después y murió en la cárcel de tuberculosis. Ya estaba casado y hoy vive su viuda, Maximina, aquí en Béjar, en la calle de Santa María de las Huertas, con los dos hijos que él le dejó.

El terror falangista se organizó rápidamente y con una precisión absoluta desde el Palacio Ducal, donde se estableció el cuartel general. Entre el 22 de julio y el primero de octubre fueron asesinados, según cuenta que Ángel llevaba con toda pulcritud en una libretita, ciento treinta y tres bejaranos. A ellos hay que añadir los once dirigentes que fueron entregados a los militares, conducidos a Salamanca, juzgados en Consejo de Guerra y finalmente fusilados. Eran el alcalde, los maestros, los concejales, el propio don Valentín Garrido… Murieron el primero de enero de 1937. Pero quizás la muerte más dolorosa para aquellos hombres escondidos o fugados que ansiosamente buscaban noticias fue la de don Manuel Crespo, maestro del pueblo y excelente orador, ocurrido medio año más tarde. «Era un amigo de los pobres, uno de los mejores hombres que yo he conocido». Crespo se escondió, pero los falangistas observaron que un niño compraba diariamente un periódico y lo llevaba a una casa. Le siguieron, entraron en ella y allí encontraron al maestro, un hombre de casi sesenta años con una

larga barba blanca que había sido incapaz de dominar su curiosidad. Conducido a Salamanca, todavía muchas personas recuerdan cómo fue exhibido en la plaza Mayor, entre golpes, salivazos e insultos, antes de ser fusilado. Había sido un gran amigo de don Miguel de Unamuno, en cuya compañía todo Béjar lo había visto recorrer con pasos cortos la larga y hermosa calle principal del pueblo y los bosquecillos vecinos. Solamente había logrado estar oculto diez meses.

—A Martín, el hermano de Blázquez —dice Manuel Sánchez—, lo mataron por no hacerme caso. Estábamos juntos en el campo y yo le dije: «Mira, Martín, vamos a entrar en el pueblo. De noche es fácil. Allí nos escondemos y no va a pasarnos nada». Pero él no quiso, él decía que el campo era más seguro. Y al día siguiente lo encontraron en una cuneta con catorce tiros en el cuerpo y el tiro de la falange entre los ojos. Lo habían cogido en Becedas y lo tiraron ya en el término municipal de La Hoya. Cada falangista le había metido un tiro. Eso fue el día 29. Todas las cunetas de las carreteras de Béjar estaban llenas de muertos. Yo conseguí escaparme porque me metí en el pueblo. Vi a un grupo de gente del campo que venía a Béjar de madrugada; le pedí a uno que me dejara un cerdo, lo eché al hombro y entré con los demás. Los de la guardia se fijaron en el cerdo, pero no en mí.

Ángel Blázquez dice:

—Martín era comunista, el único comunista de los seis hermanos. Me llevaba a mí diez años. El mayor de todos, Ricardo, había fundado con otros amigos la CNT en 1931. Él murió en el 34. Mariano y yo también pertenecíamos a la CNT, que era el sindicato de los de la construcción. Los otros dos hermanos eran de la UGT, pero todos nos llevábamos bien. Ellos estuvieron presos unos años y luego los soltaron. A mi hermano Mariano también lo mataron, pero de una manera mala, mala. Martín apareció lleno de balas el 29 de julio y Mariano murió en una cama el 19 de noviembre, cuatro meses después.

»Yo había pasado aquellos primeros días en un lugar que llamábamos Tranco del Diablo, por la zona del río Cuerpo de Hombre. Al enterarse de la muerte de Martín, y temiendo que a mí me pasara lo mismo, mi madre pidió a algunos amigos que entraban y salían del pueblo con cierta facilidad, que

me hicieran volver a casa. Porque ya no estaba sólo el peligro de Mayorga, sino que las autoridades militares anunciaron que a todo el que cogieran en el campo sería acusado de «Desafecto al régimen». Eso y pegarte un tiro si te descuidabas era lo mismo… Entonces yo regresé a casa y Mariano también. Pero Mariano había estado en un pueblo con Manuel Sánchez y había bebido leche de cabra sin cocer. Tenía la fiebre de malta. Le dieron neosalván, que era lo que había entonces, y él llevaba la inyección diariamente, pero un día medio jugando se le estropeó la jeringuilla. Entonces el médico le dice: «No hace falta que vayas por otra, tenemos aquí la nuestra». Y al ponerle la inyección, mi hermano repentinamente se pone malo. El médico preguntó: «¿Te ha venido como una cosa así a la boca?» Y Mariano dice: «Sí». Nada más salir de allí tuvieron que cogerle del brazo porque no se tenía y él había llegado por su propio pie. Primero lo llevaron a casa de una vecina y luego ya a su casa; él estaba casado. Cuando llegó el practicante, que era uno ya viejo y con mucha experiencia llamado Sánchez, estuvo mirándole los ojos. «Tienes un envenenamiento en la sangre terrible; tienes la sangre envenenada. ¿Qué ha pasado aquí?» «Pues esto y esto ha pasado», le dijeron. Entonces mandaron a mi sobrina, que ya tenía catorce años y se daba cuenta de todo, al hospital. «Mire usted, que me manda mi madre que mi padre se ha puesto muy malo». Y él no quiso ir. Estaba allí su cuñado, que también era médico, y le dijo: «Mira, José, ¿por qué no vas tú a ver esto?» Y el otro le contestó: «Tú que lo has enredado, vete a desenredalo». Pero no fue y mi hermano se murió envenenado por él… Este médico era falangista y luego le hicieron director del hospital de sangre de aquí. Ha muerto hace dos años. ¿Para qué vamos a decir su nombre?

Ángel Blázquez está absolutamente seguro de que este médico, persona muy conocida en toda la comarca bejarana hasta su muerte, asesinó a su hermano.

—Por si no estuviese convencido, déjenme que les cuente lo que pasó hace poco, hace cuatro años. Yo tenía gastritis y mi sobrina me convenció de ir a la consulta de este médico. Fui porque se le daban bien estas cosas, hay que reconocerlo, pero desconfiaba de él. Primero empezó a preguntar para cerciorarse de que yo era el hermano de Mariano. «Pero, hombre, tú eres el hermano de Mariano». Cuando lo comprobó bien, mandó a mi

sobrina a que le comprara alcohol. «Te quiero pedir un favor: que me traigas un poco de alcohol, pero quiero que lo compres en la botica de Dora, no en ésta de aquí». Había una botica al lado de su casa, pero mandaba a mi sobrina a otra que está a trescientos metros. Luego dijo: «Ahora te tienes que tomar la papilla». Tenía la papilla debajo de un lavabo, ya preparada, y la cogió para dármela. Lo normal es que se prepare delante del paciente, pero él ya la tenía allí. Yo no quise tomarla. «Que no, que no tomo la papilla». Y él se puso rojo, luego blanco; no atinaba a hablar siquiera.

Aquella sucesión de embestidas de la muerte, que se presentaba por caminos tan diversos, hizo que Ángel Blázquez, lo mismo que Manuel Sánchez y algunos otros de los supervivientes de la represión en Béjar buscaran refugios seguros. Manuel Sánchez, después de la macabra experiencia a bordo del automóvil de los asesinos falangistas, aprovechó sus conocimientos de albañilería para construir rápidamente en su casa un tabique suplementario y emparedarse detrás de él. Se introducía en la estrecha cámara por un agujero abierto a ras del suelo y cubierto por un cartón blanco desde dentro y un pesado mueble desde fuera.

Cuando fue fusilado José Antonio Primo de Rivera en Alicante, un hermano suyo que estaba en un cuartel de Zaragoza con los rebeldes fue misteriosamente arrancado de su unidad y asesinado probablemente, ya que jamás se supo de él. Sánchez asegura que las represalias por la muerte del fundador de la Falange fueron espantosas en cuarteles, cárceles, en ciudades y campos. Él pasó los primeros años de encierro en un auténtico polvorín.

—Yo vivía en un piso con mi mujer y mis hijos. Nos ganábamos la vida haciendo zapatillas con los orillos de los tejidos que desechaban en las fábricas, aunque mi familia no se murió de hambre porque mi mujer iba todos los días a «La cocina económica», donde daban un poco de cocido a los pobres. Debajo de nosotros vivía un cura llamado don Plácido, que tenía un odio mortal a los rojos. Encima vivía un cabo de carabineros que estaba de parte de los fascistas, claro. Y al lado, el dueño de la casa, un abogado por nombre Antonio Llamazares, un oportunista que en seguida se apuntó a la Falange. ¡Si pasaría miedo yo…! Allí no se podía estar tranquilo, así que un día, hacia 1942, nos cambiamos de casa. Yo me eché un colchón al

hombro y, como llovía, puse un paraguas por encima de la cabeza. Así fui andando por la calle hasta la otra casa que habíamos alquilado.

Iban Manuel Sánchez, su mujer, sus hijos… y su padre, que permanecía también escondido a su lado. Es una historia oscura e indudablemente penosa. Manuel Sánchez no quiere hablar de ella, ni decir siquiera el nombre del anciano. Tenía unos sesenta años cuando se ocultó. El hijo afirma que a los cuatro o cinco años ya no pudo resistir más y escapó a Portugal «con un trozo de pan y cuatro sardinas arenques en el bolsillo» y que desapareció durante la huida o posteriormente en el vecino país. En Béjar nadie cree esta historia. ¿Cómo va a huir a Portugal, cuya frontera está a casi un centenar de kilómetros, el padre viejo sin que el hijo lo acompañe? En Béjar piensan que el padre de Manuel Sánchez murió durante el tiempo de su ocultación y que fue enterrado por los otros miembros de la familia en la bodega o en el patio de la casa. Evidentemente, si así fue, ninguno de los supervivientes reconocerá tan patético desenlace.

Pero el clima de terror que se respiraba en Béjar durante la guerra y en los años siguientes explicaría sucesos como éste. Ángel Blázquez asegura que lo ocurrido en su pueblo fue como la política de Franco a tamaño reducido. «Ellos tenían que asegurase la retaguardia; matando a la gente, aterrorizando a todo el mundo sabían que nadie se iba a revolver. Y si ganaban la guerra, ya no tendrían enemigos que temer durante muchos años. Eso fue lo que hicieron Franco y los militares: matar a todos los más posibles para que los que quedaban no volvieran a molestarles más».

Ángel, a quien su padre puso Sócrates pero el cura, al bautizarle, insistió en anteponer al griego un nombre cristiano («y ahí empezaron mis problemas, creo yo», dice), Ángel Sócrates Blázquez Giménez permaneció escondido en su casa desde el 30 de julio de 1936 hasta el 24 de diciembre de 1955. Es decir, casi veinte años. Se ocultó dos días antes de que llamaran a filas —los militares rebeldes— a los mozos de su quinta, pero no fue, insiste, por miedo a hacer la guerra por lo que se escondió.

—Al principio estuve dentro de la casa. Subía y bajaba del desván según viera el peligro, pero desde el 5 de septiembre ya me quedé sin bajar, porque la guerra iba mal. Este desván no tenía acceso desde la casa y medía

unos cinco metros de largo por casi dos de ancho y cincuenta centímetros de altura en la parte más baja y uno veinticinco en la más alta. De modo que no podía estar de pie; sólo sentado o tumbado. Al desván se entraba por una gatera del tejado, que era también el único respiradero. Yo hacía mis necesidades en una vasija y las volcaba por la gatera a otro tejado que estaba más abajo, pegado a la pared de nuestra casa. Una vecina vio un día las manchas de humedad y le preguntó a mi madre. Ella dijo que serían los gatos o los que estaban arriba de guardia. El interior del desván estaba lleno de escombros. Yo tenía solamente dos mantas para dormir, una arriba y otra abajo. Pero como el tejado era tejivano, se notaban mucho los cambios climatológicos. En verano hacía mucho calor y en invierno mucho frío. Recuerdo que cuando la batalla de Teruel creí que me helaba. Me dormí pensando que no iba a amanecer, que estaría muerto a la mañana siguiente del frío que hacía. Me vendé los pies, las manos, el cuello y la cabeza con tiras de orillo de los paños y me tumbé cerrando los ojos y diciendo: «Bueno, esto se acabó».

»Ya más tarde conseguí meter una pelliza y una colchoneta, pero allí arriba estaba muy mal. No podía fumar ni beber ni casi moverme. En la casa sólo vivía mi madre y podían descubrirme por cualquier cosa. Para alimentarme, tuvimos que recurrir a un truco muy complicado. Atravesaba el desván, de abajo arriba, una chimenea que en la parte inferior era muy ancha, de más de un metro cuadrado, haciendo campana sobre la cocina de abajo. Poniéndose de pie una persona encima de la cocina y con todo el cuerpo dentro de la campana, llegaba a una altura superior al techo. A esa altura hicimos un agujero en un ángulo, un agujero pequeño, como de tres dedos. Mi madre se subía a la cocina y me iba dando de comer por aquel agujero pasando la cuchara. El plato no cabía, así que me iba dando poco a poco, como a un niño, a cucharadas. Para los líquidos, me acercaba el tazón y yo sorbía desde el otro lado por una paja de centeno. Tomaba de cena y de desayuno un café con una yema y para comer, lo que hubiera en casa: rodajas de pesca que ella partía en trozos pequeños, tortillas, pero siempre poco, porque mucho no había. Mi madre asaba castañas y las vendía por el pueblo y eso era un pequeño gran negocio; teníamos para vivir bien los dos,

aunque parezca una tontería asar castañas. También al principio vendía pan blanco de estraperlo».

»Yo lo único que hacía allí dentro era leer, leer siempre los mismos libros. Los que eran grandes mi madre me los había metido por el agujero cortando los cuadernillos y luego doblándolos, sin las pastas. Tenía una *Historia Universal* que le faltaba la parte de América, *Los tres mosqueteros* y su continuación titulada *Veinte años después*, un ensayo muy bueno de Marañón, titulado *Amor, conveniencia y eugenesia*, un libro de medicina editado en 1868 que era muy interesante porque explicaba toda la medicina antigua y una novela del doctor Díaz de Tejada. Leí tantas veces estos libros que me los aprendí de memoria. Todavía ahora mismo, cuarenta años después, puedo recitarles el comienzo de la novela de Tejada, que era sobre la retransmisión del pensamiento, la telepatía; me la sé de memoria pero, lo que son las cosas, ahora mismo no me acuerdo del título. Empezaba así: «*El doctor Eulogio Mandaz, mi colega, mi amigo, es un escéptico al que yo desprecio a pesar de toda su ciencia. Él habla de obsesiones, desequilibrios funcionales originados por el exceso de trabajo mental. ¡Qué sabe él, esclavo de su materialismo y de sus libros de fórmulas, de esa potencia inefable e inaprehensible que a fuerza de ser tan humana rebasa los límites de la Humanidad y que se llama alma! ¡El alma! Durante muchos años yo tampoco creí en ella. Tenía mis razones. En mi profesión de médico, cientos de veces mi bisturí rajó la envoltura carnal de los hombres, llegó a sus más profundas vísceras. Vi paquetes musculares, redes nerviosas, racimos de glándulas. Violé el organismo humano. Encontré sangre, tumores infectos, viscosas heridas, repugnantes coágulos. Vi palpitar el corazón como una esponja roja y escudriñé el cerebro… ¿Y el alma? ¡Visión de románticos, entelequia de poetas! Jamás saltó bajo el filo del escalpelo ni brotó como una llama viva del grosor de una víscera…*»

En los primeros cuatro años de encierro Ángel engordó casi cuarenta kilos. Llegó un momento en que temió morir en aquel desván oscuro y tétrico. Por la noche, los ratones le recorrían la cara y el vientre; él se quedaba inmóvil estudiando sus movimientos. Comenzó a escribir una autobiografía para entretenerse y para que el mundo conociera sus sufrimientos (como el resto de los topos, creía que era el único que se

encontraba en esa situación), pero cuando más tarde fue a recoger las cuartillas pergeñadas se encontró con que los roedores habían acabado con ellas, al igual que con sus fieles compañeros, los libros.

Sin embargo, ni el total aislamiento ni los rigores del clima eran lo más terrible. Blázquez se «instaló» definitivamente en el desván a comienzos de septiembre, pero hasta mediados del año siguiente no comenzó a ser rigurosamente perseguido. Dos falangistas comenzaron entonces a hacer guardias en el tejado de su casa, exactamente encima de donde él estaba escondido. No imaginaban los perseguidores que Ángel estaba allí dentro, sino que el fugitivo entraba y salía de la casa por la noche. Querían apresarlo en uno de esos viajes nocturnos para sacarlo del pueblo y matarlo como a su hermano. También los guardias civiles iban a la casa a buscarlo, pero sus registros resultaban siempre infructuosos. El agujerito de la campana de la chimenea estaba debidamente tapado con un pedazo de trapo ocre. Por lo demás, los guardias, sin más órdenes de persecución que las emanadas de los propios falangistas y de la burocracia militar, no insistían demasiado en sus regulares visitas a la madre de Blázquez.

Los pistoleros eran otra cosa.

—Hacían guardia como si fueran soldados. Yo los oía llegar, hacer los relevos. Se avisaban del relevo restregando los pies en la calle y luego se daban santo y seña. Siempre había uno o dos encima del tejado, día y noche. Cuando hacía frío subían un brasero y daban patadas para entrar en calor y no me dejaban dormir ni un segundo. Yo les oía hablar, decir todas las herejías que me iban a hacer cuando me cogieran. Que me iban a colgar por las partes, que me las iban a cortar y antes de darme ese tiro que ellos daban siempre entre los ojos me las harían comer. Siempre decían: «Hay que procurar cogerle vivo para hacer esto y lo otro». Cada pareja que estaba de guardia imaginaban unas herejías distintas y yo lo iba oyendo. Casi nunca gritaban; hablaban bajito, aunque en los primeros días no tenían miedo de nada y se gritaban los de arriba a los de abajo y hasta cantaban canciones. Después, cuando terminó la guerra, lo hacían con más cuidado. Estuvieron vigilando el tejado hasta el mismo día que salí, hasta el año 55. Incluso ponían ceniza delante de la puerta o en los tejados que caían junto a las ventanas altas de la casa para ver si yo entraba o salía. Al final sabían de

sobra que yo estaba en la casa, yo creo que lo sabía todo el pueblo, pero ya no se atrevían a matarme allí dentro. Querían cogerme, llevarme fuera y pegarme un tiro. Ya entonces habían perdido la práctica de matar, la práctica que tenían los primeros años…

Aquella presencia continua y amenazadora terminó por destrozarle los nervios. Habló con su madre y dijo que se arriesgaría a salir, que desafiaría la muerte antes de aguantar por más tiempo aquellas pisadas, aquellas conversaciones encima de él. Primero, en 1940, salió del desván rompiendo el tabique de la campana y bajando a la cocina. Allí, durante dos años, organizó su fuga. El único hermano que estaba en libertad vendió dos magníficos sillones de peluquería americanos, «americanos auténticos, fabricados en Cincinatti, marca *Triumph*», por tres mil pesetas, lo mismo que le habían costado nueve años antes a Martín. Con ese dinero emprendió Ángel la huida a Portugal.

—Yo conocía bien el camino, porque ya había escapado otra vez en 1935. Entonces había participado en la huelga general revolucionaria de octubre de 1934. Los obreros se habían subido a los tejados para arrojar piedras a la fuerza pública que cargaba a caballo por las calles, y muchos estaban en el tejado de mi casa. Yo no intervine, estaba como a doscientos metros de allí, pero me cogieron con otros once, me juzgaron en Consejo de Guerra en Salamanca y me condenaron a año y medio de cárcel. El 12 de enero del 35 ya estaba en libertad provisional y como yo consideraba que habían cometido una injusticia conmigo, decidí escapar a Portugal. Éramos cuatro y nos guiaba un zapatero al que pagamos veinticinco pesetas de las cuatrocientas que llevábamos. Pasamos la frontera por Zarza la Mayor y llegamos a Castelo Branco, donde estuvimos tres meses. Los obreros portugueses nos pagaron la pensión y la comida hasta que nos llegó el dinero de nuestro sindicato, siete pesetas diarias, el sueldo normal. Pero en agosto nos cogió la policía portuguesa y nos devolvieron a España. Yo estuve en las cárceles de Badajoz, Burgos y Salamanca hasta la amnistía que dieron cuando el triunfo del Frente Popular. Llegué a Béjar el 25 de febrero del 36… Precisamente en Castelo Branco tuve una novia que se llamaba María Ovete. Antes había tenido otras y después tuve una que me estuvo esperando, llevó hábito por mí durante tres años, mientras estaba

escondido, y como no salía se casó con otro. Hoy esta mujer ya tiene nietos…

»Estaba diciendo que me fui otra vez a Portugal… Salí de casa a media tarde, tan tranquilo, para que pensaran que yo era otro y primero me fui a Soto Serrano. Allí cogí un caballo y busqué a un contrabandista para que me pasara la frontera. Le pagué cuatrocientas pesetas y el día 25 de abril salimos de el Soto. Dos días después, mejor dicho dos noches después, porque caminábamos de noche, pasamos la frontera por Puebla de Azaba, después de atravesar todas Las Hurdes. Yo primero me dirigí a Belmonte y fui a usar la táctica de montar en el tren cuando ya había arrancado; según me monto, me doy cuenta de que he elegido el departamento donde están dos miembros de la Guardia Republicana portuguesa. Me tiré en seguida, como si me hubiera equivocado, como si no pasara nada, y esperé al siguiente tren, que iba cargado de cubas de vino.

»Fui a Castelo Branco y allí pregunté por un amigo de los fugados en el 35 que estaba en Faro encargado de unas pesquerías. Todos me dijeron que me fuera a Faro, pero yo quería ir primero a Lisboa a tantear las embajadas. «No te vayas a Lisboa, que está cogida; en Faro, este amigo te mete en un barco y te pasa a África». Pero yo me fui a Lisboa a tantear las embajadas y ésa fue mi perdición. Primero fui al consulado de México, porque no tenían embajada, y no pudieron recogerme. «En estos momentos puede ser peligroso», me dijeron. Y como no era embajada, pues peor. Luego quise ir a la embajada inglesa, pero me dieron con la puerta en las narices. Ni asomarme me dejaron, ni entrar. Tenían miedo al espionaje español porque estaba la guerra mundial en medio y no quisieron ni verme. Lo mismo me pasó en la embajada americana.

»Entonces yo me voy al puerto a ver si había barcos. Allí estaba afeitándome y viene un guardia y me sujeta la mano con la navaja en el cuello. Me había descubierto. Tuvo que ser un chivatazo de unos de la isla de Madera que me habían pedido cuatro mil escudos por llevarme. Yo sólo tenía mil quinientos escudos y un corte de traje que llevaba para hacerme un traje si llegaba a algún sitio, pero no quisieron: pedían cuatro mil por sacarme.

»Lo primero que hacen es llevarme a la cárcel, a la Caleia de Alsube. Allí estuve quince días y conocí a muchos españoles que me daban mucha pena, mucha pena. Estaba Joaquín Baldueza, que había sido el secretario del sindicato de Banca de Valencia. Debía de tener buena posición su familia, porque había llevado alhajas para pagarse el viaje, las alhajas que le había entregado su mujer. La policía portuguesa le quitó un collar de perlas y todo lo demás. Allí se te caía el alma a los pies viendo a todos los presos españoles, algunos ya muy viejos.

»A los quince días me llevaron para entregarme a la policía española. Éramos tres: un sastre, una mujer que se llamaba Pilar y había sido subsecretaría del Ministerio de Educación, o algo parecido, y yo. Nos llevaron a la estación de Badajoz. Pilar llevaba una maleta grande y yo se la cogí por el camino. Cuando estábamos en la estación, todavía en manos de la policía portuguesa, yo veo que hay mucha gente y mucho jaleo. Entonces digo: Pilar, toma tu maleta, y echo a correr por entre la gente, salí de la estación y me metí en un cebadal.

»Cuando se hizo de noche empecé a andar por la vía. Ya estaba perdido lo de escapar a África, o a América, que era donde yo quería ir, así que pensé volverme a mi casa y esconderme de nuevo. Pero todavía antes de llegar me descubrieron tres veces. Primero, por Talavera la Real, me persiguieron con la aviación. Estaba el aeródromo cerca y salió un avión a buscarme. Yo me pegué a un tronco de árbol e iba dando vueltas alrededor según daba vueltas el avión, muy bajo.

»La primera vez que me descubrieron fue en Aljucén. Vino un policía por el tren pidiendo los salvoconductos y yo no tenía ningún papel. Yo le conté el cuento: «Mire usted, que yo no tenía trabajo en Béjar y me he venido a buscar trabajo». «¿Es usted de Béjar? ¿Conoce a Paco Cano?», dijo el policía, que lo conocía no sé de qué. «Claro que lo conozco, yo he trabajado con él; he trabajado con mi hermano Mariano en el matadero nuevo y conozco a Paco Cano, a su hermana, a su madre, a Jacoba y al señor Pedro y a “la Mula”: hemos trabajado juntos en todas las obras de mi hermano». «Vaya, los conoces a todos. Pero, hombre, cómo has salido sin papeles». «Pues ya ve usted: a buscar trabajo». «No debiste salir de Béjar». «Ya lo sé, qué le vamos a hacer»… El policía llamó a una pareja que iba en

el tren y me entregó a ellos para que me llevaran a Béjar. A ellos les sentó mal, porque ya iban de permiso. «Mire, nosotros no queremos saber nada de esto: vamos de permiso», me decían. ¿Ah, no? Cogí y me tiré del tren en marcha cuando salíamos de El Arroyo de la Luz. En marcha. Me hice sangre en las manos, en los codos y en las rodillas, porque no estaba tan ágil como antes, pesaba noventa y cinco kilos.

»Eché a andar por el campo, subí por los polvorines y llegué al pueblo ése de los cacharros, donde hacen las tejas y los ladrillos: Aldea Morey y me volví a montar en otro tren. Yo montaba en los mercancías, en las garitas, pero no en las garitas de los últimos vagones, donde iban guardias y guardafrenos, sino en las de los primeros.

»La segunda vez que me cogieron fue en Plasencia. Me vieron al bajarme del tren, por la luz de la locomotora. Serían las doce de la noche. Yo me había tirado antes de pasar y me vio un guardia cuando estaba en el puente que hay pasada la estación. Le digo al guardia que mi madre está enferma en Salamanca y que voy en los mercancías porque no puedo pagar. El guardia ya se iba a cenar y estaba dudando. Yo le dije que le esperaba allí, después tomábamos unas copas y que me llevara. «No se preocupe usted, que yo le espero aquí». El guardia no tenía muchas ganas de perder la cena y me dejó allí. Cuando se fue, eché a correr rápido, cogí un palo y me meto en un túnel que hay allí. El palito es para ir rascando la pared, para guiarse. Salí al otro lado, al puente de hierro, y ya me fui hasta El Almendral y allí monté en otro mercancías.

»En Hervás me pillaron en la vía, una pareja, pero les conté el cuento de que era de Salamanca y que mi madre se moría y me dejaron escapar.

»En total la excursión duró un mes. Llegué a Béjar de noche y llamé a la puerta. Como yo había escrito desde Portugal, los falangistas ya no estaban allí, en el tejado. Me abrió mi madre y al día siguiente una vecina preguntó que quién había llamado, pero ella dijo que era un mendigo. Y ya me quedé allí. Estaba todo el día en casa, limpiando y haciendo la comida. Yo he sido un buen cocinero. Me salía muy bien el cabrito cuchifrito y el calderillo bejarano, que es como un ragut. Leía mucho. Antolín me mandaba libros y yo también se los mandaba a él a través de mi madre o de otras personas. Antolín era factor ferroviario y estuvo diecisiete años

escondido, hasta que el Padre Barceló, el jefe de los teatinos, lo sacó, se lo llevó a Salamanca y luego lo sacó de la cárcel, que lo habían condenado… Pero Antolín Hernández estaba muy enfermo y murió poco después, en el año 58. Había pasado todo el tiempo metido entre dos tabiques en la cocina y eso le perjudicó la salud, porque no podía moverse. Hubo dos médicos muy buenos, los doctores Piñel y Arteaga, que lo visitaron en el encierro y no dijeron nada. Él, Antolín, estaba de soldado en Medina del Campo cuando la guerra, en artillería, y allí vio cómo los fascistas mataban al teniente coronel, así que se escapó, vino a casa y se escondió.

»Él y yo fuimos los últimos en salir. Casi todos salieron en el año 45, con el indulto, pero este indulto no nos alcanzaba a nosotros, porque se especificaba que sólo lo aprovecharían los que no tenían antecedentes políticos, y nosotros habíamos estado presos por lo de la revolución de octubre del 34. Además, como yo no había ido a filas, estaba declarado prófugo.

»El año cuarenta y cinco, después de estar escondidos unos nueve años, salieron muchos. Salió Manuel Sánchez; salió uno de Fuentebuena que se llamaba Cándido. Y salió Dámaso Hernández, el carnicero. Dámaso era el presidente del Frente Popular y primero se escondió en casa, con su mujer y sus hijos, pero luego le dio miedo estar allí y lo trasladaron a casa de una pariente, metido en un mueble y cargado el mueble en un camión. Esta pariente era una mujer soltera, ya algo mayor, muy hermosa. Se llamaba María. Dámaso tuvo con ella dos hijos durante el encierro: ella salía a su pueblo, porque no era de aquí, daba a luz y volvía sin la criatura. Luego, cuando salió, Dámaso le puso una frutería en Salamanca y ella se fue a vivir al barrio chino para que nadie la reconociese. Pero no era una ramera, al contrario; era una buena mujer, una buena mujer. Ahora han tirado el barrio chino y no sé dónde vivirá María…

»… También salió entonces Raimundo Castellano, que era el único que tenía un fusil en julio de 1936, porque lo había sacado de los restos de un camión del ejército que había volcado en el puente del río Frío, cuando venían de Plasencia y nos vieron y aceleraron para no pararse… Y también salió otro de Guijuelo, que al principio de la guerra tiró las ropas al río Tormes para que le dieran por ahogado y se fue a esconder a casa

desnudo… Hubo más, hubo más… Y sin contar a los que cogieron en sus escondites y los fusilaron o encarcelaron. O los que se morirían entre cuatro paredes… Por aquí yo creo que hubo más de cien escondidos hasta el año 45. Y los otros porque no pudieron esconderse, que tiraban a matar. El pobre Antolín, que era buen amigo mío, murió nada más salir. Se marchó a Madrid, me parece, y se murió allí. Yo estaba entonces escondido…

Los habitantes de la topera de Béjar iban saliendo… El asesino Mayorga había muerto en Salamanca a los pocos años de terminada la guerra, al parecer loco. Su lugarteniente y sus seguidores o habían emigrado de Béjar o se paseaban por el pueblo con cara de absoluta y victoriosa inocencia. La vida continuaba.

Para probar suerte, Ángel Blázquez decidió un buen día asomarse a la calle. Era el 25 de septiembre de 1954. Se celebraban las ferias del pueblo y quería comprobar si lo reconocían o no. De joven estaba orgulloso de su rizada cabellera negra, pero durante el viaje de Badajoz a su casa, durante la fuga, se quedó completamente calvo… Pesaba casi el doble que en 1936… y habían pasado dieciocho años. Blázquez se asomó a las barracas, se paseó por las verbenas, bebió en las tascas. «Me paraba delante mismo de los amigos de entonces, a dos pasos, y nadie me reconocía». Estuvo ocho días fuera de casa, durmiendo en la de un hermano y comenzó a meditar en la conveniencia de que aquella historia acabase.

No obstante, tardó todo un año en decidirse. Al siguiente volvió a repetir la operación y tampoco nadie lo reconoció. Los falangistas del tejado, sucesores de los primeros perseguidores, abandonaban frecuentemente su tarea. O quizá ni sabían ya qué tarea estaban realizando. Ángel Blázquez, por lo demás, ya no era aquel revolucionario que había recibido su bautismo de fuego a los siete años, durante el *motín del pan* que todavía es capaz de describir minuto a minuto. «Como dice el protagonista de *Cuatro de infantería*, una persona o un grupo metidos en un refugio pierden toda idea de revuelta y el pensamiento queda sujeto a los problemas de la vida diaria».

Un hermano suyo habló al mes siguiente de la segunda fiesta, octubre del 55, con el dueño de unas fundiciones conocido suyo y hombre importante en Béjar para, sin citar ningún nombre concreto, contarle el caso

de Ángel y pedir como condición de su salida que no lo juzgaran. Blázquez temía sobre todo a la justicia militar, por no haberse presentado a filas. Ernesto Izard y el alcalde bejarano, Victorino Vizoso, hablaron al gobernador de Salamanca y éste con el director general de Seguridad en Madrid, para solucionar el caso. Aceptada la condición de no entregar al anónimo topo a la justicia, éste se presentó en el Ayuntamiento el día 24 de diciembre de 1955. El alcalde le dio algunos consejos para que no volviese a meterse en política y el antiguo cenetista prometió seguirlos.

Después llegaron los últimos escalones del calvario.

—La influencia de mi encierro ha sido muy grande en mi vida. Yo era un hombre emprendedor, con aspiraciones. Era albañil, pero quería convertirme en maestro de obras y en constructor de casas, pero al salir me di cuenta de que mi vida estaba destrozada para siempre y había perdido las ilusiones de mi juventud. Nadie quería darme trabajo, no sé si por lo que había ocurrido o porque tenía ya cuarenta y cinco años. Trabajé unas semanas con un hermano, pero a los tres meses me fui a San Sebastián y trabajé allí en la construcción. Luego volví, conseguí hacer algunas obras por mi cuenta, pero tuve que marcharme otra vez en 1962. En el 66 regresé de nuevo porque mi madre estaba muy enferma y muy vieja, tenía ya noventa y dos años y yo era el único hijo soltero que tenía. Entre ese año y 1970 conseguí hacer un pequeño bloque de viviendas en una parcela que sacó a subasta el Ayuntamiento, pero luego me quedé otra vez en paro. Menos mal que mi sobrino, que se llama como yo y también es constructor, ha puesto este hostal y yo me entretengo organizando a los huéspedes. Descanso los miércoles y siempre como y ceno en el bar El Farol, cerca de mi casa, donde estuve escondido, en la calle Alojería. Por las tardes tomo unas copas de vino con los amigos por los bares del parque y el resto del día lo paso sentado aquí, atendiendo el teléfono y repartiendo las llaves.

Frente a su mesita de trabajo, en una tapia semiderruida, al otro lado del ancho ventanal, queda aún bien visible una pintada de las pasadas elecciones. Las letras aparecen trazadas con tinta roja al lado de un torpe dibujo del yugo y las flechas. Dice la leyenda: «Falange con los obreros».

OceanofPDF.com

16. EL ÚLTIMO GUERRILLERO

Pablo Pérez Hidalgo (a) «Manolo el Rubio» (Genalguacil, Málaga).
27 años oculto

Un año y veinte días después de la muerte de Tranco, el 9 de diciembre de 1976, la Guardia Civil detuvo en la serranía de Ronda a Pablo Pérez Hidalgo, el último guerrillero. La agencia Cifra transmitía así la noticia a sus abonados: «Fuerzas de la Guardia Civil de la Compañía de Ronda acaban de detener al que puede ser considerado como el último bandolero de la serranía en la que llevaba escondido más de veintisiete años. Se trata de Pablo Pérez Hidalgo, de 65 años, alias "Manolo el Rubio", natural de Bobadilla. Se encontraba escondido en el cortijo El Cerro del término municipal de Genalguacil desde el año 1949, haciendo vida marital con Ana Trujillo Herrera, alias "la Oveja", de la que no ha tenido hijos. El marido de la Oveja fue fusilado durante la guerra». A continuación el despacho de agencia aludía a quemas de conventos y delitos de sangre cometidos por el último maqui.

Me acusaron en algunos periodicuchos de que yo había quemado conventos. Es una gorda mentira, una gorda calumnia. Si repasamos la historia de entonces, la historia de la lucha de la clase obrera contra la Iglesia podemos ver que vivían como el perro y el gato. Los discursos de los curas desde los púlpitos sólo iban dirigidos contra los trabajadores. En mi pueblo, Bobadilla, no hay conventos, en mi pueblo, no se quemó la

iglesia, en mi pueblo lo que se hizo para que nadie quemara los santos fue sacarlos de sus hornacinas y entregárselos en custodia al alcalde de Antequera, García Prieto. El alcalde los guardó en el Ayuntamiento, porque en estos casos siempre surge gente exaltada que puede prenderlos fuego. A mí los santos se me dan una higa, pero tampoco me gusta que los incendien, hay gente que cree en ellos y eso basta.

No admito que me tachen de bandolero y asesino porque un revolucionario auténtico no asesina a nadie.

Mi familia era campesina, una familia pobre y analfabeta de jornaleros que trabajaban en el campo. Aprendí a leer mientras guardaba las cabras. Las primeras lecciones las recibí en la escuela. Todavía me acuerdo del maestro que teníamos. Cuando los chiquillos dejaban la escuela no había ni uno que supiera echar una raíz cuadrada. Lo único que se aprendía era a sumar, restar, multiplicar… y malamente. Lo normal era dejar de estudiar a los diez u once anillos y «hala, afuera, al monte a cuidar cabras». La mayoría de nuestros padres decían que para trabajar en el campo no es necesario saber leer ni escribir, y los chiquillos lo que hacíamos era jugar y trabajar y el que aprendía algo era porque tenía afición.

Yo, como mis padres, también fui jornalero. Unos días lograba faena y otros no. Unas veces trabajaba con un patrón y otras con otro. Si no había tajo se iba uno a la plaza a esperar de brazos cruzados por si algún cachicán lo contrataba. Pasábamos hambre a espuertas y el que diga que no, miente, porque yo creo que hartarse de pan no es precisamente vivir. Y el hartazgo de pan cuando venían bien dadas, porque lo habitual era que la madre restringiera existencias por lo que pudiera faltar al día siguiente.

Cuando yo era un chiquillo de diecisiete años trabajaba en un cortijo arando con una yunta de mulos. Nos levantábamos a las dos de la mañana para limpiar las cuadras, para dar agua a las bestias y preparar los aperos de labranza. Nos íbamos a la besana, que a lo mejor estaba a tres kilómetros; allí prendíamos un garbón de paja, que le llamaban una pava, hasta que viniera el día. De amanecida arrancábamos a trabajar muertos de frío y así hasta que se ponía el sol, para entrar en el cortijo al anochecer. Había que volver a dar agua y pienso a las bestias y cuando nos acostábamos eran las

diez o las once en invierno. Al rato te estaban llamando. Recuerdo muy bien al tipo que nos tocaba diana, lo tengo en la cabeza cincuenta años después:

—Niños, venga, a levantarse, que vamos a ganar dinero.

¡Dinero! Y lo que nos daban era trece reales al día. Todos teníamos más o menos la misma edad y no nos llegaba ni para el tabaco. Entonces se fumaban los mataquintos que no los podíamos terminar de malos que eran. No había diversiones, lo único que había era un tabernucho donde iban los jóvenes a charlar y a jugar a las cartas y pare usted de contar.

A los dieciocho años tuve la primera novia, la única.

Cumplí la mili en Almería, en un batallón de ametralladoras. El servicio duraba un año. Me diplomé en tiro de ametralladora, de mosquetón y de pistola del nueve largo. El partido comunista, al que siempre he pertenecido, mantenía una tesis equivocada en aquellos tiempos: nos aconsejaba que cuando llegara uno al ejército no se apuntara ni para cabo, de manera que yo no me apunté a nada Total, que a la fuerza me hicieron allí soldado de primera para instruir a unos quintos que vinieron en el siguiente reemplazo.

Me había afiliado al partido en 1931, cumplidos los veinte años. Tengo el número de carnet 367 de Málaga, que es el más bajo de los que llegaron a Genalguacil y por eso me lo entregaron a mí.

Lo que más vivamente recuerdo de antes de la guerra es cuando volví del ejército el año treinta y tres. En noviembre se celebraron las elecciones que ganó la CEDA de Gil Robles. El partido comunista lanzó entonces un manifiesto contra el gobierno de Alejandro Lerroux, se hicieron copias y yo me quedé con unas cuantas. Me las pescaron por un chivatazo y aquello me costó la cárcel. Me descubrieron también una pistola y fue condenado, por la pistola a seis años, que es lo que daba entonces la ley en la República, seis años, seis meses y un día. Por las octavillas me echaron doce años. Salí en libertad a los doce meses. Todo el tiempo de la condena lo pasé en la prisión provincial de Málaga.

Estuve allí desde el 23 de febrero de 1935 hasta el 23 de febrero del 36. En 1935, a raíz del movimiento de Asturias, creció la represión. En aquel tiempo en la cárcel de Málaga había más de doscientos presos políticos. El trato no era muy malo, pero la disciplina resultaba más propia de un cuartel.

Cumplí dentro los 24 años. Nos tenían a todos juntos en una sala muy grande. Yo empezaba a destacar entre los jóvenes como un rebelde. Siempre he creído que la cárcel es una escuela para revolucionarios. Mi madre acudía a verme y me traía fiambres y otras cosillas. Éramos una familia muy unida.

Salí de la prisión a resultas de una amnistía general por las elecciones de 1936. En Bobadilla me recibieron en medio de una ruidosa manifestación. Asaltaron la iglesia y golpearon varios coches, propiedad de unos latifundistas, para celebrar mi llegada. Así estaba el ambiente entonces. Se fueron a la busca de un terrateniente muy explotador, que era dueño de un cortijo más grande que el pueblo, y no lo encontraron, porque si lo pescan, creo yo que lo tiran a un barranco. Lo único que hicieron fue abatir las puertas del cortijo.

Yo era el secretario general de radio del partido comunista. Si en el pueblo había doce comunistas ya se podía constituir una organización legal y eso recibía el nombre de radio. En Bobadilla, en aquel tiempo, los comunistas pasaban de los cuarenta o cincuenta. Todos pertenecían a la UGT. El partido, como es natural, funcionaba por células y una célula podía estar compuesta, cuando no había represión o ilegalidad, por seis o siete camaradas. Si había represión se funcionaba por grupos de tres y la llamábamos «troika».

Mi pueblo, Bobadilla, es una aldehuela que pertenece a Antequera. Entonces contaba con 300 ó 400 habitantes, hoy ya ni eso. Es un pueblo venido a menos, destrozado, tiene barrios en ruinas donde ya no habita nadie.

Por aquellos años todo estaba en manos de los terratenientes, pero había inquietud social y el sindicato nos ponía al corriente de nuestros derechos. A pesar de todo, la que más nos enseñó fue la guerra. El PC de Bobadilla estaba bastante bien organizado para aquellos tiempos. A Antequera iban con frecuencia camaradas del partido, recuerdo a Rodrigo Lara, que me parece que lo cogieron. En Málaga el más conocido de nuestros camaradas era José Cañas García, «Cañitas», creo que tenía un hijo que ahora está también en el provincial. Otro que valía mucho era Cayetano Bolívar, también de Málaga, el primer diputado comunista que hubo en España.

Al margen de los terratenientes, nuestras fricciones eran constantes con el cura, de derechas. Tan de derechas, que, cuando el «bienio negro», tenía una lista preparada con sesenta nombres apuntados para fusilarlos si ganaba las elecciones. El cura hablaba y hablaba en contra de la clase trabajadora. Yo no iba a la iglesia, pero estaba bien enterado de sus diatribas. Su insulto preferido contra nosotros era afirmar que debíamos comer mucha cáscara de naranja y almendrilla, que es esa piedra que machacan las máquinas para construir el firme de las carreteras. A los trabajadores los llamaba automáticamente comunistas y, según explicaba desde el púlpito, lo único que pretendíamos era arrebatar su riqueza a los que la tenían y robar y robar. Cuando la guerra se marchó de allí, desapareció misteriosamente antes de que pudieran echarle mano. Se llamaba don Juan, y Dios, si es que existe, lo tenga en su gloria.

A los cuatro meses de salir de la cárcel estalló la guerra, que se estaba viendo de venir. Unos y otros nos preparábamos ya para lo peor, nosotros por medio de nuestras milicias. José Antonio viajó a Alemania justo unos meses antes de estallar lo que llamaron Movimiento y se temió que prepararan algo gordo contra la República. En Bobadilla no contábamos con armamento, sólo que como es un pueblo muy cazador, cada uno tenía su escopeta. Yo era el instructor de los milicianos. Una tarde en que estábamos haciendo instrucción se presentaron dos parejas de la Guardia Civil con un brigada al frente. Cuando los vi de llegar, ordené romper filas, pero me localizaron en seguida y el brigada me puso la boca de la pistola en la cabeza. Fue una situación muy violenta. Rodeado de los civiles me fui a la estación del pueblo para hablar por teléfono con Rodrigo Lara que estaba en el Gobierno Civil. El gobernador era uno de los nuestros. El incidente acabó allí y al brigada lo destinaron a otra parte.

El estallido de la rebelión de Franco me cogió en el campo. Por cierto, que todavía me deben los jornales de aquella semana. Estaba en el «Cortijo del Muerto». Alguien que pasó por allí nos gritó: «¡Los militares se han sublevado en África!». Dejé la hoz, los arreos y me fui de estampía al pueblo. Aquella misma noche salí con un grupo hacia Málaga. Había que echar una mano para evitar que triunfara la sublevación de los facciosos. Cuando llegamos a Málaga la derecha resistía desde las casas. Nosotros

sólo intervinimos en el asalto a un edificio. Nos dispararon unos tiros, respondimos al fuego y tomamos por asalto la casa. Éramos cuatro o cinco, y cuando llegamos, los pájaros se habían esfumado. No hallamos armamento, lo único que había era una familia y una de las hijas se abrió el vestido y nos mostró las tetas para que la registráramos. «No —dije yo—, nosotros no vamos a meter la mano en el pecho a nadie, pero de aquí han partido los tiros». Nos los llevamos a todos y un borracho mató al dueño de la casa. Son cosas que no deben hacerse, pero que ocurren. Más tarde, estábamos apostados junto a una farmacia y llegó uno, borracho perdido, provisto de una lata grande llena de gasolina. Me pidió un revólver y le solté un golpe que lo tiré por los suelos. Cuando nos fuimos volvió y prendió fuego a la farmacia.

Málaga estaba ya amenazada por el ejército venido de África. Los milicianos nos movíamos de un punto a otro, allí donde surgiera el peligro. Fuimos en tren a La Roda, todos cantando, para sofocar una manifestación y al poco tiempo, la tomó la Legión. La volvimos a recuperar y nos la volvieron a quitar.

Regresé a Bobadilla. Yo estaba al frente del Comité de Guerra y puedo asegurar que no matamos a nadie en el pueblo, no nos metimos con nadie de la derecha. Sin embargo, cuando ellos entraron hicieron el escabeche. Se liaron a matar y mataron una pila de gente en un pueblo tan pequeño como era aquél. Quedó diezmado.

Me acuerdo de un guardia civil retirado que era de derechas, todos lo sabíamos. Cuando el Movimiento me lo tropecé en Málaga y los compañeros me advirtieron: «Mira quién va ahí». Y digo: «Anda, dejarlo, dejarlo en paz». Pues ése me ha matado unas pocas de veces. Siempre que por esta tierra se decía que me habían liquidado, ese hombre presumía de haber sido él. Un «héroe». En aquel tiempo yo podía haber dicho a cualquiera de los que venían conmigo: «Detenedme a ése». Con acusarle de fascista bastaba y, sin embargo, lo dejé ir.

El 14 de agosto de 1936 los fascistas tomaron Bobadilla. Nosotros lo habíamos abandonado sin resistir. Ya de retirada vimos el polvo que levantaba la columna de camiones que llegaban para atacar el pueblo. Nos fuimos al valle de Abdalajís. Allí ascendí a capitán. Primero fui sargento de

la compañía, luego hubo una operación sobre Antequera y al volver me hicieron teniente. Más tarde me entregaron los galones de capitán.

Hasta el 29 de enero de 1937 permanecí en el frente de Málaga. En la Orejas de la Mula resistimos durante tres días. Si todas las demás fuerzas hubieran hecho lo que nosotros, Málaga no la ocupan. Por allí no pasaron hasta que nos retiramos. Hubo unas pocas de bajas pero no nos movieron un milímetro, aguantamos mecha hasta que nos ordenaron: «Venga, para atrás, que vamos a hacer ahí una línea». ¡Cojones, la línea era en Almería! Cuando llegué a la posición que me asignaron me habían dejado solo. Mandé al cabo furriel: «Anda, vete a por el suministro que está en la carretera». Al poco regresó el cabo con malas noticias:

—Está el suministro, pero ya no queda un alma.

Quise verlo con mis ojos. Al llegar a la carretera, que estaba desierta, vimos con los prismáticos, sobre el horizonte, el avance de un convoy de los fascistas. Miré a mí alrededor. Estábamos solos, condenadamente solos. A partir de allí, dimos marcha atrás. Cuando llegamos a Vélez-Málaga la gente de la compañía comenzó a dispersarse. Yo creo que la culpa de aquel descalabro la tuvo el Estado Mayor de Málaga, si hablamos sólo de Málaga, porque si buscamos responsabilidades más arriba, llegaríamos al Estado Mayor Central. Faltó organización y empeño para la defensa de Málaga. Desde días antes se sabía que la ciudad estaba perdida. ¿Por qué esperar al último momento para evacuar a la población civil? Ni las fuerzas armadas ni la población podían ya retirarse en orden y así se produjo aquella matanza en la carretera hacia Almería por los barcos y los aviones de los rebeldes. A mí me cabe el orgullo de poder decir, con la cabeza bien alta, que la mayor parte de las fuerzas a mi mando entregó el fusil en Almería, en un control de guardias de asalto. Se disolvieron las milicias y me integré en el ejército de la República.

El Gobierno me confirmó en el grado de capitán. De momento no tuve que pasar ningún examen hasta que me inscribieron en la escuela de Paterna, en Valencia, y allí seguí unos cursillos. Primero me enviaron a una brigada internacional mandada por un comandante checo. Después me dieron el mando de un batallón. En la brigada internacional no había sitio para mí porque los puestos de mando estaban cubiertos. Así es que volví a

la escuela y me destinaron a la 215 brigada en Teruel. Allí me quedé ocho meses hasta que terminó la guerra.

Si hubiéramos logrado poner en pie un ejército republicano disciplinado, como se merecía la República, la guerra habría tomado otro cariz. Pero a veces, en los altos estados mayores había indecisiones y la indecisión en la lucha significa la derrota. Por ejemplo, Líster, que no era un indeciso, tenía buena fama de guerrero y no por su cara bonita, sino porque, frente donde llegaba, hacía temblar a los fascistas. Pero a los españoles lo que nos pasa es que cuando uno es más capaz que los demás le tomamos envidia y eso es lo que le ocurrió a Enrique Líster.

La batalla que mejor recuerdo es una que libramos en el frente de Granada. Nos mandaron tomar un cerro a las claras del día, ocupado por una brigada. Nos lanzaron a nosotros al ataque porque los del batallón que lo intentó primero estaban muertos de miedo y fueron incapaces de ganar la cota. Luego el Estado Mayor los desarmó por cobardes. El asalto comenzó a las diez de la mañana. El enemigo nos veía a pocos cientos de metros, de forma que nos hincamos sobre él. Allí hubo una carnicería por ambos lados. Matamos al famoso capitán Rojas, el que llevó a cabo la represión de Casas Viejas[11]. Tomábamos nosotros la ofensiva cuando el capitán Rojas lanzó el contraataque saltando por encima de las trincheras. Todavía le estoy viendo: venía como a unos cien metros, con camisa blanca y haciendo fuego con una ametralladora. Yo estaba al mando de una compañía de ametralladoras. Había ocho máquinas y mandé parar el fuego hasta que los tuvimos casi a quemarropa. Entonces grité con todas mis fuerzas: «¡Fuego!». Hicimos una sarracina pero también nosotros tuvimos negocio. La aviación de ellos nos machacó vivos.

El final de la guerra me pilló en la Abejuela, en Teruel, en el límite de la provincia con Valencia. Mandaba el batallón de la 215 brigada. Unas dos horas antes de la rendición, el jefe de la brigada me había ordenado que me hiciera cargo «de todo». Aquello me olió a pescado frito. La guerra estaba a punto de terminar. Yo seguía allí porque el partido me había dicho que los comunistas debían ser los últimos en abandonar el barco. Así es que me hice cargo de la brigada. Un capitán de Estado Mayor que era amigo mío y huía doscientos o trescientos metros por delante me hizo llegar una notilla

con un enlace. El papel decía: «Avisa a los batallones que se vaya cada uno por donde quiera y lárgate. Esto ya se ha jodido para siempre».

Avisé a los batallones para que comenzara la desbandada, para que cada uno corriera por donde le viniera en gana.

Me dirigí hacia Valencia con la intención de tomar un barco de los que zarpaban hacia Argelia. Estuve cinco días sin poder pasar nada por el gaznate, de veneno que tenía en el cuerpo, de la rabia que me consumía, por aquel desgraciado final que no podía aceptar. Cuando llegué a Valencia lo único que tomé fue un vaso de café. El padre de un teniente que venía conmigo me dijo: «Ya no hay salida, los barcos se han ido, hay que resignarse». Pero ¿cómo nos íbamos a resignar? La resignación es la cobardía de los hombres. Para mí, Pablo Pérez Hidalgo, la guerra no había terminado.

En compañía de un camarada asturiano, Remigio Hevia, llegué a Albacete, donde era fuerte la concentración de legionarios. Para evitar que nos internaran en un campo salimos hacia el valle de Abdalajís. Llegaríamos el 1 de mayo de 1939. Nuestro objetivo era buscar una vía de salida hacia el Peñón de Gibraltar. Mientras tanto, pedíamos rancho en los cortijos, con cuidado de acercarnos sólo a los más pobres, donde intuía que no íbamos a toparnos con sorpresas[12].

Nunca conseguimos llegar al Peñón, ni siquiera a La Línea. Nos tuvieron meses engañados diciendo: «Todo listo, mañana os pasamos». En aquella época pasaron a nado 18, entre ellos cuatro hermanos. Habían preparado unas cuerdas de esparto para nadar amarrados entre sí. Los que mejor sabían nadar iban delante. Uno de los cuatro hermanos se ahogó en la travesía y lo arrastraron con las cuerdas hasta Gibraltar donde fue enterrado.

Del Peñón los ingleses devolvieron a muchos compañeros. A los dieciocho, si no es por la intervención enérgica del cónsul francés, los devuelven también a Franco. Algunos, pagando, conseguían que les pasaron a Túnez, pero los barqueros terminaron por chivarse a las autoridades.

Nuestro partido no sacó a nadie de aquí porque preparábamos la insurrección general. Yo no tenía ningún interés en fugarme. Mi puesto estaba en la lucha, en la guerrilla. Del 39 al 42 operamos en la sierra en pequeños grupos de tres. La guerrilla no estaba organizada. Hoy comes

aquí, mañana en el otro lado; había que resistir como fuera. Entre mis compañeros la primera intención había sido de escapar a cualquier precio, pero cuando estalló la guerra mundial decidieron que sería mejor reanudar la lucha. Nuestro trabajo consistía en organizar los grupos lo mejor que se pudiera a la espera de la insurrección armada contra Franco.

Fui nombrado, en 1943, jefe de la agrupación «Stalingrado», nada más formarse la guerrilla. Éramos unos cincuenta hombres y me eligieron en una asamblea comandante de la zona, desde Cortes hasta Coín.

Seguíamos el curso de la guerra mundial por la prensa inglesa, por el periódico en español que se editaba en el Peñón de Gibraltar y que nos pasaban de contrabando. Se recibía al día. Leíamos también el diario de la resistencia titulado *República* y que se tiraba en Granada.

Acampábamos cada día en un punto distinto de ésta serranía de Ronda. Pasábamos todo el frío que se quería y todo el calor, siempre con el macuto al hombro.

Más tarde surgió otro grupo formado por un guerrillero que era de la CNT y que había pertenecido a la Guardia Civil. Nos pusimos en contacto con ellos para unir fuerzas y así lo decidimos en una asamblea. Se cambió el nombre de agrupación «Stalingrado» y bautizamos a la nueva guerrilla como agrupación «Fermín Galán». El de la CNT fue elegido jefe. Aunque uno tenga poca diplomacia en ocasiones hay que demostrarla, ese hombre era débil pero muy egoísta. Si no se le nombraba jefe lo único que iba a poner serían chinitas en el camino. «Pues bueno —dije—, vamos a hacerle jefe». La unificación de las dos fuerzas de guerrilla se decidió en 1945.

En la Agrupación, que dependía para nuestras operaciones del Comité Regional del Partido Comunista de Sevilla, el número de los guerrilleros descendió cuando algunos lograron refugiarse en Tánger. Al jefe de la «Fermín Galán» lo mataron en una emboscada y yo fui designado jefe.

Nuestra alimentación era como la de cualquier campesino. Hoy sólo una sopa, mañana un borrego asado o frito y poco alcohol, el alcohol no es buen consejero del guerrillero. El avío lo comprábamos en los cortijos o lo robábamos o los compañeros que tenían dinero mandaban al pueblo a por lo que hiciera falta. El café nos sobraba porque en aquel tiempo con las recoverías y el contrabando lo comprábamos con facilidad.

Nuestro uniforme de combate era el pantalón de pana, la camisa caqui y la boina. Disponíamos de pistolas, fusiles, escopetas y una ametralladora. Era un material abandonado en los cortijos por los soldados del ejército republicano. Tampoco nos faltaban algunas granadas, que se utilizaron en un encuentro con un camión de guardias civiles, en la parte del Burgo.

Por aquella época hicimos contacto repetidas veces con la Guardia Civil. Uno de los choques se produjo en el Alpandeire. Fue un chivatazo, como siempre. Nos metimos un grupo de siete guerrilleros en una casa en el campo. Por la noche el dueño salió con la disculpa de que iba a revisar unos cepos de conejos. Lo que hizo el hijo de puta fue avisar a la Guardia Civil. Era un 19 ó 20 de noviembre, lo recuerdo bien porque sucedió en un aniversario de la muerte de José Antonio. Elegimos aquel lugar porque otro grupo nuestro había cruzado antes por allí y les habían atendido. Uno de los que estuvo en aquella ocasión y que venía con nosotros, nos dijo: «Quedémonos aquí, este hombre es de confianza». Y por no conocer la psicología de la gente se equivocó de medio a medio. Sucedió hacia la una del mediodía en medio de un temporal de agua. Dormíamos cuando llamaron a la puerta de la casa. El asturiano Hevia se despertó bruscamente al oír los golpes. Tomó el fusil y preguntó: «¿Quién es? ¿Quién va?»

—Soy el sargento de la Guardia Civil, ¡entregarse! —respondieron al otro lado del portón.

—¿Entregamos? ¡A la mierda, a tomar por el culo! —El asturiano disparó a la altura del pestillo y se puso a cubierto.

Ahí empezó el fregado. La Guardia Civil, reforzada por una cuadrilla de falangistas, desplegó a sus hombres en torno a la casa y se liaron a tiros. Nosotros no podíamos hacer fuego desde el sitio donde estábamos porque no había ventana que diera al exterior, tan sólo una puerta. Pero el techo era de tablones y lo partimos a hachazos. Así logramos bajar a una habitación inferior que tenía puerta y ventana. Unos tomamos posiciones en la ventana y otros en la puerta y practicamos un boquete en el muro con una barra de viñedo. Así abrimos tres aspilleras desde donde responder al fuego.

La batalla duró dos horas. Dimos muerte a tres de ellos y nos hirieron a tres de los nuestros. Logramos escapar monte arriba mientras ellos, una docena de civiles y un montón de falangistas, nos esperaban abajo. El

asturiano resultó herido en una muñeca de un tiro de fusil y los otros recibieron perdigones de cartucho de caza. Allí mismo les practicamos la primera cura.

En otras ocasiones también nos coparon y anduvimos a tiros por la sierra, pero la hora de la insurrección no llegaba.

En la guerrilla no todo resultó trigo limpio. Hubo que luchar no sólo con el enemigo sino con algunos de los que habíamos dentro. Se infiltraron muchos granujas. Se dieron casos de venir tipos a la sierra, no por unas ideas o por persecución de la justicia militar, sino para el saqueo, la rapiña. Ésos aprovechaban la ocasión y cometían fechorías, de modo que cuando uno quería enterarse el daño ya estaba hecho. Apareció en el monte uno que era de la parte de San Roque y que nos vendió la patraña de que se había escapado de Ronda porque lo iban a fusilar. Un cuento chino. La verdad es que era un gallofero que había robado cuatro o cinco chivos y lo buscaba la Guardia Civil para enchiquerarlo. Cuando lo supimos era tarde, el fulano se nos marchó vivo y nos delató a todos. Por él metieron en la cárcel a una pila de criaturas.

De esos bribones hubo unos cuantos que se dedicaron a robar y secuestrar a pequeños campesinos para sacarles ocho o diez mil pesetas. Pero se dieron también casos heroicos, como el de Juana Chacón, guerrillera como nosotros que ahora está en Marruecos, en Casablanca, y a la que trajo su marido a la sierra y que luchó a nuestro lado.

Durante el verano dormíamos debajo de los árboles. En invierno montábamos tiendas de campaña de hule que utilizaban aquí los arrieros para tapar las cargas de las caballerías. Cada uno llevaba su tienda en un morral del ejército.

Había disciplina, aunque no tan rigurosa como en el ejército. Nos tratábamos con camaradería. Algunos, por ser más viejo que ellos, me decían de usted, pero los que eran de una edad parigual me tuteaban. A cada instante debía ponerme serio en cuanto alguien se salía de las reglas, pero nos respetábamos unos a otros.

A lo primero, pasábamos días y días tumbados sin hacer nada, con unos pocos centinelas, luego, cuando vino la persecución fuerte uno podía quedarse muy poco tiempo en un mismo sitio. Al levantarnos por la mañana

hacíamos una descubierta por el campamento, si nuestra intención era permanecer allí. La descubierta tenía un «radio de acción» de doscientos o trescientos metros Luego tomábamos café con pan o pan con aceite, con grasa, con morcilla, con tocino, con lo que hubiera. Luego el día transcurría entre lecturas, charlas y comentarios del periódico de Gibraltar sobre el curso de la guerra mundial. Alguna que otra vez surgían altercados por la convivencia, por diferencias de opinión y se porfiaba, pero las discusiones mayores se cortaban pronto.

Entre los nuestros había gente del PC, de la CNT y quien no pertenecía a ningún partido, pero en lo tocante a cuestiones políticas no se daba lugar a que se produjeran peleas entre nosotros.

Nos movíamos mejor con la oscuridad. Campo a traviesa llegué a recorrer 40 kilómetros en una noche. Se hacían necesarios estos largos desplazamientos para desorientar a la Guardia Civil o confundir a los chivatos. Estábamos provistos de linternas, pero apenas las alumbrábamos, sólo para un paso malo o para vadear un arroyo difícil. El terreno nos lo conocíamos palmo a palmo, el que desconozca el terreno no logrará adelantar de noche ni doscientos metros. A lo que más temimos fue a las casas, por las denuncias, pero por regla general las evitábamos.

En aquellos tiempos los grupos ambulantes de la Guardia Civil vestían como nosotros. La misma ropa, el mismo aspecto. Los ambulantes iban en grupos de siete u ocho y se camuflaban para vigilar. Nosotros les decíamos «los mantas» porque llevaban siempre una manta al hombro. Por eso también la gente los distinguía de nosotros. Cuando los mantas aparecían en algún pueblo de la sierra, la gente decía: «Ahí vienen los falsos guerrilleros».

Los fusiles los traían amarrados con una soguilla para disimular, mientras nosotros colgábamos el arma con correaje. Nunca tropezamos con los ambulantes. Los olíamos nosotros antes. Los seguíamos con los prismáticos y en cuanto se movían en alguna dirección ya estaban descubiertos.

También pululaba por aquí, a la caza de la guerrilla, una sección de moros, unos treinta y tantos morancos, al mando de un teniente de Regulares. No llegamos a medirnos con ellos.

La cuota que cada guerrillero cotizaba se había fijado en 200 pesetas al mes. El dinero iba a parar a un fondo común. El producto de los rescates de los secuestros no se destinaba a la Agrupación, se repartía entre los secuestradores para que ayudaran a su familia o para sus cosas. Para la guerrilla sólo se abonaba la cuota de las doscientas. Al principio se estableció también el veinticinco por ciento de los atracos, pero luego se dejó sólo en las doscientas. Cuando alguien no disponía de dinero se le aguantaba hasta que lo consiguiera. A mi familia no pude ayudarla porque nada sabían de mí y los tenía lejos, por eso las pasaba mejor, no necesitaba tanto parné, con tener para tabaco y para echar un bocado me bastaba.

Secuestramos a unos diez latifundistas. En aquellos años pedir veinte o treinta mil duros era exponerse a tener que matar al secuestrado. La cifra más alta que se daba por el rescate era de diez o quince mil duros, la tarifa. Alguna vez, sin embargo, se llevaron a cabo secuestros de mayor cuantía, como uno de setecientas mil pesetas que para entonces era un fortunón. Se trataba de un capitalista gordo, jerezano. Lo secuestró un grupo que estaba conmigo en la parte de Alcalá de los Gazules.

Nuestra lucha tenía un sentido, contribuir a la derrota del fascismo en el curso de la segunda guerra mundial. Además, creíamos sinceramente que el pueblo español se levantaría un día en armas contra el dictador. Al llegar 1945 vimos que ninguna de las dos cosas era posible. Cuando terminó la Guerra Mundial y pasó lo que pasó en la tentativa de invasión a través del valle de Arán y con la desarticulación de las guerrillas en Francia, nuestra suerte estaba echada. No quedó otro remedio que aguantarse porque ya no se podía salir.

Cuando el intento de invasión por el valle de Arán nosotros estábamos en Cádiz. Entonces llegó Santiago Carrillo de América y frenó los intentos de invasión de España. El primer factor que debieron de tener en cuenta en el Partido Comunista al abandonar la lucha armada contra Franco, fue que el pueblo español estaba cansado de guerras. Nosotros la prueba la vimos también aquí cuando la población comenzó a volvernos la espalda. Al principio casi todos nos ayudaron, luego nadie lo hizo. Había que contar, como me pasaba a mí, con muy buenas amistades para sobrevivir. El tiempo que yo luché en la sierra me echaron una mano, pero a los demás

guerrilleros no les sucedió lo mismo; en cuanto se instalaban, chivatazo que te crió.

Tristemente, teníamos Franco para rato y ya no nos movíamos por la serranía como peces en el agua. Muchos de los nuestros se desanimaron y tomaron la dirección a Tánger. Otros se presentaron a las autoridades, incluso a cambio de un chivatazo, de una delación. Los que quedamos en la guerrilla seguimos corriendo de un lado a otro. Ahora el riesgo era mayor. Mudamos los campamentos con mayor frecuencia para que los que habían estado con nosotros no supieran ya al irse por dónde parábamos. Comencé a desconfiar hasta de mi propia sombra. El problema de los cañuteros, de los soplones, se hizo gravísimo. Un día, acompañado de un gallego, me vi obligado a bajar a un pueblo, Casares, para matar al delator que después de robar cuatro chivos se vino a la sierra con nosotros. Nos hizo un daño incalculable. Ya he dicho que por sus chivatazos cayeron muchos de los nuestros.

Entramos en Casares de mañana. Nos informaron que por Pascua iría para hacer un servicio a la Guardia Civil. No lo encontramos, pero si aparece lo acribillo a tiros. Era Nochebuena, registramos en algunas casas, la gente comenzó a escapar ante el temor de un tiroteo y al no dar con él nos retiramos también. Es la primera vez que bajaba de la sierra, poco después entré también en Estepona clandestinamente para que me sacaran unas muelas.

Dejé de operar militarmente en la sierra en los últimos días de 1949. El reuma me mordió en la rodilla izquierda y decidimos disolver los restos de la agrupación «Fermín Galán». Quedábamos siete. Les entregué el armamento porque oculto en el monte ya no me serviría para nada. Abracé a Quiñones, al Caracol, a Juan Jiménez, a Francisco, a Barragán, a Antonio Rincón. Eran de Coín, de San Roque, de Málaga, de Cortes. Los vi marchar por una cañada hacia el Sur. A los dieciocho días de separamos, cuando yo curaba mi rodilla enferma, la Guardia Civil mató a los seis en una emboscada. Fue un chivatazo y llegó cuando estaban a punto de pasar a Marruecos. Ocurrió el 23 de diciembre de 1949.

Se encontraban por la parte de Cortes e hicieron alto en un cortijo de los montes de Benarrama. Habían matado un cochino y pidieron al cortijero

que se lo cocinara. Era de día y estaban guardados en un pinarito a espaldas de la casa. Por la tarde se presentó el hijo del dueño diciendo que tenían que bajar a hora más temprana que otros días porque se les había enfermado un hijo y debían llevarlo al pueblo para que le viera el médico. Era cierto lo del hijo, pero cuando daban cuenta del marrano los cercó la Guardia Civil y los ametralló con los «naranjeros», a sangre fría. Así dicen que pasó. Cuando la matanza de los seis guerrilleros llamaron a mi padre a Bobadilla para que viniera a identificar mi cadáver. Los guardias creyeron que yo estaba entre las víctimas. Cuando llegó mi padre me identificó como uno de ellos y a partir de ahí me dieron por muerto.

Al hijo mayor de los traidores lo metieron a Guardia Civil. Los padres se quitaron de allí, más tarde alguien prendió fuego a su casa. Mi familia guardó luto por mí desde la Nochebuena de 1949. La Guardia Civil había llegado muchas veces a nuestro pueblo para comunicar a mi padre: «A su hijo lo han matado», y volvían los rumores de que seguía vivo, y volvía la Guardia Civil con la cantinela: «A su hijo lo han matado», y así una docena de veces hasta que trajeron, después de la matanza, a mi padre para que reconociera mi cadáver. «Sí —dijo sollozando al detenerse ante uno de los compañeros muertos— éste es mi hijo Pablo».

A mí nunca me propusieron que me entregara pero sobornaron a gente para quitarme de en medio. A los delatores les ofrecían a cambio la libertad. En 1944 hubo una época en que en cada chaparro de los caminos y de los bosques, el Capitán General de Andalucía mandó poner pasquines diciendo que nos rindiéramos, que nos dejarían automáticamente en libertad. Pero ya se sabía la suerte de los que se entregaban. El que se entregaba se convertía en soplón, trabajaba un poco al servicio de ellos y cuando terminaba su cometido lo cogían y lo fusilaban. Cualquiera se entregaba en esas condiciones… Hubo otros en Marbella a los que les mató la gente de por allí en un arroyo porque descubrieron que estaban de chivatos.

Decidí esconderme, pero no por miedo, el miedo no lo he sentido nunca. Sólo cuando iba a entrar en combate, durante la guerra, me ponía nervioso, pero me fumaba un cigarrillo y me tranquilizaba de inmediato. Muchas veces cuando disparaba mi ametralladora lo hacía fumando. Será por eso por lo que fumo tanto. Había elegido ya el sitio donde me ocultaría después

de abandonar la lucha. Era un chozo perdido en el monte, situado en el término de Genalguacil, al que llamaban el Majadar y también El Cerro. Pertenecía a una familia cuyos dos hijos habían sido compañeros míos en la guerra. A uno lo fusilaron aquí y al otro en Francia. Estaba con la resistencia y lo mataron los alemanes.

Una tarde con la guerrilla al recorrer el término de Genalguacil recordé el nombre de los dos compañeros, pregunté por El Cerro y así conocí a la familia. El padre se llamaba Trujillo, «el Oveja», vivía con su mujer y con una hija, Ana, a la que apodaban también «la Oveja». Yo me dejaba caer por allí de tarde en tarde. Pero aquellas visitas trajeron consecuencias y tuve que dejar de hacerlo porque encarcelaron a la familia por mi culpa. Nos delató el ladrón de chivos. La Guardia Civil empezó a ir por allí día y noche por si me cogían en el garlito. Una de las veces, en 1943, me encontraba allí por casualidad, cuando se incendió el chozo. Me vi forzado a tomar el olivo porque moros y guardias civiles, de los especialistas contra la guerrilla, estaban acantonados en el pueblo. Al ver el fuego se lanzaron monte adelante. A raíz del incendio, los Trujillo, construyeron una casita. Fue allí donde, más tarde, viviría oculto veintisiete años.

Junto a la casa hay una cabañuela de ramas de pino y dentro de ella un cancel fabricado con caña y matas que me camuflaban. En el chozo se guardaba la paja. La única forma de encontrarme hubiera sido que los guardias entraran pinchando aquí y allá con sus bayonetas. La mampara está situada a la derecha según se entra. Hoy se puede pasar agachado y con cuidado de no tropezar con las vigas de tronco de pino carcomidas ya por los años.

Me rodeaban castaños, pinos, olivos, begonias, malvavisco, hierbaluisa, albahaca… Hay una higuera y un emparrado. Y una empalizada para que no escapen los animales. La hierbaluisa la utilizamos para beberla; aquí en Andalucía se toma en infusión y se les da también a beber a los niños chicos. Los higos se los echamos a las cabras.

En invierno almacenábamos la harina para que no faltara pan. El homo está al oeste de la casa, muy cerca de ella.

Hace veinte o veinticinco años, Genalguacil se veía claramente desde aquí. Desde el cerro yo podía seguir con pelos y señales la vida del pueblo.

Ahora es imposible porque la vegetación ha crecido alrededor. Desde aquí veía las fiestas y la procesión. Hoy sólo se oyen las campanas de la iglesia y el altavoz del Ayuntamiento o los altavoces de las camionetas de los vendedores.

Siempre estuve en el interior de la casa o en el chozo. Asomaba sólo por la noche cuando sabía que ya la gente no merodeaba. Ocasionalmente, para hacer ejercicio y siempre de noche, cogía un hacha y una soga y me traía un haz de leña. La vida por lo demás fue monótona, se reducía a estar encerrado, sentarse, levantarse y hacer alguna cosilla sin importancia. Lo fundamental era no darse a ver. No había libros, solo algún periódico que se recogía y alguna que otra novela que Ana me traía del pueblo. Algo más tarde pudimos comprar una radio transistor por la que escuchaba Albania, Cuba, Pekín, Moscú, Praga, Londres, París… En los últimos tiempos, vivo aún Franco, empecé a salir de día. Lo hice con miramiento, pero me había confiado un poquillo más. Mis mejores guardianes eran y son mis tres perros, tres chuchos de monte, cada uno de ellos atado al pie de un árbol rodeando la casa. Por sus ladridos sabía yo si se acercaba un hombre o una bestia. Se llaman «Alegría», «Libertad» y «Revolución».

Los achaques del reuma me los curé con unos tarros de pomada Valderroma. Me untaba toda la pierna, la dejaba inmovilizada y desapareció el mal. Por suerte no sufrí otras enfermedades salvo el dolor de muelas que me obligó a bajar a Estepona, de incógnito.

En la guerrilla la vida era más suelta, más libre que en mi escondrijo. Quizá sea más confortable la vida en una casa cuando hay condiciones, pero yo prefería la sierra. En esto pasa como con los animales que viven en una jaula. Yo me sentía enjaulado. Hoy todo aquello pasó y no añoro la vida en la sierra pero cuando estaba encerrado aquí, la echaba de menos.

Los padres de Ana me trataron siempre como a un hijo. A los tres años de esconderme en el cerro empecé a hacer vida marital con Ana sin que los padres lo supieran. Ella había estado casada pero al marido, ya digo, lo fusilaron en guerra. Era miliciano, lo hicieron prisionero en Teruel, lo trajeron a Málaga y aquí lo pasaron por las armas. En guerra Ana estuvo en Cataluña y pasó a Francia al perderse Barcelona. Volvió, cuando los franceses, en plena guerra mundial, amenazaron a los refugiados: o

regresaban a España o les quitaban los chiquillos. Ella vivía con una hermana y una sobrina y volvieron a Genalguacil. La hermana y la sobrina se quedaron abajo en el pueblo.

Lo de Ana y mío fue un secreto absoluto. Nunca quise que los padres lo conocieran; aunque me querían como a un hijo y yo a ellos como a unos padres, temía hacerles sufrir.

Resultaba difícil en esas condiciones mantener vida íntima pero era mejor así. El padre en 1954 y la madre, en noviembre de 1976 murieron sin saber nada.

Ana haría las compras. Mi ropa, en La Línea o en Ronda para que no sospechasen y el género y el tabaco en Genalguacil, paquete a paquete.

El año 1969, en primavera, me enteré por la radio del decreto de prescripción de responsabilidades penales de la guerra civil. Recuerdo que el ministro de Información, Fraga Iribarne dijo entonces: «La guerra ha terminado a todos los efectos». Hay que ver, treinta años después. Yo no salí. Temía al franquismo; para que te mataran bastaba confesar que eras comunista y yo lo era. Antes que verme en manos de los de mi pueblo prefería soltar el pellejo en cualquier rincón.

Era consciente de que los decretos de indulto que dio Franco me comprendían, me afectaban, pero no los aceptaba, porque para mí, Franco fue, de los pies a la cabeza, un asesino del pueblo. Yo no quería rendirme a Franco. La gente sostiene que hizo mucho, que España está levantada por el Caudillo, que sin el Caudillo España no hubiera echado a andar. Yo no pienso así. Si no es Franco, le hubiera tocado a otro. Además si aquí se ha prosperado es como consecuencia del extranjero. Cientos de miles de hombres se han ido a trabajar fuera de España y ellos y el turismo aportaron las divisas. Franco podía haber ordenado que cesaran los fusilamientos, pero en cada pueblo había un Franco que era su vivo retrato y daba las mismas órdenes.

Nunca sospechó nadie que yo estuviera en el cerro. Sólo al final alguien logró verme, un amigo del pueblo que luchó conmigo en la guerra, Frasquito. Pasó por aquí y me vio haciendo leña pero no me conoció. Nos dijimos «buenos días» y «vaya usted con Dios» y él siguió su camino. Debió pensar que era alguien de la familia de Ana que había venido de otro

pueblo. Cuando me di de ver, Frasquito cayó en la cuenta y comentó: «Pues era Pablo el que vi haciendo leña».

Otro día tomaba café a la intemperie mientras esperaba a Ana cuando escuché un pataleo entre la hojarasca y se presentó el Secundino. Habló con la madre de Ana que estaba sentada junto a la parra. Para disimular pregunté abiertamente a la abuela: «¿Tardará mucho Ana?» Y ella respondió: «No, ya estará al llegar». El Secundino no vio gato encerrado.

Cuando ya tomé la decisión de entregarme fue cuando Juan Carlos otorgó su decreto real de amnistía. Pensé que no tendría problemas al surgir de escondite. No me mostré antes porque no quería que la Guardia Civil, que luego se portó bien conmigo, interviniera en mi asunto. De todos modos resolví preparar mi documentación para reaparecer. Los trámites los llevé a cabo de forma que nadie se enterara salvo una persona, don Manuel, el cura.

El 23 de agosto de 1976 salí hacia Estepona de madrugada. Ana me había regalado una mochila, me la eché al hombro, como un turista más, me cubrí con un sombrero de palma y eché camino arriba para visitar al párroco de Estepona, don Manuel Ariza. Se me hizo de día al cruzar por el puertecito de El Posteruelo. Crucé con gente en las veredas pero nadie me detuvo. Serían las tres de la tarde cuando entré en Estepona: son casi treinta kilómetros.

Todo empezó a resultarme extraño, las personas y sus vestimentas, los altos bloques de casas, la riada de coches. Iba con los ojos abiertos como el que está criado en pleno monte y no ha visto a nadie durante treinta años. Lo cierto es que me sentía asustado y no sé concretamente por qué. No era el temor a que me llamaran la atención o me detuvieran porque pasé junto a la misma puerta del cuartel de la Guardia Civil. Era más bien por la inercia acumulada de cuarenta años de vivir al margen de todo y en especial de veintisiete años inmóvil en un espacio de pocos metros. Todo lo que yo recordaba de esa costa eran pueblos blancos de pescadores y campesinos. Ana me habló de todo lo que se había hecho y de que todo estaba muy cambiado, pero me quedé quieto del asombro cuando contemplé toda la costa desde lo alto de un cerrillo. Donde antes había unas casas salpicadas entre pitas y chumberas, ahora se abría una carretera como una calle que

llegaba hasta Málaga. Una calle rodeada de rascacielos y en la que se paseaban mujeres casi desnudas. Los turistas han venido aquí a lo que ha venido todo el mundo, a explotarnos, a quedarse con nuestras tierras. El beneficio ha sido de cuatro perras gordas pero ¿cuántos millones se llevan a cambio?

Cuando me presenté en la iglesia de Estepona expliqué a don Manuel quién era yo, lo que había hecho y por qué acudía a buscarle. Me aceptó sin más indagaciones. Fui a verle a él precisamente porque en los últimos tiempos de la guerrilla escuché decir a los campesinos que era un cura bueno y justo. Los pobres acudían a sus sermones porque atacaba los abusos de los capitalistas. A ese hombre lo han denunciado infinidad de veces y lo han calificado de comunista para lograr desalojarlo de la parroquia. Es de mi edad pero está mucho más gastado que yo. Por lo que me habían dicho de él, sabía que era abogado de los trabajadores, que los defendía en cualquier pleito que hubiera por huelga, por quiebra o por otros conflictos sociales.

Si me presento antes es probable que se me hubiera arreglado todo. Cuando Herrera Oria vivía, que era íntimo de don Manuel, se hubiera podido resolver mi caso porque al margen de sus ideas era un obispo comprensivo. El obispo sabía que al menor síntoma las autoridades aplicaban la ley de fugas y luchó para que se respetaran los derechos humanos. Yo veía que la religión en 1976 había dado una vuelta de ciento ochenta grados respecto a cómo actuaba en tiempos de la República. ¿De cuándo acá se iban a escuchar cosas así en aquellos años si en España no hubo más que un cura que se hizo republicano, que fue don Juan García Morales y le excomulgaron en seguida? Sin embargo vemos ahora que hay curas con otra manera de pensar. He decidido casarme con Ana por la iglesia, no acaba de gustarme el procedimiento, pero me casaré así, más que nada por regularizar mi situación. Don Manuel se me ofreció para las bendiciones.

Aquella noche dormí en Estepona en casa de una familia conocida de otros tiempos y al día siguiente volví a mi refugio en el cerro. Don Manuel me aconsejó: «Te vuelves allí y procura ya no andar tan escondido». A pesar del consejo no las tenía todas conmigo, los chivatos, los traidores de

siempre podían estar al acecho. Me daba cuenta, eso sí, de que mi situación estaba cambiando por completo. Era cuestión de pocas semanas, incluso días.

El 24 de noviembre de 1976 falleció la madre de Ana y para que no sospecharan que aquí, en pleno monte, se quedaba una mujer sola, lo cual hubiera sido raro, mi compañera bajaba al pueblo para dormir.

El 9 de diciembre, hacia las seis de la mañana, los perros rompieron a ladrar furiosamente. Nunca lo habían hecho antes con tanto alboroto. Intrigado, asomé la cabeza por un postillón. «Debe ser un ladrón de gallinas», pensé. Por aquí a esas horas no deambulaba nadie. El especial sonido de los ladridos me alertó: era gente, personas, hombres y más de uno y más de dos. De cualquier forma tosí con fuerza desde la ventana para ahuyentar a un posible ladrón de gallinas. Acto seguido me pareció ver guerreras verdes que se movían entre los pinos y escuché una voz como un trueno:

—¡Salga con los brazos en alto!

La casa estaba cercada. En pocos segundos había dos o tres guardias civiles bajo la higuera, abajo en los bancales estaba todo tomado, junto a la estacada emplazaron una ametralladora.

—¡Salga por arriba! —me gritaron.

No podía hacerlo por arriba porque hubieran escapado los animales. Salí por abajo batiendo palmas, clac, clac, clac, para demostrar que no llevaba armamento. El miedo que tenían era de que me liara a tiros.

—Para acá, para acá —me llamaron.

Allá fui. Había un capitán y un cabo. El capitán me dijo mientras me ponía una mano en el hombro derecho:

—Usted es «Manolo el Rubio»…

—El mismo —respondí sin pestañear.

Había quince o veinte guardias. Se comportaron muy bien, la verdad. Yo digo que si la Guardia Civil se comportara con todo el mundo como conmigo, habría que quererla como se quiere a la policía de un país que defiende los intereses del pueblo. Yo había estado en manos de la Guardia Civil en años de la República y me trituraron vivo, pero ahora se conducían como unos grandes patriotas.

Aquella madrugada el frío era cortante como una navaja cabritera. Me dirigí al capitán y le dije:

—Si lo desea, pasamos adentro hasta que usted disponga.

Entraron unos cuantos, siete u ocho, y fumamos un cigarrillo después de otro. Me hicieron preguntas y cuando terminó el diálogo pedí al capitán:

—¿Quiere usted hacer el favor de mandar a un guardia por el cerro para cuando llegue Ana, mi compañera?

Yo sabía a la hora que tenía que llegar y me preocupaba cuál sería su reacción al ver aquel despliegue de guardias civiles. El capitán envió a Genalguacil una pareja, el práctico del pueblo y otro, para que Ana se ahorrara el viaje y viniera en su puesto algún familiar para hacerse cargo de la casa. Cuando se lo contaron a Ana en el pueblo se vino a paso tirado. Me habían esposado pero al aparecer ella me quitaron las esposas y ya no volvieron a ponérmelas más.

Caminamos hasta el pueblo, hasta donde habían dejado los *jeeps*. Del pueblo, en coches, seguimos a Jubrique y de Jubrique hubiéramos debido ir a Ronda y dar la vuelta hasta Marbella, pero aquella carretera estaba en reparación y una pareja nos trasladó por otro camino hasta Marbella. Allí la pareja nos entregó al juez. En el juzgado nos quedamos Ana, una sobrina que nos acompañaba para no dejar sola a la tía y yo. El juez estuvo con nosotros un cuarto de hora. Leyó el atestado y charlé un rato con él. Me tomó declaración sobre los mismos puntos que lo había hecho la Guardia Civil. El interrogatorio no fue exhaustivo ni se desarrolló en un tono oficial. El juez me preguntó si me ratificaba en el atestado y respondí afirmativamente. Después llamaron a Ana y la tomaron también declaración.

Cuando el juez me volvió a llamar fue para despedirse:

—Está usted en libertad, váyase a donde le han cogido y viva en paz.

Supe de inmediato que me habían denunciado, que alguien me había delatado. Ese alguien no podía ser otro que el estanquero de Genalguacil. Cuando la madre de Ana cayó enferma de últimas me sentí muy alterado, nervioso perdido; lo único que me sujetaba un poco los nervios era el tabaco, pero no quedaba.

—No puedo más, pase lo que pase —pedí a mi compañera—, cómprame un cartón en el pueblo aunque me cueste la cárcel.

Siete días después de que Ana comprara el cartón de «Ducados» en el estanco de la calle de la estación, la Guardia Civil apareció por el cerro.

El acertijo era fácil: todos sabían que Ana no fumaba y por consiguiente sospecharon que encubría a un hombre. Se corrió en el pueblo que era su marido escapado vivo del pelotón de fusilamiento.

A pesar de todo el estanquero desmintió a través de la prensa y la radio que me hubiera delatado.

A la vuelta de Marbella, después de nuestra visita al juez, conectamos la radio de Málaga y en el boletín de noticias locales dijeron que había sido descubierto porque Ana Trujillo, alias «la Oveja», bajó al pueblo para comprar un cartón de tabaco negro y como ella no fumaba y marido no tenía, pues debía tener tapado a un hombre. Hay que pensar en lógica que el que dio el chivatazo fue el estanquero. De buena fe no iba porque tiene experiencia de la vida y sabe que cuando la Guardia Civil se ha encargado de alguien lo ha hecho como mínimo para molestarlo. Otra cosa fue que a mí no me pasara nada. Para ayudarme no lo hicieron y para ayudarla a Ana tampoco. El hecho es que no compramos ya el tabaco allí, ni me ven por el bar del que es dueño.

A los cuatro días de libertad sentí una de las mayores emociones de mi vida. Mi hijo vino a verme. Lo había tenido de Josefa Hurtado, mi novia de Bobadilla, a la que dejé preñada poco antes de irme a la guerra.

Mi hijo nació mientras yo combatía en el frente de Teruel, pero nunca me puse en contacto con ellos ni con mi familia cuando acabó la guerra porque estaba convencido de que si lo hacía acabarían entre rejas. Aun así a mi novia, a Josefa, a la madre de mi hijo, no la dejaron en paz hasta que murió, hace de esto quince años, hacia 1962. Sufrió de cárcel, de interrogatorios, de persecución y no sólo en Bobadilla, sino en Málaga donde se puso a trabajar como criada para sobrevivir. También allí la hostigaron y fue tal la molestia que el dueño de la casa donde servía hubo de llamar la atención, por lo que después he sabido, al capitán de la Guardia Civil.

—Ya está bien, al novio de Josefa no lo tenemos escondido y mucho menos aquí, déjenla en paz.

Murió al poco tiempo de que la dejaran en paz. Yo la quería y mucho. Se puede querer a una persona pero en un caso como éste, tan especial, lo mejor que puede hacerse, creo yo, es desaparecer de su vida.

Madre e hijo creyeron que yo había muerto cuando mi padre reconoció mi cadáver entre los seis abatidos por la Guardia Civil. Todos guardaron luto por mí.

Las relaciones con mi hijo son muy buenas, él entiende las razones por las que no di señales de vida. La primera vez, llegó solo a verme, la segunda lo hizo con su mujer. Al cabo del tiempo me he encontrado no sólo con dos hijos, sino con dos nietos, uno de dos años y otro de nueve.

En cuanto me case con Ana volveremos a mi pueblo, Bobadilla. Quieren colocarme en un matadero de conejos, a mí no me atrae ese oficio porque siento cariño por los animales y no me gusta hacerles daño. Los perros fueron mi mejor defensa en los muchos años que permanecí escondido, pero, en fin, ya me las apañaré.

Por las noticias que tengo quedan aún en el pueblo de aquella época personas llenas de odio, pero son ya viejos y están enfermos, no creo que me vaya a ocurrir nada. No me preocupa mi porvenir. De nada de lo que he hecho me arrepiento. Nací rebelde y moriré rebelde. Creo que no me equivoqué, simplemente no había para mí otra salida.

Reconozco que soy leninista y estalinista de los pies a la cabeza, aunque eso no quita para que a veces piense que Dios existe. Luché en el partido y por el partido y no recibí nada a cambio, pero tampoco deseo ningún pago.

Fui siempre partidario de la dictadura del proletariado, ahora leo unas declaraciones de Dimitrov en las que se asegura que se puede ir hacia el socialismo esquivando la dictadura del proletariado.

A mí la democracia que me gusta es la cubana, he escuchado horas y horas por radio La Habana los discursos de Fidel Castro y me convence. Plantó cara a los norteamericanos y sacó a su pueblo de la miseria y el analfabetismo.

En Genalguacil los comunistas ganamos las elecciones del 15 de junio de 1977. Obtuvimos 108 votos para el Congreso, Falange sólo 3, y eso que

las derechas jugaban con ventaja. Los municipales, algunos de ellos a pesar suyo, iban de casa en casa repartiendo propaganda de Alianza Popular por orden del alcalde. A pesar de todo ganamos nosotros.

Si algún día tomamos el poder en España habrá que evitar que no ocurra lo que a Salvador Allende en Chile. ¿No deberíamos emplear los mismos métodos que las derechas, que cuando nos detienen nos torturan y luego nos fusilan sin contemplaciones? Yo creo sin embargo que en un caso como el de España una matanza de signo contrario resolvería bien poco, el tangay no terminaría nunca.

Tengo un amigo que fue anarquista y que hace poco me advirtió de buena fe:

—Pablo, tú ahora lo que tienes que hacer, después de lo que has pasado, es no meterte en líos y olvidar la política.

¡Qué fácil les resulta decir eso a los que ya no lo sienten! Antes llegué a estar metido hasta los ojos, después viví cuarenta años echado al monte y cuando llegue la hora ¿me voy a quedar quieto, pasmado? No lo sé.

¿Qué podemos ir hacia el socialismo por una vía tranquila? Bien está. Eso quienes deben decidirlo son los jóvenes. Nosotros estamos ya licenciados y lo único que podemos hacer es ayudar a los jóvenes lo mejor que podamos. A mí, me quedan las lecturas. Por cierto, ahora que ya no está prohibido, ¿podrían enviarme un ejemplar de «El Estado y la Revolución», de Lenin?

Pablo Pérez Hidalgo goza de una salud envidiable. Escala sin esfuerzo el sendero que conduce a su chozo, a unos mil doscientos metros de altitud. Desde allí, a la sombra de enormes castaños y alcornoques, se divisan los valles y las altas montañas de la Sierra Bermeja, abrupta e intensamente verde. Sobre las dos higueras que sombrean la casucha, sobre el malvavisco que cae al lado de un primitivo horno en el que el escondido cuece las castañas para que no se pudran antes de darlas a los cerdos, las chicharras vibran como una ruidosa tormenta. Pablo dice que cuanto más fuerte chirrían, más calor va a hacer. Por el emparrado corren como relámpagos las lagartijas. Abajo, las oropéndolas ensayan sus dos diversos cantos: el armonioso y dulce que busca a la pareja y el áspero y chillón del susto repentino. Estos ruidos, estos tupidos árboles, los aromas de una docena

larga de hierbas aromáticas (albahaca, matranto, yerba luisa, menta…), las chicharras que revientan cantando, los fortísimos haces de luz que cruzan entre la hojarasca y, a lo lejos, sobre las montañas peladas en lo alto, sombreadas de olivos y alcornoques a media altura, el agrio ladrido de los tres perros guardianes, de mirada salvaje, un reguerillo de agua que baja como a un quilómetro fueron el paisaje y la vida de este guerrillero durante veintisiete años. Él mismo forma parte de esta naturaleza pujante, luminosa y fecunda.

Abajo, en Genalguacil, su compañera «la Oveja» es dueña de una casa constituida por una habitación de planta baja, pintada de verde y con un enorme fogón, y otra en la planta superior, con una cama grande y algunos libros y papeles. Pablo, mientras ella está fuera, lee las memorias de Líster a la luz de una bombilla sin pantalla, hasta muy entrada la noche. No le importa, aunque a las siete de la mañana se levanta, se lava en la palangana situada bajo el fogón y emprende los cuatro quilómetros de marcha, monte arriba, hasta su refugio, donde le esperan algunas gallinas, un cerdo, media docena de cabras y los tres perros.

Regresará al anochecer para acudir con su amigo Celedonio, un camarada gentil y risueño, flaco como un ascua y de brillante mirada, al bar de Veremundo Álvarez, que está frente al otro bar al que no entra jamás, el del estanquero que lo delató. Veremundo Álvarez ha sido siempre anarquista puro, pero ahora que no parece haber anarquistas e influido por Pablo y Celedonio, se cree comunista. Tiene los bolsillos llenos de papeles con manifiestos y versos que él mismo escribe y lee en el bar. Cobra sesenta y cuatro pesetas por una comida sólida, bien regada de cerveza, para cuatro personas, la décima parte de lo que vale, y no admite que se discuta su precio o se le entregue propina. Dice que él cobra lo que es justo y ni un céntimo más.

Por sus antecedentes anarquistas (de antes de la guerra, por supuesto), acaba de ser depurado uno de sus hijos. Quiso entrar en el Cuerpo de la Policía y se le rechazó, después de haber sido aprobado, cuando se revisó el historial de su padre. Pero Veremundo no se indigna demasiado, ni grita. Está satisfecho de que en su pueblo haya ganado las recientes elecciones el Partido Comunista, al que no pertenece pero con cuyas ideas se siente

identificado. Su esposa escucha con afecto sus versos mientras sirve como a viejos amigos a Pablo y Celedonio.

Ya tarde, ellos dos recorren las limpísimas, estrechas, blancas, curvas y empinadas calles de Genalguacil, el pueblo colgado inverosímilmente de la montaña, en tan difícil equilibrio que parece a punto de precipitarse al valle. Se meten en la habitación verde del guerrillero, abren un botellín de cerveza para los dos y se ponen a fumar y a comentar la historia pasada, la historia presente y la historia futura de la clase obrera, a la que pertenece toda la aldea salvo una o dos personas, las que solicitaron el voto para Alianza Popular, los que a veces derraman su voz por los altavoces estratégicamente situados en lo alto de la aldea. En Genalguacil ya no hay ni cura ni guardias civiles y cada vez queda menos gente. Los jóvenes se marchan porque la explotación de los montes es muy dura.

Incluso Pablo Pérez Hidalgo quiere salir de aquí.

OceanofPDF.com

17. EL TOPO AZUL

Manuel Corral Ortiz (Loranca, Guadalajara).
1 año y varios meses oculto

Los milicianos nos ataron las manos atrás con una pita y nos sentaron todo alrededor de la caja del camión «Ford». Éramos dieciocho y nos llevaban a fusilar al término de Corpa. Era ya noche cerrada. Mi primer pensamiento, mientras el conductor movía la llave de contacto, fue saltar en marcha.

Entre los dieciocho, todos de Loranca, iba mi hermano con el que no pude cambiar impresiones para intentar la fuga. Los tenía encima de la nariz, a los milicianos. Con quien sí pude hablar, entre dientes, fue con mi primo que iba también en el camión de los condenados, a mi lado.

¡Leche! Ni que nos hubieran oído. Subieron de nuevo al camión, poco antes de que arrancara y nos ataron con otra cuerda de uno a otro, tan tensa que no nos permitía juntar las espaldas y así tratar de desgastar las pitas contra las bandas metálicas del «Ford». Sin embargo mi primo y yo hicimos varios intentos para desengancharnos y luego esperar a que el «Ford» corriera hacia Corpa y tirarnos en marcha. No nos dio tiempo, el camión tardó aproximadamente media hora en cubrir los 17 kilómetros hasta el paredón. Cada vez que mi primo y yo intentábamos darnos la espalda para desatarnos el uno al otro, mi hermano nos interrumpía con un susurro: «Estaos quietos, que me hacéis daño».

Dos milicianos viajaban en la parte posterior del vehículo, de espaldas a la cabina, armados con dos pistolones. De no haber sido por eso, por su atención a todos nuestros movimientos, le hubiéramos dicho a mi hermano, «Déjate hombre, que a ver si nos podemos desatar las manos y saltar a la cuneta».

En esas cábalas llegamos a nuestro punto de destino. El pelotón estaba ya formado y el faro pirata de un coche iluminaba parcialmente el lugar.

En Loranca, nuestro pueblo, los de izquierdas nos tenían un miedo cerval a los que ellos sospechaban que pertenecíamos a Falange, de manera que cuando llegó el momento se fraguaron para hacer de jueces. Pero nuestro pueblo estaba muy unido, por encima de las ideas, hasta que unos cuantos, que no eran de allí, lo encizañaron con la lucha de clases.

Yo tenía un criado y una yunteja de mulas. El criado iba conmigo a todos lados y alternábamos en el pueblo los días de fiesta, hasta que le prohibieron que jugara conmigo a la pelota. Se sacaron de la manga crímenes y pecados que no habíamos cometido. Al primero que echaron fue al cura, después al médico y al peluquero. Luego ya no se conformaron con haberlos desalojado de Loranca, quisieron acabar con ellos, pero era tarde.

Como el pueblo estaba unido y cada uno confiaba en su vecino, los cabecillas de la CNT y de la UGT que eran mayoría por aquí se inventaron una disculpa: afirmaron que tenían en su poder las listas de los que íbamos a matar cuando los nacionales ganaran la guerra, listas firmadas por nosotros.

Yo tenía amigos íntimos de la UGT, de mi quinta, de mi tiempo, que según los cabecillas figuraban en aquellas falsas listas y se preguntaban, «¿Pero es posible que Manolo haya firmado mi condena a muerte, que haya sido capaz de poner su firma en una atrocidad de ésas?» Las listas fueron una añagaza para que el pueblo no se resistiera cuando nos llevaran al paredón. Algunos sabían que era una trampa pero se limitaron a pensar privadamente, «Manolo Corral no es capaz de hacernos eso». Luego no tomaron parte en la ejecución, se limitaron a callar. Pudieron muy bien haber dado la cara, «eso no se hace en este pueblo, donde no hay terratenientes y somos todos trabajadores y amigos», pero no se atrevieron.

Aquí hubo un individuo, agente de seguros, el marido de la hija del maestro, un tal Guillén, que se dedicó ya en la otra guerra mundial, en la primera, a reclutar gente. Era un ser misterioso y callado que se encargó de dirigirles la orquesta. Nadie supo de dónde vino ni a qué partido pertenecía. Entre éste y el que se hizo alcalde y presidente de la Casa del Pueblo, un individuo de malos antecedentes que había estado en la cárcel tres o cuatro veces, una de ellas por robar a un obrero unos cuartos en la feria de Alcalá de Henares, arruinaron la concordia y la paz de nuestro pueblo. Guadalajara quedó en zona roja y ellos dos, el uno como cerebro y el otro como hombre de paja, propagaron el infundio de las listas y con ese motivo nos enviaron directamente al pelotón de fusilamiento aquella noche de un día de septiembre de 1936.

Al llegar a Corpa nos apearon para librarnos de la cuerda que nos tenía trabados. Primero bajaron a cuatro de los nuestros, los más jóvenes, estudiantes, que ellos consideraban como más responsables, los llevaron a rastras, a culadillas, y nada más caer de la caja del camión, los empujaron hasta la cuneta y los fusilaron a tenazón, a la luz del faro pirata.

Fue cuestión de segundos. Mientras sonaban las detonaciones mi primo y yo logramos desatarnos en el mismo suelo. Nuestra atadura no consistía ya más que en una pita con dos puntas, de esos haces de pitas que usan en las máquinas segadoras, un nudo y una lazada con dos puntas. En cuanto atinabas a tirar de la que hacía salir la lazada ya andabas libre. Logramos desatarnos al juntar las cuatro manos mientras les daban los tiros de gracia.

Este primo mío, que tenía veintitrés años, era grandón y decidido, dijo, «vamos a tirarnos a ellos, a tirarnos a los fusiles». Mi hermano era mayor que yo, tenía treinta y dos años, una mujer y cuatro hijos, dos chicos y dos chicas. Uno de los hijos el más pequeño es ahora alcalde de Loranca. Cuando sintió que nos desatábamos y vio que intentaba destrabarle, mi hermano protestó, «estate quieto, Manolo, a ver si va a ser peor».

—Muchacho, ¿pues qué esperas? —le grité—. Ahora o nunca.

Todo fue muy rápido. Tiraron de nosotros hacia la cuneta de la carretera. Yo veía a los que formaban el pelotón, cinco o seis armados de fusiles, miembros del radio comunista del barrio de Ventas en Madrid, pero unos metros detrás, en segunda fila, esperaban unos cuarenta o cincuenta

paisanos con escopetas. Mientras nos descendían a la cuneta nos daban confianza:

—A vosotros, si cantáis, no se os mata.

Nos situaron en un carril de carros que venía hacia Pezuela. Yo estudié aquellos metros de terreno y sin pensarlo más salí arreando. También mi hermano, lo hizo. A pesar de estar atado, echó a correr pero lo enfocaron con el faro y recibió varios tiros, le rompieron una pierna y quedó tendido sobre la tierra.

Era la una de la mañana del 25 de septiembre de 1936.

Mientras yo corría, como nunca he corrido, escuchaba los gritos y las blasfemias de los milicianos, «que se nos va, que se nos va». Comenzaron a disparar. Iba envuelto en balas. La luna me iluminaba hasta la altura de los hombros y lanzado como iba a aquella velocidad se me ocurrió discurrir: «si corro agachado no me verán». En efecto, pero alumbraron el faro pirata y lo movieron sobre el eje para buscarme. Entonces fue cuando me tiré de cabeza a una zanja de ésas que hacen de vertedera, un surco hondo. El haz de luz pasó sobre mí, pero a la distancia que estaba, ya no podían verme. Tumbado en la zanja me palpé la cabeza, sangraba, «mecagüen diez, pero si voy herido». Por fortuna herido muy leve, la bala sólo me rasgó ligeramente la piel del cuero cabelludo. Si alzo unos centímetros más la cabeza, me levantan la tapa de los sesos.

A mi hermano lo remató uno de mi quinta, que era soltero. Malherido en el suelo mi hermano le preguntó: «Pero ¿vas a tener el valor de matarme? Recuerda que tengo cuatro hijos».

—Tú vas al montón como los demás —respondió antes de dispararle el tiro de gracia.

Así me lo confirmó aquel hombre después de la guerra, en la Dirección General de Seguridad de Madrid, adonde se lo llevaron detenido. Me llamaron para identificarlo, tenía cara de criminal y lo confesó todo con pelos y señales, con toda la sangre fría de que un hombre es capaz. Lo condenaron a muerte y lo ajusticiaron. Era uno de los que al producirse el 18 de julio se presentaron en Guadalajara para reclutar matones y nadie les hizo caso. Es más, hubo alguien que les echó en cara, «pero si ese pueblo no es rico, si ni hay explotadores del campesino». En Madrid dieron por fin

con seis voluntarios y se los trajeron para Loranca en dos coches para hacer el trabajo.

Yo llevaba estiércol en una galera hacia la ermita en las afueras del pueblo cuando los coches aparecieron por la era. Me encerré en mi casa. Al rato vino la parienta de un primo mío y sonó a la puerta. «Pum, pum». Abrió mi hermana y me dice entrecortadamente:

—Han detenido a tus primos, Manuel.

Poco después pasaron a por mí y me llevaron al Ayuntamiento. Allí estaban ya los otros diecisiete. Nos pegaron duro. Fui el último detenido y el único que saldría con vida.

También a mi primo lo mataron en su intento de fuga a ocho o diez metros de la cuneta. Nos salvamos tan sólo dos y el otro por pocas horas. A los demás les faltó determinación.

Nuestro pueblo era de derechas. Aquí en las elecciones todos votaban en masa a las derechas. Venían los agentes de Romanones prometiendo el oro y el moro y se votaba a Romanones. El 18 de julio casi nadie había oído hablar de Falange, ni de José Antonio Primo de Rivera, ni de Franco, ni de Mola, ni de Queipo de Llano. Estalló la guerra y no sabíamos lo que era, qué significaba y lo que se ventilaba. En otros pueblos, como Mondéjar, debían estar algo más organizados porque se pasaron a los nacionales cuando éstos llegaron a Guadalajara. En cuanto a nosotros alguien nos prometió armas, pero no llegaron a traerlas nunca.

Cuando la luz del faro pirata dejó de pasar sobre mí me levanté del fondo del surco. En el impulso de arrancada, en la cuneta, había perdido las sandalias que llevaba. Descalzo, eché de nuevo a correr hacia un monte próximo a mi pueblo. Logré orientarme a pesar de que estaba atronado por los golpes que me propinaron en el Ayuntamiento al ser detenido. Golpes en los oídos, en la espalda, en el costado.

Poco antes, patronos y obreros nos habíamos reunido, en junta, para discutir el convenio de la siega, que se hacía aquí a destajo. Acudieron a Guadalajara dos comisiones formadas por dos patronos y dos obreros para conocer las condiciones del convenio en el marco provincial. La fanega en el marco provincial se pagaba a catorce pesetas y aquí, la media fanega, que era nuestra medida, a once pesetas, de modo que en Loranca se pagaba el

doble, veintidós, cuando catorce o dieciséis era lo reglamentado. Cuando la comisión mixta llegó al pueblo se organizó una merienda para celebrarlo y el acto se desarrolló en medio de una gran armonía.

Cuando al ser detenido en el Ayuntamiento los milicianos me preguntaron en concepto de qué había formado parte de esa junta y al responder yo que en concepto de patrón me cayó la primera rociada de golpes. ¿Qué aspecto tendría yo de señorito, con la piel curtida y las manos callosas para que tuvieran que preguntarme en concepto de qué? Ese verano del 36 a nosotros nos tocó trabajar más que a nuestros obreros a los que obligaban a hacer guardias con sus mosquetones. Aquí la gente era amigable y no había lucha de clases. Luego a mi criado y a otros los hicieron ir con la escopeta allí donde fusilaban, y los incitaron a disparar contra los muertos. En mi huida, la segunda línea de tiradores formada por unas cincuenta escopetas no entró en acción, si lo hacen me horadan como un colador. Y fue por eso mismo, no tenía enemigos.

Se ha dicho de mí que después de escapar permanecí dos años escondido dentro de una tinaja. La verdad es que estuve escondido en una tinaja, dentro de una chimenea cegada por la base, en un hoyo practicado en la cuadra, al fondo del pajar… Mi historia es más emocionante que lo que cuentan.

Venía campo a través cuando vi alguna luz en Pezuela de las Torres. Me guiaba por la carretera y al rato los camiones me adelantaron, ya de vuelta, con la intención de formar grupos y salir en mi busca. Me desvié como a un kilómetro de la carretera. Me zumbaban los oídos y me sentía desorientado. Sólo me topaba con barrancas y precipicios hasta que vi un coche con las luces puestas sobre el camino y me dije, «ya me están esperando en el cruce».

Decidí no hacer lo que ellos pensaban que haría, huí de los caminos como de la peste y ya al llegar a una morra caí rendido, agotado y me prendió el sueño instantáneamente.

Abrí los ojos con las primeras luces del amanecer. Ahora sí lo veía todo claro, me encontraba en el monte, frente por frente a la casa de Pombo, en el Robledal. Lo primero que hice fue preparar una vara en forma de escopeta, me la eché al brazo y seguí monte arriba, si alguien me divisaba

de lejos podría pensar que era un cazador. Contorneé el barranco hasta llegar al convento derruido que fue de los jesuitas y que lo abandonaron cuando la desamortización de Mendizábal. Los milicianos habían ya controlado el monte para dar caza al otro fugitivo, al que dieron muerte en el monte de la Alcarria. Al escapar del fusilamiento corrió a refugiarse en casa de unos familiares. «No te podemos guardar, pero te escondes en el monte y ya te subiremos comida», le respondieron. Pero fue delatado por los propios parientes.

Subía por el barranco hacia el convento de los jesuitas, con mi vara al brazo cuando de pronto escucho un tiro. «Leche, digo, éstos vienen a celebrar la fiesta aquí, hay que jugársela». La verdad es que me había quedado con pocas ganas de dejarme coger. Tan pocas que era capaz de lanzarme al cuello de cualquiera, morderle en la cara antes de dejarme coger. Escondido en un arbusto vi que era un cazador que había disparado a una perdiz, y venía derecho a cincuenta metros hacia mí, a darse conmigo de cara. «Manolo, me dije, no te pongas nervioso, si viene y te ve, bien, y si no, bendito sea Dios». Pasó de largo a unos dedos de la mata. «Verás como el perro, que viene detrás, te olfatea y rompe a ladrar». Tampoco el perro reparó en mí.

El último trecho hasta el convento lo cubrí sin más complicaciones. Busqué el rincón más abrigado entre las ruinas. Un par de horas más tarde comencé a sentir sed y hambre. Para mayor seguridad era preferible esperar a la noche. Descalzo como estaba bajé hacia las huertas y me hice con unos tomates, blandos, pasados, en septiembre ya sólo quedaba el despojo. Tenía los pies arañados, heridos, las plantas magulladas. Subí unas matas para tenderme sobre ellas y lo trasladé todo a un lugar más seguro, a la bodega, para no pasar la noche al sereno. Me palpé los bolsillos de la chaqueta, en uno de ellos llevaba aceitunas secas del año anterior, y me las comí y mastiqué los huesos hasta que quedaron suaves como semilla de calabaza.

Así me dio la segunda noche. No sabía yo entonces que amigos míos, de los rojos, habían salido en mi ayuda. Se corrió la versión de que iba herido, de que habían visto huellas de mi sangre sobre los surcos. Mis amigos, Juanito y Jesús, estuvieron a punto de venir al convento a mirar. Si vienen, queriéndome hacer un favor me joden por la mitad.

El tercer día nada más oscurecer bajé volando, para sentir menos los pinchazos en los pies, por los olivares, hasta un huerto mío. Hice un breve alto y crucé el camino detrás de las escuelas hasta que me deslicé en casa de un hermano mío. Por suerte no me vio la gente que venía del campo. Me metí en el corral, salté por el pajar y por el boquerón de la pajera, caí en la cuadra. Cual sería mi sorpresa cuando comprobé que a esa hora no había nadie en casa de mi hermano, ni siquiera habían echado de comer a las mulas. Digo, «a éste se lo han llevado también».

Forcé la puertecilla de un pasillo que conducía a la cocina y encontré medio pan; en pocos minutos lo había devorado.

Esa noche no vi a nadie por la casa. Al día siguiente por la mañana me preparé una estaca de una herramienta, una estaca tan gruesa como mi brazo. Si viene un tío de ésos no la cuenta. Tenía puestos todos los instintos de matar, todos los instintos de la conservación… Pensé que a mi hermano se lo habían llevado y se habían repartido sus yuntas y sus aperos. En esta escuché un ruido en la puerta, me situé en un rincón de la cuadra con la garrota levantada. Era mi hermano, solo. Lo conocí en la zancada, en los pasos. Venía a sacar paja y le hice, «sschhhh, Honorato, silencio».

—Coño, Manolo, qué susto.

—Ya ves Honorato, me he librado por los mismísimos pelos.

—Dicen que vas por ahí dejando regueros de sangre…

Y me dio un abrazo. Subí al pajar. En septiembre los pajares están a rebosar y llegan hasta las tejas. La hermana con la que yo vivía me preparaba la comida y Honorato me la subía sin que su propia mujer lo supiera. Durante el día dormía sobre el pajar. Al de cuatro días se ponen a registrar en la casa de al lado. Buscaban al médico, que según rumores había regresado al pueblo. Mi hermano se echó a temblar como una hoja al viento. Su mujer lo advirtió al instante.

—¿Qué te pasa Honorato? Te has quedado pálido…

—Si es que está aquí Manolo, mujer.

Pensé que lo mejor sería ahuecar de allí y llegarme a Pastrana donde un tío mío. Mi cuñada, que era de izquierdas, muy buena gente, preparó el plan de salida.

—De doce a doce y media de la noche los centinelas pasan por aquí para ir a dormir, y ya a partir de esa hora no hay más guardia ni más nada, yo te aviso y arreas hacia Pastrana.

Así lo hicimos, y yo, pies para qué os quiero, tomé hacia Pastrana por detrás de la casa que daba a las huertas.

Fueron tres horas y media de marcha, a través del campo, con cuidado de evitar los caminos, salvo un trozo en que resultaba inevitable cruzar la carretera. Justo allí me encuentro con cuarenta o cincuenta individuos armados de escopetas y palos. Yo iba desgreñado, sin afeitar, con barba muy cerrada pero lo que es peor, sin salvoconducto.

—Salud, camarada.

—Salud.

—¿De dónde vienes camarada?

—De Loranca.

—Pues en Loranca han matado a dieciocho fascistas…

Reaccioné en aquellas circunstancias de manera muy rara.

—No han matado a dieciocho fascistas han matado a dieciocho hombres, mejor dicho a dieciséis porque dos escaparon del pelotón.

Menos mal que corregí a tiempo.

—Lo malo es que los demás estamos sufriendo las consecuencias.

—Anda. ¿Y por qué?

Me curé en salud.

—Porque ahora no dan salvoconductos a nadie.

—Pues es muy peligroso circular ahora sin documentos.

—Ya lo sé, pero yo soy sobrino del señor Enrique.

Enrique era el jefe de la Casa del Pueblo de Pastrana y ya no hubo pega.

Vine a salir a la plaza de Pastrana y ya después a la calle Mayor donde mi tío tenía una sastrería. Al ir a meterme en su casa pasaba un hombre con un mono y una pistolita al cinto charlando con otro. Y me miró. No es de extrañar porque, ya digo, con las barbas que llevaba… «Pues mire, esto me ha pasado», dije a mi tío. Me recibió con los brazos abiertos.

Lo primero que hice fue sacar la cédula personal. El recaudador era conocido y le digo, «a ver si me puedo documentar de una forma u otra». No hubo problemas. Avisaron al peluquero y vino a afeitarme a casa pues

estaban atemorizados de mi aspecto. Tampoco Pastrana era un lugar seguro, quizá Madrid lo fuera. Un primo mío que era de Izquierda Republicana, pero que no reparó en ideas políticas al tratarse de la familia, me había ofrecido en una ocasión la ayuda de dos cuñados suyos que eran dueños de una imprenta en Madrid. La señora de mi primo fue la primera que el 1 de mayo salió a la calle al grito de ¡Viva la República! Más tarde, lo que son las cosas, los mismos de izquierdas mataron a mi primo y ella se volvió loca y murió en el manicomio. Envié un telegrama a mis primas, Remedios y Pilar, que tenían una tienda de ultramarinos en Madrid. «Que digáis a los hijos de la señora Julia que estoy en Pastrana y que si pueden hacer algo por mí, que vengan. Vuestro primo». Supieron que era yo. Conocían la noticia de que me había escapado con vida del fusilamiento. Pero los cuñados de mi primo, los hijos de la señora Julia, contestaron que nones, que ellos no hacían nada, estaban acobardados, la gente que era buena estaba cagada de miedo. Entonces Pilar habló a un amigo suyo policía.

—Si no le han cogido con el carnet de Falange en el bolsillo, se ofreció, yo voy a por él a Pastrana y me lo traigo a salvo a Madrid.

Creyeron que yo estaba en la cárcel. Total que envió un telegrama al jefe de las milicias de Pastrana, precisamente el del mono y la pistolita al cinto que me había visto entrar en la sastrería. El telegrama del policía decía más o menos así: «Sírvase contestar si está Manuel Corral detenido que saldrá persona garante».

El jefe de milicias al recibir el telegrama pensó que Manuel Corral era el hombre que había visto entrar en casa del señor Enrique y se vino con el telegrama.

—Le he dado dinero para el viaje y se ha ido a Barcelona donde está mi chico, se excusó mi tío.

En fin que a donde realmente me dirigí fue a mi pueblo, Loranca, el último sitio donde me buscarían. Di la vuelta a las laderas que rodean el pueblo. Me salieron los perros de la guardia y logré librarme de ellos tirado al suelo. Luego, a través del corral de un vecino, subí por la pared, descalzo, con las alpargatas en la cintura y salté hasta mi corral. Al día siguiente supe que en el corral de mi vecino estaban las mulas requisadas a los patronos,

con los criados y los perros. No sé todavía como no me sintieron caer, ni como ningún perro soltó un ladrido.

Con la ayuda de mi hermana preparé en seguida varios escondrijos. Uno de ellos era la chimenea que estaba cegada, cortada por abajo y no llegaba al tejado. En el tramo final hice un agujero disimulado y entré en la chimenea, coloqué de parte a parte una cuerda y cuando había emergencia me sentaba sobre la cuerda haciendo columpio.

En la pared de la cuadra tenía un boquete tapado con un aparejo, con un serillo, para en caso de necesidad levantarlo y poder colarme de un sitio a otro. Pero mi escondite preferido era un hoyo en la cuadra con una trampilla y encima colgando del techo un saco de paja. Una vez metido en el hoyo, tiraba de una cuerda, se vaciaba sobre mí el saco y tapaba la trampilla. ¿Quién podía sospechar que bajo aquel montón de paja pudiera haber una trampilla y un hoyo? Un vecino que tenía yo a veces de criado me ayudó a cavar el hoyo. Aparte de mi hermana soltera fue el único que supo que yo estaba oculto en mi propia casa. Un día los rojos le encargaron que registrara la casa por si encontraba armas.

Este vecino, cuya mujer era muy vocinglera, fue el encargado de traerme todos los cuentos y chismes habidos y por haber sobre mi persona y sobre mi paradero. A mí me han visto según esos cuentos en media España. «Que han visto a Manolo Corral en el frente del Norte, que le han visto pasar en un camión de los que subieron a Brihuega a cortar la ofensiva de los italianos, etc…». Uno de aquí al que cogieron preso los nacionales y consiguió escapar afirmó que me había visto ocupando un cargo importante en zona nacional. Y me tenían metido en un hoyo a dos palmos de sus narices. Desde septiembre de 1936 hasta, más o menos, principios de 1938 estuve oculto en mi casa, hasta que vinieron a por mí en un coche para sacarme de allí. Esa noche había una niebla muy espesa. Esperé metido en una alcantarilla hasta que vi unos faros y salí. Eran ellos, Juanito y Mariano. Juanito era sargento pagador del batallón de Cuenca y Mariano estaba en Transportes. Tenían un cochecito en el que venían a ver a sus familiares y a cargar comida. Fue una vecina que ya supo que estaba allí escondido la que los llamó. «Tal día venimos por él, que esté preparado en el puente», le prometieron.

Me había afeitado la cabeza completamente. Tanto tiempo había pasado metido allí en la cuadra que llegué a hacer las cosas más inverosímiles para no aburrirme. Me tapé la cabeza con una manta y salimos en dirección a Cuenca.

Juanito me llevó provisionalmente a casa de su madre y sus hermanos. Me acuerdo que me acostaba con el hijo pequeño de diez u once años que era tan alto como yo. Dormía de cantero, en una turca, de estrecha que era no podíamos ponemos boca arriba.

Perdido algo del miedo comencé a hacer algunas salidas. Juanito no se atrevió a llevarme a un pueblo desde el que pasaban a mucha gente a zona nacional. A pesar de todo, yo supe, en un mundo de gente temerosa, jiñada de miedo, aterrorizada, conservar los nervios fríos, congelados y tuve la suerte de cara.

Un pielero amigo mío me prestó un carrito y una mula e iba a por astillas a las fábricas de sierra. Luego trabajé en la construcción de un refugio. Me había quedado sin un real. Las trescientas pesetas que saqué de casa se las había prestado una noche a Juanito, el sargento pagador, para jugar a las cartas. Las perdió y me dejó limpio.

En esas estábamos cuando llamaron a mi quinta, en pleno fregado de Teruel, donde murió tanta gente. Vivía por entonces de patrona en una posada donde paraban chóferes de camiones, guardias, oficiales. Pasaba por comprador de pieles, pero lo cierto es que estaba indocumentado. Para matar el rato de vez en cuando iba al cine. Una noche en el «Salón Madrid» de Cuenca estuvieron a punto de cogerme *in fraganti*. Llegó la policía, dejaron abierta sólo una puerta e hicieron salir sólo a las señoras para pedir la documentación a los hombres. Yo me salvé otra vez, ahora por no entender bien lo que dijeron y como mi butaca estaba al lado de la única puerta abierta, sin darme cuenta, salí entre las señoras. En la calle me percaté de lo que pasaba. Había una hilera de coches de línea, se conoce que para meter allí a los sospechosos o a los indocumentados, que terminarían en la cárcel del Seminario o en el campo de concentración más próximo.

No me presenté a la llamada de mi quinta. Disimuladamente me colocaba frente a la Caja de reclutas de Cuenca y veía como se los llevaban

al frente de Teruel, hacinados en camiones. Yo no estaba por el viaje porque todas las noches llegaban a mi posada un montón de tíos del frente de Teruel y el que no traía un dedo cortado, traía una mano helada y el que no unos dedos de los pies amputados por el frío. «Si vas, me decía, te mueres de una forma o de otra, o te pegan un tiro o te congelas».

Estaba claro que mi punto de destino ante la imposibilidad de pasarme era Madrid. Con unas perrejas que había ahorrado compré ropa, una maletilla y un saco de comida, garbanzos, patatas, tocino. No había transporte directo a Madrid, ni pagando. Tomé el tren hasta Tarancón, ya con más serenidad porque iba provisto de un carnet falsificado de Izquierda Republicana. Si me daban el alto en algún control ya tenía a punto la respuesta:

—Voy a Madrid a presentarme como soldado, por mi quinta.

Pero no hubo nada, salvo el miedo que a pesar de la sangre fría llevas siempre dentro como una úlcera de estómago.

Tuve suerte en Tarancón. Nada más cruzar la vía del tren vi un camión al que se le acababa de caer la rueda de repuesto.

—Oye, camarada, que se te ha caído la rueda de repuesto —le grité al chófer cuando arrancaba.

Paró. Iba solo.

—Hombre muchas gracias. ¿Se te ofrece algo, camarada?

—¿Podrías llevarme a Madrid?, voy a incorporarme a la Caja de reclutas…

Me dejó a la misma puerta de la tienda de mis primas en Madrid que vivían en la calle San Vicente 44, en la Corredera. Me escondí durante un tiempo en su casa, hasta tener claras las ideas y decidir el próximo paso que iba a dar. ¿A quién recurrir? Tenía un amigo farmacéutico, dos o tres años más joven que yo, Felipe Fernández Fernández, el de las tres efes, que luego puso un laboratorio, el de las pastillas Koki, que se hizo inmensamente rico. Tenía entonces una farmacia en D. Ramón de la Cruz, 82. Conque ya cojo el metro y me voy a la farmacia. El ayudante era un señor mayor, andaluz.

—Don Felipe, si hace el favor…

—Mire, no está, pero viene esta tarde, si quiere que le diga algo…

Dejé una nota. «Estoy en casa de mis primas. ¿Puedes hacer algo por mí? Te abraza. Manolo Corral». Felipe estaba de farmacéutico en el Asilo de San Rafael que en guerra era el Hospital número 21. Él a su vez me hizo llegar una tarjeta: «Coges un tranvía, el 7, que va a Fuencarral y le dices al cobrador que te avise en la parada del Hospital 21. Allí me tienes en la farmacia. Tuyo. Felipe Fernández». Al día siguiente me presenté ante la guardia: «Que vengo a la farmacia para visitar a Felipe Fernández». No hago nada más que pasar y Felipe me tiende una bata: «Póntela, desde ahora eres mi ayudante de farmacia».

Quedaba la cuestión de la cartilla militar y se me ocurrió algo. Pedí que me hicieran llegar la de mi hermano Víctor, que me llevaba cinco años y pasé a llamarme Víctor Manuel. Me valía para manejarme en el hospital.

Era un curioso hospital, lleno de falsos enfermos, todos de derechas, salvo el delegado que era de la CNT, un personaje, un tío chalado, hijo de una familia riquísima, que iba rodeado siempre de su escolta de guardaespaldas. Y fueron precisamente estos matones los que liquidaron a los maridos de tres sobrinas suyas. Al saberlo, este hombre, fuera de sí reaccionó en contra de los suyos, los rojos, y se puso a buscar a los asesinos sin saber que eran sus propios hombres. Cuando fue a recoger a sus sobrinas viudas, y al volver, una de ellas reconoció a uno de los asesinos de su marido:

—¡Tito!, ¡Tito!, ¡que ése es el hombre que mató a Pepe!

Cogió uno por uno a sus guardaespaldas y los arrojó a una caldera hirviendo. Tenía poder para ello. A uno de los matones parece que se le oyó gritar mientras hervía: «¡No sabíamos que eran sobrinos tuyos!» Desde entonces, el de la CNT sólo se dedicó a proteger a gente perseguida de derechas, falangistas, requetés… Y también a mí; conocía mi identidad y me firmó el documento en el que se me acreditaba como auxiliar de farmacia. Con el Director del Hospital tampoco había pegas porque era muy falangista, muy de Franco.

Un día se presentó la policía para comprobar en qué situación estábamos los empleados y el practicante que era un mal bicho me dejó caer cínicamente:

—Oiga «Rubio» (a mí me decían «Rubio», por el color del pelo) que tendrá usted que legalizar su situación, que ha estado aquí la policía pidiendo papeles…

Cambié de aires por un tiempo.

Por aquel entonces dieron una amnistía a los que no nos habíamos presentado cuando llamaron a nuestra quinta la del 29, y a condición de que lo hiciéramos ahora no habría sanciones. Estuve semanas dando tumbos, deshojando la margarita: «Que si voy al frente, que si no voy al frente». Y nunca salíamos hacia el frente. En la Caja de reclutas quedamos cuatro o cinco sin ser llamados, por pura chiripa, entre cincuenta camiones que había en el cuartel de María Cristina cargados de reclutas.

—A mí esto no me gusta un pelo —dijo uno de los de mi quinta.

Como que no nos gustaba un pelo que nos fuimos por la puerta trasera del cuartel y hasta hoy.

Yo era el encargado de repartir los pedidos de farmacia a otros centros porque en el Hospital 21 no había un solo enfermo, mejor dicho, enfermo y de casualidad sólo había uno, todos los demás éramos recomendados. ¡Había una bandera de Falange completa! Allí me hice también yo de Falange.

A pesar de todas las cautelas era demasiado expuesto circular por allí cuando llamaban a mi quinta; y yo era lo que se dice un desertor.

¿Qué hacer? Me bastaría con un certificado médico donde se me declarara inútil para el servicio y para el frente. Fui a buscarlo a toda prisa en la consulta de un médico para el que me dieron en el hospital una tarjeta de recomendación. No hago más que entrar en su casa y me encuentro el recibidor lleno de carteles del Frente Popular. «Si eres buen español no pidas recomendación», «Si eres un buen patriota lucha por la causa». El médico era de derechas y tenía más miedo que cinco viejas juntas. Me iba ya a marchar por lo de la recomendación cuando su mujer me detuvo:

—Mire, si mi marido está al llegar, siéntese usted, siéntese…

Llega el médico y lo primero que me dice en un tono muy severo cuando le entrego la recomendación es:

—¿Pero es que no sabe usted leer?

—Hombre, sí, pero su señora me ha pedido que le espere.

Me hizo sentar y le conté que me había salvado de una matanza de los rojos en el término de Corpa.

—¿En el término de Corpa? Yo pasaba casualmente por allí cuando enterraban a unos fusilados por los rojos…

Las casualidades de la vida, aquel médico había visto el enterramiento de mis dieciséis pobres paisanos de Loranca.

—Pero… —dice sorprendido— usted es el que logró escapar… Pero hombre, ¿qué puedo hacer por usted?

—Mire, por favor ingréseme como enfermo en el Hospital 21 que quiero librarme de ir al frente.

—Hombre, yo no tengo atribuciones para eso, el volante se lo tienen que dar a usted en la Jefatura de Sanidad.

—Bueno, bueno, usted deme la hojita para la Jefatura de Sanidad, con eso me basta.

Tenía un amiguete de ordenanza en la Jefatura de Sanidad que me rellenó la hojita y la echó los sellos. Me ingresaron en mi hospital, el 21, ahora como enfermo.

El radiólogo me descubrió una mancha, como que tenía una úlcera, pero el tío se lo tomó en serio.

—Hay que operar inmediatamente —dijo.

—¿Operar? —salté yo—, ¿operar?, pero si no tengo nada, doctor, que se ha confundido usted…

Aquel tira y afloja me sirvió para ganar tiempo y retrasar mi paso por los tribunales de altas. Me ayudó en ello una chica médico, Pili, que era hija de una jefazo de los rojos. Venían del frente dos o tres médicos sin títulos ni hostias y se liaban a recorrer las salas, «a éste lo quiero, a éste no lo quiero». Necesitaban soldados por encima de todo. Además, no eran médicos sino ingenieros o algo así y decidían a ojo.

Llegué a hacerme el amo del hospital. Falsificaba y firmaba permisos de baja por enfermedad y me pegué el gustazo de volver a Loranca, a mi propio pueblo, de donde me habían sacado para fusilarme, con un permiso que me había firmado yo mismo, en plena guerra y a pecho descubierto. Fue una imprudencia que me pudo costar un serio disgusto. Me fui de un lado para otro, por las calles, por los bares y como las tropas de Franco

estaban al lado ya nadie se atrevió a tocarme el pelo, como no se atrevieron a tocármelo en Madrid, donde me topé con gente de izquierda, de Loranca, que huían al verme como del mismo diablo, como de un resucitado.

Al día siguiente de haber vuelto a Madrid llamaron a la policía y le metieron un susto espantoso a mi hermana, que sufrió un ataque de histeria.

Al poco, el tribunal de altas pasó por el 21, sin previo aviso. Me pillaron recién afeitadito y a punto de darme un garbeo.

—¿Y este muchacho?

Pili, la doctora, me echó un capote.

—Este muchacho está flojo, muy flojo, si dentro de unos días veo que está un poquito mejor le doy el alta, pero no os lo lleváis de ninguna manera, está muy débil…

Pili me trasladó a la sala de curas. Éramos allí noventa tíos sanos, ni un mal catarro, todos facciosos.

Pero yo seguía pendiente de un hilo, de la visita inesperada del tribunal de altas.

—¿Qué podríamos hacer? —le consulté a Pili.

—Lo que tú quieras, lo que se te ocurra, Manolo.

—Es que ya se me ocurre algo, quemar mi historial clínico en la estufa y cuando llegan los del tribunal encuentran mi cama vacía y como si no existiera…

Dicho y hecho. Cuando entraban los del tribunal de altas yo desaparecía por la puerta de atrás y me despedía de los «enfermos»: «Hasta luego, muchachos».

La mejor forma de entrar en el hospital era ésta: se ponían asegurados, colgando a pulso de un lado del tranvía y cuando éste arrancaba se tiraban a la calzada. Los de la guardia o un par de amigos ya advertidos los trasladaban al hospital.

El 28 de marzo de 1939, un día antes de que los nacionales entraran en Madrid, se nos ocurrió a Felipe el farmacéutico y a mí venir en taxi por aquí, a la finca de unos primos míos. Por la noche nos trajeron la noticia de que según un boletín de la radio la guerra había terminado.

—Mecagüen diez —digo—, para chasco que se acabe la guerra en Madrid y después de haber pasado las que hemos pasado que no se acabe

aquí…

Fui a despedirme de mi hermana a toda leche.

—Oye, que nos vamos a Madrid, a ver si todavía nos vamos a quedar en zona roja…

En Alcalá ondeaba ya la bandera roja y gualda y al llegar nosotros a Madrid en el taxi, entraban las fuerzas en Fuencarral.

Allí acabaron también mis temores y mis aventuras.

En una subasta, a un socio y a mí nos tocó un camión «Fiat» y trabajé en el transporte. Después de pasar dos años en Madrid me vine al pueblo y me casé en 1942. Mi mujer tenía ganado, y pusimos una carnicería y aún trabajamos en ella, a pesar de mi artritis. Nuestro hijo, que tiene 17 años, nos desuella las reses, y de nuestra otra hija, casada en Madrid, tenemos dos nietos.

Cuando volví al pueblo me nombraron concejal y más tarde alcalde, a pesar de mi resistencia. Para sacudirme del cargo aduje que vivía en Madrid. Vino el teniente de la Guardia Civil y no precisamente en son de paz:

—Manuel, usted acepta el cargo…

—Que no, mi teniente…

—Si no acepta usted el cargo le llevo detenido a Pastrana.

Acepté. Me encasquetaron el cargo de alcalde y como es natural el de Jefe de Falange. Ocupé el puesto durante unos cuantos años y sin problemas. A los que fueron llegando de los campos de concentración los tranquilizaba a todos:

—Fulano, si alguien se mete contigo, dímelo.

Hoy, en Loranca, que tiene trescientos habitantes, se han olvidado los odios y las venganzas. Se han olvidado los veinticinco muertos por los rojos y los sesenta o setenta muertos por los nacionales, cuando éstos ganaron la guerra. No hubo familia que no perdiera a alguien en los fusilamientos de unos y de otros. Hoy se han casado de parte y otra, el hijo de un fascista con la hija de un rojo y a la viceversa y todos se hablan con todos, al contrario que antes.

Las elecciones de junio de 1977 se celebraron en orden y concierto y aquí las ganó UCD y después los socialistas, pero no hay bandos políticos

enfrentados, ni hay listas negras, ni afanes de revancha. Los jóvenes que no llegaron a vivir aquella guerra nuestra han olvidado sus consecuencias. Yo estoy seguro de que en nuestro pueblo no volvería a repetirse la tragedia. Dios no lo quiera.

Muertes paralelas

También han querido olvidar su dramática historia dos hombres que se encontraron el día 14 de julio de 1977 en el cementerio de un pueblecito abulense. Ante Ángel Vaz se presentó uno de los hombres más ricos y respetados de Madrigal de las Altas Torres para darle el pésame por la muerte de un hermano. Ángel Vaz vive en Bilbao y gran parte de sus enemigos viven también, pero en el pueblo en que ocurrió esta desventura.

Vaz tenía diecinueve años en 1936. Unos días antes del 18 de julio el cura de Madrigal le pide que vaya a un pueblo vecino, Fuente el Sol, en la carretera de Medina del Campo, para recoger una barrica de vino de consagrar. Por el camino de vuelta, Ángel se encuentra con algunos amigos y, entre juegos, se beben la mitad del vino. Llega la guerra y el cura ofrece a los falangistas el nombre de todos aquellos muchachos como «rojos peligrosos». Estos falangistas, compañeros de ellos y de su misma edad, los detienen y a la noche siguiente los suben a un autobús para «liquidarlos en la cuneta de la carretera de Fuente el Sol».

—Iban catorce pistolas —dice Ángel Vaz— y nosotros éramos nueve.

Creían que todo era una broma. Se conocían desde niños, eran amigos, unos días antes habían estado todos bailando juntos…

Pero no era una broma. Los bajaron del autobús y comenzaron a disparar las pistolas. Ángel Vaz, admirado de lo que estaba ocurriendo, echó a correr por los pinares y al cabo de tres días se encerró en casa entre dos tabiques. Emparedado. La familia guardó luto riguroso. Los falangistas intentaron por todos los medios encontrarlo, con ayuda de la Guardia Civil. Registros, palizas, lo de siempre…

Ángel Vaz volvió a la vida en el año 1945. El jefe de «los 14 pistolas» le saludó el otro día en un cementerio.

OceanofPDF.com

18. EL CAMPEÓN Y SU HIJO

Protasio Montalvo (Cercedilla, Madrid).
38 años escondido.

A mediados de agosto de 1977 un hombre robusto y bajo, de unos cincuenta años, recorría inquieto las calles onduladas de Cercedilla, pueblo montañés situado entre las sierras de Guadarrama y de Navacerrada, a unos sesenta quilómetros de Madrid. Preguntaba a los paseantes, casi todos madrileños de vacaciones, por el domicilio de don Protasio Montalvo, cuya existencia había conocido por los periódicos y por la televisión.

—Vive por la parte de la estación —le dijo un vecino.

—Vive en la calle Collado del Hoyo, pero el número no lo sé —dijo otro—; la casa está desviada del camino.

—¿Y para qué lo busca usted? —preguntó un tercero.

El hombre explicó con medias pero muy claras palabras que tenía intención de matar a Protasio. Por lo menos, deseaba escupirle en la cara y llamarle asesino.

—Pues creo que hay guardias a la puerta de su casa —mintió uno de los vecinos—. Y mucha gente. Él no se atreve a salir a la calle.

El visitante, que en el fondo deseaba más contar su propia historia que enfrentarse al último topo, dijo que Protasio Montalvo, el que un mes antes había *resucitado,* había asesinado personalmente a su padre durante la guerra civil y que a él, niño entonces, le había pegado patadas en la barriga. No explicó cómo podía reconocer al hombre después de cuarenta años, pero

todavía sentía en los cimientos del alma el odio hacia un hombre entrevisto en la infancia, un hombre cruel y que le había dejado huérfano.

El grupo de vecinos de Cercedilla que lo rodeaba consiguió aplacar su excitación y le aconsejó que regresara a su casa, en Asturias. Era mejor tener la fiesta en paz. Ya tres semanas antes había aparecido en una pared del pueblo una pintada realizada con spray negro, como los millares de ellas que llenaban la nueva España democrática y electoral. Pero la leyenda no se refería a un partido político, a un dirigente o al dictador muerto, sino a un hombre a quien días antes nadie conocía en el lugar: «Protasio asesino». ¿Qué suerte esperaba a aquel anciano desdentado, pálido como una sábana y de melenilla blanca que había surgido a la luz después de treinta y ocho años de encierro y a quien su hijo quería hacer pasar por héroe nacional, mártir de la causa socialista y figura de la oposición al fascismo franquista? En el primer mes de libertad había recibido media docena de cartas anónimas con mensajes como éstos: «Te sacaremos los ojos», «Te has escapado 38 años, ahora sabemos dónde estás», «Para los rojos siempre hay tiempo», «Te quemaremos a ti y a tu mujer»…

De los topos vueltos a la superficie en tiempo de Franco apenas pudo hablarse, y mucho menos se le ocurrió a nadie remover las historias pasadas, ya que en aquellas historias el sangriento fango podía cubrir a muchos vencedores. Un equivocado… Un tonto de a pie… Un pobre infeliz… Nadie contó por qué se había escondido, por qué lo buscaban, qué había hecho. Como si se tratase de un fantasma llegado de las brumas de un cuento absurdo que nadie recordaba haber oído contar. Una anécdota, una nota de agencia periodística, un reportaje lacrimógeno, ternurista y estúpido en el mejor de los casos. Y luego el silencio. A veces, un pesado, doloroso silencio. Hombres sin trabajo, sin identidad; hombres compadecidos, pero no amados. En algunos casos, anónimas amenazas de muerte —como a Manuel Cortés—, pero no excesivamente convencidas. Más bien para guardar el tipo, la figura y el genio. Sobre todo el olvido; urgente, necesario, pesado y doliente olvido.

Protasio Montalvo Martín —o más bien su hijo Andrés, alias Pichi— pretendió hurtarse a este repentino olvido, pretendió subirse al podio de los campeones, ser recibido bajo un palio ateo, alcanzar aplausos y honores… y

únicamente consiguió que lo llamaran asesino y que lo buscaran para matarlo. Un diario madrileño informó sin pruebas que había trabajado en una checa marxista en Madrid durante los últimos meses de la guerra; es decir, que había sido un profesional del asesinato. Otro periódico ultraderechista lo acusaba públicamente de haber sido culpable de más de treinta asesinatos cometidos en su pueblo. Con grandes alardes de fotocopias e informes, al final sólo se demostraba que Protasio había firmado, con otros camaradas del Comité del Frente Popular, unas incautaciones de terrenos (abandonados por sus propietarios y cuyo cultivo era necesario para aplacar las hambres del pueblo, según explicó más tarde Protasio).

Durante un par de semanas, pues, Protasio Montalvo habló a informadores de todo pelaje y exigió que se le pagara por ello; se dejó fotografiar por reporteros de medio mundo (incluso debajo de una cama para *Newsweek*) y exigió que se le pagara por ello. Su rostro lechoso, cortado por una larga boca oscura, apareció en televisión intentando sonreír, y luego pedía dinero a los cámaras y a los técnicos de sonido… No sentía reparos en hablar del fascismo, de los caciques, de la victoria socialista… pero siempre que se pagara por sus palabras. Y lo más dramático es que no era él quien buscaba el dinero, sino su hijo, convertido de pronto en *manager* del hombre oculto, administrador de una nueva riqueza, superestrella del turbio firmamento político español. El anciano deseaba hablar a todo el mundo porque deseaba divulgar su historia a los cuatro vientos, una y otra vez, sin cansarse. Decía que su hijo le había dicho que tenía que cobrar, pero él mismo se olvidaba de hacerlo. Sin embargo, el hijo, de profesión taxista y constructor, con la soberbia de los políticos y la agresividad de los acomplejados, lo guardaba como un cancerbero y corría como un chambelán a pedir disculpas por el supuesto cansancio de su padre: «No es conveniente que hable ahora», «Ustedes deben comprender que en su estado…», «Se les irá llamando uno a uno», «No conviene que hable porque nadie sabe lo que puede ocurrir: la democracia está en el aire»… Después pedía cinco mil pesetas por una fotografía.

Este hombre de gafas negras de pera, moreno, semicalvo, es el presidente del Comité Local del Partido Socialista Obrero Español, sector

renovado. Se hace llamar el Pichi y, resucitado su padre, se mueve a su alrededor como el rey de los mongoles. Y eso que la operación le salió torcida.

—Mi padre podía haber salido mucho antes, mucho antes —confesó a cuantos periodistas quisieron oírle—, pero yo no le dejé. No quise porque queríamos hacerlo a través del propio Felipe González. Lo intenté, aunque no pudo ser, porque «el jefe» estaba muy ocupado y no pudo recibirme. Espero que ahora tenga un rato para venir a vernos.

Se le anticipó una hermana y esa anticipación, que causó serios disgustos al Pichi, echó por tierra sueños recreados probablemente durante muchos años. De hecho y sin duda, durante ocho años al menos. ¿Por qué Protasio Montalvo, de 77 años de edad, no se presentó a las autoridades a raíz de la amnistía del año 1969? No porque no quisiera rendirse a Franco, como el guerrillero Pablo Pérez Hidalgo, sino porque su hijo deseaba una comisión en la gloria paterna. Es como si lo hubiera tenido secuestrado durante casi cuarenta años con el fin de presentarlo luego al secretario general del Partido Socialista para que éste ofreciera la recompensa que tal tesón, tal fidelidad merecen.

Y lo estropeó todo su hermana, en un momento.

También ella quizás había escuchado los proyectos de esplendor. No puede explicarse de otro modo que el día 17 de julio de 1977, domingo, unas horas antes del comienzo de la Fiesta Nacional establecida por el general Franco en recuerdo del comienzo de su rebelión, tomara a su padre del brazo y lo llevara a una casa en la que estaban reunidos algunos dirigentes socialistas (diputados y senadores algunos de ellos), aprovechando el puente festivo y que Cercedilla sea uno de los más acogedores centros de descanso veraniego próximos a Madrid. En aquella reunión estaban, como anfitriones, Andrés y un primo suyo. Andrés, al ver entrar a su padre, sintió un escalofrío de desilusión. La hermana lo había echado todo a perder. El primo, por su parte, increpó agriamente al hijo del hombre oculto porque, siendo los dos buenos socialistas, no le hubiese confiado el secreto de su padre.

Este desmoronamiento familiar pudo enderezarse gracias a la actitud de los dirigentes políticos: se hicieron cargo del penoso momento, abrazaron a

Protasio, prometieron ofrecerle cualquier honroso nombramiento dentro del partido (el carnet 00, la presidencia de honor, cualquier cosa) y gestionar, en cuanto abogados con bufete abierto, su retorno a la sociedad. El anciano se quedó sin ver a Felipe González, sin escuchar los acordes de la Internacional a su paso y sin ver a su hijo paseado a hombros como los toreros victoriosos por las calles del pueblo. Ni siquiera acudió al cuartelillo de la Guardia Civil para dar pública y oficial fe de su existencia.

La hermana lo había estropeado todo. «Yo tenía otra idea de hacerlo», repite Andrés.

Treinta y ocho años esperando para esto. Treinta y ocho años lavando platos, fregando suelos, remendando ropa, aderezando cocidos, rellenando bolsitas de semillas de girasol, practicando gimnasia matutina al lado del hijo, soñando, temiendo, soñando… para esto. Y, luego, una leyenda en medio del pueblo: «Asesino». Y el hijo pidiendo dinero a todo visitante. Y él sin poder contar su penosa historia más que a hurtadillas del vástago dictador que le corta la palabra, lo agarra del brazo, le obliga a comportarse como él no quiere. ¿No es ésta la historia de un secuestro filial? Claro que Andrés (como los hijos de Miguelico *El Perdiz*, como tantos otros hijos) también tiene razones para haber aspirado a la gloria de su padre.

Cuenta —él sí, ufano, a gritos, para que todos le oigan, sin cobrar— cómo a los nueve años era apedreado y escupido por las calles, cómo *ellos* le insultaban por ser hijo de un destacado rojo, cómo se avergonzaba al ver a su madre vendiendo gaseosas en el trenillo que transportaba a los excursionistas madrileños… Después de haber sido, efímeramente, el niño-rey del pueblo, mientras su padre era el alcalde, todo se le había venido abajo. La infancia, destrozada. El odio. Las burlas de los demás. Y ¿cómo encontrar una buena venganza a todo eso? Luchó con los dientes apretados. Consiguió comprarse un automóvil y hacerse taxista. Consiguió convertirse en constructor de chalés en donde su padre había sido albañil. Consiguió ser nombrado número uno del partido por pertenecer al cual su padre había sido humillado… Sólo esperaba, pues, que le pagaran todo esto con dinero y con honores, y no porque le hiciera falta dinero, sino porque es una de las formas del honor, incluso para un socialista.

Pero la hermana debía de estar harta de una situación que casi resultaba ridícula y lo echó todo a perder.

Fue un error sobre el error propio, ya que Protasio no tenía por qué ser campeón de los hombres ocultos. Más aún: si se hubiera presentado en la primavera o en el verano del año 69, ni le hubieran llamado asesino ni le hubieran buscado para matarlo ni los periodistas se hubiesen molestado en investigar su vida. ¿Permaneció tanto tiempo escondido porque sus *delitos* eran más grandes que los de sus camaradas de esta historia? No parece probable. ¿Por comodidad, abulia o cobardía, como Juan Rodríguez Aragón? Un poco, quizás. Pero sobre todo por los consejos y las presiones de su único hijo varón, víctima él mismo de los sucesos que ocurrieron en los últimos meses de la guerra y en los primeros años de la posguerra. «No salió porque yo no le dejé», dice el hijo. «Su sitio estaba aquí, en casa; no fuera», dice su esposa.

Protasio Montalvo había llevado hasta aquel tiempo una vida modesta, aunque no aburrida. Por su profesión de albañil en una zona residencial y veraniega, tuvo contacto con algunas personalidades madrileñas. Intentó ser torero y actor y el escultor Benlliure lo utilizó como modelo de algunas de sus obras (estatua de Simón Bolívar, la tumba del torero Joselito).

Instalado a principios de los años treinta en Cercedilla (él vivía en Villalba anteriormente), comenzó pronto su actividad política como militante del Partido Socialista y como afiliado al sindicato de la UGT. «Yo no voté en las elecciones del 36 porque no estaba censado aquí, pero hice votar a muchos». Iniciada la guerra, Protasio, que ha sido nombrado tesorero de la Casa del Pueblo, se dedica a administrar los bienes de la colectividad y, cuando aumenta la penuria, a viajar hasta Levante en busca de alimentos.

—En los primeros momentos yo creí que ganaría la guerra la República, pero cuando intervino Alemania, cuando pusieron eso de no pasar armas, la no intervención, ya no estaba tan seguro. Cuando me nombraron a mí alcalde, en 1937, el pueblo tenía tres mil habitantes, como ahora, pero estaba muy recargado de gente. Primero los veraneantes y luego que esto estaba en el frente y muchos soldados habían traído a sus familias. No había comida. Yo iba con un camión a Valencia y a Murcia, con el dinero del

pueblo, a comprar víveres, judías, hortalizas, bacalao, lo que fuese. Allí estaban muy mal, pero nosotros estábamos peor. Teníamos las tropas dentro de casa. Al otro lado de la calle estaba la artillería republicana y la de los fascistas estaba en el Alto de los Leones. Esto era como un paraguas. Caían las bombas como granizo. En mi casa cayó un obús y a mí me tapó, pero no me hizo nada. Todo estaba lleno de granadas. Sobre todo los primeros meses fue terrible.

A esos primeros tiempos corresponden los asesinatos políticos de que se ha culpado a Protasio. A mediados de agosto del 36 son detenidas y fusiladas unas veinte personas consideradas fascistas. En abril del año siguiente se detiene a otras catorce que son también fusiladas sin juicio treinta horas más tarde. El párroco de Cercedilla, el capellán del sanatorio de Fuenfría y un teniente de la Guardia Civil fueron rociados de gasolina después de muertos y quemados públicamente sus cadáveres.

—No fue el Comité el que mandó detener y fusilar a esos hombres —dice Protasio—, sino la Comandancia Militar, los milicianos que estaban en el pueblo. Respecto al primer grupo, la historia comenzó porque aquí no había nada de comer. Los milicianos andaban por el campo buscando algo que llevarse a la boca y detuvieron a Mariano Rubio que, lleno de miedo, les dio el nombre de los otros; los cogieron y los fusilaron. Entre ellos había algún amigo mío. También al segundo grupo lo detuvieron por una denuncia. Yo había vuelto ese día de uno de los viajes y fui a ver. «Nada, vamos a tomarles declaración y les soltamos», me dijeron. Yo me marché tranquilo. Unos días después volví a salir de viaje y cuando volví los habían fusilado. Eso fue lo que pasó. Pero fíjense cómo estaban las cosas que un día entraron unos milicianos en la Casa del Pueblo, con los fusiles apuntando. «¿Qué, habéis matado muchos fascistas?», preguntaron. «Aquí no se mata a nadie; aquí no hay nadie a quien matar», dije yo. «¿Cómo que no? ¿No serás tú uno de esos fascistas? A ver si eres el primero en caer…» Así me decía uno de los milicianos apuntándome con el fusil. Un amigo mío que estaba cerca casi se muere del susto, y se murió unos días más tarde.

Cuando se estabilizó el frente, quedó Cercedilla entre dos fuegos. La República comienza a entrever que tiene perdida la guerra. Ante la falta de

soldados, se reclutan quintas antiguas y Protasio, con treinta y ocho años, es movilizado.

—Me movilizaron ya al final de la guerra, a mediados del año 38, y me pusieron a trabajar en un taller que tenían preparado los comunistas en la calle de Goya, de Madrid. Allí preparábamos maderos para los refugios y las fortificaciones, los aserrábamos. Llevaban los pinos de aquí y uno de los que venía a buscarlos fue el que me dijo que me fuera a ese taller. Yo era soldado, me daban la paga de soldado, un poco, y la comida. Llevaba uniforme como los otros soldados, pero yo nunca intervine en combate… Y allí me pilló el final de la guerra, en Madrid. Aquello fue lo peor, el peor día de mi vida. Yo estaba en la calle viendo cómo pasaban las tropas. Era horrible. Sólo los falangistas gritaban y cantaban, no había más gritos que los suyos. Se peleaban con los requetés, les llamaban cabrones, hijos de puta, y no les dejaban cantar. Yo estaba en la acera viéndolo, ya sin uniforme, claro, como un ciudadano más… Pero lo peor de todo eran los moros, eso era la injuria más grande. Cogían a las gentes por las calles de Madrid, las cazaban, las empujaban con las bayonetas, se las llevaban… Hay que ver que una gente que estábamos civilizando en su tierra viniera a España, a la capital de España, a tratarnos así, a empujones. Ésa era la mayor injuria de Franco. Iban vestidos como los del Tercio y no decían nada. Sólo decían «paisa, paisa», y empujaban o daban golpes, como a las ovejas.

»Dijeron que los soldados republicanos nos entregáramos para que no nos pasara nada y yo fui a entregarme. Yo iba con algunos familiares a entregarme en el campo de concentración, que estaba en un campo de fútbol que hoy llaman Bernabeu; los familiares iban a despedirme, pero el campo estaba lleno, ya no cabía nadie, y estamos hablando cerca de la puerta cuando llegan dos moros y me agarran y agarran también a otro señor que estaba por allí. Éste les hizo frente y les dijo: «Oiga, ustedes no saben quién soy yo». Empezaron todos a gritar y pasaba por allí un militar de alta graduación y pregunta a los moros que qué pasa. Se hizo una reunión muy grande, con mucha gente, gritando, y yo entonces cogí una manta que llevaba para el campo de concentración, se la di a los familiares y me escapé de allí. Aquello me salvó la vida. Si no escapo entonces, no estoy

ahora aquí, porque ya entonces no me fié de nadie. Decían: «A entregarse, a entregarse». Sí, sí, al cementerio derecho. Yo le di la manta a una prima mía y me escapé.

»Entonces ya me quedé en Madrid. Estuve allí tres meses, trabajando en albañilería. Casi todas las viviendas estaban en malas condiciones, ahumadas. Habían estado allí gentes refugiadas, los huidos, y habían quemado hasta los muebles y las puertas para calentarse y hacerse algo caliente. Había que arreglarlas, pintarlas. Yo trabajaba para el que me lo pedía. Vivía en casa de un pariente que era portero, en la calle Narváez, y en esa misma casa estuve arreglando tres o cuatro viviendas. Luego el administrador me dio otras más. Yo tuve mucha suerte. Había un chófer que era amigo de la familia donde yo vivía y guiaba un coche del cuartel general del Generalísimo. Era un poco loco. Con eso de que era el coche del Generalísimo se colaba por entre las columnas de García Morato, iba haciendo virajes a toda velocidad y los guardias, cuando lo veían, más tiesos que un junco. A mí me llevaba todos los días en ese coche a trabajar y los días de fiesta salíamos todos con él.

»Esa familia y yo teníamos comida gracias a él; la sacaba de un economato que tenía de todo. También en la casa vivía otro que estaba en una central lechera y nos traía nata que cogía de las cisternas y nos poníamos como quicos. Yo vivía muy bien, muy bien, como nunca. Los que estaban mal eran la familia de aquí, Josefa y los chicos. Tenía noticias de ellos por ese chófer, que era del pueblo de mi mujer. Este hombre todavía vive, pero no quiero decir cómo se llama.

»Yo estaba tan tranquilo, trabajando. Pero un día llegaron a la casa unos de aquí, de Cercedilla, y salió a recibirlos una prima.

—¿Está Protasio? Venimos a buscarle.

—Pues no está aquí —dijo ella.

—¿Y dónde está, si puede saberse?

—Anda, pues yo no lo sé. Se ha ido ayer.

»Ya estaba descubierto. Además, algunos vecinos me conocían de haberme visto por allí durante la guerra y también algunos de la familia empezaban a murmurar que por qué no me iba con mi mujer, que ya era hora, que qué sola estaría ella. Ya no tuve más remedio que venirme.

»Y entonces me vine a casa, pero engañando a todo el mundo, a todos. A aquella familia le dije que me venía a casa. Cuando un primo de mi mujer que se creía que era fascista, aunque muy respetuoso, fue a preguntar, le dijeron que me había venido a casa, pero él creyó que les había engañado, porque me habían visto coger el coche de línea de *La Estellesa*, que llamaban *La Rápida*, que iba de Madrid a Salamanca por la carretera de La Granja. No cogí el coche de Cercedilla ni el tren. Entonces dijeron: «Nos ha engañado a la familia este fulano. Se ha ido a otro lado». Pero lo que hice yo fue bajarme en la carretera, en un cerro que hay a catorce kilómetros de aquí. Me puse entre unas peñas y esperé que oscureciera y ya de noche me bajé hasta un puente que hay debajo de la vía y por ahí me metí en casa.

»Así que engañé a todos, a unos y a otros. Había que actuar con sangre fría. Yo los conocía muy bien. Decían: «Hale, a sus casas, que se acabó la guerra, todos hermanos…» Y era todo mentira. Yo vi a un amigo de la casa de Madrid que era de La Granja… Se caía el alma a los pies. Le habían dado unas palizas… Palizas y llantos… Los obreros estaban dispersos, habían abandonado los talleres y los reunieron a todos y les pegaban para que declararan… Yo estaba viendo cómo eran fusilados hombres que nunca tuvieron nada que ver con la política. ¿No iban a hacerme daño a mí, que era alcalde republicano y militante socialista? Ahí está la clave del asunto.

La noche del 20 de julio de 1939 comenzó la reclusión de Protasio Montalvo, que estaba a punto de cumplir los cuarenta años de vida. «La única manera de servir a mi familia era estando aquí, a cambio de mi libertad. Como no tenía otro sitio donde tener libertad, mi libertad ha estado aquí. Mi familia somos cinco, tres hijos y el matrimonio: eso representaba los cinco continentes. Toda la vida era de puertas para adentro. Aquí nos hemos expansionado lo que nos ha dado la gana. En mi casa no ha habido penas, penas entre nosotros. Sólo ha habido las penas que vienen. Estando aquí han muerto mi madre y mis cuatro hermanos, han matado a un cuñado, otro ha tenido que huir, se han casado mis hijos, han hecho la comunión mis nietos. Todas esas fiestas familiares y yo aquí dentro pensando en las cosas… Veía a los nietos por un agujero de la puerta; sólo de pequeñitos pude tenerlos en los brazos…»

Mientras Protasio estaba en Madrid, su mujer Josefa Navacerrada Gómez había tenido que comenzar a trabajar para alimentar a sus hijos. La mayor, Pilar, tenía entonces doce años. Elena, nueve. Y Andrés, «el pequeñín, seis o siete». Los niños estaban solos y la casa descuidada. Protasio cambió las funciones hogareñas habituales con su mujer. Mientras ella se ganaba la vida como mujer de limpieza en las casas del pueblo, él limpiaba su propia casa y preparaba la modesta comida.

Durante los dos primeros años de su encierro, Protasio pasaba la mayor parte del día y todas las noches en una conejera situada a una veintena de metros de la casa. Su mujer le bajaba la comida en un cubo y él atendía a los movimientos de los conejos para advertir el peligro: si los conejos pateaban el suelo o huían, Protasio corría con ellos al rincón más escondido de su refugio. En las heladas noches serranas, se encerraba con ellos, rodeado por ellos, para calentarse un poco.

Sin embargo, nadie iba a buscarle, nadie registraba la casa, nadie le perseguía. Tan sólo en una ocasión acudió la pareja de la Guardia Civil a la casa, pero no en busca de Protasio, sino por un problema que tuvieron unos veraneantes a quienes la familia alquilaba habitaciones primero y más tarde —cuando levantaron otra nueva casa sobre las antiguas conejeras— la vivienda familiar. Pero la visita policial tuvo lugar muchos años después de haberse escondido.

Para entonces, Protasio se había trasladado definitivamente a una habitación del sótano de la casa. La hija mayor había caído gravemente enferma de asma y el padre la cuidaba día y noche, la entretenía, sin apartarse un momento de su lado. A su lado siempre de 1941 al 46. Cuando la joven sanó, Protasio abandonó también el sótano y comenzó a vivir normalmente dentro de la casa. Si acudía una visita, el hombre se escondía debajo de la cama o detrás de una puerta. La vivienda está aislada y nadie se preocupaba de vigilar demasiado a los vecinos. Se había corrido la voz muy pronto de que Protasio había escapado a Brasil, a Francia, de que se había refugiado en un misterioso convento, y Josefa usaba desde el primer momento ropas de luto. Nadie sabía nada ni quería hacer preguntas comprometedoras. Si Andrés recuerda los insultos, las pedradas, para

Protasio todos aquellos años fueron como una larga noche, plácida y tranquila. Estaba seguro de que lo buscaban y de que jamás lo encontrarían.

—Todos los que habían luchado se venían a sus casas, pero según se iban viniendo los iban fusilando en cualquier sitio y, más que nada, eran detenidos y los llevaban a El Escorial. A casi todos los condenaban a muerte, hubieran sido lo que hubieran sido, o por lo menos a treinta años, y los dejaban en campos de concentración. De aquí mataron a quince. Al que no tenía nada, al que no podían acusarle de nada, le pegaban una paliza que le escoñaban y lo usaban para trabajos forzados, para hacer las vías del ferrocarril de Burgos o ese monumento que es tan odioso para mí, ése que tienen ustedes delante —Protasio señala con la delgada barbilla la pétrea mole del Valle de los Caídos, gigantesca tumba donde el cadáver de Franco se pudre al lado de sus propios muertos.

En Cercedilla no había pobres, pero tampoco ricos. Josefa ni siquiera tenía casas en las que «asistir». Se le ocurrió establecer un pequeño negocio: montó un puesto de caramelos y chucherías, una mesilla ambulante que situaba en la plaza del pueblo o en la estación, según los días. La estación, entre los esquiadores del invierno y los veraneantes del estío, era un lugar excelente para esta industria. Además, Josefa fue ampliándolo poco a poco y subía a los trenes, antes de que partieran, para vender su mercancía y botellitas de refrescos arropadas en trozos de hielo. A estas ganancias había que añadir las de los alquileres de habitaciones… En unos años la familia logró vivir con cierta holgura. Empezaron a comprar el periódico. Andrés se fue abriendo camino y se ocupaba de informar y adoctrinar a su padre. Muy pronto estuvo convencido de que el viejo sólo saldría cuando él se lo permitiera, porque él estaba fuera y podría mejor que nadie calibrar las circunstancias favorables.

Tanto uno como otro tuvieron noticias, por ejemplo de la reaparición del exalcalde de Mijas y de que nada le había ocurrido, pero el miedo de Protasio y las ansias de figurar del hijo fueron más fuertes. «Yo no sé lo que le pasaría al alcalde de Mijas —dice Protasio—, pero una cosa es que no lo metan en la cárcel, y otra que lo dejen tirado por ahí, que no le den trabajo, que ahí se muera de asco…»

Muy pronto, como en los demás casos, se creó entre aquellas paredes una especie de mística del peligro. No una mística religiosa, por supuesto. («Cristo es un fantasmón para provecho de muchos, que nos hacían creer para tenernos bien amarrados en la oscuridad y con la cabeza gacha —sentencia Protasio—. Cristo sí como hombre, pero se acabó: nada de divino»). Y esta mística era como una niebla que desdibujaba los contornos de la realidad. Nada de guardias acuciantes, como en otros casos, nada de visitantes nocturnos, de asedios, de viejos rencores. A Protasio lo había olvidado todo el mundo salvo los cuatro miembros de su familia. Los mismos hermanos murieron sin tener noticias de él. Y de los nietos, tan sólo una niña de doce años, una niña hermosa cuya mirada triste se ha asomado a los periódicos, ha conocido la existencia del anciano. Cuando Isabel salía del colegio corría a su habitación a charlar con él, a jugar al parchís, a hacer los deberes escolares a su lado. Pero ella nada dijo a sus primos y menos aún a sus compañeras. «Ella es mi alma», repite Protasio. Los otros seis nietos jamás vieron a su abuelo, ni siquiera en las fiestas de Nochebuena, cuando cenaban todos reunidos en la casa de Collado del Hoyo. El viejo pasaba la velada contemplándolos por una rendija que tenía la puerta de su habitación o bien se iba a la otra casa, en ese tiempo vacía, a olvidar los imposibles placeres.

Pero nunca tuvo el recluso deseos de escapar, de salir a la vida o de acabar con la sombra de vida que tenía. A unos metros de su puerta pasaban los trenes, muy despacio. Protasio dice que al principio, muy al principio, soñó con escapar al exilio que medio millón de españoles habían elegido, con escapar a Francia. «Pero todo estaba vigilado y el exilio iba a ser peor que esto. También amaba mucho la vida como para tirarme al tren».

En realidad, pasados los tres o cuatro primeros años, sobre todo desde que se curó la hija, ni siquiera hacían falta precauciones excesivas. No salía nunca a la calle, pero se movía con entera libertad por toda la casa y tomaba el sol de vez en cuando a través de las ventanas entreabiertas.

Su salud era fuerte. Tan sólo tuvo molestias con los dientes, pero se los arrancó él mismo con unas tenacillas de carpintero. En otro momento, unos vómitos de sangre le causaron cierta inquietud, pero no volvieron a repetirse y se olvidaron. Cuando ya el cuerpo empezó a dañarse seriamente

—una ulcera de estómago primero y una paralización de miembros casi completa después—, su hijo Pichi lo montó en el taxi como a un pasajero normal y se lo llevó a Madrid. Andrés cuenta entusiasmado cómo salieron a media mañana, después de estudiar durante semanas los movimientos de todo el vecindario, cómo dieron un nombre falso a los incautos médicos de la capital… Parece todo una operación de alto espionaje contada por un novelista torpe, aunque se trataba únicamente del traslado de un viejo enfermo y perfectamente desconocido. En efecto, de Protasio no se acordaba casi nadie en Cercedilla.

El primero de estos viajes tuvo lugar en 1972 y el último en 1975, días antes de la muerte de Franco, una muerte que Protasio confiesa haber esperado ansiosamente durante muchos años. «De su muerte dependía mi vida. Yo nunca he querido mal a nadie, pero la situación era ésa. No obstante, los días más largos que pasé aquí dentro fueron los transcurridos desde la muerte de ese señor hasta hoy. No veía nada clara la situación del país».

Ni la muerte de Franco resultó convincente. Dado que el médico madrileño había recomendado al paciente largos paseos, Protasio intensificó sus actividades gimnásticas al lado de su hijo. Continuaba obstinadamente negándose a salir, porque así se lo pedían su mujer, su hijo y su propio miedo, ahora redoblado de una desconfianza mayor. «No salí entonces porque los mismos que estuvieron entonces en el poder seguían ocupando los principales puestos de la Administración. Con arreglo a la ley podía perfectamente haber dejado el encierro en 1968 (1969) cuando Franco dio aquélla amnistía que jamás llegó a cumplirse. Pero igual, pensaba yo, venía alguien por aquí, me daba un estacazo y una vez el hecho consumado a ver a quién íbamos a reclamar».

Por aquellos días ya se estaban preparando los franquistas para dejar de serlo, incluso el cacique de Cercedilla, el que «fue de Falange cuando Falange valía algo», un funcionario del Ayuntamiento que «nunca quiso ser alcalde porque de todas maneras mandaba más que nadie». Josefa era dueña de dos mercerías cuya contabilidad llevaba al día el antiguo tesorero de la Casa del Pueblo. De noche, juntos pasaban las horas jugando al parchís, contemplando la televisión o analizando una y otra vez, incansablemente,

las razones de su miedo. Porque Protasio Montalvo jamás perdió a ese viejo compañero que lo ha acompañado durante la mitad de su vida, ni siquiera ahora que recibe rudos abrazos de antiguos camaradas y de vecinos desconocidos, de familiares lejanos y de visitantes curiosos. A veces sus ojos azulencos y vidriosos examinan los alrededores como si buscasen el lugar de donde va a venir el golpe definitivo.

Tiene setenta y siete años y la mitad de ellos los ha pasado sin contacto con la sociedad, siendo como es muy sociable, desgranando una vida mediocre, asustada y mínima bajo el acoso de sucesos que ya el mundo ha venturosamente olvidado y de un hijo que desea para sí la gloria emanada de un hombre a quien no permitió la libertad de regresar cuando era oportuno al mundo de los verdaderamente vivos, si es que este término de «verdaderamente vivos» tiene algún sentido cuando lo referimos a los últimos cuarenta años de historia española.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS.

Es evidente que este libro no hubiera podido ser escrito sin el desinteresado concurso de sus protagonistas y de sus familiares. A ellos especialmente queremos agradecer esta colaboración que en muchos casos resultó penosa, por remover recuerdos dramáticos, y en otros quizá incómoda debido a la extensión de las inacabables conversaciones. En realidad, este libro es más suyo que de quienes lo firman como autores y es a ellos a quienes debe ir dedicado. También diversas personas nos ayudaron de maneras muy diversas, encaminando nuestros pasos, organizando el material documental, transcribiendo las cintas magnetofónicas. Nuestro agradecimiento a todas ellas y especialmente a María Jesús Arroyo y Rosa Mateo, los pintores Seisdedos y Chicano, los periodistas y escritores Luis Garrido, J. J. Paradinas, Luis Berenguer, Pedro Perdomo Azopardo, Santiago J. Sainz, Francisco Jurdao, Jesús Alcalde y Juan Francisco Sardana, y el profesor Antonio González Gómez.

OceanofPDF.com

CUADERNO FOTOGRÁFICO.

OceanofPDF.com



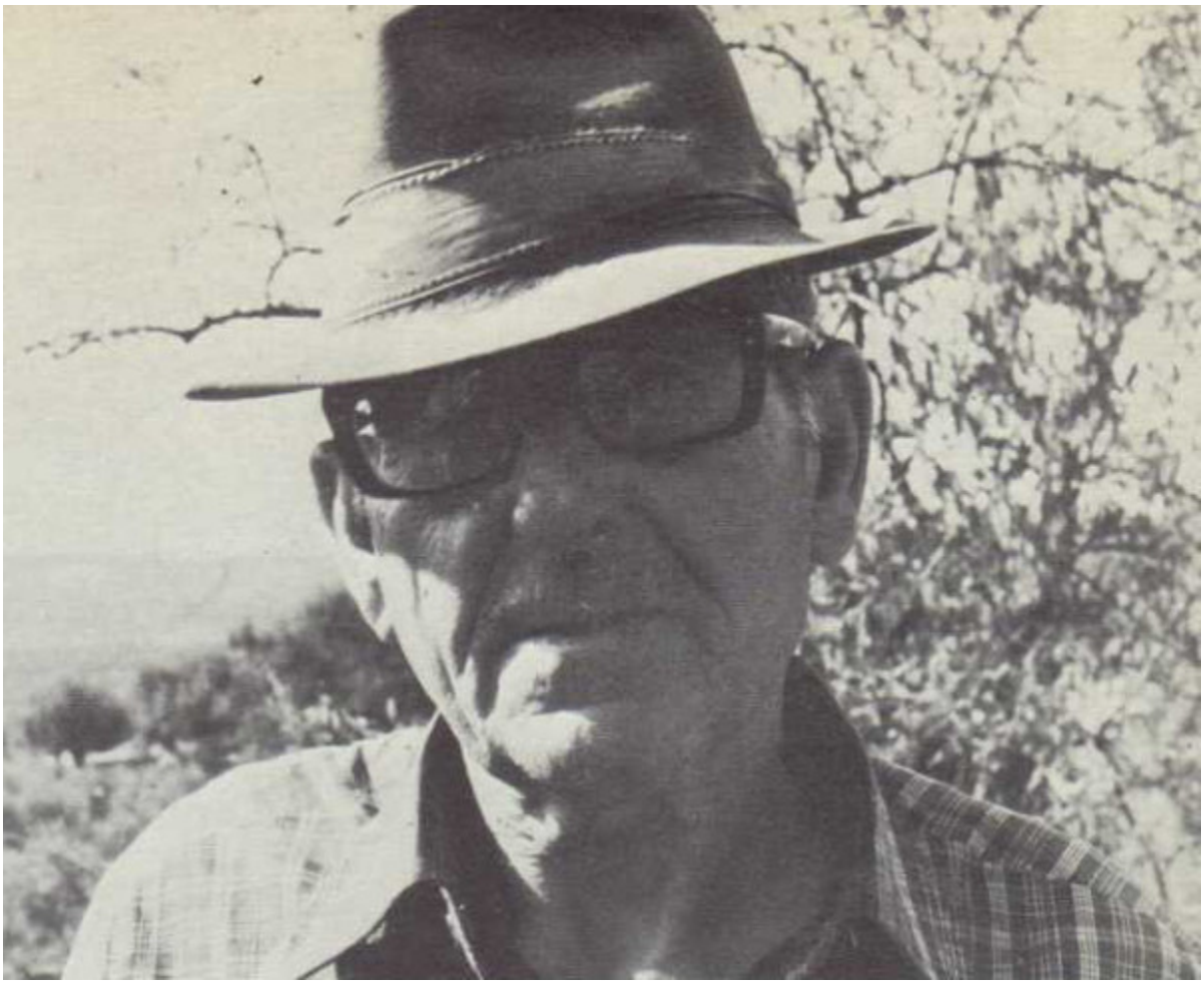
1. Teodomira Gallardo. Todos los horrores de la guerra y la postguerra.



2. Manuel Hidalgo. Así veía a su pueblo desde su escondrijo.



3. Juan Hidalgo, Ana, Manuel Hidalgo y Ana en la casa del primero.



4. Miguelico «Perdiz» en su sierra.



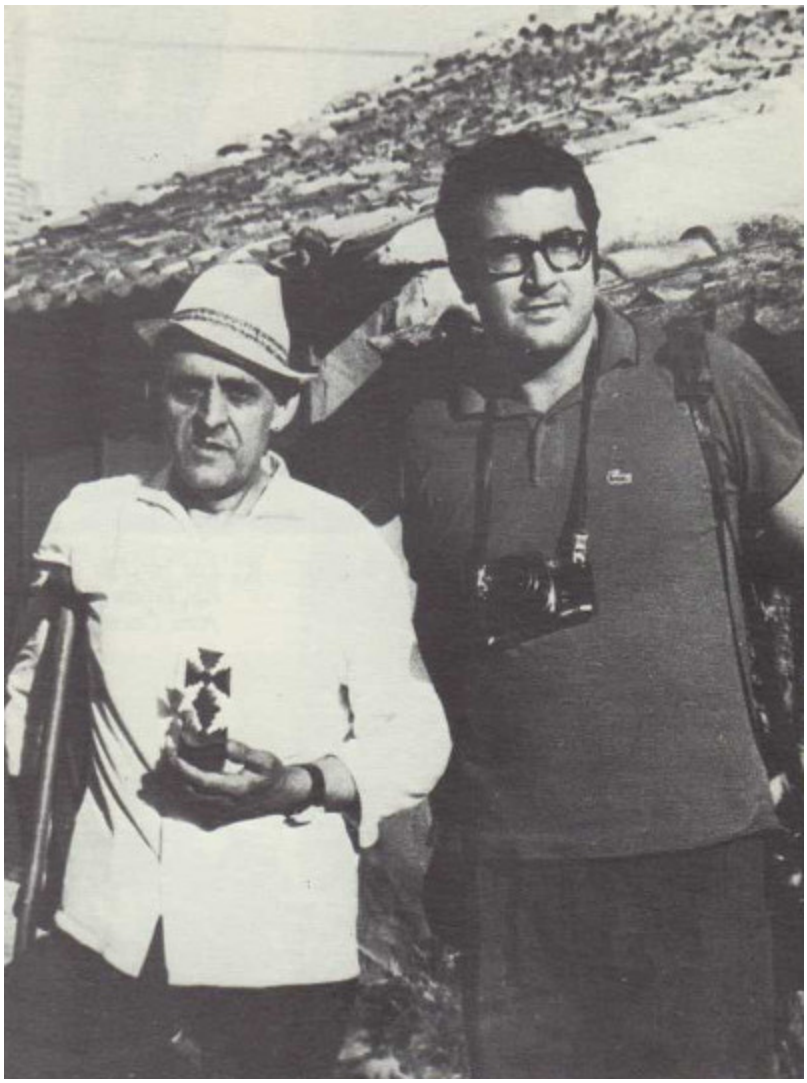
5. Miguelico «Perdiz», escopeta en mano, todavía furtivo.



6. Saturnino de Lucas con dos sobrinos. Bajo estas tejas, 33 años escondido.



7. Saturnino «El Cojo» murió a los ocho meses de salir, en 1970.



8. El exalcalde de Mudrián, con *La Cruz del Mundo* tallada en su desván. A su lado Manuel Leguineche.



9. Las cárceles de María Teresa Ramos y Juan Cazallero.



10. Refugio de Andrés Ruiz, «El Mudo», en Morata de Tajuña.



11. Manuel Piosa, «El Lirio».



12. «El Lirio» en su campo de fresas de Moguer.



13. Eulogio de Vega y Julia de la Mota.



14. Eulogio ante el retrato de boda.



15. Sargento Ramón, «El Toto», con J. Torbado a la puerta de su casa de Arcos de la Frontera.



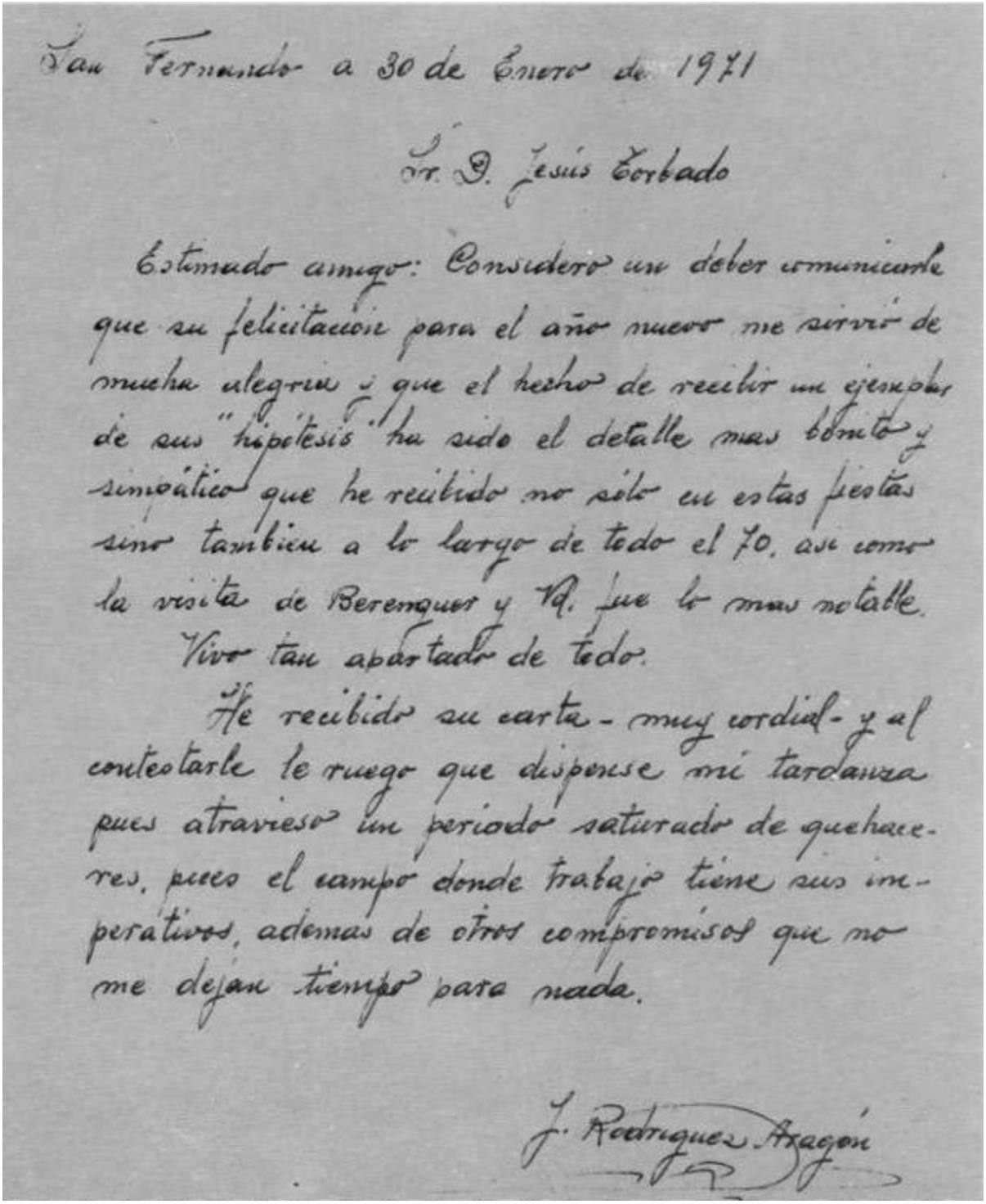
16. Pedro Jimeno, en la bahía de Benidorm.



17. El «abogado piadoso», hoy socio del Club Náutico.



18. Juan Rodríguez Aragón, el novelista.



San Fernando a 30 de Enero de 1971

Sr. D. Jesús Torbado

Estimado amigo: Considero un deber comunicarle que su felicitación para el año nuevo me sirvió de mucha alegría y que el hecho de recibir un ejemplar de sus "hipótesis" ha sido el detalle mas bonito y simpático que he recibido no sólo en estas fiestas sino también a lo largo de todo el 70, así como la visita de Berenguer y R. fue lo mas notable.

Vivo tan apartado de todo.

He recibido su carta - muy cordial - y al contestarle le ruego que disperse mi tardanza pues atravieso un periodo saturado de quehaceres, pues el campo donde trabajo tiene sus imperativos, además de otros compromisos que no me dejan tiempo para nada.

J. Rodríguez Aragón

19. Fragmento de una carta del «topo» de San Fernando (Cádiz).



20. Manuel Cortés.



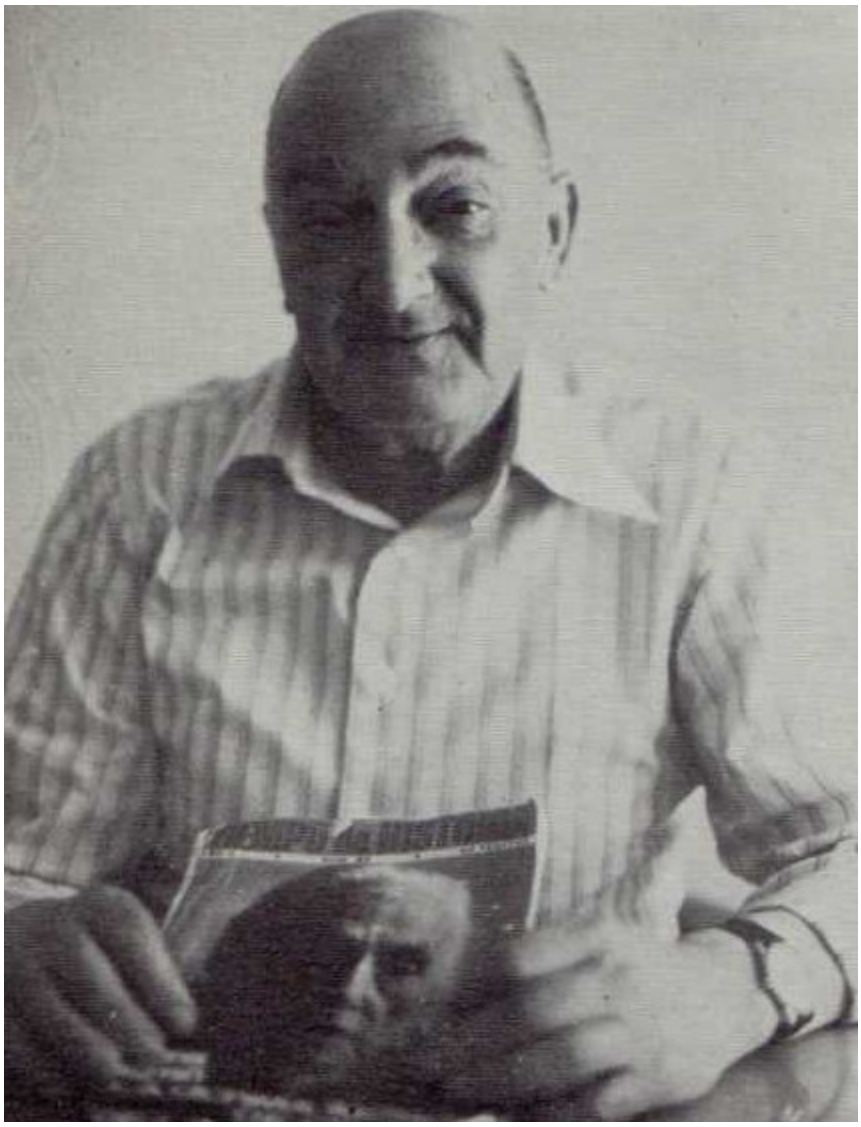
21. El alcalde de Mijas, en la habitación donde pasó los últimos dieciocho años de encierro.



22. El miedo y los sufrimientos lesionaron el corazón de Juliana.



23. Manuel Sánchez, albañil de la «topera» de Béjar.



24. Angel Blázquez, 20 años en la «topera» de Béjar.



25. Pablo Pérez Hidalgo. Los cigarrillos atrajeron a la Guardia Civil en 1976.



26. El último guerrillero en su cocina.



27. Pablo y su perro «Revolución». Serranía de Ronda.



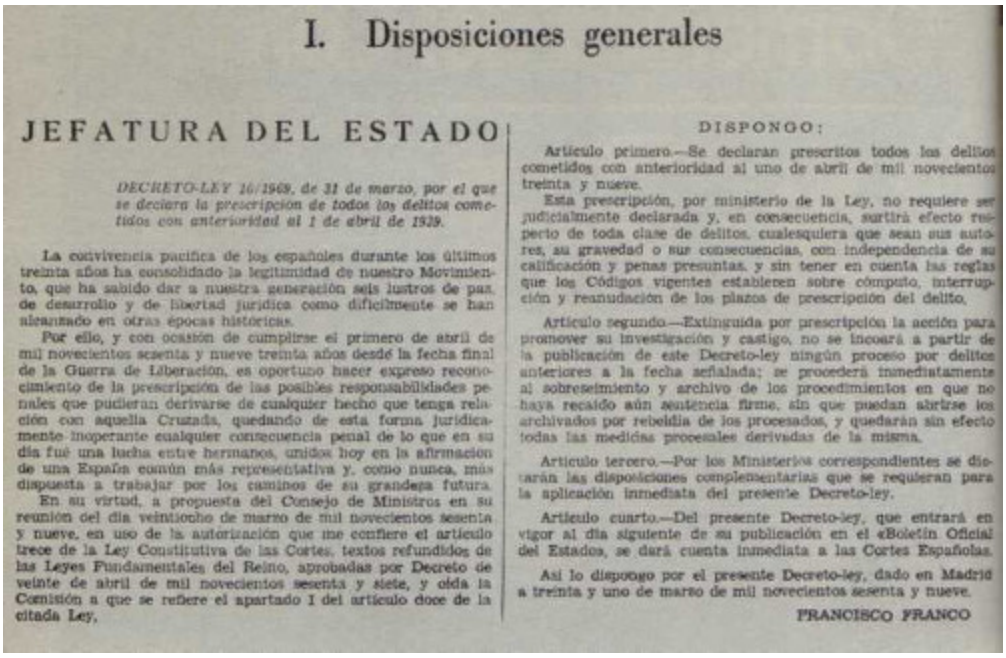
28. Manuel Corral, «topo» de derechas, en su corral de Loranca.



29. Protasio Montalvo, el campeón.



30. Los medios de comunicación europeos recibieron con estupor la «resurrección» de los «topos».



I. Disposiciones generales

JEFATURA DEL ESTADO

DECRETO-LEY 16/1969, de 31 de marzo, por el que se declara la prescripción de todos los delitos cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939.

La convivencia pacífica de los españoles durante los últimos treinta años ha consolidado la legitimidad de nuestro Movimiento, que ha sabido dar a nuestra generación seis lustros de paz, de desarrollo y de libertad jurídica como difícilmente se han alcanzado en otras épocas históricas.

Por ello, y con ocasión de cumplirse el primero de abril de mil novecientos sesenta y nueve treinta años desde la fecha final de la Guerra de Liberación, es oportuno hacer expreso reconocimiento de la prescripción de las posibles responsabilidades penales que pudieran derivarse de cualquier hecho que tenga relación con aquella Cruzada, quedando de esta forma jurídicamente inoperante cualquier consecuencia penal de lo que en su día fué una lucha entre hermanos, unidos hoy en la afirmación de una España común más representativa y, como nunca, más dispuesta a trabajar por los caminos de su grandeza futura.

En su virtud, a propuesta del Consejo de Ministros en su reunión del día veintiocho de marzo de mil novecientos sesenta y nueve, en uso de la autorización que me confiere el artículo trece de la Ley Constitutiva de las Cortes, textos refundidos de las Leyes Fundamentales del Reino, aprobadas por Decreto de veinte de abril de mil novecientos sesenta y siete, y oída la Comisión a que se refiere el apartado I del artículo doce de la citada Ley,

DISPONGO:

Artículo primero.—Se declaran prescritos todos los delitos cometidos con anterioridad al uno de abril de mil novecientos treinta y nueve.

Esta prescripción, por ministerio de la Ley, no requiere ser judicialmente declarada y, en consecuencia, surtirá efecto respecto de toda clase de delitos, cualesquiera que sean sus autores, su gravedad o sus consecuencias, con independencia de su calificación y penas presuntas, y sin tener en cuenta las reglas que los Códigos vigentes establecen sobre cómputo, interrupción y reanudación de los plazos de prescripción del delito.

Artículo segundo.—Extinguida por prescripción la acción para promover su investigación y castigo, no se incoará a partir de la publicación de este Decreto-ley ningún proceso por delitos anteriores a la fecha señalada; se procederá inmediatamente al sobreseimiento y archivo de los procedimientos en que no haya recaído aún sentencia firme, sin que puedan abrirse los archivados por rebeldía de los procesados, y quedarán sin efecto todas las medidas procesales derivadas de la misma.

Artículo tercero.—Por los Ministerios correspondientes se dictarán las disposiciones complementarias que se requieran para la aplicación inmediata del presente Decreto-ley.

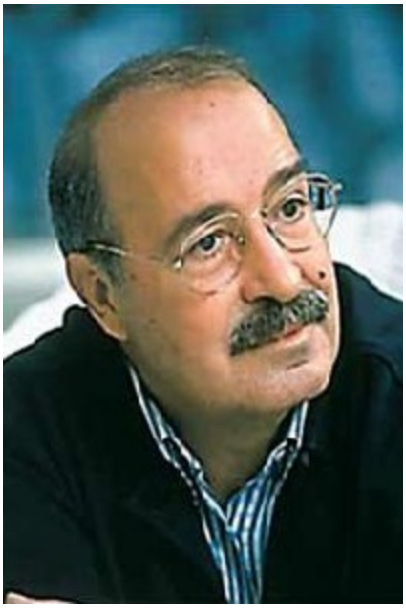
Artículo cuarto.—Del presente Decreto-ley, que entrará en vigor al día siguiente de su publicación en el «Boletín Oficial del Estado», se dará cuenta inmediata a las Cortes Españolas.

Así lo dispongo por el presente Decreto-ley, dado en Madrid a treinta y uno de marzo de mil novecientos sesenta y nueve.

FRANCISCO FRANCO

31. El decreto ley de amnistía tardó treinta años en llegar.

OceanofPDF.com



JESÚS TORBADO (León, 1943). Estudió Filosofía en Santander y Periodismo en Madrid, dejando ambos estudios sin terminar. Marchó a París, trabajando en diversos oficios, y a su vuelta a España, fue redactor de la revista Signo, reportero de Ya y corresponsal de la Agencia Colpisa. Marchó a Sudamérica, en donde enseñó periodismo y fue corresponsal del diario Informaciones. A su vuelta a España, colaboró en numerosos periódicos y revistas, en especial sobre viajes, y participó en varios programas de TVE. Ha recibido numerosos premios, destacando el Alfaguara en 1965 y el Planeta en 1976.

En el año 1993 fue el ganador del XXV Premio Ateneo de Sevilla por su novela El peregrino.

OceanofPDF.com



MANUEL LEGUINECHE (Arrazua, Vizcaya, 1941 - Madrid, 2014).Uno de los más prestigiosos y reconocidos corresponsales de guerra que ha dado el periodismo español, Manu Leguineche nació y creció en el pueblo vizcaíno de Arrazua. Comenzó a ejercer la profesión periodística en el semanario Gran Vía de Bilbao. Con tan solo 20 años se desplazó a Argelia para cubrir la independencia del país africano. El rigor de sus crónicas le llevó, en los años siguientes, a relatar conflictos internacionales como el de India y Pakistán en 1965, la guerra de Vietnam, el conflicto civil en Nicaragua, la guerra del Líbano y la guerra de Afganistán de los años 80. También ha ejercido una importante labor como escritor y entre sus obras destacan *La Tribu* (1980) o *Yo pondré la guerra* (1992). Ha recibido cuantiosos galardones como el Premio Nacional de Periodismo en 1980 o el Ortega y Gasset en 1991. Fue obsequiado con la Medalla de la Orden del Mérito Constitucional en 2007, Premio Periodistas Vascos (2007),Premio Euskadi (2008) por *El club de los faltos de cariño* y Distinción Lan Onari otorgada en 2010 por el Gobierno vasco.

OceanofPDF.com

Notas

[1] Quizás el más conocido de los fiscales que tomaron parte en estos consejos de guerra sea Carlos Arias Navarro, ultimo presidente de Gobierno bajo la dictadura de Franco. (N. del A.). <<

[2] «Fusilaré a diez por cada uno de los nuestros que fusiléis, aunque tenga que sacaros de la tumba. ¡Os vamos a despellejar vivos, canalla marxista!» (Palabras de Queipo de Llano a través de Radio Sevilla). <<

[3] Nacido en la isla de Fuerteventura. <<

[4] Según datos de *Mundo Obrero*, 18 febrero 1936. <<

[5] Era gobernador de Segovia Adolfo Suárez, hoy Presidente del Gobierno. <<

[6] Andrés Sorel, *Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX*…, págs. 149-166. Ed. Ebro, París, 1970. <<

[7] Entre estos soldados iba un desertor del campo fascista, combatiente con la República, llamado Antonio Urbina, topo por algún tiempo y cuya historia se relató más arriba. <<

[8] En Marzo de 1951 <<

[9] Diario republicano moderado de izquierda no marxista. <<

[10] Ed. Ariel, 1976. Pág. 447. <<

[11] «En Sevilla, el jefe inmediato de la represión era el coronel Díaz Criado, que según todos los testimonios era un alcohólico y un sádico. Las jóvenes podían a veces aspirar a la salvación de las vidas de sus hermanos o novios acostándose con el coronel o sus ayudantes, y el coronel Díaz tenía compadres dignos de él en otras ciudades andaluzas: “don Bruno”, el coronel de la guardia civil de Córdoba, y en Granada el capitán Rojas, el de Casas Viejas» (Gabriel Jackson, *La República Española y la guerra civil*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1976, página 267). En la aldea de Casas Viejas, Cádiz, el capitán de los asaltos, Rojas, asesinó a sangre fría a catorce prisioneros anarquistas encadenados (enero de 1933). Luego, acusó al Presidente de la República, don Manuel Azaña, de haber ordenado que se disparase «a la barriga». Posteriormente se comprobó que esta acusación era falsa y Rojas fue condenado a 21 años de cárcel, pero saldría muy pronto y sería, ya en el bando nacionalista, el jefe de la represión en Granada. <<

[12] Acerca de los campesinos andaluces que ayudaban a los guerrilleros, el día 3 de agosto de 1977 publicaba el diario «El País» la siguiente noticia: «Dos sacerdotes de la parroquia de la Divina Pastora, de Motril, se negaron a oficiar, por su *posible matiz político*, un funeral en memoria de once personas de la aldea granadina de Puntalón que habían sido fusiladas hace exactamente treinta años, durante las persecuciones en la provincia granadina a guerrilleros del maquis. Los once fusilados (nueve hombres y una mujer de la misma familia más otra persona no identificada) fueron dados por desaparecidos el día 1 de agosto de 1947, sin que oficialmente se reconociera entonces su muerte, hasta que fueron hallados sus cadáveres en un monte bastante alejado de la aldea, y trasladados al cementerio de Gualchos, donde se encuentran enterrados en una tumba colectiva, sin ningún tipo de lápida recordatoria». <<

OceanofPDF.com